

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA DE POSTGRADO

SOCIEDAD CHILENA EN CAMBIO, SEXUALIDADES EN TRANSFORMACIÓN

Tesis para optar al Grado de Doctora en Psicología

Profesor Guía: Cristóbal Holzapfel

Candidata: Irma Palma

Santiago, Junio de 2006

AGRADECIMIENTOS

Todo trabajo personal es colectivo; por ello, mi más grande agradecimiento a las personas que nombro, y a las muchas que no aparecen aquí, cada una de las cuales conoce el modo singular en que fue parte de la hechura de esta tesis. A Cristóbal Holzapfel, Samuel Palma, Michel Bozon, Rodrigo Vera y Jorge Morales; a Ricardo y Rodrigo Saavedra Palma; a Jaime Barrientos, Cecilia Quilodrán y Marcelo Astorga; a Muriele L'oiseau, Adriana Astorga, María Eugenia Hurtado, Olga Grau, Manuel Canales y Juan Yañez; a Solange Montero; a Marta y Marita Palma; y, muy especialmente, a la Comisión Nacional de SIDA.

INDICE

PARTE 1	11
Capítulo I	Introducción: Problema, Objetivos y Metodología.....	12
Capítulo II	Marco Teórico de Investigación	36
PARTE 2	80
Capítulo III	Evolución de los procesos de entrada en la sexualidad activa.....	81
Capítulo IV	Evolución de la brecha de género en magnitudes de parejas sexuales....	122
Capítulo V	Entre la pareja y la ocasionalidad, la sociabilidad sexual.....	141
Capítulo VI	Prolongación de la vida sexual.....	152
Capítulo VII	Ampliación de repertorios de prácticas sexuales.....	160
PARTE 3	172
Capítulo VIII	Construcción tipológica de las sexualidades generacionales.....	173
PARTE 4	189
Capítulo IX	Religiones, comportamientos sexuales y orientaciones normativas en la sociedad chilena.....	190
Capítulo X	Clase social, comportamientos sexuales y orientaciones normativas en la sociedad chilena.....	215
PARTE 5	228
Capítulo XI	Orientaciones normativas sobre sexualidad en la sociedad chilena.....	229
PARTE 6	246
Capítulo XII	Claves generales de lectura de discursos sobre sexualidad.....	247
Capítulo XIII	Discurso de hombres y mujeres pertenecientes a generaciones adultas nacidas entre 1925 y 1940.....	274
Capítulo XIV	Discurso de hombres y mujeres pertenecientes a generaciones adultas nacidas entre 1945 y 1955.....	296
Capítulo XV	Discurso de hombres y mujeres pertenecientes a generaciones jóvenes nacidas entre 1980 y 1990.....	330
PARTE 7	352
Capítulo XVI	Antecedentes sobre transformaciones en la fecundidad, uniones, hogares, educación y participación laboral en la sociedad chilena.....	353
CONCLUSIONES	396
BIBLIOGRAFIA	425

INDICE DE TABLAS, GRAFICOS Y CUADROS

Capítulo III

Tabla 1	Edad de la primera relación sexual según sexo y años de nacimiento
Tabla 2	Distribución edad mediana de iniciación sexual
Tabla 3	Edad de iniciación sexual cohorte 18-24 años 1998-2005
Gráfico 1	Diferencia entre medianas de edad de primera relación sexual de hombres y mujeres, según cohortes por año de nacimiento.
Gráfico 2	Distribución porcentual de edad de iniciación sexual (CONASIDA/ANRS)
Gráfico 3	Dispersión de la edad de iniciación sexual según cohortes generacionales
Gráfico 4	Diferencia de edades entre el entrevistado y su primera pareja sexual según cohortes por año de nacimiento y sexo (Medianas)
Gráfico 5	Similitudes y diferencias en edades de hombres y primera pareja sexual según generaciones
Gráfico 6	Similitudes y diferencias en edades de mujeres y primera pareja sexual según generaciones
Gráfico 7	Edad de la primera pareja sexual según cohortes por año de nacimiento y sexo (Medianas)
Gráfico 8	Diferencia de edad entre entrevistada y primera pareja sexual (mediana) según cohortes por año de nacimiento. Mujeres.
Gráfico 9	Diferencia de edad entre entrevistado y primera pareja sexual (mediana) según cohortes por año de nacimiento. Hombres.
Gráfico 10	Diferencia de edad entre entrevistado/a y edad de primera pareja sexual según tipo de vínculo y sexo (medianas)
Gráfico 11	¿Con quién tuvo su primera relación sexual? Cohortes por año de nacimiento. Mujeres
Gráfico 12	¿Con quién tuvo su primera relación sexual? Cohortes por año de nacimiento. Hombres
Gráfico 13	¿Era también la primera relación sexual para la otra persona? Según cohortes por año de nacimiento y sexo
Gráfico 14	Virginidad de la primera pareja sexual según tipo de relación y cohortes por año de nacimiento. Mujeres
Gráfico 15	Virginidad de la primera pareja sexual según tipo de relación y cohortes por año de nacimiento. Hombres
Gráfico 16	¿Su primera relación sexual fue principalmente por? Cohortes por año de nacimiento. Mujeres
Gráfico 17	Motivos de la primera relación sexual según cohortes de nacimiento (Deseo y curiosidad agrupados)
Gráfico 18	¿Su primera relación sexual fue principalmente por? Cohortes por año de nacimiento. Hombres
Gráfico 19	Motivos de iniciación sexual según tipo pareja y sexo
Gráfico 20	La iniciativa para su primera relación sexual fue. Cohortes por año de nacimiento. Mujeres
Gráfico 21	La iniciativa para su primera relación sexual fue. Cohortes por año de nacimiento. Hombres
Gráfico 22	Iniciativa sexual en primera relación sexual según tipo de pareja sexual. Mujeres
Gráfico 23	Iniciativa sexual en primera relación sexual según tipo de pareja sexual. Hombres
Gráfico 24	Motivos según iniciativa en primera pareja sexual. Mujeres.
Gráfico 25	Motivos según iniciativa en primera pareja sexual. Hombres.
Gráfico 26	Comparación de edades medianas de iniciación sexual entre diferentes tramos de edades. Encuesta U. de Chile/CONASIDA
Gráfico 27	Edad mediana de primera relación sexual de jóvenes entre 18 y 24 años según sexo en mediciones de 1998 y 2005. Encuesta U. de Chile/CONASIDA

Gráfico 28	Distribución porcentual de edad de iniciación sexual de jóvenes entre 18 y 24 años (2005). Encuesta U. de Chile/CONASIDA
Gráfico 29	Distribución porcentual de edad de iniciación sexual en jóvenes entre 18 y 24 años (1998). Encuesta CONASIDA/ARNS
Gráfico 30	Comparación de distribuciones porcentuales de edades de iniciación sexual en cohorte 18-24 años en encuestas de 1998 y 2005.
Gráfico 31	Similitudes y diferencias en edades entre jóvenes de 15-24 años y su primera pareja sexual según sexo.
Gráfico 32	Evolución entre 1998 y 2005. Similitudes y diferencias en edades de jóvenes de 18-24 años y su primera pareja sexual según sexo. (Encuestas CONASIDA/ARNS y U. de Chile CONASIDA)
Gráfico 33	Primera pareja sexual de jóvenes entre 15-24 años según sexo.
Gráfico 34	Lugar donde se conoce a pareja sexual según tipo de vínculo y sexo.
Gráfico 35	Lugar donde se conoce a pareja sexual según tipo de vínculo y sexo.
Gráfico 36	Lugar donde se conoce a pareja sexual según tipo de vínculo y sexo.
Gráfico 37	Distribución relativa de tiempo de duración según el orden de las parejas sexuales. Mujeres
Gráfico 38	Distribución relativa de tiempo de duración según el orden de las parejas sexuales. Hombres
Gráfico 39	Tiempo de duración de la pareja sexual con "pareja", según sexo
Gráfico 40	Tiempo de duración de la pareja sexual con amigo, según sexo
Gráfico 41	Tiempo de duración de la pareja sexual con recién conocido, según sexo
Gráfico 42	Lugares de las prácticas sexuales de hombres y mujeres jóvenes entre 15 y 24 años
Gráfico 43	Lugares de la primera relación sexual de población joven (15 y 24 años) sexualmente activa según sexo
Gráfico 44	Lugares de las prácticas sexuales en trayectorias sexuales de jóvenes 15 y 24 años. Hombres
Gráfico 45	Lugares de las prácticas sexuales en trayectorias sexuales de jóvenes 15 y 24 años. Mujeres

Capítulo IV

Cuadro 1	Número de parejas sexuales según sexo
Cuadro 2	Diferencia entre el número de parejas declaradas y parejas informadas
Gráfico 1	Número de parejas sexuales declaradas según sexo
Gráfico 2	Promedio de número de parejas sexuales en el curso de la vida según cohortes de nacimiento y sexo
Gráfico 3	Promedio número de parejas sexuales en la vida. Mujeres. Según cohortes de nacimiento hasta siete parejas
Gráfico 4	Promedio número de parejas sexuales en la vida. Hombres. Según cohortes de nacimiento hasta diez parejas
Gráfico 5	Número de parejas sexuales según estado civil. Mujeres (Porcentajes)
Gráfico 6	Número de parejas sexuales según estado civil. Hombres (Porcentajes)
Gráfico 7	Distribución porcentual de número de parejas sexuales según estado civil. Mujeres
Gráfico 8	Número de parejas según estado civil
Gráfico 9	Número de parejas sexuales según estado civil y cohortes por año de nacimiento. Mujeres (Medianas)
Gráfico 9	Número de parejas sexuales según estado civil y cohortes por año de nacimiento. Hombres. (Medianas)
Gráfico 11	Medianas de número de parejas sexuales según estado civil y sexo
Gráfico 12	Número de parejas sexuales informadas
Gráfico 13	Número de parejas sexuales declaradas en jóvenes entre 18 y 24 años. 1988 y 2005
Gráfico 14	Promedio número de parejas sexuales según años transcurridos desde la iniciación sexual. Jóvenes de 15 a 24 años

Gráfico 15	Promedio número de parejas sexuales según edad. Jóvenes 15 a 24 años
Gráfico 16	Número de parejas sexuales declaradas por jóvenes entre 15 y 24 años según sexo
Gráfico 17	Número de parejas sexuales informadas por jóvenes entre 15 y 24 años según sexo

Capítulo V

Gráfico 1	Importancia de tipo de vínculo en trayectoria en parejas sexuales (% hasta cuarta pareja sexual) Mujeres
Gráfico 2	Importancia de tipo de vínculo en trayectoria de parejas sexuales (% hasta cuarta pareja sexual). Hombres
Gráfico 3	Tipo de vínculo entre las tres primeras parejas sexuales
Gráfico 4	Solteros/as activos/as sexualmente últimos doce meses según tipo de vínculo con última pareja sexual y sexo (Porcentajes)
Gráfico 5	Divorciados/as, separados/as activos/as y no activos sexualmente últimos doce meses según sexo (Porcentajes)
Gráfico 6	Divorciados/as, separados/as activos/as sexualmente últimos doce meses según tipo de vínculo con última pareja sexual y sexo (Porcentajes)

Capítulo VI

Gráfico 1	Proporción de hombres sexualmente activos, no activos y no iniciados, según cohortes nacidas desde 1929 a 1980 (Porcentajes)
Gráfico 2	Proporción de mujeres sexualmente activas, no activas y no iniciadas, según cohortes nacidas desde 1929 a 1980 (Porcentajes)
Gráfico 3	Mujeres de 50 y más años sexualmente activas e inactivas según situación de pareja (Últimos 12 meses) (Porcentajes)
Gráfico 4	Mujeres sexualmente activas últimos doce meses según situación de pareja y cohortes de edad.
Gráfico 5	Hombres sexualmente activos últimos doce meses según situación de pareja y cohortes de edad.
Gráfico 6	Mujeres sexualmente inactivas últimos doce meses según situación de pareja y cohortes de edad.
Gráfico 7	Hombres sexualmente inactivos últimos doce meses según situación de pareja y cohortes de edad.

Capítulo VII

Cuadro 1	Patrones de repertorios sexuales y prácticas implicadas.
Tabla 1	Distribución de repertorios sexuales, según sexo. (Porcentajes)
Grafico 1	Patrones de repertorios de prácticas sexuales según sexo.
Grafico 2	Habitualidad de prácticas vaginales, orales y anales en repertorios sexuales. Hombres.
Grafico 3	Habitualidad de prácticas vaginales, orales y anales en repertorios sexuales. Mujeres.
Grafico 4	Repertorios sexuales según cohortes de nacimiento. Hombres y Mujeres. Porcentajes)
Grafico 5	Distribución de repertorios sexuales según grupo de edades. (Porcentajes)
Gráfico 6	Repertorios sexuales de mujeres según cohortes de nacimiento
Gráfico 7	Repertorios sexuales de hombres según cohortes de nacimiento
Grafico 8	Repertorio de prácticas sexuales con última pareja sexual según tipo de vínculo. Hombres
Grafico 9	Repertorio de prácticas sexuales con última pareja sexual según tipo de vínculo. Mujeres

Grafico 10	Repertorio de parejas sexuales con última pareja sexual según número de parejas sexuales declaradas (hasta cinco parejas sexuales). Mujeres
Grafico 11	Repertorio de parejas sexuales con última pareja sexual según número de parejas sexuales declaradas (hasta diez parejas sexuales). Hombres
Grafico 12	Repertorios sexuales con última pareja sexual según precocidad y sexo. (Porcentajes)

Capítulo VIII

Cuadro 1	Caracterización de tipos.
Tabla 1	Descripción de grupos tipológicos.
Tabla 2	Composición por sexo de grupos tipológicos.
Tabla 3	Composición por grupo de edad de grupos tipológicos.
Tabla 4	Niveles educacionales según grupos tipológicos.
Tabla 5	Composición por niveles socioeconómicos por grupos tipológicos.
Tabla 6	Composición de grupos tipológicos por adscripción religiosa.
Tabla 7	Composición de grupos tipológicos por observancia (frecuencia a servicios religiosos).
Gráfico 1	Esquematización de tipos según variables constitutivas

Capítulo IX

Tabla 1	Población mayor de 14 años por religión que profesa. Censos 1992-2002
Tabla 2	Religión con que se identifica actualmente
Tabla 3	Distribución por sexo y adscripción religiosa
Tabla 4	Frecuencia a servicios o actividades religiosas según adscripción religiosa
Tabla 5	Frecuencia a servicios o actividades religiosas según status socio-económico
Tabla 6	Distribución de encuestados según adscripción religiosa por décadas de nacimiento.
Tabla 7	Proporción de sujetos iniciados sexualmente según adscripción religiosa
Tabla 8	Proporción de sujetos iniciados sexualmente según adscripción religiosa y sexo
Tabla 9	Proporción de sujetos iniciados sexualmente según frecuencia a servicio religioso y sexo
Tabla 10	Precocidad y tardanza en la iniciación sexual según adscripción religiosa
Tabla 11	Precocidad y tardanza en la iniciación sexual según frecuencia a servicio religioso.
Tabla 12	Primera pareja sexual según adscripción religiosa
Tabla 13	Primera pareja sexual según frecuencia a servicios religiosos
Tabla 14	¿Era también la primera relación sexual para la otra persona? Según adscripción religiosa
Tabla 15	Motivos de la primera relación sexual según adscripción religiosa
Tabla 16	Motivos de la primera relación sexual según frecuencia a servicio religioso
Tabla 17	Diferencias de edades con primera pareja sexual según adscripción religiosa y sexo
Tabla 18	Diferencias de edades con primera pareja sexual según frecuencia a servicios religiosos y sexo
Tabla 19	Número de parejas sexuales en la vida según adscripción religiosa y sexo
Tabla 20	Número de parejas sexuales en la vida según frecuencia a servicio religioso y sexo.
Tabla 21	¿Usted ha tenido relaciones sexuales con trabajadora sexuales(os) alguna vez en la vida? Según adscripción religiosa. Hombres
Tabla 22	¿Usted ha tenido relaciones sexuales con trabajadora sexuales(os) alguna vez en la vida? Según frecuencia asistencia a servicios religiosos. Hombres

Tabla 23	Cualquier nivel de práctica sexual con última pareja sexual según adscripción religiosa y sexo.
Tabla 24	Cualquier nivel de práctica sexual con última pareja sexual según frecuencia a servicio religioso y sexo
Tabla 25	Nivel de uso de formas preventivas en primera relación sexual con pareja actual principal, según adscripción religiosa.
Tabla 26	Nivel de uso de formas preventivas en primera relación sexual con pareja actual principal, según frecuencia a servicio religioso.
Gráfico 1	Adscripción religiosa según nivel socioeconómico
Gráfico 2	Niveles de observancia religiosa en la población chilena entre 18 y 69 años (incluye no religiosos)
Gráfico 3	Adscripciones religiosas actuales según religiones de origen
Gráfico 4	Importancia de religiones de origen en adscripciones religiosas actuales

Capítulo X

Tabla 1	Distribución de población estudiada según NSE y sexo
Tabla 2	Distribución de población estudiada según NSE y cohortes de nacimiento.
Tabla 3	Nivel de sujetos solteros sexualmente activos según estatus socioeconómico
Tabla 4	Nivel de sujetos solteros sexualmente activos según estatus socioeconómico y sexo
Tabla 5	Niveles de precocidad según estatus socioeconómico y sexo
Tabla 6	Niveles de precocidad según estatus socioeconómico y sexo
Tabla 7	Primera pareja sexual según estatus socioeconómico y sexo
Tabla 8	¿Era también la primera relación sexual para la otra persona? Según estatus socioeconómico
Tabla 9	¿Su primera relación sexual fue principalmente por? Según estatus socioeconómico
Tabla 10	Diferencias de edades con primera pareja sexual según estatus socioeconómico y sexo.
Tabla 11	Número de parejas sexuales en el curso de la vida según estatus socioeconómico y sexo
Tabla 12	¿Usted ha tenido relaciones sexuales con trabajadora sexuals(os) alguna vez en la vida? Según estatus socioeconómico
Tabla 13	Cualquier nivel de práctica sexual con última pareja sexual según NSE y sexo
Tabla 14	Nivel de uso de formas preventivas en primera vez con pareja actual principal según estatus socioeconómico
Gráfico 1	Edad de iniciación según nivel socioeconómico y cohortes de nacimiento. (Mediana) Mujeres
Gráfico 2	Lugares de las prácticas sexuales de población joven (15 y 24 años) según NSE. Mujeres
Gráfico 3	Lugares de las prácticas sexuales de población joven (15 y 24 años) según NSE. Hombres

Capítulo XI

Tabla 1	Ranking de aprobación normativa según adscripción religiosa
Tabla 2	Ranking de aprobación normativa según adscripción religiosa y sexo
Tabla 3	Ranking de aprobación normativa según sexo y nivel asistencia a servicio religioso
Tabla 4	Ranking de aprobación normativa según nivel socioeconómico
Gráfico 1	Ranking de aprobación normativa según cohortes de nacimiento
Gráfico 2	Ranking de aprobación normativa según sexo
Gráfico 3	Ranking de aprobación normativa según cohortes de nacimiento. Hombres
Gráfico 4	Ranking de aprobación normativa según cohortes de nacimiento. Mujeres
Gráfico 5	Ranking de aprobación normativa según adscripción religiosa
Gráfico 6	Ranking de aprobación normativa según observación religiosa

Grafico 7	Ranking de aprobación normativa según nivel socioeconómico
Grafico 8	Ranking de aprobación normativa según NSE y sexo
Grafico 9	Ranking de aprobación normativa según grupos tipológicos

Capítulo XVI

Tabla 1	Tasa global de fecundidad 1990 – 2003 (Número medio de hijos por mujer)
Tabla 2	Estructura porcentual de la fecundidad en Chile 1950 – 2005
Tabla 3	Estructura porcentual de la fecundidad en Chile 2000 – 2003
Tabla 4	Tasas específicas de fecundidad por grupos de edad. 1950 – 2002
Tabla 5	Nacidos vivos por cada 1000 mujeres. Madres casadas y no casadas. Chile 1960-2000
Tabla 6	Niveles de niños/as nacidos en contexto no marital 1960 – 2003 (Porcentajes)
Tabla 7	Porcentaje de nacimientos en contexto no marital según edades de las madres 1960 - 2003
Tabla 8	Madres según estado civil y edad
Tabla 9	Natalidad por NSE en Chile 1960 – 2002
Tabla 10	Evolución de las tasas brutas de nupcialidad en Chile 1910 - 2000
Tabla 11	Tasas brutas de nupcialidad en Chile 1990 – 2003
Tabla 12	Distribución de la población por estado civil, según sexo 1992 – 2002
Tabla 13	Estado civil según quintil de ingreso y sexo, CASEN 2003
Tabla 14	Nivel de escolaridad de hombres y mujeres según estado civil.
Tabla 15	Participación en mercado laboral según estado civil y sexo.
Tabla 16	Progresión del alfabetismo en Chile desde 1920 a 2000 (Porcentajes)
Tabla 17	Cobertura de educación primaria entre 1935 y 1980 (Porcentajes)
Tabla 18	Participación laboral de las mujeres en Chile 1990 y 2003 (Porcentajes de participación sobre total de población en cada tramo de edad)
Cuadro 1	Tipificación de hogares en sociedad chilena 1992
Gráfico 1	Chile. Evolución tasa global de fecundidad (1950-2005)
Gráfico 2	Nivel de uso de formas preventivas en iniciación sexual en cohortes nacidas entre 1929 y 1980 según sexo. (Porcentajes)
Gráfico 3	Uso de formas preventivas en iniciación sexual en cohortes nacidas entre 1974 y 1988. (Porcentajes)
Gráfico 4	Uso de diversas formas preventivas en iniciación sexual según cohortes nacidas entre 1929 y 1980. (Porcentajes relativos a total de iniciados sexualmente)
Gráfico 5	Mujeres en edad fértil protegidas, % usuarias de anticonceptivos, mortalidad materna, mortalidad por aborto. Chile 1951-2000
Gráfico 6	Evolución de la población de mujeres usuarias de métodos anticonceptivos atendidas en sistema público de salud (SNSS) entre 1990 y 2000 según tecnología usada
Gráfico 7	Evolución de la importación de condones en Chile en el período 1990 – 2005
Gráfico 8	Niveles de uso de formas preventivas en grupos de 15 y más años (activos y no activos sexualmente). (Porcentajes)
Gráfico 9	Niveles de uso de diversas formas preventivas en población chilena según grupos de edades (Mujeres y hombres activos y no activos sexualmente). (Porcentajes)
Gráfico 10	Uso de formas preventivas con última pareja sexual. Jóvenes nacidos entre 1974 y 1988 según sexo (Porcentajes)
Gráfico 11	Niveles de uso de tipos de tecnología preventiva en primera relación de última pareja sexual según edad (porcentajes con respecto al total de activos sexualmente INJ)

Gráfico 12	Evolución del Promedio de edad de matrimonio (cualquiera), según sexo 1980 a 2000
Gráfico 13	Niveles de mujeres unidas por cohortes de edad 1990 – 2003 (Porcentajes)
Gráfico 14	Niveles de hombres unidos por cohortes de edad 1990 – 2003 (Porcentajes)
Gráfico 15	Niveles de mujeres casadas por cohortes de edad. CASEN 1990 y 2003 (%)
Gráfico 16	Niveles de hombres casados por cohortes de edad. CASEN 1990 y 2003 (%)
Gráfico 17	Niveles de hombres convivientes por cohortes de edad. CASEN 1990 y 2003 (%)
Gráfico 18	Niveles de mujeres convivientes por cohortes de edad. CASEN 1990 y 2003 (%)
Gráfico 19	Niveles de mujeres solteras por cohortes de edad. CASEN 1990 y 2003 (%)
Gráfico 20	Niveles de hombres solteros por cohortes de edad. CASEN 1990 y 2003 (%)
Gráfico 21	Niveles de hombres separados/anulados por cohortes de edad. CASEN 1990 y 2003 (%)
Gráfico 22	Niveles de mujeres separadas/anuladas por cohortes de edad. CASEN 1990 y 2003 (%)
Gráfico 23	Estado civil cohorte 20 – 24 años Mujeres
Gráfico 24	Estado civil cohorte 20 – 24 años Hombres
Gráfico 25	Estado civil cohorte 25 – 29 años Mujeres
Gráfico 26	Estado civil cohorte 25 – 29 años Hombres
Gráfico 27	Estado civil cohorte 30 – 34 años Hombres
Gráfico 28	Estado civil cohorte 30 – 34 años Mujeres
Gráfico 29	Tamaño promedio del hogar según quintil de ingreso autónomo
Gráfico 30	Distribución de tipos de hogares en la sociedad chilena censos 1992 y 2002 (Porcentajes)
Gráfico 31	Distribución de hogares por tipo y sexo de jefatura en censo 2002 (Porcentajes)
Gráfico 32	Distribución por sexo del/la jefe/a de tipo de hogares en la sociedad chilena. Censo 2002 (Porcentajes)
Gráfico 33	Pirámide de población censo 2002
Gráfico 34	Mediana de años de escolaridad mayores de 24 años, según sexo 1960 a 2000
Gráfico 35	Población mayor de 19 años por años de estudio y sexo. Censo 2002
Gráfico 36	Población mayor de 19 años por años de estudio y sexo. Censo 1992
Gráfico 37	Tasas globales de participación laboral según sexo 1960 a 2005
Gráfico 38	Participación laboral de las mujeres entre 25 y 60 años, según educación. 1990 a 2003 (Porcentajes).

PARTE 1

CAPITULO I

INTRODUCCION: PROBLEMA, OBJETIVOS Y METODOLOGIA

1. Planteamiento del problema.

1.1. Presentación del objeto de estudio.

La sexualidad ha cambiado y está cambiando en la sociedad chilena; ello resulta manifiesto tanto a la observación especializada como al sentido común. A su vez, los cambios en la sexualidad ocurren en un contexto más general de transformación societal que puede ser entendido en términos de modernidad. Por cierto, como veremos más adelante, es necesario cualificar la noción de modernidad que subyace a las transformaciones ocurridas y en curso en la sociedad chilena, del mismo modo que será necesario particularizar el análisis de los cambios en la sexualidad en dicho contexto. Esta investigación de tesis explora dichas transformaciones a través de la observación de generaciones distintas de hombres y de mujeres nacidos entre los años 1925 y 1990.

Un elemento fundamental para comprender el cambio en la sexualidad está dado por el fenómeno histórico, social y cultural de la modernidad. Esta pone en cuestión o modifica radicalmente las estructuras y las instituciones sociales tradicionales a las cuales los individuos adscribían y de las cuales podían depender colectivamente para su sobrevivencia –comunidad, familia extendida, clase social, etc.- para poner en los individuos la tarea y la responsabilidad de gestionar sus condiciones de existencia. Las transformaciones en la sexualidad se ubican en este contexto, es decir, los fenómenos de individualización se encuentran en la base de las transformaciones en la sexualidad en la sociedad chilena contemporánea.

Asumir que los cambios en la sexualidad se inscriben en los procesos de transformación modernizante en nuestro país implica también asumir que la sexualidad constituye una construcción social, es decir, constituye una auto-producción social; las transformaciones en la sexualidad no constituyen la expresión de un acercamiento a, o de un alejamiento de, una forma única, natural o ideal de sexualidad, sino una construcción humana en que la propia auto-observación o la propia reflexividad de las prácticas configura lo que es social e individualmente posible, imaginable, significativo. La literatura especializada tiende a hablar de sexualidades más

que de sexualidad, indicando con ello la diversidad de elaboraciones sociales, configuraciones subjetivas formas específicas que asume en las sociedades actuales. También el sentido de los cambios parece estar en debate. Esta es la perspectiva en que se ubica esta investigación de tesis.

Esta investigación observa las prácticas y los discursos sexuales de las generaciones en estudio; las primeras se ubican en el orden del hacer, los últimos, en el orden del decir. Al observar las transformaciones en la sexualidad en ambas dimensiones, identificamos también una relación que constituye un ámbito privilegiado de observación: en muchos sentidos, el cambio remite a esta relación entre el hacer y el decir. Como veremos más adelante, esto resulta particularmente manifiesto en el análisis de los discursos y de los sentidos comunes acerca del cambio en la sexualidad: antes era (más) silenciada, ahora se habla (más). A su vez, ello remite a relaciones de poder: entre individuos, entre individuos e instituciones, entre instituciones; hablar implica también poder (el poder de la palabra) e implica hacer (la palabra que crea). Por ello, observar la conexión entre prácticas y discursos en la sexualidad conlleva, de manera importante, observar las transformaciones en las relaciones de poder en la sociedad chilena. Sin embargo, la transformación en la sexualidad remite también a una modificación importante en las prácticas; los actos posibles de designar y experimentar en la actualidad como sexualidad son también distintos de los que solía designarse, por ejemplo, en las generaciones más antiguas. Ello remite, no obstante, no sólo a los actos sino también a las significaciones de los mismos y, de manera aún más general, a los significados socialmente atribuidos a la sexualidad en distintos momentos de su historia y por distintas generaciones.

De fondo, lo que cambia y ha cambiado en la sexualidad es el modo cómo es elaborada la experiencia de la sexualidad, cómo es vivida, cómo es comunicada y cómo es significada. A su vez, ello tiene que ver con los modos cómo se elabora o, más precisamente, cómo se construye la experiencia social y la sexualidad como parte de esa experiencia. A ello refiere, en general, esta investigación.

1.2. Transformaciones, sociedad y sexualidad.

La sexualidad constituye a la vez una experiencia personal e histórica y su construcción y su transformación se realizan en el proceso mismo en que se construye y se transforma la realidad social. El cambio en las relaciones y en los medios de producción, en la tecnología, en las comunicaciones; la conflictividad social, los procesos migratorios, la globalización y, sobre todo, la modernidad, entendida en el sentido de Gianni Vattimo (1994) o de Marshall Berman (1988), es

decir, como una época que se define a sí misma en términos del cambio constante¹, constituyen al mismo tiempo el material, el ambiente y la orientación de las transformaciones ocurridas en la sexualidad.

Una característica fundamental de la modernidad está dada por los procesos de creciente individualización, es decir, de ruptura de una tradición homogeneizante de la sociedad y la aparición de la singularidad y la particularidad de los individuos.² Sobre todo, la modernidad contemporánea asiste al surgimiento de una sociedad de individuos (Elias, 1991), o a lo que autores tales como Anthony Giddens (2000) o Ulrich Beck³ (2001) denominan 'individualización'. A su vez, la individualización se traduce en cambios en las relaciones entre sujetos y en cambios en las relaciones entre los sujetos y las instituciones. La ruptura de la tradición homogeneizante que caracterizó a la modernidad temprana da lugar, en la modernidad contemporánea, a procesos de individualización y autonomía de los sujetos, los cuales tienden a modificar en profundidad la experiencia de las relaciones sociales y, con ello, de la sexualidad. La experiencia moderna rompe o transforma las relaciones y las estructuras sociales tradicionales y pone sobre el individuo la tarea de hacerse cargo de sí mismo y auto-confrontarse reflexivamente en sus propias prácticas (Giddens, 2000). En la condición moderna contemporánea, el ser humano está individualmente presionado a hacerse cargo de sí mismo, de su vida, de su destino⁴.

La individualización pone en el seno de las relaciones familiares, de género y de generaciones la cuestión de la autonomía de los sujetos. En este campo se encuentran los fenómenos de la individualización y los movimientos sociales (movimientos feministas, de mujeres, de homosexuales, lésbicos, minorías étnicas, religiosas, etc.) y las demandas de derechos de grupos sociales específicos. Por ello también, la individualización tensiona las estructuras de poder en la sociedad. En el ámbito de las relaciones entre sujetos e instituciones, la individualización presiona

¹ Parafraseando a Marx, Berman señala que "ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. Todo lo sólido se desvanece en el aire". (Berman, 1988)

² Si en algún momento se asumió la operación de una tendencia única y homogeneizante, expresada por ejemplo en la noción progresista de 'liberación sexual', hoy en día parece más apropiado hablar de una pluralidad de tendencias y de formas posibles de atribuir sentido al cambio. O si, por el contrario, se asumió como una crisis de la normatividad sexual en el marco de una crisis de las instituciones, como una disolución de la norma sexual y la pérdida de autoridad de las instituciones, hoy asistimos, más bien a una proliferación de las normas.

³ Beck, Ulrich. 2001. La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad. Siglo XXI, México

⁴ En el ámbito de las políticas sociales de segunda generación, esta noción reformula el debate respecto de la intervención social y conecta con nociones tales como trayectorias biográficas, reconfiguración familiar, proyectos de vida, redes sociales, redes institucionales, etc. Un ejemplo de ello lo constituye el Programa Puente, de FOSIS (FOSIS, 2002).

a una profunda transformación normativa que en el campo de la sexualidad se traduce en una marcada proliferación de normas y de instituciones y agentes con capacidad para operar en el ámbito de los discursos públicos y en los sistemas de controles públicos y privados. Ello se expresa en el ámbito de la familia, de la religión, de las leyes. Con frecuencia, las propuestas normativas de una institución aparecen crecientemente contestadas por las propuestas de otras instituciones, construidas en referencia a otras fuentes de legitimación y autoridad: la religión, la ética, las ciencias biomédicas, las ciencias sociales, el auto conocimiento o la reflexividad social e institucional.

Por cierto, se trata de una noción en debate, tanto respecto de su generalización y de su capacidad para describir e interpretar los procesos de transformación en las sociedades desarrolladas (Duncan y Smith, 2006), como también en términos de su pertinencia y su capacidad explicativa en las sociedades periféricas, particularmente en la sociedad chilena (Robles, F. 2000).

En su formulación en el ámbito de la modernidad tardía, la individualización supone, entre otros rasgos fundamentales, que el individuo dispone efectivamente de posibilidades y oportunidades de elección. Esta requiere que la sociedad brinde a las personas posibilidades y oportunidades efectivas para decidir respecto de aspectos fundamentales de su vida individual y social: acceso a la educación, a la cultura y a algún sistema de protección social que le permita satisfacer sus necesidades básicas. En este sentido, la individualización supone condiciones de factibilidad para la elección y la autonomía de los individuos.

Sin embargo, en las sociedades en vías de desarrollo la modernidad igualmente disuelve los lazos tradicionales de solidaridad (comunitaria, familiar, de clase) y presiona a los individuos a hacerse cargo de sí mismos y a realizar sus trayectorias biográficas en condiciones de alta precariedad y vulnerabilidad social. En tales contextos, el fenómeno de la individualización se presenta coextensivo con el fenómeno de la "individuación" (Robles, F. 2000); este último concepto indica esta diferencia fundamental: el individuo no dispone de las posibilidades y oportunidades de elección en aspectos fundamentales de sus trayectorias biográficas, tales como trabajo, ingreso, estudios, acceso a bienes y servicios básicos.

En estas condiciones de alta vulnerabilidad el individuo no sólo está confrontado a evaluar los efectos futuros de sus acciones y, por tanto, el riesgo asociado a ellas, sino que el riesgo ya se ha realizado haciéndole vulnerable; el individuo tiene escasas o nulas posibilidades u oportunidades de elección y, por tanto, tiene escaso control sobre su trayectoria de vida. No obstante, el individuo está presionado a hacerse cargo de sí mismo y a iniciar su propia trayectoria biográfica. Se

constituye entonces una trayectoria biográfica no proyectiva o no desplegable como construcción en el tiempo. Lo que tradicionalmente era pertenencia a una familia extendida, comunidad local o clase social, se constituye ahora en individuación, es decir, en disgregación social que confronta al individuo a hacer su trayectoria biográfica en soledad y precariedad (los trabajos estacionales, migratorios, temporales, ocasionales) (Robles, F. 2000).

Las nociones de individualización y de individuación resultan pertinentes para la comprensión de la transformación modernizante de la sociedad chilena. En ambas, los individuos aparecen confrontados a hacerse cargo de sí mismos y asumir individualmente la responsabilidad sobre sus propias trayectorias biográficas. En muchos sentidos, entre una y otra versión se expresa la diferenciación económica y sociocultural de los distintos sectores y grupos que conforman la sociedad. Sobre todo, individualización e individuación caracterizan las posiciones de los sujetos en la estructura social y sus lugares en las redes de grupos y de conversaciones que conforman el tejido social en que se realiza su socialización y se constituyen sus trayectorias biográficas.

No obstante, en la sociedad chilena la modernidad asume características peculiares, las cuales tienen gran incidencia sobre la transformación de la sexualidad en el país. Este es el tema central de esta tesis y será objeto de análisis desde distintas perspectivas.

1.3. Transformación y sexualidad en la sociedad chilena.

La transformación de la sexualidad en la sociedad chilena se asocia estrechamente con los procesos de modernización que modifican las estructuras, las relaciones y las instituciones sociales. No obstante, se trata también de procesos de modernización que presentan su propia complejidad (Brunner, Barrios y Catalán, 1989). Una característica de las transformaciones modernizantes se expresa en la dislocación del tiempo y el espacio, es decir, la incrustación en las sociedades locales de tiempos y espacios particulares, configurados en otros contextos y con otras condiciones históricas de construcción (Giddens, 2000). En este sentido, la modernidad criolla se presenta marcadamente heterogénea, ambivalente y contradictoria; al mismo tiempo coexisten la riqueza y la miseria, la racionalidad tecnocrática de los sistemas de gestión empresarial y las racionalidades de sobrevivencia de una miríada de emprendimientos y pequeñas unidades productivas, la filiación a poderosas redes sociales de influencia y la situación de exclusión social y marginalidad de extensos segmentos de población.

Aunque la modernización de la sociedad chilena se realiza prácticamente a lo largo de todo el siglo XX, se radicaliza a partir de fines de la década de 1970. Por ello, muchos de los lenguajes y los

sentidos de la modernidad reciente se instalaron y desarrollaron asociados a la experiencia de la dictadura, de modo que aún aparece desgarrada por la memoria y las huellas del horror y del silenciamiento, de la verdad oficial y de las verdades cotidianas silenciadas y reprimidas. En más de un sentido, la sociedad chilena parece elaborar la experiencia de la modernidad más en el registro de la resignificación del pasado que de la apertura al futuro, de pérdida y denegación de derechos más que de apertura a la viabilidad de la movilidad social y de la realización de proyectos de vida. Para muchos individuos, la modernidad y la globalización resultan amenazantes o excluyentes; entre lo público y lo privado, entre las racionalidades instrumentales de la gestión corporativa pública y privada y las racionalidades comunicativas del mundo vital, entre la macro y la microeconomía, entre los discursos y las prácticas, se instala una distancia que los sentidos comunes resienten y elaboran en imágenes polares, paradójicas.

Por ello, aparentemente en la sociedad chilena los procesos de individualización se conectan también con los procesos de democratización y de instalación de la noción de derechos o, más ampliamente, con la noción de ciudadanía. También están expuestos a sus ambigüedades y contradicciones. El concepto de individuación, ya señalado, intenta dar cuenta de la precariedad en que se realiza el proceso de individualización en la sociedad chilena; sobre todo, dar cuenta de las condiciones de vulnerabilidad en que se constituye la subjetividad de los sujetos. No sólo se trata del riesgo inherente a la toma de decisiones respecto de sí mismo sino, además, de la severa restricción de los ámbitos de decisión de que dispone el sujeto en relación consigo mismo y en relación con otros sujetos y con las instituciones. En este sentido, en la sociedad chilena el proceso de individualización se presenta co-extensivo con el proceso de individuación, es decir, como una alteración drástica ocurrida en las estructuras y en las instituciones sociales, sin que se constituyan al mismo tiempo las condiciones para que los sujetos afirmen sus capacidades de autonomización.

1.4. El problema en estudio.

Diversos estudios acerca de la sexualidad en Chile sugieren la ocurrencia de cambios importantes en la sexualidad de las personas. Dichos cambios resultan manifiestos tanto en el ámbito de las prácticas como en el ámbito de los discursos sexuales⁵. ¿En qué consisten dichos cambios y cómo

⁵ Entre otras, puede consultarse las siguientes investigaciones sobre el tema: Comisión Nacional del Sida. (2000), Corporación Chilena de Prevención del SIDA. (1997); Diekman, Eagly y Mladinic. (2005); Fundación Futuro. (Mayo 2000); Gysling (1995); Grupo Iniciativa (1999); Instituto Nacional de la Juventud. (1994, 1997, 2000, 2001); Olavarría, Benavente y Mellado. (1998); Palma, Quilodrán, Palma y Villela. (1993). SERNAM (1997); Sharim, Silva, Rodó y Rivera, D (1996); Valdés, Benavente y Gysling (1999).

dar cuenta de ellos? ¿Cómo los cambios en la sexualidad se relacionan con los cambios en la sociedad chilena?

Al menos tres cuestiones aparecen al intentar abordar estas interrogantes: en primer lugar, las imágenes del cambio tradicionales en la sociedad chilena se organizan en torno a una polaridad conservador – progresista (¿es esta misma distinción pertinente para comprender los sentidos del cambio en la sexualidad?); en segundo lugar, las experiencias de cambio en la sociedad chilena han estado tradicionalmente asociadas a la acción del Estado y las instituciones (¿qué ocurre en el campo de las instituciones en relación al cambio en la sexualidad?); en tercer lugar, uno de los cambios mayores en la sociedad es la modernización acelerada que se instala desde la década de los ochenta (¿cómo se elabora la experiencia de la modernidad en la sociedad chilena y cómo se relaciona con la sexualidad?).

La perspectiva de observación adoptada en esta investigación de tesis asume que tras los cambios en la sexualidad se encuentran los procesos de transformación modernizante que ha experimentado la sociedad chilena a lo largo de varias décadas. De manera particular, asume que las transformaciones en la sexualidad pueden ser analizadas a la luz de los procesos de individualización y de individuación activados en el proceso de modernización de la sociedad.

En este contexto, el problema en estudio puede formularse en términos de tres interrogantes relacionadas entre sí. En primer lugar, ¿cuáles han sido las transformaciones ocurridas en el ámbito de las prácticas sexuales? En segundo lugar, ¿cuáles han sido los cambios ocurridos en el ámbito de los discursos sexuales? En tercer lugar, ¿cómo entender los cambios en las prácticas y en los discursos sexuales, en la sociedad chilena, a la luz de los procesos de individualización e individuación señalados precedentemente?

2. Objetivos del estudio.

Los objetivos del estudio se formulan en los siguientes términos:

- 2.1. Describir los cambios en las prácticas sexuales de hombres y mujeres en una población constituidas por individuos pertenecientes a tres generaciones distintas.
- 2.2. Explorar los cambios en los discursos y en los sentidos comunes respecto de la sexualidad en las distintas generaciones de hombres y de mujeres.

- 2.3. Proponer una interpretación para los cambios observados en las prácticas y en los discursos sexuales en las poblaciones estudiadas, a la luz de los procesos de individualización e individuación que han tenido y tienen lugar en la sociedad chilena.

3. Hipótesis de estudio.

Las hipótesis de estudio se formulan en los siguientes términos:

- 3.1. La sexualidad se ha modificado en la sociedad chilena y ello se traduce y se expresa en las prácticas sexuales de los individuos. No obstante, su traducción y su expresión en las prácticas sexuales presenta un fuerte carácter generacional y de género, de modo que el cambio se hará más visible y manifiesto en las generaciones jóvenes y en relación a las mujeres.
- 3.2. La sexualidad se ha modificado en la sociedad chilena y ello se traduce y se expresa en los discursos acerca de la sexualidad que se producen y que circulan entre los individuos. En dichos discursos, lo que estará en juego será la apertura del habla y la posibilidad de traer a la conversación lo que estaba excluido o consignado a la intimidad y la privacidad. De este modo, los discursos acerca de la sexualidad se modifican en el sentido de poner en discusión la normatividad sexual y el lugar social asignado a las instituciones que sustentan la norma.
- 3.3. Las transformaciones en la sexualidad ocurridas en la sociedad chilena pueden ser observadas de manera más comprensiva a la luz de los procesos de individualización que tienen lugar en dicha sociedad como resultado de su transformación modernizante. En este sentido, adquiere especial importancia la observación de las trayectorias biográficas de los individuos y los modos cómo éstos se hacen cargo de sus propias decisiones en el ámbito de la sexualidad.

4. Metodología de estudio.

4.1. Fundamentos metodológicos.

La investigación social, como práctica de las ciencias sociales, es la expresión del carácter activo (que interviene) del conocimiento científico. Ilustra su condición activa la aproximación etimológica al propio término "investigación", proveniente del término "uestigo", o "*seguir las huellas que deja una presa en el camino*". La investigación es el despliegue de "dispositivos de acción: dicen algo sobre la sociedad, pero también hacen algo en la sociedad" (Ibáñez, 1986, p.59).

El lenguaje constituye tanto el instrumento como el objeto de la investigación social. Jesús Ibañez (1986a) argumenta que los sistemas lingüísticos son informacionales y pueden clasificarse en sistemas biológicos, que vinculan a sus elementos a través de códigos genéticos, y sistemas sociales, que vinculan sus elementos a través de códigos lingüísticos. El orden social pertenece al orden del habla: es generado por dictados o prescripciones e interdicciones y proscripciones. Cualquiera situación de interacción verbal produce una situación o contexto existencial -el campo de la enunciación- y un contexto convencional o lingüístico -el campo de lo enunciado. El campo de la enunciación activa una compleja red de relaciones sociales (efecto sociedad) y el campo de lo enunciado activa una compleja red de relaciones lingüísticas (efecto lenguaje).

El objeto de las ciencias sociales, por lo tanto cada objeto singular de una investigación social específica, “empieza a existir -como objeto- al ser nombrado” (Alvira, Ibañez y García, 1986, p.10). Al mismo tiempo, todo instrumento de investigación social constituye un “juego de lenguaje” (encuesta, conversación, etcétera). De allí que “el lenguaje sea, a la vez, instrumento y objeto de la investigación social” (Alvira, Ibañez y García, 1986, p.10).

La definición de perspectivas metodológicas en la investigación social se ha formulado en torno a la distinción comúnmente conocida como “cuantitativo/cualitativo” -en que la evaluación de los diseños de investigación queda determinada por las prácticas tecnológicas en las que se inscriben ciertos procedimientos de obtención/construcción de datos- y constituye un debate que en la actualidad arriba a asuntos fundamentales del estatuto del saber de las ciencias sociales, y a la normatividad de la investigación social, lo que llevaría a clasificar dos concepciones de diseño de investigación (Dávila:1994,p.86). Pablo Cottet (2000) sostiene un desplazamiento de las posiciones argumentativas del debate sobre la distinción desde un plano de argumentos sobre el “origen” a un plano donde los argumentos refieren a la “emergencia” del debate propiamente tal. Dicho de otro modo: el debate sostenido desde un registro ontológico del objeto de estudio (“cantidad” o “cualidad” como expresiones de una esencia originaria de tal objeto), se ha desplazado hasta un debate que consigna la procedencia epistemológica del objeto para legitimar unas u otras tecnologías de aproximación a él (son los supuestos teórico-metodológicos de una pregunta de investigación los que permiten hacer medible un objeto, constituyéndolo como tal). Se trata del desplazamiento desde argumentaciones sobre la esencia de unos objetos sociales anteriores (pre-existentes) al conocimiento, hacia argumentaciones sobre unos objetos que son al conocerse, y cuya existencia depende de las condiciones que posibilitan su(s) conocimiento(s).

Los objetos del conocimiento de las ciencias sociales presentan unas condiciones de emergencia (de “producción”, si se nos permite), más que de un origen (de “creación”). Y que las ciencias

sociales, como otras instituciones sociales, participan (privilegiadamente en los tiempos modernos) de las condiciones que posibilitan la emergencia de aquello que llamamos “realidad social”, de aquello que las disciplinas sociales (historia, antropología, psicología, sociología) hacen sus objetos de conocimiento. Luego, la investigación social, como proceso de producción de los objetos de las ciencias sociales, llega a conocer lo que sus condiciones de producción le permiten conocer. Que el saber de la investigación social es producto, resultado (informan los “resultados” de la investigación) de sus operaciones. Y que tales operaciones organizan el mismo saber de las ciencias sociales como recursos para la generación de conocimiento.

Las ciencias sociales operan como dispositivos auto-reflexivos que a través de los juegos de lenguaje de la investigación social producen nuevos conocimientos desde conocimientos precedentes cuya legitimidad se juega en ese proceso de producción que los organiza como recursos según modalidades diversas, coherentes a un patrón lógico. Ello resulta válido tanto para la investigación social de base cualitativa como para la investigación social de base cuantitativa; ambas constituyen dispositivos de producción de conocimiento sobre aspectos específicos de la realidad social cuya producción puede converger en un diseño único que las articule.

4.2. Diseño de investigación.

La presente investigación articula una doble aproximación cualitativa y cuantitativa; entendemos que la combinación es adecuada en este caso en dos sentidos: un componente cualitativo permite desarrollar una aproximación a los discursos, de modo de indagar las imágenes sociales y sentidos comunes prevalentes en los colectivos estudiados. Un componente cuantitativo, por su parte, permite, en un mismo proceso investigativo, una aproximación a la configuración, distribución y frecuencia de las prácticas en la población estudiada.

4.3. Fuentes de datos y técnicas de investigación.

La investigación combina el uso de fuentes primarias y secundarias. Respecto del primer tipo, se utiliza la técnica del *grupo de discusión*, que corresponde a la perspectiva estructural -o cualitativa-, generándose grupos de discusión especialmente para la presente Tesis seleccionados de acuerdo a su posición en la estructura del fenómeno estudiado. Respecto de las últimas fuentes, hace uso de las bases de datos de investigaciones nacionales de base estadística desarrolladas en la sociedad chilena, y de grupos de discusión realizados en el marco de otra investigación dirigida por la tesista y desarrollada en el mismo periodo.

El uso de datos secundarios en las ciencias sociales ha comenzado a extenderse en Chile. En países desarrollados, las universidades o instituciones que realizan investigaciones empíricas ponen a disposición del público las bases de datos de sus encuestas. Los llamados "Bancos de Datos" del International University Consortium for Political and Social Research, ICPSR, ubicado en la Universidad de Michigan en Estados Unidos, y el Social Science Research Council, SSRC, de la Universidad de Essex en Gran Bretaña, que cuentan con bases de datos con una antigüedad de más de treinta años, son expresiones de tal desarrollo. En Chile aún no existen bancos de datos de uso académico como los descritos y las bases de datos deben ser obtenidas individualmente por los investigadores.

El uso de fuentes secundarias es fundamental en el contexto nacional; la exhaustividad del uso de tales bases no se alcanza por parte de quienes las generan y, con ello, la investigación social en el país pierde académica y financieramente en su desarrollo y contribución. Por cierto, en la actualidad es todavía frecuente que los estudios no usen todas las variables disponibles ni hagan todos los análisis que se podrían realizar. Mayoritariamente se efectúan análisis de tipo descriptivo, dejando de lado el aspecto analítico de los datos.⁶ Ello resulta contradictorio con el desarrollo de las técnicas de recolección de datos y el adelanto progresivo y sostenido de la computación, que han llevado a que técnicas estadísticas que en el pasado eran muy complicadas de aplicar, puedan efectuarse de forma sencilla en computadores personales y utilizarse técnicas de análisis multivariado de datos.

Del mismo modo, puede sugerirse que pueda producirse un desfase ya no sólo entre lo que se produce efectivamente a partir de las bases de datos generadas, sino también entre las posibilidades existentes entre lo que la actual tecnología de análisis estadístico permitiría y la disponibilidad de conexión con el campo teórico en las ciencias sociales, que resulta también compleja institucionalmente en la actualidad.

Herbert Hyman (1955), identifica tres ventajas en el uso de datos secundarios. En primer lugar, la resolución de problemas mediante el análisis de encuestas existentes significa una economía en términos de dinero, tiempo y personal. En segundo lugar, en ciertas condiciones la intrusión de los entrevistadores para realizar una nueva encuesta puede dificultarse. En tercer lugar, el análisis secundario es beneficioso para la ciencia por diversos motivos, todos los cuales tienen un rasgo común de naturaleza metodológica: amplía los tipos y el número de observaciones que hay que

⁶ El análisis se efectúa casi exclusivamente con variables sociodemográficas típicas, como sexo, grupo etario, status socioeconómico, educación, etc.

realizar para cubrir adecuadamente la variedad de condiciones sociales, procedimientos de medición y variables que normalmente se estudian en las encuestas primarias. Es así como permite un estudio empírico más comprensivo de los problemas formulados por el investigador. Además, el examen de una diversidad de materiales en el transcurso de un análisis secundario amplía nuestros horizontes intelectuales, ya que estimula la reflexión sobre problemas olvidados y los dirige hacia niveles más altos de abstracción. Por otro lado, Kiecolt y Nathan (1985), identifican las principales limitaciones del uso de datos secundarios: En primer lugar, habría más datos disponibles de ciertos temas o áreas de estudio, en perjuicio de otros. En segundo lugar, es posible que en las bases disponibles se encuentren preguntas mal formuladas o pobremente operacionalizadas. Igualmente, es difícil que un investigador encuentre todas las variables que necesite en una sola base de datos; y si ocupa diversas bases el error aumenta. En tercer lugar, si muchos investigadores ocupan los mismos datos, los análisis posibles se limitan, y limitan, por lo mismo, la perspectiva o mirada en ciencias sociales. En este punto se produce una situación paradójica. Si bien lo dicho es cierto, también es necesaria la repetición de investigaciones o el uso repetido de ciertas variables -igualmente operacionalizadas- con el objetivo de comparar investigaciones y poder llegar a generalizaciones empíricas. De esta forma se avanza teórica y metodológicamente. Finalmente, en cuarto lugar, la principal limitación del análisis secundario es que la encuesta no contiene precisamente el indicador del concepto que el analista secundario quiere medir. Cuando esto sucede el investigador debe desarrollar esquemas creativos para medir las preguntas que le interesan. Es común que distintas preguntas sean combinadas de varias formas para representar el concepto que el investigador tiene en mente.

Se usa, en primer lugar, la Base de Datos correspondiente a la Encuesta Nacional de Comportamiento Sexual, realizada en 1998 por la Comisión Nacional del SIDA, CONASIDA, con la colaboración de la Agence Nationale de Recherches sur le SIDA, ANRS, de Francia.

En segundo lugar, se usa la Base de Datos perteneciente a la Encuesta de Trayectorias Sexuales Juveniles en la Sociedad Chilena, y grupos de discusión de la investigación titulada “Estudio de caracterización de los factores de riesgo y vulnerabilidad frente al VIH/SIDA en jóvenes”, realizada por la Universidad de Chile para la Comisión Nacional del SIDA⁷, en 2004-2005.

En tercer lugar, complementariamente a las anteriores, se usan las Bases de Datos de la serie de *Encuesta Socioeconómica Nacional, CASEN*, realizada por el Ministerio de Planificación, MIDEPLAN, correspondientes a las versiones de los años 1990 y 2003; la Base de Datos de la serie de *Encuesta Nacional de Juventud*, realizadas por el Instituto Nacional de la Juventud,

⁷ En el marco del Proyecto de Fondo Global para la Lucha contra el SIDA, la tuberculosis y la malaria.

correspondiente a la última versión del año 2003; y también muy parcialmente, se usa la Base de Datos de la Primera Encuesta Nacional de Calidad de Vida⁸, realizada por INE y MINSAL en 2001.

¿Por qué se utilizan las encuestas precedentemente presentadas en esta Tesis Doctoral? En la sociedad chilena no se dispone sino hasta fines de la década de 1990 de investigación sobre comportamientos sexuales prevalentes en el conjunto de la población, de las generaciones más antiguas e intermedias, además de las más jóvenes -comenzadas a ser progresivamente investigadas en la década de 1980. El Estado chileno no realizó en las décadas anteriores ninguna versión nacional de la serie de encuestas denominadas *Demographic and Health Survey*, DHS, que muchos otros países de mundo y de América Latina implementaron y que permitieron generar información, junto con otras materias, sobre sexualidades en sus sociedades. Por ello, la Encuesta Nacional de Comportamiento Sexual, realizada por el gobierno chileno en 1998 viene a reparar un déficit histórico de producción de información sobre la evolución de los comportamientos sexuales. Ella se constituye en el primer registro de los comportamientos de las diversas generaciones en el país. Por tanto, es una referencia fundamental cuando se busca conocer la evolución de los calendarios y contextos de la iniciación sexual o las configuraciones generacionales de la sexualidad.

Por cierto, la Encuesta Nacional de Comportamiento Sexual se inscribe en un tipo de investigación básicamente transversal, que aunque indaga conductas pasadas y que ubica ciertas periodicidades (toda la vida, últimos cinco años, y últimos doce meses) relativas a ciertos comportamientos, no produce información sobre los procesos biográficos. En la actualidad no se dispone de información en el país de investigación de base estadística y de un sistema de registro estatal sobre los diversos modos de emparejamiento y tampoco de las trayectorias de relaciones de pareja. Del modo que en la actualidad se realiza el censo en el país, es posible sólo capturar la situación conyugal actual. No se registra la historia conyugal de los sujetos. Cuando los censos no consignan la separación de hecho, alguien con una relación de cohabitación ya terminada: ¿se declara soltero o separado?; cuando los sujetos están en su segundo (o más) matrimonio o unión, no se captura su condición previa de separados (Rodríguez, 2005). En sociedades como la chilena, en que el divorcio –propiamente tal, es decir, con disolución de vínculo- no estuvo legalizado sino hasta fecha muy reciente, la declaración de cohabitación podría haber constituido una alternativa sustitutiva a un segundo matrimonio, es decir, constituirse en un tipo de relación para quienes no pueden formalizar sus uniones. Tampoco el censo dispone de información que permita distinguir

⁸ Es un estudio de cobertura nacional, con representación regional para las 13 regiones y urbano rural. La población objetivo comprende los hogares y personas de 15 años y más. Su muestra alcanza a 6228 sujetos en el módulo que aquí se aborda.

una cohabitación post-marital de una que precede o que es alternativa al matrimonio. Por su parte, las distintas investigaciones nacionales que registran situación de pareja, las encuestas CASEN - realizadas desde 1986 por el Ministerio de Planificación, MIDEPLAN-, las diversas versiones de la Encuesta Nacionales de Juventud -realizadas desde 1994 por el Instituto Nacional de la Juventud-, el Estudio Nacional de Comportamiento Sexual (CONASIDA/ANRS), de 1998 -realizado por el Ministerio de Salud- tampoco indagan sobre las trayectorias de relaciones de parejas en la sociedad chilena. Por ello, la *Encuesta de Trayectorias Sexuales Juveniles en la Sociedad Chilena*, realizada siete años más tarde y que indaga procesos más longitudinales, permite abordar este tipo de preguntas respecto de la población joven; analiza la configuración de las trayectorias de parejas sexuales en los diversos contextos en que se organizan socialmente, sea como parejas, ocasionalidad, entre otros, de la población chilena entre 15 y 24 años de edad en el tiempo de aplicación de la misma.

Las otras encuestas han sido incluidas complementariamente porque aportan en dimensiones específicas. La encuesta CASEN permite analizar la evolución en la última década de las uniones. Por su parte, la Encuesta Nacional de Juventud registra el uso de formas preventivas en las generaciones más jóvenes, y con ello, permite analizar la evolución en las diversas generaciones del uso de tecnología preventiva en los procesos de iniciación sexual.

4.4. Universo y Muestra.

El universo de la investigación lo constituyen los hombres y mujeres nacidos entre los años 1929 y 1990 en la sociedad chilena, que habitan en las distintas regiones del país. La Encuesta CONASIDA/ANRS provee información de la población chilena desde las generaciones nacidas a fines de la tercera década del siglo XX (desde 1929 a 1980). Por su parte, la Encuesta UDECHILE/CONASIDA proporciona información de la población chilena nacida entre 1980 y 1990, es decir, población joven. Complementariamente, las otras encuestas cuyas bases de datos son analizadas se ubican de forma general en poblaciones similares a estos grupos de edades. Por su parte, los grupos de discusión consideran a colectivos de sujetos pertenecientes a distintos segmentos generacionales.⁹

⁹ No distinguimos orientación sexual de los entrevistados o sus parejas sexuales en virtud del reconocimiento por parte del equipo que dirigió la investigación de la existencia de una sub-declaración por parte de la población respecto del sexo de sus parejas sexuales, y porque se ha demostrado que el estudio de la iniciación de personas homosexuales requiere de procesos específicos de investigación.

4.5. Técnicas de investigación y Análisis de información de base estadística.

4.5.1. Técnicas de investigación.

La técnica de investigación utilizada es la encuesta, que consiste en la aplicación de un cuestionario a una muestra representativa, y posteriormente los resultados analizados estadísticamente. En la presente Tesis Doctoral se utilizan las Bases de Datos de cuatro encuestas realizadas en Chile entre los años 1990 y 2005:

a. Encuesta Nacional de Comportamiento Sexual.

i. Diseño Muestral.

La población objetivo comprendió a personas de 18 a 69 años de edad, es decir, sujetos nacidos entre los años 1929 y 1980. Este estudio fue de cobertura nacional urbana, consideró ciudades de 100.000 habitantes o superior, y se basó en una muestra probabilística trietápica, estratificada por ciudades. Las etapas de muestreo implicadas son: Conglomerados Geográficos, Viviendas y Personas. La muestra consideró a sujetos que residen en forma habitual en viviendas particulares, y fue elaborada a partir de la información recogida del Instituto Nacional de Estadísticas acerca del Censo de Población y Vivienda de 1992. La muestra representa aproximadamente al 80% de la población urbana nacional.

Se confeccionó una muestra teórica total de 8.000 encuestas a realizar, desagregadas en 6000 encuestas y 2000 adicionales por el efecto de la no respuesta, obteniendo en el levantamiento de la información una muestra efectiva de 5407 encuestas válidas. De modo referencial, a nivel nacional, con la presencia de un atributo en un 50%, que corresponde a la varianza máxima, se consideró un error absoluto de 1.4% con 95% de confianza¹⁰. La muestra observada estaba compuesta por un total de 2244 (41.5%) hombres y 3163 (58.5%) mujeres. Dada la sub-representación masculina de la muestra, se aplicó un factor de expansión poblacional. La recolección de datos se realizó mediante entrevista cara a cara entre encuestador y entrevistado y mediante la auto-aplicación de secciones predefinidas en este formato. Este procedimiento tuvo lugar entre los días 27 de julio y 2 de Noviembre de 1998.

¹⁰ 95% de confianza, estimación a nivel nacional con muestra esperada de seis mil personas.

Regiones	Datos Maestrales	Datos Expandidos
I	396	301.569
II	470	230.728
IV	255	155.193
V	767	583.159
VI	172	126.402
VII	185	108.039
VIII	851	580.013
IX	256	159.455
X	373	236.851
XII	160	76.412
XIII	1.522	3.313.744
Total	5.407	5.871.565

ii. Instrumento.

El instrumento de recogida de datos diseñado para este estudio fue una encuesta de conducta sexual y de riesgo ante el VIH. Se construyó y consolidó un cuestionario con preguntas básicamente cerradas y desagregadas – en cuanto a modalidad de aplicación – de la siguiente forma: a) 190 ítemes de aplicación cara a cara por parte de un entrevistador y b) 24 preguntas auto aplicadas agrupadas en dos módulos específicos.

Dicho instrumento contuvo los siguientes bloques de preguntas: características sociodemográficas, comunicación y normas, iniciación sexual, protección y uso preservativo, relacional última pareja y penúltima pareja, comercio sexual, violencia y ETS, experiencia sexual, orientación sexual, SIDA e ingresos. En términos de contenido, el instrumento se presenta segmentado por módulos o conjuntos temáticos atingentes – según sea el caso – a todos o sólo algunos subgrupos poblacionales. La pertinencia de cada grupo de preguntas estuvo dada por el estadio de actividad sexual declarado por el entrevistado en referencia a tres contextos temporales y al número de personas con que hubiera tenido relaciones sexuales en el periodo de actividad más reciente.

Con los criterios anteriores fueron definidos los siguientes subgrupos: a) no iniciados: solteros que no han tenido relaciones sexuales, b) inactivos últimos cinco años: personas que han tenido relaciones sexuales en la vida, pero no en los últimos cinco años, c) activos últimos cinco años, pero inactivos últimos 12 meses: personas que han tenido relaciones sexuales, que declaran actividad sexual penetrativa en los últimos cinco años pero no en los últimos 12 meses, d) activos últimos 12 meses, uniparejas: personas que han tenido relaciones sexuales en el último año con una sola pareja y e) activos últimos 12 meses, multiparejas: personas que han tenido relaciones sexuales en el último año con más de una pareja.

b. Encuesta de Trayectorias Sexuales Juveniles en la Sociedad Chilena.

i. Diseño muestral.

La población objetivo comprendió a jóvenes a jóvenes de ambos sexos residentes en las regiones Metropolitana, Primera, Quinta y Octava. Se define operacionalmente como joven a personas entre los quince años y veinticuatro años, y como residentes a quienes habitan más de seis meses en la región consultada.

El diseño muestral es no probabilístico y bietápico, con selección aleatoria de teléfonos y conformación de cuotas de personas al interior del hogar seleccionado. El tamaño de la muestra fue de 800 casos para la Región Metropolitana y 400 casos para cada región. En el caso de la Región Metropolitana, si la muestra fuera probabilística en todas sus etapas, los resultados se podrían inferir con un 95% de confianza y un error de muestreo de 3,45%; para cada región, los resultados se podrían inferir con un 95% de confianza y un error de muestreo de 4,9%. Dado que el diseño muestral correspondió a una muestra por cuotas proporcionales por edad y sexo, se requirió ponderar los elementos muestrales por los pesos poblacionales, para lo que se consideró la proporción de jóvenes por sexo, edad y nivel socioeconómico según ESOMAR. Para construir el ponderador se utilizó los datos expandidos de la Cuarta Encuesta Nacional de Juventud.

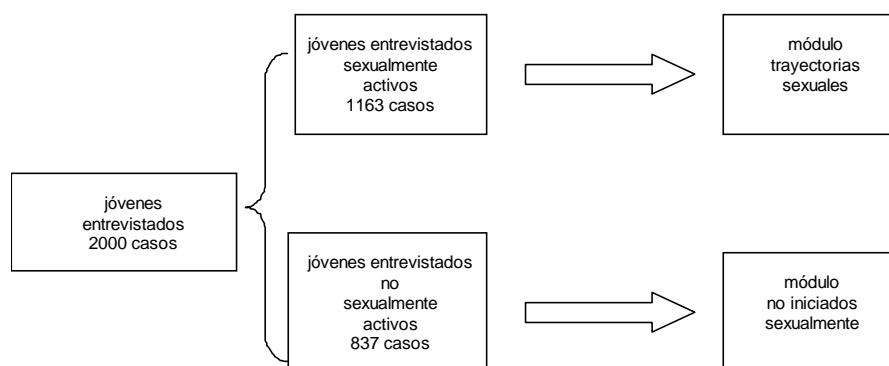
		Hombre	Mujer	Total
I	15-19 Años	103	122	225
	20 - 24 Años	83	92	175
	Total	186	214	400
V	15-19 Años	99	118	217
	20 - 24 Años	85	98	183
	Total	184	216	400
VIII	15-19 Años	97	113	210
	20 - 24 Años	90	100	190
	Total	187	213	400
RM	15-19 Años	206	221	427
	20 - 24 Años	166	207	373
	Total	372	428	800

ii. Instrumento.

Se utilizó un cuestionario compuesto de dos módulos para ser aplicados a los jóvenes. El primer módulo estuvo dirigido a jóvenes que estuviesen iniciados sexualmente. Su objetivo fue conocer -

en el marco de una exploración de las trayectorias de parejas sexuales- los contextos, relacionamientos y gestiones preventivas. Para abordar dicho objetivo se incluyó preguntas dirigidas a explorar el número de parejas sexuales, edad de inicio sexual; y para cada pareja sexual contexto de la relación, duración y prevención. El segundo módulo estuvo dirigido a personas no iniciadas sexualmente, y su objetivo fue conocer sus disposiciones relativas al inicio sexual, disposición a la prevención y disposición al uso del condón. Ambos módulos fueron de respuestas estructuradas (cerradas).

A continuación se muestra la distribución no ponderada de los casos entre los dos módulos del cuestionario.



La recolección de datos se realizó mediante entrevista cara telefónica. Este procedimiento tuvo lugar entre los días 20 de Enero y 15 de Marzo de 2005.

c. Encuesta de Caracterización socioeconómica nacional, CASEN.

La encuesta CASEN es un instrumento que permite construir indicadores para mantener actualizado el diagnóstico de la situación socioeconómica de los hogares del país. Esta se ha realizado desde el año 1985 en los meses de noviembre y diciembre. Los objetivos de esta serie de encuestas se orientan a conocer el impacto redistributivo del gasto social, medir la distribución del ingreso de la población, evaluar los programas sociales en curso, y caracterizar a la población por estratos socioeconómicos. Las muestras de esa serie de encuestas tienen representatividad a nivel nacional, regional y comunal. El cuestionario contiene seis módulos que abarcan las principales dimensiones de la situación socioeconómica de la población: residentes, vivienda, educación, salud, empleo e ingresos del trabajo, y otros ingresos.

d. Encuesta Nacional de Juventud.

La Serie de Encuesta Nacional de Juventud investiga tanto condiciones socioeconómicas como percepciones subjetivas de los jóvenes (hombres y mujeres) chilenos entre 15 y 29 años, desde 1994. El tipo de muestreo es estratificado, por conglomerados y polietápico. El tamaño de la muestra asegura una representatividad a nivel nacional, y a partir de la medición 2003 se agregó a representatividad regional. El instrumento es un cuestionario de aplicación cara a cara con predominio de preguntas de respuesta estandarizada. Cada versión contiene modificaciones respecto de las versiones anteriores, incluyendo nuevos temas y modificando algunas baterías de respuesta. El instrumento contiene una sección sobre sexualidad, focalizada en la primera relación sexual y uso de tecnología preventiva.

4.5.2. Análisis de la información de base estadística.

Precisamos que los datos fueron analizados después de haberse aplicado los instrumentos de medición, que no se controla el efecto de ninguna variable y que la investigación utiliza información recolectada en un sólo periodo de tiempo determinado. El procesamiento de la información de las encuestas implicó el uso de técnicas estadísticas descriptivas univariadas y bivariadas. Por su parte, la generación de tipologías se realizó mediante técnicas multivariadas de clasificación y reducción de datos. Para describir una variable se utilizaron: Percentiles¹¹, Medidas de Tendencia Central -Media¹², Mediana¹³, Mediana Agrupada¹⁴, Moda¹⁵- y de Dispersión -Varianza¹⁶. Para describir dos variables conjuntamente se utilizaron Tablas de Contingencia y Comparación de

¹¹ Valores que dividen los casos de acuerdo con unos valores por debajo de los cuales quedan unos porcentajes determinados de casos. Por ejemplo, la mediana es el percentil 50, el valor por encima y por debajo del cual se encuentran el 50% de los casos.

¹² Suma de todas las puntuaciones divididas por el número de puntuaciones (Promedio).

¹³ Valor por encima y por debajo del cual se encuentran la mitad de los casos; el percentil 50. Cuando el número de observaciones es par, la mediana es el promedio de las dos observaciones centrales, una vez que han sido ordenadas de manera ascendente o descendente. La mediana es una medida de tendencia central que no es sensible a los valores atípicos (a diferencia de la media, que puede resultar afectada por unos pocos valores extremadamente altos o bajos).

¹⁴ La mediana calculada para los datos que se codifican en grupos. Por ejemplo, para los datos de edades, si cada valor de la treintena se codifica como 35, cada valor de los 40 se codifica como 45, etc. la mediana agrupada es la mediana calculada a partir de los datos codificados.

¹⁵ El valor que aparece con mayor frecuencia. Si varios valores comparten la mayor frecuencia de aparición, cada uno de ellos es una moda.

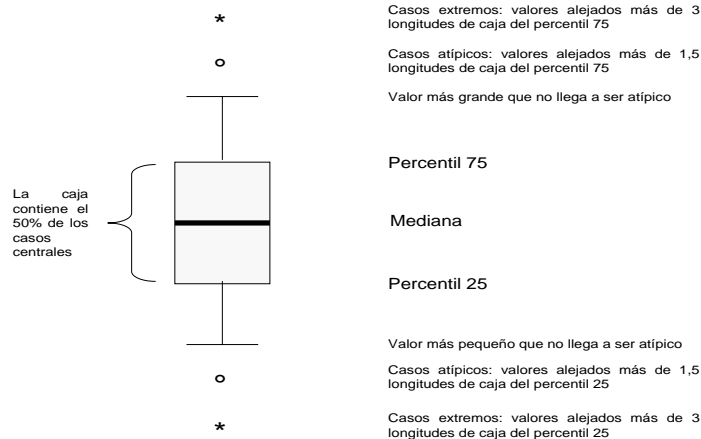
¹⁶ Medida de dispersión en torno a la media, igual a la suma de los cuadrados de las desviaciones respecto a la media dividida por el número de casos menos 1. La varianza se mide en unas unidades que son el cuadrado de las de la propia variable.

Medias. La elección del procedimiento estadístico dependió del nivel de medida de las variables utilizadas.

Para generar las tipologías, las preguntas seleccionadas son transformadas en nuevas variables mediante la utilización del Análisis de Correspondencia Múltiple¹⁷. El análisis de homogeneidad cuantifica los datos (categóricos) nominales mediante la asignación de valores numéricos a los casos (los objetos) y a las categorías. El análisis de homogeneidad se conoce también por el acrónimo HOMALS, del inglés homogeneity analysis by means of alternating least squares (análisis de homogeneidad mediante mínimos cuadrados alternantes). El objetivo de HOMALS es describir las relaciones entre dos o más variables nominales en un espacio de pocas dimensiones que contiene las categorías de las variables así como los objetos pertenecientes a dichas categorías. Los objetos pertenecientes a la misma categoría se representan cerca los unos de los otros, mientras que los objetos de diferentes categorías se representan alejados los unos de los otros. Cada objeto se encuentra lo más cerca posible de los puntos de categoría para las categorías a las que pertenece dicho objeto.

En segundo lugar, utilizando estas nuevas variables se genera tipologías, a través, del procedimiento K-Means, este procedimiento intenta identificar grupos de casos relativamente homogéneos basándose en las características seleccionadas y utilizando un algoritmo que puede gestionar un gran número de casos. Se comienza seleccionando los casos más distantes entre sí. Y a continuación se inicia la lectura secuencial del archivo de datos asignando cada caso al centro más próximo y actualizando el valor de los centros a medida que se van incorporando nuevos casos. Una vez que todos los casos han sido asignado a uno de los K conglomerados, se inicia un proceso iterativo para calcular los centroides finales de esos K conglomerados.

Los datos en forma resumida son representados gráficamente. Los datos aparecen en el gráfico en forma de barras, líneas, columnas o en otras formas. Los datos se agrupan en serie de datos y se distinguen por sus diferentes colores o diseños. Las variables que están medidas a lo menos ordinalmente son representadas a través del gráfico de caja. Este gráfico proporciona información bastante completa sobre el grado de dispersión de los datos y el grado de asimetría de la distribución.



4.5.3. Técnica de investigación y Análisis de información cualitativa: el grupo de discusión.

El grupo de discusión es un dispositivo creado para hacer que un grupo de personas hable libremente acerca de un tema -formulado en forma de una pregunta abierta- relevante para la investigación. En términos generales, lo que un grupo dice acerca de algo normalmente se repite en grupos subsiguientes -a menos que la formación del grupo presente dificultades técnicas o que sus participantes pertenezcan a comunidades de habla enteramente distintas entre sí. El grupo produce un discurso colectivo -en algunos casos, más de un discurso- el cual se considera representativo de la posición estructural a la cual pertenecen sus integrantes.¹⁸ La realización de varios grupos de discusión hace posible acceder a las distintas versiones -las percepciones compartidas, las imágenes sociales y las elaboraciones colectivas- respecto de un fenómeno, disponibles en un conjunto social.

El material producido en un grupo de discusión se analiza en forma de un texto que se organiza como una *proposición general de sentido* respecto del fenómeno en estudio, representativo del estrato o de la posición social al que pertenecen sus integrantes. Los contenidos discursivos que se repiten en grupos sucesivos son interpretados como un *sentido común* y los contenidos específicos de un grupo particular son interpretados como variaciones de ese sentido común. Las conversaciones grupales son especialmente aptas para la reproducción del sentido común.

¹⁸ El número de participantes normalmente varía entre 6 y 10 personas, seleccionadas en función de su posición respecto del fenómeno en estudio (por ejemplo, género, edad, ocupación, escolaridad, lugar en una organización, tipo de funciones realizadas, etc.). Los participantes en un grupo de discusión normalmente no debieran conocerse previamente entre sí y si ello no es posible, la conducción del grupo debe asegurar la circularidad y horizontalidad de las comunicaciones grupales.

Complementariamente, las conversaciones grupales pueden ser recurridas como instancias de validación de hipótesis o interpretaciones, de modo que el grupo opera como juicio experto – respecto de sus propios discursos y valoraciones.

La presente investigación de tesis utiliza el análisis de doce grupos de discusión. Están comprendidos en tres tramos etarios:

- a) alrededor de 75 años de edad, de estratos sociales medio-alto y medio-bajo;
- b) alrededor de 55 años de edad, de estratos sociales medio-alto y medio-bajo; y
- c) entre 15 y 24 años de edad, de estratos sociales medio-bajo.

Los dos primeros tipos de grupos fueron expresamente diseñados para la investigación de esta tesis doctoral; los últimos grupos fueron parte del “Estudio de caracterización de los factores de riesgo y vulnerabilidad frente al VIH/SIDA en jóvenes”, realizada el año 2004-2005, por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile y CONASIDA, y dirigido por la autora de esta tesis.

GRUPOS DE DISCUSION			
Generación más antigua Nacidos entre 1925 y 1935	Mujeres	Mujeres NSE medio-bajo	Región Metropolitana
		Mujeres NSE medio-alto	Región Metropolitana
	Hombres	Hombres NSE medio-bajo	Región Metropolitana
		Hombres NSE medio-alto	Región Metropolitana
Generación adulta Nacidos entre 1945-1955	Mujeres	Mujeres NSE medio-bajo	Región Metropolitana
		Mujeres NSE medio-alto	Región Metropolitana
	Hombres	Hombres NSE medio-bajo	Región Metropolitana
		Hombres NSE medio-alto	Región Metropolitana
Generación más joven Nacidos entre 1980 y 1990	Mixto	Hombres y mujeres NSE medio-bajo	I Región, Arica
		Hombres y mujeres NSE medio-bajo	VIII Región, Concepción
		Hombres y mujeres NSE medio-bajo	Región Metropolitana
		Hombres y mujeres NSE medio-bajo	V Región, Valparaíso

5. Limitaciones del Estudio.

La perspectiva teórico-metodológica adoptada en esta investigación asume que la sexualidad, al igual que cualquiera otra dimensión de la vida humana, constituye propiamente una construcción social. En esta construcción, un papel fundamental es atribuido a los procesos de individualización que tienen lugar en la modernidad contemporánea; la tradición homogeneizante instalada por la modernidad temprana termina por dar paso al surgimiento del individuo en la modernidad tardía. Es

éste quien está llamado a hacer sentido de su experiencia social, a confrontarse reflexivamente en sus propias creencias, sus valores y sus comportamientos y a modificarlas a lo largo de sus trayectorias biográficas; por cierto, se trata propiamente de una reflexividad social: el individuo moderno es también una construcción social, un producto de sí mismo. Ello implica también que se reconfiguran y se modifican las relaciones entre individuos y entre éstos y las instituciones; las primeras pueden observarse en un despliegue generacional (las rupturas y las continuidades entre generaciones) y en un despliegue de género (la conflictividad y lo emergente en las relaciones constituidas a partir de distinciones sexuales); las segundas pueden observarse en la diversificación y heterogeneización de instituciones normativas con capacidad para proponer y para inducir y regular discursos y prácticas en el campo de la sexualidad (instituciones religiosas, científicas, académicas, profesionales, etc.).

Por cierto, ha sido necesario cualificar la noción de individualización, asumiendo el uso del concepto de individuación para referir a la situación que confrontan los individuos en las sociedades en que la transformación modernizante presiona a la desintegración de las estructuras, de las instituciones y de los vínculos tradicionales y pone sobre los sujetos la responsabilidad de hacerse cargo de sus propias trayectorias biográficas, sin ofrecerles condiciones de factibilidad para realizar proyectos de vida. Ambas nociones, individualización e individuación, remiten a un mismo contexto histórico, social, político y cultural en que los individuos confrontan escenarios y construyen trayectorias biográficas a partir de posiciones estructurales diferenciales.

Desde un punto de vista metodológico, en este estudio el enfoque de individualización refiere centralmente a las trayectorias biográficas de los individuos. Este es un punto de gran importancia para la investigación en sexualidad. Por un lado, permite observar a los individuos en distintos momentos de sus trayectorias de vida, en sus interacciones e intercambios, en sus contextos y escenarios, en sus orientaciones, en sus discursos y en sus prácticas sexuales; sobre todo, permite observar las transformaciones en la sexualidad desde una perspectiva dada por los sujetos que experimentan dichas transformaciones en sus propias vidas, en sus propias relaciones o en sus orientaciones normativas. Por otro lado, permite observar los modos en que se modifican las relaciones entre individuos y entre éstos y las instituciones, en el ámbito de la sexualidad, a partir de una apertura de las posibilidades de elección y orientación.

No obstante, este enfoque requiere que el diseño y la aplicación de metodologías e instrumentos de investigación social también lo asuman. En la presente investigación las fuentes secundarias de base estadística –encuestas- presentan una limitación general para observar las transformaciones o las prácticas de los sujetos en el marco de los procesos de movilidad social o territorial a los que

están expuestos a lo largo de sus vidas. En general, las encuestas, incluyendo los censos de población realizados por el Instituto Nacional de Estadísticas, no consideran la producción de información respecto de trayectorias biográficas de los individuos. La disponibilidad de dicha información permitiría identificar y analizar las tendencias de cambio que se manifiestan en la sociedad y los modos en que dichos cambios articulan diversos ámbitos de la vida personal y social. Una excepción la constituye la encuesta CONASIDA, aunque de manera limitada, al introducir preguntas de trayectoria en el ámbito de la religión (religión de origen, religión actual, religiones adoptadas durante la trayectoria de vida).

Del mismo modo, aun cuando no debida a los instrumentos, las encuestas en una sociedad como la nuestra -todavía altamente homofóbica- encuentran una alta reactividad cuando se estudia la distribución de las prácticas en su inscripción en orientaciones sexuales, sea en una perspectiva de diversidad sexual (en cuanto autodefinición identitaria), sea en la de la plasticidad (más bien, en cuanto prácticas). Por ello, estudiar su transformación en la sociedad chilena no ha sido posible en esta Tesis.

6. Organización de la Tesis.

Esta tesis se organiza en siete partes o secciones generales, cada una de las cuales incluye capítulos específicos sobre temas vinculados entre sí por referencias temáticas comunes.

El Capítulo I comprende la introducción al tema general de la tesis, el planteamiento del problema a investigar, los objetivos propuestos para la investigación y la metodología utilizada. En el Capítulo II se presenta el marco teórico metodológico que desarrolla las categorías y los conceptos que se utilizan para el análisis de los materiales de investigación. Ambos capítulos conforman la Parte 1 de esa tesis.

El Capítulo III comprende el análisis de la evolución de los procesos de entrada en la sexualidad activa de la población nacional. El Capítulo IV analiza los procesos de diversificación de las parejas sexuales. El Capítulo V explora los contextos de las uniones sexuales y las trayectorias sexuales y biográficas de las poblaciones comprendidas en este estudio. El Capítulo VI analiza la prolongación de la sexualidad activa en el curso de la vida. El Capítulo VII focaliza sobre la ampliación de los repertorios de prácticas sexuales. Todos estos capítulos conforman la Parte 2 de la tesis.

El Capítulo VIII presenta la construcción de una tipología para el análisis de las sexualidades de distintas generaciones de población. Este capítulo conforma la Parte 3 de la tesis.

El Capítulo IX analiza las adscripciones y observancias religiosas de la población y su relación con los comportamientos sexuales y las orientaciones normativas presentes en la población estudiada. El Capítulo X focaliza sobre la dimensión de clase social y su relación con los comportamientos sociales y las orientaciones normativas de la población estudiada. Ambos capítulos conforman la Parte 4 de la tesis.

El Capítulo XI analiza las orientaciones normativas prevalentes en la población estudiada y constituye la Parte 5 de la tesis.

El Capítulo XII expone las claves generales de lectura de los discursos acerca de la sexualidad que circulan entre miembros de distintos grupos generacionales. A su vez, los capítulos XIII, XIV y XV analizan los discursos de cada uno de los grupos generacionales estudiados. Estos cuatro capítulos conforman la Parte 6 de la tesis.

El Capítulo XVI presenta los antecedentes de transformaciones en los ámbitos de la fecundidad, la familia, pareja, educación y trabajo. Este capítulo constituye la Parte 7 de esta tesis.

Finalmente, el Capítulo XVII presenta las principales conclusiones a que llega el análisis de los materiales de investigación, a la luz del marco teórico adoptado en esta tesis. Se ofrece aquí una exposición de los principales hallazgos, la interpretación de los mismos y la propuesta de elementos conceptuales para su explicación. La tesis concluye con la Bibliografía correspondiente.

CAPITULO II

MARCO TEÓRICO DE INVESTIGACION

1. Introducción.

La sexualidad constituye a la vez una experiencia personal e histórica y su construcción y su transformación se realizan en el proceso mismo en que se construye y se transforma la realidad social. El cambio en las relaciones y en los medios de producción, en la tecnología, en las comunicaciones; la conflictividad social, los procesos migratorios, la globalización y, sobre todo, la modernidad, entendida en el sentido de Gianni Vattimo (1994) o de Marshall Berman (1988), es decir, como una época que se define a sí misma en términos del cambio constante¹⁹, constituyen al mismo tiempo el material, el ambiente y la orientación de las transformaciones ocurridas en la sexualidad.

En este contexto, la ruptura de la tradición homogeneizante que caracterizó a la modernidad temprana da lugar, en la modernidad contemporánea, a procesos de individualización y autonomía de los sujetos, los cuales tienden a modificar en profundidad la experiencia de las relaciones sociales y, con ello, de la sexualidad. La experiencia moderna rompe o transforma las relaciones y las estructuras sociales tradicionales y pone sobre el individuo la tarea de hacerse cargo de sí mismo y auto-confrontarse reflexivamente en sus propias prácticas (Giddens, 2000). A su vez, ello implica transformaciones profundas en las relaciones entre individuos y entre los individuos y las instituciones sociales. La globalización otorga a esta modernidad tardía un signo distintivo: la aceleración y la escala planetaria del cambio.

Sobre todo, la modernidad contemporánea asiste al surgimiento de una sociedad de individuos (Elias, 1991), o a lo que autores tales como Anthony Giddens (2000) o Ulrich Beck²⁰ (2001) denominan 'individualización'. Por cierto, se trata de una noción en debate, tanto respecto de su generalización y de su capacidad para describir e interpretar los procesos de transformación en las sociedades desarrolladas (Duncan y Smith, 2006), como también en términos de su pertinencia y

¹⁹ Parfraseando a Marx, Berman señala que "ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. Todo lo sólido se desvanece en el aire". (Berman, 1988)

²⁰ Beck, Ulrich. 2001. La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad. Siglo XXI, México

su capacidad explicativa en las sociedades periféricas, particularmente en la sociedad chilena (Robles, F. 2000).

De manera general, los procesos de individualización tienden a modificar las relaciones de género y las relaciones entre generaciones, al mismo tiempo que a modificar las relaciones entre los individuos y las instituciones. Al hacerlo, modifican también las condiciones en que se despliegan las trayectorias biográficas y se construyen las identidades personales, se reconfiguran las relaciones vinculares en la sexualidad y se singularizan las orientaciones íntimas. A su vez, ello conlleva cambios en las relaciones de los individuos con las instituciones normativas de la sexualidad, al mismo tiempo que éstas se diversifican, se pluralizan y producen y operan discursos públicos heterogéneos o contradictorios. Los sentidos comunes y las imágenes sociales respecto de la sexualidad elaboran esta transformación de la sexualidad como apertura a lo nuevo, como ampliación de las oportunidades y de los riesgos, como un espacio de elección y de decisión personal. Los propios desarrollos teóricos y metodológicos de las aproximaciones científicas a la sexualidad constituyen una fuente de crítica institucional y de influencia en los discursos y los comportamientos sexuales de los individuos.

No obstante, en la sociedad chilena la modernidad asume características peculiares, las cuales tienen gran incidencia sobre la transformación de la sexualidad en el país. Este es el tema central de esta tesis y será objeto de análisis desde distintas perspectivas.

Aún cuando el contexto y el sentido de las transformaciones en la sexualidad aparece asociado indisolublemente a la modernidad, ésta también ha tenido desarrollos teóricos y conceptuales focalizados en sus propios procesos de transformación. En general, la sexualidad se ubica muy centralmente en un debate que relaciona biología y cultura, naturaleza y sociedad. Por ello, su observación y su conceptualización es también una construcción histórica; a medida que la experiencia y el aprendizaje humano ha reconceptualizado dicha relación, también ha cambiado la aproximación a los fenómenos de la sexualidad.

En el presente capítulo se exponen los principales debates teóricos respecto de la sexualidad en las sociedades contemporáneas y se construyen las cadenas o mapas conceptuales que se han de utilizar para el análisis de la transformación de la sexualidad, o de las sexualidades, en la sociedad chilena. Un aspecto particularmente relevante en dichos debates es la profunda conexión entre las transformaciones socioculturales en la sociedad, en general, y las transformaciones en la sexualidad. Ello remite a una perspectiva, adoptada en esta tesis, que asume la realidad como una construcción social y que observa dicha realidad como una observación de observadores, es decir,

como un proceso reflexivo en que los sujetos se auto-observan y se observan unos a otros en sus comportamientos y en sus discursos²¹. Esta investigación se presenta, por tanto, como una observación de los comportamientos y los discursos observados por sujetos que viven su sexualidad y que buscan hacer sentido de ella en una sociedad en transformación.

2. Modernidad, ciencias y sexualidades.

Las sexualidades actuales constituyen una construcción social en que la ciencia ha jugado un rol fundamental. En muchos sentidos, las instituciones científicas y académicas han contribuido a la reflexividad institucional y social de la sexualidad y el conocimiento producido por ellas ha influido en los modos en que es observada, comprendida, significada y practicada la sexualidad. Al hacerlo, han contribuido también a delimitar o a poner en discusión la autoridad y la legitimidad de los fundamentos de la normatividad sexual ejercida por otras instituciones tradicionales.

Como tal, el término sexualidad surge en el siglo XXI en Europa y no designa una esfera constituida propiamente tal, sino una construcción sociocultural e histórica, postulando una relación entre prácticas físicas, emociones, interacciones sociales y representaciones. Así definida, la sexualidad es considerada como un discurso de la verdad sobre el individuo (Foucault, 1986) y una de las bases de la construcción del sujeto individualizado moderno (Bozon, 2002).

Los científicos sociales del siglo XIX veían en la sexualidad un fenómeno propicio para especular sobre los orígenes de la sociedad humana. En la actualidad se ha transformado en un fenómeno de debate público; en muchos sentidos, la sexualidad se ha constituido en una zona conflictiva, en un campo de batalla moral y política y sus sentidos, lenguajes y definiciones, como también las normas e instituciones vinculadas a la sexualidad, se encuentran permanentemente tensionados.

También el propio desarrollo de una ciencia de la sexualidad se presenta como un campo en disputa. Desde fines del siglo XIX, y sobre todo a lo largo del siglo XX, la experiencia de la sexualidad aparece crecientemente influida por los resultados de su propio estudio. De maneras diversas, comprender la sexualidad humana implica también la posibilidad de ampliar sus horizontes, sus discursos y sus prácticas; también implica la posibilidad de modificar sus significados. La actividad científica devino abierta al debate y esencialmente reflexiva: el propio estudio de la sexualidad contribuye a su modelación y a su transformación.

²¹ Una síntesis de los fundamentos y de las implicancias teóricas y prácticas de la perspectiva constructivista puede encontrarse en Watzlawick y Krieg (Ed), 1995.

Por ello, puede afirmarse que las disciplinas que estudian la sexualidad son ellas mismas productos culturales e históricos que contribuyen a modificar los contextos culturales de la sexualidad y hacer que se configuren los fenómenos que describen. De ese modo, la investigación estudia el comportamiento sexual que ella contribuye a fijar o a redefinir.

2.1. El surgimiento de una ciencia sexual en el contexto de modernidad.

Desde el siglo XIX se ha venido constituyendo –con aportes, intereses y énfasis diversos- una ciencia de la sexualidad. André Bejin (1987a) distingue dos fases en la constitución de una ciencia de la sexualidad o ‘sexología’: una primera etapa, que el autor denomina “proto-sexología” se centra en producir una nosografía de la patología sexual, al mismo tiempo que fue constituyendo un modelo normativo de sexualidad y, posteriormente, en una segunda etapa, la de una ‘sexología científica’ que desplaza su preocupación hacia la función de la sexualidad y en que el orgasmo adquiere el carácter de criterio normativo.

Sigmund Freud, Richard von Krafft-Ebing, Karl Heinrich Ulrichs, Magnus Hirshfeld, en Alemania, Albert Moll, Iwan Bloch, Havelock Ellis, en Inglaterra, y un conjunto de otros investigadores de mediados del siglo XIX, abordan la sexualidad desde las ‘sexualidades periféricas’, para utilizar la expresión de Michel Foucault. Por otro lado, Wilhelm Reich (1991) y Alfred Kinsey (1948, 1953) introducen una ruptura importante con la visión que la protosexología había progresivamente impuesto desde fines del siglo XIX. De modos muy distintos, Reich y Kinsey conducen fuera del campo psicopatológico. Kinsey por la vía de la cuantificación de los comportamientos poblacionales; Reich por su recuperación de la pulsión sexual y de mecanismos de liberación en la vida social.

De todos modos, los protosexólogos producen una expansión de la definición de lo sexual, desde lo polimorfo/perverso en los niños, el continente oscuro en las mujeres, etc. No obstante, por la vía del silenciamiento respecto de la heterosexualidad y la afirmación de los fenómenos por negación – la inhibición homosexual, por ejemplo- contribuyen a instaurar la heterosexualidad como modelo de sexualidad humana, en lo que Foucault llama ‘la implantación perversa’: contribuyen a expandir la sexualidad en su frontera e implantan un modelo heterosexual en el centro de la sexualidad (Foucault, 1986).

Siguiendo a Foucault, los historiadores insisten sobre la invención de la homosexualidad operada por la psiquiatría; tomando el relevo de los teólogos, policías y jueces, la medicina invierte el terreno del crimen y delito sexuales en establecer una taxonomía de las perversiones (término que

aparece en 1885). Por ejemplo, el sodomita, simple adepto a una práctica sexual, deviene homosexual; deja de ser un criminal para llegar a ser un enfermo. La medicina diseña una enfermedad mental, con sus particularidades, síntomas y gradaciones. Una alteridad radical introduce entre el normal o heterosexual y el patológico u homosexual. Tras ello subyace una comprensión del estudio de la sexualidad como búsqueda de una 'verdad' de la naturaleza. De fondo, la sexología pretende descubrir la verdadera naturaleza de la sexualidad.

Jeffrey Weeks (1985, 1998c) critica esta tradición sexual de búsqueda de "la verdad" del sexo en la naturaleza y reconoce al psicoanálisis el surgimiento de un concepto de la sexualidad y de la diferencia sexual que tiene en cuenta el cuerpo, que es consciente de las relaciones sociales y es sensible a las actividades mentales.

Más ampliamente, en el campo de la filosofía contemporánea, como sostiene Alicia Puleo (2001), la sexualidad asume el carácter de fundamento ontológico, inscrito en la moderna búsqueda de un sentido de trascendencia. Refiriéndose a la mujer, sostiene que, sin embargo, ello no necesariamente conlleva una ruptura profunda con la reflexión teológica tradicional que establecía una identificación directa entre mujer y mal. Más bien, se trata de una tensión que persiste y se proyecta en el corazón de la modernidad, reformulándose una y otra vez. La antigua perversidad de la mujer radica ahora en una sexualidad femenina amenazante.²² Podría sugerirse que la reflexión filosófica contribuye al tránsito desde el discurso religioso al discurso científico, en una sociedad crecientemente secularizada y, con ello, al surgimiento de lo que más tarde sería una ciencia sexual, la sexología tal como es concebida en la actualidad.²³

Richard Parker y John Gagnon (1995), por su parte, caracterizan dicha perspectiva por una concepción de la sexualidad como una fuerza natural que existe en oposición a la cultura, radicada en el individuo, constituyente de modelos de sexualidad propios de cada sexo, y por una concepción de la sexología como una ciencia de carácter a-histórico, por una ausencia de consideración de contextos sociales e históricos en los cuales los individuos realizan sus prácticas. En décadas recientes, los movimientos feministas y de minorías homosexuales contribuyeron a

²² Esta misma tensión se presenta de manera distinta en la reflexión filosófica. Schopenhauer, por ejemplo, ve en la mujer a la continuadora de la vida y, por tanto, del mal y del dolor humano; la salida ética es, luego, el ascetismo. Por su parte, Marcuse concibe a la mujer como sujeto revolucionario, como posibilidad de regreso a la naturaleza y la armonía; sin embargo, para ello debe asumir que es vulnerable al mal latente en la sociedad y mantenerse alejado deliberadamente alejado del poder (Puleo, 2001)

²³ Al mismo tiempo, introduce la discusión sobre las conexiones entre filosofía, ciencia y nuevas tecnologías publicitarias y sentidos comunes en la re-configuración y control patriarcal del cuerpo y la sexualidad de las mujeres en la actualidad.

modificar la agenda científica de investigación en sexualidad, introduciendo los conceptos de diversidad, poder y elección (Weeks, 1985; Parker y Gagnon, 1995; Parker, 1996).

2.2. Producción cultural del conocimiento.

La actividad de la ciencia puede ser interpretada como parte del proceso de “socialización del mundo natural” vinculado a la expansión de la modernidad, es decir, “la sustitución progresiva de estructuras y acontecimientos, que serían parámetros externos de la actividad humana, por procesos socialmente organizados. No sólo la vida social misma, sino lo que solía ser considerado “naturaleza” se convierte en algo dominado por sistemas socialmente organizados.” (Giddens 2000, pág. 40). En este ámbito en particular, podría formularse como una “socialización de la reproducción.” (Giddens, 2000, pág. 41), mediante transformaciones tecnológicas en el campo de la reproducción humana que permiten hoy que la concepción puede ser artificialmente producida e inhibida.

John Gagnon (1991) pone en evidencia la tensión entre descubrir y definir al analizar el fenómeno de la homosexualidad en contexto de modernidad: en el proceso de observar la sexualidad se ha construido los aparatos conceptuales que permiten entenderla pero también construirla, de modo que la investigación estudia el comportamiento sexual que ella misma contribuye a fijar o a redefinir. Así, el fenómeno de la homosexualidad ha pasado de ser un acto sodomítico premoderno a una identidad homosexual moderna, como fruto de una construcción cultural a la cual la ciencia ha contribuido. “El homosexual del siglo XIX ha llegado a ser un personaje: un pasado, una historia y una infancia, un carácter, una forma de vida... Nada de lo que él es *in toto* escapa a su sexualidad... El sodomita era un relapso, el homosexual es ahora una especie” (Foucault 1990, pp. 56-57).

Michel Foucault señala que “la aparición en la psiquiatría, la jurisprudencia y también la literatura de toda una serie de discursos sobre las especies y subespecies de homosexualidad, inversión, pederastia y hermafroditismo psíquico, con seguridad permitió un empuje muy pronunciado de los controles sociales en esta región de la perversidad, pero permitió también la constitución de un discurso de rechazo: la homosexualidad se puso a hablar de sí misma, a reivindicar su legitimidad o su naturalidad incorporando frecuentemente al vocabulario las categorías con que era médicamente descalificada” (Foucault, 1990, pp. 123-124).

Por su parte, Gayle Rubin (1996) argumenta que en el curso del siglo XX, en el campo de la ‘ciencia sexual’ se produce una creciente revisión de las propias categorías de análisis, al punto de

formular la noción de 'la variación sexual benigna'. Primero como 'tercer sexo', por Ulrich como sexo 'perverso', por Freud; como 'desviación estadística', por Kinsey; como 'vía alternativa' por Masters y Johnson, el 'homosexual' se constituyó en un tipo psicológico, primero anormal y, luego normalizado, en los años setenta, por la American Psychiatric Association. Ello ocurre en el contexto de un proceso político y cultural marcado por una fuerte orientación al cambio social y cultural y en vinculación con el surgimiento de movimientos sociales, fundamentalmente en los países de Europa y América del Norte, que desarrollaron estrategias políticas y formas organizativas –en particular la del movimiento homosexual- que contribuyeron a modificar la agenda científica y que han tenido efectos posteriormente –probablemente a fines del siglo XX- en proporcionar herramientas a otros grupos eróticos particulares: travestíes, transexuales, pedófilos, sadomasoquistas, bisexuales, trabajadores sexuales, pugnando por el derecho a la expresión y a la legitimidad en la vida social.

2.3. La sexualidad como objeto de estudio en las ciencias sociales.

Desde la perspectiva de las ciencias sociales la constitución de la sexualidad en un objeto de investigación y estudio requiere operar con el postulado de que los comportamientos humanos no pueden ser analizados como hechos instintivos, programados por la naturaleza (Gagnon y Simon, 1973). Más bien, la construcción social de la realidad juega un papel central en la elaboración de la sexualidad humana pues, aunque la programación biológica continúa siendo predominante en la sexualidad animal, la sexualidad humana se ha desnaturalizado y culturizado, de modo que el comportamiento sexual constituye propiamente un comportamiento social. La sexualidad se aprende: cómo, cuándo y con quién acoplarse sexualmente y qué sentidos tienen los actos sexuales (Bozon, 2002). En esta perspectiva, la sexualidad y la actividad sexual son constituidas o construidas socialmente y se presentan como un producto altamente específico de nuestras relaciones sociales, mucho más que una consecuencia universal de nuestra biología común. Weeks señala que "las posibilidades eróticas del animal humano, su capacidad de ternura, intimidad y placer nunca pueden ser expresadas 'espontáneamente', sin transformaciones muy complejas: se organizan en una intrincada red de creencias, conceptos y actividades sociales, en una historia compleja y cambiante" (Weeks, 1985, p.21).

Los hechos sexuales, que comprenden actos, relaciones y significaciones, deben ser tratados como hechos sociales en relación a otros, para elucidar y especificar lo que produce y construye lo sexual. En este sentido, el desarrollo de una teoría social de la sexualidad debería explicar los orígenes y los modos de funcionamiento en el marco de una teoría de la acción y de la interacción; de este modo, los lazos entre lo no sexual y lo sexual pasan a ser objeto central de la

investigación. Desde esta perspectiva, la sexualidad es menos el principio original que explica las otras conductas, sino una conducta que tiene su fuente y que puede ser explicada a partir de otros aspectos de la vida social. Por ello, puede argumentarse que “es lo no-sexual lo que confiere significado a lo sexual, nunca de modo inverso.”(Bozon, 2002, p. 6), a la vez que asumir que es “posible examinar el comportamiento sexual en su capacidad de expresar y servir fines no sexuales” (Gagnon y Simon, 1973, p. 17).

En esta perspectiva, la sexualidad es un proceso de aprendizaje, reconocimiento, negociación e improvisación. Para John Gagnon y William Simon (1987), el supuesto es que toda experiencia sexual procede de un proceso de aprendizaje social, que opera como una impregnación de relatos que implican secuencias de eventos o de la interiorización de modos de funcionamiento de las instituciones, en el cual se adquiere no sólo un saber-hacer, como en todos los aprendizajes técnicos, sino también a una capacidad de percibir estados del cuerpo y reconocer situaciones de potencial erotismo e intimidad.

Para estos autores, cualquier comportamiento presupone la existencia de un “script” o “guión” sexual²⁴ que define lo que se debe hacer con tal o cual persona, en tal o cual circunstancia o en tal o cual momento; precisa los sentimientos y motivaciones que le son apropiados; informa sobre lo que constituye y no constituye una situación sexual y aporta elementos que unen la vida erótica a la vida social en general. Opera en tres planos: en el plano subjetivo de la vida mental, en el plano de la organización de las interacciones sociales, en el plano de las prescripciones culturales más generales. Existen culturas y periodos históricos en los cuales las significaciones culturales dominantes están en concordancia con las posibilidades sociales de interacción. Sin embargo, incluso en los marcos sociales muy tradicionales en apariencia, los escenarios culturales raramente son predictivos de los comportamientos reales (Simon y Gagnon, 1987). Las tensiones que surgen en el funcionamiento práctico en la interrelación han de ser resueltas en la esfera psíquica²⁵, por tanto, el individuo debe elaborar alternativas originales a los escenarios culturales existentes y a los modelos de interacción en vigor. Ciertos individuos intentan dar una expresión visible de esas nuevas combinaciones de significación y de acción creando nuevas formas culturales a partir de las interacciones.

²⁴ *Script* es un término que ha sido traducido como “guión” y están presentes diversos contenidos semánticos: aprendido, codificado, inscrito en la consciencia, estructurado, construido como un escenario o un relato.

²⁵ Según Gagnon y Simon, la cultura y la interacción no están ligadas por ninguna interfase directa, sino mediatizadas por la vida mental (o intrapsíquica).

Este enfoque supone una crítica de las perspectivas teóricas y metodológicas predominantes en las ciencias biomédicas -la epidemiología, la salud pública, la psiquiatría- y también de Freud, al asumir a la sociedad como el principio de producción de las conductas sexuales y de las significaciones asociadas a ella, en lugar de la determinación o la coerción, según los cuales los comportamientos resultarían de un conflicto inevitable entre la pulsión sexual y la sociedad, que funcionaría como ley y como principio represivo canalizando el instinto bajo una forma socialmente aceptable.

En la actualidad, el debate ha incorporado perspectivas socio-biológicas que aplican modelos animales de explicación de lo que se denomina *comportamiento sexual humano*, o el establecimiento de las bases biológicas del comportamiento. No obstante, la socio-biología es considerada por Jeffrey Weeks (1998a) como una disciplina que representa al “antiguo” determinismo biológico y que es argumento de posturas conservadoras. Este autor sugiere que la propuesta del determinismo biológico se funda en tres estrategias básicas: la argumentación por analogía, la tiranía de los promedios y la hipótesis del agujero negro. La *argumentación por analogía* supone que a partir de la observación de animales se lograría descifrar el código de nuestra civilización y señala el lenguaje a través del cual los estudios etológicos interpretan la conducta animal, por ejemplo, *harenes de monos*, *prostitución de colibríes*; esta forma de pensar es reversible, ya que podría hacerse en el sentido opuesto, para ver la forma en la que se atribuyen a los animales actitudes humanas y luego se usan para justificar divisiones sociales. El individuo es un mero vehículo de transmisión. Las instituciones del matrimonio, la crianza, etc. serían productos de una necesidad evolutiva, mientras que los ideales y valores serían sólo mecanismos que permiten la supervivencia. La conclusión a la que llegan los sociobiólogos es que existe una naturaleza humana para cada sexo y que cada una de ellas es muy diferente a la otra. La *tiranía de los promedios* refiere a la importancia otorgada a los indicadores de promedios en rendimiento físico o en número de parejas; Weeks indica que pese a ser verdaderos, la interpretación de ellos problemática, ya que se basan exclusivamente en esencialismos y en los genes, y desconocen el origen cultural que en ellos existen. La *hipótesis del agujero negro* supone que cuando no se encuentra una explicación sobre las diferencias sexuales ‘tiene’ que existir una explicación biológica; a este respecto, este autor apunta que “la biología llena una laguna que no han querido o no han podido llenar las explicaciones sociales” (Weeks, 1998a, pp. 54ss). Este autor agrega que la ciencia biológica aporta datos sobre parámetros de la vida humana, pero la interpretación que se hace de dichos datos tiene que considerar necesariamente el contexto cultural.

Por su parte, la psicología compartió desde su origen con otras disciplinas de las ciencias médicas, las ciencias sociales y las humanidades, la premisa que la sexualidad es un fenómeno esencial y

constitutivamente natural –vinculado a un origen psicológico (pulsional) o biológico (instintivo)-, autónomo, con un estatuto ontológico de verdad en la constitución del ser, de efectos específicos y como fuerza rebelde al control por parte de la sociedad y la cultura. Respecto de ello, Jeffrey Weeks (1998b) señala que “cuando los pioneros teóricos de la sexualidad comenzaron a elaborar una crónica de la variedad de experiencias sexuales en distintas épocas y culturas, dieron por sentado que en el fondo de todas ellas latía una sexualidad natural, cuya incidencia y cuyo poder variaban como consecuencia de factores históricos fortuitos, del grado de represión moral y física, de la configuración de la familia o clan, etcétera; pero cuya esencia biológica y psicológica permanecía inalterable” (p. 183). Por su parte, Foucault introduce una inflexión profunda en las aproximaciones dominantes al formular la premisa que la sexualidad es un concepto social e histórico; en tal sentido, no debe entenderse como una especie de supuesto natural que el poder trata de mantener bajo control, ni como un terreno oscuro que el conocimiento trata de revelar gradualmente.

Sin embargo, parte importante del desarrollo disciplinario ha sido renuente a observar la sexualidad como un fenómeno social e histórico; por ello, resulta discutible su abordaje de la cuestión de la identidad, su comprensión estabilizadora del ciclo vital, su aproximación a fenómenos como si fuesen unitarios o su concepción hetero-normativa respecto de la misma.

La perspectiva evolutiva en el estudio de las sexualidades da cuenta de las discontinuidades intra-sujetos, pero se afirma en las regularidades inter-sujetos; en esa medida, da cuenta de lo común y regular a los sujetos (Araujo et al. 2005) y construye una línea y supone una potencialidad que, dadas las condiciones adecuadas, se desarrollará en las direcciones previstas (Katchadourian, 1992). Gagnon y Simon (1973) formulan una crítica a la visión unitaria del desarrollo psico-sexual prevalente en la psicología, en el contexto de una crítica a la tradición psicoanalítica, señalando que “el proceso de desarrollo psico-sexual, al mismo tiempo que un componente universal de la experiencia humana, no se realiza de acuerdo a modalidades universales. Del mismo modo, no tienen en cuenta las formas extremas de diversidad de las culturas, las diferencias marcadas que se observan al interior de nuestra propia sociedad, que requieren no de una descripción unitaria sino de descripciones de diferentes procesos de desarrollo, que caracterizan diferentes fracciones de la población” (Gagnon y Simon, 1973, p. 17).

En este sentido, el fenómeno de la ‘homosexualidad’, tal como se presenta en la actualidad, puede ser observado como un analizador de la complejidad de una aproximación hetero-normativa a la

cuestión del desarrollo.²⁶ En la carta de respuesta que Freud envía a una madre de un joven homosexual, afirma que la homosexualidad no constituye degeneración ni enfermedad ni delito. Sin embargo, constituye “una inhibición en el desarrollo”²⁷. Se ha criticado que la palabra *desarrollo* involucra y supone un punto de término apropiado, el desarrollo psicosexual propuesto reproducía la hipótesis de Freud respecto de la evolución de las sociedades: el paso desde la promiscuidad y la perversidad, típicas de una sexualidad primitiva, hasta la heterosexualidad monogámica como término pleno. El problema fue que “una vez que se introduce una versión de la sexualidad dirigida a una meta, por más subrepticamente que sea, empieza a tambalearse todo el edificio de la variedad sexual, tan laboriosamente construido.” (Weeks, 1998a, pp. 75-76).

Habitualmente, tanto en el campo de las ciencias biomédicas y sociales como en los sentidos comunes prevalentes, el individuo es conceptualizado básicamente a partir de una perspectiva evolutiva. Dos sujetos cualesquiera pueden tener una misma edad, y por ello, comparten una misma etapa del ciclo vital, sin embargo, pueden ser muy diferentes en sus procesos de desarrollo sexual. Uno puede experimentar un proceso tal que le conducirá en una dirección profundamente distinta, en otra etapa de la vida, al otro. Si reconocemos en la vida cotidiana contemporánea diversidad de sexualidades en la adultez, no puede pensarse que ello no tenga ninguna relación, sea con diversidades o plasticidades también en otras etapas (vinculadas a culturas adolescentes o juveniles, p. e.), o con procesos de desarrollo(s) no unitarios que preceden a tal diversidad adulta. La noción de desarrollo evolutivo –y la de ciclo vital- en este sentido, como señalamos precedentemente, presenta limitaciones en relación a su capacidad para comprender los desarrollos de los sujetos, sus diferencias, su contextualidad.

²⁶ La psicología clínica suele resistir –más por fenómenos homofóbicos que por una actitud crítica constante de las fuentes de autoridad- a la recategorización del fenómeno de la homosexualidad en el *Diagnostic and Statistical of Mental Disorders III*. El *Diagnostic and Statistical of Mental Disorders III R*, de la American Psychiatric Association en los años sesenta – desde 1974 a 1980-. Precedió a la decisión de declarar la desvinculación de la homosexualidad de la taxonomía psicopatológica institucional, un conjunto de investigaciones clínicas sobre el ajuste psicológico de los sujetos homosexuales. Investigaciones que controlaron variables tales como la no pertenencia a instituciones carcelarias o psiquiátricas, el género, la edad o el estado civil, y que controlaron los sesgos de los investigadores, concluyen en la ausencia de psicopatología asociada a la condición de homosexual. (Hooker, 1957; Green, 1972; Saghir y Robins, 1973; Hoffman, 1977; Reiss, B., 1980; Marmor, 1980a, citados en: *La Sexualidad Humana*, Tomo 2, de los autores Masters, W., Johnson, V. y Kolodny, R., (1987).

²⁷ “Por supuesto que la homosexualidad no es ninguna bendición, pero no es nada de lo que uno tenga que avergonzarse; no es un vicio ni una degradación, y tampoco se puede considerar una enfermedad. Nosotros estimamos que es una variación del desarrollo sexual. Muchos hombres notables de los tiempos antiguos y modernos fueron homosexuales, entre ellos personajes ilustres como Platón, Miguel Angel, Leonardo da Vinci, etc. Es una gran injusticia, y también una crueldad, tachar de delito a la homosexualidad.” (destacado nuestro) (Notas históricas: una carta de Freud a una madre, 1951 citado en Weeks, 1998a)

Por otra parte, aunque prevalente en las sociedades pos-tradicionales, la identidad, más que una 'esencia' dada, deviene en algo que debe ser trabajado, reflexionado, negociado con otros en forma permanente. Sugiere Zygmunt Bauman (2003) que el proyecto moderno "prometía liberar al individuo de la identidad heredada. No obstante, no se oponía a la identidad como tal, a tener una identidad (...) únicamente transformaba la identidad de una cuestión de adscripción en una conquista, convirtiéndola, por lo tanto, en una tarea individual y en responsabilidad de todo individuo". (2001, p. 30) y formula la noción de identidades líquidas.²⁸ De otro modo, Anthony Giddens (1995, 2000), aporta a la cuestión de la auto-identidad y de la sexualidad en contexto de modernidad de una forma divergente respecto de las tesis ericksonianas. De forma general, la identidad se hace muy problemática en la vida social moderna, especialmente, en la época reciente. Giddens sostiene que el "yo" es en la actualidad un proyecto reflexivo: una interrogación más o menos continua de pasado, presente y futuro, de modo que se presenta como un proyecto llevado adelante en medio de una profusión de recursos reflexivos.²⁹ La auto-identidad sexual adquiere un carácter abierto.^{30,31} Ello puede ser enunciado como plasticidad. La sexualidad adquiere un carácter abierto, se incorpora como propiedad potencial de los individuos y se la sujeta a los estilos de vida. Dice Giddens (1995): "la sexualidad se ha hecho maleable, abierta a una configuración de diversas formas y a una "propiedad" potencial del individuo" (1995, p. 35).

2.4. El género y la construcción social del sexo.

Los desarrollos teóricos feministas, así como un conjunto amplio y diverso de investigaciones en las ciencias sociales afirman que no existen conexiones universales, necesarias, naturales, fijas ni esenciales entre sexo y género, entre la naturaleza y los patrones de los procesos de aculturación de los individuos. Marta Lamas (1996) discute que lo denominado "natural" no existe, a menos que se considere que todo lo humano es natural; por ello, cualquiera definición en dichos términos no sería más que una proyección etnocéntrica, una mirada desde un contexto sociocultural particular. En la actualidad, la noción de sexo designa una caracterización anátomo-fisiológica de los seres humanos; el concepto de género, en tanto, aspira a distinguir entre el hecho del dimorfismo sexual

²⁸ Richard Parker formula una conexión en la construcción social de las identidades sexuadas y la pertenencia a comunidades sexuales (Parker, 1996) en caso de identidades sociales sexuadas como gays, y personas trans-género.

²⁹ Los recursos conceptuales proporcionan elementos para que los sujetos generen una narrativa reflexivamente ordenada de la identidad personal. Ciertamente, tanto en relación con la sexualidad, como la identidad o el cuerpo, las teorías, términos e ideas destinadas a su comprensión, han permeado la vida social y han contribuido a reorganizarla.

³⁰ En la actualidad, homosexual es alguien que puede llegar a ser o algo que puede descubrirse.

³¹ También el cuerpo se encontraría sometido a un alto grado de reflexividad, fuertemente conectado a la consecución de la identidad, abierto a un conjunto de posibilidades de desarrollo y apariencia y sujeto a la responsabilidad de su poseedor, crecientemente integrado en las decisiones sobre estilos de vida.

de la especie humana y la caracterización de lo masculino y lo femenino que acompañan en las culturas a la presencia de los dos sexos en la naturaleza. Ello implica que desde una perspectiva de la especie, existen machos y hembras, sin embargo, el ser hombre o mujer es una condición realizada por la cultura. Ser hombre o ser mujer es un hecho social, cultural e histórico. Como señala, "la sociedad es la que da sentido a ese 'ser mujer' o 'ser hombre' a partir de las evidencias materiales: las diferentes formas, sustancias y funciones corporales. Estas diferencias fisiológicas proporcionan la base sobre la que se 'fabrican' interpretaciones. El pensamiento humano no 'refleja' la 'realidad', sino que la 'simboliza' y le inventa un sentido que, a su vez, organiza y legitima ciertas acciones y relaciones sociales." (Lamas y Saal, 1991).

La categoría de género ha entrado en el debate científico y académico acerca de la sexualidad, así como también en los discursos institucionales y organizacionales, asociada a los procesos de individualización de la transformación modernizante. Se trata de un ámbito en que la construcción social de la sexualidad se manifiesta de manera más inmediata: la categoría de género, a la vez que ha introducido distinciones conceptuales, ha hecho que tales distinciones modelen la realidad social y las relaciones sociales.

Los antecedentes de los estudios de género remiten a dos fuentes epistemológicas principales: las disciplinas que han abordado el tema de la diferencia sexual y la lucha del movimiento feminista.³² Suceden a los 'estudios de la mujer', los que se preocuparon básicamente de la invisibilidad en que permanecían las mujeres en los diversos ámbitos del saber (Montecino y Rebolledo, 1996) y, según Burin y Meler (1998), buscaron responder a las preguntas respecto de cómo entender la diferencia entre hombres y mujeres, sus orígenes e implicaciones sociales; acerca de si las teorías vigentes en el ámbito social y psicológico, permiten comprender dichas diferencias, o simplemente reproducen los prejuicios y los estereotipos culturales; acerca de si en una cultura donde la producción de conocimientos ha sido terreno de los hombres, implicaría esta situación una visión parcial y sesgada acerca de las mujeres; y, finalmente, de si las mujeres hubiesen participado en la

³² Mientras la producción de estudios de mujeres y de género ha sido mayormente desarrollada desde los ámbitos académicos de Estados Unidos y Europa, en América Latina, el Caribe, Asia y África el conocimiento ha surgido paulatinamente al interior de organizaciones no gubernamentales (ONG), espacios que Montecino y Rebolledo (1996) califican de cómo *lugares alternativos*, en donde existiría una fusión entre la producción teórica, la investigación y un claro sentido de reconstrucción de los tejidos sociales, deteriorados por la presencia de dictaduras militares en gran parte de la región. La producción tendrá más que un fin teórico, uno de denuncia, que muestra los aspectos de las realidades vividas por las mujeres. Estas mismas autoras señalan que la ideas, conceptos y debates referidos a los estudios de la mujer y de género, no han sido realmente experimentados en nuestro contexto, sino que más bien se ha hecho una re-elaboración y re-acomodación de ellos a nuestra realidad, siendo un ejemplo de ello el uso y la difusión de la categoría de *género*.

elaboración del conocimiento existirían otros supuestos básicos, cuáles serían sus criterios de cientificidad, lógicas y metodologías.

Hacia fines de la década de 1970, en Estados Unidos, un grupo particular de mujeres -mujeres negras- cuestionan la universalidad de la categoría de 'la mujer'; aparece entonces la diversidad de experiencias de ser mujer y la imposibilidad de englobar en una misma categoría a personas con historias, vivencias y posiciones diferentes, en relación a la pertenencia étnica. Se hablará entonces de 'mujeres', indicando con ello la diversidad, pluralidad y variedad de experiencias de ser mujer. Ello pone en cuestión también las inconsistencias de los juicios y los análisis a-históricos y esencialistas. La categoría mujer es una construcción histórica y, por tanto, puede ser deconstruida y reconstruida. Ello permite criticar y superar la perspectiva universalizadora y la marginalidad de los Estudios de la Mujer y abrir paso a lo que luego sería formulado como Estudios de Género, y más aún, posteriormente, a los Estudios de Masculinidad.³³

En este sentido, los estudios de género se conectan también a los procesos de individualización que tienen lugar en la modernidad contemporánea y expresan la pluralidad y diversidad, a la vez que la fragmentación que caracteriza al sujeto que es objeto del análisis. Ello remite a lo

³³ La investigación situaba a los hombres como referencia de las mujeres y no como objeto de estudio propiamente tal; así se invisibilizan los modos en que los varones, como tales, construyen la reproducción, la sexualidad y la capacidad de trabajo en ámbitos privados, domésticos y públicos (De Barbieri, s/f.). Por su parte, Badinter (1993), sostiene que la identidad masculina se constituyó en objeto de preocupación a partir del movimiento feminista y surgió como un intento de respuesta de los hombres a lo descrito en sus estudios a través de su propia experiencia. Las primeras publicaciones y estudios científicos sobre la masculinidad denuncian un modelo viril que resultaba incómodo, para luego dar paso a elaboraciones más sofisticadas sobre una 'crisis de la masculinidad'³³. A este respecto, Badinter (1993) señala que "se ha llegado a cuestionar la unicidad de lo que constituye su esencia: la virilidad. La clase, la edad, la raza o la preferencia sexual se han convertido en factores de diferenciación masculina y los angloamericanos ya sólo hablan de masculinidad usando el plural" (p. 20). Uno de los factores que desencadenaron la reflexión acerca de la masculinidad fue el efecto desestabilizador que produjo el movimiento feminista de los años sesenta y su redefinición de lugares tanto para mujeres como para hombres y, con ello, el curso de las identidades construidas a partir de esos lugares. En este sentido, el cuestionamiento del patriarcado como sistema responsable de la subordinación de la mujer directamente implicaba el cuestionamiento del lugar de ejercicio del poder de los hombres. A su vez, Kimmel (1992) señala que los estudios de masculinidad "se refiere a los hombres en tanto tales, hablan sobre ellos como actores genéricos, acerca de cómo experimentan las formas de masculinidad en su vida privada o en su participación en la arena pública" (p. 129). Por cierto, la observación de la masculinidad se abre también a la diversidad de definiciones posibles; su objeto no es coherente ni homogéneo (Connell, 1997). En este sentido, la masculinidad es también una construcción social que se realiza como un proceso relacional, en referencia a la femineidad. Este autor señala que "nuestro concepto de masculinidad parece ser un producto histórico bastante reciente, a lo máximo unos cientos de años de antigüedad" (p. 32), y agrega que "se debe tener esto en mente ante cualquiera demanda de haber descubierto verdades trans-históricas acerca de la condición del hombre y de lo masculino" (p. 32).

problemático de la construcción de las identidades femeninas y masculinas en el contexto de la individualización. A su vez, ello implica cuestionar las versiones hegemónicas tanto de hombres como de mujeres en tanto modos únicos de representación social, a la vez que su articulación con la defensa de los derechos humanos, el movimiento gay y lésbico³⁴, el movimiento por la paz y los movimientos ecologistas (Burin y Meler 1998).

El concepto de género ha sido definido como un complejo de determinaciones económicas, jurídico-políticas, psicológicas, es decir, culturales, que crean lo que en cada época, sociedad y cultura son los contenidos específicos de ser mujer o ser hombre, o ser cualquier otra categoría genérica (travestista, homosexual). Gayle Rubin (1996) plantea que es el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas, constituyendo un “sistema de sexo/género”. Para De Barbieri (1992), los sistemas sexo-género constituyen “los conjunto de prácticas, símbolos y representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anátomo/fisiológica y que dan sentido a la satisfacción de impulsos sexuales, a la reproducción de la especie y en general al relacionamiento entre las personas” (p.19).

Por su parte, Jill Conway, Susan Bourque y Joan Scott (1996) sostienen que el carácter jerárquico de los sistemas de género y su construcción sobre una distinción binaria que opone a hombres y mujeres, lo masculino y lo femenino. También señalan que las asociaciones simbólicas relativas al género remiten a contraposiciones: el individualismo se contrapone a las relaciones mutuas; lo instrumental o artificial a lo naturalmente procreativo; la razón a la intuición; la ciencia a la naturaleza; la creación de nuevos bienes a la prestación de servicios; la explotación a la conservación; lo clásico a lo romántico; las características humanas universales a la especificidad biológica; lo político a lo doméstico; lo público a lo privado. En esta perspectiva, estas oposiciones oscurecen “los procesos sociales y culturales mucho más complejos, en los que las diferencias entre mujeres y hombres no son ni aparentes ni están claramente definidas. En ello reside, claro, su poder y su significado. Al estudiar los sistemas de género aprendemos que no representan la asignación funcional de papeles biológicamente prescritos sino un medio de conceptualización cultural y de organización social.” (p. 32)

³⁴ Sobre el movimiento Gay-Lésbico nacional, el trabajo titulado “Historia Política del Movimiento Homosexual chileno” de Víctor Hugo Robles (2000) provee de valiosa información.

Así observado, el sistema de género aparece tanto como un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias sexuales, cuanto como una forma primaria de relaciones significantes de poder. Joan Scott (1996) identifica cuatro dimensiones en que se expresa el género: un nivel simbólico, que está constituido por los símbolos culturales que evocan representaciones múltiples incluidos los mitos; un nivel de conceptos normativos que constituyen las interpretaciones de los significados de los símbolos: doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas; un nivel de nociones políticas y referencias a las instituciones y organizaciones sociales de las relaciones de género; y por último, la identidad subjetiva e identidad genérica en grupos.

Como señalan Sonia Montecino y Loreto Rebolledo (1996), la conceptualización de la categoría de género implica rupturas epistemológicas en campo del análisis social. Mabel Burin (1998) enfatiza el carácter de construcción social del género, sintetizando su formulación como un concepto relacional que apunta a diferencias entre lo femenino y lo masculino y respecto de las relaciones entre ambos; por ello, destaca las relaciones de poder o relaciones de dominación que se encuentran subjetivadas tanto en hombres como en mujeres. Se trata, por tanto, de un sistema histórico y en transformación.

Robert Connell (1997, 1998) enfatiza que el género remite al cuerpo pero va más allá de éste, argumentando que el género se construye precisamente porque la biología no determina lo social; por ello, su conceptualización marca un punto de transición en el cual el proceso histórico y cultural reemplaza a la evolución biológica como la forma de cambio. En este sentido, sobre una distinción biológica se realiza una construcción social, que se traduce en prácticas sociales que expresan, a su vez, relaciones sociales, la personalidad, la cultura, las instituciones.

En tanto construcción social, el género se desarrolla en relación a otras dimensiones de la experiencia social, tales como la raza, la religión, la clase social; por ello, las identidades de género se configuran en referencia a una multiplicidad de elementos. Montecino y Rebolledo (1996) sugieren el concepto de 'posicionamiento' para afirmar que el análisis de género supone el estudio del contexto en que se dan las relaciones inter-genéricas y de las diversas posiciones ocupadas por hombres y mujeres³⁵. Estas autoras ofrecen un ejemplo: "una mujer de algún país latinoamericano, profesional de clase media, casada, atravesará por distintas posiciones en un mismo día: puede estar en una relación de subordinación con sus esposo; pero de superioridad

³⁵ Con inter-genéricas, se hace referencia a las relaciones que se dan entre los géneros masculino y femenino; mientras que con lo intra-genérico, se denomina aquellas relaciones que se dan dentro de un género, sea este el femenino o el masculino.

frente a su empleada doméstica; luego en el trabajo está en una posición superior a la del estafeta y el secretario; en igualdad con sus pares y en subordinación con su jefe, etc.” (p. 22).

Todas las sociedades distinguen entre lo masculino y lo femenino, aunque las formas en que ello se ha construido socialmente pueden diferir notablemente entre una sociedad y otra, entre una época y otra. No obstante, se trata de una construcción igualmente fuerte. A este respecto, Gilmore (1994) señala que “(las) condiciones ideales, y las imágenes o modelos asociados a ellas, a menudo se convierten en anclas psíquicas o identidades psicológicas en las que la mayor parte de los individuos basa su percepción de sí mismo y su amor propio” (p. 22).

2.5. Individualización y relaciones de género.

El proceso de individualización no representa necesariamente una ruptura con un orden jerárquico de relaciones sociales y puede coexistir con múltiples jerarquías en las relaciones de sujetos y grupos; en tal sentido, puede coexistir con las matrices iniciales y generales a partir de las cuales fue posible el desarrollo de la individualización como proceso individual e histórico. A este respecto, Michel Bozon (2004) señala que “al contrario de lo que el optimismo democrático podría indicar, se trata de un proceso complejo y ambiguo, que no hace tabla rasa de las herencias jerárquicas, ni conlleva necesariamente una igualdad entre los sujetos” (p.3).

Puede sugerirse que el fenómeno de la individualización ha estado intensamente presente en la constitución de los movimientos feministas y de mujeres que han puesto la dimensión de género en el centro del debate académico y de la acción política y cultural en la sociedad. Así puede interpretarse la reivindicación, en las décadas de 1960 y 1970, del derecho de las mujeres a disponer sobre el cuerpo (Nuestro cuerpo nos pertenece, era la consigna en la demanda de legalización del aborto). Por su parte, la formulación de la noción de empoderamiento (empowerment), en la década de 1980, se dirige a favorecer una dimensión de poder en la autonomía personal de las mujeres para la ‘negociación’ en su relación con los hombres y con las instituciones. Más recientemente, en la década de 1990, emerge en la esfera pública internacional la formulación de la noción de derechos sexuales y reproductivos, que se formulan como derechos propiamente individuales; como autonomía de los individuos en materia de sexualidad y de reproducción. Por ello, puede interpretarse tales movimientos también como luchas por la individualización.

Por otra parte, la individualización también conlleva la diversificación de trayectorias; en este sentido, las mujeres han diversificado sus trayectorias personales. En el feminismo lo que en

décadas anteriores fue identidad femenina se vuelve plural; figurativamente, las mujeres abandonan a 'la mujer', singularizando con ello las identidades y trayectorias. La maternidad en la actualidad se encuentra descentrada en la construcción de la feminidad (ésta continúa siendo importante, mas su ausencia no niega a las mujeres esta otra condición), aunque no a un nivel equivalente del valor de la paternidad en la construcción de la masculinidad.

En este sentido, diversos fenómenos de ocurrencia cotidiana en la sociedad chilena son expresivos de una co-existencia compleja de autonomías y asimetrías en la experiencia de la sexualidad. La sexualidad no constituye una esfera de la vida personal y social que pueda por sí sola producir desigualdades, o su anverso, equivalencias entre los sujetos. Ella expresa lo que ocurre en general en las relaciones sociales; entre ellas, las de género. Por ejemplo, puede decirse que los procesos de divorcio expresan, por una parte, un ejercicio de autonomía por parte de las mujeres al tomar tal decisión; pero, por otra, una sujeción posterior a una división sexual del trabajo postmarital (quedan a su cuidado los hijos), que puede dejarlas fuera de un mercado matrimonial que privilegia a las mujeres jóvenes y les inhibe todavía de acceder a hombres más jóvenes. La tarea de prevención de embarazo no deseado continúa siendo tarea femenina. Las opciones más radicales de prevención, la esterilización, es ejecutada en la sociedad chilena fundamentalmente por las mujeres (27% contra 0,1%, en Chile). Parte de los hombres y parejas que usan condón al comienzo de una relación después se deriva a una tecnología de uso femenino. El comercio sexual continúa siendo un recurso sexual destinado a los hombres. En las nuevas generaciones, de igual modo que en las antiguas, se ha incrementado la presencia de hombres en la prestación de servicios, mas ello sirve muy mayoritariamente a una clientela no constituida por mujeres. En el fenómeno de la violencia de género, uno de los aspectos más duros de la convivencia entre mujeres y hombres, la inmensa mayoría corresponde a una agresión de los últimos contra las primeras.

Lo anterior remite a las relaciones jerarquizadas o de poder. En general, las relaciones jerárquicas o de poder pueden ser observadas como relaciones de subordinación y de coordinación que suponen modos de legitimación, de organización y de gestión de la diferenciación y la asimetría social. En este sentido, tanto las relaciones de género como las relaciones entre generaciones constituyen sistemas complejos que están sujetos a sus propias tensiones; la subordinación requiere de la coordinación como condición para su auto organización o auto reproducción como sistema de manejo de la diferenciación social. A la vez que una imposición, el orden social es también conflicto y negociación. Cada actor que participa en el sistema de relaciones dispone de alguna capacidad para influir en ella; no obstante, ello tiene una estrecha relación con el contexto de la relación o de la interacción o el ambiente social y cultural en que se realiza. En ello radica su

carácter de construcción social en ello radica también su posibilidad de transformación (Luhmann, 1995).

Este contexto o entorno social y cultural de las relaciones de poder, particularmente en el ámbito de las relaciones de género e inter-generacionales, aparece en transformación en la sociedad chilena. Los cambios en los discursos y en los sentidos comunes, así como también en las disposiciones legales que regulan las relaciones cotidianas, dan cuenta de este cambio. Cada vez resulta menos aceptable la violencia, la imposición o la subyugación. No obstante, los cambios tienen que ver con la individualización e individuación y, por tanto, con los ambientes socioculturales en que ellas se realizan. A la vez, los procesos de individualización e individuación alteran, fragmentan o modifican las relaciones entre ambientes socioculturales, de modo que para muchas personas su experiencia social conlleva la participación simultánea de los individuos en múltiples sistemas de relaciones de poder y, por tanto, en múltiples esquemas de subordinación y coordinación, cada uno de los cuales presenta su propia especificidad (Bourdieu, 1994). Las personas participan en sistemas diversificados de relaciones de poder y, por tanto, aprenden también reflexivamente a negociar sus ubicaciones y sus posiciones en ellos, al mismo tiempo que aprenden a generalizar sus aprendizajes en diversos ámbitos de relaciones.

3. Modernidad y transformación social.

La modernidad constituye el impulso, el ambiente y el sentido que asume el cambio en las sociedades contemporáneas, incluyendo el cambio en la sexualidad³⁶. La modernidad contemporánea o tardía conlleva también la individualización, es decir, la autonomización de los individuos respecto de las estructuras e instituciones homogeneizantes de la sociedad, dando paso a la singularidad y la particularidad. No obstante, en las sociedades con una fuerte presencia de grupos sociales en situación de pobreza y exclusión social el fenómeno de la individualización aparece coextensivo con la individuación, es decir, con la presión hacia la autonomización de los individuos en condiciones de gran precariedad y vulnerabilidad social. No obstante, tanto la individualización como la individuación suponen una modificación profunda en las relaciones entre individuos –incluyendo las relaciones de género y entre generaciones– y entre individuos e instituciones, poniendo también en cuestión las relaciones de poder y jerarquía.

³⁶ Decimos modernidad en referencia tanto a las primeras configuraciones societales modernas de los siglos XVII y XVIII, como a las sociedades de modernidad organizada, de la segunda mitad del siglo XIX y siglo XX, y a las sociedades contemporáneas o de modernidad tardía.

La modernidad³⁷ pone en cuestión o modifica radicalmente las estructuras y las instituciones sociales tradicionales que organizan y regulan la vida social. De manera particular, la modernidad asiste al surgimiento del individuo (Elías, 1991) o, más precisamente, la modernidad pone sobre el individuo la responsabilidad de hacerse cargo de sí mismo, de sus decisiones, de sus conflictos, de sus posibilidades, de sus oportunidades; sobre todo, construirse como auto-identidad (Giddens, 2000), abriendo paso a procesos intensivos de individualización.

La modernidad conlleva un alto grado de especialización y diferenciación interna de las sociedades, basada en la autonomización creciente de sus componentes. Esta diferenciación se puede observar tanto en la separación de las grandes esferas normativas de la cultura, como son la ética, la moral y la estética, como en el plano social donde las instituciones hacen lo propio dentro de cada sistema del cual son auto-referentes: la familia, la política, el arte, la religión o la economía. Esto trae como consecuencia que en el plano de la experiencia humana el sujeto no estructure su vida en un patrón único y al mismo tiempo haya logrado una diferenciación propia, su individualización (Arnold y Rodríguez, 1990).

La diferenciación individual o individualización supone que el individuo tiene la responsabilidad y la oportunidad de hacerse cargo de sí mismo, de auto-construirse en el curso de sus propias trayectorias biográficas. Anthony Giddens (2000) señala que la modernidad rompe las relaciones y las estructuras sociales tradicionales, que suponían la homogeneidad de la sociedad, para instalar la heterogeneidad, la diferenciación y la singularidad. Los sujetos no sólo tienen que hacerse cargo de sus trayectorias biográficas sino que están también confrontados a construir sus identidades individuales o auto-identidades y orientarse de acuerdo a ellas. En palabras de Beck (2001, p. 235), vivimos en un mundo en que “los individuos se transforman en actores, constructores, malabaristas, directores de sus propias biografías e identidades y también de sus vínculos y redes sociales. [...] Hoy en día las oportunidades, los peligros y las incertidumbres biográficas que antes estaban de algún modo predefinidas dentro de ciertas instituciones y mandatos, deben ahora percibirse, decidirse y procesarse por los propios individuos”.

En la actualidad, los sujetos desarrollan mayores capacidades para interrogar y reflexionar sobre las condiciones de su existencia (reflexividad), lo que amplía las posibilidades de cuestionar y problematizar las fuentes tradicionales de sentido (Beck 2001). Al mismo tiempo, la sociedad se vuelve más compleja y diferenciada, se multiplican los sistemas de creencias y valores,

³⁷ A su vez, como sostiene Vattimo (1994), la modernidad misma carece de sentido, excepto como cambio permanente. Aún las expresiones ‘modernidad tardía’ o ‘post modernidad’ dan cuenta de esta pérdida de identificación de la modernidad con el progreso o con la evolución social, de modo que se presenta como simple apertura a lo nuevo, a lo que viene.

diversificándose las opciones en relación a las cuales los individuos han de construir y hacer significativa su experiencia (Lechner 2002). En un contexto de 'des-tradicionalización', cada individuo debe tomar decisiones cotidianamente, evaluar opciones y cursos de acción posibles. Las identidades personales se abren, así, a una multiplicidad de oportunidades, riesgos y ambigüedades que cada individuo debe gestionar reflexivamente en un horizonte donde las normas y las reglas de acción son cada vez más inciertas. El proceso de individualización no significa la ausencia de tradiciones u orientaciones sociales para la acción, sino más bien que éstas son cambiantes, muchas veces contradictorias y, fundamentalmente, asumidas por las personas como posibilidades u opciones más que como obligaciones. Así, el valor normativo que adquieren las tradiciones hoy en día proviene, en gran medida, más que de sí mismas, de la decisión reflexiva del individuo de adscribirse a ellas (PNUD, 2002). La individualización supone la construcción del 'sí mismo' en medio de exigencias contradictorias; entonces, el individuo ha de gestionar reflexivamente su propia identidad en medio de múltiples tensiones y contradicciones, esforzándose por negociar, mediar y articular diversas demandas y contextos a fin de preservar un sentido de sí mismo coherente. Anthony Giddens (2000) distingue un conjunto de dilemas de la autoidentidad en la sociedad contemporánea, a saber, la tensión entre la unificación (necesidad de mantener y proteger una narrativa coherente de sí mismo) frente a una tendencia a la fragmentación y ampliación de campos de experiencia; la tensión entre la impotencia (sentirse sobrepasados por el universo social cambiante) frente a apropiación (posibilidad de autoafirmación y creación); entre la autoridad frente a la incertidumbre (vinculación reflexiva con fuentes de autoridad, a las que se reconoce su carácter particular, no absoluto); y entre la experiencia personalizada frente a la experiencia mercantilizada (el proyecto del yo se ve amenazado por la mercantilización de los vínculos y de la experiencia humana).

3.1. La modernidad en la sociedad chilena.

El lenguaje de la modernidad ha estado presente en la sociedad chilena desde temprano en el siglo XX y su impacto transformador se ha expresado en los procesos de industrialización, de formación de un proletariado industrial y de estratos medios, en la ampliación de los sistemas de educación y de salud, en la ampliación de los derechos políticos, en la transformación de las estructuras agrarias, en los procesos migratorios, en la conflictividad y en las crisis políticas, etc. No obstante, a partir de la década de 1980 asume un carácter cada vez más vertiginoso y explícito, asociados a la apertura de la economía chilena al mercado mundial y a la progresiva globalización financiera, comercial y tecnológica: los discursos públicos de actores muy diversos nombran el cambio, y su legitimación, en términos de modernidad, a la vez que la experiencia cotidiana incorpora masivamente las tecnologías y los medios que permiten acceder e interactuar en el

dominio de las comunicaciones globales. El Informe de Desarrollo Humano en Chile, realizado por PNUD en 2002, registra dicho proceso en la experiencia actual de los sujetos: “en los albores del siglo XXI, el proceso de individualización ha tomado un nuevo giro. Se ha ampliado enormemente el campo de experiencias que puede recorrer cada persona. Se han diversificado los mapas culturales que la sociedad ofrecía como modelos para la construcción de una identidad personal, al tiempo que la validez de cada uno se relativiza. En la actualidad, no resulta fácil para las personas escoger la imagen o el modelo al que adherir y en el cual encontrar la fuente que haga coherentes los distintos ángulos de su identidad personal. Las identidades de clase, religiosa o políticas, aquellas que a mediados del siglo XX permitían a los individuos definir el contenido central de su proyecto vital, han pasado a ser elementos más bien secundarios y ningún otro referente parece ocupar su lugar” (PNUD 2002, p. 190).

Si, al decir de Anthony Giddens (2000b), la modernidad conlleva la dislocación del tiempo y el espacio –la incrustación en las sociedades locales de tiempos y espacios configurados en otros contextos y con otras condiciones históricas de construcción, como ocurre, por ejemplo, en los medios de comunicación globalizados- la modernidad criolla se presenta marcadamente heterogénea, ambivalente y contradictoria. Al mismo tiempo coexisten la riqueza y la miseria, la racionalidad tecnocrática de los sistemas de gestión empresarial y las racionalidades de sobrevivencia de una miríada de emprendimientos y pequeñas unidades productivas, la filiación a poderosas redes sociales de influencia y la situación de exclusión social y marginalidad de extensos segmentos de población.

Por cierto, la modernidad en construcción en la sociedad chilena se instala en y sobre procesos históricos de larga data. Uno de los datos básicos remite al rol fundamental que ha jugado el Estado en la construcción histórica de la sociedad chilena, determinando con ello que la política haya tenido un rol activo en dicha construcción. Particularmente a partir de la década de 1930, con la creación de la Corporación de Fomento (CORFO), la acción del Estado en la industrialización del país, así como también en la ampliación de los servicios de salud, de educación y de vivienda, constituyen un poderoso impulso a la transformación modernizante de la sociedad. De igual modo, la implementación de políticas de reforma agraria junto con activar la incorporación económica y social del campesinado pone en movimiento y profundo proceso de transformación de las estructuras agrarias y de reconfiguración de las relaciones laborales en el mundo rural. También la dictadura militar utilizó el poder del Estado para instalar en la sociedad el modelo neoliberal del desarrollo, para disciplinar a la sociedad y traspasar a privados la infraestructura productiva del Estado. Tanto el Estado tradicional como el Estado dictatorial juegan roles estratégicos en la construcción de la sociedad chilena contemporánea.

Se ha señalado que el proceso de construcción de las sociedades modernas europeas se caracterizó por el hecho de que, en general, los cambios primero tenían lugar en el ámbito de la economía o de la cultura y luego se expresaban como cambios en la política; de manera inversa, en la sociedad chilena, como en el resto de las sociedades latinoamericanas, es la política la que instala y dirige los cambios, los que luego se traducen en la economía y en la cultura (Brunner y Barrios, 1987). La alta preeminencia de la política en la construcción de la sociedad chilena también implica modos específicos de relación entre el Estado y los ciudadanos o, si se prefiere, entre las instituciones y los sujetos. No resulta demasiado sorprendente que la transición a la democracia haya implicado también la pérdida de preeminencia de la política en la construcción de la sociedad. Más aún, ésta resulta coetánea con la ampliación del mercado del trabajo y con la instalación creciente de una sociedad de consumidores (Tironi y Cavallo, 2004).

3.2. Modernidad, individualización e individuación en la sociedad chilena.

En el ámbito de la modernidad contemporánea, la individualización puede ser caracterizada en cuatro rasgos fundamentales (Giddens, 2000). En primer lugar, la ruptura de la tradición homogeneizante de la sociedad y el surgimiento creciente de la singularidad de los sujetos (o individuos); la sociedad deviene en diversidad de posibilidad de identidades, de normas, de prácticas. En segundo lugar, que el individuo está confrontado a evaluar los efectos biográficos de sus decisiones y, por tanto, hacerse cargo del riesgo implicado en cada opción; en este sentido, la auto-identidad es un proyecto reflexivo cuyo único responsable es el individuo. En tercer lugar, que el individuo se autonomiza de las instituciones normativas de la sociedad, o al menos se relaciona con ellas de una manera tal que sus decisiones no necesariamente coinciden con dicha normativa; en este sentido, el individuo está llamado a construir su auto-identidad y a “ser fiel a sí mismo” frente a los conflictos, dilemas o incertidumbre de la vida cotidiana. En cuarto lugar, y de manera fundamental, que el individuo dispone efectivamente de posibilidades y oportunidades de elección.

Desde luego, Beck y Beck (2003), sostienen que es una categoría sociológica que parte de la premisa de que no hay autonomía individual sin soportes institucionales. En este sentido, constituir a los miembros de una sociedad como individuos compelidos a autodeterminarse, es consecuencia de ciertas instituciones, prácticas e imaginarios socioculturales propios de la modernidad y, más específicamente, propios de la modernidad tardía. Según Michel Bozon “remite a una evolución histórica compleja y a transformaciones estructurales que alteraron los procesos de reproducción social y de producción de los sujetos sociales, enfatizando la subjetividad, la iniciativa individual y la construcción de si mismo” (Bozon, 2002, p.2). Este mismo autor señala que “hoy en día es imposible no percibir su vida como una elección activa, pues en cualquier situación nos vemos

actuando de forma autónoma” (p.4)³⁸. Por ello, el proceso de individualización se vincula a las movi­lidades en la sociedad y a las elecciones individuales. Alberto Melucci (2001) sostiene que la radicalización de la individualización³⁹ sólo ha sido posible en las últimas décadas debido a la transformación y expansión de los sistemas educativos, el cambio de los valores familiares, la extensión de los derechos personales y civiles, la ampliación de los intercambios culturales, la libertad de elección en las relaciones afectivas, entre otros.

En tal sentido, la sociedad chilena se presenta marcadamente heterogénea en términos de los procesos de individualización que tienen lugar en ella. El lenguaje de la modernidad ha terminado por instalarse en prácticamente todos los estratos y grupos que la componen, bajo la forma de ‘proyecto’, es decir, de la acción racional orientada a fines (Canales, Rovira y Jiménez, 2003). No obstante, estos autores señalan tres tensiones principales en la apropiación de la noción de proyecto. En primer lugar, una tensión entre querer y poder, que tiene respuestas diferenciales en los distintos estratos sociales: en los sectores medios y altos, se quiere y se puede; en los sectores pobres y muy pobres se quiere pero no se puede. En segundo lugar, una tensión entre el presente y el futuro, también con respuestas diferenciadas socialmente: en los sectores medios y altos el presente se elabora con vistas al futuro, al mediano o largo plazo; en los sectores pobres y muy pobres la temporalidad se reduce al presente o a la rutina cotidiana, con escasa o nula proyectividad. En tercer lugar, una tensión entre proyecto individual y proyecto colectivo o social, también con respuestas diferenciadas socialmente: en los sectores medios y altos los proyectos individuales se articulan con los proyectos del sector social propio o del país; en los sectores pobres y muy pobres los proyectos individuales tienden a limitarse a la persona o a su grupo familiar inmediato.

Lo anterior sugiere también que la instalación de la noción de ‘proyecto’ en las trayectorias biográficas y en la experiencia cotidiana de las personas conlleva, a su vez, que la sociedad tiende crecientemente a operar como una sociedad de redes sociales e institucionales. Para realizar sus proyectos (obtener empleo, generar ingresos, emprender negocios, generar alianzas, desarrollar capacidad de influencia, etc.), los individuos requieren generar conversaciones y coordinar acciones que generalmente están más allá del entorno espacial y de los vínculos familiares o comunitarios inmediatos.

³⁸ Traducción nuestra.

³⁹ En las últimas décadas dicha tendencia se ha ampliado significativamente, tanto en extensión (abarcando a un número mayor de personas) como en profundidad (incrementándose significativamente los ámbitos de la experiencia que cada individuo debe gestionar por sí mismo).

Cada individuo, desde su particular posición en el desigual orden social, es compelido a construir su propia biografía, a elegir permanentemente sus cursos de acción en un entorno cambiante e inestable que no ofrece ya, con la claridad de antaño, marcos colectivos de referencia y arraigamiento. En este contexto, la individualización aparece traspasada por la diferenciación social y cultural; algunos individuos se individualizan y otros se individuán. En este último caso, la modernidad disuelve los lazos tradicionales de solidaridad (comunidad, familia extendida, organizaciones sociales, religiosas y políticas), a través de los cuales se accedía a bienes y servicios públicos, al ingreso, al trabajo, etc., y pone sobre los individuos la presión de hacerse cargo de sí mismos y realizar sus recorridos biográficos singulares en condiciones de gran precariedad y vulnerabilidad social.

Por ello, la modernidad genera procesos de individualización y procesos de individuación: la presión sobre el sujeto a hacerse cargo de sí mismo se realiza en condiciones tales que éste no dispone de las posibilidades y oportunidades de elección en aspectos fundamentales de sus trayectorias biográficas, tales como trabajo, ingreso, estudios, acceso a la cultura, acceso a bienes y servicios básicos. Más bien, lo disponible son trabajos estacionales, migratorios, temporales, ocasionales, mal pagados y en relaciones laborales informales. En estas condiciones de alta vulnerabilidad el individuo no sólo está confrontado a evaluar los efectos futuros de sus acciones y, por tanto, el riesgo asociado a ellas, sino que, además, tiene escasas o nulas posibilidades u oportunidades de elección y, por tanto, tiene escaso control sobre su trayectoria de vida (Flores, 2000).

La presencia simultánea de los fenómenos de la individualización e individuación implica que parte importante de la población, especialmente las generaciones jóvenes, realizan sus trayectorias biográficas en condiciones de alta precariedad y vulnerabilidad social. De todos modos están presionados a hacerse cargo de sí mismos en condiciones de ruptura o debilitamiento de las estructuras y relaciones sociales tradicionales, incluyendo las organizaciones sindicales, sociales y comunitarias, y forzados a auto-gestionar su vida en una sociedad que opera crecientemente en ambiente de redes sociales. A su vez, la sociedad de redes les plantea el requerimiento de competencias sociales y de agenciamiento que se definen en el dominio de la conversación, es decir, de la articulación de lenguaje, emociones y cuerpo para la coordinación de acciones, el entendimiento y la significación de la experiencia social.

La individualización supone que tales competencias sociales y de agenciamiento están instaladas en el individuo y que, a partir de ellas, éste opera proactivamente en un ambiente de redes sociales. La individuación supone una restricción severa en estos ámbitos. Sobre todo, supone una

constricción severa en las competencias sociales básicas o competencias conversacionales. Estas constituyen también sus herramientas para construir y negociar relaciones sociales, para construir compromisos de acción y para activar disposiciones y actitudes de cambio o para el logro de objetivos en sus proyectos. Ello incluye también las relaciones inter-generacionales y sus relaciones de género.

4. Modernidad y sexualidad de individuos.

Los procesos de individualización inciden en las transformaciones en la sexualidad al modificar las relaciones y los vínculos en los cuales ésta se realiza, así como también las posiciones desde las cuales cada miembro de la pareja participa en la relación. Los individuos disponen de espacios mayores para negociar las relaciones establecidas para la sexualidad, a la vez que otorgan a ésta un lugar central en la constitución de sus propias identidades individuales. A ello contribuye de manera decisiva el desarrollo de las tecnologías anticonceptivas modernas que han separado la sexualidad de la reproducción y han permitido que el acto sexual asuma un carácter más focalizado y de menor efecto biográfico de lo que solía tener antes de la contracepción. De este modo, se constituye una sexualidad de individuos, es decir, una sexualidad que se ordena menos desde las instituciones y menos desde la biología para ubicarse en el dominio de decisiones, elecciones y acciones de cada individuo.

4.1. Individuos y sexualidad.

A lo largo de las últimas décadas se ha ido constituyendo una nueva legitimidad para una sexualidad más propiamente de individuos, en el sentido de que las relaciones sexuales entre individuos no está ya subordinada a la existencia previa de pareja ni inserta en la institución matrimonial (Bozon, 1998). Se trata de “la irrupción de una suerte de ‘individualismo sexual’, o de una sexualidad de individuos, en el sentido en que la existencia de relaciones sexuales entre individuos no está más subordinada a la existencia previa de la relación de pareja” (Bozon, 1991b, p. 86). Así puede interpretarse fenómenos tales como una creciente temprana sexualización de las relaciones a partir de los encuentros, en que ésta adquiere un rol fundador de la relación (aunque no necesariamente, de la pareja); o en la mayor frecuencia de las prácticas auto-eróticas y el uso de pornografía, entre otras prácticas. Una autonomización de los sujetos tiene efectos sobre las relaciones, en tanto, no sólo ni fundamentalmente ha promovido la multiplicación de parejas sexuales, sino una disposición por parte de las mujeres a demandar más a los hombres en el marco de las relaciones de parejas, o el surgimiento de la norma del orgasmo simultáneo en los

hombres y, sobre todo, en las mujeres, que indica el reconocimiento de una especificidad y de autonomía del placer femenino.

Una autonomización creciente de los sujetos introduce, como contrapartida, una nueva reciprocidad de los intercambios sexuales. Por cierto, los procesos de autonomía requieren de lógicas de reciprocidad o de equivalencia de los intercambios; la reciprocidad adquiere valor en un contexto donde, en razón de la autonomía creciente de uno y de otro, la 'lealtad' duradera de cada sujeto en relación a la pareja no está en plenamente garantizada. En este contexto, la esfera de la sexualidad puede ser observada como un plano de las relaciones de pareja en el cual se realice un intercambio igualitario, aspiración de las relaciones conyugales (Giddens, 1995). Ello se inscribe plenamente en el movimiento más general que, desde los años 1970, aspira, en el plano normativo, a la igualdad, la comunicación y el compartir entre los cónyuges, incluso aunque en la práctica las tareas permanecen generalmente muy especializadas según el sexo (Glaude y De Singly, 1986; Kaufmann, 1992).

Los procesos de autonomización conectan también con el desarrollo en la cultura de un conjunto de recursos reflexivos: consultas ginecológicas, terapias psicológicas y manuales de auto-ayuda de todos tipos, programas de televisión y artículos de revista. Tales recursos conceptuales proporcionan elementos para que los sujetos creen una narrativa reflexivamente ordenada de sí mismos y definan modos de orientarse respecto de las prácticas. Ciertamente, tanto en relación con la sexualidad, como la identidad o el cuerpo, las teorías, términos e ideas destinadas a su comprensión, han permeado la vida social y han contribuido a reorganizarla. Este fenómeno propio de las sociedades modernas ha sido denominado por Anthony Giddens (1995) como "reflexividad institucional", porque introduce los términos para describir la vida social, entrar en su rutina y transformarla, no como un proceso mecánico ni necesariamente de forma controlada, sino porque forma parte de los marcos de acción que adoptan los individuos y los grupos.

4.2. Autonomización de la sexualidad y tecnologías anticonceptivas.

En el curso del siglo XX la sexualidad se desvincula de su relación ancestral con la reproducción. Con la difusión de la contracepción moderna y las modificaciones relacionadas con la menopausia, se termina un proceso secular de autonomización de la vida sexual de la mujer en relación con la reproducción y el calendario de la fecundidad (Bozon 1998a).

Históricamente, la reproducción estuvo inscrita en el orden social y en el orden del mundo de una forma tal que no podía ser percibida como un dominio separado, obediente a leyes particulares. En

la actualidad, la concepción puede ser artificialmente producida e inhibida. Las tecnologías reproductivas surgidas a mediados del siglo XX han logrado producir una ruptura más o menos radical entre sexualidad y reproducción. Primero surgen las tecnologías anticonceptivas, mediante las cuales los actos sexuales se separan de la reproducción. Luego, el surgimiento de las tecnologías reproductivas conceptivas, separa la reproducción respecto de los actos sexuales; no se desvincula de los cuerpos, pero prescinde de los actos sexuales. Probablemente, la reproducción sin actos sexuales tenga, por ahora, fundamentalmente una importancia simbólica, en cuanto expresaría una evolución “socializadora del mundo natural” –en los términos de Giddens-, en la medida que aleja la reproducción de la naturaleza, en particular del deseo sexual, y la vincula a la técnica.

La noción de “anticoncepción moderna” refiere al desarrollo de la píldora anticonceptiva y el dispositivo intrauterino –caracterizados por su eficacia, su accesibilidad, su practicidad, su inocuidad-, y a un proceso social, cultural y político: su masificación en gran parte de las sociedades en el mundo –su fabricación y distribución, las políticas de planificación familiar, etc.-. Se la asume como un dispositivo tecnológico eficiente para producir una inhibición de la reproducción, eficiencia que le otorga el carácter de mecanismo altamente racional, lo que contribuye a instalar una representación social sobre el control tecnológico de la reproducción como plenamente factible, pues se dispone de un medio racional que en la modernidad lo ha hecho posible. Su existencia funda la visión de que los riesgos podrán ser controlados: podrán ser activamente prevenidos por los sujetos. Antes de prevenidos, pre-vistos. Las tecnologías anticonceptivas modernas articulan en una lógica racional previsión y recurso: prevenir es pre-ver un riesgo y accionar un dispositivo efectivo.⁴⁰

El surgimiento de la tecnología reproductiva conlleva una autonomización de un dominio propiamente sexual. En la actualidad, lo propio de la sexualidad es ser infecunda (Bozon, 2002). En las representaciones sociales de la sexualidad, los actos sexuales destinados a la procreación se constituyen progresivamente en situaciones específicas que interrumpen una sexualidad no reproductiva y una práctica contraceptiva. Aun cuando ello no se logre plenamente, como sucede preferentemente en las sociedades en desarrollo, aún allí, los sentidos comunes se representan la separación como disponible tecnológicamente. Las tecnologías reproductivas han logrado producir

⁴⁰ Por otra parte, las tecnologías reproductivas han logrado producir una ruptura más o menos radical entre sexualidad y reproducción, vinculadas ancestralmente. Primero surgen las tecnologías anticonceptivas, mediante las cuales los actos sexuales se separan de la reproducción; luego, con el surgimiento de las tecnologías reproductivas conceptivas, la reproducción se separa de los actos sexuales, no se desvincula de los cuerpos, pero prescinde de los actos sexuales y se generan las condiciones para producir una tendencia a la autonomización más o menos radical del erotismo.

una ruptura más o menos radical entre sexualidad y reproducción. Tales desarrollos tecnológicos constituyen condiciones que posibilitaron el surgimiento de lo que Giddens (1995) ha denominado “sexualidad plástica” y una incipiente sustitución de la perversión por la diversidad sexual. La “sexualidad plástica” expresa una ruptura de su relación ancestral con la reproducción, al mismo tiempo que una apertura: la sexualidad adquiere un carácter abierto, se incorpora como propiedad potencial de los individuos y se la sujeta a los estilos de vida. Dice Giddens (1995): “la sexualidad se ha hecho maleable, abierta a una configuración de diversas formas y a una “propiedad” potencial del individuo” (Giddens, 1995, p. 35),

Con la difusión de la contracepción moderna y las modificaciones que tocan la menopausia, se termina un proceso secular de autonomización de la vida sexual de la mujer en relación con la reproducción y el calendario de la fecundidad (Bozon, 1998). La fecundidad devino proyecto personal, cuyo peso en la organización de una vida es mucho más leve, y su ejecución demanda preparación y reflexión (Leridon, 1995, citado en Bozon, 2002). Se introducen sobre la fecundidad las nociones de elección y decisión; las cuales se orientan por elecciones habitualmente realizadas en otros dominios de la vida. Es más, la *píldora* utilizada desde su invención por las mujeres con la función manifiesta de planificar el número de miembros de la familia, traspasa inesperadamente las fronteras de su objetivo inicial, el control de la natalidad. Liberada por los métodos anticonceptivos y culturalmente separados sexualidad y reproducción, la mujer pudo participar activamente en la reinención del mundo a partir de su actoría social en el espacio de lo público (Stelling, 2000).

La investigación para el desarrollo de la tecnología anticonceptiva, por cierto, se sitúa en el campo de la medicina, y su administración en las agencias de salud que organizan la información, el acceso y el monitoreo. Se estructuran unas relaciones específicas –destinadas a no hacer reproductiva la sexualidad-, regulares –tecnología de uso y control constantes- y prolongadas – durante todos los años de la etapa reproductiva- entre las mujeres y el personal de la disciplina ginecológica. La recurrencia de tal relación, la constante observación de la tecnología hacen que se activen en torno a su uso condiciones para una más alta reflexividad en relación con su vida sexual. En este sentido, la consulta ginecológica opera como uno de los recursos reflexivos modernos que proporcionan elementos -teorías, términos e ideas- destinados a la comprensión –y reorganización- de la sexualidad.⁴¹

⁴¹ Este fenómeno propio de las sociedades modernas ha sido denominado por Anthony Giddens como “reflexividad institucional”, porque introduce los términos para describir la vida social, entrar en su rutina y transformarla, no como un proceso mecánico ni necesariamente de forma controlada, sino porque forma parte de los marcos de acción que adoptan los individuos y los grupos.

Ciertamente, las sociedades contemporáneas no son homogéneas en las formas y niveles de incorporación de la tecnología contraceptiva; tampoco ha sido superada la existencia del embarazo no deseado y lo que se ha denominado la “reproducción forzada” (Paola Tabet, 1985, citada por Bozon, 2002). Sin embargo, todas ellas están en este proceso de transformaciones más o menos aceleradas de los patrones tradicionales de fecundidad.

4.3. **Sexualidad, individuos y trayectorias.**

“Recorrido”, “hitos”, ‘curso de vida’ son términos que refieren al concepto de trayectoria, cuya contribución reside en su posibilidad de producir una concatenación entre las dimensiones interiores y exteriores a los sujetos (Heilborn et al., 2006). Tuirán sugiere un uso del concepto de trayectoria en relación a la experiencia vital que transcurre en un doble vínculo entre procesos estructurales e historias personales y familiares. Según Pierre Bourdieu (1988), toda trayectoria social debe ser comprendida como una manera singular de recorrer el espacio social. Sin embargo, cada posición tomada en el campo es una exclusión de otras posiciones, por lo que a medida que se recorre el espacio social, se da un envejecimiento social, una imposibilidad de volver atrás, de variar. Los actores recorren a lo largo de sus vidas un continuo de experiencias que van trazando itinerarios –a veces más previsibles, a veces más aleatorios- que se construyen simultánea y pluralmente en múltiples dimensiones: familiar, social, laboral, política, religiosa, cultural.

El concepto de trayectoria se refiere a una línea de vida o carrera, a un camino a lo largo de toda la vida, que puede variar y cambiar en dirección, grado y proporción” (Elder, 1991, citado por Tuirán, s/f). La trayectoria no supone ninguna secuencia en particular ni determinada velocidad en el proceso del propio tránsito (Blanco, 2001, citado por Tuirán, s/f).

Tuirán releva las rupturas y continuidades: surgen ‘hitos’ o momentos significativos en los que se entrecruzan múltiples dimensiones. Las trayectorias pueden desarrollarse sin presentar rupturas profundas, lo que le da un marco de continuidad a lo largo del tiempo. Del mismo modo, las trayectorias pueden ser desbordadas por otras dimensiones. Godard (1996) respecto de este entrelazamiento de distintos dominios afirma: “Un individuo no es una historia. Se constituye como tal a partir de varias historias. Cada unidad de observación, cada individuo es por lo menos cuatro historias: historia residencial, historia familiar, historia de formación e historia profesional.” Godard (1996, p. 18).

Una aproximación a la noción de trayectoria en los estudios de movilidad social las concibe como el paso sucesivo entre diferentes estados que determinan la existencia o no de movilidad; lógica de curso ascendente y descendente generalmente vinculada a la consideración casi exclusiva de la dimensión económica (Montero, 1998, en: Graffigna, 2005). Uhlenberg (1974), Young (1982) y Goldani (1989) indagan sobre la existencia de trayectorias familiares socialmente prescritas entre las mujeres, y sus transformaciones durante el último siglo en EEUU, Australia y Brasil. Sus hallazgos identifican cambios significativos en la distribución de sucesivos grupos de generaciones según sus trayectorias de vida (en Tuirán, s/f).

En esta perspectiva, puede sugerirse, siguiendo a Lagrange (1997), que el fenómeno de la entrada a la sexualidad activa constituye propiamente un “marco constituyente” de la sexualidad de los sujetos. Los actos que señalan la entrada en la sexualidad están relacionados entre sí como momentos de una misma biografía. El modo en que ello ocurra -las gestiones, continuidades y discontinuidades que caracterizan la entrada en este universo- constituyen una forma específica de interpretar y experimentar la sexualidad: los hábitos no están todavía adquiridos, los pliegues no están marcados y dentro de los titubeos de las primeras veces, un modo más permanente se bosqueja. Más ampliamente, como sostiene Michel Bozon (1993, 1998a), allí se prefigura una actitud duradera en relación con la sexualidad, y más ampliamente en relación a la pareja, incluso respecto de la vida familiar.⁴² Puede sostenerse que la entrada a la sexualidad activa no es, propiamente, una simple transición o un pasaje hacia una sexualidad “madura”, estabilizada, bajo una lógica de modelos de sexualidad propios del ciclo vital. Se trata más propiamente, a nuestro entender, de una entrada a un universo sexual diverso. En efecto, los procesos de entrada de los/as jóvenes en la sexualidad activa ya no constituye un rito de paso iniciático (en el comercio sexual, en el caso de los hombres, o en la noche de bodas, en el caso de las mujeres), sino

⁴² Los más precoces sexualmente tienen más parejas sexuales a lo largo de sus vidas, en su adolescencia primero, y luego durante los periodos en que están en pareja; experimentan más separaciones y tienen un repertorio sexual más variado. Inversamente, aquellos cuya iniciación ha sido tardía tienen comportamientos más “tradicionales”: mucho menos parejas en la adolescencia, y pocas parejas extra-conyugales; tienden a permanecer con la misma pareja y conocen un repertorio sexual más restringido. Así, la primacía que algunos dan a sus relaciones conyugales y afectivas los obligan a no poner en primer plano de su vida la actividad sexual, y a no reconocerle sino una importancia indirecta por su rol simbólico en la relación de pareja. En las personas más precoces, por el contrario, la actividad sexual estaría dotada de una cierta autonomía en relación con los lazos afectivos: renovación de parejas y placer sexual pueden ser, entonces, valorizados en tanto que tales y la necesidad de protegerse es más fácil de visualizar. Es sobre todo en los hombres que aparecen personalidades sexuales bien distintas, en función de la mayor o menor precocidad de los individuos; la oposición es, por el contrario, mucho menos extrema en las mujeres, que tienden siempre, muy sistemáticamente, a asociar sexualidad y pareja.

corresponde más bien a un proceso de familiarización y un aprendizaje progresivo –y recursivo– respecto del cuerpo, las prácticas, las reacciones y los sentimientos.⁴³

Del mismo modo, los procesos de cesación de la sexualidad activa no se organizan en la actualidad en una vinculación simple con los fenómenos corporales de climaterio y envejecimiento, y tampoco, linealmente con los cambios en la situación de pareja de los sujetos. Hoy se observa un retardo en la interrupción de la sexualidad activa, y ello implica un alargamiento de la sexualidad en etapa post-reproductiva. Del mismo modo que los umbrales de entrada a la vida sexual activa se adelantan, los umbrales de salida retroceden. En Francia, en las décadas de 1970 y 1980 la vida sexual también se modificó en sus fases tardías, prolongándose por más tiempo después de los 50 años, en ambos sexos, sin embargo más significativamente en las mujeres (Bozon, 1998). Esta prolongación de la vida sexual se produciría, incluso, entre las mujeres en “desventaja” por su longevidad, que tienen más dificultades para reencontrar un compañero, cuando su pareja ya no está (Delbès y Gaymu, 1997).

En la actualidad, el divorcio ha implicado una reorganización de la vida postmarital en términos de las relaciones de pareja y de la sexualidad. Ha surgido una sexualidad postmarital entre los hombres y las mujeres, especialmente importante respecto de las últimas, que hasta hace algunas décadas un ordenamiento normativo tradicional prescribía su abstinencia en tal situación. Entre las mujeres divorciadas que viven solas o con niños, tener una vida sexual no inscrita en el marco de una pareja se vuelve crecientemente frecuente y aceptado.

4.4. Sexualidad y representación de sí mismo: el concepto de orientaciones íntimas.

El surgimiento de condiciones sociales y culturales para una sexualidad más propiamente de individuos, supone el desarrollo de lógicas sociales de interpretación y de construcción de la sexualidad, es decir, maneras de definirla y de ejercerla que se expresan también en las representaciones y normas culturales, así como en los modos de interacción entre miembros de la pareja o los afectos ligados a la sexualidad, que la organicen como experiencia de los sujetos. En las sociedades contemporáneas la diversificación de experiencias y trayectorias sexuales, afectivas y conyugales remite al hecho de que la sexualidad ha llegado a ser un elemento fundamental en la

⁴³ Se trata de un conjunto de etapas sucesivas desde el beso profundo a las caricias sobre el cuerpo y los genitales, las relaciones sexuales sin penetración (*outercourse*), la penetración genital, y más aún, a explorar otras formas de realizar los acoplamientos corporales. Dicho proceso involucra, generalmente, una sucesión de compañeros/as. Se trata de una serie de contactos que pueden operarse en sucesivos encuentros con sujetos, con los cuales se desarrolla algún tipo de relación de naturaleza diversa, más estable o más ocasional, más afectiva o más recreativa, etc. Implica, asimismo, una progresión en la intimidad, es decir, al establecimiento de una proximidad de orden emocional.

construcción del sujeto y configura modos específicos de conexiones estables de sexualidad y representaciones de sí mismo.

Michel Bozon (2001a) propone una formulación teórica que introduce el concepto de *orientación íntima*, que define como verdaderos cuadros mentales, que delimitan el ejercicio de la sexualidad, definen el sentido que le es dado e indican el rol que la sexualidad juega dentro de la construcción de sí (Bozon, 2001a). Estas configuraciones no designan tipos psicológicos distintos sino lógicas sociales de interpretación y de construcción de la sexualidad, es decir, maneras de definirla y de ejercerla que se expresan también en las representaciones y normas culturales, así como en los modos de interacción entre miembros de la pareja o los afectos ligados a la sexualidad. Las orientaciones íntimas constituirían un fundamento de clasificación sexual de los sujetos, no reducible las a clasificaciones sociales habituales (clases sociales, grupos culturales, género, grupos etarios), aunque pueden estar ligados. Las orientaciones íntimas nacen de un conjunto de experiencias biográficas que activan aprendizajes, formales e informales, recibidos desde la infancia. Tales procesos biográficos son eminentemente sociales y no pueden ser considerados como puras elecciones personales ni como simples determinaciones; constituyen un nivel social intermedio que simultáneamente está expuesto a la influencia de funcionamientos macrosociales y juega un rol original en los procesos de construcción de coherencia del sujeto. Las orientaciones íntimas propuestas por Bozon (2001a) son el modelo de red sexual, el modelo de deseo sexual y el modelo de la sexualidad conyugal.

El *modelo de red sexual* –o *sociabilidad sexual*– se caracteriza por una tendencia a la exteriorización de la intimidad. La actividad sexual aparece a los individuos como un componente ordinario de su sociabilidad, generador de capital social y lazos de interdependencia. Una relación sexual es creadora de un lazo particular entre los sujetos -que toma diversas denominaciones (amistad sexual o amorosa, complicidad, ventaja, convivencia)-, y que contribuye a entretener y que no se limita a las prácticas sexuales. La relación con los compañeros está caracterizada, idealmente, por la duración (la relación con un compañero es eventualmente puesta en receso, jamás rota), y por la fidelidad (que no es percibida como exclusividad). El modelo de la sociabilidad sexual, en la cual el sujeto adquiere su unidad y su consistencia por sus lazos a múltiples parejas, toma formas muy diferenciadas en función de las relaciones de género, y más generalmente del lugar de los individuos en las relaciones de clase. La red sexual puede constituir un recurso y un elemento de prestigio e ir a la par con una posición dominante del sujeto. Del mismo modo, el modelo de red sexual puede resultar legítimo para mujeres y para hombres en razón de la ausencia de institucionalización y valoración social de la relación diádica. Inversamente, la inscripción en una red sexual puede implicar una situación de dependencia unilateral, una

reputación desvalorizante o una estigmatización. Del mismo modo, pueden constituir un recurso en la comunidad homosexual o para individuos discriminados. En la mayoría de las sociedades, para una mujer puede resultar estigmatizante y señalarle como mujer fácil o como trabajadora sexual; sólo las estrellas pueden escapar a esta desvalorización. Aunque el modelo puede concernir directamente a un reducido número de individuos, aparentemente tiene importancia en las representaciones sociales y puede entrar en combinación con orientaciones más clásicas.

En segundo lugar, el *modelo de deseo individual*, se caracteriza por el surgimiento regular del deseo, acompañado de la conquista del objeto deseado, siendo esta uno de las condiciones del mantenimiento de la identidad íntima del sujeto. Un trabajo de reafirmación periódica y de restauración de sí mismo se efectúa en y por el cuerpo, a partir de la manifestación periódica del deseo. El deseo tiene sobre todo una significación para el individuo deseante, lo mismo si se focaliza sobre una persona precisa o que comporte el deseo de ser deseado por él o ella. Pero ni la representación tradicional del deseo como *eros*, en la cual el sujeto aspira a la posesión del objeto deseado, ni la formulación moderna freudiana que liga la constitución del deseo a la búsqueda de la experiencia de satisfacción, traducen plenamente la importancia "ontológica" del deseo sexual para el individuo. Es el retorno regular del deseo, es decir la activación periódica de la disposición a desear y ser deseado, que confirma al individuo en su continuidad. En esta lógica, placer y satisfacción no son sino efectos derivados y no el centro de la acción. La conquista es generalmente parte de esta construcción "individualista", en la medida en que ella refuerza la materialización del deseo, así como una confirmación por el deseo de un(a) otro, y sus beneficios eventuales, es decir, la posesión física del objeto deseado o el establecimiento de una relación durable, son aún más secundarias en esta visión de la sexualidad. Según Bozon, en la época contemporánea, el modelo de una sexualidad fundada sobre el deseo individual avanza crecientemente entre las parejas heterosexuales. El desarrollo de una sexualidad de individuos, se inscribe en un movimiento secular de emergencia de una sociedad de individuos (Elias, 1991), siendo un fenómeno históricamente reciente.

En tercer lugar, Bozon plantea la existencia de un modelo de la *sexualidad conyugal*, donde la actividad sexual no es percibida como revelante en la elección, de las preferencias o de las orientaciones personales, y el intercambio sexual está al servicio de una construcción conyugal o sentimental que la engloba y la contiene. Por ello, incluso, respecto de la pareja casada se instaura el derecho mutuo de cada miembro al cuerpo del otro, que concierne tanto a las mujeres como a los hombres, a la que le han denominado «deber conyugal.» Según Bozon, en la época contemporánea, el modelo de construcción conyugal de la sexualidad persiste, mas no está más adosado a la institución matrimonial. Una de las consecuencias de la difusión del ideal del

matrimonio por amor, y luego de la pareja por amor, es que la relación de dependencia que liga tradicionalmente la sexualidad al matrimonio se ha vuelto completamente inversa. El intercambio sexual, se apoya sobre el lazo amoroso, deviniendo en un motor interno de la conyugalidad moderna (Bozon, 1991b; Bozon, 1998). La sexualidad es así a la vez el producto y el alimento de la relación. En la variante contemporánea del modelo de la sexualidad conyugal, la exigencia de fidelidad continúa presente, pero no tiene más el carácter de un principio absoluto. No correspondiendo más a una censura social externa de los actos contrarios a las buenas costumbres, ella toma además lugar, en tanto esfuerzo consentido, en el contrato interno de las parejas, donde constituye uno de los artículos principales. En la época contemporánea, la referencia a la fidelidad conyugal codifica las relaciones extra-conyugales eventuales de los compañeros como peligrosos para la pareja, más que para el orden social como antaño.

5. Individualización y vínculos: las múltiples formas de relacionamiento.

Puede afirmarse que las relaciones de parejas se encuentran en un proceso de transformación en nuestra sociedad. Uno de sus elementos manifiestos es la existencia de una declinación del matrimonio. Ello no implica, no obstante, una declinación de la pareja. Un conjunto de procesos sociales y culturales han modificado la existencia, el valor y la forma de la pareja. De fondo, los cambios conyugales contemporáneos traducen el paso de una definición institucional del matrimonio a una definición interna y ampliamente subjetiva de la pareja.

Desde sus expresiones más manifiestas y apropiadas por los sentidos comunes hasta unas formas más emergentes aún, puede un observador ver en la actualidad la operación de unos modelos, clásicos y emergentes, estables y en transformación, de pareja en sus configuraciones de género diversas. Las formas, las trayectorias y los actores se encuentran en proceso de transformación.

Por ahora, puede sugerirse -aunque no disponemos de investigación que así lo consigne- que la presencia de un conjunto de elementos –unos más manifiestos y evidentes, otros más ocultos y emergentes- es indicativa de transformaciones profundas.⁴⁴ Así, la incipiente asincronía etaria en

⁴⁴ En la actualidad, en el país no se dispone de información proveniente de investigación de base estadística y de un sistema de registro estatal sobre los diversos modos de emparejamiento y tampoco de las trayectorias de relaciones de pareja. Del modo que en la actualidad se realiza el censo en el país, es posible sólo capturar la situación conyugal actual. No se registra la historia conyugal de los sujetos. Cuando los censos no consignan la separación de hecho, alguien con una relación de cohabitación ya terminada: ¿se declara soltero o separado?; cuando los sujetos están en su segundo (o más) matrimonio o unión, no se captura su condición previa de separados (Rodríguez, J. 2005). En sociedades como la chilena, en que el divorcio –propriadamente tal, es decir, con disolución de vínculo- no estuvo legalizado sino hasta fecha muy reciente, la declaración de cohabitación podría haber constituido una alternativa sustitutiva a un segundo matrimonio, es decir,

favor de las mujeres en la formación de parejas, las emergentes formas más plásticas que pueden asumir las uniones (*living apart together*, según la terminología inglesa, entre otras), el incipiente desarrollo de una cohabitación de nuevo cuño, el retraso de las uniones en los calendarios biográficos, el aumento del divorcio y la separación, la diversificación de formas de relacionamientos postmaritales por parte de las mujeres, las incipientes formas de cohabitación y homoparentalidad lésbica y homosexual, la flexibilización de las formas de relacionamientos juveniles, la creciente generación de relaciones en que los actores interactúan mediados por la tecnología de Internet, entre otras.

La noción de pareja se ha instalado y desplazado a la noción de matrimonio en los discursos sociales, -el matrimonio ha devenido un tipo particular de pareja: la pareja conyugal- la sustituye y la incluye. La noción misma de pareja parece estar en constante transformación. El matrimonio devino pareja⁴⁵, y ésta se expandió hasta comprender configuraciones menos institucionalizadas, hasta integrar modos de relacionamientos más des-subjetivados.

El proceso multiseccular de entrada del afecto en las relaciones conyugales y familiares hizo surgir el ideal y la práctica del matrimonio por amor⁴⁶ (de Singly, 1987), que se vuelven dominantes en el

constituirse en un tipo de relación para quienes no pueden formalizar sus uniones. Tampoco el censo dispone de información que permita distinguir una cohabitación postmarital de una que precede o que es alternativa al matrimonio. Por su parte, las distintas investigaciones nacionales que registran situación de pareja, las encuestas CASEN -realizadas desde 1986 por el Ministerio de Planificación, MIDEPLAN-, las diversas versiones de la Encuesta Nacionales de Juventud -realizadas desde 1994 por el Instituto Nacional de la Juventud-, el Estudio Nacional de Comportamiento Sexual (CONASIDA/ANRS), de 1998 -realizado por el Ministerio de Salud- tampoco indagan sobre las trayectorias de relaciones de parejas en la sociedad chilena.

⁴⁵ En la actualidad, el proceso conducente al establecimiento de relaciones de pareja se realiza en un contexto de transformación de la institución matrimonial. Por cierto, el matrimonio fue, tradicionalmente, un contrato que unía a dos familias y conducía a una forma de organización que aseguraba la procreación, la distribución y conservación del patrimonio; conllevaba exigencias en la esfera de la sexualidad, sin embargo, no suponía una unión emocional profunda entre los cónyuges. Aun cuando persiste el matrimonio como un lazo legal, su concepción en la actualidad remite cada vez más a la noción de pareja, en cuanto una unión emocional de sus integrantes.

⁴⁶ Por otro lado, y en una perspectiva que analiza el vínculo de la relación amorosa con la sexualidad, Octavio Paz (1993), propone una diferenciación entre la sexualidad, el amor y el erotismo. En cuanto a las relaciones intersubjetivas, la sexualidad sería el primer escalón del desarrollo de la especie y el amor el último. Aunque la frontera entre amor y erotismo a veces es sutil y se diluye, la diferenciación fundamental radicaría, sin embargo, en que en el primer caso, existe atracción hacia una persona única, mientras que en el segundo, no se da esta relación de exclusividad entre dos personas. Para Paz, la idea de amor, es relativamente reciente, la sitúa en el siglo XII, con el nacimiento del amor cortés en el sur de Francia. Este amor aunque existía en forma difusa como sentimiento, no es sino hasta la Edad Media que se constituye en modelo de relación⁴⁶.

siglo veinte (Aries, 1973; Luhmann, 1985; de Singly, 1987): el matrimonio por amor implica, de un lado, que el casamiento no depende ya de las negociaciones entre familias, sino de una elección personal de los cónyuges y, de otro, que la única razón de la elección es el sentimiento amoroso (Bozon, 1991a; Bozon, 1991b).

Más recientemente, en las últimas décadas, el ideal del *matrimonio por amor* se disuelve progresivamente en el de la *pareja por amor*. Para aproximarse a una re-conceptualización de la relación de pareja, Bozon usa la expresión "*pareja subjetiva contemporánea*," queriendo dar cuenta con este término de la transformación en la conyugalidad en las sociedades occidentales, indicando que el elemento constitutivo de la pareja habría pasado de una definición institucional del casamiento a una definición interna y ampliamente subjetiva de ella (Bozon, 2002, p. 47).

La *pareja contemporánea* se caracteriza tanto por la referencia al sentimiento amoroso, cuanto por la importancia creciente que asumen, por un lado, los dominios, autonomías relativas e intereses individuales de los sujetos en el contexto de las relaciones de pareja y, por otro, el papel de sexualidad en la constitución y mantención de las relaciones. Respecto de lo último, Michel Bozon (1991b; 1998) sostiene que se ha producido una inversión en la relación entre sexualidad e institución matrimonial: antes la última otorgaba el derecho a la actividad sexual; en la actualidad, la primera devino motor interno de la conyugalidad. La sexualidad, que antes fue uno de los atributos del papel social del individuo casado, se volvió una experiencia interpersonal indispensable en la existencia de la unión.

Respecto de este fenómeno señala el Informe de Desarrollo Humano del año 2002 que: "(En la sociedad chilena) la pareja se vuelve un fin en sí mismo y se desliga en su significación del matrimonio y de la procreación. Ello estimula relaciones más flexibles y más complejas, donde el conflicto y la negociación forman parte deseable de la vida en común. Allí la sexualidad se vuelve un aspecto central" (PNUD, 2002, p. 227) Las tendencias de cambio en la noción de pareja y la centralidad que adquiere la sexualidad al interior de ella dibujan un nuevo escenario marcado por la afirmación de la individualidad la que da origen a una nueva noción de pareja en que ella importa "como relación entre individuos y como espacio de potenciación del aprendizaje y del desarrollo personal". Así, la sexualidad es percibida "como una dinámica fundamental en las relaciones de pareja y también en la realización personal. Se constituye, así, en un campo con dinámicas y sentidos que cada persona debe moldear y poner al servicio de la expresión personal. Las personas observan en ello un cambio muy notorio respecto de la sexualidad de las generaciones anteriores, la que caracterizan como una práctica regulada por la sociedad y difícilmente moldeable por cada individuo" (PNUD, 2002, p. 225).

François de Singly (2000) vincula los procesos de transformación de las relaciones de pareja propone a fenómenos de individualización contemporáneos. En una sociedad caracterizada por una fuerte individualización de la vida privada, vivir juntos obliga a cada uno de sus habitantes a tener en cuenta a los otros, a la coexistencia. Los individuos “con” deben elaborar un espacio que inscribe su común pertenencia. Pero deben también respetarse mutuamente cuando en otro momento quieren definirse como individuos “solos”.

La devaluación del matrimonio como institución y de la cohabitación como forma de vida común descansa sobre crítica idéntica. Las dos –la institución y el espacio- son percibidos como un encierro de las parejas para el primero en los roles, en estatutos preestablecidos, para el segundo en una rutina. Lo que significa lo mismo desde el punto de vista de los efectos: a saber la imposibilidad de ser uno mismo y de constituir un equipo respetuoso de las identidades personales.

La separación y el divorcio se han configurado como medios a nuestra disposición para de las fases de vida en conjunto y de la vida solo, a la manera de un balance, para creer que uno es capaz de prescindir del otro, sin embargo la independencia al mismo tiempo que aporta encantamiento, trae consigo desencantamiento, es incontestable pero no suficiente, ella es “medio” y no un “fin” (de Singly, 2000).

Más recientemente, se configuran unos modos de relaciones que buscan articular al mismo tiempo -y no sucesivamente- momentos de soledad y momentos de comunidad, una vida que autoriza a estar juntos permitiéndose al mismo tiempo a estar solo si lo desea. Por ensayo y error, se trata de llevar una doble vida: no en el sentido de dos vidas conyugales, sino en el sentido de una vida conyugal asociada a una vida personal (de Singly, 2000).

Por otra parte, puede sugerirse el surgimiento de nuevas formas “líquidas” (Bauman, 2003) y “plásticas” (Giddens, 1995) de relacionamientos que se adaptan a los nuevos escenarios de la modernidad. El desarrollo de prácticas de intercambio sexual a la cual se denominó en inglés con la palabra *swinging* y a sus adeptos *swingers*, connotando la acción de oscilar, fluctuar o cambiar, aludiendo el hecho mismo del intercambio de parejas sexuales, constituye un caso extremo de variabilidad de la noción de pareja desarrollando pautas de intercambio sexual que amplían el repertorio de relacionamientos más allá de la noción de pareja estable, ampliando la experiencia de la sexualidad a una sexualidad que se vive simultáneamente en pareja, en red o grupo y en forma

individual.⁴⁷ Daniel Welzer-Lang (2001) ha sostenido que el intercambio de parejas pone radicalmente en cuestión las relaciones de género clásicas, marcadas por la dominación masculina y abre a la posibilidad de una sexualidad abierta y explícitamente no exclusiva en el contexto de una forma de relación de conyugalidad estabilizada. Sin embargo, su desarrollo no implica necesariamente ruptura de relaciones de dominación.

De otro modo, en la perspectiva anterior, la consolidación de las nuevas tecnologías de la comunicación contribuye a generar una diversificación de las formas de experimentar los vínculos sociales en el sexo y el cuerpo, la intimidad y las relaciones. Es relativamente reciente en su forma societal⁴⁸ y es básicamente una tecnología⁴⁹; no obstante, la Internet ha transformado las comunicaciones, las interacciones y la organización social.⁵⁰ Por cierto, las nuevas tecnologías de la comunicación conectan con la noción de sexualidad plástica, en cuanto conexión particular entre cuerpo, sexo y placeres, con diversidad con orientaciones a redes, con búsqueda de parejas, recursos para la reflexividad. Genera la emergencia de nuevas prácticas y forma de experimenta el vínculo social en la sexualidad. A través de Internet se resignifica el sentido y la experiencia de la relación con el otro en la sexualidad. Puede decirse de Internet y el sexo que existe como espacio de juego, exploración y aislamiento de la realidad (en el sentido de experimentar lo que no se puede en la vida cotidiana) y como un espacio de reflexión sobre los mismos temas que causan una preocupación y una problemática en la realidad. Ofrece condiciones para una mayor tematización de la sexualidad, instalar conversaciones sobre aspectos que en otros espacios, públicos y privados, no resultan factibles; buscar ayuda profesional, desarrollar procesos de gran autonomización en la búsqueda de información; conformar comunidades de autoayuda, etc. (Sharf, 1997). Ya sea a través de *chats* y otros medios interactivos de conexión con otros a través de

⁴⁷ Respecto de estos grupos se plantean a los menos cuatro tipos de relacionamiento distintos (Barrel, 1975): a) intercambio de pareja simple entre cuatro personas, heterosexuales, quienes simplemente compartían su pareja por un período determinado, respetando la privacidad; b) *swinging* abierto, de cuatro personas que mantenían relaciones sexuales en el mismo ámbito físico, independiente o en combinaciones eróticas, que dependían de la imaginación, que no incluía relaciones homosexuales masculinas, pero sí femeninas; c) triángulos, por lo general formados por un hombre y dos mujeres y, en menor proporción de una mujer, con dos hombres; y d) uniones abiertas orgiásticas de sexo grupal heterosexual y homosexual.

⁴⁸ En su forma societal, internet es un fenómeno de los 90. Tal como se conoce en la actualidad, se constituye en 1994, a partir de la existencia de un browser, world wide web. Más básicamente, surge a fines de los 60.

⁴⁹ Se trata de una red de redes de ordenadores capaces de comunicarse entre ellos.

⁵⁰ El Censo del 2002 consultó sobre el acceso de los hogares a las nuevas tecnologías, es así como hoy 20,5 % de los hogares chilenos cuenta con computador, 23,9% dispone de televisión por cable o satelital, 10,2% posee conexión a Internet y 51.5 % tiene teléfono de red fija y 51.0 % tiene teléfono móvil.

Internet se resignifica el sentido y la experiencia de la relación con el otro.⁵¹ Por un lado, como plantea Plant (1996) el "sexo virtual" adopta las formas y características de un vínculo despersonalizado centrado en el sí mismo: "Sexo libre de contacto, sin secreciones, en una zona de total autonomía, un ambiente libre de los efectos secundarios y de las complicaciones de las cópulas reales; enfermedades transmitidas, concepciones y abortos, y la triste obligación de las necesidades emocionales. Un circuito cerrado, sellado del exterior, un espacio virtual para acceder a voluntad" (Plant, 1996, p. 460). Por otro lado, Internet puede por otro lado constituirse en un "laboratorio" de la sexualidad en donde se interpretan, crean, recrean, construyen y deconstruyen identidades, fantasías, etc. Por cierto, Bruckman (1996) sostiene: "El intercambio de sexos es un ejemplo extremo de algo fundamental: la red está en el proceso de cambiar, no solamente la manera en la que trabajamos, sino la forma en la que pensamos sobre nosotros mismos, y finalmente, quienes somos." (op cit. 446). En el uso de chats, la presencia física del otro en el vínculo de pareja virtual no parece relevante invirtiéndose la tendencia cotidiana a establecer nuevas relaciones a partir de la aproximación física. No obstante, aunque el referente físico está ausente, se tiene un "cuerpo virtual", una parte de esa construcción social compartida que, en estricto sentido es un ser compuesto de un componente humano y uno mecánico. Stone (1992) señala que los participantes construyen sus cuerpos en línea describiéndolos, ya sea espontáneamente o como respuesta a preguntas, y articulan sus discursos alrededor de esta asunción siendo entonces un proceso de construcción-de/construcción.

6. La transformación normativa en la sexualidad.

En las secciones precedentes se han analizado las observaciones y reflexiones teóricas y metodológicas que permiten dar cuenta de los efectos de los procesos de individualización sobre la sexualidad. Entre estos también se encuentra la transformación en los sistemas normativos asociados al ejercicio de la sexualidad: al mismo tiempo que se modifican las normas, se modifica también el sistema institucional que soporta dichas normas. ¿Desaparición, sustitución, proliferación en torno a la norma? Puede sugerirse que las normas en materia de sexualidad, más que a desaparecer, tienden a proliferar. En otras palabras, el sistema institucional y normativo de la sexualidad se ha diversificado y se ha vuelto heterogéneo y en muchos sentidos contradictorio. A

⁵¹ Los sistemas de CMC en un principio era únicamente textual, es decir, las posibilidades de erotización eran únicamente las que pudieran desarrollarse con palabras. Con la llegada de programas más avanzados como el ICQ o los "messengers" de Hotmail o *Yahoo* se tiende a tener más elementos audiovisuales, en donde la videoconferencia es el punto máximo de desarrollo hasta el momento. Aunque se tiene la posibilidad de mostrarse físicamente (fotografías o videos), las personas siguen utilizando recursos para recrear o construir una identidad ficticia (de artistas, caricaturas, fotos retocadas digitalmente etc.) siendo el grueso de la interacción textual.

este respecto, Bozon (2002) sugiere que más que de una emancipación, una liberación o una eliminación de las normas sociales, podría hablarse en este ámbito de un proceso de individualización como interiorización, un desplazamiento y una profundización de las exigencias y de los controles sociales, y propone una comprensión de la transformación de los últimos decenios como el paso de una sexualidad construida por controles y disciplinas externas a los individuos a una sexualidad organizada por disciplinas internas.

El sujeto aparece crecientemente llamado –y presionado- a hacer sentido del sistema normativo y a orientarse reflexivamente, es decir, a configurar su propio sistema de orientaciones normativas. En este sentido, la autonomización y la individualización sexual se traducen también en autonomización e individualización normativa. Sin embargo, la noción misma de norma expresa un fenómeno propiamente social; la norma opera como normalización de los comportamientos individuales. En este ámbito, la autonomización e individualización sexual conlleva también una transformación en los modos de operar de la normatividad: su carácter indicativo opera como apertura de nuevas posibilidades de significar y vivir la experiencia de la sexualidad, asegurando las condiciones mínimas en que tales posibilidades son integrables al conjunto social (por ejemplo, la norma de la protección o la norma que delimita la violencia).

En tal sentido, en la base de las orientaciones normativas y de los comportamientos de los sujetos se ubica, crecientemente, una exigencia de reflexividad: el sujeto tiene que hacer sentido de la multiplicidad de normas y orientarse en ellas. Sin embargo, se trata propiamente de una reflexividad social, en que la propia subjetividad se reconoce a sí misma en el encuentro con otras subjetividades.

Ello supone hacerse cargo de las decisiones y de sus consecuencias. A este respecto, Adela Cortina (2000) destaca el rol insustituible de las personas en la construcción del mundo moral, dado que son éstas las que formulan juicios morales, los aprueban y los transmiten. En su expresión, la construcción de la moral es responsabilidad de 'los ciudadanos de a pie'. A partir de la noción de un sujeto autónomo, que vive en un mundo subjetivo al cual tiene un acceso privilegiado y un mundo social al que pertenece, esta autora sugiere una ética de mínimos y una ética de máximos, es decir, una distinción entre aquellos mínimos normativos universalizables, que son posibles por la dimensión autónoma del sujeto, y los máximos normativos, que se refieren a los proyectos biográficos de autorrealización. En esta perspectiva, la autonomía en el ser humano se presenta como la capacidad moral para la resolución o la actuación ante un hecho concreto; su dimensión universalizadora se refiere a la voluntad de dejarse orientar por lo que todos los seres humanos podrían querer y que se les podría hacer exigible. Ello permitiría fundamentar

racionalmente una ética de mínimos universalmente exigibles. La ética de máximos, a su vez, está definida por el deseo o el propósito de llevar a cabo la autorrealización personal o individual.

Por ello, la construcción ética se presenta como una actividad comunicativa entre sujetos, que se ajusta a reglas y procedimientos que requieren aceptar una relación entre interlocutores que es simultáneamente hermenéutica y ética, es decir, es entendimiento entre hablantes y es construcción de marcos comunes de acuerdo sobre la relación.

En este universo, los individuos están crecientemente obligados a establecer ellos mismos -a pesar de la referencia pertinente- la coherencia de sus experiencias íntimas; no obstante, continúan siendo sometidos a juicios sociales estrictos, diferentes según la edad y según el hecho de ser hombres o mujeres. Por ello, resulta cada vez menos posible representarse la socialización de la sexualidad como la imposición unilateral de un conjunto de normas y de valores sociales dominantes. Algunos autores señalan que ya no es más posible, si alguna vez fue el caso, representarse nuestra sociedad como una forma hegemónica en donde todo lo que se aparte del centro sería desviación. Hoy día, de más en más, es necesario reconocer que la sexualidad es tanto el efecto de la elaboración y de la invención de los actores como la resultante de regulaciones macro sociales. (Weeks y Holland, 1996, p.6).

No obstante, al mismo tiempo que se afirma la individualización y la autonomía normativa de los sujetos, se afirma también la operación de grupos o colectivos minoritarios con capacidad para normar los comportamientos sexuales de sus miembros y con capacidad de acción colectiva para influir sobre el orden normativo mayoritario. Aparentemente ello implica una reducción drástica de la individualización y autonomía de los sujetos; no obstante, también puede ser observado como parte de un proceso de construcción de identidad de individuos.

Las comunidades o colectivos sociales suelen presentar una marcada capacidad para modelar las opiniones y los comportamientos de sus miembros, a la vez que para influir sobre las opiniones y los comportamientos del conjunto social. Respecto de la capacidad normativa de los colectivos sociales, Parker (1996, p. 20) señala que "... las diferentes comunidades estructuran, de forma muy específica, las posibilidades de interacciones sexuales entre los individuos, definiendo el rango de prácticas y de parejas sexuales posibles. Con quien uno puede tener sexo, de qué modo, bajo cuales circunstancias y con qué consecuencias, no es simplemente fortuito. Tales posibilidades son impuestas por la cultura sexual de una comunidad específica". En este sentido, las comunidades o colectivos sociales constituyen un lugar de socialización de los individuos, en que se construyen identidades y se modelan los comportamientos sexuales. No obstante, pueden

constituir también una fuente de influencia dirigida a transformar las normas sexuales del conjunto de la sociedad; su propio desarrollo opera como una ampliación de las posibilidades normativas en el ámbito de la sexualidad. Ello les aproxima a la noción de minoría o grupo minoritario.

Por su parte, Serge Moscovici (1981) distingue entre grupos anómicos y grupos nómicos, de acuerdo a si operan con códigos compartidos, normas reconocidas, respuestas predominantes o consensos explícitos. En el primer caso, los individuos o los grupos se definen en relación a las normas sociales mayoritarias, las cuales rechazan sin desarrollar las suyas propias; en el segundo caso, por el contrario, los individuos y los grupos adoptan sus posiciones por oposición al sistema social del que son parte, creando sus propias normas. Este autor sugiere que las minorías nómicas son susceptibles de influir sobre las mayorías anómicas; la condición para tal influencia es la consistencia de los comportamientos dentro del grupo minoritario.

A su vez, la consistencia radica en la capacidad de los individuos o del grupo para mantener una conducta distintiva en las más diversas circunstancias y en su capacidad para traducir los discursos en acciones. Este tipo de consistencia es interpretado por la mayoría como un signo de convicción, como afirmación de la voluntad de adherir firmemente a un punto de vista y como la expresión de un compromiso a una opción coherente e inflexible.

No obstante, esta demanda de consistencia se traduce también en una fuerte exigencia normativa al interior del grupo minoritario; la consistencia se hace manifiesta a través del comportamiento de sus miembros y cualquiera desviación en dichos comportamientos compromete la capacidad de influencia de la totalidad del grupo o de la minoría social. En muchos sentidos, los comportamientos individuales operan como testimonios de la adhesión de los miembros a la causa del grupo minoritario y, por ello, sujetos a intensa modelación colectiva.

En este sentido, los procesos de individualización y autonomización de los sujetos se articulan en forma compleja con las situaciones de pertenencia e identificación con colectivos o grupos minoritarios. Al mismo tiempo que el grupo minoritario opera sobre la divergencia de la norma mayoritaria, demanda la no divergencia de los individuos respecto de la norma grupal, so pena de exclusión. A su vez, esta tensión abre la posibilidad del surgimiento de nuevos grupos minoritarios, surgidos como diferenciación del grupo original. De este modo, la individualización y autonomización de los sujetos se traduce como diferenciación de grupos, cada uno de los cuales establecen sus propios códigos y normas sexuales.

PARTE 2

CAPITULO III

EVOLUCION DE LOS PROCESOS DE ENTRADA EN LA SEXUALIDAD ACTIVA

1. Introducción.

Las mujeres y hombres nacidos en las décadas recientes en la sociedad chilena tienen unos calendarios de entrada en la sexualidad activa más próximos entre sí que las mujeres y hombres nacidos en las primeras décadas del siglo XX.

El calendario de iniciación sexual se ha constituido en un indicador de transformaciones culturales y sociales en las sociedades occidentales contemporáneas. Puede observarse desde tres perspectivas complementarias, a saber, como un indicador de la forma en que se organizan las relaciones de género en el ámbito de la sexualidad, como una configuración específica de la estructuración social de las edades, y como expresión de procesos de autonomización de los sujetos en las sociedades contemporáneas.

Una particular transformación en los calendarios de entrada en la sexualidad activa ha sido interpretada como expresión de modificaciones en las relaciones entre los sexos,⁵² y generadora de condiciones para una sexualidad propiamente juvenil. Sucintamente, ello puede ser expresado como una reducción de la edad femenina de iniciación sexual conectada a una sincronización de los calendarios de hombres y mujeres, del mismo modo que la instalación de una separación entre las edades de entrada en la sexualidad activa y de iniciación de relaciones conyugales.⁵³ Un desplazamiento hacia edades menores permitiría la construcción de un periodo de sexualidad

⁵² La iniciación sexual puede ser observada como un indicador de la forma en que se organizan las relaciones de género en un contexto particular, el de la entrada en las relaciones sexuales y de pareja. Más ampliamente puede ser concebida como un momento –decisivo, en opinión de Bozon (2003)- en la construcción y en la interiorización de las relaciones entre los sexos. Complementariamente, afirma Ana Amuchástegui: *“La iniciación sexual ha sido una de las prácticas cruciales y significativas en el proceso de convertirse en adulto en diversas sociedades y culturas. La primera relación sexual puede ser una de las experiencias más importantes que intervienen en la constitución de sujetos de sexualidad y, por tanto, en sus futuras prácticas sexuales.”* (1996, p. 1)

⁵³ Ello se expresa en una disminución de las edades de la primera relación sexual por parte de las mujeres, tradicionalmente elevadas, y una menor reducción o estabilización de las edades por parte de los hombres, con frecuencia bajas, en un contexto de elevación de las edades de las relaciones conyugales, a través de descensos de la nupcialidad.

juvenil a distancia -para hombres y mujeres- de la conyugalidad y, por ello, cuando ocurre preferentemente en dicho contexto, de la reproducción biológica.

La disociación de la sexualidad inicial y de la conyugalidad puede ser analizada como un elemento de recomposición de las relaciones intergeneracionales que inaugura una fase más autónoma de juventud: el período de sexualidad juvenil integra lo aprendido de autonomía en relación a la generación adulta, siendo un momento de individualización de las trayectorias biográficas. Se inauguran así condiciones para una sexualidad más propiamente de individuos -en el sentido que las relaciones sexuales no están ya subordinadas a la existencia previa de pareja ni del matrimonio (Bozon, 1991b, 1998).

En América Latina la socialización sexual de las generaciones jóvenes se orientó tradicionalmente a que los hombres confirmaran sexualmente su identidad masculina e, inversamente, a que las mujeres retardaran la entrada en la sexualidad hasta el matrimonio. De manera diferente, en África la socialización sexual se orientó tradicionalmente a que las mujeres se casaran y estuviesen en situación de procrear lo más pronto posible después de la pubertad, de modo que no existió una prescripción social intensa para que los hombres jóvenes fueran sexualmente precoces; por ello, en general, la edad de iniciación ha sido mayor en los hombres que en las mujeres. En este contexto, las transformaciones en la sexualidad operan en sentido inverso a América Latina (Bozon y Hertrich, 2002).

En la investigación social en el campo de la sexualidad desarrollada en Europa, las transformaciones en el ámbito de la sexualidad han sido conceptualizadas como modernización de las costumbres, cuyo eje ha sido la construcción de equidad entre los sexos. En relación al proceso de entrada en la sexualidad activa, han sido relevadas cuestiones tales como la proximidad de los calendarios de iniciación sexual, la reducción de las diferencias etarias entre los actores de los procesos de iniciación, la anticipación y planeación de la iniciación sexual en relación al plano de las conversaciones íntimas y del uso de tecnología preventiva.

La investigación europea distingue la existencia de dos patrones distintos, según las sincronías o asincronías, convergencias y divergencias entre los sexos en el curso de las distintas generaciones en las sociedades. Bajos, Guillaume y Kontula (2003) formulan un primer patrón denominado *doble estándar*, caracterizado por una fuerte dicotomía en las edades de la primera relación sexual entre hombres y mujeres, que se reduce, mas no desaparece en las generaciones jóvenes, presente en países del sur de Europa. Formulan también el patrón denominado *igualitarismo*, por oposición al primero, caracterizado por un gran sincronismo en las edades de iniciación sexual entre los sexos,

con diferencias moderadas en las generaciones antiguas y con similitudes, e incluso, descensos hasta edades aún más tempranas entre las mujeres, más presente en países del norte de Europa.

Puede sugerirse que en América Latina, por su parte, los procesos de transformación en la entrada en la sexualidad activa han tenido como característica fundamental la ruptura de la prohibición que pesaba sobre las mujeres en orden a no tener sexo que anteceda al matrimonio, y se ha enunciado en un primer periodo, como liberación de las mujeres, más recientemente, como equidad entre los sexos. La entrada en la sexualidad activa ha sido observada fundamentalmente en su separación del matrimonio y en la mutación de las edades por parte de las mujeres. Otras sincronizaciones han sido menos atendidas –entre éstas, la diferencia de edades entre las mujeres y sus primeras parejas. Otras vinculaciones han sido también menos atendidas –por ejemplo, su asociación con el establecimiento de uniones de hecho y con su proximidad y distancia respecto de la maternidad.

La sociedad chilena ha producido modificaciones en los procesos de entrada en la sexualidad activa, Presenta, no obstante, continuidades respecto de modos más antiguos. ¿Qué transformaciones se han producido en los procesos de entrada a la sexualidad activa en el curso de las décadas pasadas en la sociedad chilena?, ¿qué continuidades y discontinuidades presentan?, ¿qué momentos pueden ser caracterizados como cambios propiamente generacionales?, ¿cuál es la dialéctica entre procesos de iniciación sexual y las relaciones de género? y ¿en qué aspecto constituyen autonomizaciones de los sujetos? Aquí se describe la evolución de los calendarios y condiciones de entrada en la sexualidad activa -más precisamente, de las edades de la primera relación sexual- en el curso de las generaciones nacidas en los últimos 75 años en la sociedad chilena.

Nuestro análisis utiliza los datos emanados de las bases de datos de la **Encuesta Nacional de Comportamiento Sexual** (CONASIDA/ANRS, 1998) y la **Encuesta de Trayectorias Sexuales Juveniles en la Sociedad Chilena** (UDECHILE/CONASIDA, 2005).⁵⁴

⁵⁴ La Encuesta CONASIDA/ANRS provee información de la población chilena desde 18 a 69 años de edad en el tiempo de su aplicación y la hemos organizado en cohortes por año de nacimiento, desde 1929 a 1980, de forma general por quinquenios situados en los diversos decenios del siglo. Por su parte, la Encuesta UDECHILE/CONASIDA proporciona información de la población chilena entre 15 y 24 años de edad en el tiempo de su aplicación y la hemos organizado en dos grupos de edades en nuestro análisis: el primero, integrado por los sujetos entre 18 y 24 años, que sirve al análisis comparativo con un grupo equivalente de la Encuesta CONASIDA/ANRS para estudiar evoluciones en el tiempo de las edades de entrada en la sexualidad activa; el segundo grupo con edades entre 15 y 24 años que permite analizar –dada la información contenida por el instrumento aplicado- la diversificación de las trayectorias sexuales.

2. Entrada en la sexualidad activa de generaciones nacidas desde 1929 a 1980.

2.1. Las edades de la entrada en la sexualidad activa.

2.1.1. Convergencias de género en la evolución de los calendarios de entrada en la sexualidad activa.

El análisis de la Encuesta CONASIDA/ANRS muestra la existencia de un descenso de las edades de entrada en la sexualidad activa de las generaciones⁵⁵ de mujeres, del mismo modo que muestra una oscilación entre los hombres nacidos durante el siglo XX en la sociedad chilena (más precisamente, desde 1929).

Como puede observarse en la Tabla 1, la evolución de las edades de entrada en la sexualidad activa ha tenido un curso discontinuo durante el siglo XX en las generaciones de mujeres, aquí analizadas (nacidas desde 1929 a 1980).⁵⁶ En un nivel descriptivo puede distinguirse una evolución en tres periodos según las edades de la primera relación sexual, que se corresponden a generaciones distintas de mujeres. Así, observamos la existencia de una generación más antigua que inició su vida sexual por sobre los 20 años de edad, luego, una generación intermedia, que la inició en torno a los 19 años, y una generación joven, que la inició en torno a los 18 años. El descenso más significativo se produjo entre las mujeres nacidas en la primera parte de la década de 1950 y que hicieron su entrada en la sexualidad activa en los últimos años de la década de 1960 y comienzos de la de 1970. En la década de 1970 y parte importante de 1980, la edad de iniciación de las mujeres osciló en torno a los 19 años, para descender en la década de 1990 a los 18 años.

Por su parte, como puede observarse también en la Tabla 1, la evolución de las edades de entrada en la sexualidad activa ha tenido un curso discontinuo y fluctuante durante el siglo XX en las generaciones de hombres aquí analizadas (nacidas desde 1929 a 1980). En un nivel descriptivo puede distinguirse una evolución en dos periodos según las edades de la primera relación sexual. El primero, fluctuante, sin tendencia a la elevación ni al descenso de las edades de entrada en la sexualidad activa. Por cierto, las cohortes de hombres nacidos entre 1929 y 1959 presentan

⁵⁵ Usamos propiamente cohortes de edades a los cuales imputamos un carácter generacional.

⁵⁶ Las cohortes de mujeres nacidas entre 1929 y 1949 presentan edades medianas de iniciación sexual en torno a los 20 años. En las dos décadas siguientes baja aproximadamente un año, situándose en torno a los 19 años. Desde 1970 en adelante baja aproximadamente un año más. Las generaciones nacidas desde 1970 y hasta 1980, presentan medianas en torno a los 18.8 años.

edades medianas de iniciación que fluctúan en torno a los 16.5 y los 17.7 años. El segundo, más tentativamente lo formularemos, junto con una estabilización, sugiere la presencia de una muy leve tendencia al alza de las edades medianas de iniciación en las últimas décadas. Así, en la cohorte de hombres nacidos entre 1960 y 1964 la edad mediana es de 17 años. En los años siguientes se observa una leve elevación (17.3 años en la cohorte 1965-1970, 17.5 años en la cohorte 1970-1974 y 17.2 años en la cohorte 1975-1980).

TABLA 1

EDAD DE LA PRIMERA RELACIÓN SEXUAL SEGUN SEXO Y AÑOS DE NACIMIENTO (MEDIANA Y RANGO INTERCUARTIL DE EDADES EN AÑOS)*				
Cohortes	MUJER		HOMBRE	
	Mediana de Edad de iniciación (Años)	Rango Intercuartil	Mediana de edad de iniciación (Años)	Rango Intercuartil
1929 - 1934	20,3	9	17,6	4
1935 - 1939	20,3	10	16,5	4
1940 - 1944	21,0	8	17,7	5
1945 - 1949	20,3	8	16,8	4
1950 - 1954	19,3	6	17,1	4
1955 - 1959	19,8	5	16,6	3
1960 - 1964	19,3	6	17,0	4
1965 - 1969	20,2	6	17,3	4
1970 - 1974	18,8	5	17,5	4

Se excluye la cohorte 1975-1980 por imposibilidad de obtención del Cuartil 3, debido a que corresponde a personas no iniciadas sexualmente.

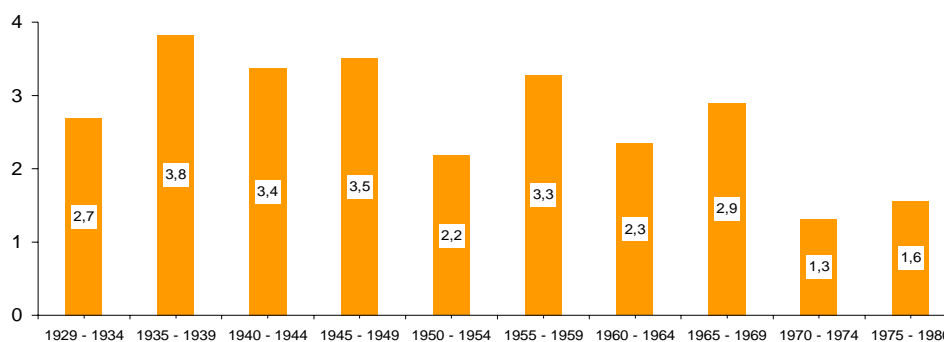
Si la edad de entrada de las mujeres ha cambiado más sustantivamente en la sociedad chilena, existe, entonces, una mayor discontinuidad en la experiencia sexual femenina entre las distintas generaciones. Ciertamente, la evolución de la distribución de las edades de la primera relación sexual expresa la amplitud de dicha evolución. Entre las abuelas y sus nietas nacidas en el siglo XX en la sociedad chilena, la experiencia de la entrada en la sexualidad activa está organizada, entre otros elementos, por una diferencia en las edades.

Por otra parte, como puede observarse en el Gráfico 1, en un sentido complementario, lo anterior conlleva una reducción de las diferencias en las edades respecto de los hombres. En las generaciones nacidas antes de 1960 más de tres años separan a hombres y mujeres en su primera relación sexual. Esa diferencia expresa la existencia de un modelo social dicotómico relativo a la entrada en la sexualidad activa de hombres y mujeres en la sociedad chilena en la época. A partir de 1960, la distancia tiende a la reducción, aunque con fluctuaciones para situarse en los 2.6 años.

En la década de 1970 se reduce la distancia en más de 1 año, llegando a 1.4 años de diferencia en favor de los hombres.

GRAFICO 1

DIFERENCIA ENTRE MEDIANAS DE EDAD DE PRIMERA RELACION SEXUAL DE HOMBRES Y MUJERES, SEGUN COHORTES POR AÑO DE NACIMIENTO



Asistimos a una reducción de la brecha entre los sexos en las generaciones más jóvenes. La evolución de las edades de entrada en la sexualidad activa conlleva –o es expresiva de– una reducción de la asimetría entre los géneros que caracterizó a las generaciones más antiguas. Ello produce el efecto de una *sincronización en los calendarios de entrada a la sexualidad activa* de hombres y mujeres en las nuevas generaciones (Lagrange et L’homond, 1997). Por cierto, esta sincronización temporal de las primeras experiencias de la sexualidad sustituye a la relativa dispersión de los comportamientos de antes, e indica la existencia –como se verá más adelante– de nuevos procesos de construcción social de la entrada a la sexualidad activa.

2.1.2. De la dispersión a una creciente concentración en la distribución de edades de iniciación sexual.

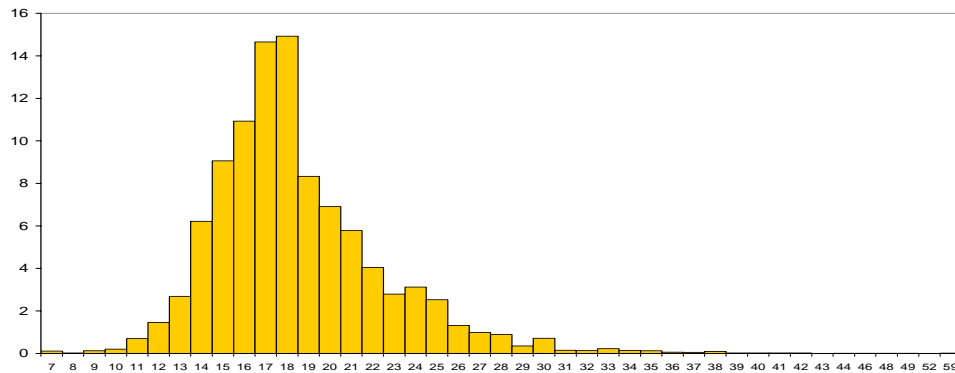
El Gráfico 2 muestra que el 93,6% de los entrevistados entre 18 y 69 años de edad declara haber tenido relaciones sexuales alguna vez, y la edad mediana de la primera relación sexual se concentra principalmente en el tramo 14–24 años (90% de los iniciados).

TABLA 2

DISTRIBUCION EDAD MEDIANA DE INICIACION SEXUAL					
Percentiles	10	25	50	75	90
Años	14	16	18	20	24

GRAFICO 2

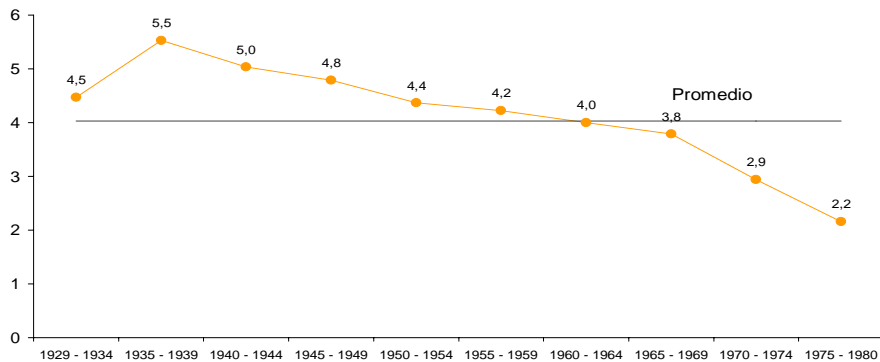
DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE EDAD DE INICIACION SEXUAL CONASIDA/ARNRS



Ello constituye, no obstante, un fenómeno en transformación. Las generaciones más jóvenes, particularmente las nacidas en la década de 1970 en adelante, experimentan una concentración de la iniciación sexual en torno a ciertas edades.

GRAFICO 3

DISPERSION DE LA EDAD DE INICIACION SEXUAL SEGÚN COHORTES GENERACIONALES

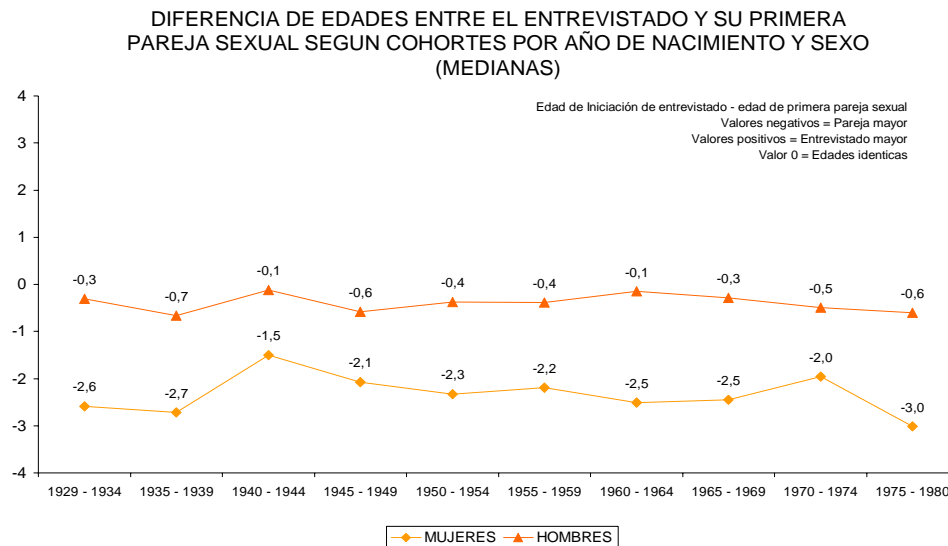


Más adelante, en este capítulo, analizamos la distribución de las edades de iniciación sexual de una cohorte correspondiente a la generación más joven de la Encuesta CONASIDA/ANRS, la de 18-24 años, en dos encuestas aquí analizadas, en dos periodos (1998 y 2005) para observar las tendencias en la distribución, bajo la hipótesis de la concentración creciente del proceso de iniciación sexual en ciertas edades.

2.1.3. Persistencia de divergencias en las edades de los actores –hombres y mujeres- en el proceso de iniciación sexual en las generaciones.

Las convergencias y divergencias entre las edades de los actores implicados en la iniciación sexual constituyen un indicador de las transformaciones en los procesos de entrada en la sexualidad, en el sentido que una mayor similitud en las edades de los actores expresaría una mutación desde un modelo jerarquizado –denominado *dobles estándares* en las clasificaciones usadas para las sociedades europeas- a un modelo igualitarista en las nuevas generaciones. Puede suponerse que una reducción de las brechas etarias que desfasan a mujeres y hombres implica una orientación a la simetría en el contexto de los procesos de entrada en la sexualidad activa. Más globalmente, la estructuración de las relaciones de parejas en la sociedad chilena se caracteriza por una diferencia etaria en favor del hombre. Dicho desfase comienza tempranamente en los procesos de elección de parejas sexuales y afectivas (Véase Gráfico 4). Las mujeres de todas las generaciones estudiadas reclutan a sus primeras parejas sexuales entre hombres 2.4 años mayores que ellas, mientras los hombres inician su actividad sexual con mujeres muy poco mayores que ellos (0.4 años mayores).

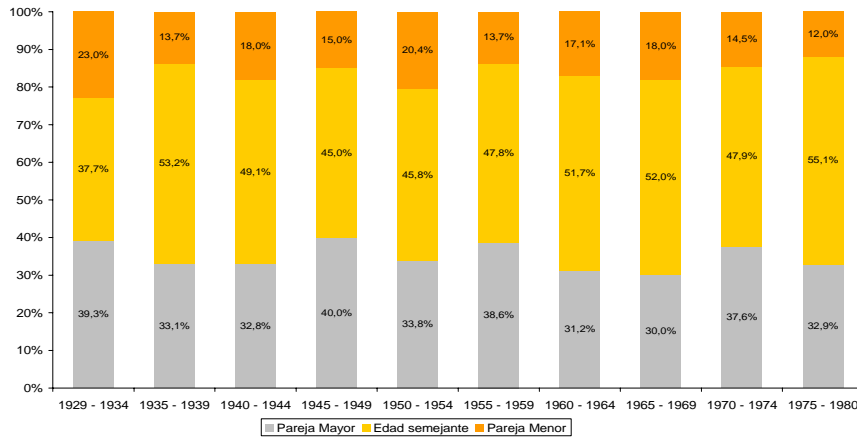
GRAFICO 4



Distinguimos tres relaciones entre las edades de los sujetos y su pareja: pareja mayor –dos o más años mayor-, igual edad –pareja desde un año mayor hasta un año menor, y pareja menor –dos o más años menor (Véase gráficos 5 y 6). Los hombres y mujeres difieren muy significativamente en esta materia. Las generaciones más antiguas de hombres declaran haberse iniciado con sujetos de edades muy similares, y podría sugerirse un leve descenso de la iniciación con mujeres menores en las generaciones más jóvenes, en el contexto de iniciación en relaciones de pareja.

GRAFICO 5

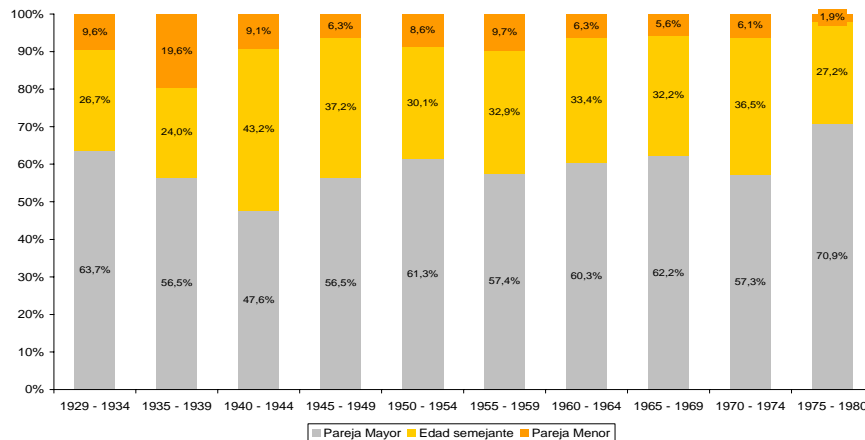
SIMILITUDES Y DIFERENCIAS EN EDADES DE HOMBRES Y PRIMERA PAREJA SEXUAL SEGÚN GENERACIONES



Las mujeres mantienen de forma relativamente estable a través de las diversas generaciones la diferencia de edades en favor del hombre. Aunque hay oscilaciones en las diversas generaciones en relación a la igualdad de edades, no se observa tendencia alguna al ascenso.

GRAFICO 6

SIMILITUDES Y DIFERENCIAS EN EDADES DE MUJERES Y PRIMERA PAREJA SEXUAL SEGÚN GENERACIONES

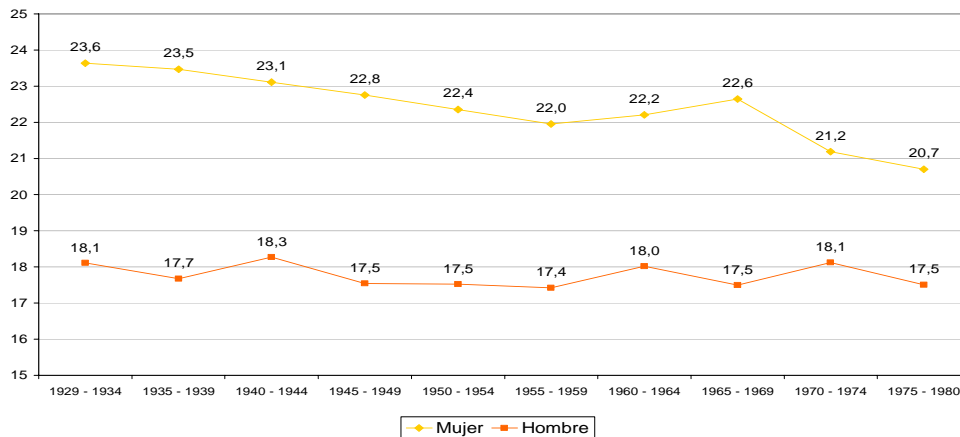


Por cierto, las mujeres de las generaciones más jóvenes se inician con parejas más jóvenes que las generaciones anteriores de mujeres -puesto que han adelantado su propio calendario-, sin embargo, persiste un desfase debido al género en la sociedad chilena. Como se muestra en el Gráfico 7, las mujeres de las generaciones más jóvenes (de 1975-1980) declaran una edad de 20.7

años para su primera pareja sexual, mientras los hombres declaran una edad de 17.5 años. Son, por tanto, hombres más jóvenes que antes, pero no al punto de tener una equivalencia etaria.

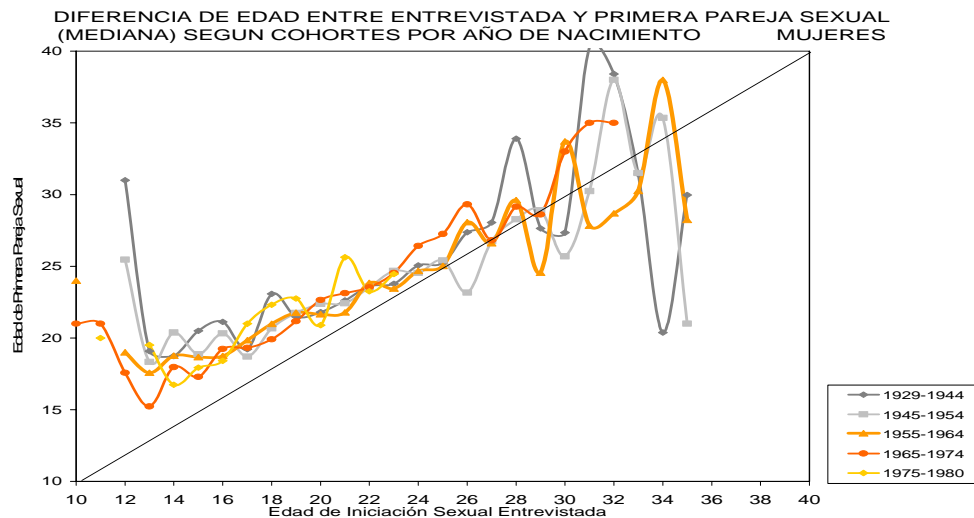
GRAFICO 7

EDAD DE LA PRIMERA PAREJA SEXUAL SEGÚN COHORTES POR AÑO DE NACIMIENTO Y SEXO (MEDIANAS)



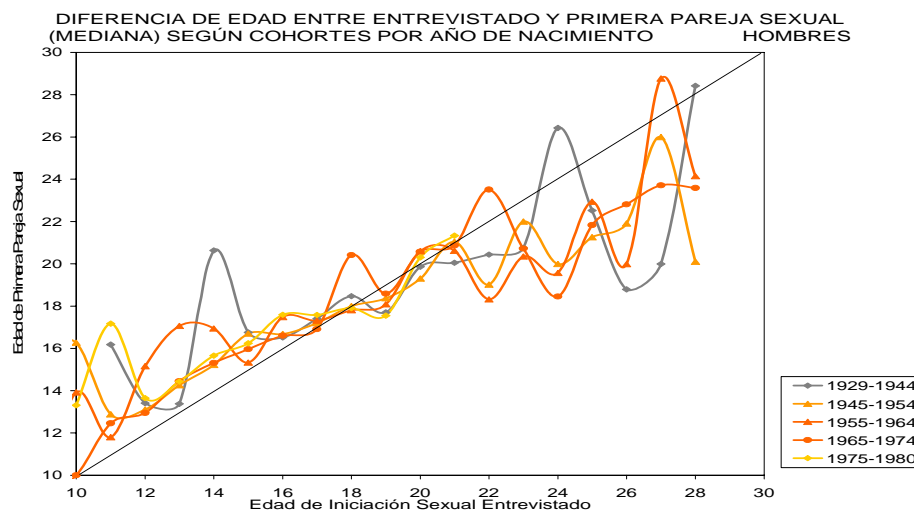
El Gráfico 8 muestra la relación entre las medianas de las edades de iniciación de las mujeres y las edades de sus primeras parejas sexuales según generaciones. La relación entre ambas variables muestra que las mujeres que se han iniciado antes de los 25 años, en todas las generaciones, tienen primeras parejas sexuales generalmente mayores que ellas. En el caso de las mujeres que se inician después de los 25 años, se observa una heterogeneización de la edad de la primera pareja sexual hacia edades mayores y menores.

GRAFICO 8



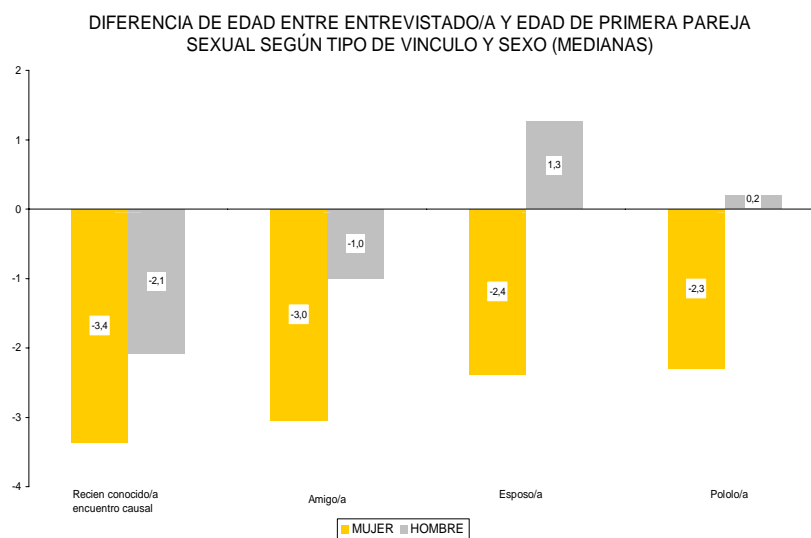
Los hombres, a diferencia de las mujeres, muestran un mayor nivel de semejanza entre su edad de iniciación y la edad de su primera pareja sexual en todas las generaciones estudiadas. En su caso, los que se inician antes de los 18 años, lo hacen con parejas sexuales mayores; mientras que los que se lo hacen después de los 18 años tienden a tener una pareja sexual menor a ellos.

GRAFICO 9



Como puede observarse en el Gráfico 10, en la estructuración de las edades relativas entre los sujetos y su primera pareja sexual, la lógica de la pareja sexual mayor se modifica entre los hombres cuando la entrada en la sexualidad activa se produce en el contexto de pareja.

GRAFICO 10

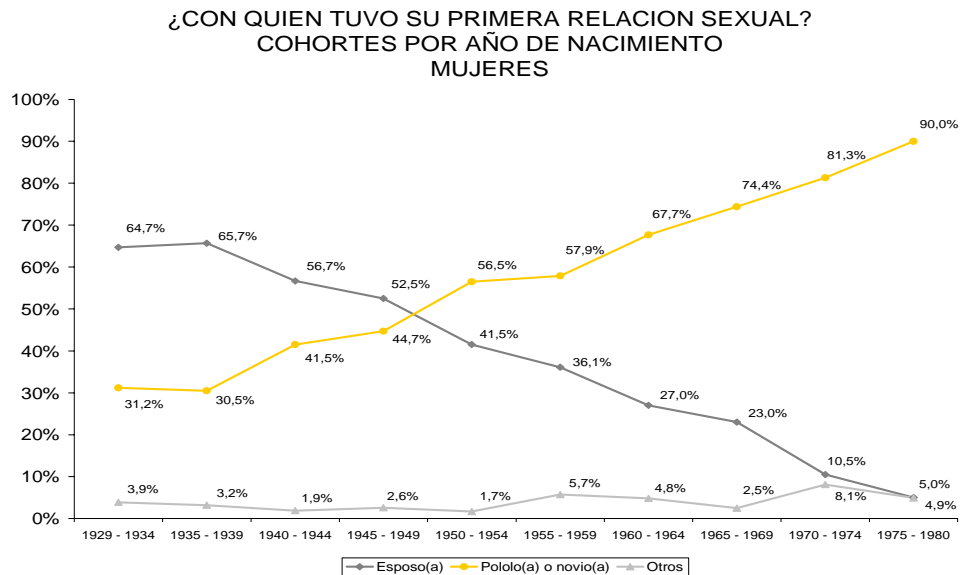


2.2. Divergencias y convergencias en la iniciación sexual: las elecciones de pareja sexual, los géneros y las generaciones.

2.2.1. Mutaciones de la primera pareja sexual.

Como puede observarse en el Gráfico 11, hasta los años 1940, entre las mujeres la primera pareja sexual se organizaba principalmente en torno a la pareja conyugal -el *esposo*-, y muy secundariamente en torno al novio/pololo.⁵⁷ Las generaciones de mujeres nacidas en la década de 1940 inician una tendencia divergente entre ambos tipos de relaciones⁵⁸: crece sostenidamente hasta las últimas décadas del siglo XX la presencia del *pololo o novio* al tiempo que disminuye progresivamente, sin estabilizarse aún, la del *esposo*, produciéndose en las décadas siguientes una substitución casi plena del *esposo* por el *novio o pololo* -90% para las nacidas entre 1975 y 1980. La inflexión que inicia tal mutación corresponde a las mujeres que hacen su entrada en la sexualidad activa en la primera parte de la década de 1960, transformación que incluso precede al descenso de las edades de iniciación sexual.

GRAFICO 11



⁵⁷ En la cohorte de mujeres nacidas entre 1935 y 1939, el 65.7% se iniciaba con el *esposo*.

⁵⁸ Entre las mujeres nacidas entre 1940 y 1944, el pololo/novio se eleva a 41.5%, entre 1950 y 1954, el pololo/novio alcanza a 56.5% y continúa elevándose en las décadas siguientes. En la cohorte de 1965 y 1969, un 74.4% se iniciaba con el *pololo o novio*,

De cualquier modo, para las mujeres nacidas a comienzos o a fines del siglo XX, la entrada en la sexualidad activa se inscribe en un tipo de relación que supone compromiso afectivo y relacional, antes institucional y, en la actualidad, vincular.

Sin embargo, cuando se indaga sobre la duración temporal de la pareja, como se hizo en la Encuesta UDECHILE/CONASIDA, 2005), se puede cualificar la noción de pareja afectiva como pareja sexual, en relación al lugar de la sexualidad, que no necesariamente expresa la profundidad, madurez o duración del vínculo, sino que puede situarse al inicio de una relación – pareja naciente- y al servicio de una potencial creación –y no de consolidación, como lo fue en el pasado- de la misma.

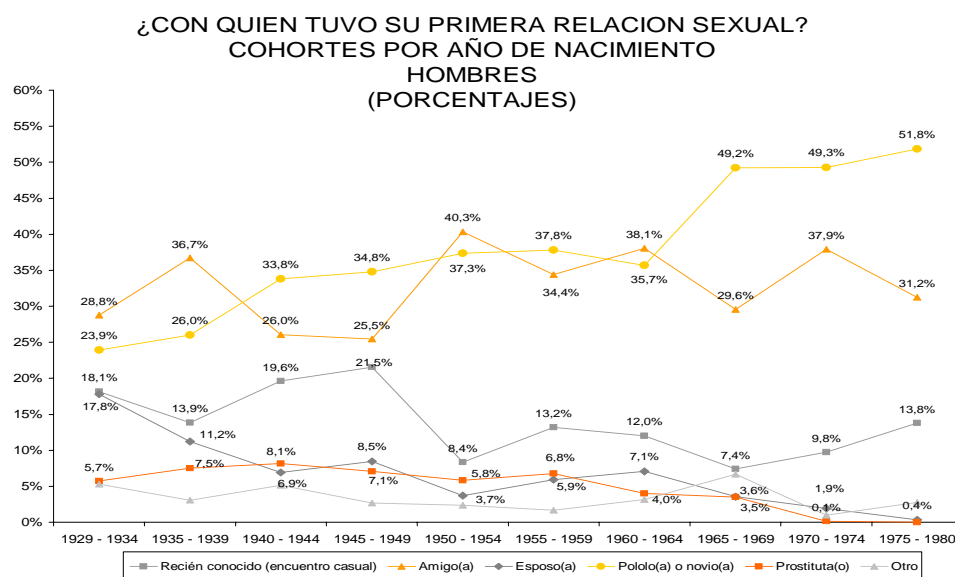
Para los hombres de todas las generaciones estudiadas, en cambio, la entrada en la sexualidad activa no se inscribe en modo alguno en el marco de la pareja conyugal. Antes de la década de 1960 existe una gran diversidad y variabilidad de primeras parejas sexuales. Son parejas oscilantes en esos años: *Recién conocida, prostituta*⁵⁹, *amiga, novia o polola*. La primera relación sexual en los hombres nacidos hasta la década de 1950 se produce en dos contextos: uno que articula ocasionalidad y sociabilidad en una incorporación de amiga, trabajadora sexual y recién conocida -un tipo de sociabilidad diversa, muy próxima a la ocasionalidad-; y un marco de pareja afectiva, a gran distancia de la conyugalidad.

A partir de los nacidos a mediados de la década de 1960, la primera pareja sexual se estabiliza en dos tipos de parejas: una basada en la sociabilidad de la amistad, bajo la figura de la *amiga*, y otra basada en torno a la pareja afectiva no conyugal -la *novia o polola*.

Se rediseña la sociabilidad anterior: la *recién conocida* y la *trabajadora sexual*, un tipo de primeras compañeras sexuales de los hombres de las generaciones mayores, se reconfiguran sobre una articulación de distancia afectiva y proximidad social en la figura de la *amiga*, que se conserva en la actualidad, y se incrementa el contexto amoroso: probablemente, aunque no están diferenciadas en el cuestionario, la pareja afectiva no conyugal evolucionó desde la *novia* a la *polola* (Véase Gráfico 12).

⁵⁹ La Encuesta CONASIDA/ARNS utiliza en el instrumento el término prostituta por su mayor capacidad de ser comprendido por las y los entrevistados en ese momento en el país. Sin embargo, en adelante usaremos el de trabajadora sexual.

GRAFICO 12



Los sentidos comunes predominantes en la sociedad chilena atribuyen a las generaciones de hombres nacidos aún en las primeras décadas del siglo XX una iniciación sexual temprana y asistida por una *trabajadora sexual*.⁶⁰ Ciertamente, el comercio sexual tiene una presencia en la iniciación sexual masculina en el siglo XX, pero ésta es escasa y termina desapareciendo en las últimas generaciones. En las generaciones nacidas antes de 1960 –más precisamente entre 1929 y 1959- se situaba en torno al 7%. En las generaciones siguientes disminuye: entre 1960 y 1969 se situaba en torno a 3%, y en la generación nacida entre 1970 y 1980, la figura de la trabajadora sexual como iniciadora desaparece.⁶¹ Una figura constante en todas las generaciones, desde las más antiguas a las más jóvenes, es la de *amiga*. Así como la noción de pareja muta en el tiempo durante el siglo XX, puede uno preguntarse si la figura de la amiga es la misma para los hombres de las distintas generaciones, o si ha mutado en el plano del vínculo (por la introducción de la

⁶⁰ La película chilena “*Julio comienza en julio*” del director Silvio Caiozzi, de 1979, muestra a un adolescente, hijo de un hacendado, quien al cumplir 15 años es llevado por su padre y amigos de éste, a un prostíbulo para cumplir el rito de iniciación sexual con una joven, hermosa y experimentada trabajadora sexual.

⁶¹ Por cierto, esta última generación corresponde a aquella que se inicia sexualmente cuando en el país surge la presencia del VIH/SIDA. Pero atribuir un efecto tan inmediato del VIH sería exagerado, pues no lo ha tenido en otras direcciones de la conducta preventiva. Proponemos, más bien, que el desplazamiento hacia edades menores por parte de las mujeres permite que en la actualidad la mayoría de las mujeres tenga una vida sexual pre-matrimonial, que hasta la década de 1960 constituía un privilegio masculino. Ello hace disponibles a las mujeres y reformula el mercado sexual de las nuevas generaciones. La reducción del recurso de los hombres a la prostitución se explicaría por esa nueva posibilidad de tener como parejas sexuales a mujeres de edades semejantes. (Bozon, 2003a).

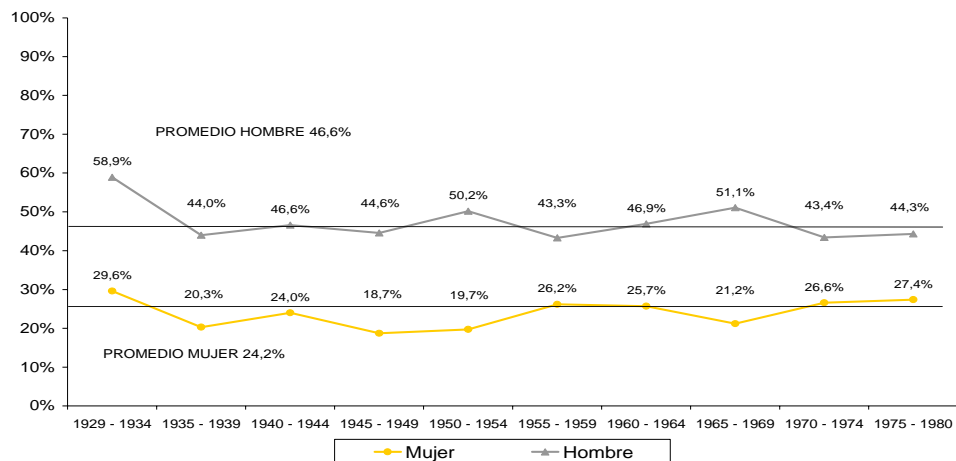
noción de intimidad en las nuevas generaciones) y de los contextos de aproximación (su proximidad social, territorial, etc).

2.2.2. Similitudes y divergencias en la condición virginal en los procesos de entrada en la sexualidad activa.

Una proporción muy alta de mujeres y un poco más moderada de hombres en todas las generaciones estudiadas se inician sexualmente con sujetos experimentados, es decir, que ya han hecho su iniciación sexual.⁶² Por cierto, un 53.4% de los hombres y un 75.8% de las mujeres nacidos en todas las generaciones estudiadas declaran haber tenido su primera relación sexual con una pareja sexual experimentada. No se observan variaciones muy significativas ni tendencias entre las diversas cohortes de generaciones. Por cierto, ello indica que las transformaciones de los procesos de entrada en la sexualidad activa no se han orientado por la búsqueda de construcción de procesos exploratorios e introductorios compartidos entre inexpertos. Más bien, sugieren la persistencia de un modo de entrada que implica un proceso en que se conectan inexpertos y experimentados.

GRAFICO 13

¿ERA TAMBIEN LA PRIMERA RELACION SEXUAL PARA LA OTRA PERSONA? SEGUN COHORTES POR AÑO DE NACIMIENTO Y SEXO

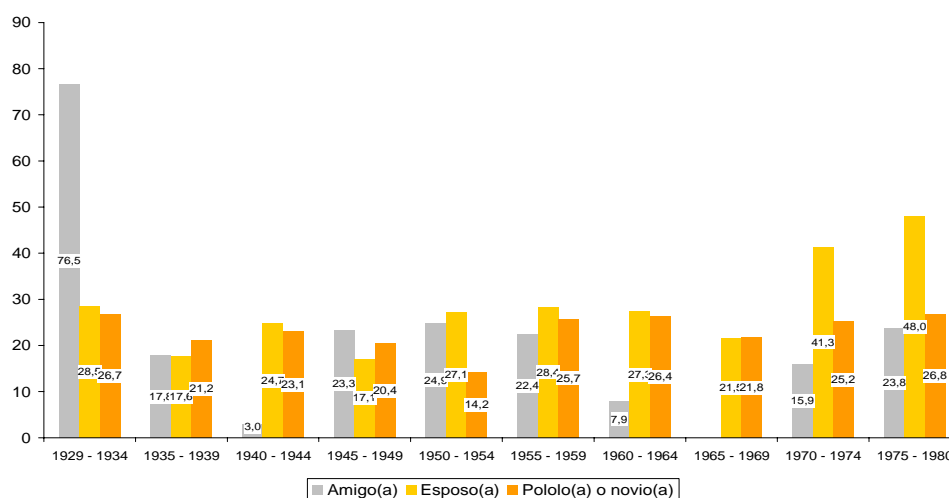


⁶² El diseño de la investigación CONASIDA/ANRS asume que quienes se inician en el contexto de comercio sexual, lo hacen con parejas sexuales iniciadas. Por tanto, la información expresa las similitudes y divergencias de quienes lo hicieron en otros contextos.

¿En qué contextos puede situarse la mayor o menor simetría en el expertizaje en los procesos de entrada en la sexualidad activa? De forma general, hasta la cohorte nacida entre 1970-1974, al esposo no se le atribuye más virginidad que al pololo o novio. Puede sugerirse que hasta esa época, las generaciones de mujeres hayan compartido respecto de su iniciación una expectativa de experiencia previa hacia los hombres, independientemente del tipo de relación que se tuviese con ellos. Puede sugerirse que, muy probablemente, dado el bajo número de parejas sexuales declarado por las mujeres de las cohortes antiguas, el novio devino esposo, por lo que tal distinción reduce su relevancia. En las cohortes más jóvenes la atribución de virginidad distingue al esposo respecto del novio/pololo o el amigo; es mayor en el primero que en los otros, aunque muy inferior a la virginidad atribuida por los hombres a la esposa.

GRAFICO 14

VIRGINIDAD DE LA PRIMERA PAREJA SEXUAL
SEGUN TIPO DE RELACION Y COHORTES POR AÑO DE NACIMIENTO
MUJERES



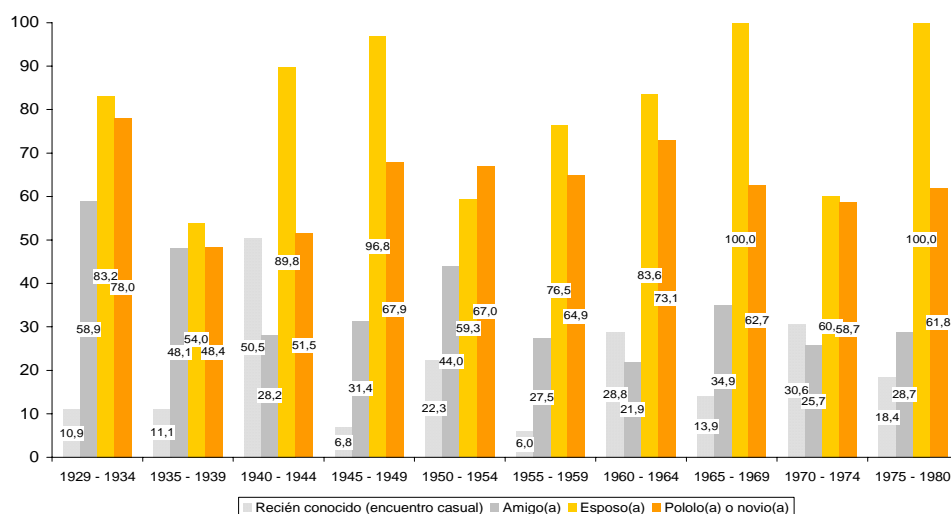
Aunque con niveles variables en el tiempo, como puede verse en el Gráfico 15, la esposa es la primera pareja sexual a la cual los hombres atribuyen mayor virginidad (en torno al 75%). Puede sugerirse la siguiente línea de análisis: cuando un hombre se inicia sexualmente en el contexto de la pareja conyugal atribuye fuertemente virginidad a la mujer con la que se casa. En esta perspectiva, la virginidad femenina se constituye en condición necesaria de la virginidad premarital masculina. La atribución de virginidad se reduce respecto de la polola o novia⁶³, sin embargo, es más elevada que la de amigas y recién conocidas. Sin embargo, ello no es un fenómeno

⁶³ En casos de iniciación con "trabajadora sexuales", se asume en el cuestionario que éstas no eran vírgenes.

homogéneo en las diversas generaciones de hombres. Las cohortes más antiguas atribuyen niveles un poco mayores de virginidad a las amigas que las cohortes jóvenes.

GRAFICO 15

VIRGINIDAD DE LA PRIMERA PAREJA SEXUAL SEGUN TIPO DE RELACION Y COHORTES POR AÑO DE NACIMIENTO HOMBRES



2.3. Motivos: mutaciones, desapariciones e intensificaciones en el tiempo.

De forma general, los motivos asociados a la primera relación sexual mutan, desaparecen, o se intensifican⁶⁴ a través de las generaciones estudiadas. Del mismo modo, las evoluciones en el tiempo reflejan organizaciones específicas de los “motivos” de los géneros.

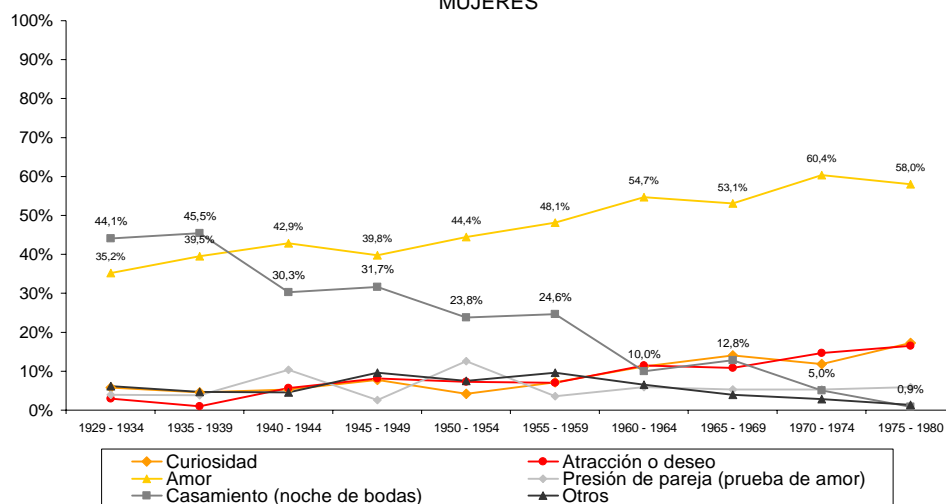
En los hombres de todas las generaciones, la *curiosidad* y el *deseo* son preeminentes en la organización de las motivaciones, aunque mutados la una por el otro, en el curso del tiempo. Respecto de las mujeres, el *casamiento*, que predomina durante las primeras generaciones, es substituido por el *amor*, en las nuevas generaciones, dominan en el curso del siglo XX.

⁶⁴ Las alternativas propuestas por la Encuesta CONASIDA/ANRS fueron desde la curiosidad hasta el rito matrimonial, pasando por el deseo (atracción), el amor, la inducción del/a compañero/a, la inducción de amistades, la violencia sexual y la categoría “otro”. Cada sujeto respondió a la pregunta por el motivo principal. Por ello, es probable que se superpongan las categorías, lo cual parece especialmente relevante en relación con las categorías de “amor” y “casamiento”.

Por cierto, los motivos se han modificado. Las mujeres han transitado de motivos institucionales –el casamiento- a vínculos amorosos, y los hombres desde una aproximación más experimental y estereotipada como socialización masculina tradicional -la *curiosidad*, antes que el deseo-, a una cualificación erótica, propiamente nombrada ahora como *atracción o deseo*. Persiste una divergencia entre los géneros: mientras ellos siempre hablan de *deseo*, ellas hablan fuertemente de *amor*, aunque las generaciones más jóvenes han comenzado a decir *curiosidad* y *deseo*. Entre las mujeres nacidas entre 1929 y 1939, el casamiento y el amor son muy importantes (en torno al 45% cada uno). Desde 1940 y hasta 1960-64 declina de forma significativa el casamiento (desciende desde 45.5% a 10%), mientras tanto, el amor se eleva en ese periodo desde 39.5% a 54.7%. La *curiosidad*, la *atracción o deseo* resultan muy marginales en ese periodo: hasta 1960 alcanzan sumados niveles aproximados al 15%. Por su parte, el casamiento, es substituido crecientemente por otros motivos, fundamentalmente, por el *amor*, hasta reducirse a la marginalidad en las generaciones más recientes, en un proceso en que el *amor* adquiere mayor centralidad, particularmente, a partir de mediados de los años 1980. Se consolida la preeminencia del amor -en torno al 60%-. Al mismo tiempo, se elevan progresivamente la *atracción o deseo* y la *curiosidad*. En la cohorte más joven (nacidos entre 1975 y 1980) alcanzan un nivel más elevado aún: 16.5% y 17.3%, respectivamente.

GRAFICO 16

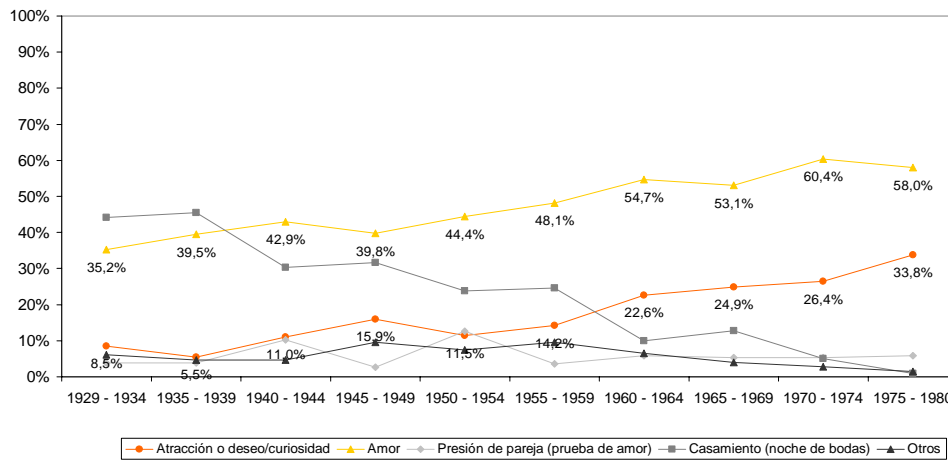
¿SU PRIMERA RELACION SEXUAL FUE PRINCIPALMENTE POR?
COHORTES POR AÑO DE NACIMIENTO
MUJERES



Observados de conjunto el deseo y la curiosidad (véase el Gráfico 17), se evidencia un incremento importante en su evolución a partir de las mujeres nacidas desde la década de 1960 en adelante. Entre las mujeres pertenecientes a la cohorte más joven (nacidas entre 1975 y 1980), un 33,8%, es decir, una de cada tres, encuentra en el ámbito de lo erótico su motivación.

GRAFICO 17

MOTIVOS DE PRIMERA RELACION SEXUAL,
SEGUN COHORTES DE NACIMIENTO
(DESEO Y CURIOSIDAD AGRUPADOS)



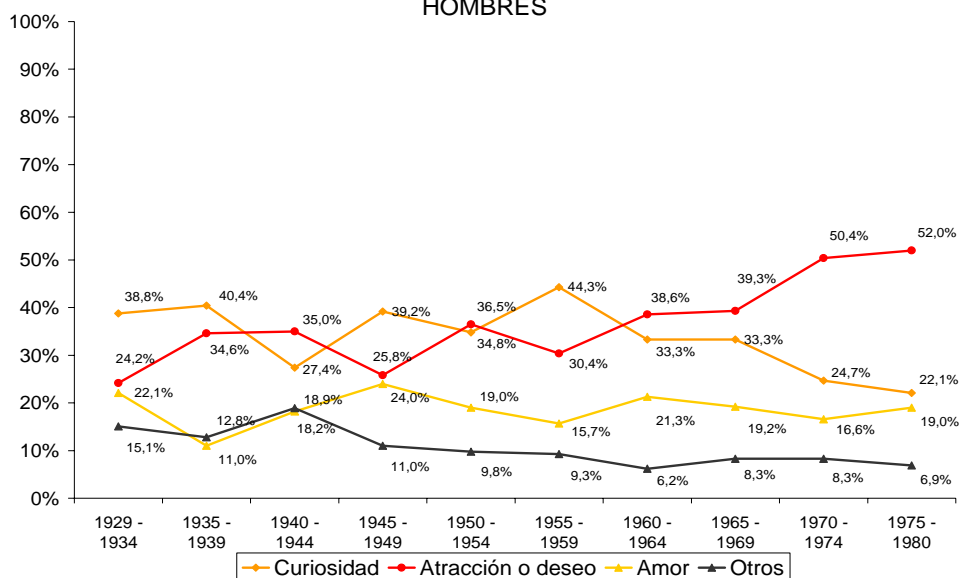
¿Qué dicen las nuevas generaciones de mujeres cuando dicen *amor* respecto de las motivaciones para iniciar la actividad sexual? Respecto de sus procesos de entrada en la sexualidad activa, las mujeres dicen *amor* junto con situar su iniciación en contexto de pareja y declarar por compañero sexual a hombres mayores. Michel Bozon (2003b) reinterpreta en esta situación el *amor*, siguiendo a Luhmann, como un código de regulación de las relaciones. Concebir la sexualidad en pareja hace a las mujeres buscar hombres mayores a ellas a quienes consideran potenciales parejas afectivas, en el marco de desfases sistemáticos en las edades en las relaciones de pareja. Dado lo anterior, las mujeres se orientarían a relacionarse con hombres mayores, dejando fuera de consideración a los de su misma edad o más jóvenes. No obstante, la persistencia de una mayor disponibilidad de hombres que de mujeres en esa etapa, sitúan a las mujeres ante un exceso de parejas potenciales. Por ello, deben establecer principios de elección “que, en lo esencial, toman la forma de una selección por el sentimiento amoroso”.⁶⁵ El amor, así, es también un procedimiento de selección, no forzosamente consciente, más o menos necesario según la abundancia o carencia de parejas potenciales (Bozon, 2003b)

⁶⁵I Luhmann, Niklas.1985. El amor como pasión. p.178.

En las distintas generaciones de hombres el *amor* es secundario, y el *casamiento* no considerado entre sus motivaciones. El amor oscila en torno al 15 y 20%. En las cohortes de hombres nacidos entre 1929 y 1959 la *curiosidad* y el *deseo* alcanzan niveles relativamente elevados (sumados alcanzan aproximadamente el 70%), intercambiables en sus magnitudes de una generación a otra (una baja de uno corresponde a un alza del otro). En la década de 1960 se estabilizan dichos motivos, y desde 1970 se eleva el deseo o atracción hasta duplicar a la curiosidad (50.4% y 24.7% respectivamente en la cohorte 1970-74, y 52% y 22.1% entre 1975-80. Tal desplazamiento constituye más propiamente una mutación: la *curiosidad* antigua deviene *deseo* en las últimas generaciones.

GRAFICO 18

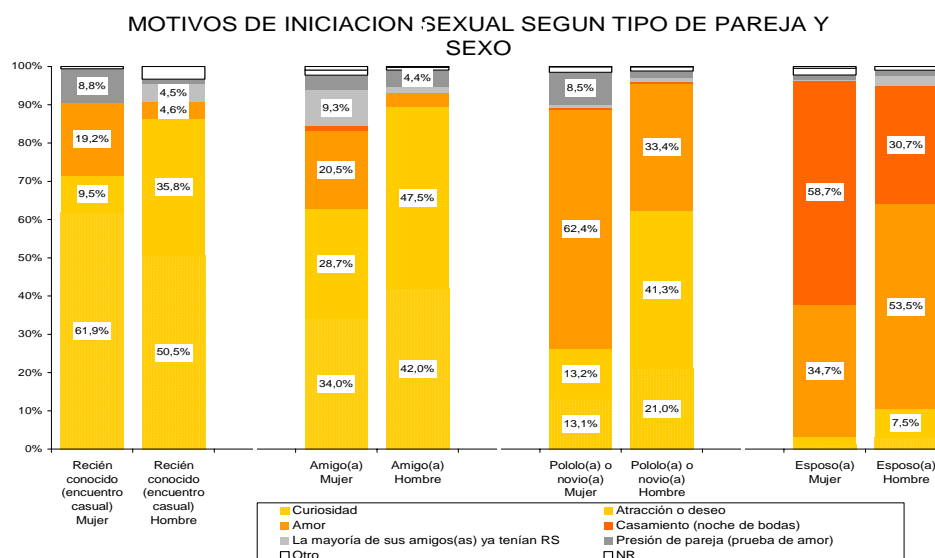
¿SU PRIMERA RELACION SEXUAL FUE PRINCIPALMENTE POR?
COHORTES POR AÑO DE NACIMIENTO
HOMBRES



¿Cómo se organizan los motivos respecto de los contextos relacionales en los cuales se produce la entrada en la sexualidad activa? Los contextos de ocasionalidad y de amistad constituyen los escenarios en los cuales las mujeres atribuyen curiosidad y deseo a su experiencia de iniciación sexual. La curiosidad refiere primeramente a las relaciones con recién conocidos y, secundariamente, a las relaciones con amigos. El deseo, por su parte, se atribuye principalmente al contexto de amistad. El contexto de la pareja –esposo, novio/pololo-, por el contrario, reduce drásticamente la atribución de tales motivos, e implica la fuerte presencia de motivos institucionales y afectivos. Los primeros más vinculados a las mujeres que declaran que la primera pareja sexual es el esposo, los últimos más vinculados a las que se inician en relaciones de pololeo y noviazgo.

Por su parte, entre los hombres, los contextos de ocasionalidad y de amistad constituyen los escenarios en los cuales atribuyen curiosidad y deseo a su experiencia de iniciación sexual. Sin embargo, a diferencia de las mujeres, éstos se extienden hasta el contexto de pareja en su versión premarital: el pololeo o noviazgo. La curiosidad refiere primeramente a las relaciones con recién conocidos y, secundariamente, a las relaciones con amigas y pololas/novias. El deseo, por su parte, se eleva en los contextos de amistad y de pololeo/noviazgo. El contexto de la pareja – esposo, novio/pololo- no es homogéneo respecto de su frontera respecto del deseo, del modo que se observa entre las mujeres. Si entre las mujeres el contexto de pareja –en cualquiera de sus versiones- implica una exclusión de la curiosidad y el deseo, entre los hombres el matrimonio constituye una frontera de exclusión de tales motivos.

GRAFICO 19



2.4. Autonomía, reciprocidad y jerarquización en la iniciativa sexual.

Desde las más antiguas hasta las generaciones iniciadas más recientemente, coexisten, con fluctuaciones, la *iniciativa masculina* y la *iniciativa compartida* (“Ambos”). En todas ellas, la *iniciativa femenina*, es decir, la propia iniciativa, alcanza un nivel marginal.

Los hombres expresan más transformaciones en materia de iniciativa sexual en las generaciones estudiadas. Entre los nacidos hasta la década de 1940 predominan las iniciativas *compartida* y *masculina*. Durante la década de 1950 decrece la masculina y aumenta equivalentemente la

iniciativa femenina. A partir de los nacidos en la década de 1960, la *iniciativa compartida* se vuelve predominante y las iniciativas *femenina* y *masculina* se mantienen relativamente similares.

De conjunto, hombres y mujeres presentan un desajuste en las declaraciones relativas a sí mismo/a y al otro u otra, y viceversa sobre la iniciativa. Respecto de sí mismas, las mujeres declaran un muy bajo nivel de iniciativa femenina (en torno al 3%), en tanto los hombres declaran iniciativa femenina en torno al 25%. Del mismo modo, aunque con menor discrepancia, respecto de sí mismos, los hombres declaran un nivel de iniciativa masculina de poco más de 30%, en tanto, las mujeres les atribuyen una iniciativa masculina más alta (alrededor de 50%).

La observación de la evolución de la *iniciativa masculina* muestra una discrepancia por parte de hombres y mujeres: los hombres declaran niveles inferiores de iniciativa propia que los atribuidos a ellos por las mujeres. Por su parte, la observación de la evolución de la *iniciativa femenina* muestra una discrepancia similar por parte de hombres y mujeres: las mujeres declaran niveles inferiores de iniciativa propia que los atribuidos a ellas por los hombres.

Puede sugerirse que en este punto existe una divergencia entre los géneros. Mientras persiste en las mujeres una organización de la iniciativa basada en dos disposiciones (iniciativa compartida e iniciativa masculina) que la excluyen en cuanto autonomía plena (como iniciativa propia), entre los hombres emerge la iniciativa femenina y se intensifica la compartida, en detrimento de la iniciativa propia.

GRAFICO 20

LA INICIATIVA PARA SU PRIMERA RELACION SEXUAL FUE
COHORTES POR AÑO DE NACIMIENTO
MUJERES

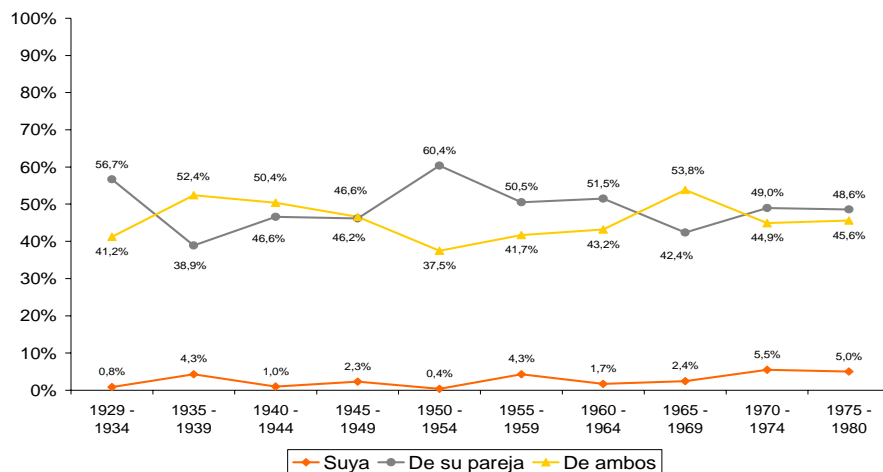
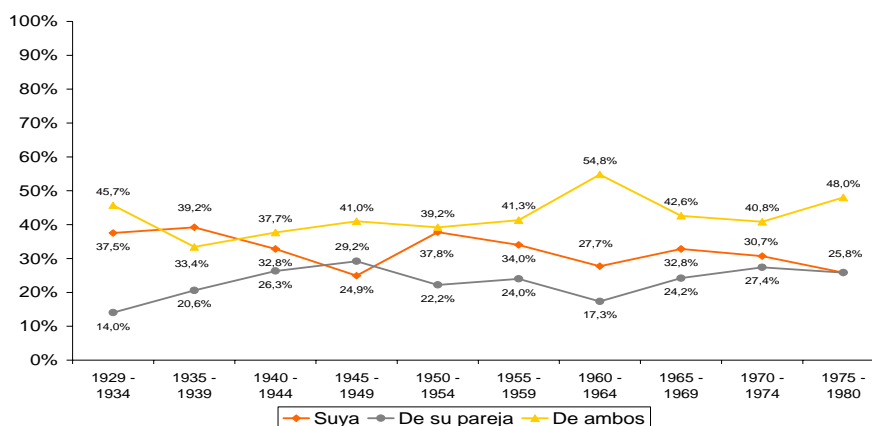


GRAFICO 21

LA INICIATIVA PARA SU PRIMERA RELACION SEXUAL FUE
COHORTES POR AÑO DE NACIMIENTO
HOMBRES



¿Cómo interpretar esta divergencia? Puede sugerirse que los niveles extraordinariamente bajos de iniciativa femenina declarados por las mujeres y las discrepancias entre hombres y mujeres respecto de la misma, del mismo modo que el decrecimiento de la iniciativa masculina declarada por los hombres y sus discrepancias, sean atribuibles a un fenómeno metodológico: una sub-declaración de la población femenina respecto de la iniciativa propia, y/o una sobre-declaración masculina de iniciativa femenina, a la vez que una sub-declaración de iniciativa masculina. Puede ser pura y simplemente una negación de la información.

No obstante, proponemos un abordaje más próximo al desarrollado en la investigación social respecto de la estimación de las magnitudes de parejas sexuales, en que se estima que las mujeres no declaran lo que se estima los niveles reales, y que ha llevado a los investigadores a entrar en la cualificación de los términos y formular la existencia de contabilidades distintas según los géneros, bajo construcciones sociales específicas en relación a las parejas sexuales. No se trata de una incomprensión de los términos, sino de una construcción conceptual distinta de la noción por parte de los hombres y mujeres investigados. Entonces, ¿qué se dice cuando una mujer dice *iniciativa de ambos*? Puede sugerirse que remite a reciprocidad; no exactamente a la simetría, y menos aún a la noción de autonomía, que permitiría enunciarla como la igualdad en la toma de iniciativa. La iniciativa compartida implica acrecentar la reciprocidad ⁶⁶– *yo y tú, juntos*-, no se

⁶⁶ La iniciativa compartida en las relaciones sexuales se asocia positivamente a la satisfacción sexual (Haavio-Manila y Kontula, 1994). Jaime Barrientos, en su Tesis Doctoral, respecto de la sociedad chilena observa que los mayores niveles de satisfacción de mujeres se asocian a las alternativa “ambos” (hombre y mujer) con un 58.8%, porcentaje que decae al

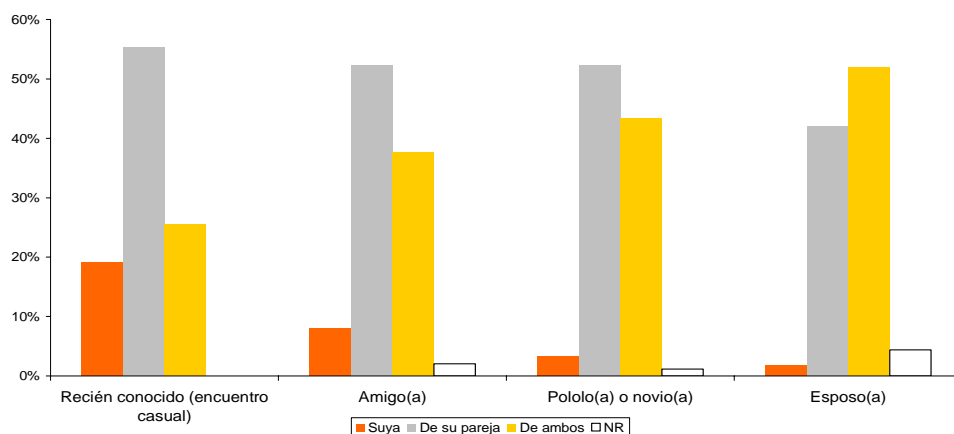
trataría de una simetría entre los sexos –yo, igual que tú-, ni a la autonomía femenina –yo mujer, igual que un hombre-.

Por cierto, en los hombres y mujeres por igual la iniciativa sexual se presenta diversa según el tipo de relación que se tenga con la primera *pareja sexual*. La iniciativa compartida se distribuye proporcionalmente según los niveles de intimidad y compromiso implicados en los contextos en que se realiza la iniciación sexual: es más bajo su nivel en el contexto de ocasionalidad (relaciones sexuales con *recién conocidos*), asciende en el contexto de sociabilidad amistosa (sexo con *amigos*), asciende más aún en contextos de pareja (el de *pololos/novios*, hasta alcanzar cerca del 50% en el contexto de matrimonio).

Complementariamente, la iniciativa femenina se configura mejor -y se enuncia como tal- en contextos que permanecen a distancia de la pareja -en la ocasionalidad y en la amistad. La declaración más elevada sobre *iniciativa femenina* se observa entre las mujeres respecto de la iniciación en contexto de ocasionalidad y entre los hombres respecto de la iniciación en contexto de ocasionalidad y de amistad.

GRAFICO 22

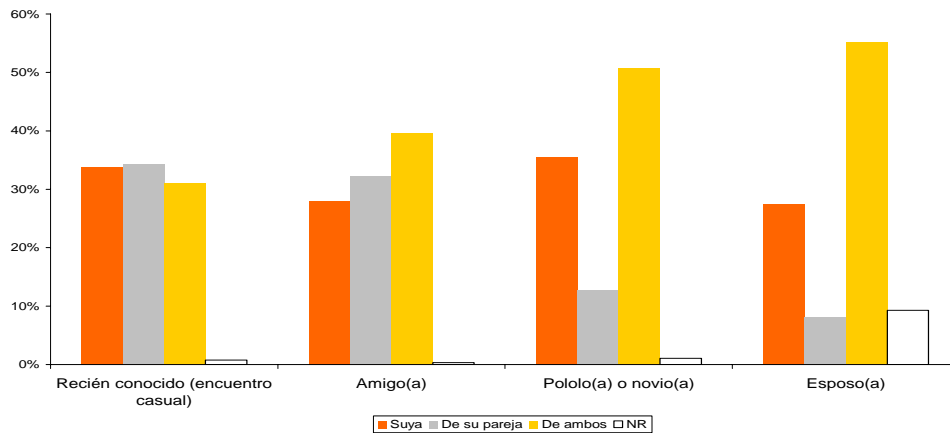
INICIATIVA SEXUAL EN PRIMERA RELACION SEXUAL
SEGÚN TIPO DE PAREJA SEXUAL
MUJERES



43.3% cuando la iniciativa es frecuentemente masculina. Los hombres declaran mas satisfactoria la iniciativa compartida con un 59.3%, sin embargo, los % no decaen cuando la iniciativa es frecuentemente del hombre (56.3%).

GRAFICO 23

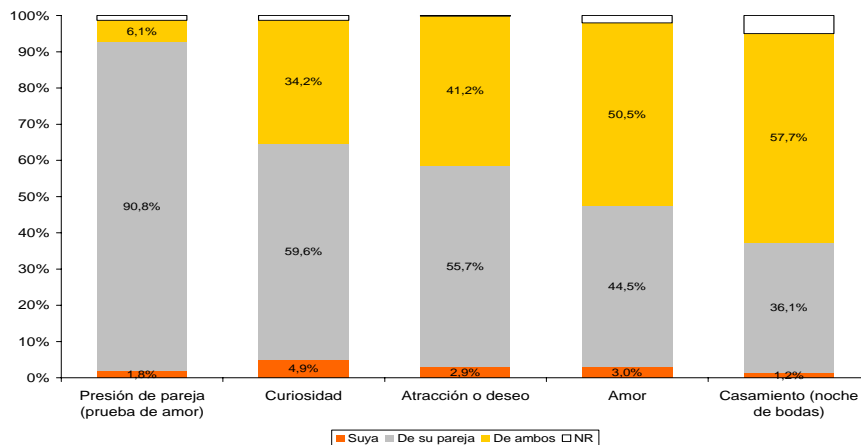
INICIATIVA SEXUAL EN PRIMERA RELACION SEXUAL
SEGÚN TIPO DE PAREJA SEXUAL
HOMBRES



Del mismo modo, observamos a continuación una conexión entre el carácter de la iniciativa sexual en los procesos de entrada en la sexualidad activa con los motivos, a partir de su mayor o menor implicación de vínculo: más vinculados y más des-vinculados – o más individuales-, desde el amor a la curiosidad. Las mujeres presentan una gradiente entre la iniciativa masculina (de su pareja) y la iniciativa compartida (de ambos), desde motivos individuales masculinos -la presión de la pareja, pasando por curiosidad, el deseo, hasta llegar a unos motivos relacionales y- presumiblemente, experimentados por ellas como compartidos-: el amor y el matrimonio.

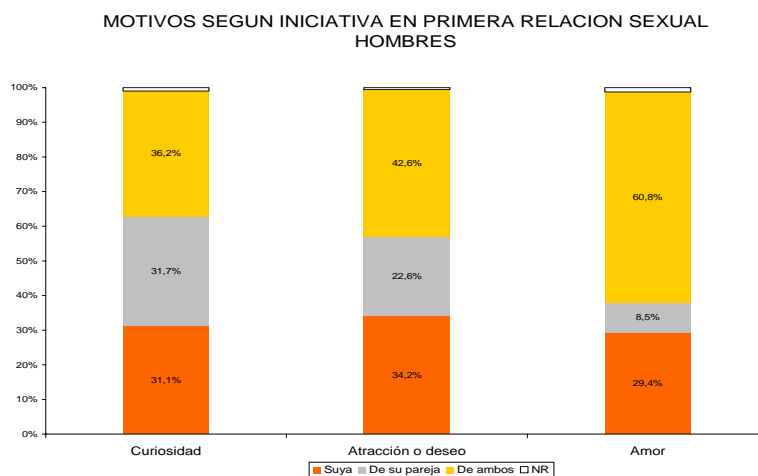
GRAFICO 24

MOTIVOS SEGUN INICIATIVA EN PRIMERA PAREJA SEXUAL
MUJERES



Los hombres por lo general se atribuyen a sí mismos niveles más elevados que las mujeres ante todos y, en el caso del amor como motivación, los niveles de iniciativa compartida se elevan sustantivamente.

GRAFICO 25



3. Procesos de entrada en la sexualidad activa de generaciones nacidas en las décadas de 1980 y 1990.

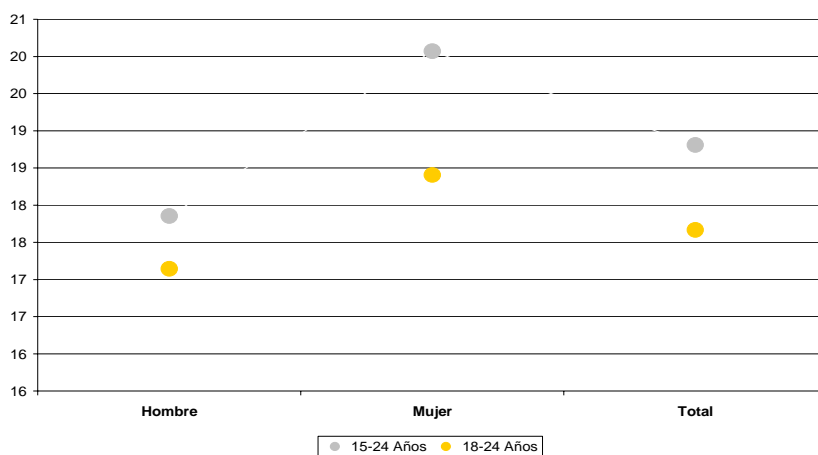
3.1. Introducción.

La estimación de la edad de iniciación sexual de las generaciones jóvenes, en proceso de entrada en la sexualidad activa se presenta compleja metodológicamente, cuando se utiliza el procedimiento utilizado en la encuesta CONASIDA/ANRS: la mediana de la edad de iniciación sexual incluyendo los no iniciados, para ello se traslada los no iniciados al final de la distribución de valores. El procedimiento se basa en que la mayoría de los entrevistados, ya se han iniciado y es un hecho pasado, es decir, la edad de iniciación ya está establecida.

Cuando aplicamos la mediana a la edad de iniciación de una población como en la Encuesta de Trayectorias, de edades entre 15 y 24 años, observamos que como es una población en proceso de entrada a la sexualidad activa, y es presumible, por ello, que una gran parte de los sujetos con edades menores a la mediana no hayan iniciado sus prácticas sexuales, el estadístico arrojará un valor superior al que se podría obtener unos años posteriores con el mismo grupo.

GRAFICO 26

COMPARACION DE EDADES MEDIANAS DE INICIACION SEXUAL
ENTRE DIFERENTES TRAMOS DE EDADES
ENCUESTA UDECHILE/CONASIDA



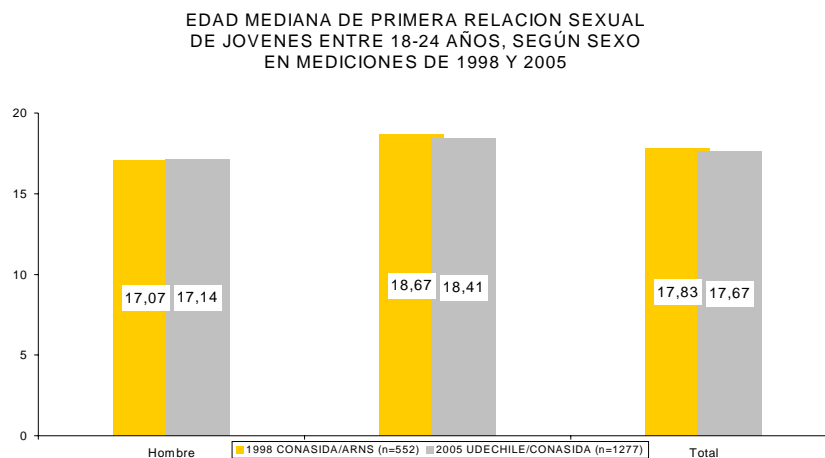
Cuando la mediana de edad de iniciación sexual coincide en términos generales con las edades de la población estudiada, no hay dificultad en presumir que los sujetos que no lo han hecho lo harán después. Así ocurre en la encuesta CONASIDA/ANRS, donde la edad de la población estudiada es de 18-69 años, y las edades medianas de iniciación son menores que la edad mínima de la población (18 años). Puede sugerirse que este estadístico de tendencia central sirve más a la estimación de poblaciones que ya han cursado su iniciación. En este sentido, puede sugerirse que este estadístico de tendencia central ofrecería mejor una medición del pasado que del presente, de generaciones ya iniciadas que de generaciones en proceso. ¿Cómo medir, entonces, a poblaciones que se encuentran en el presente ingresando a la sexualidad activa?

3.2. Estabilización de las edades de iniciación en la sociedad chilena.

Por lo precedentemente expuesto, aquí se formula un análisis sobre la evolución de tendencias relativas al proceso de entrada en la sexualidad activa en una cohorte joven –18 a 24 años de edad- en dos tiempos distintos –1998 y 2005-, en unas edades en que una alta proporción de sujetos se encuentran activos sexualmente. Nuestro análisis de la Encuesta realizada en 2005 (**Encuesta de Trayectorias Sexuales Juveniles en la Sociedad Chilena** (UDECHILE/CONASIDA), realizada siete años más tarde que la **Encuesta Nacional de Comportamiento Sexual** (CONASIDA/ANRS), muestra una tendencia a la estabilización de las edades de entrada en la sexualidad activa de las generaciones nacidas después de 1975.

Comparada la cohorte 18-24 años -correspondiente a regiones similares del país-, se observa un leve incremento en la edad mediana de los hombres y un leve descenso en la edad de las mujeres.

GRAFICO 27



3.3. Proceso de concentración en la distribución de edades de iniciación sexual.

La edad mediana de la primera relación sexual se concentra en la población aquí estudiada (15-24 años) principalmente en el tramo 15-19 años (90% de los iniciados). Observados en una perspectiva temporal, mediante la comparación de dos grupos etarios equivalentes (18-24 años en 4 regiones del país) de las encuestas CONASIDA/ANRS y UDECHILE/CONASIDA, los datos indican una tendencia a la concentración. La edad de la primera relación sexual se concentraba en 1998 en el tramo 14-20 años, mientras siete años más tarde (2005) se concentra en el tramo 15-19 años (90% de los iniciados). (Gráficos 28 y 29, y Tabla 3)

TABLA 3

EDAD DE INICIACION SEXUAL COHORTE 18-24 AÑOS 1998 y 2005		
PERCENTILES	UDECHILE/CONASIDA 2005	CONASIDA/ANRS 1998
10	15	14
25	16	15
50	17	17
75	18	18
90	19	20

GRAFICO 28

DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE EDAD DE INICIACION SEXUAL
DE JOVENES ENTRE 18 Y 24 AÑOS (2005)
ENCUESTA UDECHILE/CONASIDA

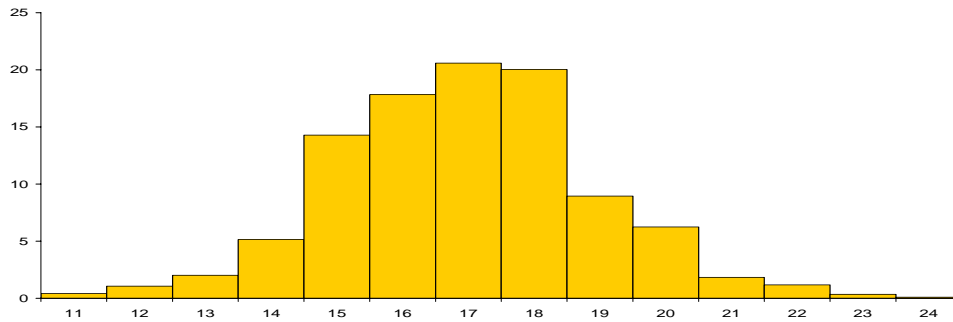
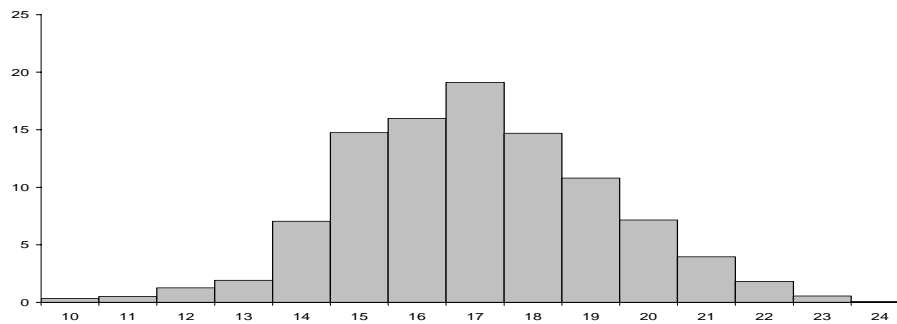


GRAFICO 29

DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE EDAD DE INICIACION SEXUAL
EN JOVENES ENTRE 18 Y 24 AÑOS (1998)
ENCUESTA CONASIDA/ARNS

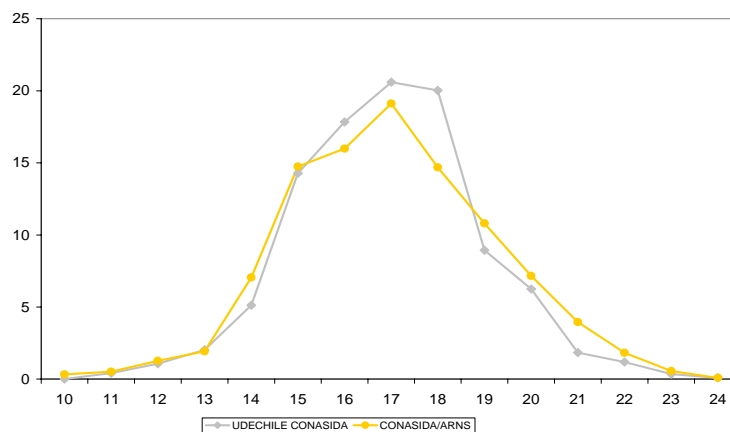


La distribución de las edades de iniciación sexual evoluciona en el tiempo transcurrido hacia la concentración creciente del proceso de iniciación sexual en torno a ciertas edades en la sociedad chilena: entre las edades comprendidas entre los 16 y 18 años para las generaciones jóvenes actuales (nacidas entre 1980 y 1990).

De forma general han desaparecido los umbrales de edad: se produce un alargamiento de la vida sexual a edades tempranas y, por sobre todo, a edades avanzadas. Podría, por tanto, colegirse de ello la instauración de una diversificación de la temporalidad de los procesos de entrada en la sexualidad activa. No obstante, se observan elementos indicativos de una nueva normatividad de la entrada a la sexualidad adulta, en este caso, del surgimiento de una norma temporal: una fuerte sincronización temporal de las primeras experiencias de la sexualidad -2 a 3 años en torno a la mediana- ha sustituido a la relativa dispersión de los comportamientos antiguos.

GRAFICO 30

COMPARACION DE DISTRIBUCIONES PORCENTUALES DE EDADES DE INICIACION SEXUAL EN COHORTE 18-24 AÑOS EN ENCUESTAS DE 1998 Y 2005



3.4. Divergencias en las edades de los actores –hombres y mujeres- en el proceso de iniciación sexual en las generaciones jóvenes.

La similitud en las edades de los sujetos y su primera pareja sexual ha sido interpretada como expresión de una tendencia hacia el igualitarismo en modelos de entrada en la sexualidad activa en las nuevas generaciones.

En nuestro análisis distinguimos tres relaciones de edades: pareja mayor –dos o más años mayor-, igual edad –pareja desde un año mayor hasta un año menor, y pareja menor –dos o más años menor. Los hombres y mujeres difieren muy significativamente en esta materia. Los primeros inician en un 66% sus relaciones sexuales con parejas sexuales de igual edad, en tanto que, de las últimas, lo hace sólo el 36.2%. Inversamente, las mujeres inician en un 62.2% sus relaciones sexuales con parejas mayores, mientras los hombres lo hacen en tan sólo 28.5%.

Observada la evolución temporal de las edades en esta población, mediante una comparación de dos grupos etarios equivalentes (18-24 años en cuatro regiones del país) de las encuestas CONASIDA/ANRS y UDECHILE/CONASIDA, los datos muestran un aumento moderado de la igualdad de edades, de 9 puntos porcentuales.

GRAFICO 31

SIMILITUDES Y DIFERENCIAS EN EDADES ENTRE JOVENES DE 15-24 AÑOS Y SU PRIMERA PAREJA SEXUAL SEGÚN SEXO

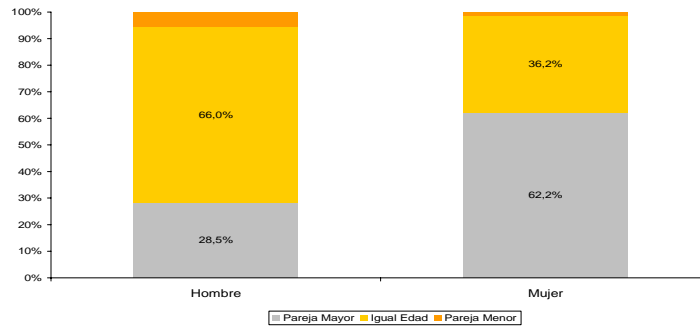
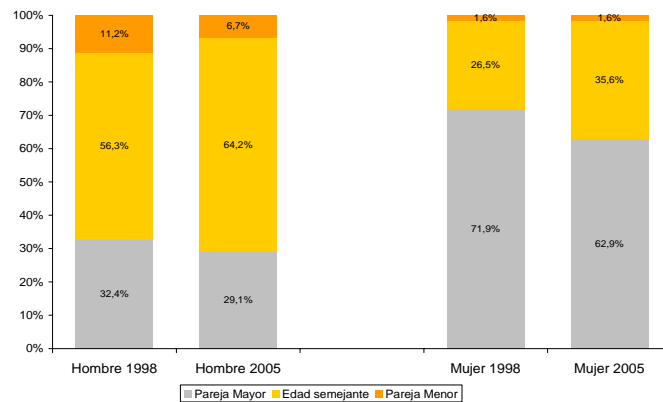


GRAFICO 32

EVOLUCION ENTRE 1998 Y 2005 DE SIMILITUDES Y DIFERENCIAS EN EDADES DE JOVENES DE 18-24 AÑOS Y SU PRIMERA PAREJA SEXUAL SEGÚN SEXO (ENCUESTAS CONASIDA/ARNS Y UDECHILE/CONASIDA)



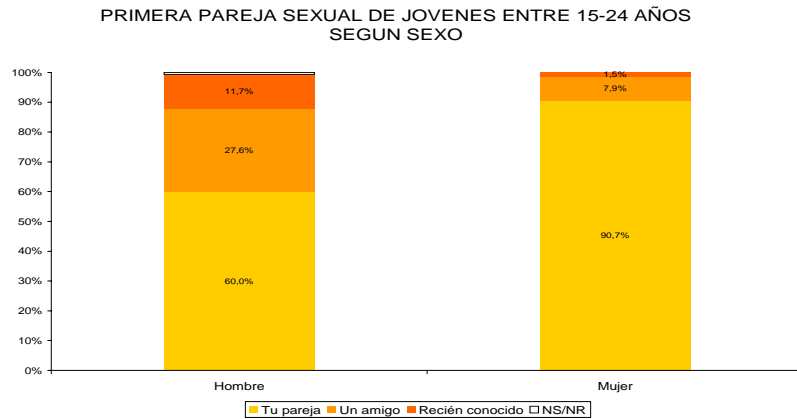
Puede sugerirse que persiste aún de forma importante en la sociedad chilena un desfase etario entre hombres y mujeres en las elecciones etarias de las primeras parejas sexuales.

3.5. Primera pareja sexual y contexto de relacionamiento.

En la **Encuesta de Trayectorias Sexuales Juveniles en la Sociedad Chilena** (UDECHILE/CONASIDA), se busca conocer menos el tipo de pareja, y más el contexto de relacionamiento en que se sitúa la iniciación. Por ello, las alternativas a la pregunta por ¿Quién fue esa persona? se orientaban más a los contextos: una pareja (contexto de pareja), un amigo (contexto de sociabilidad), un recién conocido (contexto de ocasionalidad). En este sentido, los datos no son estrictamente comparables con la Encuesta CONASIDA/ANRS. Entre las mujeres, el

90.7% inicia su actividad sexual en un contexto de pareja, el 7.9% en contexto de sociabilidad amistosa, y el 1.5% en contexto de ocasionalidad. Entre los hombres, en tanto, el contexto de pareja alcanza sólo al 60%, el de amistad al 27.6% y el de ocasionalidad al 11.7%.

GRAFICO 33



Puede sugerirse que esta generación continúa y profundiza la tendencia de las décadas precedentes, en orden a una estabilización de la sustitución del esposo por el pololo bajo un contexto de pareja, en el caso de las mujeres, y a una profundización de la iniciación sexual en contexto de pareja, y una erradicación de la iniciación en contexto de comercio sexual. Recordemos que en la generación nacida entre 1975 y 1980 un 95% se iniciaba con algún tipo pareja (90% con plolo/novio y 5% con esposo). Entre los hombres de esa generación, sólo un 52.4% se inició con polola o esposa, asimilables a la noción de pareja,

3.6. Escenarios en que conocen los actores que interactúan sexualmente.

Etnográficamente se ha observado respecto de la sexualidad juvenil urbana contemporánea el uso de distintos ámbitos de sociabilidad en torno a los cuales se generan distintos tipos de vínculo y acercamiento a la sexualidad (Palma et al., 2005). Territorios y temporalidades de la estructuración de la sociabilidad juvenil, en especial del tiempo festivo, del ocio y del consumo cultural, conllevan aproximaciones específicas a la sexualidad, y se organizan como base social y cultural de sus contextos específicos.

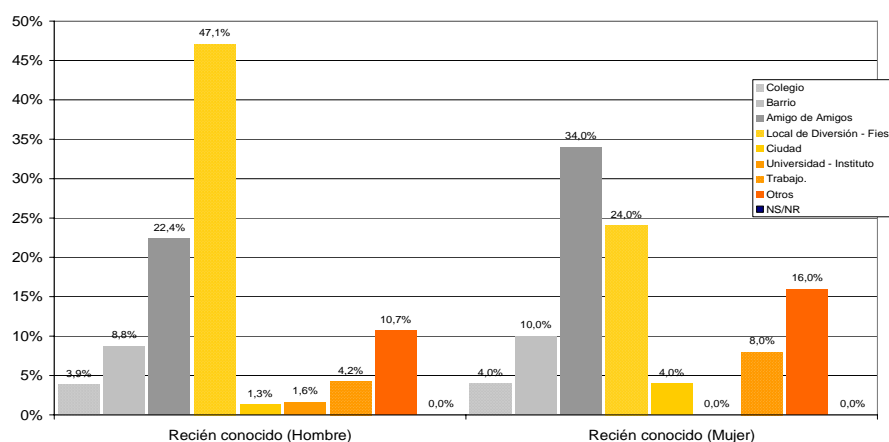
Aquí presentamos los escenarios espaciales y temporales en los cuales se producen los encuentros de los sujetos jóvenes, hombres y mujeres, y los tipos de relacionamientos que se inscriben en tales

escenarios. Los tipos de relacionamientos constituyen, para nosotros, los contextos específicos de las interacciones sexuales: pareja, ocasionalidad, amistad.

De forma general, en la **Encuesta de Trayectorias Sexuales Juveniles en la Sociedad Chilena** (UDECHILE/CONASIDA, 2005), el encuentro con sujetos a los que no se conoce previamente – llamados *recién conocidos* o *desconocidos*- se asocia al circuito de consumo cultural y del ocio, territorialmente lejano y temporalmente no cotidiano; secundariamente, a una interactividad basada en la amistad, próxima, aunque sin referencia territorial y temporal delimitada. El primero está constituido por el *local de diversión*, más importante para hombres que para mujeres (47.1% y 24%, respectivamente). El último corresponde a los encuentros activados mediante los amigos - *amigo de amigos*-, más importante entre las mujeres que entre los hombres (34% y 22.4%, respectivamente).

GRAFICO 34

LUGAR DONDE SE CONOCE A PAREJA SEXUAL
SEGUN TIPO DE VINCULO Y SEXO

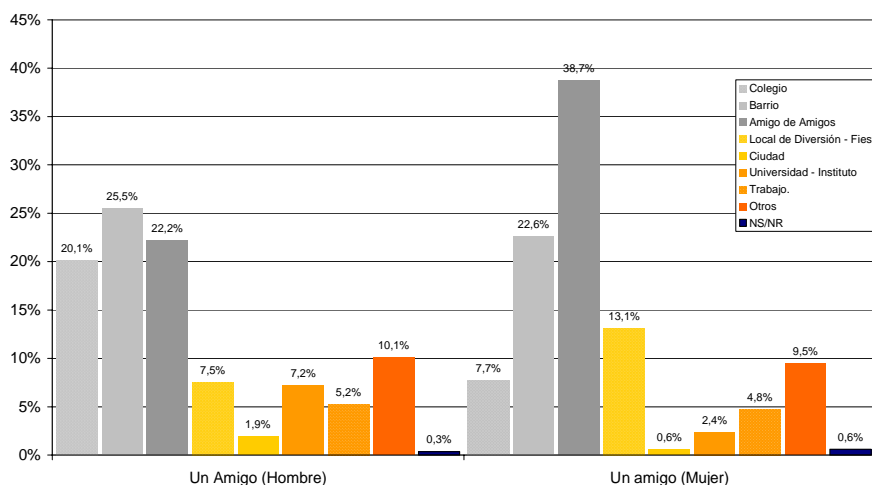


Por su parte, el encuentro sexual con *amigos/as* se asocia al circuito de cotidianidad y de sociabilidad territorial próxima. El barrio, igualmente importante para mujeres y hombres (25.5% hombres, 22.6% mujeres), conjuga una espacialidad y una temporalidad más próxima a la cotidianidad. Los amigos de amigos, más importante entre las mujeres (38.7% y 22.2%, respectivamente), representan una sociabilidad que media en este contexto como en otros, especialmente en los encuentros de las mujeres. El colegio, más importante para los hombres (20.1% hombres, 7.7% mujeres), constituye un espacio institucional de sociabilidad juvenil cotidiana marcada por la regularidad del contacto y por la estabilidad en el tiempo.

Puede sugerirse que las diferencias entre hombres y mujeres justamente expresen dos modos de representarse esta condición de la sociabilidad (encontrarse todos los días por muchos años), como una constricción a la libertad sexual de las mujeres jóvenes: ellas pueden ser observadas en su selectividad y disponibilidad por una comunidad escolar normativizada desigualmente sobre asuntos sexuales por razones de género.

GRAFICO 35

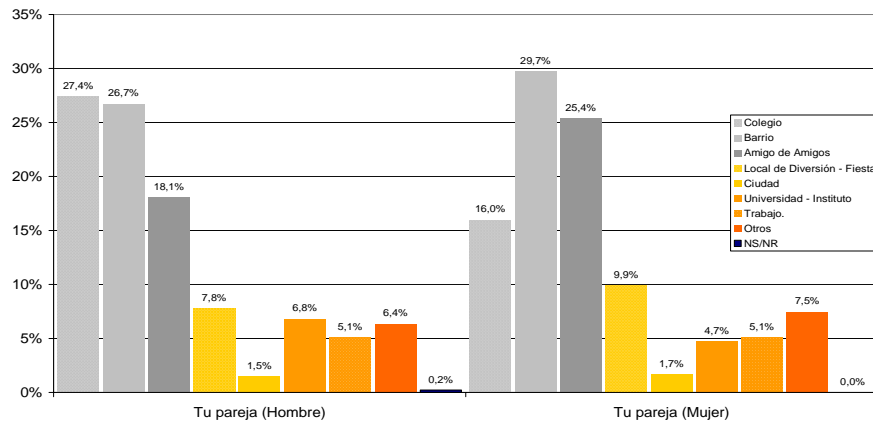
LUGAR DONDE SE CONOCE A PAREJA SEXUAL
SEGUN TIPO DE VINCULO Y SEXO



Por otra parte, el encuentro con una *pareja* se asocia al circuito de cotidianidad y de sociabilidad territorial próxima. El colegio, más importante para los hombres (27.4% hombres, 16.0% mujeres), constituye un espacio institucional de sociabilidad juvenil de relaciones de amistad y formación de primeras parejas. El barrio, igualmente importante para mujeres y hombres (26.7% hombres, 29.7% mujeres), conjuga una espacialidad y una temporalidad cotidiana, pero más extensa y abierta que el colegio. Los amigos de amigos, más importante entre las mujeres (25.4% y 18.1%, respectivamente), representan una sociabilidad que media en este contexto como en otros, especialmente en los encuentros de las mujeres.

GRAFICO 36

LUGAR DONDE SE CONOCE A PAREJA SEXUAL
SEGUN TIPO DE VINCULO Y SEXO



Finalmente, puede sugerirse que los escenarios espaciales y temporales en los cuales se originan los encuentros sexuales resultan más similares entre hombres y mujeres en el contexto de pareja, y remiten a escenarios más próximos espacial y temporalmente. Las mujeres, puestas fuera del contexto de la pareja -en los contextos del sexo en relaciones con amigos y con sujetos a los que no se conoce previamente- requieren mayor mediación de la amistad (*amigo de amigos*), es decir, de un vínculo que hace posible abrirse a la exploración de relaciones sexuales tras una sociabilidad que introduce un acortamiento de la distancia, sea como información, confianza y otros aspectos no estudiados aún. Los hombres, situados fuera del contexto de pareja, presentan una disponibilidad proporcional para la distancia espacial y temporal al tipo de contexto: mientras más lejano el vínculo, menos próximo el espacio territorial y más extra-cotidiana la temporalidad.

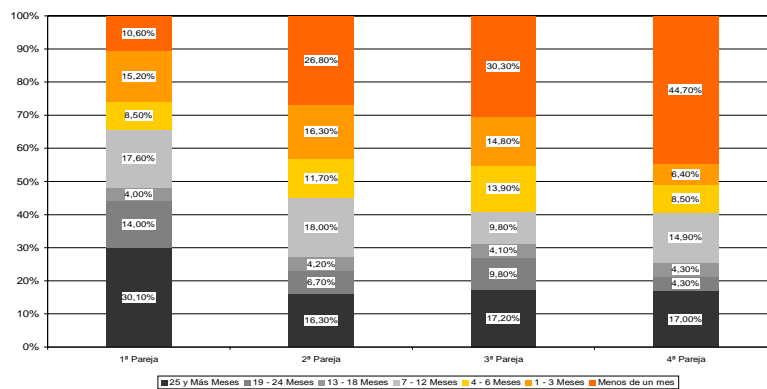
3.7. Duración de las parejas sexuales.

En las mujeres se observa una mutación de la duración de los relacionamientos en sus trayectorias sexuales. Desde una primera pareja sexual cuyo carácter episódico (menos de un mes) no supera el 10.6% y que en un 65.1% supera su prolongación los seis meses, las mujeres jóvenes transitan a una segunda pareja sexual en que lo episódico se eleva a 26.8% y la duración superior a los seis meses desciende en 21 puntos porcentuales. La tercera pareja sexual continúa la intensificación de lo episódico (30.3%) y la reducción de los relacionamientos prolongados (en torno al 40% de duración superior a seis meses). El paso a la cuarta pareja sexual implica una inflexión importante en el lugar de lo episódico: se eleva a 44.7%, y se ubica en niveles relativamente semejantes a los que exhiben los hombres a partir de la quinta pareja sexual, que es cuando ellos producen su

propia inflexión (la quinta, sexta y séptima parejas sexuales se sitúan en 45.9%, 47.6% y 48.6%, respectivamente).

GRAFICO 37

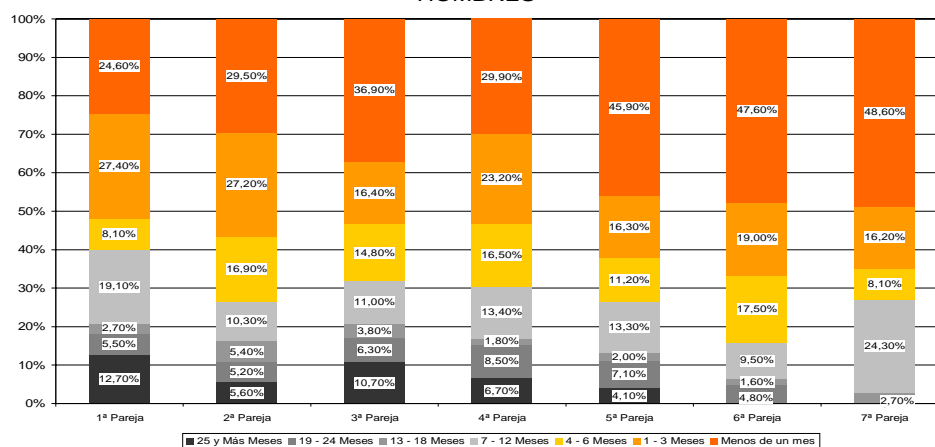
DISTRIBUCION RELATIVA DE TIEMPO DE DURACION SEGÚN EL ORDEN DE LAS PAREJAS SEXUALES MUJERES



Los hombres se inician en el marco de relacionamientos episódicos en una mayor proporción que las mujeres (24.6% versus 10.6%) y que en un 50.9% supera su prolongación los seis meses. Luego transitan a una segunda pareja sexual en que lo episódico se eleva a 29.5% y la duración superior a los seis meses desciende a 26.5%. La tercera y cuarta parejas sexuales continúan la intensificación de la brevedad. El paso a la quinta pareja sexual implica una inflexión importante en el lugar de lo episódico: se eleva a 45.9%, y se ubica en niveles relativamente semejantes a los que exhiben las mujeres a partir de la cuarta pareja sexual, que es cuando ellas producen su propia inflexión.

GRAFICO 38

DISTRIBUCION RELATIVA DE TIEMPO DE DURACION SEGÚN EL ORDEN DE LAS PAREJAS SEXUALES HOMBRES



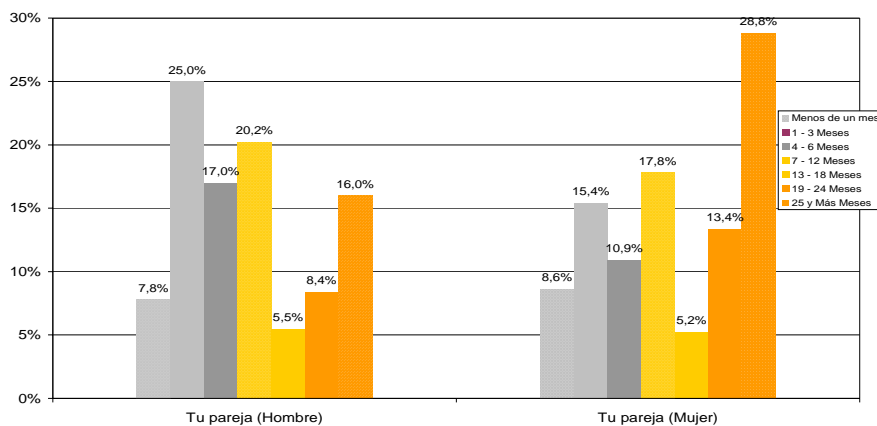
Observada la actividad sexual según el tipo de vínculo en que se inscribe, se observa una gradación temporal: una temporalidad mayor para las relaciones de pareja, una menor para las relaciones de amistad y una temporalidad más breve para los intercambios con sujetos recién conocidos.

Mientras una temporalidad inferior a un mes en contexto de pareja implica al 7.8% de hombres y al 8.6% de las mujeres, en contexto de amistad implica a 46.6% de hombres y a 58.8% de las mujeres, y en contexto de recién conocidos implica a 66.3% de hombres y a 60.8% de mujeres.

Por otra parte, una duración superior a 6 meses implica a 65.2% de mujeres y a 50.1% de hombres en contexto de relaciones de pareja; en tanto, implica sólo a 17.3% de hombres y 16.8% de mujeres en contexto de amistad; e implica a 10.6% de hombres y a 19.6% de mujeres en relaciones con recién conocidos.

GRAFICO 39

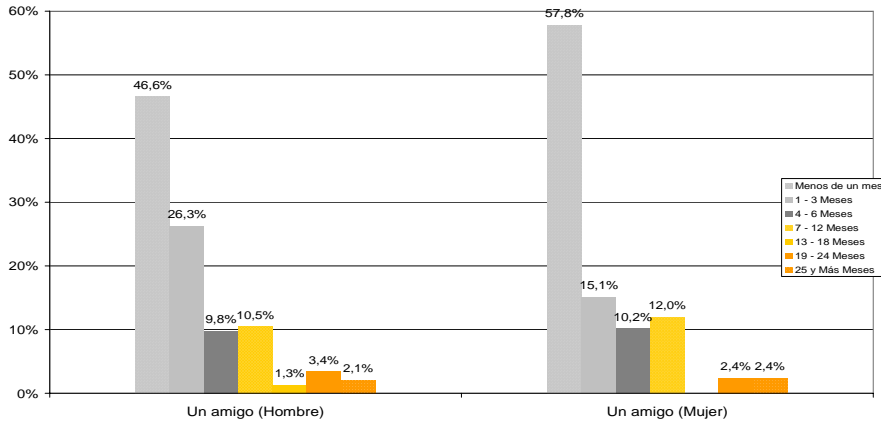
TIEMPO DE DURACION DE LA PAREJA SEXUAL CON "PAREJA",
SEGUN SEXO



El contexto de pareja conlleva diferencias en las temporalidades de mujeres y hombres: interacciones sexuales más prolongadas para las primeras: 50.2% de hombres y 65.1% de mujeres tienen relaciones superiores a 6 meses, -un 28.8% tiene una duración superior a los 2 años.

GRAFICO 40

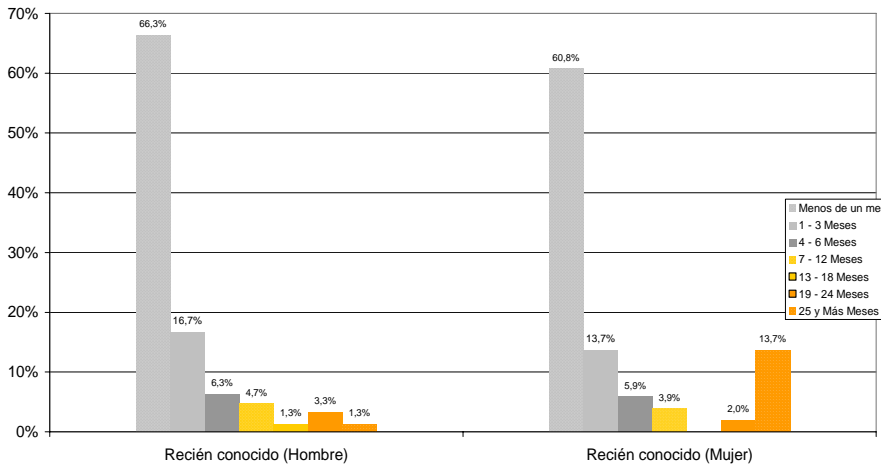
TIEMPO DE DURACION DE LA PAREJA SEXUAL CON AMIGO, SEGÚN SEXO



En contexto de amistad, en sentido contrario, la interacción sexual se interrumpe más tempranamente entre las mujeres: un 57.8% de éstas dura menos de un mes, en tanto lo hace sólo un 46.6% de los hombres. Las temporalidades de los intercambios sexuales en contextos amistosos y de recién conocidos tienen gran similitud. En la población masculina, se diferencian básicamente porque prolongan un poco más las relaciones en contexto de amistad: el 26.3% dura entre 1 y 3 meses, diez puntos más que los que interactúan con sujetos recién conocidos.

GRAFICO 41

TIEMPO DE DURACION DE LA PAREJA SEXUAL CON RECIEN CONOCIDO, SEGUN SEXO



La declaración por parte de los/as entrevistados de su actividad sexual con sujetos definidos en la encuesta como *recién conocidos* de una temporalidad mayor a un(os) (pocos) episodios: -39.2% entre las mujeres y 33.7% entre los hombres tiene una duración superior a un mes-, hace discutible la interpretación habitual de lo que se denomina como *sexo ocasional*, o como sexo en contexto de ocasionalidad. Un primer encuentro sexual con un recién conocido puede fundar una relación durable, no episódica.

3.8. Los espacios de las prácticas sexuales juveniles en la sociedad chilena.

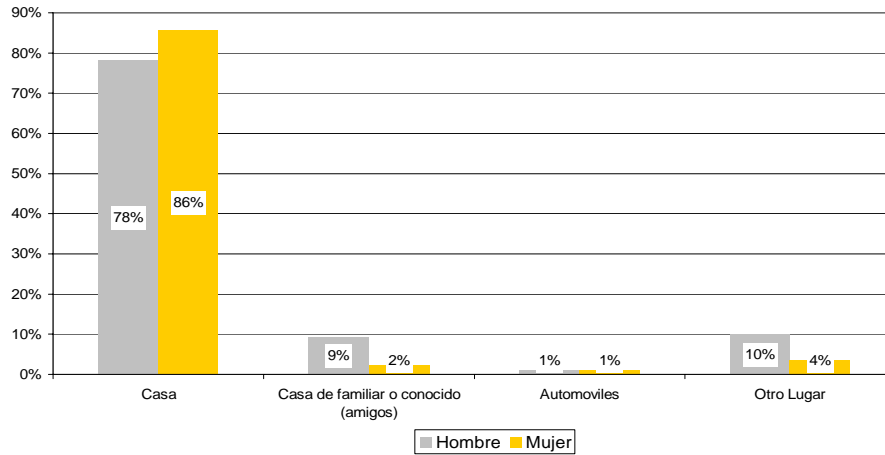
“¿Cree usted que los padres deben permitir a sus HIJAS tener sexo en la casa?”, “¿cree usted que los padres deben permitir a sus HIJOS tener sexo en la casa?” son preguntas de la Tercera Encuesta Telefónica sobre Responsabilidad Sexual, realizada por la Universidad de Chile y Fundación IDEAS en la Región Metropolitana en 2003, con una muestra de 395 de padres y de hijos adolescentes. Son una misma pregunta, que busca reconocer si existen dos respuestas debidas al género y a las posiciones generacionales. Respecto de la primera pregunta, el 95% de padres y un 78% de hijos responden *No*. Respecto de la segunda pregunta, un 95% de padres y un 75% de hijos responden *No*.

En otra parte de esta Tesis analizamos la extendida legitimidad de la iniciación sexual premarital. Investigaciones desarrolladas por el Grupo Iniciativa y por la Fundación Futuro, permiten situar una tendencia cultural que atraviesa gran parte de la sociedad chilena. La primera muestra que casi 6 de cada 10 de las mujeres entrevistadas tiene una opinión favorable sobre el inicio de la vida sexual antes del matrimonio; de éstas 1 de cada 4 mujeres opina que la mujer puede iniciar su vida sexual cuando lo desee. Esta proporción aumenta a una de cada 3 mujeres en el tramo de mujeres más jóvenes, 20 a 33 años. Esta opinión coincide con lo que expresan los hombres. Por su parte, la última muestra que respecto a las relaciones sexuales antes del matrimonio, un 46.5% de la población opina que no son ni buenas ni malas, un 39.5% opina que son buenas y sólo un 11.5% que son malas. Ello deviene en reconocimiento de la sexualidad juvenil.

Sometidos las y los jóvenes entrevistados en la ***Encuesta de Trayectorias Sexuales Juveniles en la Sociedad Chilena***, a la pregunta por los espacios de las prácticas sexuales –privados y públicos, habitacionales y callejeros, domiciliarios o comerciales, habitaciones o automóviles, u otros-, de forma general, la casa propia, o del/la otro/a, se presenta como el espacio propiamente del sexo juvenil. Cualquiera de los otros espacios es muy poco importante. El hogar propio -de uno de los partners- es más importante para las mujeres (86% para ellas y 78% para ellos). Los hombres suman las casas de personas próximas y otros lugares (22%), y las mujeres agregan el motel (11%).

GRAFICO 42

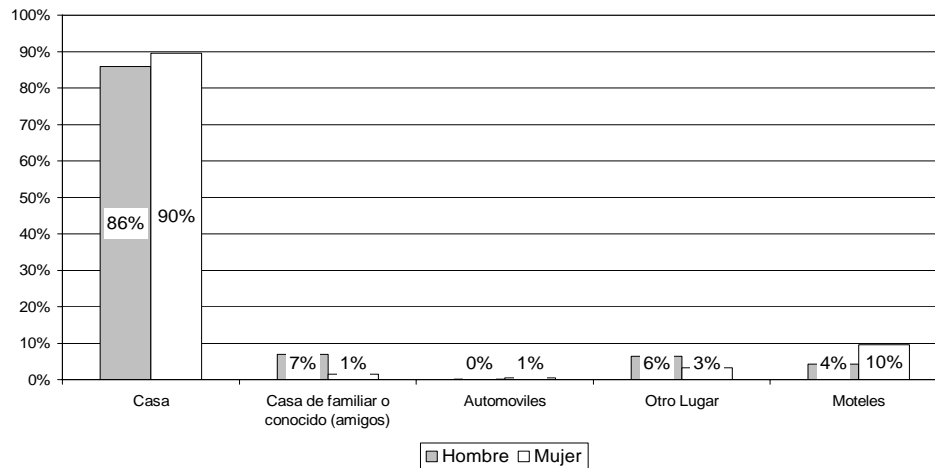
LUGARES DE LAS PRACTICAS SEXUALES DE HOMBRES Y MUJERES JOVENES ENTRE 15 Y 24 AÑOS



Respecto de la primera relación sexual que se tiene en la vida, la casa propia, o del/la otro/a, se presenta como el espacio privilegiado. Cualquiera de los otros espacios es muy poco importante. El hogar propio -de uno de los partners- es más importante para las mujeres (90% para ellas y 86% para ellos).

GRAFICO 43

LUGARES DE LA PRIMERA RELACION SEXUAL DE POBLACION JOVEN (15 A 24 AÑOS) SEXUALMENTE ACTIVA SEGÚN SEXO



Los lugares de las prácticas sexuales son altamente estables en el marco de las trayectorias sexuales juveniles. Observadas las trayectorias hasta la cuarta pareja sexual. Sólo a partir de la

terca pareja sexual se eleva levemente el uso de casas de personas próximas, moteles y otros lugares.

GRAFICO 44

LUGARES DE LAS PRACTICAS SEXUALES EN TRAYECTORIAS SEXUALES DE JOVENES 15 A 24 AÑOS HOMBRES

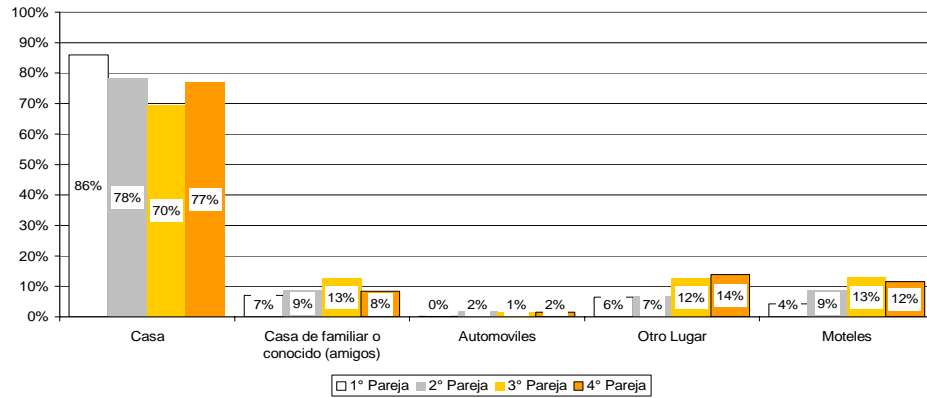
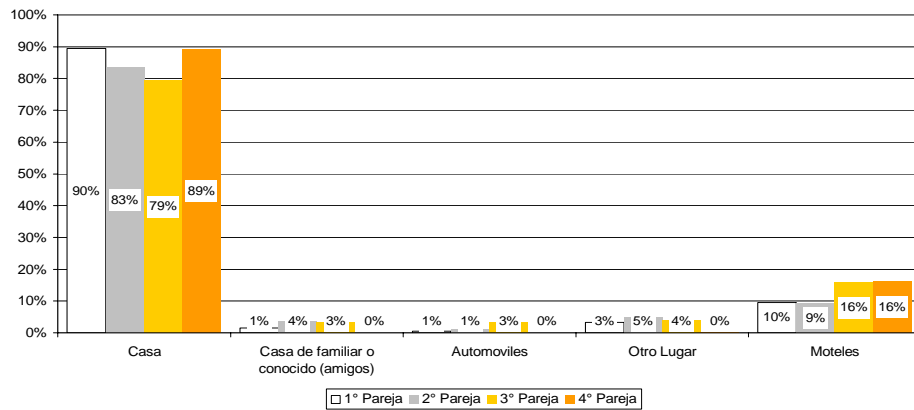


GRAFICO 45

LUGARES DE LAS PRACTICAS SEXUALES EN TRAYECTORIAS SEXUALES DE JOVENES 15 A 24 AÑOS MUJERES



CAPITULO IV

EVOLUCION DE LA BRECHA DE GÉNERO EN MAGNITUDES DE PAREJAS SEXUALES⁶⁷

1. Introducción.

En la sociedad chilena, en contexto tradicional, las prescripciones sociales y culturales existentes indicaban no sólo el sexo en contexto marital y una alta selectividad a las mujeres, sino también la monogamia: ésta no sólo en cuanto renuncia a la simultaneidad de parejas, sino también en cuanto experimentar una única pareja (sexual) en el curso de la vida. Para los hombres, en tanto, las prescripciones sociales y culturales indicaban una pluralidad de contextos, una alta disponibilidad para el sexo y una rigurosa clasificación de las mujeres. Se trataba de una organización social de la sexualidad basada que investigadores europeos como Osmo Kontula llaman de doble estándar.

La tendencia observada hacia una entrada más temprana a la sexualidad activa que ha tenido lugar en las generaciones más recientes y que ha implicado fundamentalmente a la población femenina, supone una separación de sus primeras relaciones sexuales respecto de la conyugalidad⁶⁸. Las mujeres de las generaciones jóvenes no sitúan su entrada en la sexualidad activa en el horizonte próximo del matrimonio, como sexualidad monogámica.

Por otra parte, la experiencia de la ruptura conyugal, sea después del matrimonio o de la cohabitación, se vuelve una experiencia crecientemente común en nuestra sociedad. La separación se incrementa en la última década; en las mujeres aumenta preferentemente en las cohortes mayores (sobre 45 años) y en los hombres desde las cohortes de edad mediana (desde los 30 años). La existencia de periodos en que los sujetos están sin pareja es creciente.

Por ello, en la actualidad, las vidas sexuales pueden implicar una sucesión continua o discontinua de parejas sexuales en el curso de la vida –como periodo de sexualidad juvenil, antes de entrar en relaciones de pareja estabilizadas; como sexualidad en contextos postmaritales, cuando las condiciones de la conyugalidad se han modificado, y las generaciones más jóvenes experimentan el divorcio con mayor probabilidad que las mayores; incluso, como sexualidad extramarital, en

⁶⁷ Pareja sexual ha sido definida como toda persona con la cual se ha compartido una práctica sexual genital. Tal definición prescinde del vínculo afectivo o institucional existente entre las personas concernidas.

⁶⁸ Véase capítulo III, sobre procesos de iniciación sexual en la sociedad chilena.

contextos normativos que, aunque valorando la fidelidad, no obstante, sitúan las posibilidades de su incumplimiento, a diferencia del pasado, también en las mujeres.

¿Existe una evolución temporal en la expansión del número de parejas sexuales por parte de las mujeres y los hombres?; ¿cómo se configuran las declaraciones relativas al número de parejas sexuales?; cuando las condiciones de la conyugalidad y de entrada en la sexualidad se han modificado, ¿cómo se expresan dichos fenómenos en el número de parejas sexuales por parte de las mujeres en el curso de sus vidas?

Aquí se analizan los datos emanados de las bases de datos de la **Encuesta Nacional de Comportamiento Sexual** (CONASIDA/ANRS, 1998), y de las bases de datos de la **Encuesta de Trayectorias Sexuales Juveniles en la Sociedad Chilena** (UDECHILE/CONASIDA, 2005).

Respecto de la primera Encuesta, se analiza la declaración sobre número de parejas sexuales en el curso de la vida de la población chilena desde 18 a 69 años de edad en el tiempo de aplicación de la Encuesta CONASIDA/ANRS, 1998. El análisis trata sobre las magnitudes declaradas según la variable de género; considera la evolución en las declaraciones por generaciones, tomando tres cohortes del conjunto de grupos o cohortes por año de nacimiento con que hemos abordado de forma general los análisis de esta Encuesta; indaga sobre los procesos de término e interrupción de las interacciones sexuales en conexión con la disponibilidad o no de parejas sexuales. Respecto de la última Encuesta, se analiza la existencia de la brecha de género en etapa de sexualidad juvenil, en la configuración de las trayectorias de la población chilena entre 15 y 24 años de edad en el tiempo de aplicación de la Encuesta UDECHILE/CONASIDA.

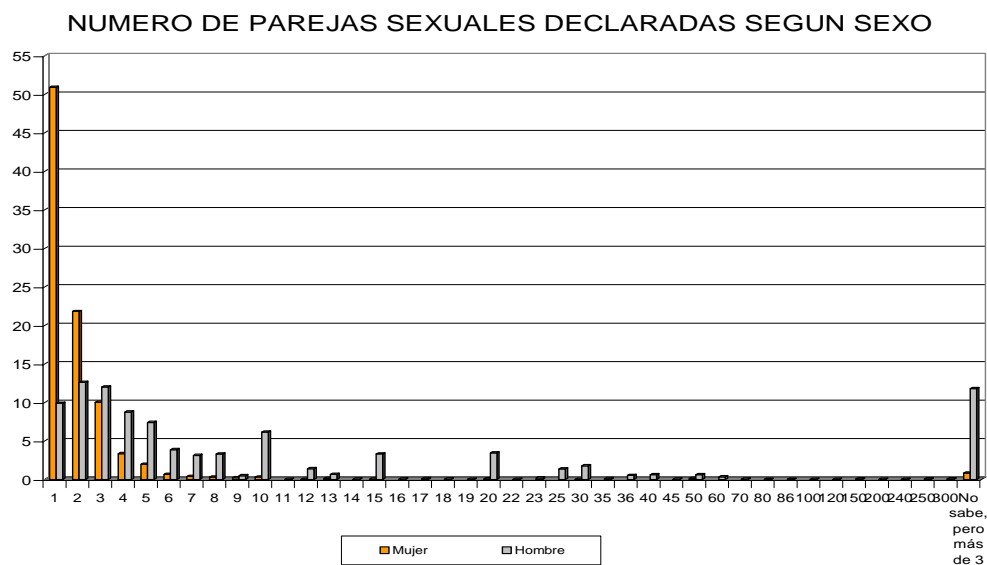
Finalmente, mediante la combinación de información proporcionada por ambos instrumentos, se analiza el fenómeno de la declaración relativa al número de parejas sexuales en la investigación de base estadística. Ello nos permite sugerir algunas hipótesis en orden a la comprender la cuantificación, los discursos y representaciones sociales relacionadas con las relaciones de género, selectividad femenina y licencia masculina, normatividades sexuales relativas a los contextos sexuales.

2. Evolución en la declaración del número de parejas sexuales en las generaciones y en los géneros.

La encuesta CONASIDA/ANRS muestra diferencias notables en el número declarado de parejas sexuales según género y según generaciones. De forma general, en la población masculina

alcanza a 7.2, en tanto que en la femenina alcanza sólo a 1.8 el número de parejas sexuales en la vida.⁶⁹

GRAFICO 1



Bajo el supuesto que la mayoría de los entrevistados sean heterosexuales, el promedio y la suma del número de parejas entre hombres y mujeres debiera ser similar, sin embargo, calculados los valores, resultan muy disímiles.

CUADRO 1

NUMERO DE PAREJAS SEXUALES SEGUN SEXO					
	Promedio número de parejas (*)	Una Pareja	Dos Parejas	Tres Parejas y más	Total Pareja
Hombre	8,2	10,3%	13,1%	74,9%	19.810.413
Mujer	1,9	55,5%	23,8%	20,1%	5.388.154

(*) Excluimos para este cálculo a los sujetos que responden "tres o más parejas" por indefinición, lo que dificulta la estimación que se pretende. Por ello, no coinciden con las señaladas anteriormente.

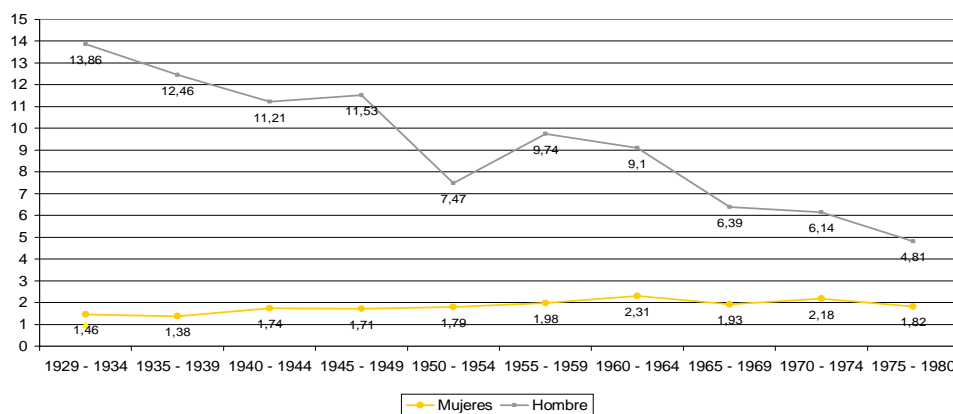
Usamos aquí la suposición que existe técnicamente una *sub-declaración* por parte de las mujeres y una *sobre-declaración* por parte de los hombres; no obstante, no se trata de un problema metodológico sencillo. Abordamos más adelante esta cuestión que resulta clave en el análisis, por cuanto remite no sólo al nivel tecnológico (la encuesta y su aplicación), sino al nivel teórico de la investigación (a la construcción del objeto).

⁶⁹ La investigación estableció tres periodos de tiempo: toda la vida, los últimos 5 años y los últimos 12 meses.

Para poner en perspectiva histórica tales reportes de hombres y mujeres, de modo de conocer su evolución en el tiempo, formulamos a continuación un análisis que procura una aproximación generacional al fenómeno. Sabemos que la variable en estudio refiere a una práctica en curso y, por ello, puede expresar diferencias etarias. Sin embargo, si encontrásemos que cohortes más jóvenes superan a otras más antiguas, podríamos proponer que ello exprese una tendencia al incremento en esta variable.

GRAFICO 2

PROMEDIO DE NUMERO DE PAREJAS SEXUALES EN EL CURSO DE LA VIDA, SEGÚN COHORTES DE NACIMIENTO Y SEXO



Por cierto, las generaciones más jóvenes de mujeres superan a las más antiguas, a pesar que ellas se encuentran en trayectorias sexuales todavía inaugurales y las últimas ya se encuentran en proceso de clausura de sus vidas sexuales. Con toda certeza, las primeras habrán tenido más parejas sexuales que las últimas cuando tengan su misma edad.

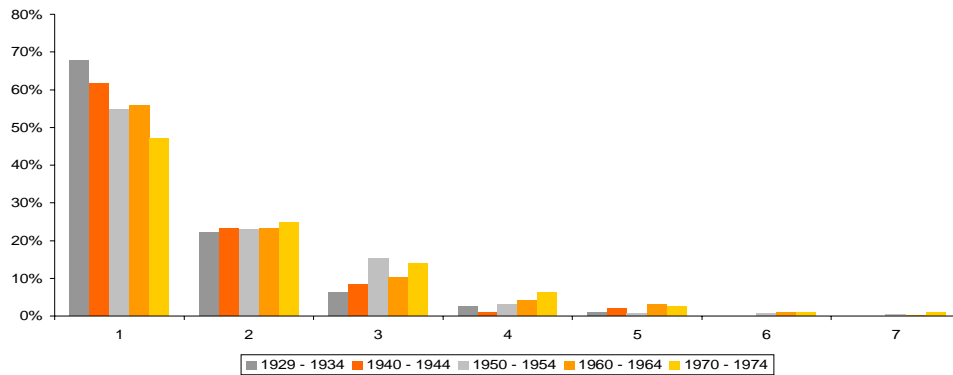
Analizamos a continuación pormenorizadamente la declaración de parejas por cohortes. Consideramos para el análisis cinco cohortes, ubicadas en distintos momentos del siglo XX: 1929-1934; 1940-1944, 1950-1954, 1960-1964 y 1970-1974.

En el periodo estudiado, el promedio del número de parejas sexuales declarado por las mujeres se eleva en el transcurso de las generaciones; las distribuciones de las cohortes estudiadas expresan una reducción de la declaración de una única pareja sexual en la vida, y, en contrapartida, un aumento de las opciones dos y tres parejas en las generaciones más jóvenes. Decece la cantidad de mujeres que declara una pareja sexual en la vida, desde 68% en 1929-1934, a 47% para la

cohorte más reciente, y, al mismo tiempo, aumenta la cantidad de mujeres que declara más de tres parejas sexuales desde 4% a 14%.

GRAFICO 3

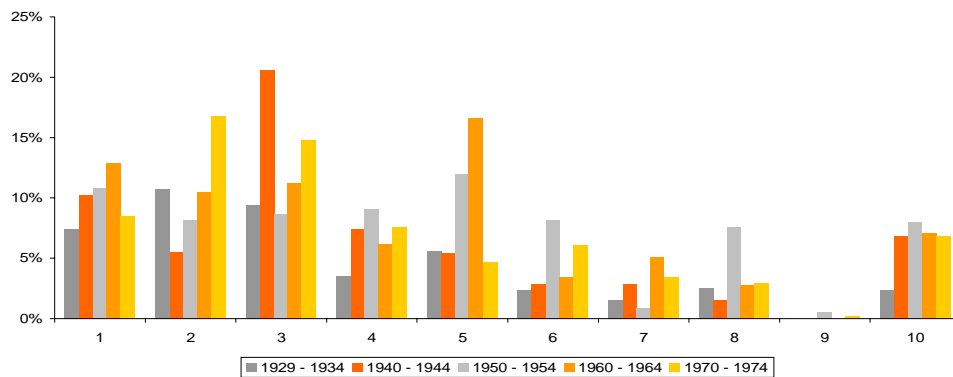
PROMEDIO NUMERO PAREJAS SEXUALES EN LA VIDA
MUJERES SEGÚN COHORTES DE NACIMIENTO
HASTA 7 PAREJAS



Los hombres muestran una disminución del número promedio de parejas sexuales en el transcurso de las diferentes generaciones. Al analizar de manera más específica las distribuciones del número de parejas en las diferentes generaciones, no se aprecia un patrón claro que explique dicha disminución; las respuestas han sido altamente dispersas.

GRAFICO 4

PROMEDIO NUMERO PAREJAS SEXUALES EN LA VIDA
HOMBRES SEGÚN COHORTES DE NACIMIENTO
HASTA 10 PAREJAS



¿Cómo interpretar estos datos? En el caso de la población masculina, tales variaciones pueden ser expresivas puramente de una progresión biográfica. No sabemos por ahora si ello expresa una tendencia a la reducción de parejas sexuales por parte de los hombres, en el marco de las transformaciones señaladas precedentemente. Las variaciones en las mujeres, por el contrario, pueden interpretarse como tendencias generacionales a la ampliación del número de parejas sexuales, por cuanto, las cohortes más recientes superan a las más antiguas en el número de parejas sexuales declarado, y tienen, a su vez, mayores posibilidades de incrementar el número de parejas en el curso de la vida que resta.

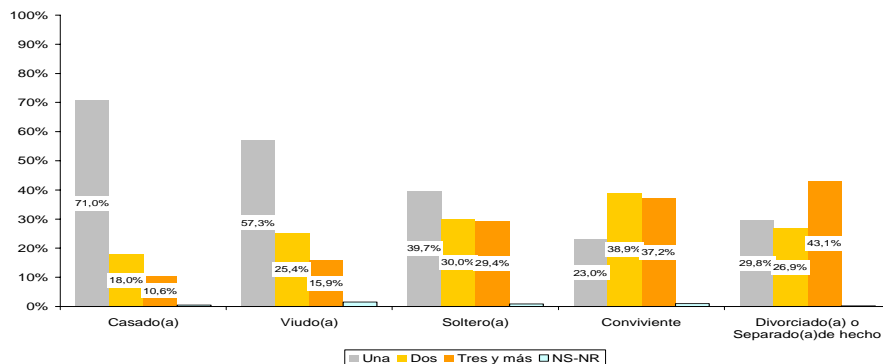
En general, aunque leve, el incremento en el número de parejas sexuales entre las mujeres tiene por efecto una reducción de la brecha en el número de parejas sexuales entre los sexos. En efecto, mientras para el rango de edad 60-69 años la relación del número de parejas de hombres y mujeres es de 1: 8.4, en el rango de edad 40-49 años desciende a 1: 4.9, en el rango de edad de 30-39 años baja a 1: 3.7, en el rango de edad de 20-29 años desciende a 1: 2.9, y en el de 18-19 años es de 1: 3.6 parejas sexuales.

3. Declaración del número de parejas sexuales y el estado civil de los/as sujetos.

Como puede observarse en el gráfico 5, declaran haber tenido sólo una pareja sexual en la vida una proporción baja de mujeres solteras, divorciadas y separadas de hecho, y cohabitantes: un 39,7%, un 29,8 % y un 23,0%, respectivamente. En cambio un 57,3% de viudas y un 71,0% de mujeres casadas declaran sólo una pareja sexual en el curso de la vida. Ello implica que los estados civiles discriminan respecto de las mujeres: si se está divorciada o separada de hecho, soltera o cohabitando se declara (o se ha tenido) un número mayor de parejas sexuales que si se está casada.

GRAFICO 5

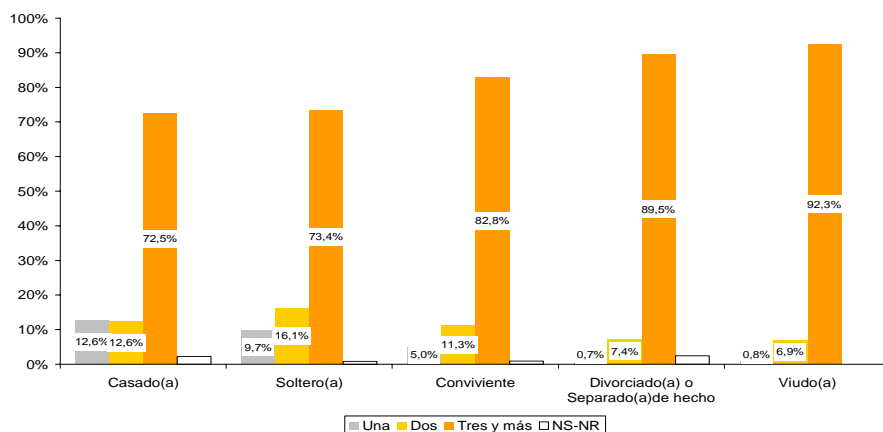
NUMERO DE PAREJAS SEXUALES, SEGÚN ESTADO CIVIL
MUJERES
(PORCENTAJES)



No obstante, los niveles de declaración no alcanzan los niveles de los hombres, para los cuales el estado civil no discrimina del mismo modo. Como puede observarse en el gráfico 6, la declaración de una sola pareja sexual es muy minoritaria: alcanza sólo el 12.6% entre los casados, 9.7% en los solteros, 6% en los cohabitantes, 0.8% en los viudos y 0.7% en los separados, y divorciados.

GRAFICO 6

NUMERO DE PAREJAS SEXUALES, SEGÚN ESTADO CIVIL
HOMBRES
(PORCENTAJES)

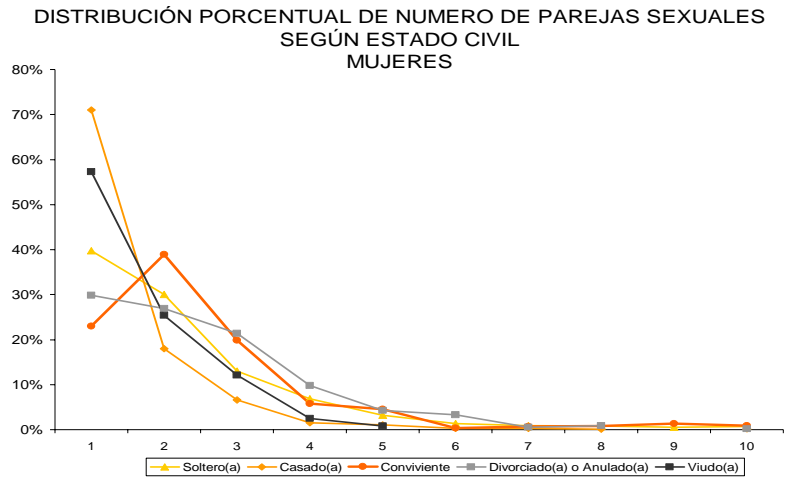


No obstante, entre los hombres el estado civil discrimina, pero en otros volúmenes de parejas. Los hombres casados son sistemáticamente los que declaran menor número de parejas. Los otros varían mucho en el tiempo. No presentan patrones persistentes. Los hombres cohabitantes, a partir de 1950-1954, se parecen más a los casados, reducen el número de parejas, aunque persiste más elevado. Los divorciados/separados declaran más parejas, pero varían en la mediana través de las generaciones.

Como puede observarse en el gráfico 7, en las diversas situaciones de pareja⁷⁰ las mujeres muestran una distribución decreciente a medida que aumenta el número de parejas; excepto en la convivencia, el número de pareja más recurrente es una. Las mujeres muestran una distribución de forma análoga, pero de magnitudes diferentes de acuerdo a las situaciones de pareja.

⁷⁰ La pregunta incluye variables propias de los conceptos de situación de pareja y estado civil, dualidad que dificulta la interpretación, ya que las categorías de respuestas no incluyen todas las combinaciones posibles.

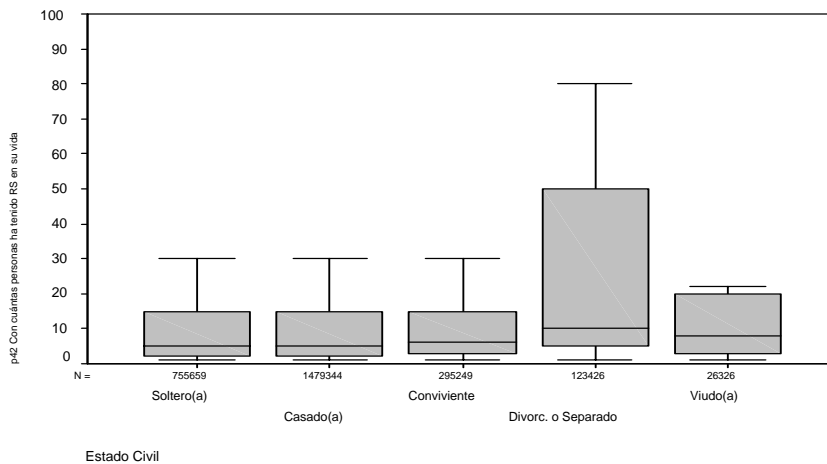
GRAFICO 7



En el caso de los hombres, no existe una moda importante en ningún estado civil. Para comprender su distribución hemos construido diagramas de cajas que muestran las distribuciones centrales del número de parejas según estado civil. En el caso de *solteros*, *casados* y *convivientes* muestran una distribución similar (mediana de cinco y seis parejas). Mientras los *divorciados/separados* y los *viudos* declaran un mayor número de parejas sexuales, oscilando entre tres y cincuenta parejas.

GRÁFICO 8

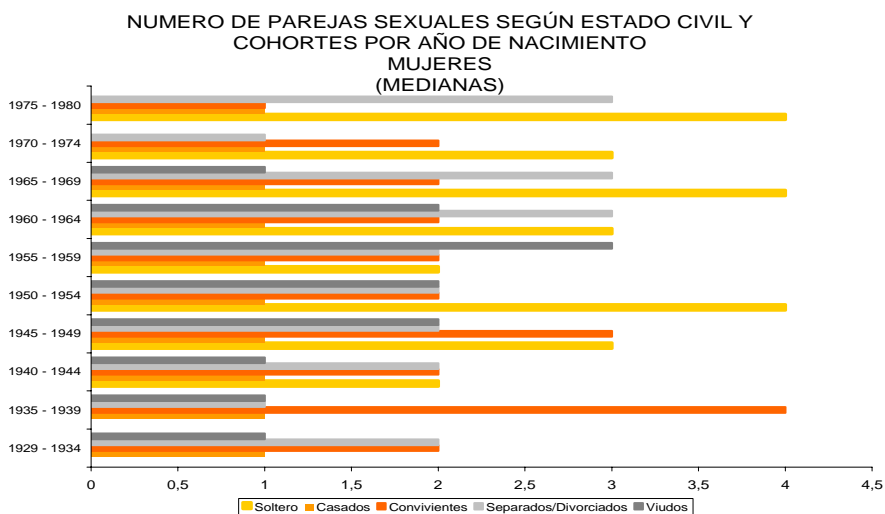
NÚMERO DE PAREJAS SEGÚN ESTADO CIVIL



La generación (la cultura sexual) o la edad (el tiempo transcurrido) operan de forma distinta entre las mujeres en su declaración. Las mujeres actualmente casadas, en cualquiera de las

generaciones declaran uniformemente una pareja sexual en el curso de la vida. Independientemente del tiempo de sus vidas transcurrido -y aunque puede hipotetizarse que parte importante de ellas haya tenido trayectorias de parejas que incluyen un segundo o tercer matrimonio- señalan la cifra mínima. Las mujeres que cohabitan tienden a situarse en torno a dos parejas sexuales en el curso de las generaciones. Las mujeres actualmente solteras son las que, de forma general, declaran mayor cantidad de parejas sexuales a través del tiempo: van ampliando el número desde 1940 a dos parejas, para llegar en las generaciones más recientes a tres y cuatro parejas, es decir, a menor tiempo de ejercicio sexual, igualmente presentan más parejas sexuales. De igual modo, las mujeres divorciadas y separadas de hecho se ubican hasta 1960 en torno a dos, y después se estabilizan en tres parejas sexuales.

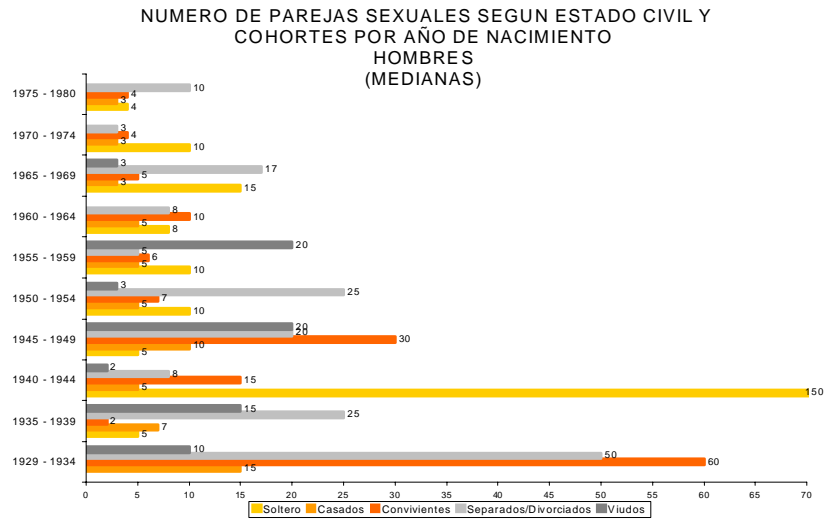
GRAFICO 9



Por su parte, los hombres actualmente casados presentan niveles relativamente bajos entre sus congéneres, en una tendencia decreciente según las edades hasta llegar a tres parejas sexuales entre los nacidos a partir de 1965 (33 años y menos). Los hombres que cohabitan presentan niveles disímiles en las diversas cohortes, aún cuando coinciden con los casados en una reducción del número en torno a esas mismas edades. Los hombres actualmente solteros, de forma general, declaran mayor cantidad de parejas sexuales que los unidos, y a través del tiempo presentan fluctuaciones.⁷¹ Los hombres divorciados y separados de hecho presentan de forma muy sistemática niveles mayores de parejas sexuales.

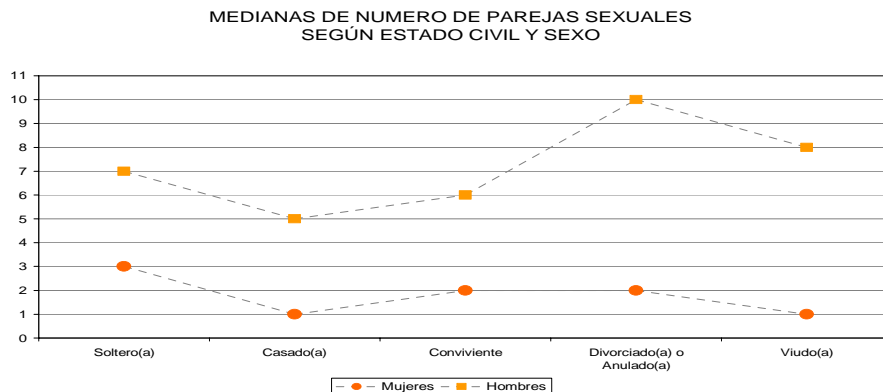
⁷¹ Debe tenerse presente que este grupo es muy pequeño en las generaciones mayores.

GRAFICO 10



Existe una cierta correlación entre la declaración de algunos estados civiles. Como puede observarse en el Gráfico 11, a pesar de las diferencias de magnitudes en las parejas sexuales declaradas, puede sugerirse la existencia de cierta correlación entre las mujeres y los hombres según los estados civiles. Es notable el hecho que las mujeres solteras declaren el mayor número de parejas sexuales entre las mujeres, al mismo tiempo que se incrementa progresivamente en las cohortes más jóvenes; y que las mujeres divorciadas/separadas de hecho, declaren un número relativamente bajo de parejas sexuales (la mayor brecha entre los sexos se produce en esta condición), por cuanto se esperaría una mayor declaración, dado que el divorcio se ha asociado al incremento en el número de parejas sexuales. Respecto de las últimas se hubiese esperado una inflexión sustantiva en la expansión de las parejas sexuales, sin embargo, no la producen. Por el contrario, entre las primeras resulta manifiesta una expansión en esta perspectiva.

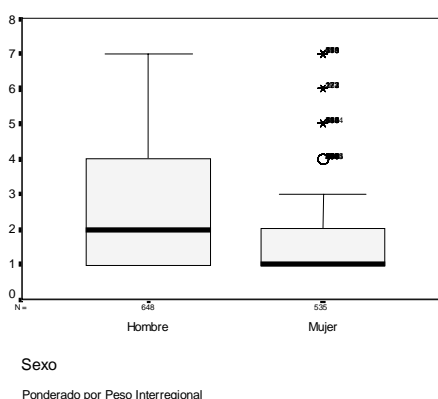
GRAFICO 11



4. Número de parejas sexuales informadas en población nacida entre 1980 y 1990.

En términos generales, la mediana de los jóvenes iniciados sexualmente se sitúa en dos parejas sexuales informadas. Al desagregar la información por sexo observamos medianas disímiles. La mediana de los hombres se posiciona en dos parejas, mientras en las mujeres se sitúa en una. Otro punto disímil entre hombres y mujeres es la dispersión de los datos: en los hombres, el 50% de los datos centrales se ubica en el tramo entre una y cuatro parejas; mientras en las mujeres se ubican en el tramo entre una y dos parejas.

GRAFICO 12
NÚMERO DE PAREJAS SEXUALES INFORMADAS

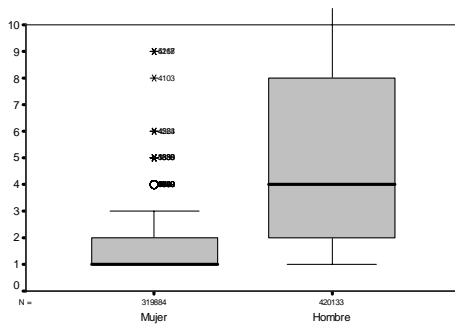


Al comparar los resultados de la encuesta UDECHILE/CONASIDA (2005) con la encuesta CONASIDA/ANRS (1998), se aprecian las siguientes evoluciones:⁷² entre los hombres disminuye el número de parejas declaradas; mientras en las mujeres, aumenta. Específicamente, los hombres jóvenes muestran una disminución de la mediana con respecto al número de parejas, y una mayor concentración en el número de parejas. Mientras tanto, entre las mujeres los cambios han sido menos drásticos, con una evolución sólo desde el percentil 50, con una mayor dispersión de los datos (aumento una sola pareja). Finalmente, como se muestra en el gráfico 13, puede destacarse que hombres y mujeres muestran en la actualidad un mayor grado de concordancia con respecto al número de parejas que 1998.

⁷² La comparación se realizó para jóvenes de 18 a 24 años, residentes en las regiones Metropolitana, Primera, Quinta y Octava.

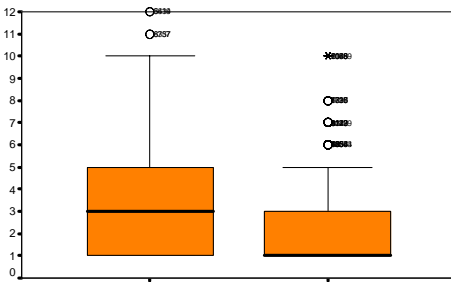
GRAFICO 13

NUMERO DE PAREJAS SEXUALES DECLARADAS EN JOVENE ENTRE 18 Y 24 AÑOS (1998) ENCUESTA CONASIDA/ARNS



Sexo Encuestado
Analysis weighted by FACSEX

NUMERO DE PAREJAS SEXUALES DECLARADAS EN JOVENES ENTRE 18 Y 24 AÑOS (2005) ENCUESTA UDECHILE/CONASIDA

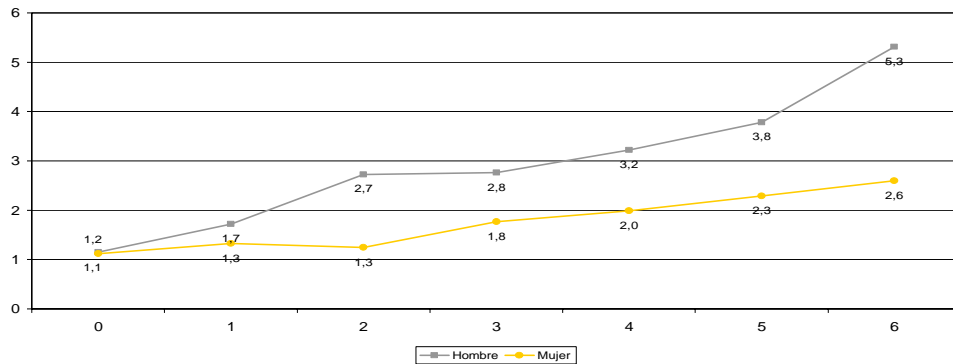


Sexo
Analysis weighted by PODE_001

Respecto de la evolución temporal de los relacionamientos sexuales puede afirmarse que el tiempo transcurrido desde la iniciación sexual juega a favor del incremento del número de parejas; sin embargo, el ritmo temporal muestra la fase inaugural de una brecha entre los sexos, a favor de los hombres.

GRAFICO 14

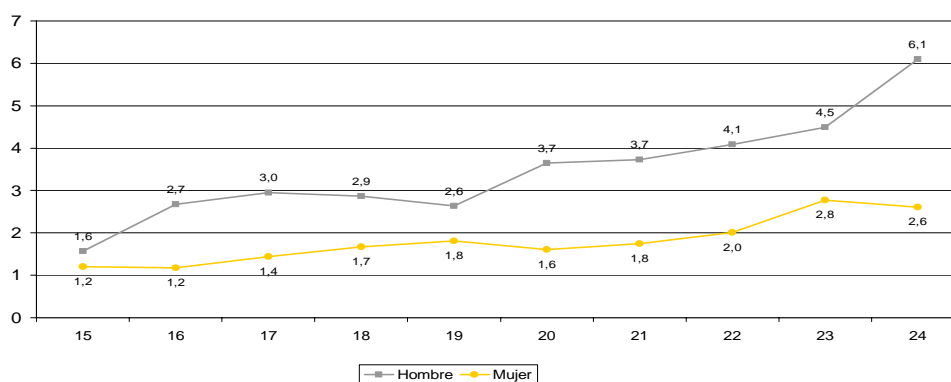
PROMEDIO NUMERO DE PAREJAS SEXUALES SEGUN AÑOS TRANSCURRIDOS DESDE LA INICIACION SEXUAL JOVENES 15 A 24 AÑOS



Del mismo modo, la edad implica un incremento de parejas sexuales entre los hombres y las mujeres y, de igual manera que sucede con el tiempo transcurrido desde la iniciación, a medida que alcanzan mayor edad, los hombres y mujeres construyen y profundizan una brecha en relación al grado de apertura a nuevas parejas.

GRAFICO 15

PROMEDIO NUMERO PAREJAS SEXUALES SEGÚN EDAD
JOVENES 15 A 24 AÑOS



6. **Naturaleza de la declaración: continuidad de la asimetría en las parejas sexuales entre hombres y mujeres.**

En la encuesta CONASIDA/ANRS, de igual modo que en investigaciones del mismo tipo desarrolladas en otras sociedades contemporáneas, se observa una diferencia persistente en el número declarado de parejas entre hombres y mujeres que no logra ser plenamente explicada⁷³.

Como se ha indicado más arriba, la encuesta CONASIDA/ANRS, de 1998, muestra diferencias notables en el número declarado de parejas sexuales según género: en la población masculina el número de parejas sexuales en la vida alcanza a 7.2, en tanto que en la femenina alcanza sólo a 1.8 en el curso de la vida. En las encuestas francesas de 1970 y 1992, los hombres declaran haber tenido en el curso de sus vidas 12 parejas en ambos casos, y las mujeres transitan de 1,8 en 1970 a 3,2 en 1992; persiste, por tanto, una diferencia sustantiva en el número de parejas declaradas por hombres y por mujeres (Bozon, 2001b). En la Polinesia Francesa, la encuesta de comportamiento sexual -publicada en 1999⁷⁴ muestra que el número mediano de parejas sexuales declaradas por hombres es 9.7 y por las mujeres es 3.4.

⁷³ Michel Bozon (1998) sostiene que el interés por el número de parejas en la investigación se inicia en los 1990, y responde, por una parte, a la influencia de una visión epidemiológica de la sexualidad, que considera el incremento de parejas como una oportunidad para la exposición a ITS; y, por otra parte, se vincula al interés en las ciencias sociales por la complejidad de las trayectorias sexuales que se desprende de las transformaciones de los comportamientos conyugales, como el aumento de las separaciones y de la formación de nuevas parejas, y la proporción creciente de personas que no viven en pareja.

⁷⁴ Ver Hubert, B ; Lahanier, D ; Mou, Y ; Ponia, D ; et Vergeaud, H, 1999. Comportements Sexuels et Prévention du SIDA. Ministère de la Santé et de la Recherche. Direction de la Santé et Association Messager Contre le Sida. Novembre. Paris.

6.1. La pregunta.

En los instrumentos suele preguntarse de los modos siguientes: *¿Con cuántas personas ha tenido relaciones sexuales?, ¿Cuántas parejas sexuales ha tenido?*⁷⁵ Se trata en general de una respuesta espontánea: la cifra es indicada por el interrogado. Suele indagarse más intensamente este tópico mediante una periodización de la pregunta a *toda la vida, últimos cinco años y últimos doce meses*, y a propósito del fenómeno denominado multi-pareja, derivado del campo de investigación en VIH.⁷⁶

La encuesta UDECHILE/CONASIDA, (2005), también analizada en esta Tesis, trató la cuestión de la medición del número de parejas sexuales de dos modos: un modo directo, orientado a la declaración de parejas sexuales, a través de la formulación de la pregunta *¿Cuántas parejas sexuales has tenido?*, a la cual los individuos responden en formato abierto con una cifra (que supone un proceso de adición o suma), y otro indirecto, orientado primariamente a investigar las trayectorias sexuales, que permite obtener de otra forma información relativa al número de parejas sexuales, a través de la aplicación de grupos de preguntas respecto de cada una de las parejas sexuales tenidas formulada en una sucesión abierta (*Sobre tu primera pareja, deseo hacerte las siguientes preguntas...; ¿Tuviste otra pareja después de esa?* En caso de respuesta positiva, se formulaba la siguiente pregunta: *Sobre esta pareja, deseo hacerte las siguientes preguntas...; etc.*)

Disponemos, por tanto, de dos mediciones distintas de los sujetos –declaración y registro-, hechas en una misma situación de entrevista. Estas debieran, en teoría, coincidir. Sin embargo, no coinciden con la sistematicidad teóricamente esperada.

Como puede observarse en el gráfico 16, en la situación de *declaración* hay individuos que mencionan hasta 50 parejas sexuales. No obstante, como puede observarse en el gráfico 17, en la situación de *registro* ninguno pasa de 7 parejas sexuales. A partir de esa cifra, el relato muy frecuentemente acaba o se interrumpe, adquiere extremada imprecisión, muestra gran vaguedad.

⁷⁵ Los investigadores definen *pareja sexual* como toda persona con la cual se ha compartido una práctica sexual genital. Por cierto, tal definición prescinde del vínculo afectivo o institucional existente.

⁷⁶ Ello, no obstante, no logra exhaustividad. En el futuro habrá que estudiar las parejas sexuales en contextos sociales y culturales y/o en trayectorias biográficas: las parejas sexuales y su cuantificación en contextos socioculturales –contexto de pareja o de ocasionalidad-, de ciclo vital –por ejemplo, antes del matrimonio o cohabitación, en situación de divorcio o viudez, etc.-, o contextos de desplazamiento geográfico: migraciones, trabajo a distancia, servicio militar, etc.

GRAFICO 16

NUMERO DE PAREJAS SEXUALES DECLARADAS POR JOVENES ENTRE 15 Y 24 AÑOS SEGUN SEXO

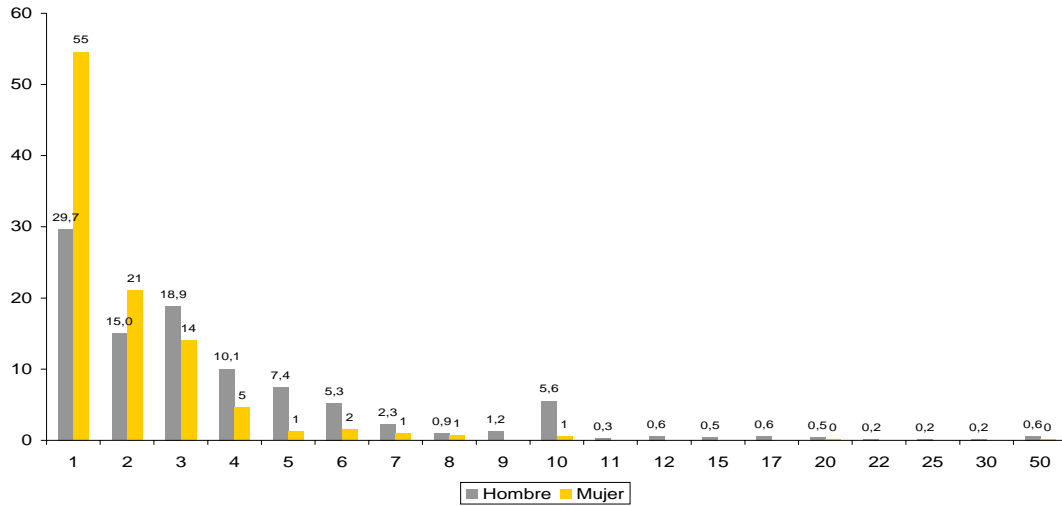
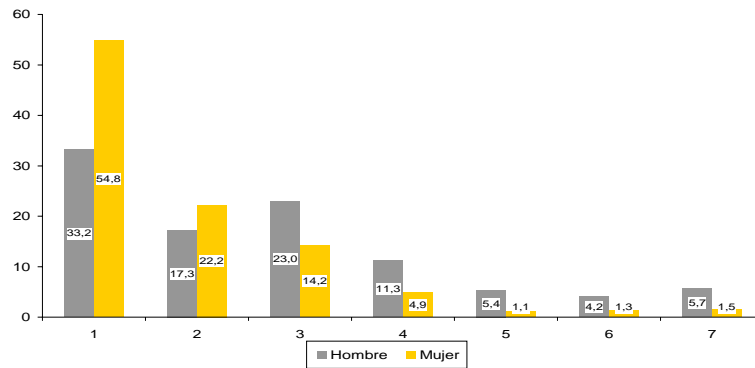


GRAFICO 17

NUMERO DE PAREJAS SEXUALES INFORMADAS POR JOVENES ENTRE 15 Y 24 AÑOS SEGUN SEXO



Observadas las dos mediciones -declaración y registro- por sexo, emerge una brecha entre los géneros: los hombres tienden a declarar un mayor número de parejas que las que logran informar (en tanto las mujeres tienden a presentar mayor similitud en ambas mediciones); a su vez, la edad profundiza tal brecha: es más importante en los segmentos de mayor edad investigados, a saber, 20-24 años.

CUADRO 2

DIFERENCIA ENTRE EL NÚMERO DE PAREJAS DECLARADAS Y PAREJAS INFORMADAS				
Sexo	Diferencia en favor de pareja	Edad		TOTAL
		15-19 años	20-24 años	
Hombre	Ninguna	89,4%	79,5%	82,7%
	1	0,5%	2,3%	1,7%
	2	2,9%	3,4%	3,3%
	3	2,9%	2,7%	2,8%
	4	1,9%	1,4%	1,5%
	5	1,4%	1,8%	1,7%
	6	0,5%	0,9%	0,8%
	7	0,0%	1,1%	0,8%
	8	0,0%	0,5%	0,3%
	9	0,0%	3,0%	2,0%
	10	0,0%	0,5%	0,3%
	13	0,0%	0,2%	0,2%
	15	0,0%	0,2%	0,2%
	16	0,0%	0,7%	0,5%
	17	0,0%	0,5%	0,3%
	18	0,0%	0,2%	0,2%
	20	0,5%	0,0%	0,2%
	25	0,0%	0,2%	0,2%
	43	0,0%	0,2%	0,2%
	49	0,0%	0,7%	0,5%
		100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	Ninguna	98,6%	97,1%	97,5%
	1	1,4%	0,5%	0,8%
	3	0,0%	0,3%	0,2%
	4	0,0%	0,3%	0,2%
	5	0,0%	0,5%	0,4%
	7	0,0%	0,3%	0,2%
	8	0,0%	0,5%	0,4%
	13	0,0%	0,3%	0,2%
	48	0,0%	0,3%	0,2%
			100,0%	100,0%

Por otra parte, *¿con cuántas personas ha tenido relaciones sexuales? o ¿cuántas parejas sexuales ha tenido?* son formulaciones que interrogan respecto de individuos. Las encuestas en general parecen operar con la medición de parejas sexuales en una temporalidad lineal como individuos, sean episodios o estadios, en la idea que los individuos, sea que permanezcan poco o mucho tiempo sexualmente relacionados, lo están una vez. No consideran la intermitencia la recursividad de los relacionamientos. En la Encuesta CONASIDA/ANRS cuando se indaga respecto de la última pareja sexual se menciona un conjunto de sujetos con los cuales los relacionamientos son recursivos e intermitentes: el o la ex-polo(a), ex-novio(a), ex-esposo(a), ex-conviviente(a). ¿De qué modo son ellos(as) contabilizados?

En la declaración relativa al número parejas sexuales suelen los sujetos dar cifras cerradas, números exactos, como si fuera un dato susceptible de ser traído a la situación de entrevista de tal forma. Cuando alguien dice 83 o 49 parejas sexuales, ¿puede realmente registrar exactamente cada pareja sexual que ha tenido y sumar sistemáticamente la última a todas las anteriores, cada vez que ello sucede, de modo de tener el dato disponible ante una interrogación?

El *dato* no es lo *dado*, es una construcción. Aquí se nos aparece aquello que se ha llamado el carácter paradójico de las ciencias sociales (Cottet, 1998). El objeto de las ciencias sociales, por tanto cada objeto singular de una específica investigación social, “empieza a existir -como objeto- al ser nombrado” (Alvira, García e Ibañez; 1986, pág.10). Al mismo tiempo, todo instrumento de investigación social constituye un “juego de lenguaje” (encuesta, entrevista, grupo de conversación, etcétera). El lenguaje es objeto (investigamos lo que se dice por algún sujeto) e instrumento (producimos lo que se dice por medio de interacciones que se proponen la simbolización -verbal o no verbal- controladas y planificadas para ello). La encuesta, por ello, sólo puede conocer estrictamente la “opinión” sobre un comportamiento cualquiera. Puede sugerirse que la opinión, en este caso, tiene sus propias vicisitudes.

Del mismo modo, el objeto “pareja sexual”, concepto, por demás, de uso relativamente reciente, está sujeto a una construcción cultural específica. La declaración de número de parejas expresa la construcción social de género en relación con lo sexual: “hay una delicada articulación entre el comportamiento real y la posibilidad de enunciarlo, pues ésta acaba por condicionar, en función de las presiones sociales, la iniciativa de los sujetos en relación a la propia conducta.” (Bozon; 2005, pág. 3).

6.2. Contabilidad, olvido femenino y posibilidades discursivas.

Diversos investigadores han formulado la existencia de modos socialmente construidos de contabilidad de las parejas sexuales específicos para los hombres y mujeres (Béjin, 1996; Bozon y Leridon, 1996; Sandford et al., 1998, Heilborn, 1992, 2004; citados en Bozon, 2005). Bozon (1998, 2003, 2005) ha propuesto una hipótesis sobre la estructura de los modos socialmente construidos de contabilidad en el ámbito de las parejas sexuales diferenciados según los géneros. Se sostiene que en las encuestas los sujetos interrogados visualizarían en forma diferente lo que contabilizan como parejas sexuales, a pesar de la definición oficial de investigación.

En esta perspectiva, se ha sugerido que las declaraciones hechas por las mujeres en las investigaciones de base estadística podrían expresar una contabilidad que incluiría a los sujetos/parejas sexuales que resultan ser significativos para ellas –por sus vínculos afectivos y/o por la duración de las relaciones-, en tanto, las declaraciones de los hombres considerarían a todos los sujetos con los cuales tuvieron una relación sexual, independientemente de los afectos y de la existencia o no de relación de pareja.

Dice Bozon: “La explicación frecuentemente dada es que las mujeres **rememoran selectivamente** los vínculos que tuvieron algún significado o compromiso, tendiendo a “**olvidar**” o a no computar las parejas de menor importancia.” (Bozon, 2001, p. 119). Dicho fenómeno expresaría en el plano de la subjetividad, una construcción social de las sexualidades de los géneros. Agrega Bozon: “Nuestro argumento sostiene que en la construcción social del género femenino existe una subordinación del sexo a la afectividad, aquí designada como perspectiva relacional sobre la sexualidad.

En contrapartida, la sexualidad en los hombres es socialmente modelada en el sentido de ser portadora de sentido en sí misma...” (Bozon, 2001, p. 105). En el plano de la subjetividad, se produciría un olvido, fruto de un fenómeno cercano -en opinión nuestra- a la reducción de disonancia cognitiva. Dice Bozon: “Aparentemente, las mujeres evitan hacer evidentes las experiencias que no contaron, que no corresponden a su idea de lo que deber ser una relación; interiorizan así las expectativas sociales muy constrictivas, anticipando juicios sociales severos hacia aquellas que han tenido experiencias múltiples.” (Bozon, 2005^a, p. 110). Se suman a dicha hipótesis los investigadores de la encuesta de la Polinesia Francesa: “Esta diferencia de declaración según el sexo podría ser atribuida, como en la Metrópolis (Francia) a una selección por parte de las mujeres de las parejas sexuales que han contado realmente en sus vidas, en tanto los hombres serían más exhaustivos en sus declaraciones” (pág. 7).⁷⁷

Las formulaciones anteriores parecen operar con el supuesto que la dificultad de declaración correspondería a un recorte (sub-declaración) por parte de las mujeres; que la declaración de los hombres se ajustaría a los hechos. Entonces, el problema se formula sólo como subdeclaración, femenina en este caso, y se deja fuera de análisis una aparente exhaustividad masculina (sobre-declaración).

Las formulaciones anteriores parecen operar con el supuesto que la dificultad de declaración correspondería a un recorte (sub-declaración) por parte de las mujeres; que la declaración de los hombres se ajustaría a los hechos. Entonces, el problema se formula sólo como subdeclaración, femenina en este caso, y se deja fuera de análisis una aparente exhaustividad masculina (sobre-declaración).

Sugerimos que se trata menos de una gestión de contabilización producida culturalmente, sino de unas posibilidades discursivas específicas, configuradas por unos discursos normativos sociales

⁷⁷ Traducción nuestra.

todavía no abiertos a las lógicas sexuales -“orientaciones íntimas”, diría Michel Bozon- no relacionales, del mismo modo que homogeneizantes respecto de los hombres en las lógicas no relacionales. Sostenemos que la expansión del número de parejas sexuales por parte de las mujeres continúa sostenida sobre una lógica relacional. Inversamente, los hombres continúan bajo lógicas no relacionales. Sostenemos que las mujeres pertenecientes a las nuevas generaciones podrían tener un discurso más autonomista. Por ello, sugerimos que la declaración de las mujeres puede ser comprendida más propiamente como *silenciamiento* que como *olvido*: *silenciarse sobre muchos*. Del mismo modo, la declaración masculina puede ser comprendida como otra versión del mismo fenómeno de silenciamiento: *silenciarse sobre pocas*.

Sugerimos que en la sociedad chilena, clásicamente las mujeres pueden comunicar (*decir públicamente*) unas magnitudes de parejas sexuales que las estructuras de relacionamientos de pareja permiten. Ese es el límite. Puede comunicarse lo que pueda ser inscrito en una lógica relacional del sexo por amor. De ese modo se preserva el principio de selectividad femenina. Las prácticas sexuales femeninas que, sea por las razones que sean, se realizan fuera de ordenamientos fijados a dicha lógica, más vinculadas a lógicas de redes o del deseo individual, que conectan con prácticas sexuales en contextos de ocasionalidad y de sociabilidad sexual basada en la amistad, no pueden ser comunicadas públicamente en la sociedad chilena, so riesgo de quedar fuera de los sentidos comunes predominantes.

En el estado actual de nuestra cultura, las mujeres no pueden “declarar” números de parejas sexuales que no puedan ser contenidos por una lógica relacional. Eso implica cifras relativamente bajas. Por eso se declaran las que pueden ser explicadas biográficamente en el marco relacional: pololo, pareja estable, divorcio, segunda pareja estable. No puede declararse la ocasionalidad (a distancia de la pareja y del amor, propia del episodio); tampoco la sociabilidad del sexo con amigos y ex-parejas (sexualidad en redes, sexualidad de la recursividad).

Proponemos que el número de parejas sexuales, se constituye en la inflexión a la cual se encuentran sometidas las mujeres. De fondo, se trata de la ruptura con la lógica relacional de la sexualidad femenina. Se trata de una autonomización más radical de la sexualidad respecto del amor, como antes, del matrimonio.

En los discursos sociales el modelo de sexualidad femenina conyugal devino un modelo femenino del sexo por amor. Este último recupera una lógica relacional –no institucional- en versión moderna. Preserva, con ello, el principio de selectividad de las mujeres. El amor opera como

principio de selección. Expande el número de parejas de las nuevas generaciones de mujeres; no obstante, lo delimita incesantemente.

CAPITULO V

ENTRE LA PAREJA Y LA OCASIONALIDAD, LA SOCIABILIDAD SEXUAL

1. Introducción.

La epidemiología del vih/sida instaló en los campos de la investigación social y biomédica -en la década de 1980- la noción de ocasionalidad. Al hacerlo constituyó un ámbito de prácticas sexuales, el del *sexo ocasional*, es decir, aquél en que las interacciones sexuales se producen fuera del ámbito de las relaciones de pareja. Así, la epidemiología pretendió generar una taxonomización útil a la prevención y escapar a la noción de promiscuidad, tan a la mano en las instituciones normativizadoras en ese momento. No obstante, al mismo tiempo reactualizó un ordenamiento tradicional y lo puso en el escenario contemporáneo; reconoció propiamente dos contextos: la pareja y la ocasionalidad; el sexo relacional y el encuentro ocasional, el que se funda en el afecto y el basado en el placer; el primero constante, el último episódico.

Sin embargo, se trata de una taxonomización binaria y reduccionista, que no reconoce la recursividad y los encuentros reiterados con una pareja sexual, es decir, aquellos encuentros en que no puede responderse inequívocamente a la interrogación por el fundamento amoroso, ni exclusivamente a la interrogación por la búsqueda de placer. Ni el amor cubre todo el campo emocional y afectivo posible de la sexualidad, ni el placer el campo del goce erótico. Rígida y estabilizadora, tal formulación no reconoce la intensa transformación de las trayectorias biográficas, afectivas, sexuales, familiares propias de la sociedad contemporánea.

Las prescripciones sociales prevalentes en contextos tradicionales indicaban un ordenamiento de género para los contextos en los cuales hombres y mujeres tienen sexo. Ello se basa en una división sexual de las normas y sentidos de la sexualidad en el marco de una construcción dual de la norma sexual. El tránsito del matrimonio arreglado al matrimonio por amor implicó un tránsito desde el sexo marital al sexo por amor entre las mujeres; el amor se instaló como el sustrato intersubjetivo que cautivaba el significado de la sexualidad: en muchos sentidos, el amor representaba la posibilidad de 'entrega de sí al otro'. Como sentido y legitimación de la sexualidad femenina, el amor se instaló en la sociedad junto con la posibilidad de la elección y selectividad de la pareja. Puede sugerirse que más recientemente el amor devino código; código de selectividad.

La legitimación del placer no necesariamente se presenta como opuesta a la pareja estable ni como atributo exclusivo de la ocasionalidad; más bien, la demanda de placer se presenta propiamente como una cualidad esperable o exigible de la sexualidad activa. De este modo, lo que tradicionalmente apareció como un atributo discursivamente asociado a la ocasionalidad puede más bien ser observado como un atributo crecientemente asociado a la reciprocidad en la relación sexual, cualquiera sea el contexto en que esta se realiza.

En este sentido, la tensión entre amor y placer aparecía tradicionalmente como una producción discursiva que se orientaba a legitimar para el sujeto su decisión de tener sexo en el marco de una fuerte normatividad que prescribía el contexto de relación de pareja estable como el único que dotaba de sentido a la sexualidad (procreación, familia, factibilidad biográfica). Por ello, el sexo placer operaba como un código abierto que gestionaba la polisemia de las múltiples posibilidades de explicación de dicha decisión, en oposición a un contexto de relación de pareja que no sólo aparecía estable sino también normativamente legitimado. El sexo 'por placer' aparecía entonces como un código que hacía posible para el sujeto dotar de sentido a un contexto de relación y construir para sí mismo un significado biográfico para dicha experiencia. En este mismo sentido, la ocasionalidad, a la cual solía asociarse el sexo placer, se desplegaba como alternativa a un contexto de relación que ponía sobre el sujeto un fuerte apremio por asumir consecuencias o responsabilidades biográficas derivadas de sus episodios sexuales con otra persona; la ocasionalidad asumía entonces el carácter de un descompromiso radical con la norma o, si se prefiere, de una reducción radical de los significados biográficos del encuentro sexual, entendidos fundamentalmente como apremio hacia la estabilización en tanto pareja.

Ello es lo que ha cambiado significativamente en el campo de la sexualidad contemporánea. Por un lado, el placer es reclamado como parte de la sexualidad, independientemente del contexto en que ella se realiza, de modo que el código discursivo que organizaba un contexto específico para la sexualidad se ha vuelto polisémico, es decir, múltiples motivaciones pueden ser invocadas bajo el enunciado de 'placer': disfrute, gozo, curiosidad, presión de pares, romper un tabú, pura respuesta a un escenario particular, etc. Por otro lado, el tradicional código del placer, en tanto legitimación de la sexualidad no estabilizada ni continua, se escinde en un código que organiza un polo de conquista (polisémico, por cierto) y un código que organiza un polo de proximidad (también polisémico). El polo de conquista se orienta a la expansión del campo de las parejas posibles, incrementando el riesgo y la exposición de sí mismo; el polo de proximidad opera en un campo de parejas posibles que evita o reduce el riesgo y limita la exposición del sí mismo.

De este modo, el placer, tradicionalmente opuesto a pareja estable, se instala progresivamente como una demanda sobre la sexualidad, con independencia del contexto relacional, reconfigurando así, profundamente, la significación biográfica de la sexualidad (la sexualidad como una experiencia asociada a la identidad personal en su forma de autoafirmación del yo), modificándose de este modo la tensión tradicional amor / placer. Al mismo tiempo, se reconfiguran los contextos de la sexualidad, de modo que la tensión entre pareja estable y ocasional da paso a tres contextos contemporáneos: pareja estable, ocasional y proximidad o intimidad.

El contexto de intimidad constituye una elaboración particular del placer; la sexualidad es deseada y buscada como una decisión personal, del individuo, individualizada. No obstante, renuncia o no accede a un registro de conquista (no se expone a la ampliación del campo de las parejas posibles)

Formulamos a continuación tres ejercicios analíticos respecto de este tópico. Utilizamos la *Encuesta de Trayectorias Sexuales Juveniles en la Sociedad Chilena*, y la *Encuesta Nacional de Comportamiento Sexual*.

2. Trayectorias y contextos sexuales en generación joven.

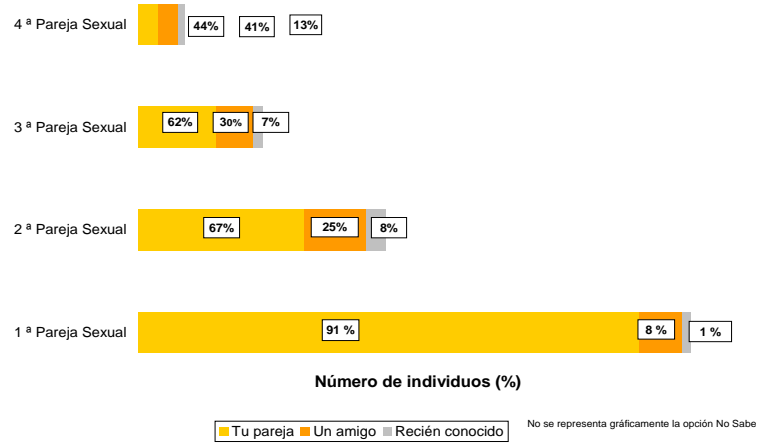
La transformación en las edades de entrada más temprana y del matrimonio, que genera una amplia brecha temporal entre la primera y el último (ocho años, en Chile), requiere de una indagación acerca de los contextos en que se realiza. En las generaciones jóvenes, 90% de las mujeres hacen su entrada en la sexualidad activa con una pareja afectiva no marital, el pololo. Ello no indica, no obstante, la existencia de una única organización de la sexualidad juvenil femenina. ¿Cómo se organiza la sexualidad de las mujeres en dicho periodo?, ¿cuáles son las trayectorias sexuales femeninas en dicho periodo?, ¿en qué podría fundarse una eventual apertura a interacciones sexuales fuera del contexto de pareja?

Examinados los flujos de parejas sexuales hasta la cuarta pareja sexual⁷⁸ desde la perspectiva de la importancia o peso del tipo de vínculo, puede observarse que aún cuando ambos se inician muy mayoritariamente en contextos de pareja (afectiva), las mujeres parten más en pareja (afectiva) que los hombres -91% y 80%, respectivamente-, en el curso de la vida sexual, se reduce la presencia de la pareja afectiva –lo cual es más significativo entre los hombres-, y se eleva la de amigos/as y sujetos recién conocidos en las trayectorias sexuales.

⁷⁸ Dado el escaso número de mujeres que declaran dicha cantidad de parejas se examina hasta

GRAFICO 1

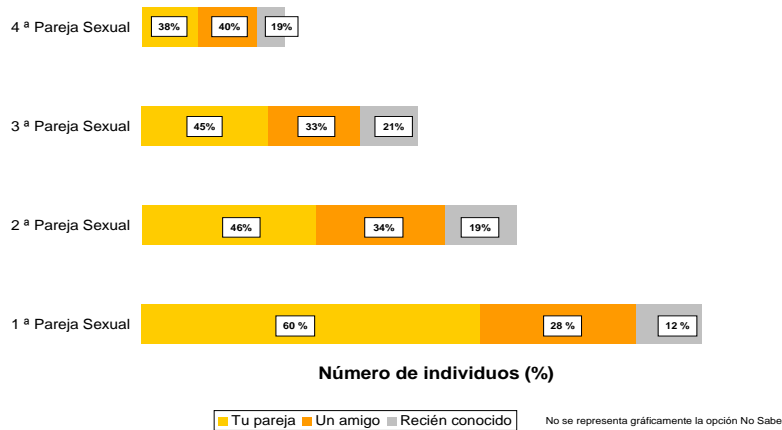
IMPORTANCIA DE TIPO DE VINCULO EN TRAYECTORIA DE PAREJAS SEXUALES (% hasta 4ª Pareja Sexual)
MUJERES



Entre las mujeres se produce una substitución significativa de tipo de vínculo entre la primera y segunda parejas sexuales, en que se reduce la pareja (afectiva) a 67%, dando lugar a la mayor presencia del amigo (25%) y del recién conocido (8%); entre ésta y la siguiente, la pareja se mantiene relativamente constante (62%), se eleva a 30% el amigo y se mantiene el recién conocido (7%); entre la tercera y la cuarta pareja se observa otro cambio relevante en cuanto el amigo tiende a igualar su presencia a la de la pareja (afectiva) -41% y 44%, respectivamente-.

GRAFICO 2

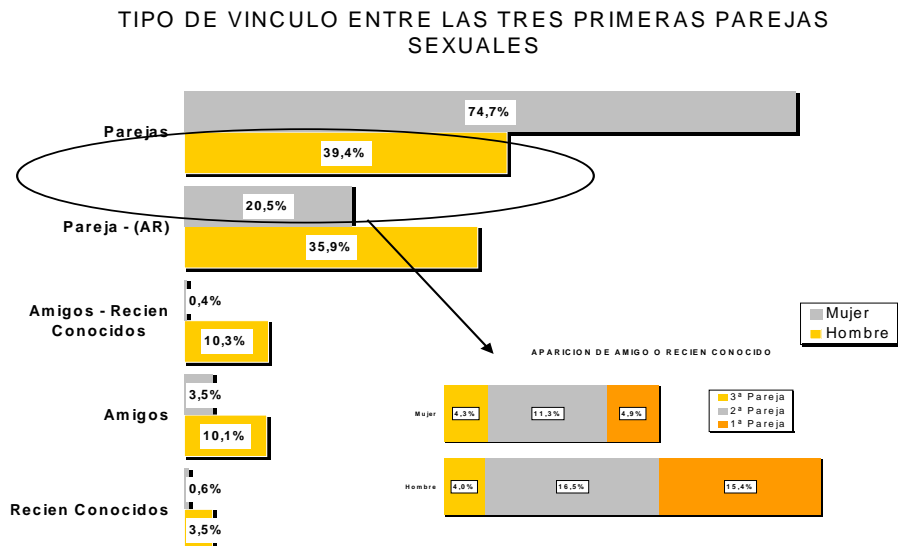
IMPORTANCIA DE TIPO DE VINCULO EN TRAYECTORIA DE PAREJAS SEXUALES (% hasta 4ª Pareja Sexual)
HOMBRES



Entre los hombres se produce un cambio aún más significativo entre la primera y segunda parejas sexuales en que la pareja (afectiva) reduce aproximadamente a la mitad su presencia (de 80% descendiende a 46%), dando lugar a la mayor presencia del amigo (34%) y del recién conocido (19%); entre ésta y la siguiente, la pareja y el amigo se mantienen relativamente constantes (45% y 33%, respectivamente), y se eleva un poco el recién conocido (21%); entre la tercera y la cuarta pareja se observa otro cambio relevante en cuanto el amigo supera a la pareja (afectiva) -40% y 38%, respectivamente-.

La equivalencia producida por una combinación de reducción de la pareja afectiva y por el incremento del amigo en torno a la cuarta pareja sexual, representa una inflexión para hombres y mujeres jóvenes: la sexualidad se abre a contextos relacionales que prescindien de las formalizaciones o afectos de los vínculos de pareja. La sexualidad tiende a situarse en contexto fuera de la pareja, de una sociabilidad sexual basada en la amistad.

GRAFICO 3



Las parejas sexuales se encadenan en una sucesión continua o discontinua, de exclusividad o superposición, de tipos de vínculos. Estas configuraciones constituyen las trayectorias de la sexualidad de los colectivos sociales y pueden ser:

- i. Una sucesión exclusiva de ejercicio de la sexualidad juvenil en el contexto de parejas afectivas: implica a 74.7% a mujeres y a 30.4% de hombres.

ii. Una iniciación sexual en contexto de pareja y apertura a sociabilidad de amigos y recién conocidos: 20.5% de mujeres y 35.9% de hombres

iii. Una sociabilidad sexual masculina siempre a distancia de la noción de pareja: 23.9% de hombres no declara ninguna pareja afectiva respecto de las parejas sexuales. En las mujeres, esto es 4.5%

3. Mujeres y hombres solteros y contexto de última pareja sexual.

La evolución de la tasa de nupcialidad durante el siglo XX en la sociedad chilena muestra un fenómeno notable: el intenso descenso producido en su última década. Hacia la tercera década se produjo una elevación de la tasa –desde seis en 1910 a 9.1 en 1930-, luego hubo una leve baja y posteriormente se estabilizó en torno a siete hasta la década de 1990, en la que se produjo una brusca caída a niveles inéditos. En el curso de la década de 1990 se produce un descenso progresivo que lleva la tasa de nupcialidad a un nivel sustantivamente inferior a comienzos de la actual década (3.6 en 2003).

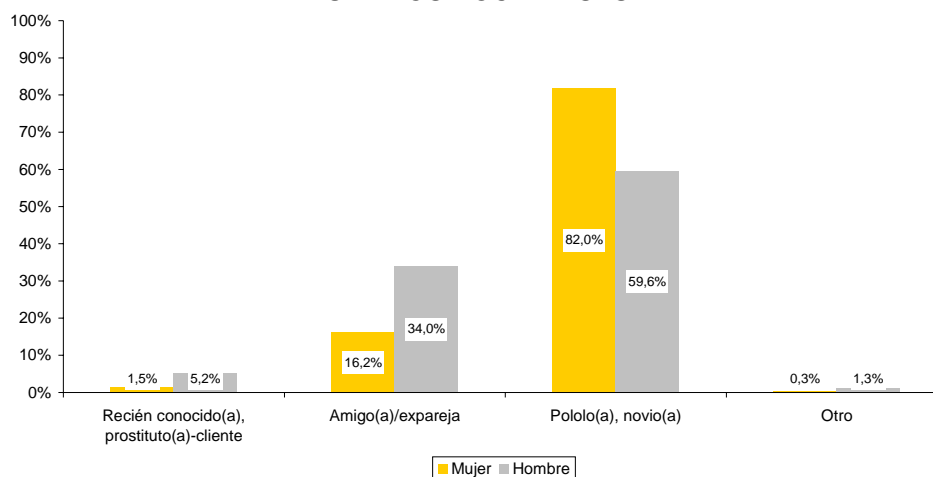
Al mismo tiempo, se modifican las edades del matrimonio. Se ha producido un aumento de la edad promedio del matrimonio de aproximadamente tres años entre 1980 y 2000 para hombres y mujeres: de 26.6 a 29 años entre los primeros, y de 23.8 a 26.6 años entre las últimas. No obstante, como es manifiesto, persiste una sistemática brecha etaria cercana a tres años entre los géneros.

Observamos a continuación los vínculos implicados en las interacciones más actuales de las mujeres y hombres solteros (no unidos), de modo de analizar los niveles que alcanzan en esta condición, y con ello, abordar la interrogación por los contextos en se sitúa la sexualidad en la condición de soltería en la sociedad chilena.

Como puede observarse en el Gráfico 4, las mujeres estructuran su sexualidad en soltería mayoritariamente en torno a la pareja (82%), a las ex-parejas y amistades (16,2%) y, muy mínimamente, en torno a recién conocidos (1.5%). Por su parte, los hombres la estructuran en torno a la pareja en un 59.6%, a las ex-parejas y amistades en un 34%, y a la ocasionalidad con recién conocidos en un 5.2%.

GRAFICO 4

ULTIMA PAREJA SEXUAL MUJERES Y HOMBRES
SOLTEROS ACTIVOS SEXUALMENTE
ULTIMOS DOCE MESES



Entonces, lo que no se sitúa en el contexto de pareja, no necesariamente puede ser situado en el de la ocasionalidad. Especialmente, entre las mujeres, las prácticas sexuales que no se realizan con una pareja, se realizan con un amigo o una ex-pareja, no con desconocidos.

4. Procesos de ruptura conyugal y continuidad de la vida sexual.

La experiencia de la ruptura conyugal, sea después del matrimonio o de la cohabitación, se vuelve una experiencia crecientemente común en nuestra sociedad. La existencia de periodos en que los sujetos están sin pareja es creciente. Esta situación contribuye a transformar los contextos de la actividad sexual para las mujeres, en la perspectiva de legitimar una sexualidad de individuos, no inserta en la institución matrimonial ni en el marco de la pareja.

Sin embargo, Villeneuve-Gokalp (1999) afirma que en situaciones de ruptura las mujeres dan prioridad a sus compromisos familiares. Michel Bozon (2001b) reinterpreta de dos modos distintos el hecho que las mujeres divorcias y separadas hagan menos que los hombres la experiencia de una siguiente unión. Por una parte, puede interpretarse tal situación como consecuencia de una dominación masculina en el mercado matrimonial, lo que favorece a las mujeres más jóvenes y atrasa (más que impide) la formación de una segunda pareja para las mujeres que tienen un pasado conyugal. (Bozon, 2005a). Por otra parte, puede ser interpretado como un distanciamiento por parte de las mujeres a la orientación conyugal, sin renunciar a una vida sexual, en beneficio de

una aproximación más individualista: dejarían de concebir la actividad sexual como parte de una relación de pareja, no susceptible de ser vivida en contextos no relacionales. Michel Bozon (1995) sostiene que los períodos que siguen a una ruptura son propicios para un cuestionamiento de las actitudes previas en relación a sexualidad, sobretodo entre las mujeres respecto de los contextos sexuales en los cuales es posible y legítimo tener sexo. Complementariamente, los hombres y mujeres que forman una segunda pareja, después de una vida conyugal de cierta duración, tienen una actitud menos “conyugal” en relación a la sexualidad; sus actitudes respecto a la fidelidad en la pareja, por ejemplo, son menos estrictas que en los sujetos en parejas nacientes. (Bozon, 1988). Las mujeres en tales periodos y en tales condiciones familiares pueden mantener relaciones sexuales o afectivas, más estables o más episódicas, sin formar una segunda pareja (por lo menos no enseguida).

En la sociedad chilena, en las situaciones de separación, la continuidad familiar se organiza frecuentemente a través de una división sexual del trabajo familiar post-conyugal. Como fue señalado precedentemente, una proporción muy importante de las mujeres divorciadas (separadas/anuladas) cumple funciones de jefatura en hogares monoparentales. Durante la década de 1990 se produjeron transformaciones en la forma de organización de los hogares y especialmente en la jefatura por sexo de los mismos⁷⁹. Entre otras transformaciones, se produce un significativo aumento de la jefatura de hogar femenina⁸⁰ (de 25% a 32%), fundamentalmente en los hogares biparentales, ya sea nuclear o extenso^{81, 82}. La jefatura femenina promedio, sin embargo, es mucho más masiva en los hogares nucleares monoparentales –en los cuales alcanza al 85%-, que en los biparentales –en que alcanza sólo al 11%. Lo anterior implica que, comparados hombres y mujeres -padres y madres-, en relación a la conformación de hogares monoparentales en la sociedad chilena, existe un manifiesto desbalance (85% de mujeres versus 15% de hombres). De hecho, en el año 2002, un total de 341 mil hogares están integrados por la mujer sola con sus hijos, de las cuales casi la mitad es menor de 40 años. Ello expresa una división sexual del trabajo post-conyugal que deviene en la responsabilidad de proveer cuidado a los hijos y asegurar la continuidad de la familia –en esta situación, nuclear monoparental-, como un rol femenino, cuestión que se basaría en una mayor aptitud de las mujeres para la crianza, y que la legislación chilena

⁷⁹ SERNAM, Documento N° 44 Las familias de Chile según el último Censo de Población de 1992; SERNAM/INE. 2004. Mujeres Chilenas. Tendencias en la última década. Censos 1992- 2002.

⁸⁰ Con frecuencia las pautas tradicionales de las relaciones de género condicionan la declaración de jefatura femenina a los hogares monoparentales, es decir, cuando no hay una pareja presente en el hogar.

⁸¹ Es decir, en hogares donde el cónyuge está presente y dentro de éstos donde la mujer cónyuge es económicamente activa.

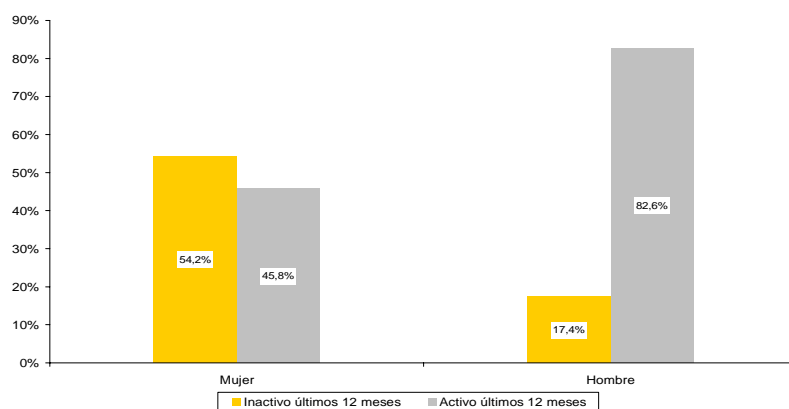
⁸² Este fenómeno -el aumento de la jefatura femenina en hogares biparentales- expresa transformaciones de las relaciones de género en la pareja, ya que puede ser leído como el reconocimiento al aporte de la mujer al ingreso del hogar.

estructura como una mayor responsabilidad relativa de las mujeres en la tuición de hijos e hijas. Complementariamente, las mujeres divorciadas (separadas/anuladas) presentan los niveles más elevados de participación laboral entre el conjunto de mujeres en Chile (59,8%)⁸³. Del mismo modo, presentan niveles educacionales relativamente altos; un poco más elevados que las casadas y similar a los hombres con igual status marital. Sin embargo, pese a sus altos niveles educacionales y su mayor integración al mercado laboral, pertenecen mayoritariamente a los quintiles más pobres de la población. Y no se trata de un efecto general sobre los sujetos del divorcio. Los hombres y mujeres separados presentan ubicaciones disímiles en la estructura socioeconómica, inversas entre sí: las mujeres separadas principalmente en quintiles primero y segundo, moderadamente en el tercero y cuarto, y más reducidamente en el quinto, los hombres, en cambio, hombres separados se ubican principalmente en quintiles quinto y cuarto, moderadamente en el tercero, y más reducidamente en el primero y segundo.

En la Encuesta CONASIDA/ANRS, los sujetos separados y divorciados presentan diferencias de género sustantivas en relación con la permanencia en la condición de activos sexualmente en la situación de ruptura. Tal estado inhibe mucho más significativamente a las mujeres que a los hombres: 45.8% de ellas no ha tenido sexo en los últimos doce meses, en tanto entre los últimos sólo alcanza al 17.4%.

GRAFICO 5

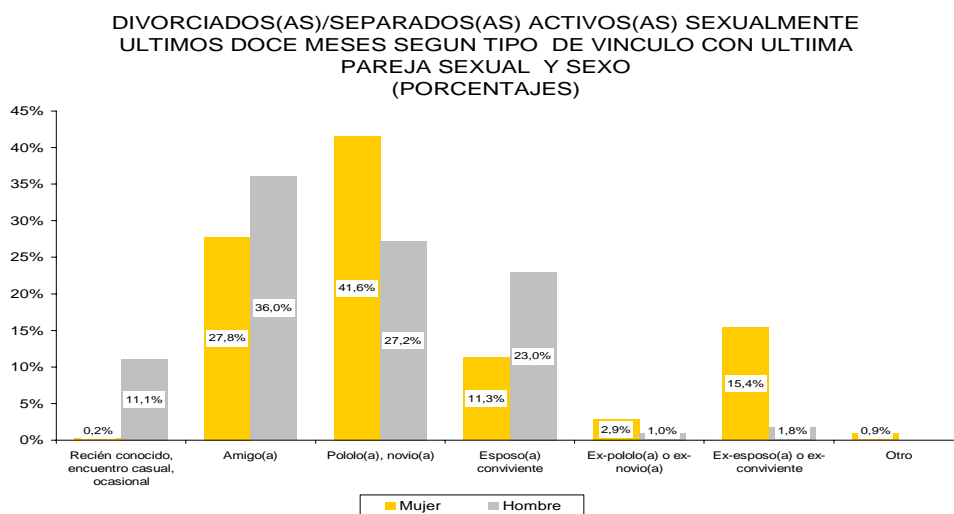
DIVORCIADOS(AS)/SEPARADOS(AS) ACTIVOS(AS) Y NO ACTIVOS(AS) SEXUALMENTE ULTIMOS DOCE MESES SEGUN SEXO (PORCENTAJES)



⁸³ Las mujeres solteras presentan también niveles altos (58,7%). Las mujeres unidas -convivientes y casadas- tienen niveles más bajos y diferentes entre sí: las primeras llegan a 42,1% y las últimas, al 34,8%. Por su parte, las viudas presentan niveles muy bajos, debidos seguramente a la edad.

¿En qué contextos se sitúa la sexualidad post-conyugal?, ¿con quiénes tienen sexo las mujeres divorciadas y separadas que permanecen activas sexualmente? Interesa aquí indagar sobre una eventual redefinición de los contextos y escenarios que definen los vínculos, así como los grados de proximidad y distancia entre los sujetos participantes en las interacciones sexuales. Así, junto con precisar contextos de pareja y de ocasionalidad –como se haría habitualmente-, en el caso del último indagamos sobre la proximidad y recursividad de los escenarios en las interacciones con ex-parejas, a las cuales añadimos las interacciones con la figura del/a esposo/a, puesto que técnicamente corresponde a una ex-pareja (decir esposa o esposo para designar al sujeto que lo fue en el pasado es un uso más frecuente entre los hombres, como puede observarse en el gráfico que se presenta a continuación).

GRAFICO 6



Las mujeres estructuran su sexualidad post-conyugal en torno a la pareja no conyugal (41.6%), a las ex-parejas (29.6%) y a la sociabilidad de amigos (27.8%). Por su parte, los hombres la estructuran en torno a la sociabilidad de amigos (38%), a la pareja no conyugal (27.2%), a las ex-parejas (25.8%) y a la ocasionalidad con recién conocidos (11.1%).

La presencia de ex-parejas da cuenta de una organización de relacionamiento que es recursiva, especialmente en las mujeres, y que organiza contextos de sociabilidad cercana. Ellas exploran y varían entre lo conocido en secuencias más temporales que territoriales. Por otra parte, la mayor presencia de interacciones en contexto de pareja entre las mujeres debe ser observado cuidadosamente porque exprese un desfase vinculado a la estructuración del mercado de parejas, por cuanto es altamente probable que mientras permanecen en relaciones de parejas no

conyugales (pololean), muchos hombres que vivieron rupturas se encuentren ya en relaciones de pareja conyugales.

En este sentido, proponemos que se constituye un contexto de relacionamiento que puede ser definido como 'sociabilidad sexual', es decir, como construcción de un vínculo de proximidad emocional entre dos personas que puede dar lugar a la sexualidad de manera recursiva, no constante, pero tampoco episódica. Ya no se trata de la figura tradicional del o de la amante sino de una figura nueva en que la intimidad opera como una condición para la relación, es decir, como un orden emocional de las relaciones en que habría simpatía, confianza y equivalencia en los sujetos. En los materiales analizados, este contexto se presenta principalmente en dos situaciones: amigos y ex-parejas. En ambos casos, no se configuran propiamente los contextos ni de pareja ni de ocasionalidad; en el primero porque la relación no se orienta hacia su reiteración exclusiva en una unidad de tiempo mutuamente acordada (pues entonces se constituiría en pareja), en el segundo caso porque, a diferencia de la ocasionalidad masculina, sí se construye sobre un vínculo afectivo no amoroso, pero sobre todo, se basa en proximidad emocional.

Por ello, el 'contexto de sociabilidad sexual' representa una construcción social emergente de la sexualidad en la sociedad chilena, que se va instalando a medida que los procesos de individualización de las trayectorias sexuales de las mujeres les permiten, pero también les presionan a resolver respecto de su sexualidad en la situación de no participar en una relación de pareja. Esta es una característica creciente de la sexualidad femenina en la sociedad chilena, particularmente de las generaciones más jóvenes.

CAPITULO VI

PROCESOS DE PROLONGACIÓN DE LA SEXUALIDAD ACTIVA

1. Introducción

La transformación más importante en las condiciones de ejercicio de la sexualidad en transcurso de la segunda mitad del siglo XX es, sin duda, la expansión temporal de la sexualidad en los cursos biográficos de los sujetos y en las generaciones: una apertura más temprana en la vida y un cierre más dilatado después del término del periodo reproductivo. Por cierto, ello implica la instauración progresiva de un nuevo calendario de la vida sexual común a los hombres y las mujeres.

Progresivamente, se instauró un nuevo calendario de la vida sexual, común a hombres y mujeres; sin embargo, fue en las vidas de las mujeres que introdujo mayor transformación. Antes su vida sexual se identificaba con su vida reproductiva de mujer casada. Dicha conexión fue interrumpida de diversos modos.

Por una parte, como ya hemos indicado, se ha instaurado en las mujeres de las generaciones recientes un periodo de sexualidad juvenil, sin conexión con el matrimonio. Como se ha expuesto en otro acápite de esta Tesis, el análisis de la Encuesta CONASIDA/ANRS muestra la existencia de un descenso de las edades de entrada en la sexualidad activa de las generaciones nacidas durante el siglo veinte en la sociedad chilena, más intenso entre las mujeres – debido a un punto de partida más elevado en las mujeres nacidas antes de la década de 1950- y más moderado entre los hombres.

Por otra parte, de modo complementario, se ha prolongado la vida sexual de las mujeres. Se ha sostenido que asistimos en la actualidad a un alargamiento de la vida sexual, transformación, por cierto, más significativa entre las mujeres. Investigaciones realizadas en sociedades europeas contemporáneas indican que en las décadas de 1970 y 1980 se modificó la vida sexual en sus fases tardías, prolongándose por más tiempo después de los 50 años en hombres y mujeres, aunque de forma más notable en las mujeres.⁸⁴

⁸⁴ Delbès y Gaymu (1997) muestran que en 1970, apenas el 50% de las mujeres casadas mayores de 50 años habían tenido una relación sexual durante el año, proporción que en 1992 se eleva al 80% de las mujeres casadas (incluyendo a las cohabitantes) de la misma edad.

Se ha sostenido, no obstante, que paradójicamente la prolongación de la sexualidad de las mujeres de edad más avanzada encuentra rechazo social (Bozon, 2001). Mujeres más jóvenes, separadas, y no situadas en relaciones de pareja, encuentran crecientemente mayor legitimidad social para permanecer sexualmente activas, en una articulación de vida familiar monoparental y vida sexual privada. Ello sugiere que la edad continúa activando una desventaja para las mujeres, aún en contexto de cambio en la estructuración de las edades del sexo.

No es posible determinar la evolución de los procesos de prolongación de la vida sexual en la sociedad chilena porque no se dispone de investigaciones de comportamiento sexual de población general antes de la década de 1990. La Encuesta CONASIDA/ANRS, por su parte, opera más bien como grupos de edades, no indaga trayectorias sexuales propiamente, no pregunta a las personas si estaban sexualmente activas en distintos momentos de la vida; registra más bien ciertos comportamientos en tres contextos temporales (toda la vida, últimos cinco años, y últimos doce meses).

Se puede determinar, no obstante, en esta situación, los niveles de mujeres y hombres de edades mayores que se encuentran en la actualidad sexualmente activos –o permanencia en la sexualidad activa–; las situaciones de pareja y en general los contextos que vinculan con la inactividad.

2. Niveles de individuos sexualmente activos en edades mayores.

Los niveles de permanencia en la sexualidad activa de hombres y mujeres a partir de los cincuenta años de edad son muy desiguales. Junto a una alta permanencia masculina, coexiste una intensa declinación femenina.

Como puede observarse en el Gráfico 1, los hombres presentan unos elevados niveles de actividad actual, cercanos a cien por ciento, hasta los 60 años. Declinan levemente a partir del segmento de 60-65 años, y más aún en el de 65-69 años, cuando alcanza al 19.4% la inactividad sexual.

Un nivel equivalente se encuentra en las mujeres una década antes que los hombres; en el segmento de 50-55 años un 23.4% se encuentra inactivo. Declinan de forma muy importantes a partir del segmento de 60-65 años: a esas edades lo está el 51.4%, y más aún en el de 65-69 años, que alcanza al 61.3% (Véase Gráfico 2).

GRAFICO 1

PROPORCION DE HOMBRES SEXUALMENTE ACTIVOS, NO ACTIVOS Y NO INICIADOS, SEGÚN COHORTES NACIDAS DESDE 1929 A 1980 (PORCENTAJES)

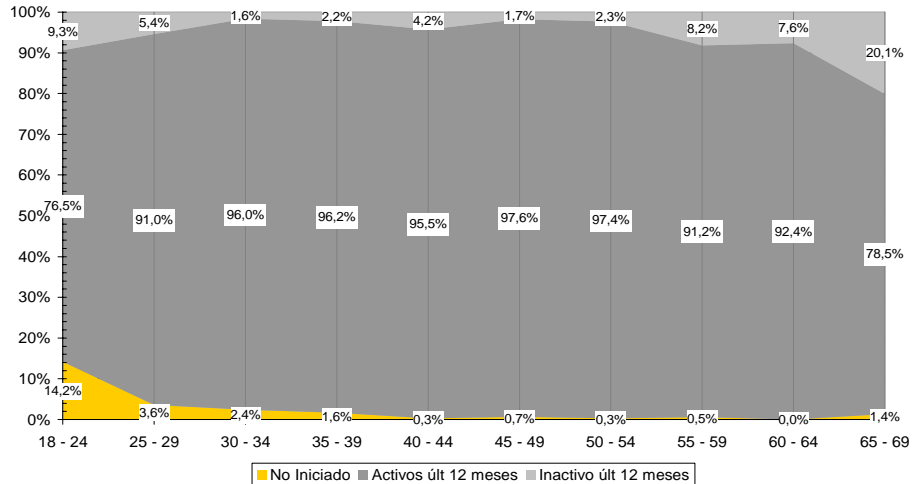
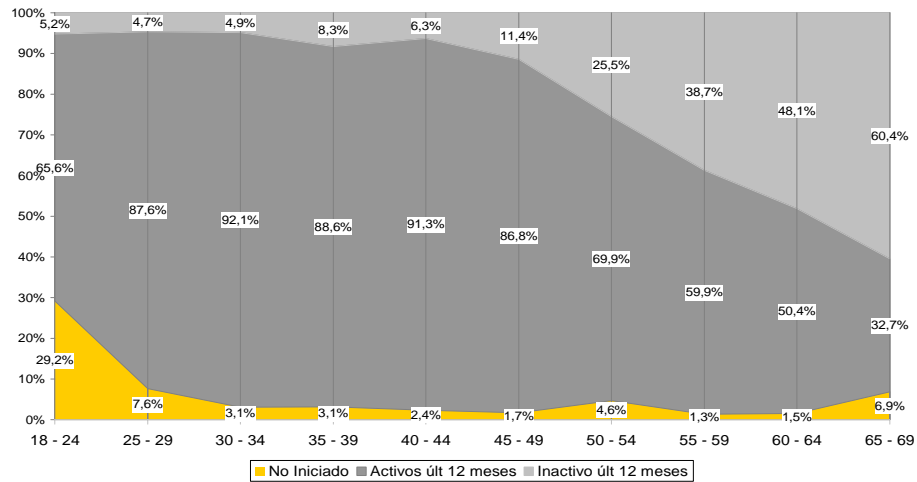


GRAFICO 2

PROPORCION DE MUJERES SEXUALMENTE ACTIVAS, NO ACTIVAS Y NO INICIADAS, SEGÚN COHORTES NACIDAS DESDE 1929 A 1980 (PORCENTAJES)



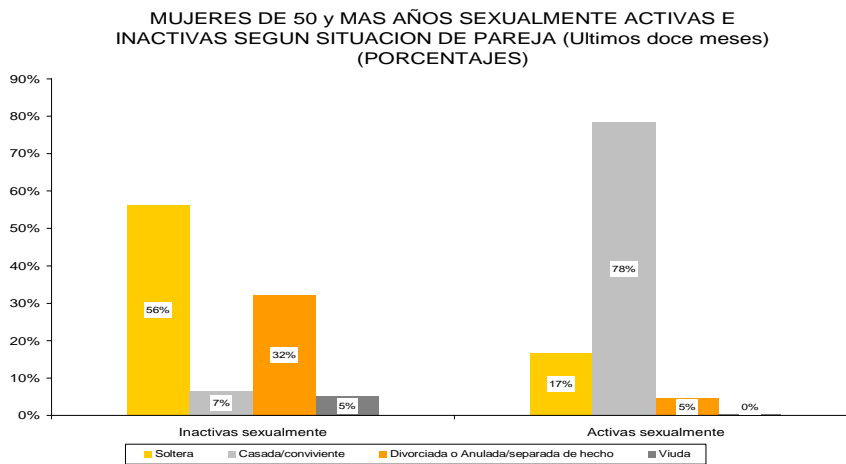
¿Cómo comprender esta diferencia tan notable entre hombres y mujeres, en que a unas mismas edades, las últimas abandonan la actividad sexual, mientras los primeros permanecen ejerciéndola?

Siguiendo un sentido común prevalente aún en sectores de la sociedad chilena, podría argumentarse que tal desfase correspondería propiamente a efectos de procesos psicofisiológicos

asociados al climaterio femenino, como cese del periodo de sexualidad activa. Sin embargo, el hecho que el grupo etario en periodo post-reproductivo, el de 50-55 años, no reduzca radicalmente su actividad sexual hace muy discutible la elaboración social sobre el climaterio como un momento del ciclo vital propiamente de interrupción de toda actividad sexual femenina.

Puede sugerirse que ellas dejan de participar de los intercambios sexuales porque antes han abandonado el mercado de parejas. Como puede observarse en el Gráfico 3, las mujeres mayores de cincuenta años de edad que permanecen sexualmente activas son muy mayoritariamente mujeres unidas; mientras las inactivas corresponden a no unidas. Las mujeres en situaciones post-maritales -viudas, separadas y divorciadas – en su mayoría están inactivas. Indagamos, por ello, a continuación la disponibilidad de una pareja sexual entre las mujeres de tales edades.

GRAFICO 3



3. Disponibilidad de parejas sexuales y procesos de prolongación de la sexualidad activa.

Lo anterior sugiere que los intercambios sexuales, al menos de las mujeres mayores, se encuentran asociados a la existencia de relaciones de pareja. De este modo, los intercambios sexuales sucederían a las relaciones de pareja. Se encontrarían, por tanto, de forma importante atravesados por la estructuración social del mercado de parejas. Por ello, a continuación, exploramos preliminarmente las situaciones de pareja de los sujetos activos e inactivos sexualmente en el último periodo, indagando sobre las conexiones entre la participación en relaciones de parejas y la permanencia en la sexualidad activa de los sujetos en los diversos segmentos etarios.

Como puede observarse en los gráficos 5 y 6, la población sexualmente activa está integrada por sujetos unidos y segmentada por edades. Está compuesta muy significativamente por sujetos unidos (casados y convivientes) en la adultez, y por sujetos solteros en la juventud. En los segmentos de edades desde los 30-34 años sobre ochenta por ciento de hombres y mujeres sexualmente activos corresponde a sujetos casados. Entre los segmentos juveniles, aunque predomina la soltería, entre las mujeres son más elevados los niveles de unidas (una de cada dos está casada o convive).

GRAFICO 5

MUJERES SEXUALMENTE ACTIVAS ULTIMOS DOCE MESES SEGÚN SITUACION DE PAREJA Y COHORTES DE EDAD

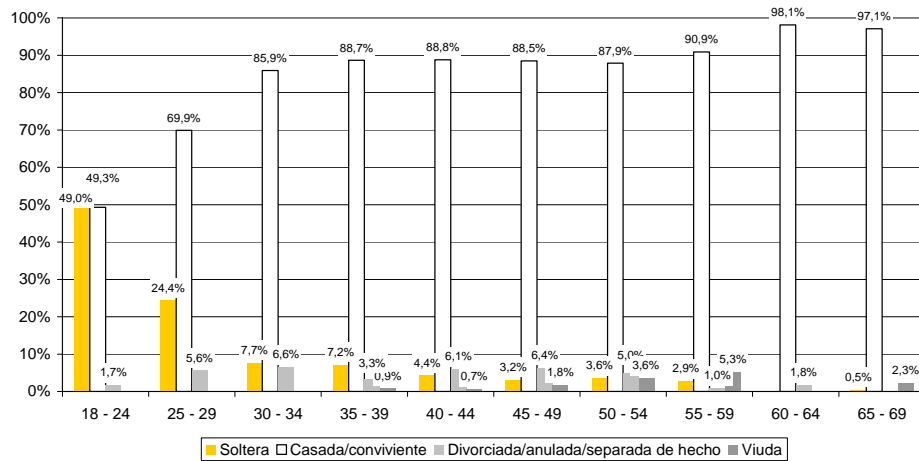
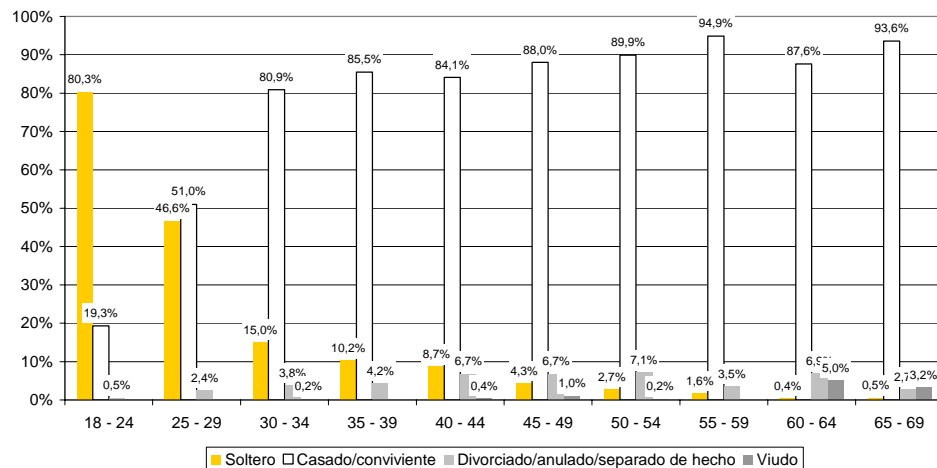


GRAFICO 6

HOMBRES SEXUALMENTE ACTIVOS ULTIMOS DOCE MESES SEGÚN SITUACION DE PAREJA Y COHORTES DE EDAD



Complementariamente, como puede observarse en los gráficos 7 y 8, la población sexualmente inactiva está integrada por sujetos no unidos y segmentada edades. Está compuesta muy significativamente por sujetos divorciados y viudos en la adultez, y por sujetos solteros en la juventud. En los segmentos de edades desde los 30-34 años, predomina la condición de divorciados, y en los segmentos de adultos mayores, se incrementa la condición de viudez. Entre los segmentos juveniles, predomina la soltería.

GRAFICO 7

MUJERES SEXUALMENTE INACTIVAS ULTIMOS DOCE MESES SEGÚN SITUACION DE PAREJA Y COHORTES DE EDAD

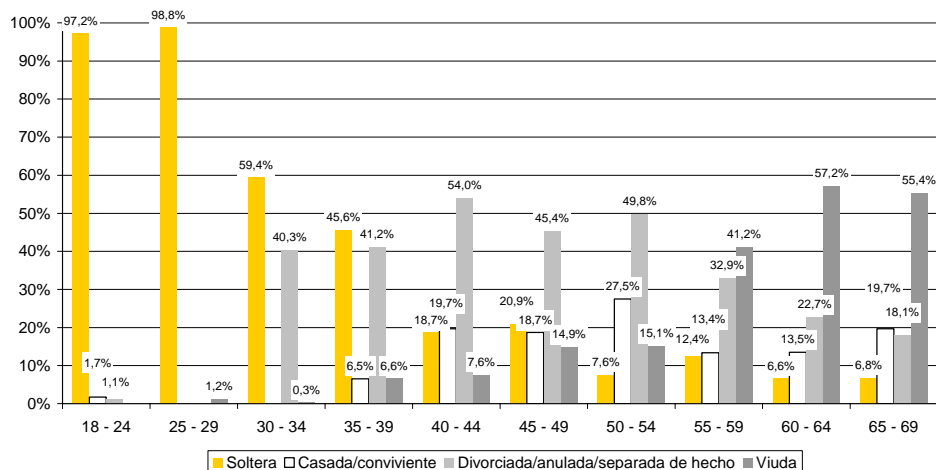
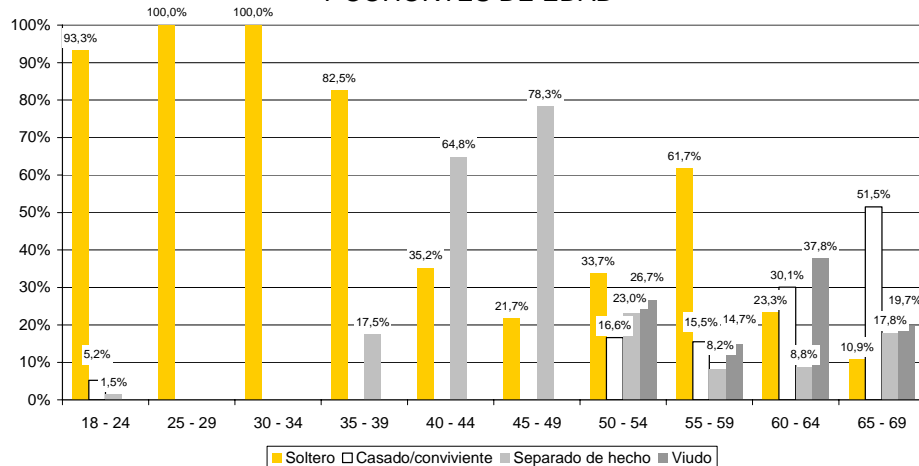


GRAFICO 8

HOMBRES SEXUALMENTE INACTIVOS ULTIMOS DOCE MESES SEGÚN SITUACION DE PAREJA Y COHORTES DE EDAD



Se observa una diferencia de género en la composición de la población sexualmente inactiva: mientras entre las mujeres predomina la condición de divorcio, entre los hombres lo es la soltería. Especialmente en los segmentos juveniles, del mismo modo que precedentemente se expuso la mayor existencia de casados entre las mujeres que entre los hombres, en la población sexualmente inactiva, entre las mujeres existe en mayor proporción que entre los hombres la condición de divorciados.

CAPITULO VII

AMPLIACION DE REPERTORIOS DE PRACTICAS SEXUALES

1. Introducción.

Disponemos de datos relativos a tres prácticas sexuales básicas -físicas e interactivas-, a saber, sexo vaginal, oral y anal. No se dispone de datos relativos a prácticas sexuales no físicas –por ejemplo, uso de pornografía- y de prácticas sexuales físicas individuales –masturbación. No obstante la ausencia de tales prácticas sexuales, las prácticas consideradas en la Encuesta CONASIDA/ANRS refieren a prácticas igualmente clásicas en las clasificaciones respecto de órdenes normativos sexuales (antinomias tales como normal/patológica, sano/insano, decente/indecente, bueno/malo, ordenada/transgresora, moral/inmoral.

Desde esta perspectiva permiten, de cualquier modo, observar las configuraciones de las prácticas sexuales, en cuanto prácticas subjetivo-culturales en contextos sociales y momentos históricos determinados. Sugerimos una aproximación a sus configuraciones que las asume como cuestiones de colectivos, incluso generaciones, y no de las edades, es decir, más en cuanto incorporación cultural que como respuestas sexuales propias de etapas de ciclos vitales.

Podría preguntarse: ¿por qué observarlo como configuraciones generacionales y no como expresión de conductas propias de momentos o etapas del ciclo vital? Podría responderse también con una pregunta: ¿por qué una conducta sexual que un sujeto presenta en una etapa de juventud ha de desaparecer en su madurez, si se mantiene la disponibilidad de una pareja sexual?

Del mismo modo, sabemos que disponemos de datos relativos a estas tres prácticas básicas generados el año 1998, cuando la *conversación pública* sobre sexualidad si bien es cierto se organizaba como una conversación sexológica, ésta era eminentemente medicalizada, y no participaba de ella todavía un actor mediático de alcance nacional,⁸⁵ Por ello, no sabemos exactamente cómo han evolucionado en la actualidad en la sociedad chilena.

⁸⁵ Nos referimos al programa radial denominado *El Chacotero Sentimental*, de la Radio Rock and Pop. El *Rumpy*, que retoma y lleva al máximo esa conversación, a través del examen minucioso –y, por ello, erotizado- y reiterativo de las prácticas sexuales de multitudes de auditores provenientes de las capas sociales populares.

Puede sugerirse analíticamente la operación de ciertos patrones de comportamiento sexual en los cuales se inscriben las prácticas concretas.

La práctica sexual predominante en la población estudiada es la que suele denominarse sexo vaginal, que implica contacto génito/genital con inserción vaginal. En efecto, un 96.3% de los sujetos la realiza en la relación con su última pareja sexual. Sin embargo, quienes tienen práctica vaginal presentan bajos niveles de exclusividad: sólo el 37.7% tiene práctica vaginal en forma exclusiva. Por cierto, puede observarse una concurrencia de práctica vaginal y prácticas orales y anales, alcanzando el 58.5%, de modo que una combinación de prácticas supera en forma significativa (en más de 20 puntos) a la práctica vaginal exclusiva. También puede observarse que las prácticas de sexo anal y de sexo oral que prescindan de forma radical de la práctica vaginal alcanzan sólo un 3.7%. Más precisamente, del 58.5% de la población que asocia a la práctica vaginal, prácticas oral y/o anal, la forma que combina sexo vaginal con sexo oral alcanza a 36.8%, en tanto la práctica que asocia sexo vaginal con sexo anal alcanza una frecuencia de sólo 1.7 %; es decir, el sexo anal acompaña a la práctica vaginal predominante en una proporción significativamente menor que la de sexo oral. No obstante, cuando la práctica anal se incluye junto a las formas de sexo vaginal y oral, alcanza a un 21.7%.

En primer lugar, la presencia de un patrón caracterizado por la exclusividad de la práctica vaginal, que denominamos “repertorio sexual restringido”. En segundo lugar, se sugiere la presencia de un patrón que hemos denominado “repertorio sexual amplio”, basado en la combinación de la práctica vaginal con las formas oral y anal. Asimismo, puede sugerirse la existencia al interior del último patrón de dos modalidades específicas y progresivas: una primera forma que incorpora sexo oral a las prácticas sexuales, y una segunda forma que, una vez integrada la anterior, incorpora sexo anal. La distinción resulta pertinente por cuanto los niveles de frecuencia alcanzados por ambas formas varían, pero sobre todo porque respecto de las prácticas sexuales expresan fenómenos diferentes. La primera presenta un alto nivel de frecuencia y parece integrarse bajo una lógica de normalización de ciertas prácticas sexuales: el sexo oral se transforma en el preámbulo de la forma vaginal que le sucede. La última, en cambio, aparece menos frecuente y se presenta básicamente como agregada a la anterior y casi siempre la supone, aunque presenta también su propia especificidad. La práctica que incluye sexo anal se constituye propiamente en variación en el ámbito de las prácticas sexuales, en su transgresión (puede sugerirse que esta práctica remite aún en las representaciones sociales a las prácticas *sodomíticas*, tradicionalmente no sólo prohibidas por no reproductivas y consideradas “antinaturales” en relación al objeto y/o a la forma de relación con el mismo, sino también en cuanto distinción entre lo posible).

Debe señalarse que la presencia del patrón de repertorio restringido no implica respecto del otro una frontera infranqueable. No implica que los sujetos que han tenido sólo sexo vaginal no necesariamente no lo hayan tenido en otros contextos de pareja sexual prácticas propias del repertorio sexual amplio, o que no las vayan a realizar a futuro.

Sin embargo, puede asumirse que la práctica es un aprendizaje que se va estableciendo y que a mayor duración más improbable resulta su modificación. Del mismo modo, puede asumirse que las personas multi-parejas pueden realizar, en el marco de una pareja específica, prácticas que en el marco de otra pareja, no realizaría⁸⁶.

Las prácticas que prescinden de toda forma del sexo vaginal no serán consideradas un patrón propiamente tal. Aunque puede sugerirse que, en teoría, se requeriría su formulación para dar cuenta de las prácticas de sujetos, particularmente masculinos, que tienen actividad sexual con otros de su mismo sexo, el presente análisis se refiere exclusivamente a la población que de autodefine como heterosexual, para la cual tal prescindencia resulta no sólo estadísticamente poco significativa, sino principalmente porque puede sugerirse que ella sea accidental, presumiblemente vinculada a prácticas preventivas de embarazo.

La operacionalización de los patrones indicados puede organizarse en tres categorías principales:

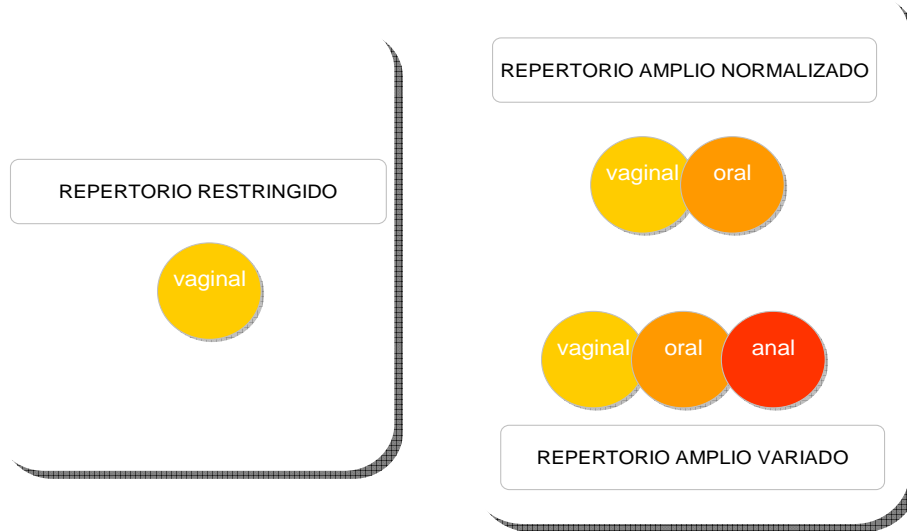
- sexo vaginal exclusivo;
- sexo vaginal y oral combinados;
- sexo vaginal y anal y oral combinados.

La primera corresponde al patrón “repertorio sexual restringido”. Las categorías segunda y tercera corresponden al patrón “repertorio sexual amplio”

⁸⁶ Por razones técnicas, en este análisis sólo se examina las prácticas con la pareja principal de la última relación de pareja. Análisis futuros deberán profundizar este tema, de modo de avalar o descartar estas hipótesis.

CUADRO 1

Patrones de repertorios sexuales y prácticas implicadas



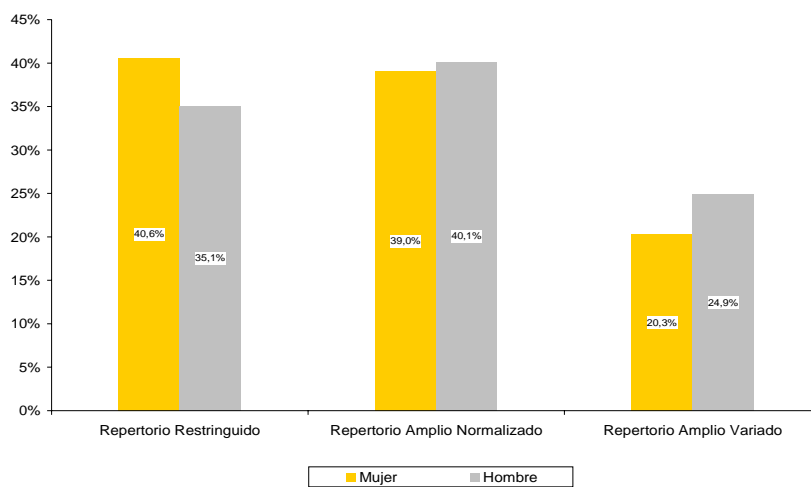
2. Prácticas sexuales y repertorios.

De conjunto, organizadas como patrones de repertorios, las prácticas sexuales alcanzan magnitudes disímiles. Predomina en la población estudiada el patrón de repertorio amplio, en su versión normalizada: 40.1% de hombres y 39.0% de mujeres tiene repertorio que incluye sexo oral; en su versión variada: 20.3% de mujeres y 24.9% de hombres que incluye sexo anal; sumados alcanzan a 60.3% en mujeres y 63.9% en hombres.

Por su parte, un 40.6% de mujeres y 35.1% de hombres presentan un repertorio sexual restringido (tienen sexo vaginal exclusivo). Mujeres y hombres se diferencian básicamente en la presencia de la práctica anal; lo que ellos tienen como mayor desarrollo en la práctica anal, ellas lo tienen en práctica vaginal.

GRAFICO 1

PATRONES DE REPERTORIOS DE PRACTICAS SEXUALES SEGÚN SEXO



Indagamos a continuación el grado de apropiación de las prácticas configuradas como repertorios amplios, su instalación o su carácter puramente exploratorio. Analizada la asiduidad a las prácticas mediante la consideración de la declaración *siempre o frecuentemente, ocasionalmente, rara vez, nunca (y no menciona)* como un indicador de apropiación en el uso, se observa que tanto el sexo oral como el anal no se incorporan de forma permanente (*siempre o frecuentemente*), son complementarios u ocasionales.

Respecto del sexo oral puede, sin embargo, afirmarse una incorporación distinta a la del sexo anal. Se trata de una incorporación a la manera de un complemento. Por una parte, quienes presentan un repertorio amplio normalizado lo practican con asiduidad: 17.7% de mujeres y 20.4% de hombres lo practican *siempre o frecuentemente*.

Por otra parte, cuando se lo analiza como componente del repertorio amplio variado, puede observarse una función de *llave*, no conduce por definición al sexo anal –porque de ser así, no se configuraría el repertorio anterior como tal-, pero éste último requiere su presencia.

De hecho, este repertorio presenta niveles un poco más elevados de sexo oral: 23.1% de mujeres y 35.4% de hombres lo practican *siempre o frecuentemente*. El sexo anal, a diferencia del sexo oral, se presenta como exploratorio: 8.7% mujeres y 11.2% de hombres declara practicarlo *siempre o frecuentemente*.

GRAFICO 2

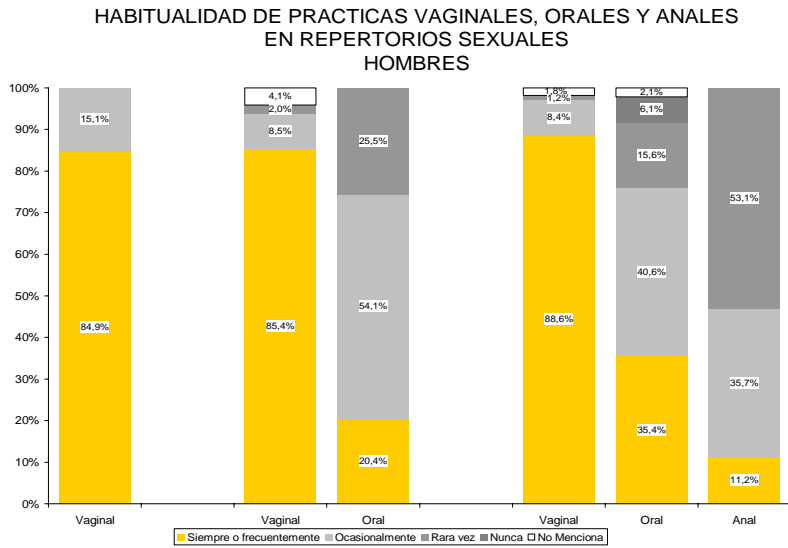
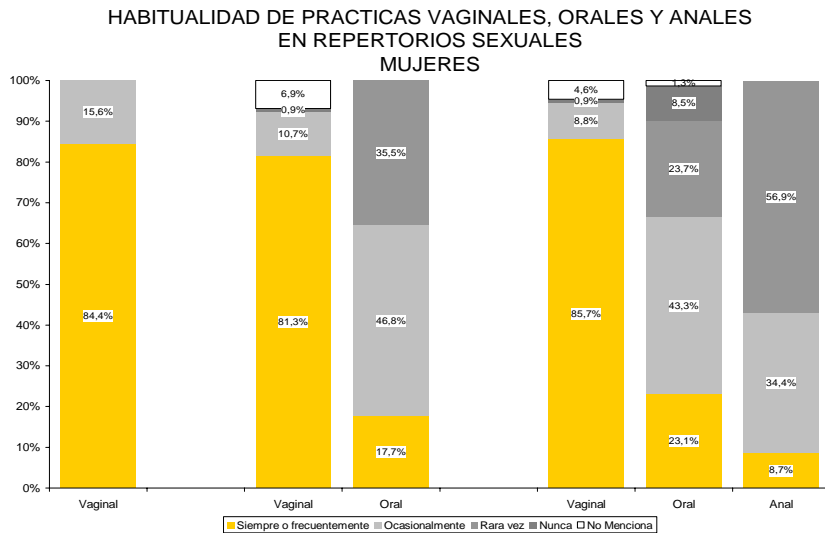


GRAFICO 3



3. Prácticas sexuales y generaciones.

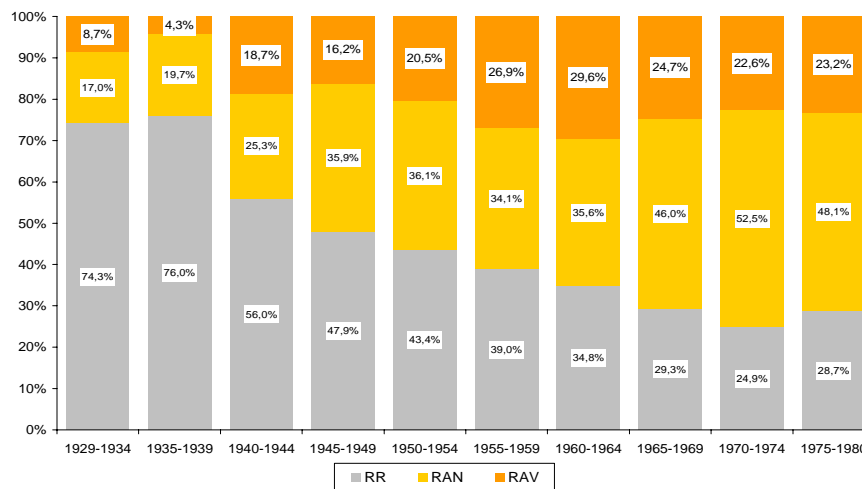
Como resulta manifiesto en los datos presentados a continuación, al observar la presencia de los repertorios en las diversas generaciones, existen diferencias importantes en las cohortes de mayor y menor edad en relación con los grados de apropiación de las prácticas orales y anales. Particularmente importante resulta la diferencia entre las cohortes nacidas en la década de 1940

respecto de las anteriores. Una diferencia de veinte puntos porcentuales separa a las cohortes anteriores en su predominio de prácticas vaginales exclusivas (repertorio restringido) y las cohortes posteriores en su presencia de las prácticas orales y anales (repertorio amplio).

Ello sugiere una ruptura o discontinuidad entre esas generaciones: la generación nacida en la década de 1940 produce una incorporación más significativa del sexo oral. Del mismo modo, las cohortes nacidas a partir de la década de 1950 producen un incremento de la práctica de sexo anal.

GRAFICO 4

REPERTORIOS SEXUALES SEGÚN COHORTES DE NACIMIENTO
HOMBRES Y MUJERES
(PORCENTAJES)

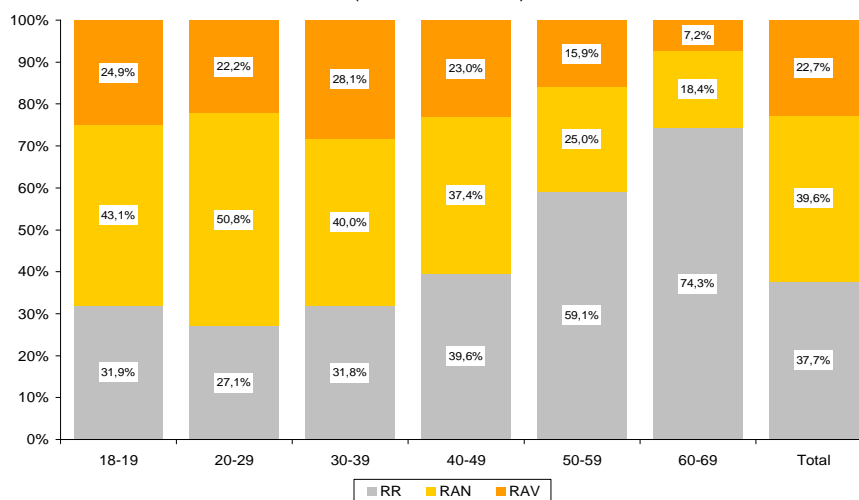


No obstante, de modo más específico tales diferencias se cualifican cuando se asocia la variable edad. Así, al observar a la población en su conjunto por grupos de edad, éstos muestran diferencias respecto de los niveles de presencia del repertorio sexual restringido y del repertorio sexual amplio. La exclusividad de la forma vaginal varía desde un 27.1% para el grupo de 20-29 años a un 74.3% para el grupo de 60-69 años.

Complementariamente, los grupos más jóvenes presentan una mayor combinación de las formas vaginal, oral y anal. Respecto de la combinación de sexo vaginal y oral, el grupo que presenta el nivel más alto es el de 20-29 años con 50,8%, y para la combinación de formas vaginal, anal y oral el rango de 30-39 años presenta el mayor porcentaje con 28,1%. La población más adulta (60-69 años) presenta el nivel más bajo respecto de la combinación de forma vaginal y oral con un 18,4%, y para la combinación de las tres formas presenta un 7,2%.

GRAFICO 5

DISTRIBUCION DE REPERTORIOS SEXUALES
SEGÚN GRUPOS DE EDADES
(PORCENTAJES)



4. Los géneros y las prácticas sexuales.

Puede sugerirse que en una organización social de la sexualidad que usa la distinción entre mujeres disolutas y mujeres castas, y organiza prácticas sexuales diferenciadas para unas y otras: vaginales, para las últimas y variadas, para las primeras, el sexo oral y anal debieran situarse preferentemente en un contexto de y elaborarse como propias del sexo comercial y una práctica femenina de trabajadora sexuales, y por ello, cuando se realizan en un contexto de pareja, responder más bien a la consigna de comportarse como una *trabajadora sexual en la cama*.

Por ello, una transformación sustantiva de las prácticas sexuales se sitúa fundamentalmente en la expansión del sexo oral y anal a otros contextos (la pareja, el matrimonio) y a todas las mujeres.

En los gráficos 6 y 7 puede observarse cómo se incrementa la presencia de los repertorios amplios entre las mujeres y hombres en las generaciones más jóvenes. La adopción de la práctica de sexo oral es especialmente importante en los segmentos de hombres y mujeres nacidos desde 1965 en adelante.

GRAFICO 6

REPERTORIOS SEXUALES DE MUJERES
SEGUN COHORTES DE NACIMIENTO

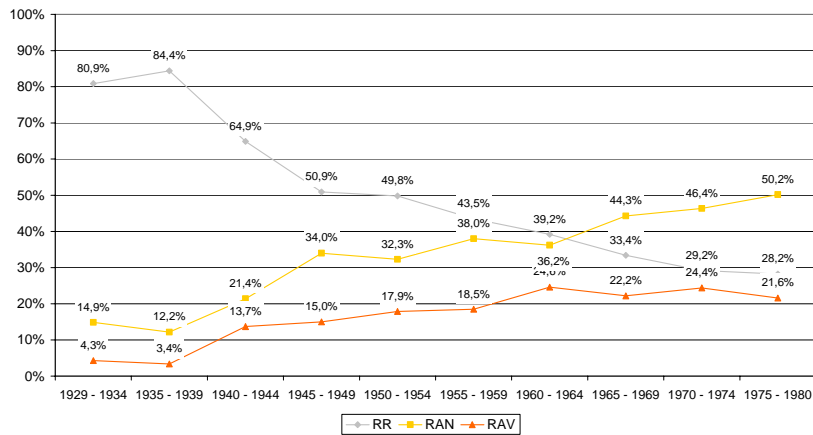
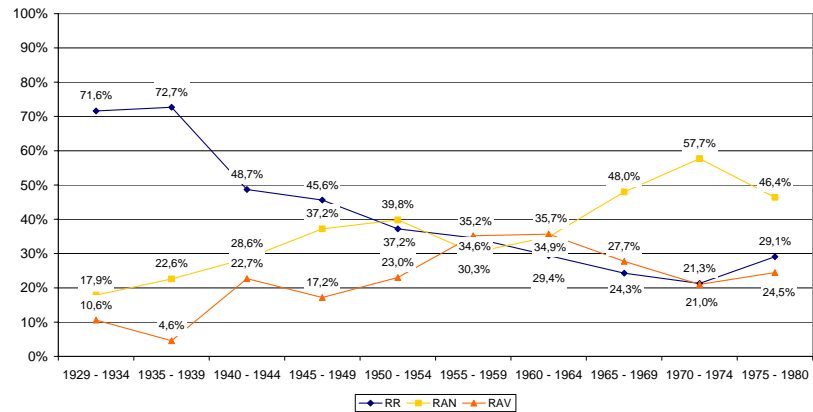


GRAFICO 7

REPERTORIOS SEXUALES DE HOMBRES
SEGUN COHORTES DE NACIMIENTO



Los niveles de repertorios sexuales amplios son indicativos de una adopción muy significativa por parte de las mujeres en la sociedad chilena de prácticas sexuales, en el pasado atribuibles a segmentos reducidos de mujeres, a las implicadas en contexto de comercio sexual.

5. Prácticas sexuales y contextos.

Puede sugerirse la existencia de ordenamientos de las prácticas desplegadas en las interacciones sexuales conectados con los escenarios, espaciales y temporales, que definen los grados de proximidad y distancia, así como los guiones interpersonales en los cuales éstas se que interactúan sexualmente los sujetos.

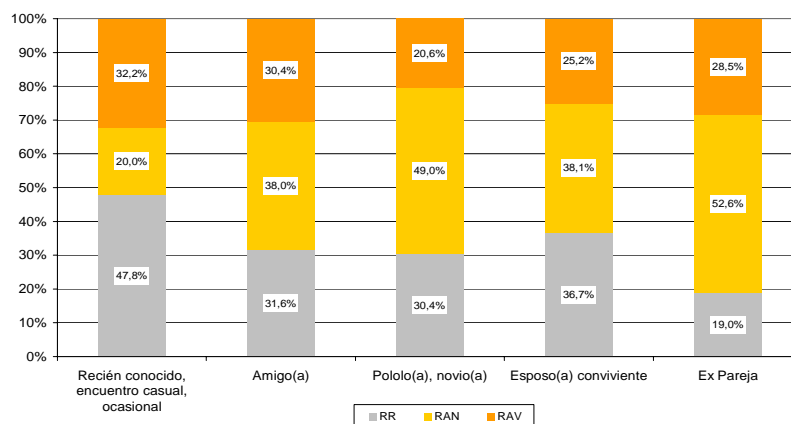
No se trata estrictamente de la distinción entre contextos de pareja y de ocasionalidad, usada habitualmente. Así, por ejemplo, una interacción sexual con un *recién conocido* y con un *ex-pololo*, puede en ambos casos situarse en contexto de ocasionalidad, pero en el caso del último, el escenario es más próximo y recursivo que en el primero, y los participantes pueden actuar unos guiones largamente consensuados, en tanto el otro escenario demanda una mayor improvisación de los participantes y puede dar lugar a la imposición de un guión intrapsíquico particular sobre el otro.

Las prácticas femeninas y masculinas pueden ser observadas como un *continuum* entre restricción⁸⁷ y licencia⁸⁸ en cuyos extremos se ubican interacciones propias de contextos de ocasionalidad, no obstante, diferenciadas en las configuraciones de sus escenarios. Sin embargo, los ordenamientos que presentan hombres y mujeres son inversos (Véase gráficos 8 y 9).

Entre los hombres se observa una mayor restricción con *recién conocido* y *otro* (contextos de ocasionalidad en escenarios de baja proximidad), del mismo modo que una alta licencia con *ex-esposo* o *ex-conviviente*, *ex-pololo* o *ex-novio*. Entre las mujeres, en cambio, se observa una mayor licencia con *recién conocido* y *otro* (contextos de ocasionalidad en escenarios de baja proximidad) y una restricción con *ex-esposo* o *ex-conviviente*, *ex-pololo* o *ex-novio*.

GRAFICO 8

REPERTORIO DE PRACTICAS SEXUALES CON ULTIMA PAREJA SEXUAL SEGÚN TIPO DE VINCULO HOMBRES

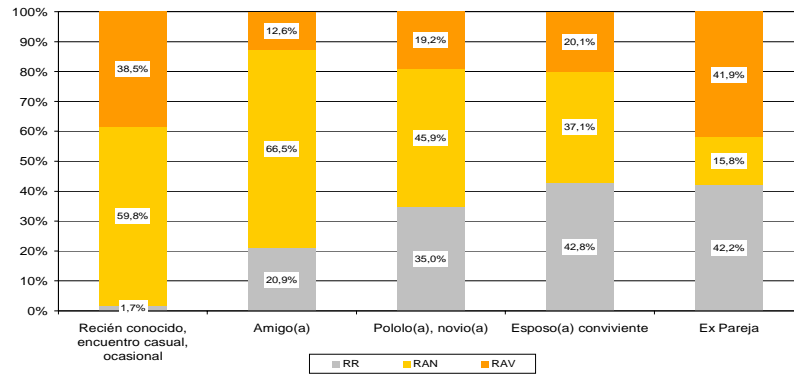


⁸⁷ Mayor nivel de exclusividad vaginal.

⁸⁸ Mayor nivel de prácticas orales y anales.

GRAFICO 9

REPERTORIO DE PRACTICAS SEXUALES CON ULTIMA PAREJA SEXUAL SEGÚN TIPO DE VINCULO MUJERES



8. Diversificación de repertorios sexuales actuales y el número de parejas sexuales.

Observadas las prácticas sexuales actuales según la consideración de un aspecto de las trayectorias sexuales de los individuos, a saber, el número de parejas sexuales, puede sugerirse que el incremento en el número de parejas opera de forma distinta en hombres y mujeres. En éstas, la progresividad en el número de parejas sexuales parece operar en una lógica de ampliación de las prácticas sexuales, en el marco de una expansión de los contextos de relaciones de pareja en que éstas se realizan. En los hombres, en cambio, parece operarse una estabilización de sus repertorios después de las primeras parejas sexuales, en cualquiera de los tipos de repertorios.

GRAFICO 10

REPERTORIO DE PRACTICAS SEXUALES CON ULTIMA PAREJA SEXUAL SEGUN NUMERO DE PAREJAS SEXUALES DECLARADAS (HASTA 5 PAREJAS SEXUALES) MUJERES

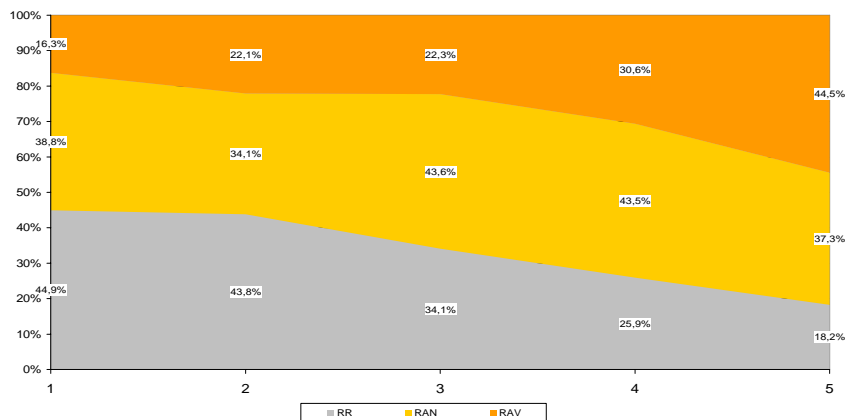
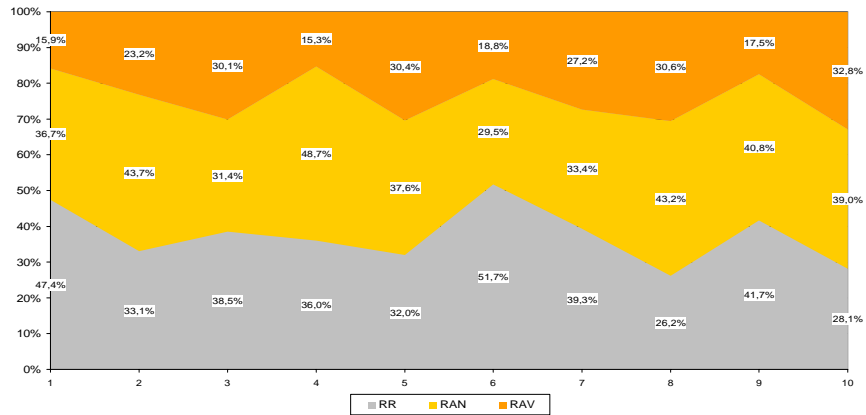


GRAFICO 11

REPERTORIO DE PRACTICAS SEXUALES CON ULTIMA PAREJA SEXUAL SEGUN NUMERO DE PAREJAS SEXUALES DECLARADAS (HASTA 10 PAREJAS SEXUALES) HOMBRES

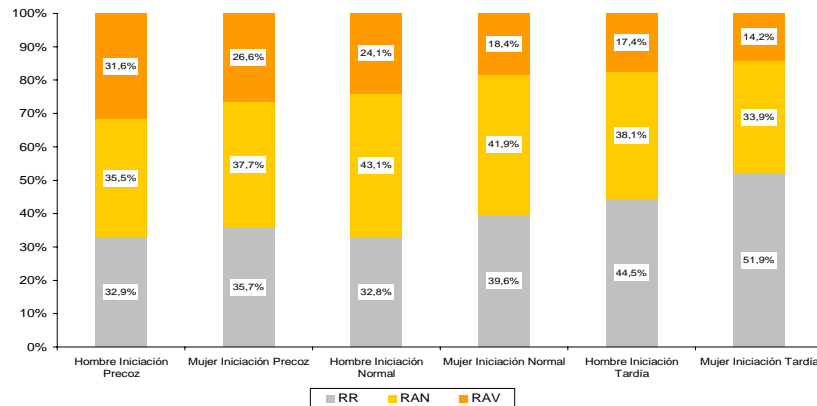


9. Diversificación de repertorios sexuales actuales y precocidad en los procesos de entrada en la sexualidad activa.

Del mismo que la observación precedente, la consideración de otro aspecto de las trayectorias sexuales de los individuos, a saber, las edades de entrada en la sexualidad activa, puede sugerirse que los momentos, más precoces o más tardíos respecto de su mismo segmento etario, conllevan diferencias en las apropiaciones de repertorios sexuales amplios. En ambos sexos, una entrada tardía presenta una mayor presencia de repertorio restringido; a su vez, una entrada temprana presenta una mayor presencia de repertorio amplio, en particular del repertorio variado.

GRAFICO 12

REPERTORIOS SEXUALES CON ULTIMA PAREJA SEXUAL SEGUN PRECOCIDAD Y SEXO (PORCENTAJES)



PARTE 3

CAPITULO VIII

CONSTRUCCION TIPOLOGICA DE LAS SEXUALIDADES GENERACIONALES

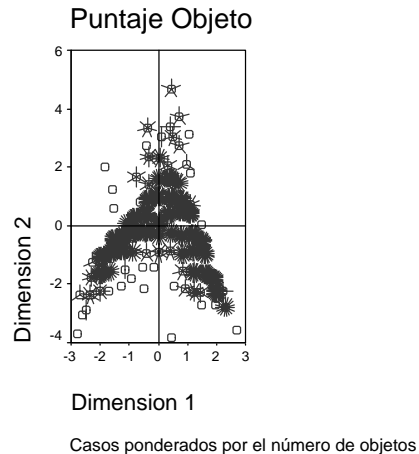
1. Introducción

La presente tipología está construida sobre un conjunto delimitado de *variables sexuales*, disponibles en la Encuesta CONASIDA/ANRS, que es una encuesta desarrollada en el campo de la investigación sobre VIH/SIDA y que, por ello, deja fuera comportamientos sexuales no relevantes en la expansión de la epidemia, que una encuesta en el campo de la sexualidad consideraría tales como las prácticas sexuales no interactivas –masturbación, p. e.-, o la actividad sexual no física - pornografía, cibersexo, etc. Como se ha señalado en el acápite sobre metodología, los comportamientos y opiniones informados en esta Encuesta son limitados: número de parejas sexuales, motivos primera relación sexual, edad iniciación sexual, tipo de primera pareja sexual, relaciones sexuales en contexto de comercio sexual, repertorio de prácticas sexuales, iniciativa sexual, condición de multi-pareja sexual, infidelidad, satisfacción sexual, respuesta sexual, frecuencia actividad sexual, caricias íntimas, violencia sexual.

Este no constituye un ejercicio de construcción tipológica que remita primeramente a una psicología o subjetividad sexual, sino a unos modos históricos de configuración de las prácticas sexuales, en los cuales las configuraciones individuales expresan modos específicos de organizar unas prácticas subjetivo-culturales. Tampoco está orientada a producir una clasificación principalmente de *estilos sexuales* en el sentido de cubrir ordenamientos posibles. Estos son muchos más e incluyen aspectos no considerados aquí y que diferencian a unos de otros. Incorpora los parámetros básicos. Bajo el supuesto que el género y la generación son elementos centrales en el cambio producido en la sociedad chilena, exploramos las transiciones operadas en el tiempo, las configuraciones que emergen, y las dimensiones centrales que las constituyen y las diferencian en las sociedad chilena. Exploramos las sexualidades en transición en qué consisten y sus elementos clave y sus límites.

¿Cómo se construyó esta tipología? Para su generación, las preguntas seleccionadas son transformadas en nuevas variables mediante la utilización del Análisis de Correspondencia

Múltiple⁸⁹. El análisis de correspondencia cuantifica los datos (categóricos) nominales mediante la asignación de valores numéricos a los casos (los objetos) y a las categorías. En el siguiente gráfico se aprecia la ubicación de los casos con respecto a las dos primeras dimensiones creadas.



En segundo lugar, utilizando estas nuevas variables se generan tipologías, a través, del procedimiento K-Means⁹⁰, este procedimiento intenta identificar grupos de casos relativamente homogéneos basándose en las características seleccionadas y utilizando un algoritmo que puede gestionar un gran número de casos.

Las variables que mostraron ser significativas fueron: número de parejas sexuales, motivos primera relación sexual, edad iniciación sexual, repertorio práctica sexual, primera pareja sexual, relaciones sexuales con trabajadora sexual, e iniciativa sexual actual

⁸⁹ El objetivo del Análisis de Correspondencia Múltiple es describir las relaciones entre dos o más variables nominales en un espacio de pocas dimensiones que contiene las categorías de las variables así como los objetos pertenecientes a dichas categorías. Los objetos pertenecientes a la misma categoría se representan cerca los unos de los otros, mientras que los objetos de diferentes categorías se representan alejados los unos de los otros. Cada objeto se encuentra lo más cerca posible de los puntos de categoría para las categorías a las que pertenece dicho objeto.

⁹⁰ El procedimiento comienza seleccionando los casos más distantes entre sí, y a continuación se inicia la lectura secuencial del archivo de datos asignando cada caso al centro más próximo y actualizando el valor de los centros a medida que se van incorporando nuevos casos. Una vez que todos los casos han sido asignado a uno de los K conglomerados, se inicia un proceso iterativo para calcular los centroides finales de esos K conglomerados.

2. Descripción de grupos tipológicos.

A continuación se presentan los grupos constituidos a partir de las variables antes indicadas.

TABLA 1

DESCRIPCION DE GRUPOS TIPOLOGICOS		II	III	IV	V	Total
MOTIVOS INICIACIÓN SEXUAL	Curiosidad	7,30%	8,10%	50,80%	32,70%	21,00%
	Atracción o deseo	11,30%	11,70%	39,20%	44,60%	24,10%
	Amor	75,40%	57,10%	1,50%	15,00%	34,80%
	Presión de pareja (prueba de amor)	2,70%	12,30%	0,20%	3,50%	4,20%
	Casamiento (noche de bodas)	0,30%		0,10%		10,30%
	La mayoría de sus amigos(as)	0,50%	0,20%	5,80%	2,10%	1,70%
	Fue abuso sexual		9,70%		0,30%	2,10%
	Otro	2,20%	0,80%	2,20%	1,70%	1,50%
	NR	0,40%	0,10%	0,20%	0,10%	0,30%
	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
NÚMERO DE PAREJAS SEXUALES	Una	87,50%	9,30%	0,50%	4,90%	33,50%
	Dos	7,10%	60,30%	1,70%	11,40%	18,60%
	Tres y más	4,70%	29,40%	95,40%	82,40%	46,80%
	NS-NR	0,70%	0,90%	2,40%	1,30%	1,20%
	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
REPERTORIO SEXUAL	RR	53,30%	41,80%	45,90%	42,10%	47,50%
	RAN	24,00%	37,80%	31,60%	42,40%	32,30%
	RAV	7,70%	9,60%	15,50%	9,40%	9,30%
	Ninguna	15,00%	10,90%	7,00%	6,10%	10,80%
	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
PRACTICAS SEXUALES	Vaginal	53,30%	41,80%	45,90%	42,10%	47,50%
	Oral	1,80%	1,20%	1,80%	1,00%	1,40%
	Anal	0,20%	0,30%			0,10%
	Vaginal – Oral	22,20%	36,60%	29,80%	41,40%	30,90%
	Vaginal – Anal	2,40%	0,70%	1,60%	1,40%	1,40%
	Oral – Anal	0,00%			0,50%	0,10%
	Vaginal - oral – anal	5,10%	8,60%	13,90%	7,50%	7,70%
	Ninguna	15,00%	10,90%	7,00%	6,10%	10,80%
	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
RS CON TRABAJADORA SEXUALS(OS)	Sí		0,00%	73,60%	11,10%	15,50%
	No	99,70%	100,00%	26,30%	88,90%	84,40%
	NR	0,30%		0,10%	0,10%	0,10%
	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
PRIMERA PAREJA SEXUAL	Recién conocido (encuentro casual)	0,10%	0,40%	25,30%	7,70%	6,60%
	Amigo(a)	0,70%	1,00%	49,40%	33,00%	18,20%
	Esposo(a)	26,40%		0,30%	1,10%	18,70%
	Pololo(a) o novio(a)	72,50%	98,40%	8,00%	55,10%	52,50%
	Trabajadora sexual(o)			11,40%		2,00%
	Otro	0,10%	0,00%	5,40%	2,60%	1,70%
NR	0,30%	0,20%	0,20%	0,40%	0,30%	
	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
INICIATIVA SEXUAL	Siempre usted	2,10%	4,00%	43,20%	14,10%	13,80%
	Más veces usted	6,20%	6,20%	34,90%	31,20%	18,60%
	Más veces su pareja	36,60%	39,10%	2,10%	9,10%	21,60%
	Siempre su pareja	21,70%	13,60%	0,20%	3,40%	11,40%
	Ambos	32,90%	36,90%	19,10%	41,90%	34,20%
	NR	0,50%	0,30%	0,60%	0,20%	0,40%
	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
EDAD DE PRIMERA RELACIÓN SEXUAL	Precoz	18,80%	30,50%	39,10%	24,90%	25,40%
	Normal	57,30%	51,20%	48,20%	62,00%	54,80%
	Tardío	23,40%	7,80%	11,90%	12,00%	17,00%
	Tardío No iniciado	0,50%	10,50%	0,80%	1,10%	2,90%
Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	

De forma comportamental, lo anterior se expresa del modo que se describe a continuación. Se introducen criterios de clasificación de los comportamientos en las dimensiones de edad de iniciación sexual y de prácticas sexuales.

CUADRO 1

CARACTERIZACION DE TIPOS					
	I	II	III	IV	V
Número de parejas sexuales	Una	Una	Dos	Tres o más	Tres o más
Motivos primera relación sexual	Casamiento (noche de bodas)	Amor	Amor	Curiosidad	Deseo
				Deseo	curiosidad
Edad iniciación sexual	Normal	Normal	Normal	Normal	Normal
	Tardío	Tardío	Precoz	Precoz	Precoz
Repertorio práctica sexual	RR ⁹¹	RR/RAN ⁹²	RR/RAN	RR/RAN/RAV ⁹³	RR/RAN
Relaciones sexuales con trabajadora sexual				Trabajadora sexual	
Primera pareja sexual	Esposo	Pololo(a) o novio(a)	Pololo(a) o novio(a)	Amiga	Pololo(a) o novio(a)
		Esposo		Recién conocida	
				Trabajadora sexual	Amiga
Iniciativa sexual actual	El otro	El otro	El otro	Propia	El otro Propia
	Ambos	Ambos	Ambos (importancia pareja relativa)		

3. Composición sociodemográfica de grupos tipológicos.

Las distinciones fundamentales que inciden en los comportamientos sexuales de los individuos comprendidos en cada uno de los tipos propuestos se organizan centralmente a partir de las categorías de género y de generación.

a. La categoría de género se muestra relevante en la composición de los tipos: se configuran muy evidentemente unos tipos femeninos y tipos masculinos. Los tres primeros tipos (I, II y III) son predominantemente femeninos (86.30%, 84.90% y 79.30%, respectivamente), en tanto los tipos restantes (IV y V) son predominantemente masculinos (98.80% y 82.10%).

⁹¹ . RR: Repertorio Restringido

⁹² RAN: Repertorio Amplio Normalizado

⁹³ RAV: Repertorio Amplio Variado.

TABLA 2

COMPOSICION POR SEXO DE GRUPOS TIPOLOGICOS						
	I	II	III	IV	V	Total
Mujer	86,30%	84,90%	79,30%	1,20%	17,90%	51,30%
Hombre	13,70%	15,10%	20,70%	98,80%	82,10%	48,70%
	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

b. La categoría de generación, por su parte, también se muestra relevante en la conformación de grupos. La población de más edad –cohortes nacidas antes de 1965- tiende a concentrarse en el grupo I y IV (los extremos de género: mujeres y hombres). La población de menor edad –cohortes nacidas después de 1964- tiende a concentrarse en los grupos II, III y V (tipos III y V presentan alta frecuencia en la población nacida entre 1970 y 1974). En grupos etarios semejantes, la distribución de población joven tiende a ser similar para estos tres grupos.

TABLA 3

COMPOSICION POR GRUPO DE EDAD DE GRUPOS TIPOLOGICOS						
	I	II	III	IV	V	Total
1929 - 1934	12,40%	4,40%	2,70%	8,60%	3,20%	5,40%
1935 - 1939	14,30%	3,40%	2,90%	10,10%	2,60%	5,60%
1940 - 1944	10,90%	5,20%	5,20%	7,20%	3,60%	5,80%
1945 - 1949	11,10%	6,00%	5,10%	9,30%	6,00%	7,00%
1950 - 1954	10,20%	8,40%	9,20%	10,60%	7,50%	8,90%
1955 - 1959	16,40%	9,00%	14,60%	16,00%	11,50%	13,00%
1960 - 1964	10,10%	17,10%	15,20%	13,30%	12,10%	13,80%
1965 - 1969	10,50%	15,90%	14,80%	9,60%	15,30%	13,80%
1970 - 1974	3,50%	12,10%	14,30%	7,60%	18,70%	12,60%
1975 - 1980	0,60%	18,60%	16,10%	7,80%	19,50%	14,20%
	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

c. La categoría de clase social es abordada aquí desde dos indicadores, a saber, como nivel educacional y nivel socioeconómico. Respecto de lo primero, si se consideran factores generacionales –dado el hecho que los hombres y sobre todo, las mujeres mayores tuvieron menos acceso a la educación, y menor aún a la educación superior- los niveles educacionales son relativamente similares en diversos grupos tipológicos.

TABLA 4

NIVELES EDUCACIONALES SEGÚN GRUPOS TIPOLOGICOS						
	I	II	III	IV	V	Total
Analfabeto	1,30%	1,40%	1,20%	1,00%	1,00%	1,20%
Básica Incompleta	21,90%	18,90%	19,50%	19,00%	15,00%	18,30%
Básica Completa	9,70%	9,80%	8,20%	9,40%	6,50%	8,50%
Media Incompleta	17,40%	18,40%	18,70%	20,40%	17,20%	18,40%
Media Completa	23,60%	28,70%	25,80%	29,00%	30,90%	28,10%
Superior Incompleta	5,00%	6,00%	7,40%	4,60%	13,10%	7,90%
Superior Completa	14,40%	11,30%	15,70%	12,80%	10,70%	12,70%
No Responde	6,60%	5,50%	3,60%	3,80%	5,50%	4,90%
Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Respecto del nivel socioeconómico, no se observan diferencias sustantivas en la distribución de los tipos. Los grupos de sujetos mayores (I y IV) presentan leves variaciones en que el primero se desplaza un poco más hacia NSE medio y alto y el último hacia NSE medio y bajo. Los grupos más jóvenes presentan leves diferencias entre los grupos III y V en una mayor presencia del NSE medio en el último y mayor presencia de NSE bajo en el primero; entre los grupos II y III se observa una relativa mayor presencia de NSE medio en el primero y una presencia de NSE alto y bajo en el último.

TABLA 5

COMPOSICION POR NIVELES SOCIOECONOMICOS POR GRUPOS TIPOLOGICOS						
	I	II	III	IV	V	Total
Alto (abc1)	8,90%	4,10%	6,20%	5,90%	3,80%	5,40%
Medio (c2c3)	63,60%	53,60%	47,70%	49,90%	59,90%	54,70%
Bajo (de)	27,40%	42,30%	46,10%	44,10%	36,30%	39,90%
Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

f. La categoría religiosa es abordada aquí desde dos indicadores: adscripción y observancia. Los grupos no son homogéneos entre sí en relación con sus adscripciones religiosas. El tipo I (mujeres y mayores) se caracteriza por una ausencia de sujetos sin religión, en tanto, el tipo V (jóvenes y hombres) es el que tiene mayor presencia de los que no tienen religión. El tipo IV (hombres y mayores) reduce presencia relativa de evangélicos. Los grupos III y V (jóvenes hombres y mujeres) presentan niveles menores de adscripción católica.

TABLA 6

COMPOSICION DE GRUPOS TIPOLOGICOS POR ADSCRIPCION RELIGIOSA		I	II	III	IV	V	Total
Religión con que se identifica actualmente	Católica	75,90%	74,70%	69,20%	72,80%	67,00%	71,20%
	Evangélica	17,70%	14,50%	17,60%	9,70%	13,20%	14,40%
	Otra	3,70%	4,10%	3,90%	4,20%	3,40%	3,80%
	Ninguna	2,70%	6,70%	9,30%	13,30%	16,40%	10,60%
Total		100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

La observancia, medida como la frecuencia a servicio religioso, muestra diferencias. El tipo I tiene la más alta asistencia: 65.9% asiste una o más veces a la semana y al mes. El tipo II y El tipo III reduce su asistencia respecto de los anteriores: 54.9% no asiste nunca o sólo algunas veces en el año. Los tipos IV y V tienen la menor asistencia: 68.8% del tipo IV y 68.7% del V no asisten nunca o sólo algunas veces en el año.

TABLA 7

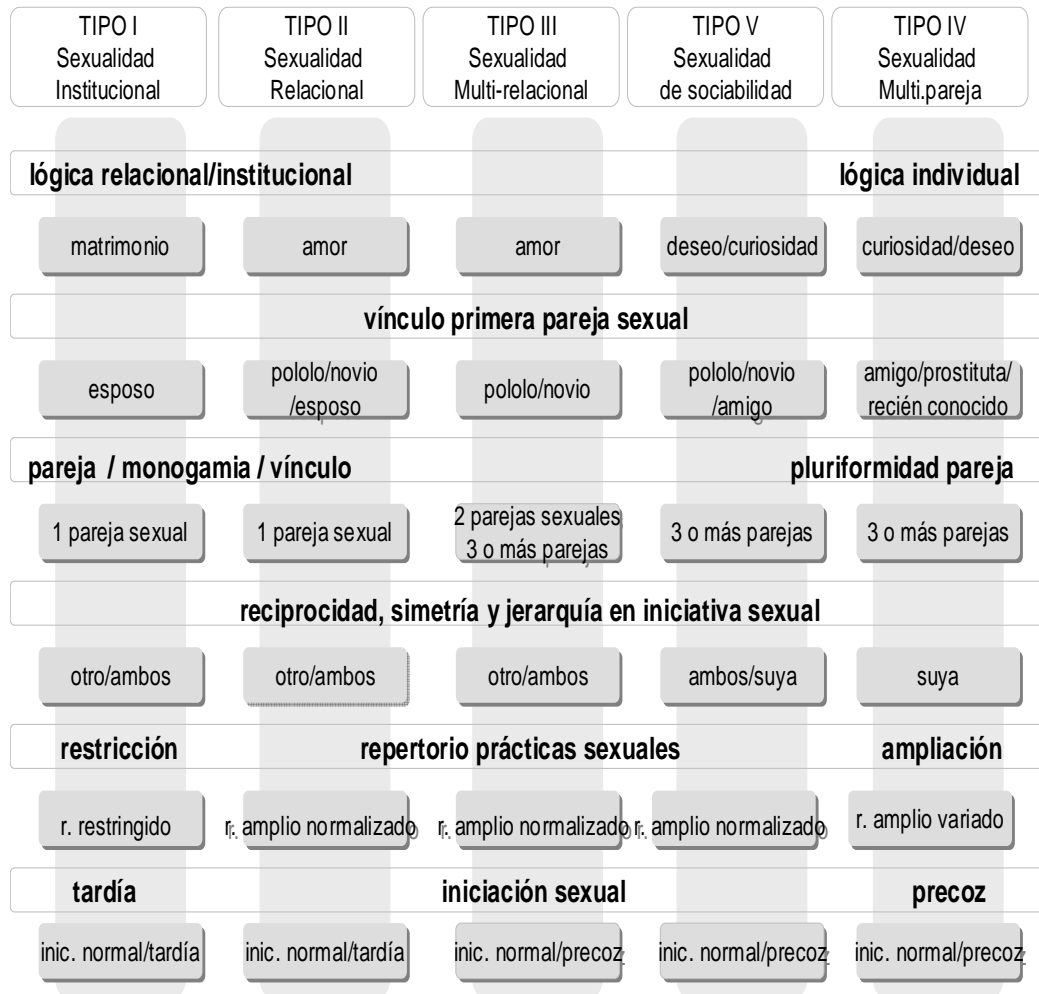
COMPOSICION DE GRUPOS TIPOLOGICOS POR OBSERVANCIA (FRECUENCIA A SERVICIOS RELIGIOSOS)		I	II	III	IV	V	Total
Nunca		5,10%	14,40%	20,20%	23,90%	23,9%	18,40%
Algunas veces al año		28,00%	36,80%	34,70%	44,80%	44,9%	38,50%
Una o más veces al mes		28,50%	21,10%	19,80%	18,30%	16,8%	20,30%
Una o más veces a la semana		37,40%	26,50%	22,70%	12,20%	12,8%	21,30%
NR		1,00%	1,20%	2,70%	0,80%	1,6%	1,60%
Total		100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	0,008	100,00%

4. Caracterización de grupos tipológicos.

El diagrama que se presenta más abajo ha sido organizado considerando los atributos internos, las dimensiones analíticas a las que éstos refieren, así como la denominación propuesta a cada uno de los tipos basada en la articulación de sus atributos internos con las variables de género y generación, socio-demográficamente relevantes.

CUADRO 2

ESQUEMATIZACION DE TIPOS SEGÚN VARIABLES CONSTITUTIVAS



A continuación se caracterizan los cinco tipos que se configuran en la construcción tipológica realizada, a saber:

- Tipo I:* sexualidad institucional
- Tipo II:* sexualidad relacional
- Tipo III:* sexualidad multi-relacional
- Tipo IV:* sexualidad multi-pareja
- Tipo V:* sexualidad de la sociabilidad

El grupo I: el tipo de una sexualidad institucional

El tipo se observa principalmente en las generaciones más antiguas aquí estudiadas (nacidas en 1929) y se extiende hasta 1969. Puede sugerirse que corresponde a un modo tradicional que en la década de 1970 desaparece y es substituido por el tipo 2 de *sexualidad relacional*.

La sexualidad se orienta íntimamente por una lógica que llamaremos una lógica relacional, en una versión institucional, del sexo -sexo marital-, que expresa una cercanía a una norma moral de las religiones cristianas prevalentes en la sociedad chilena, y que secularmente tiene su expresión en una lógica más propiamente relacional del sexo (sexo con amor, o vínculo afectivo). Las parejas sexuales corresponden estrictamente a las parejas maritales y, dado que se concibe el matrimonio como una única y exclusiva relación en la vida, lo predominante es la monogamia en el plano de la pareja institucional y la condición de monopareja sexual (una pareja afectiva/sexual en la vida).

La entrada en la sexualidad activa se produce en el marco del matrimonio; allí adquiere sentido -débito conyugal y carácter unitivo, en sus versiones religiosas cristianas; amoroso, en sus versiones laicas-, allí alcanza su plena funcionalidad -reproductiva, entre otras.

Las edades de iniciación sexuales les sitúan estadísticamente como un grupo poblacional de entrada normal y tardía, ajustadas a las edades del matrimonio y sus variaciones. No corresponde su entrada a una sexualidad juvenil⁹⁴, propiamente; sino más bien a una sexualidad marital abierta a la reproducción.

Este es el tipo cuyas prácticas sexuales corresponden al patrón denominado *repertorio sexual restringido*⁹⁵, a saber, caracterizado por la exclusividad de la práctica vaginal. Puede sugerirse que expresa una configuración femenina tradicional, según la cual a una esposa corresponden unas prácticas específicas, en un modelo de sexualidad femenina que usa la distinción entre mujeres disolutas y mujeres castas, y organiza prácticas sexuales diferenciadas para unas y otras: vaginales, para las últimas y variadas, para las primeras.

⁹⁴ Entendemos por tal, la fase de la vida que va desde la primera relación sexual al inicio de la cohabitación o conyugalidad.

⁹⁵ Véase capítulo sobre prácticas sexuales en esta misma Tesis Doctoral.

Se ha propuesto analíticamente para el estudio de las prácticas sexuales de la población la operación de ciertos patrones de comportamiento sexual en los cuales se inscriben las prácticas concretas. En primer lugar, la presencia de un patrón caracterizado por la exclusividad de la práctica vaginal, que denominamos "repertorio sexual restringido". En segundo lugar, la presencia de un patrón que hemos denominado "repertorio sexual amplio", basado en la combinación de la práctica vaginal con las formas oral y anal. Asimismo, al interior del último patrón, existen dos formas específicas: una forma que incorpora sexo oral a las prácticas sexuales, y otra forma que incorpora sexo anal.

La iniciativa sexual es atribuida al otro más frecuentemente, y secundariamente, a ambos, y dada la composición de género de este tipo, ello resulta en iniciativa masculina, primeramente, y compartida, secundariamente. De forma general, este tipo se caracteriza por la existencia de un guión interpersonal según el cual a los hombres corresponde la activación y despliegue del deseo, así como la convocatoria al acto sexual.

El grupo II: el tipo de una sexualidad relacional

El tipo se presenta principalmente en las generaciones más jóvenes. Emerge en la década de 1960 y llega a la actualidad. Substituye a un tipo sexual femenino tradicional –el tipo I- que en la década de 1970 desaparece.

La sexualidad se orienta íntimamente por una lógica relacional del sexo -sexo por (y con) amor-, que expresa una versión secular emergente que se distancia de la norma moral de las religiones cristianas prevalentes en la sociedad chilena.

Del mismo modo, dado lo anterior, las parejas sexuales corresponden estrictamente a las parejas afectivas. De ese modo, se distancia de la pareja institucional (el esposo, la pareja sexual de la vida), para acercarse más al concepto moderno de pareja⁹⁶. No obstante, el pololo/novio deviene esposo. Monogamia en el plano de la pareja afectiva y la condición de monopareja sexual (una pareja afectiva/sexual en la vida). Por ello, constituye una versión renovada del tipo anterior -de una sexualidad institucional-, que sustituye la norma moral del matrimonio por la del amor.

La entrada en la sexualidad activa se produce, de forma mayoritaria, fuera del marco del matrimonio, como sexualidad premarital, aunque este escenario persiste; adquiere sentido en la intensidad amorosa de los actores, su funcionalidad vincula con la consolidación y afiatamiento sexual de la pareja. Las edades de iniciación sexuales les sitúan estadísticamente como un grupo poblacional de entrada normal y tardía.

Las prácticas sexuales prevalentes en este tipo corresponden a la coexistencia del patrón denominado *repertorio sexual restringido* y patrón denominado *repertorio sexual amplio*, en su versión normalizada, a saber, basada en la combinación de la práctica vaginal y oral. Este tipo expresa una apertura a prácticas no vaginales

⁹⁶ Véase capítulo II: Parejas Sexuales, género y contextos sexuales en este mismo documento.

La iniciativa sexual es atribuida al otro más frecuentemente, y secundariamente, de ambos, y dada la composición de género de este tipo, ello resulta en iniciativa masculina, primeramente, y compartida, secundariamente. De igual forma que el tipo I, se caracteriza por la persistencia de un guión interpersonal según el cual a los hombres corresponde la activación y despliegue del deseo, así como la convocatoria al acto sexual.

El grupo III: el tipo de una sexualidad multi-relacional

Corresponde a generaciones más jóvenes de mujeres (nacidas entre 1955 y 1980), a semejanza del grupo II y V. Es, por ello, un tipo que emerge en un contexto de transformaciones sociales y culturales, y que orientado al cambio (más que el grupo II), expresa en sí mismo las tensiones de tal proceso.

Dilucidar la lógica que orienta íntimamente a las mujeres de este grupo no resulta sencillo. El dato disponible en la encuesta CONASIDA/ANRS en relación a las motivaciones introduce una dimensión que complejiza el análisis: la presencia de la violencia sexual (como actividad sexual no consentida, o forzada, directamente). La iniciación sexual motivada por la presión de la pareja alcanza a 12,30%, y por el abuso sexual alcanza a 9,70%; en total 22% debida a violencia sexual. Ello pone de manifiesto por contraste algo no planteado por los grupos anteriores: el tema de la autonomía del sujeto femenino y el surgimiento del consentimiento sexual. ¿Como interpretar este dato?, ¿se trata de un “reconocimiento” de la violencia en la experiencia por parte de los sujetos del tipo (mayoritariamente mujeres), y por tanto, de una sub-declaración por parte de los otros grupos?

En general, se trata aquí de violación y de coacción sexual en el contexto de la pareja afectiva, toda vez que la declaración de violencia remite al hecho que un 98,40% se inició con el pololo/novio. Puede sugerirse que en un contexto social y cultural tradicional en que el sexo hiciera parte del deber conyugal, y la relación entre marido y esposa estuviera basada en una relación de género jerarquizada de dominio masculino, la violencia sexual no constituyera un hecho a ser relevado en las comunicaciones ni sus sentidos discernidos sino como conminación al cumplimiento de un deber. En el contexto de proscripción del sexo pre-marital para las mujeres, éstas se sujetaban a la coacción y/o convicción de postergar la actividad sexual y su tarea era desalentar a los hombres. La institución de la virginidad femenina, dejaba fuera de consideración la autonomía de los sujetos, les impelía a la sujeción, no a lo que está dentro de su campo decisional. En las generaciones siguientes, cuando cabe la posibilidad de que las mujeres tengan sexo antes del matrimonio, la resolución es del sujeto, no de la institución que prohíbe y sanciona. El sexo se

torna desiderable y decidible para las mujeres. Ello, genera como contrapartida, porque frente a la presión masculina persistente, no puede invocarse la prohibición institucional tradicional, sólo la disposición personal. La recusación de la presión ha devenido más compleja. En este sentido este grupo se hace cargo de una tensión o traumatismo del cambio: el chantaje, la presión; la violencia, en definitiva.

Este tipo expresa el paso de las mujeres en la sociedad chilena de una sola pareja sexual a dos o más parejas sexuales en el curso de la vida (en los grupos I y II un 89% y 87.5%, respectivamente, declaran una pareja sexual, en tanto, en el grupo III, un 89.80% declara dos o más parejas sexuales).

Las prácticas sexuales prevalentes en este tipo corresponden al patrón denominado *repertorio sexual amplio*, en su versión normalizada, a saber, basada en la combinación de la práctica vaginal y oral.

La iniciativa sexual es atribuida al otro más frecuentemente, y secundariamente, a ambos, y dada la composición de género de este tipo, ello resulta en iniciativa masculina, primeramente, y compartida, secundariamente. De igual forma que los tipos I y II, se caracteriza por la persistencia de un guión interpersonal según el cual a los hombres corresponde la activación y despliegue del deseo, así como la convocatoria al acto sexual.

El grupo IV: el tipo de sexualidad multi-pareja.

Este tipo corresponde a generaciones más adultas de hombres (nacidos entre 1929 y 1954), a semejanza del grupo I, y a diferencia de los grupos II, III y V, que corresponden a generaciones más jóvenes. Corresponde a un modo tradicional de sexualidad masculina, que en la década de 1970 desaparece y es substituido por el tipo V.

Los hombres expresan una aproximación más experimental y estereotipada como socialización masculina tradicional -la *curiosidad*, antes que el deseo-, a gran distancia de los motivos "femeninos" expresados por los tipos I, II y III, en torno al matrimonio (0.1%) y el amor (1.5%).

Las edades de iniciación sexuales les sitúan estadísticamente como un grupo poblacional de entrada más temprana que normal. La entrada en la sexualidad activa se produce con unos tipos de parejas sexuales no maritales: la amiga, recién conocida y trabajadora sexual. Se configura la primera pareja sexual sobre una distancia afectiva, en lo que puede ser formulado como *sexo sin*

vínculo, y puede sugerirse, juntamente, a diferencia de las nuevas generación en relación a la figura de la amiga, incluso la recién conocida, sin proyección ninguna de relación o pareja en la condición de acceso. Las tres figuras expresan contextos de sociabilidad diversos: la amiga tiene aparentemente una mayor proximidad que las otras. Del mismo modo, las condiciones de accesibilidad las diferencia: con la trabajadora sexual se negocia el acceso, a las otras, se las seduce.

Este es el tipo masculino que propiamente considera la prostitución como institución social puesta al servicio de la iniciación sexual masculina (11.4% en grupo IV y 0.0% en grupo V), del mismo modo que es el tipo que la incorpora como un contexto de las prácticas sexuales en el curso de la vida.

Declara tres y más parejas sexuales en el curso de la vida. Ello le sitúa a distancia de los tipos I, II y III, y en proximidad al tipo V. Por cierto, puede interpretarse como un elemento asociado al género: los hombres tienen más parejas sexuales en el curso de su vida que sus pares femeninas. No obstante, del mismo modo que se señalara precedentemente, el análisis requiere de una perspectiva histórica, lo que implica utilizar la misma categoría de generación aquí empleada para observar cambios y continuidades en el periodo estudiado, de manera de establecer las particularidades históricas de tales prácticas.

Este tipo se caracteriza por una coexistencia en sus prácticas sexuales de un patrón denominado *repertorio sexual amplio*, a saber, caracterizado por la combinación de práctica vaginal con oral y/o anal, y de un patrón sexual restringido, caracterizado por la combinación de práctica vaginal exclusiva. Este grupo es el que alcanza mayor apropiación del repertorio amplio variado, es decir, aquel que incluye sexo anal.

El grupo V: el tipo de una sexualidad de la sociabilidad.

Este grupo corresponde a generaciones más jóvenes de hombres (nacidos entre 1955 y 1980), a semejanza del grupo II y III, y a diferencia de los grupos I y V, que corresponden a generaciones más antiguas. Es, por ello, un tipo que emerge en un contexto de transformaciones sociales y culturales, y que orientado al cambio, expresa en sí mismo las mutaciones y tensiones de tal proceso. Por ello, lo denominamos

De igual modo que en el tipo femenino III, aquí lo que se presenta es una transición en la apertura a otras lógicas. Los hombres expresan un tránsito desde una aproximación más experimental y

estereotipada como socialización masculina tradicional -la *curiosidad*, antes que el deseo-, a una cualificación erótica, propiamente nombrada como *atracción o deseo*. Asimismo, emerge de un modo aún limitado el amor (15%).

Las edades de iniciación sexuales les sitúan estadísticamente como un grupo poblacional de entrada normal y temprana. La entrada en la sexualidad activa se produce con unos tipos de parejas sexuales no institucionales: la polola o la amiga. La primera pareja sexual está basada en la sociabilidad de la amistad, bajo la figura de la *amiga*, y en torno a la pareja afectiva no conyugal - la *novia o polola*. Se configura la primera pareja sexual sobre una articulación de distancia afectiva y proximidad social en la figura de la *amiga*, que se conserva en la actualidad, y se incrementa el contexto amoroso: probablemente, aunque no están diferenciadas en el cuestionario, la pareja afectiva no conyugal evolucionó desde la *novia* a la *polola*. Respecto de este tipo puede sugerirse que su sexualidad se realiza en contextos de sociabilidad: una sexualidad en redes de amistad-, y en contextos de parejas afectivas que excluyen, sin embargo, la interacción sexual con trabajadores/as sexuales.

Declara tres y más parejas sexuales en el curso de la vida. Ello le sitúa a distancia de los tipos I, II y III, y en proximidad al tipo IV. Por cierto, puede interpretarse como un elemento asociado al género: los hombres tienen más parejas sexuales en el curso de su vida que sus pares femeninas. El análisis requiere de una perspectiva histórica, lo que implica utilizar la misma categoría de generación aquí empleada para observar cambios y continuidades en el periodo estudiado. Pero ello no es posible a partir de los datos provistos por las encuestas aquí consideradas. Metodológicamente se necesitaría disponer de encuestas similares aplicadas en las mismas cohortes en periodos anteriores. No puede deducirse nada, toda vez que dado que es un grupo más joven que su equivalente masculino (grupo IV) no puede saberse si incrementará el número de parejas en el futuro; a pesar, además, que es previsible que participe del retraso de la edad del matrimonio y experimente más divorcios que las generaciones mayores.

Este tipo se caracteriza por una coexistencia en sus prácticas sexuales de un patrón denominado *repertorio sexual amplio*, a saber, caracterizado por la combinación de práctica vaginal con oral y/o anal, y de un patrón sexual restringido, caracterizado por la combinación de práctica vaginal exclusiva.

5. Los tipos sexuales en contexto de transformación.

Como hemos señalado precedentemente, la generación y el género constituyen las distinciones fundamentales que inciden en los modos específicos en que se configuran las sexualidades de los sujetos en la sociedad chilena en las cohortes estudiadas, nacidas ellas desde la década de 1930 y hasta 1980. Por una parte, la temporalidad generacional, expresiva de un curso histórico y social, marca tales modos y permite situarlos en relación a elementos que se constituyen en indicadores de modos tradicionales y de elementos instituyentes de nuevos modos, que pueden ser conceptualizados como transicionales. Por otra parte, el sexo de los sujetos, señala los elementos cruciales de los ordenamientos tipológicos, y sus mutaciones son expresivas de los modos en que se organizan históricamente las relaciones de género en el ámbito específico de la sexualidad, sus referencias, sus tensiones y sus adecuaciones.

Puede sugerirse que los grupos I y IV son tipos complementarios desde una doble perspectiva de género y generación. Corresponden en general a hombres y mujeres nacidos en la primera mitad del siglo veinte. Por tanto, son generaciones cuyas sexualidades coexistieron y se tuvieron como referencia la una a la otra. Puede sugerirse que la tipología carece, sin embargo, de un otro tipo femenino que requiere el tipo masculino aquí analizado: un tipo de feminidad también licenciosa. No se configura en la tipología un grupo específico con similaridad al tipo masculino V. No existe como tal un equivalente femenino del tipo masculino. Existen muy probablemente unos tipos diversos, marginales, no legitimados o no puros de tipos femeninos asociados, que recoge mejor la investigación cualitativa (Fuller, 2001). Numéricamente minoritaria (trabajadoras sexuales) y/o sub-declarada (no declaración de parejas sexuales en contexto de ocasionalidad), no puros a través de la extramaritalidad no declarada en contexto de pareja estable.

Los grupos I y IV, que incluyen a las personas de mayor edad, son grupos que, por razones generacionales, se encuentra más lejos del grupo etario susceptible de asociar más directamente a la experiencia de cambio representada por la modernización de la sociedad chilena. En este sentido, toda la población estudiada puede ser observada como una población más bien tradicional, biográficamente alejada de la exposición al cambio cultural reciente y, sobre todo, con patrones de comportamiento ya estabilizados hace al menos entre dos y tres décadas.

Los tipos II, III y IV corresponden a generaciones más jóvenes de mujeres y hombres (cohortes nacidas entre 1955 y 1980). Son, por ello, tipos que emergen en un contexto de transformaciones sociales y culturales, y que se orientan respecto del cambio de modos específicos.

Los tipos II y III pueden ser interpretados como dos formas distintas de respuesta al cambio. El tipo II puede ser observado como la sustitución o versión actual del tipo I. El tipo de *sexualidad institucional* corresponde a un modo tradicional que en la década de 1970 desaparece, y se caracteriza por la sujeción de la sexualidad al matrimonio; elemento respecto del cual se distancia el tipo II de *sexualidad relacional*, y substituye por la presencia del amor como sentido y legitimación de la sexualidad premarital. En este sentido, puede sugerirse que este tipo se constituya en una versión actual del tradicional tipo I. El tipo III, es un grupo que comparte generacionalmente con el tipo II la ruptura con la norma tradicional de la virginidad femenina, no obstante, a diferencia de éste, rompe con la norma femenina de la única pareja sexual en el curso de la vida, para expandir el número de parejas y abrirse crecientemente a la pluriformidad de relacionamientos sexuales. Es un tipo caracterizado por la ruptura de la normatividad tradicional, pero, al mismo tiempo, expuesto a nuevas tensiones surgidas de tales transformaciones. El tipo V, por su parte, se caracteriza por el abandono de prácticas tradicionales de iniciación masculina⁹⁷, por grados crecientes de simetría en materias de iniciativa sexual, y porque sitúa sus relacionamientos sexuales a distancia del contexto de comercio sexual. Proponemos que es el abandono de prácticas tradicionales lo que define a este tipo, que prefigura transformaciones aún no plenamente manifiestas en el plano de los relacionamientos sexuales.

⁹⁷ La figura de la trabajadora sexual como iniciadora desaparece, la recién conocida y la amiga reducen importancia y emerge con fuerza la figura de la polola.

PARTE 4

CAPITULO IX

RELIGIONES Y COMPORTAMIENTOS SEXUALES EN LA SOCIEDAD CHILENA

1. Introducción.

Se ha afirmado antes que los procesos modernos de individualización rompen o modifican de manera importante las estructuras y las instituciones sociales tradicionales; entre estas últimas se encuentran las instituciones religiosas. Como se explora en este capítulo, la modernidad ha puesto a la religión en un diálogo intenso con la secularización y a sus instituciones las ha puesto reflexivamente confrontadas a la actualización de sus relaciones con los individuos. Muchas de las decisiones y dilemas que tradicionalmente estaban sujetas a la normatividad o el escrutinio institucional o comunitario, incluyendo la sexualidad, han pasado a constituir una esfera propia de los individuos, al mismo tiempo que los individuos reconfiguran sus relaciones con las instituciones religiosas, sin que necesariamente ello signifique abandonar sus creencias religiosas.

Los datos analizados en esta tesis sugieren que la religión no presenta una influencia particular sobre los comportamientos sexuales en términos de hacerlos particularmente distintos a los comportamientos observados en la población que no practica alguna religión. No obstante, y esto presenta una marcada relevancia, los datos analizados sugieren una conexión estrecha entre sexualidad y observancia religiosa, definida en términos de frecuencia de participación de los individuos en las actividades religiosas (misas, cultos o servicios regulares). Una mayor observancia religiosa correlaciona con posiciones que se ubican normativamente en un polo de mayor desaprobación respecto de un conjunto de juicios normativos respecto de la sexualidad. Ello define también la adherencia a la normatividad institucional y, por tanto, la posibilidad de la traducción de dicha normativa a las prácticas y a los discursos sexuales.

Otto Maduro (1978, pp. 33-34) define la religión como “una estructura de discurso y de práctica compartida por un grupo social y referida a alguna fuerza –personalizada o no, múltiple o singular- a la cual los creyentes consideran anterior y superior a su contexto social y natural y ante la cual sienten una cierta dependencia –creados, gobernados, protegidos, amenazados, etc.- y con respecto a la cual se consideran a sí mismos obligados a acatar ciertas normas de comportamiento en relación a los demás”. Así definida, la religión opera como una fuerza homogeneizante de discursos y prácticas al interior de una comunidad humana y, en esa medida, opera una

normatividad sobre dichos discursos y prácticas; en la medida en que la sexualidad constituye una dimensión fundamental de la experiencia individual y social, también constituye un campo de construcción normativa de la religión.

Sin embargo, como lo sugiere Hill (1976), los significados de la religión se presentan histórica, geográfica, cultural y demográficamente situados en cada comunidad de habla; por ello, son complejos, diversos y en muchos sentidos confusos. Sobre todo porque la religión puede entenderse, en la sociedad contemporánea, como en un diálogo permanente con la secularización. Los significados mismos de la experiencia o de la observancia religiosa se construyen a la luz de la creciente secularización de la sociedad. Entre otros aspectos, ello supone que la individualización que caracteriza a la secularización pone en el ámbito del individuo muchas decisiones y opciones que antes dejaba en manos de la institucionalidad o de la comunidad religiosa. Es el individuo quien tiene que compatibilizar su observancia religiosa con su vivencia de la sociedad secular y de la individualización. Por ello, un elemento importante a observar será la capacidad de una religión para producir la socialización de los individuos o, expresado en otros términos, para constituir comunidades de lenguaje y de experiencia.

En este capítulo se muestra que, en la sociedad chilena, el elemento clave para la influencia de la religión en el ámbito de la sexualidad está dado por la intensidad de la observancia religiosa, definida como la frecuencia en la asistencia a servicios religiosos. Como se señala más adelante, el análisis de los datos sugiere que cualquiera sea la religión del individuo, los comportamientos tienden a encontrarse en función de esta variable. A su vez, ello sugiere que el factor clave en la comprensión de tales comportamientos tiene que ver con las imágenes sociales y con la experiencia individual de cercanía, de pertenencia o de identificación con una comunidad humana particular; ello, a su vez, tiene que ver con la capacidad de una religión para socializar a los individuos en las creencias, los valores y los comportamientos que dicha religión define como adecuados o necesarios para su observancia. En otras palabras, la observancia religiosa se traduce en normatividad en cuanto opera como una normatividad comunitaria, es decir, en cuanto un individuo asume los discursos y las prácticas prescriptivas y proscriptivas construidas por una comunidad, de la cual se siente parte y ante la cual se siente llamado a observar comportamientos consistentes.

Ello equivale también a sugerir que la observancia religiosa comunitaria constituye un lugar de encuentro entre la normatividad religiosa institucional y el mundo de vida de los sujetos, de traducción y de operacionalización en la vida cotidiana. Es la participación comunitaria la que permite que dicha normatividad institucional se conecte con los discursos y las prácticas de los

sujetos en la vida cotidiana. A menor intensidad de observancia religiosa comunitaria también se observa una menor congruencia entre la normatividad institucional religiosa y los discursos y los comportamientos de los individuos.

En la sociedad chilena, la religión Católica se ubica como parte de la tradición social y cultural e, históricamente, la adscripción a ella ha operado como religión heredada. Las otras religiones, principalmente la religión evangélica⁹⁸, han debido instalarse y desarrollarse en una sociedad que a comienzos del siglo XX aparecía casi enteramente católica. Por ello, las religiones emergentes han tenido también un fuerte carácter comunitario y, en muchos sentidos, intensamente testimonial (Palma, S. 1996). Esto se expresa en que dichas religiones presentan también una fuerte observancia (aún cuando, como en el caso de la religión evangélica, ésta tiende a disminuir a medida que se incrementa su adscripción por herencia familiar).

En general, a medida que la sociedad chilena presenta grados mayores de secularización, para orientarse en la vida los sujetos toman como referencia a otras instituciones, otras voces, otras conversaciones; también para orientarse respecto de la sexualidad.

La población chilena se declara mayoritariamente católica, especialmente las mujeres quienes profesan esa religión en el 72% de los casos y los hombres en el 68%. Le sigue en importancia numérica la religión evangélica con el 16% de las mujeres y el 14% de los hombres. La tendencia registrada por los Censos de 1992 y 2002 muestra una disminución relativa de los católicos para mujeres y hombres, y un aumento relativo de la población evangélica y de la que no profesa religión.

TABLA 1

POBLACION MAYOR DE 14 AÑOS POR RELIGION QUE PROFESA CENSOS 1992-2002				
	1992		2002	
	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre
Católica	78	76	72	68
Evangélica	13	11	16	14
Otra religión o credo	5	5	6	7
Ninguna, ateo, agnóstico	4	8	6	11
Total	100	100	100	100

⁹⁸ En Chile el término “evangélico” se usa de manera general para designar todas aquellas confesiones e instituciones religiosas cristianas distintas del catolicismo y que comparten, en general, los principios de la Reforma Protestante europea. En este sentido, opera más como una denominación compartida y auto asignada que como una distinción de carácter histórico, institucional o doctrinal (Lalive D’Epinay, 1968; Canales et al. 1991).

En este estudio, consideramos como “adscripción religiosa” a la auto-identificación con alguna de las religiones existentes en la sociedad chilena y tipificadas en los instrumentos de investigación o de medición utilizados en la Encuesta CONASIDA/ANRS (Católico, Evangélico, Otra religión, Sin Religión).

Por su parte, la categoría de “observancia” tiene el sentido de frecuencia en la participación en servicios o actividades religiosas u organizadas por instituciones religiosas que se ha indicado precedentemente. A su vez, el término “secularización” expresa (aunque de manera restrictiva) la ampliación del campo de posiciones y decisiones que los individuos pueden asumir con prescindencia de las posiciones y decisiones que adopten las instituciones religiosas.

La Encuesta CONASIDA/ANRS incluyó tres preguntas relativas a la variable religiosa: religión de origen, adscripción religiosa actual y frecuencia de asistencia a servicio religioso. Lo último constituye un indicador del nivel de religiosidad o de observancia religiosa. La religión de origen podría referir a la (o las) matriz común, a su evolución temporal en la sociedad chilena, así como a la movilidad y reproducción generacional de las religiones y de la laicidad.

Como se muestra en la Tabla 2, en la población estudiada la adscripción religiosa mayoritaria es la “católica” (70.7%), le sigue la “evangélica” (14.8%), la “sin religión” (10.4%) y la “otras religiones” (4.1%).

TABLA 2

RELIGIÓN CON QUE SE IDENTIFICA ACTUALMENTE		
	Casos	%
Católica	4146358	70,7%
Evangélica	868640	14,8%
Otra	238915	4,1%
Ninguna	612279	10,4%
Total	5866192	100,0%

Como se muestra en la Tabla 3, según adscripción religiosa, en la población estudiada se observa una relativa mayor presencia de los hombres entre los laicos (64.7%) y de las mujeres entre los evangélicos (57.4%).

TABLA 3

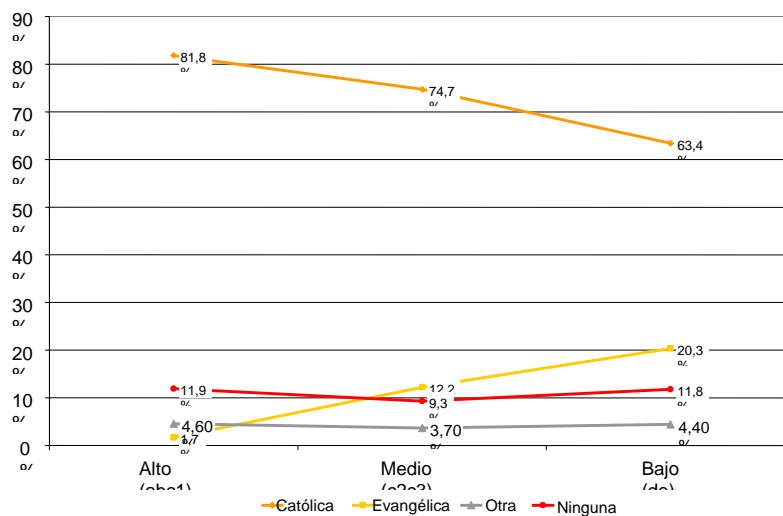
DISTRIBUCION POR SEXO Y ADSCRIPCION RELIGIOSA						
		Católica	Evangélica	Otra	Ninguna	Total
Mujer	Casos	2225745	498332	131563	216141	3071781
	%	53,70	57,40	55,10	35,30	52,40
Hombre	Casos	1920614	370308	107352	396137	2794411
	%	46,30	42,60	44,90	64,70	47,60
Total	Casos	4146359	868640	238915	612278	5866192
	%	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

El Gráfico 1 muestra que en todos los niveles socioeconómicos predomina la adscripción católica. Otras adscripciones religiosas tienen presencias muy disímiles en los diversos NSE. A medida que disminuye el NSE, aumenta la proporción de sujetos evangélicos; mientras que los católicos muestran una relación inversa a la anterior respecto del NSE. Las demás categorías muestran una proporción de respuesta similar en los distintos NSE.

El NSE alto es fundamentalmente “católico” (81.8%), muy poco “sin religión” (11.9%) y de “otras religiones” (4.6%), y nada “evangélico” (1.7%), El NSE medio es un poco menos católico que el precedente (74.7%); tiene una presencia un poco mayor de evangélicos (12.2%); un poco menor de sin religión (9.3%) y de otra religión (3.7%). El NSE bajo es un poco menos católico aún (63.4%); tiene la mayor presencia de evangélicos (20.3%); un nivel similar al NSE alto de sin religión (11.8%) y de otra religión (4.4%).

GRAFICO 1

ADSCRIPCION RELIGIOSA SEGUN NIVEL SOCIOECONOMICO



En la investigación social, la frecuencia de asistencia a servicio religioso ha sido concebida como un indicador del nivel de religiosidad en una población; en este estudio se denomina como “observancia religiosa”. Como se muestra en la Tabla 4, la moda es para los católicos *algunas veces en el año* con 41.2%, para los evangélicos y otras religiones es *una o más veces a la semana* con 43.2% y 37.4%, respectivamente. La mayor intensidad religiosa (*una o más veces a la semana*) corresponde a los evangélicos, siguen los adscritos a otra religión, y los católicos alcanzan el nivel más bajo, con sólo 16.7%.

TABLA 4

FRECUENCIA A SERVICIOS O ACTIVIDADES RELIGIOSAS SEGÚN ADSCRIPCIÓN RELIGIOSA				
	Católica	Evangélica	Otra	Total
Nunca	778494	124132	59912	962538
	18,8%	14,3%	25,1%	18,3%
Algunas veces al año	1709137	238615	51459	1999211
	41,2%	27,5%	21,5%	38,1%
Una o más veces al mes	909679	118657	27338	1055674
	21,9%	13,7%	11,4%	20,1%
Una o más veces a la semana	690487	375160	89355	1155002
	16,7%	43,2%	37,4%	22,0%
NR	58561	12077	10851	81489
	1,4%	1,4%	4,5%	1,6%
Total	4146358	868641	238915	5253914
	100,0%	100,0%	100,0%	

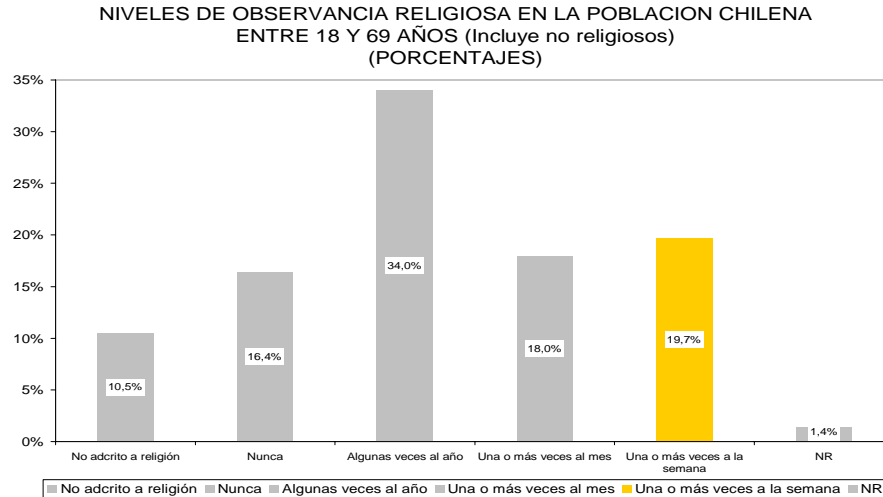
Como se muestra en la Tabla 5, la mayor estructura de edades de los sujetos según adscripción religiosa indica que los sin religión corresponden a cohortes más jóvenes que los católicos y evangélicos. Ello puede sugerir una tendencia de decreciente observancia religiosa y de secularización de la sociedad.

TABLA 5

FRECUENCIA A SERV. O ACT. RELIGIOSAS SEGUN STATUS SOCIOECONÓMICO				
	Status socioeconómico			Total
	Alto (abc1)	Medio (c2c3)	Bajo (de)	
Nunca	17,1%	15,8%	22,2%	18,4%
Algunas veces al año	29,9%	37,5%	39,7%	38,0%
Una o más veces al mes	25,4%	21,7%	16,9%	20,1%
Una o más veces a la semana	27,2%	23,8%	19,0%	22,1%
NR	0,4%	1,2%	2,2%	1,5%
	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Del conjunto de la población estudiada, los sujetos de mayor observancia religiosa representan el 19.7% (ver gráfico 2), incluyendo los no adscritos religiosamente.

GRAFICO 2



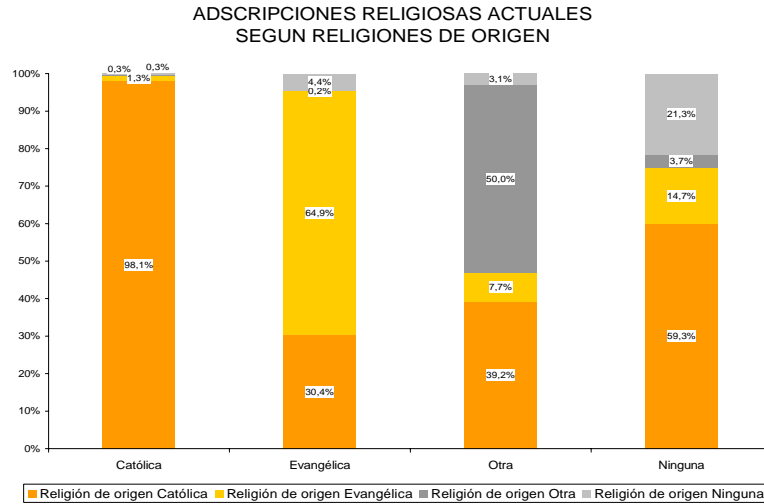
Como se muestra en la Tabla 6, la estructura de edades de los sujetos según adscripción religiosa indica que los sin religión corresponden a cohortes más jóvenes que los católicos y evangélicos. Ello puede sugerir una tendencia de decreciente observancia religiosa y de secularización de la sociedad.

TABLA 6

DISTRIBUCION DE ENCUESTADOS SEGUN ADSCRIPCION RELIGIOSA POR DECADAS DE NACIMIENTO						
Tramos Años Nacimiento		Católica	Evangélica	Otra	Ninguna	Total
1929 – 1940	Casos	548726	71560	13771	52000	686057
	%	13,20%	8,20%	5,80%	8,50%	11,70%
1941 – 1950	Casos	524412	130895	47366	39831	742504
	%	12,60%	15,10%	19,80%	6,50%	12,70%
1951 – 1960	Casos	939285	171771	59217	86975	1257248
	%	22,70%	19,80%	24,80%	14,20%	21,40%
1961 – 1970	Casos	1083586	231056	60409	172479	1547530
	%	26,10%	26,60%	25,30%	28,20%	26,40%
1971 – 1980	Casos	1050351	263359	58151	260993	1632854
	%	25,30%	30,30%	24,30%	42,60%	27,80%
Total	Casos	4146360	868641	238914	612278	5866193
	%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

El gráfico 3 muestra que las religiones de origen -o su ausencia en las familias de origen (religión *en la que nació*)- respecto de las adscripciones actuales presentan continuidades y discontinuidades.

GRAFICO 3



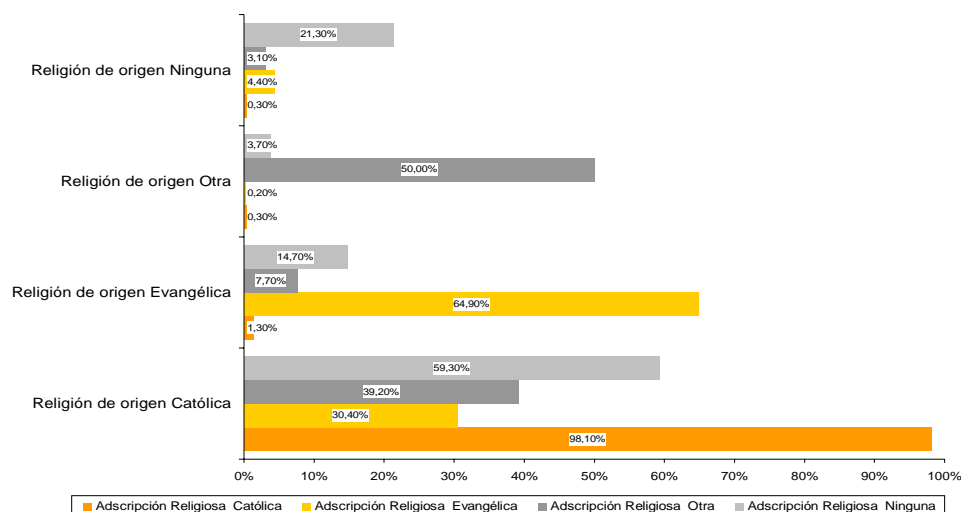
Lo católico de origen muestra, al mismo tiempo, continuidad y derivación: Primero, la adscripción católica actual en un altísimo nivel refiere a un origen católico (98.1%). Segundo, está en el origen de las adscripciones no católicas en grados diversos: 59.3% entre laicos, 39.2% en la categoría *otra*, y 30.4% en la adscripción evangélica.

Por su parte, lo evangélico muestra un alto nivel de reproducción interna (64.9% de adscripción proviene de la misma religión), deriva de lo católico en un 30.4%, y a su vez, produce escasa derivación a otras religiones; aporta más al grupo sin religión (14.7%).

La adscripción a la categoría *otra religión* se conforma en un 50% por un origen similar, y en el resto de forma importante por el catolicismo (39.2%). La opción sin religión tiene un origen fundamentalmente religioso (mayoritariamente católico); sólo un 21.3% tiene un origen laico (Gráfico 4).

GRAFICO 4

IMPORTANCIA DE RELIGIONES DE ORIGEN EN ADSCRIPCIONES RELIGIOSAS ACTUALES



Lo anterior refleja los procesos de movilidad religiosa operados en la sociedad chilena en las décadas pasadas. Desde una religión católica única a comienzos del siglo XX en la sociedad chilena, en las primeras décadas de dicho siglo emergen en el plano social las iglesias pentecostales, en una gran diversidad de formas organizacionales, doctrinarias y de ubicaciones sociales.

También surgen corrientes de laicidad que se extienden en la sociedad, especialmente asociadas al desarrollo del movimiento obrero y los partidos políticos de izquierda. Aunque la Iglesia Católica continúa siendo mayoritaria, de manera creciente comparte el campo religioso con otras opciones significativas.

También puede observarse una transformación al interior del ámbito de cada religión. Un estudio realizado por Arturo Fontaine (1991) sugiere que la observancia religiosa activa, expresada a través de la frecuencia semanal de asistencia a servicios religiosos, muestra una tendencia decreciente, especialmente al interior de la opción "evangélica". Respecto de esta última, también resulta notoria su tendencia a la reproducción (aproximadamente sobre 65% de sus miembros provienen de familias cuya religión de origen es evangélica), en circunstancias que desde sus orígenes su gran fuente de expansión estuvo dada por el catolicismo (Canales, Palma y Villela, 1990).

Este doble movimiento de reducción de la observancia activa (general para todas las religiones) y de predominio de una tendencia a la reproducción de la religión de origen de los padres (caso de evangélicos), puede sugerir la emergencia de una tendencia a la secularización, es decir, a que los individuos se orienten con arreglo a sus propias consideraciones y no con arreglo a las orientaciones institucionales o comunitarias religiosas.

Ello se puede traducir también en una creciente individualización religiosa, en el sentido de que ya no es la institución familiar la que socializa en una religión y la hereda a sus miembros, sino que las opciones religiosas son crecientemente producidas por las personas.

En otras palabras, que es posible escoger la religión; se puede mantener o no la religión de los padres; se puede elegir tener o no tener religión, mantenerse en la de origen o pasar a otra religión; se puede elegir tener alta o baja religiosidad, es decir tener una religión de forma más o menos intensa.

2. Comportamientos sexuales, adscripciones y observancia religiosa.

2.1. Procesos de entrada en la sexualidad activa adscripciones y observancia religiosa.

2.1.1. Virginidades y religiones.

Como se muestra en la Tabla 7, observados los sujetos solteros⁹⁹ en sus adscripciones religiosas según la condición de ser sexualmente activos, existen diferencias importantes entre las mismas: la categoría sin religión, con los niveles más elevados de sujetos sexualmente activos (88.1%), la adscripción evangélica y *otra religión*, por el contrario, con los niveles más bajos de sujetos sexualmente activos (61.8% y 62.3%, respectivamente), y la católica, con un nivel intermedio de 77.3%. Tales diferencias no pueden ser explicadas como efecto de la estructura de edades.

Como se ha indicado al comienzo de este acápite, los sin religión son el grupo más joven y, por ello, podría haberse esperado por el factor edad que hubiese una proporción mayor de sujetos vírgenes. Por otra parte, católicos y otra religión tienen estructuras etarias parecidas y presentan diferencias importantes en sus niveles de virginidad.

⁹⁹ La Encuesta CONASIDA/ANRS asume que los sujetos casados, convivientes, divorciados, separados y viudos han tenido actividad sexual alguna vez en su vida.

TABLA 7

PROPORCION DE SUJETOS INICIADOS SEXUALMENTE SEGÚN ADSCRIPCION RELIGIOSA					
	Evangélica	Otra	Católica	Ninguna	Total
Sí	61,8%	62,3%	77,3%	88,1%	76,4%
No	36,8%	37,7%	22,6%	11,6%	23,3%
NR	1,3%		,1%	,3%	,3%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Observados los sujetos por sexo, las diferencias anteriormente señaladas se mantienen, lo cual confirma la incidencia del factor religioso como discriminador en los niveles de virginidad (Tabla 8).

TABLA 8

PROPORCION DE SUJETOS INICIADOS SEXUALMENTE SEGÚN ADSCRIPCION RELIGIOSA Y SEXO							
Sexo Encuestado			Católica	Evangélica	Otra	Ninguna	Total
Mujer	Sí	Casos	334995	46804	25749	50942	458490
		%	67,00%	44,70%	55,10%	77,30%	63,90%
	No	Casos	163499	54974	20980	14189	253642
		%	32,70%	52,50%	44,90%	21,50%	35,40%
	NR	Casos	1286	2848		802	4936
		%	0,30%	2,70%		1,20%	0,70%
	Total	Casos	499780	104626	46729	65933	717068
		%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Hombre	Sí	Casos	459420	84644	20727	194264	759055
		%	87,00%	78,40%	74,50%	91,40%	86,60%
	No	Casos	68810	23373	7103	18204	117490
		%	13,00%	21,60%	25,50%	8,60%	13,40%
	Total	Casos	528230	108017	27830	212468	876545
		%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tales comportamientos correlacionan consistentemente con la estructura de orientaciones normativas relativas a la materia, definiendo una gradiente de una menor aprobación, en que sitúan la adscripción evangélica y otra religión, pasando por un nivel intermedio de católicos, hasta una mayor aprobación en que se sitúa el grupo sin religión.

A la adscripción religiosa, que diferencia a los sujetos en esta materia, se añade la intensidad de la observancia. La intensidad de vínculo con las instituciones religiosas se muestra directamente relacionada con los niveles de virginidad en sujetos solteros.

Los hombres y mujeres que asisten habitualmente a sus iglesias (una o más veces en la semana) presentan los niveles más altos de virginidad (54.5% y 42.7%, respectivamente). En el caso de los hombres, esta asociación resulta notable –el promedio de virginidad en el conjunto de la población masculina soltera alcanza sólo al 15%-, por cuanto la religiosidad puede constituir, más allá de la generación y el género, uno de los escasos factores de diferenciación importante entre los hombres (Tabla 9)

TABLA 9

PROPORCION DE SUJETOS INICIADOS SEXUALMENTE SEGUN FRECUENCIA A SERV. RELIGIOSO Y SEXO								
Sexo Encuestado			Nunca	Algunas veces al año	Una o más veces al mes	Una o más veces semana	NR	Total
Mujer	Sí	Casos	89722	171164	81232	60822	4608	407548
		%	72,80%	65,60%	66,50%	44,90%	49,10%	62,60%
	No	Casos	33518	87743	40327	73916	3950	239454
		%	27,20%	33,60%	33,00%	54,50%	42,10%	36,80%
	NR	Casos		2016	504	782	832	4134
		%		0,80%	0,40%	0,60%	8,90%	0,60%
	Total	Casos	123240	260923	122063	135520	9390	651136
		%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Hombre	Sí	Casos	201724	231948	71769	47444	11906	564791
		%	88,70%	93,00%	78,70%	57,30%	90,70%	85,00%
	No	Casos	25793	17580	19372	35320	1221	99286
		%	11,30%	7,00%	21,30%	42,70%	9,30%	15,00%
	Total	Casos	227517	249528	91141	82764	13127	664077
		%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

a. Edades de iniciación, adscripciones y observancia religiosa.

Como se muestra en la Tabla 10, las edades de iniciación presentan gran similitud entre las personas sin religión y las que adscriben a *otra religión*, en sus altos niveles de iniciación en edades normales, moderados niveles de entrada precoz y bajos niveles de sujetos de entrada tardía. Los evangélicos, por su parte, presentan niveles levemente mayores de entrada precoz y tardía y los católicos coinciden en el valor promedio. Ello sugiere que la adscripción religiosa, en general, no representa una incidencia importante en sí misma en la edad de iniciación en la sexualidad activa.

TABLA 10

PRECOCIDAD Y TARDANZA EN LA INICIACION SEXUAL SEGÚN ADSCRIPCION RELIGIOSA						
		Católica	Evangélica	Otra	Ninguna	Total
Precoz	Casos	954093	238244	57299	147407	1397043
	%	25,00%	31,70%	28,60%	26,10%	26,20%
Normal	Casos	2150784	382626	120814	354353	3008577
	%	56,30%	50,90%	60,30%	62,80%	56,40%
Tardío	Casos	714773	130815	22101	62919	930608
	%	18,70%	17,40%	11,00%	11,10%	17,40%
Total	Casos	3819650	751685	200214	564679	5336228
	%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

No obstante, la observancia religiosa intensiva (una o más veces por semana) aparece asociada a una mayor frecuencia de casos de iniciación tardía, del mismo modo en que la no observancia (nunca asiste) aparece asociada a una mayor precocidad.

TABLA 11

PRECOCIDAD Y TARDANZA EN LA INICIACION SEXUAL SEGUN FRECUENCIA A SERVICIO. RELIGIOSO							
		Nunca	Algunas veces al año	Una o más veces al mes	Una o más veces a la semana	NR	
Precoz	Casos	279741	463134	233305	256381	17074	1249635
	%	31,90%	25,10%	24,00%	25,50%	23,60%	26,20%
Normal	Casos	486446	1109152	514507	500941	43178	2654224
	%	55,50%	60,10%	53,00%	49,90%	59,80%	55,60%
Tardío	Casos	110463	274600	223499	247176	11952	867690
	%	12,60%	14,90%	23,00%	24,60%	16,60%	18,20%
Total	Casos	876650	1846886	971311	1004498	72204	4771549
	%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

b. Contexto de la primera pareja sexual.

En el análisis del tipo de primera pareja sexual usamos la adscripción católica como referencia por cercanía al promedio poblacional para observar al conjunto de adscripciones religiosas (Tabla 12). Primero está el pololo/novio con 52.2%, le siguen el esposo con 19.8% y el amigo con 18%, finalmente, con 5.9% el recién conocido. La adscripción evangélica presenta una semejante iniciación en pololeo (52.4%) y en contexto de amistad (17.7%), y se eleva por sobre la católica en matrimonio (22.4%). Es decir, se desplaza levemente hacia el polo institucional, compartiendo de

esta forma los contextos relacionales y los procesos de entrada en la sexualidad activa con la población católica. Por su parte, la adscripción *otra religión* presenta una mayor iniciación en pololeo (57%), una menor en matrimonio (16.1%) y en amistad (12.3%) y un incremento leve en el contexto de ocasionalidad (9.1% con recién conocidos). La opción sin religión es la menos próxima al ordenamiento católico. Presenta una semejante iniciación en pololeo (53.3%), el más bajo nivel en matrimonio (7.4%), a la vez que mayores niveles en los contextos de amistad (22.1%) y ocasionalidad (12.5%).

No se puede indicar la existencia de contextos específicos o propios de iniciación según adscripciones religiosas. El matrimonio no domina en ninguna de ellas. La iniciación en contexto de comercio sexual que, como se ha establecido antes en esta tesis, presenta un bajo nivel poblacional, es transversal a las diversas adscripciones. Sólo la opción sin religión se diferencia en tanto es la condición que más conecta con contextos no relacionales de iniciación sexual.

TABLA 12

PRIMERA PAREJA SEXUAL, SEGUN ADSCRIPCION RELIGIOSA					
	Católica	Evangélica	Otra	Ninguna	
Pololo(a) o novio(a)	2010495	395314	115281	304102	2825192
	52,2%	52,4%	57,0%	53,3%	52,6%
Esposo(a)	763785	168774	32573	42080	1007212
	19,8%	22,4%	16,1%	7,4%	18,7%
Amigo(a)	693059	133301	24941	126252	977553
	18,0%	17,7%	12,3%	22,1%	18,2%
Recién conocido (encuentro casual)	226120	38170	18445	71110	353845
	5,9%	5,1%	9,1%	12,5%	6,6%
Trabajadora sexual(o)	78251	12931	1444	12816	105442
	2,0%	1,7%	,7%	2,2%	2,0%
Otro	66251	6053	6397	12494	91195
	1,7%	,8%	3,2%	2,2%	1,7%
NR	9898	465	3166	1536	15065
	,3%	,1%	1,6%	,3%	,3%
	3847859	755008	202247	570390	5375504
	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

No obstante lo anterior, como lo sugieren los datos de la Tabla 13, de igual forma que en otros comportamientos aquí analizados, los niveles de religiosidad establecen diferencias entre los sujetos. Los sujetos que asisten habitualmente a sus iglesias (una o más veces en la semana) presentan una conexión más alta con contextos relacionales de iniciación sexual, en especial del matrimonio (36% cuando la media alcanza a 20.1%).

TABLA 13

PRIMERA PAREJA SEXUAL, SEGUN FRECUENCIA A SERVICIOS RELIGIOSOS							
		Nunca	Algunas veces al año	Una o más veces al mes	Una o más veces a la semana	NR	
Recién conocido (encuentro casual)	Casos	66391	142295	25667	42285	6097	282735
	%	7,50%	7,60%	2,60%	4,20%	8,30%	5,90%
Amigo(a)	Casos	199989	398115	147476	97314	8405	851299
	%	22,50%	21,40%	15,10%	9,70%	11,50%	17,70%
Esposo(a)	Casos	85488	265927	241368	362815	9534	965132
	%	9,60%	14,30%	24,70%	36,00%	13,00%	20,10%
Pololo(a) o novio(a)	Casos	483836	998483	522401	467575	48795	2521090
	%	54,50%	53,70%	53,50%	46,40%	66,70%	52,50%
Trabajadora sexual(o)	Casos	19022	32148	19609	21488	358	92625
	%	2,10%	1,70%	2,00%	2,10%	0,50%	1,90%
Otro	Casos	30620	19590	15648	12841		78699
	%	3,50%	1,10%	1,60%	1,30%		1,60%
NR	Casos	2110	4281	3820	3317		13528
	%	0,20%	0,20%	0,40%	0,30%		0,30%
Total	Casos	887456	1860839	975989	1007635	73189	4805108
	%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

2.1.2. Similitudes y divergencias en la condición virginal.

La condición virginal de la pareja es mayor en la opción otra religión (49.7%) y relativamente similar en las opciones evangélica, católica y ninguna, en las cuales aproximadamente un tercio de la población se ha iniciado sexualmente con sujetos también vírgenes.

TABLA 14

¿ERA TAMBIÉN LA PRIMERA RS PARA LA OTRA PERSONA? SEGUN ADSCRIPCION RELIGIOSA					
	Otra	Evangélica	Católica	Ninguna	
Sí	99827	279407	1291948	171355	1842537
	49,7%	37,9%	34,3%	30,7%	35,0%
No	74740	362474	1935661	282859	2655734
	37,2%	49,1%	51,4%	50,7%	50,5%
NS	25535	83955	491210	95203	695903
	12,7%	11,4%	13,0%	17,1%	13,2%
NR	701	12040	46577	8158	67476
	,3%	1,6%	1,2%	1,5%	1,3%
Total	200803	737876	3765396	557575	5261650
	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

2.1.3. Motivaciones en la entrada a la sexualidad activa.

Tal como se presenta en la Tabla 15, la organización de los motivos en torno a la iniciación sexual se presenta básicamente del modo siguiente:

TABLA 15

	MOTIVOS DE LA PRIMERA RELACION SEXUAL, SEGÚN ADSCRIPCION RELIGIOSA				Total
	Católica	Evangélica	Otra	Ninguna	
Amor	1398719	301699	61417	147116	1908951
	35,8%	38,2%	29,1%	25,4%	34,8%
Atracción o deseo	918950	146628	56969	200515	1323062
	23,5%	18,6%	27,0%	34,6%	24,1%
Curiosidad	790438	165056	49671	147837	1153002
	20,2%	20,9%	23,6%	25,5%	21,0%
Casamiento (noche de bodas)	435843	99011	17969	13673	566496
	11,1%	12,5%	8,5%	2,4%	10,3%
Presión de pareja (prueba de amor)	155780	34668	11847	29878	232173
	4,0%	4,4%	5,6%	5,2%	4,2%
Fue abuso sexual	64234	35288	8585	9224	117331
	1,6%	4,5%	4,1%	1,6%	2,1%
La mayoría de sus amigos(as) ya tenían RS	75435	2081	3081	14048	94645
	1,9%	,3%	1,5%	2,4%	1,7%
Otro	60931	5398	787	15885	83001
	1,6%	,7%	,4%	2,7%	1,5%
NR	11765	465	506	1438	14174
	,3%	,1%	,2%	,2%	,3%
Total	3912095	790294	210832	579614	5492835
	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

i. La opción sin religión refiere centralmente la atracción o deseo, y la curiosidad (60.1%), en tanto el amor y el matrimonio, que alcanzan de conjunto sólo el 27.8%, se presenta marginal. Radicalmente, no presenta conexión con motivos maritales (sólo 2.4%), y constituye la condición que opera fuertemente sobre el deseo –y más antiguamente, la curiosidad- en los procesos de entrada en la sexualidad activa.

ii. La adscripción *otra religión* refiere también de forma importante, aunque con puntajes más bajos, a la atracción o deseo, y la curiosidad (50.7%), en tanto el amor y el matrimonio, que alcanzan de conjunto el 37.6%, se presenta minoritario.

iii. La adscripción católica refiere de modo relativamente semejante al amor y el matrimonio, que alcanzan de conjunto el 46.9%, y a la atracción, y la curiosidad, que presentan el 43.7%.

iv. La adscripción evangélica refiere de modo más relevante el amor y el matrimonio, que alcanzan de conjunto el 50.7%, en tanto la atracción o deseo, y la curiosidad, que alcanzan el 37.6%, constituyen unos motivos minoritarios.

De igual forma que en otros comportamientos aquí analizados, la Tabla 16 sugiere que los niveles de intensidad de la observancia religiosa establecen diferencias entre los sujetos. Los sujetos que asisten habitualmente a sus iglesias (una o más veces en la semana) presentan una conexión más alta con motivos relacionales: amorosos e institucionales (*noche de boda*) de iniciación sexual.

TABLA 16

MOTIVOS DE LA PRIMERA RELACION SEXUAL, SEGÚN FRECUENCIA A SERVICIO RELIGIOSO							
		Nunca	Algunas veces al año	Una o más veces al mes	Una o más veces a la semana	NR	Total
Curiosidad	Casos	240333	411082	171150	164989	17611	1005165
	%	26,60%	21,70%	17,20%	15,80%	23,10%	20,50%
Atracción o deseo	Casos	257643	506733	189613	147137	21421	1122547
	%	28,50%	26,80%	19,10%	14,10%	28,10%	22,80%
Amor	Casos	270452	658044	378946	428670	25722	1761834
	%	29,90%	34,70%	38,10%	41,00%	33,70%	35,90%
Presión de pareja (prueba de amor)	Casos	51981	73741	48642	27663	268	202295
	%	5,80%	3,90%	4,90%	2,60%	0,40%	4,10%
Casamiento (noche de bodas)	Casos	26514	146686	162734	209428	7461	552823
	%	2,90%	7,70%	16,40%	20,00%	9,80%	11,30%
La mayoría de sus amigos(as) ya tenían RS	Casos	19909	32793	15744	11446	705	80597
	%	2,20%	1,70%	1,60%	1,10%	0,90%	1,60%
Fue abuso sexual	Casos	15770	32976	18884	37348	3129	108107
	%	1,70%	1,70%	1,90%	3,60%	4,10%	2,20%
Otro	Casos	17338	27620	5838	16319		67115
	%	1,90%	1,50%	0,60%	1,60%		1,40%
NR	Casos	3287	4140	3324	1984		12735
	%	0,40%	0,20%	0,30%	0,20%		0,30%
Total	Casos	903227	1893815	994875	1044984	76317	4913218
	%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

2.1.3. Diferencias de edades en procesos de entrada en la sexualidad activa.

En general, los datos presentados en la Tabla 17 sugieren que las mujeres se inician mayoritariamente con hombres mayores (60.2%), mientras los hombres lo hacen con mujeres de edad similar (49.6%). Los mismos datos sugieren que la adscripción y la observancia religiosa tienen cierta relación con la diferencia de edades en la iniciación sexual. Las opciones 'otra religión' y 'evangélica' se encuentran bajo el promedio respecto de la iniciación sexual de la mujer con una pareja mayor, mientras la opción 'sin religión' presenta, al mismo tiempo, una alta frecuencia (77.7%). En el caso de los hombres, los datos muestran una menor frecuencia de iniciación sexual con parejas de edad similar y una mayor frecuencia de iniciación con mujeres mayores en el caso de la población evangélica y con otra religión.

TABLA 17

DIFERENCIAS DE EDADES CON PRIMERA PAREJA SEXUAL, SEGUN ADSCRIPCION RELIGIOSA Y SEXO								
Sexo Encuestado			Católica	Evangélica	Otra	Ninguna	Total	
Mujer	Pareja Mayor	Casos	1180889	225685	47292	147459	1601325	
		%	60,00%	56,50%	46,30%	77,70%	60,20%	
	Edad semejante	Casos	631690	141627	51696	39086	864099	
		%	32,10%	35,50%	50,60%	20,60%	32,50%	
	Pareja Menor	Casos	154276	32012	3192	3295	192775	
		%	7,80%	8,00%	3,10%	1,70%	7,30%	
	Total	Casos	1966855	399324	102180	189840	2658199	
		%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
	Hombre	Pareja Mayor	Casos	599578	119094	33384	89969	842025
			%	35,40%	37,60%	39,60%	26,90%	34,70%
Edad semejante		Casos	840779	135692	37091	190269	1203831	
		%	49,70%	42,80%	44,00%	56,80%	49,60%	
Pareja Menor		Casos	251108	61921	13885	54677	381591	
		%	14,80%	19,60%	16,50%	16,30%	15,70%	
Total		Casos	1691465	316707	84360	334915	2427447	
		%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	

A su vez, puede sugerirse que la mayor observancia religiosa tiende a asociarse con una frecuencia mayor de iniciación sexual con parejas menores, tanto en mujeres como en hombres.

TABLA 18

DIFERENCIAS DE EDADES CON PRIMERA PAREJA SEXUAL, SEGUN FRECUENCIA A SERVICIOS RELIGIOSOS Y SEXO								
Sexo Encuestado			Nunca	Algunas veces al año	1 o más veces al mes	1 o más veces a la semana	NR	Total
Mujer	Pareja Mayor	Casos	238060	513990	333470	347101	21246	1453867
		%	67,60%	58,10%	61,10%	53,00%	68,10%	58,90%
	Edad semejante	Casos	104215	321424	160235	229170	9969	825013
		%	29,60%	36,40%	29,40%	35,00%	31,90%	33,40%
	Pareja Menor	Casos	9900	48616	52131	78834		189481
		%	2,80%	5,50%	9,60%	12,00%		7,70%
	Total	Casos	352175	884030	545836	655105	31215	2468361
		%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Hombre	Pareja Mayor	Casos	165175	337008	130139	105681	14053	752056
		%	34,20%	37,90%	34,10%	34,70%	40,80%	35,90%
	Edad semejante	Casos	245891	417959	206270	128317	15125	1013562
		%	51,00%	47,00%	54,10%	42,10%	43,90%	48,40%
	Pareja Menor	Casos	71280	134711	44909	70708	5305	326913
		%	14,80%	15,10%	11,80%	23,20%	15,40%	15,60%
	Total	Casos	482346	889678	381318	304706	34483	2092531
		%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

2.2. Número de parejas sexuales y religiones.¹⁰⁰

2.2.1. Las parejas sexuales declaradas, las adscripciones y observancia religiosa

Según se muestra en las tablas 19 y 20, entre las adscripciones religiosas se manifiestan diferencias importantes. En primer lugar, de forma general, los volúmenes de parejas sexuales por adscripciones religiosas varían: mientras los evangélicos declaran 4, los católicos declaran 4.6, los sin religión 6.1 y los adscritos a otra religión 7 parejas sexuales.

En segundo lugar, las mujeres y hombres presentan niveles disímiles según las adscripciones religiosas. Las mujeres católicas y evangélicas declaran igual número de parejas sexuales (1.8%); las pertenecientes a otra religión un volumen un poco mayor (2.1); y las mujeres sin religión se elevan a 3.6 parejas sexuales. Por su parte, los hombres evangélicos declaran 7 parejas sexuales, los sin religión 7.5, los católicos 8.3 y los pertenecientes a otra religión un volumen muy mayor respecto de las otras adscripciones (14 parejas sexuales). En ello no se observa una regularidad de las implicaciones religiosas.

¹⁰⁰ Número de parejas sexuales declaradas por los/as entrevistados/as en el curso de la vida.

En tercer lugar, los desfases en los volúmenes de parejas sexuales declaradas por los hombres y mujeres presentan diferencias entre las diversas adscripciones religiosas. Los menores desfases se producen entre mujeres y hombres sin religión (1: 2.1), les siguen los evangélicos y católicos (1: 3.9), y (1: 4.6) parejas sexuales, respectivamente, y finalmente los adscritos a otra religión con el más alto desfase (1: 6.7) parejas sexuales.

El análisis de estos datos podría sugerir que la adscripción religiosa presiona especialmente a las mujeres, hacia la subnotificación de parejas sexuales mientras no tiene el mismo efecto sobre los hombres. De este modo, lo que la adscripción religiosa haría, en general, sería reforzar los sentidos comunes que circulan en la sociedad chilena respecto de la normatividad sexual, en el sentido de que para los hombres es permitido un alto número de parejas sexuales mientras para las mujeres ocurre lo inverso.

TABLA 19

NUMERO DE PAREJAS SEXUALES EN LA VIDA SEGUN ADSCRIPCION RELIGIOSA Y SEXO			
Religión con que se identifica actualmente	Sexo Encuestado	Mean	N
Evangélica	Mujer	1,8	438880
	Hombre	7,0	318900
	Total	4,0	757780
Católica	Mujer	1,8	2034665
	Hombre	8,3	1570151
	Total	4,6	3604816
Otra	Mujer	2,1	108987
	Hombre	14,0	76890
	Total	7,0	185877
Ninguna	Mujer	3,6	191366
	Hombre	7,5	337806
	Total	6,1	529172
Total	Mujer	1,9	2773898
	Hombre	8,2	2303747
	Total	4,8	5077645

Como se muestra en la Tabla 20, en los hombres no hace diferencia la observancia religiosa, registrándose un número levemente superior a 8 parejas sexuales. No obstante, en el caso de las mujeres, el número de parejas es menor para las mujeres de alta frecuencia de asistencia a servicios religiosos (1.6), mientras el número mayor (2.2) de parejas sexuales corresponde a las mujeres que asisten nunca, con un valor intermedio (1.9) para mujeres que asisten algunas veces

en el año. Una interpretación razonable de dichos datos es que efectivamente la mayor intensidad de observancia religiosa opera como reforzamiento directo de la normatividad sexual que restringe el número de parejas sexuales de la mujer. De manera complementaria, podría sugerirse que la observancia religiosa también podría operar en el sentido de presionar hacia la subnotificación de dicho número y, por tanto, presionar hacia el acatamiento discursivo de la norma.

Esto último aparece razonable si se considera que un número importante de población evangélica o de otra religión (sobre el 30%) proviene de trayectorias familiares de adscripción religiosa católica y, por tanto, ha experimentado alguna forma de conversión o de incorporación comunitaria que puede estar asociada a una mayor frecuencia de participación en servicios o actividades de su culto, es decir, de observancia religiosa intensiva. A su vez, ello puede presionar hacia una subnotificación de parejas sexuales, de modo de satisfacer discursivamente los imperativos de la normatividad comunitaria.

TABLA 20

NUMERO DE PAREJAS SEXUALES EN LA VIDA SEGÚN FRECUENCIA A SERVICIO RELIGIOSO Y SEXO			
Frecuencia a servicio o act. religiosas	Sexo Encuestado	Mean	N
Nunca	Mujer	2,2	362661
	Hombre	8,4	485428
	Total	5,8	848089
Algunas veces al año	Mujer	1,9	925087
	Hombre	8,4	762614
	Total	4,8	1687701
Una o más veces al mes	Mujer	1,6	575320
	Hombre	8,5	375270
	Total	4,3	950590
Una o más veces a la semana	Mujer	1,6	682580
	Hombre	8,5	305456
	Total	3,8	988036
NR	Mujer	1,9	36884
	Hombre	3,9	37173
	Total	2,9	74058

2.2.2. Recurso a la prostitución y religiones.

De acuerdo a los datos presentados en la Tabla 21, el 31.7% de los hombres declaran haber tenido sexo en contexto de comercio sexual en el curso de sus vidas. Las adscripciones 'católica' y

‘otra religión’ alcanzan los niveles más elevados, con 33.4% y 34.4%, respectivamente, y ‘evangélicos’ y ‘sin religión’ alcanzan al 25.2% y 28.8%, respectivamente. En este sentido, la opción evangélica aparece como de menor frecuencia de recurso a la prostitución.

No obstante, dado que la encuesta hace preguntas que involucran la trayectoria biográfica de los individuos y dado que un número superior al 30% de los miembros de esta religión provienen de una religión distinta (principalmente catolicismo), es razonable asumir que el número de evangélicos que ha recurrido a la prostitución sea un poco menor todavía.

TABLA 21

RELACIONES SEXUALES CON TRABAJADORA SEXUALS (OS) ALGUNA VEZ EN LA VIDA, SEGUN ADSCRIPCION RELIGIOSA HOMBRES						
		Católica	Evangélica	Otra	Ninguna	Total
Sí	Casos	617981	87586	34451	108769	848787
	%	33,40%	25,20%	34,40%	28,80%	31,70%
No	Casos	1231135	259349	65799	265760	1822043
	%	66,60%	74,80%	65,60%	70,30%	68,10%
NR	Casos				3405	3405
	%				0,90%	0,10%
Total	Casos	1849116	346935	100250	377934	2674235
	%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tal como aparece en la Tabla 22, los hombres que van habitualmente a servicio religioso presentan menor frecuencia de recurso a la prostitución, seguidos por quienes van nunca, incluyendo a los sin religión.

TABLA 22

RELACIONES SEXUALES CON TRABAJADORA SEXUALS (OS) ALGUNA VEZ EN LA VIDA, SEGUN FRECUENCIA A SERVICIOS RELIGIOSOS HOMBRES							
		Frecuencia a serv. o act. religiosas					Total
		Nunca	Algunas veces al año	Una o más veces al mes	Una o más veces a la semana	NR	
Sí	Casos	161267	335829	142838	95470	4615	740019
	%	30,30%	35,10%	34,40%	26,90%	11,90%	32,20%
No	Casos	371024	619750	272528	258802	34179	1556283
	%	69,70%	64,90%	65,60%	73,10%	88,10%	67,80%
Total	Casos	532291	955579	415366	354272	38794	2296302
	%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

2.3. Prácticas sexuales, adscripciones y observancia religiosa.

En el plano de las prácticas sexuales, las adscripciones evangélica y sin religión constituyen las mayores apropiaciones de repertorios, restringido en el caso de la primera, y de repertorio amplio - en su versión variada- en el caso de la última-, de igual forma en hombres y mujeres. Los sujetos católicos y los pertenecientes a otra religión se ubican entre éstas dos.

TABLA 23

CUALQUIER NIVEL DE PRACTICA SEXUAL CON ULTIMA PAREJA SEXUAL SEGUN ADSCRIPCION RELIGIOSA Y SEXO							
Sexo Encuestado			Religión con que se identifica actualmente				Total
			Evangélica	Católica	Otra	Ninguna	
Mujer	Repertorio Restringido	Casos	164127	597515	31801	66481	859924
		%	51,60%	39,00%	37,30%	37,60%	40,70%
	Repertorio Amplio Normalizado	Casos	108574	620456	34849	60138	824017
		%	34,10%	40,50%	40,90%	34,00%	39,00%
	Repertorio Amplio Variado	Casos	45508	315774	18601	50056	429939
		%	14,30%	20,60%	21,80%	28,30%	20,30%
	Total	Casos	318209	1533745	85251	176675	2113880
		%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Hombre	Repertorio Restringido	Casos	118290	560970	31519	99225	810004
		%	41,00%	35,00%	34,60%	30,30%	35,10%
	Repertorio Amplio Normalizado	Casos	107763	632450	37792	145293	923298
		%	37,30%	39,50%	41,50%	44,40%	40,00%
	Repertorio Amplio Variado	Casos	62539	407486	21760	82639	574424
		%	21,70%	25,50%	23,90%	25,30%	24,90%
	Total	Casos	288592	1600906	91071	327157	2307726
		%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

A la adscripción religiosa, que diferencia a los sujetos en esta materia, se añade la intensidad de la observancia religiosa en un aspecto particular: el de incorporación de la práctica anal. En el caso de los hombres, el incremento en la asistencia servicio religioso conlleva progresivamente una reducción de los niveles de repertorio amplio variado. En el caso de las mujeres, la inflexión está dada antes, entre las que no asisten nunca y las que presentan cualquiera de los niveles de asistencia a sus iglesias.

TABLA 24

CUALQUIER NIVEL DE PRACTICA SEXUAL CON ULTIMA PAREJA SEXUAL SEGUN FRECUENCIA A SERVICIO RELIGIOSO Y SEXO								
Sexo Encuestado			Nunca	Algunas veces al año	1a o más veces al mes	1 o más veces a la semana	NR	Total
Mujer	Repertorio Restringido	Casos	86571	307033	185475	205204	9160	793443
		%	30,60%	41,80%	44,50%	43,10%	33,70%	41,00%
	Repertorio Amplio Normalizado	Casos	107469	290829	169348	186937	9296	763879
		%	38,00%	39,60%	40,60%	39,30%	34,20%	39,40%
	Repertorio Amplio Variado	Casos	88928	136376	61817	84065	8696	379882
		%	31,40%	18,60%	14,80%	17,70%	32,00%	19,60%
	Total	Casos	282968	734238	416640	476206	27152	1937204
		%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Hombre	Repertorio Restringido	Casos	145831	269252	141372	141474	12850	710779
		%	31,90%	31,90%	38,70%	50,70%	36,80%	35,90%
	Repertorio Amplio Normalizado	Casos	157642	372285	140102	96408	11567	778004
		%	34,50%	44,10%	38,30%	34,60%	33,10%	39,30%
	Repertorio Amplio Variado	Casos	152993	203090	84091	41117	10494	491785
		%	33,50%	24,00%	23,00%	14,70%	30,10%	24,80%
	Total	Casos	456466	844627	365565	278999	34911	1980568
		%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

2.4. Uso de formas preventivas en el marco de la última pareja sexual.

Observados los niveles de uso de medidas de protección en la primera relación sexual en contexto de la última pareja sexual principal, varían muy significativamente entre las distintas adscripciones religiosas. Los sujetos sin religión presentan un nivel relativo más alto, respecto de la población así como de las otras adscripciones; les siguen los católicos, luego los pertenecientes a otra religión y, en un nivel sustantivamente más bajo, los sujetos evangélicos.

TABLA 25

NIVEL DE USO DE FORMAS PREVENTIVAS EN PRIMERA RELACION SEXUAL CON PAREJA ACTUAL PRINCIPAL SEGÚN ADSCRIPCION RELIGIOSA					
	p7 Religión con que se ident. actualmente				Total
	Católica	Evangélica	Otra	Ninguna	
Sí	30,20%	18,90%	29,60%	36,40%	29,30%
No	68,40%	80,20%	68,70%	60,20%	69,10%
NS	0,20%	0,40%	0,70%	1,80%	0,40%
Otra	0,00%				0,00%
NR	1,10%	0,60%	0,90%	1,70%	1,10%
	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Respecto de la observancia religiosa en relación al uso de formas preventivas, puede decirse que la mayor observancia (asistencia a servicio religioso una o más veces por semana) muestra un notorio menor uso.

TABLA 26

NIVEL DE USO DE FORMAS PREVENTIVAS EN PRIMERA RELACION SEXUAL CON PAREJA ACTUAL PRINCIPAL SEGÚN FRECUENCIA A SERV RELIGIOSOS						
	Frecuencia a servicios religiosos					Total
	Nunca	Algunas veces al año	1 o más veces al mes	1 o más veces a la semana	NR	
Sí	32,50%	28,20%	30,80%	23,50%	21,40%	28,40%
No	65,50%	70,60%	67,80%	75,60%	77,60%	70,20%
NS	0,20%	0,10%	0,40%	0,60%		0,30%
Otra	0,10%	0,10%				0,00%
NR	1,70%	1,10%	1,00%	0,30%	1,00%	1,00%
	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

CAPITULO X

CLASE SOCIAL Y COMPORTAMIENTOS SEXUALES EN LA SOCIEDAD CHILENA

1. Introducción.

Sin duda que las prácticas, las relaciones y las significaciones sexuales de los sujetos constituyen una síntesis de las experiencias en las cuales éstos se construyen como seres sociales. Las formas específicas que asume la experiencia de la sexualidad son el resultado de modelamientos diferenciales según el lugar en la estructura social, las trayectorias biográficas, las condiciones de vida, la sociabilidad, las relaciones entre sexos, las relaciones familiares e intergeneracionales, la religión, etc.; en este sentido, puede hablarse propiamente de una traducción sexual de las relaciones sociales (Bozon, 2002). Las desigualdades sociales y económicas, las diferencias culturales y étnicas, las asimetrías en las relaciones de poder y dominación, son actuadas en las relaciones sexuales y se expresan como relaciones asimétricas entre los cuerpos y como representaciones estereotipadas del otro cultural o social.

No obstante, la noción de clase social aparece cualificada por los procesos de movilidad social estructural que tienen lugar en la sociedad; los individuos pueden haber nacido en un medio social y haber modificado sus pertenencias e identidades sociales a lo largo de sus trayectorias biográficas. En este sentido, las inscripciones sociales de los individuos pueden ser observadas a la vez como una herencia de su medio social de origen, y como una trayectoria y un recorrido propios por los cuales construyen una posición social personal. Del mismo modo, en la época contemporánea la socialización sexual de los sujetos ya no puede ser observada como la transmisión unilateral de un conjunto de normas y de valores hegemónicos, que se adquieren una vez para siempre, sino como una elaboración reflexiva en que las vivencias y experiencias van siendo sometidas a interpretaciones y re-interpretaciones a lo largo de la trayectoria biográfica del sujeto. ¿Cuánto de dicha herencia modela las trayectorias biográficas de los sujetos?

Puede sugerirse que los procesos de individualización e individuación tienen una incidencia directa en las elaboraciones posibles de realizar por un sujeto a lo largo de sus trayectorias biográficas; la disponibilidad de condiciones sociales, económicas y culturales para la construcción de trayectorias biográficas dotadas de autonomía aparece entonces como una condición para la elaboración reflexiva de la sexualidad. Del mismo modo, la ausencia de dichas condiciones reduce

drásticamente las posibilidades y oportunidades para la interpretación y reinterpretación reflexiva de las experiencias sexuales.

En este sentido, las prácticas sexuales pueden ser observadas como prácticas culturales. De este modo, estudios realizados en Francia (Bozon, 2002) sugieren que la adscripción a la clase social conlleva propensiones desiguales a declarar o a aprobar determinados juicios respecto de la sexualidad. Así, las mujeres populares presentan una menor aprobación de la masturbación femenina en comparación a las mujeres que poseen formación profesional; lo mismo ocurre respecto de la sexualidad oral. A su vez, respecto de la sexualidad oral no se presentan diferencias sustantivas en el caso de los hombres populares respecto de los hombres de otros medios sociales. El mismo estudio sugiere, sin embargo, que no resulta evidente que la herencia cultural familiar juegue un rol determinante en la sexualidad; más bien, señala que son aquellos jóvenes, hombres y mujeres, que desertan del sistema escolar, que están más sometidos a la incitación de los pares, que son presionados a buscar empleo más temprano, o que enfrentan condiciones de mayor precariedad y vulnerabilidad social quienes están expuestos también, por ejemplo, a iniciar más tempranamente su vida sexual activa.

En este sentido, la socialización escolar, los grupos de referencia, las redes familiares y sociales a las cuales adscribe un individuo, resultan importante en la configuración de sus trayectorias biográficas y sus trayectorias sexuales.

Cuando se busca observar la evolución histórica de los procesos de entrada en la sexualidad activa en la sociedad chilena según criterios de segmentación socioeconómica, se ve dificultado porque la Encuesta CONASIDA/ANRS consigna una taxonomización actual, no pasada. No resulta posible presumir que quien pertenece en la actualidad a un NSE determinado, perteneció a éste en el pasado. Los fenómenos de movilidad social producidos a partir de la década de 1950 en la sociedad chilena hacen suponer que quien en la actualidad se ubica en los sectores medios, en el pasado pudo pertenecer a los estratos sociales populares y, por ello, produzca un desfase entre su NSE actual y su pretérito proceso de entrada en la sexualidad activa.

Por ello, en tópicos que dicen relación con comportamientos episódicos pretéritos (edad de la primera relación sexual, entre otros-, o longitudinales –número de parejas sexuales, por ejemplo- proporcionamos análisis de carácter puramente provisional.

En la población estudiada, la distribución según NSE¹⁰¹ se presenta en las tablas 1 y 2.

TABLA 1

DISTRIBUCION DE POBLACION ESTUDIADA SEGÚN NSE Y SEXO					
		Alto (abc1)	Medio (c2c3)	Bajo (de)	
Mujer	Casos	204445	1655634	1199834	3059913
	%	66,00%	51,40%	51,80%	52,30%
Hombre	Casos	105341	1563296	1117015	2785652
	%	34,00%	48,60%	48,20%	47,70%
Total	Casos	309786	3218930	2316849	5845565
	%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

TABLA 2

DISTRIBUCION DE POBLACION ESTUDIADA SEGÚN NSE Y COHORTES DE NACIMIENTO					
		Alto (abc1)	Medio (c2c3)	Bajo (de)	Total
1929 - 1940	Casos	22534	421763	242553	686850
	%)	7,30%	13,10%	10,50%	11,70%
1941 - 1950	Casos	46663	382737	308425	737825
	%	15,10%	11,90%	13,30%	12,60%
1951 - 1960	Casos	75214	707133	462420	1244767
	%)	24,30%	22,00%	20,00%	21,30%
1961 - 1970	Casos	93574	822373	628222	1544169
	%	30,20%	25,50%	27,10%	26,40%
1971 - 1980	Casos	71801	884923	675230	1631954
	%	23,20%	27,50%	29,10%	27,90%
Total	Casos	309786	3218929	2316850	5845565
	%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

2. Comportamientos sexuales y NSE.

2.1. Procesos de entrada en la sexualidad activa y NSE.

2.1.1. Virgindades según segmentación socioeconómica.

Observados los sujetos solteros¹⁰² pertenecientes a los diversos niveles socioeconómicos según la condición de ser sexualmente activos, existen diferencias importantes entre los mismos: el NSE

¹⁰¹ NSE: Nivel Socioeconómico.

alto presenta los niveles más elevados de sujetos sexualmente activos (82.2%), le sigue el NSE bajo con 78.3%, y el NSE medio con 74.5%.

TABLA 3

NIVEL DE SUJETOS SOLTEROS SEXUALMENTE ACTIVOS SEGUN ESTATUS SOCIOECONÓMICO				
	Status socioeconómico (carátula)			Total
	Alto (abc1)	Medio (c2c3)	Bajo (de)	
Sí	82,2%	74,5%	78,3%	76,4%
No	17,8%	25,2%	21,3%	23,3%
NR		0,2%	0,5%	0,3%
	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Las mujeres y hombres presentan niveles disímiles de virginidades. Las primeras alcanzan al 35.3% y los últimos sólo al 13.4%. Las mujeres presentan niveles relativamente similares en los diversos NSE (levemente más alto en el NSE medio), mientras los hombres difieren entre sí: en el NSE alto es prácticamente inexistente (1.8%), en el NSE bajo alcanza al 12.1% y en el NSE medio se eleva a 15.4%. El NSE medio presenta unos niveles un poco más elevados de virginidad en ambos sexos entre los diversos estratos.

TABLA 4

NIVEL DE SUJETOS SOLTEROS SEXUALMENTE ACTIVOS
SEGUN ESTATUS SOCIOECONOMICO Y SEXO

Sexo Encuestado		Status socioeconómico (carátula)			Total
		Alto (abc1)	Medio (c2c3)	Bajo (de)	
Mujer	Sí	66,70%	62,70%	65,50%	64,00%
	No	33,30%	36,80%	33,40%	35,30%
	NR		0,50%	1,10%	0,70%
	Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Hombre	Sí	98,20%	84,60%	87,90%	86,60%
	No	1,80%	15,40%	12,10%	13,40%
	Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

¹⁰² La Encuesta CONASIDA/ANRS asume que los sujetos casados, convivientes, divorciados, separados y viudos han tenido actividad sexual alguna vez en su vida.

2.1.2. Edades de iniciación según segmentación socioeconómica y generaciones.

Tal como muestra la Tabla 5, los NSE presentan diferentes ritmos temporales de los procesos de entrada en la sexualidad activa, en las mujeres y en los hombres:

TABLA 5

NIVELES DE PRECOCIDAD SEGUN ESTATUS SOCIOECONOMICOS Y SEXO					
Sexo Encuestado		Alto (abc1)	Medio (c2c3)	Bajo (de)	Total
Mujer	Precoz	4,30%	23,00%	39,00%	27,90%
	Normal	68,80%	58,80%	50,00%	56,10%
	Tardío	26,80%	18,20%	11,00%	16,00%
	Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Hombre	Precoz	17,40%	21,90%	29,00%	24,60%
	Normal	67,30%	57,70%	53,40%	56,30%
	Tardío	15,30%	20,40%	17,60%	19,10%
	Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Las mujeres presentan diferencias muy importantes entre sí. Mientras las mujeres de NSE alto se encuentran muy lejos de la precocidad en su entrada a la sexualidad activa (4.3%), en el NSE bajo las mujeres se encuentran especialmente próximas a procesos de entrada temprana (39%). Las otras mujeres estudiadas, pertenecientes al NSE medio, presenta niveles que las sitúan entre los otros estratos respecto de precocidad (23%). Del mismo modo, aun cuando con diferencias menos notables, las mujeres de NSE alto presentan niveles más elevados de entrada tardía (26.8%), le siguen las pertenecientes al NSE medio (18.2%) y finalmente, las de estrato bajo (11%).

Los hombres, por su parte, también presentan diferencias entre sí, aunque menos importantes que las observadas entre las mujeres. Mientras los hombres de NSE alto tienden a concentrarse en las edades normales (67.3%), es decir, con niveles relativamente bajos y equivalentes de entrada precoz y tardía, en el NSE bajo los hombres se sitúan entre procesos de entrada a edades normales (53.4%) y de entrada temprana (29%), y los pertenecientes al NSE medio, en tanto, presentan una distribución que incluye mayores niveles de entrada tardía que el NSE alto, así como menores niveles de precocidad que el NSE bajo.

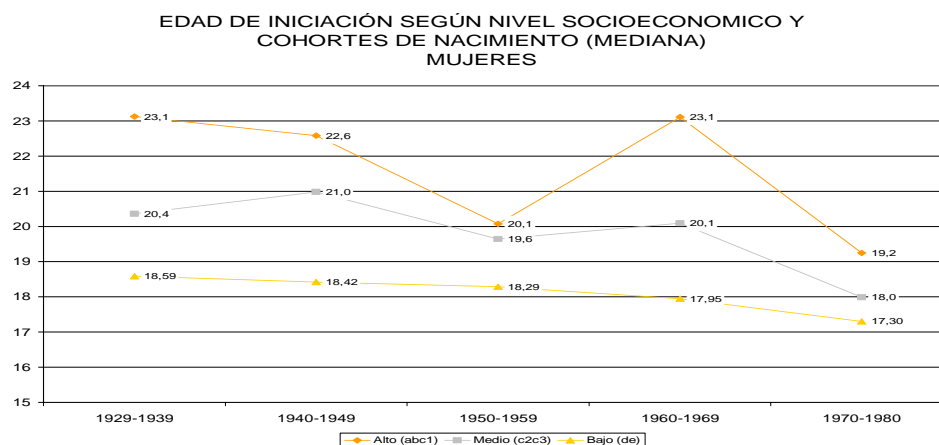
Internamente los diversos NSE presentan diferencias en la forma en que se presentan precocidad y tardanza entre los hombres y las mujeres. Así, en el NSE bajo, más mujeres que hombres se inician precozmente; mientras en el NSE alto sucede en sentido inverso, y en el caso del NSE medio, son similares sus niveles.

Los NSE presentan niveles disímiles de precocidad. El NSE alto presenta los más bajos niveles de precocidad en ambos sexos, aunque más elevada entre los hombres. El NSE bajo, por el contrario, presenta una mayor precocidad masculina y femenina, aunque más elevada entre las últimas. El NSE medio, en tanto, presenta niveles que lo sitúan entre los NSE alto y bajo respecto de precocidad.

Las mujeres de NSE bajo presentan los niveles más altos de precocidad. Más precoces que el conjunto de las mujeres, y que los hombres, incluso, de su propio nivel socioeconómico. Es notable este fenómeno y nos preguntamos si corresponde a un desfase antiguo o reciente, episódico permanente; en definitiva, ¿se inscriben los procesos de entrada en la sexualidad activa de las mujeres de estratos sociales populares en una tendencia sincronizante de los calendarios en las generaciones jóvenes?

Exploratoriamente, realizamos a continuación dos tipos de acercamiento, a saber, una observación de los distintos grupos socioeconómicos en su movimiento histórico; y una aproximación a las magnitudes de la precocidad en cada grupo. Observadas las mujeres según las generaciones en que nacieron, se encuentran variaciones muy importantes en el tiempo de las edades de iniciación internamente en los diversos NSE, más intensas entre los NSE alto y medio. También se observa la existencia de un ordenamiento vinculado al estatus socioeconómico que cruza las generaciones desde las más antiguas a las más jóvenes: se trata de una sistematicidad en las ubicaciones en edades más elevadas del NSE alto, intermedias, del NSE medio y más bajas, del NSE bajo. Las variaciones observadas en los distintos NSE producen como efecto la existencia de unas generaciones que tienen mayores divergencias y otras que tienen mayores convergencias de las edades de iniciación femenina entre los diversos NSE.

GRAFICO 1



Por su parte, como puede observarse en Tabla 6, las magnitudes de la precocidad en cada grupo, se evidencia que las diferencias remiten a volúmenes, porque las edades de las mujeres precoces son parecidas.

TABLA 6

NIVELES DE PRECOCIDAD SEGÚN ESTATUS SOCIOECONOMICO Y SEXO					
Sexo Encuestado		Alto (abc1)	Medio (c2c3)	Bajo (de)	Total
Mujer	Precoz	4,30%	23,00%	39,00%	27,90%
	Normal	68,80%	58,80%	50,00%	56,10%
	Tardío	26,80%	18,20%	11,00%	16,00%
	Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Hombre	Precoz	17,40%	21,90%	29,00%	24,60%
	Normal	67,30%	57,70%	53,40%	56,30%
	Tardío	15,30%	20,40%	17,60%	19,10%
	Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

2.1.3. Contexto de la primera pareja sexual.

De forma general, los hombres de los diversos NSE comparten la figura de la polola/novia como primera pareja sexual. Sin embargo, difieren en otras figuras: mientras en el NSE alto la *recién conocida* es relevante, en los NSE medio y bajo lo es la *amiga*. En todos ellos la *esposa* y la *trabajadora sexual* son marginales, aunque en los últimos NSE existe una mayor presencia relativa de tales figuras. En el NSE alto la *polola* y la *recién conocida* son las figuras más importantes. Aquí está concentrada la ocasionalidad (37.1% de *recién conocida* en el contexto de una media de 12.8% en los hombres en general). En los otros NSE la ocasionalidad (*recién conocida* y *trabajadora sexual*) se reduce a 15.1% en NSE medio, y a 16.9% en NSE bajo. En cambio, los NSE medio y bajo tienen mayor presencia del contexto de sociabilidad más próximo: la *amiga* alcanza a 35.7% y 31.7%, respectivamente (niveles próximos al nivel que alcanza la *recién conocida* en el NSE alto).

De forma general, las mujeres de los tres NSE son más semejantes que los hombres entre sí. Las mujeres comparten las figuras relevantes: el *pololo/novio* y el *esposo*. En todos ellos, el *recién conocido* y el *amigo* son marginales. Sin embargo, difieren en la importancia del *esposo* y el *pololo/novio*: mientras en el NSE alto el *esposo* y el *pololo/novio* alcanzan niveles más próximos entre sí (44.9% y 50.6%), en el NSE bajo se invierten los niveles y reduce la proximidad (23.5% y 71.1%), y en el NSE medio se ubican en niveles intermedios respecto de los otros dos NSE: 36% y 60.3% alcanzan el *esposo* y el *pololo/novio*, respectivamente.

TABLA 7

PRIMERA PAREJA SEXUAL SEGÚN STATUS SOCIOECONÓMICO Y SEXO						
Sexo Encuestado		Status socioeconómico			Total	
		Alto (abc1)	Medio (c2c3)	Bajo (de)		
Mujer	Recién conocido	%		0,40%	1,00%	0,60%
	Amigo(a)	%	2,60%	3,00%	4,00%	3,40%
	Espos(a)	%	44,90%	36,00%	23,50%	31,80%
	Pololo(a) o novio(a)	%	50,60%	60,30%	71,10%	63,80%
	Otro	%	1,90%	0,20%	0,10%	0,30%
	NR	%		0,20%	0,30%	0,20%
	Total	%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Hombre	Recién conocido	%	37,10%	11,00%	13,00%	12,80%
	Amigo(a)	%	20,10%	35,70%	31,70%	33,50%
	Espos(a)	%	2,40%	5,70%	5,10%	5,30%
	Pololo(a) o novio(a)	%	34,50%	40,20%	42,30%	40,80%
	Trabajadora sexual(a)	%	0,90%	4,30%	3,90%	4,00%
	Otro	%	5,00%	2,80%	3,50%	3,20%
	NR	%		0,20%	0,60%	0,40%
	Total	%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

2.1.4. Similitudes y divergencias en la condición virginal.

Como ya fuera establecido en otro acápite de esta Tesis, en la sociedad chilena la mayoría de los hombres y mujeres se inician sexualmente con sujetos experimentados.¹⁰³ Por cierto, un 53.4% de los hombres y un 75.8% de las mujeres declaran haber tenido su primera relación sexual con una pareja sexual experimentada. El NSE diferencia los niveles de virginidad entre los sujetos del estrato alto -más reducido: 23.4%- y los estratos medio y bajo -similares entre sí: 35.9% y 35.7%, respectivamente.

TABLA 8

¿ERA TAMBIÉN LA PRIMERA RS PARA LA OTRA PERSONA? SEGUN STATUS SOCIOECONÓMICO				
	Alto (abc1)	Medio (c2c3)	Bajo (de)	Total
Sí	23,4%	35,9%	35,7%	35,1%
No	68,2%	48,3%	50,6%	50,4%
NS	6,4%	14,3%	12,7%	13,2%
NR	1,9%	1,5%	0,9%	1,3%
	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

¹⁰³ El diseño de la Encuesta CONASIDA/ANRS asume que quienes se iniciaron en el contexto de comercio sexual lo hicieron con parejas sexuales iniciadas.

2.1.5. Motivaciones en la entrada a la sexualidad activa.

La organización de los motivos presenta diferencias entre los distintos NSE, especialmente respecto de:

i. El NSE alto destaca por su alta referencia al *amor* (40.7%) y secundariamente al *matrimonio*, que alcanzan de conjunto –como motivaciones relacionales- al 69.9%; la curiosidad y la atracción o deseo, en tanto, alcanzan de conjunto –como motivaciones eróticas- sólo al 35.9%.

ii. El NSE medio refiere principalmente al amor (33.2%) y secundariamente al *deseo* (26.2%); las motivaciones relacionales alcanzan de conjunto (amor y matrimonio) al 45.1%; las motivaciones eróticas (curiosidad y atracción o deseo), en tanto, alcanzan de conjunto sólo al 45.4%.

iii. Por su parte, el NSE bajo refiere principalmente al amor (36.2%) y secundariamente a la curiosidad (23.8%) y al *deseo* (22.1%); las motivaciones relacionales alcanzan de conjunto (amor y matrimonio) al 43.1%; las motivaciones eróticas (curiosidad y atracción o deseo), en tanto, alcanzan de conjunto al 45.9%.

TABLA 9

¿SU PRIMERA RS FUE PRINCIPALMENTE POR? SEGUN STATUS SOCIOECONÓMICO				
	Alto (abc1)	Medio (c2c3)	Bajo (de)	Total
Amor	40,7%	33,2%	36,2%	34,8%
Casamiento (noche de bodas)	19,2%	11,9%	6,9%	10,3%
Curiosidad	18,5%	19,2%	23,8%	21,0%
Atracción o deseo	17,4%	26,2%	22,1%	24,1%
Presión de pareja (prueba de amor)	3,7%	4,5%	4,0%	4,2%
La mayoría de sus amigos(as) ya tenían RS	0,5%	2,2%	1,2%	1,7%
Fue abuso sexual		1,5%	3,3%	2,1%
Otro		1,2%	2,2%	1,5%
NR		0,2%	0,4%	0,3%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

2.1.6. Diferencias de edades en procesos de entrada en la sexualidad activa.

Los datos muestran que hombres y mujeres pertenecientes al NSE alto presentan una diferencia respecto de los otros NSE, en cuanto tienen una mayor frecuencia de iniciación con sujetos

mayores, así como una menor frecuencia de iniciación sexual con parejas de edad similar que en los NSE medio y bajo.

TABLA 10

DIFERENCIAS DE EDADES CON PRIMERA PAREJA SEXUAL, SEGUN ESTATUS SOCIOECONOMICO Y SEXO					
Sexo		Alto (abc1)	Medio (c2c3)	Bajo (de)	Total
Mujer	Pareja Mayor	63,60%	59,60%	60,40%	60,20%
	Edad semejante	26,10%	32,70%	33,40%	32,50%
	Pareja Menor	10,30%	7,70%	6,30%	7,30%
	Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Hombre	Pareja Mayor	56,90%	32,80%	34,60%	34,50%
	Edad semejante	39,00%	51,10%	48,70%	49,60%
	Pareja Menor	4,10%	16,10%	16,70%	15,80%
	Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

2.2. Número de parejas sexuales.¹⁰⁴

2.4.1. Las parejas sexuales declaradas.

En primer lugar, de forma general, los volúmenes de parejas sexuales por NSE varían: mientras los NSE medio y bajo presentan una media similar (4.7), el NSE alto se eleva a 6.1 parejas sexuales.

En segundo lugar, las mujeres y hombres presentan niveles disímiles según los NSE. Las mujeres de los diversos NSE (alto, medio y bajo) declaran parecidos números de parejas sexuales: 1.8, 1.9 y 2.0 parejas sexuales. Por su parte, los hombres de NSE medio y bajo declaran niveles muy parecidos: 8.9 y 7.8 parejas sexuales; los del NSE presentan un volumen muy mayor respecto de los otros NSE: 17.7 parejas sexuales.

En tercer lugar, los desfases en los volúmenes de parejas sexuales declaradas por los hombres y mujeres presentan diferencias entre los diversos NSE. Los menores desfases se producen entre mujeres y hombres de NSE medio y bajo. En el NSE bajo es 1:3,9; le sigue el NSE medio 1:4,2; finalmente, el más alto desfase se produce en el NSE alto: 1:9,8 parejas sexuales.

¹⁰⁴ Número de parejas sexuales declaradas por los/as entrevistados/as en el curso de la vida.

TABLA 11

NUMERO DE PAREJAS SEXUALES EN EL CURSO DE LA VIDA, SEGÚN ESTATUS SOCIOECONOMICO Y SEXO			
Sexo Encuestado	Status socioeconómico (carátula)	Mean	N
Mujer	Alto (abc1)	1,8	188137
	Medio (c2c3)	1,9	1481942
	Bajo (de)	2,0	1092854
	Total	1,9	2762932
Hombre	Alto (abc1)	17,7	71042
	Medio (c2c3)	8,0	1262607
	Bajo (de)	7,8	958945
	Total	8,2	2292593
Total	Alto (abc1)	6,1	259178
	Medio (c2c3)	4,7	2744549
	Bajo (de)	4,7	2051798
	Total	4,8	5055525

2.2.2. Recurso a la prostitución en el curso de la vida.

A 15.4% alcanzan los sujetos que declaran haber tenido sexo en contexto de comercio sexual en el curso de sus vidas. El NSE alto presenta, no obstante, un nivel superior al poblacional: 20.7%, el NSE bajo al 16.5%, y el NSE medio alcanza al 14.2%.

TABLA 12

RELACIONES SEXUALES CON TRABAJADORA SEXUALS (OS) ALGUNA VEZ EN LA VIDA, SEGUN STATUS SOCIOECONÓMICO HOMBRES				
	Status socioeconómico (carátula)			Total
	Alto (abc1)	Medio (c2c3)	Bajo (de)	
Sí	20,7%	14,2%	16,5%	15,4%
No	79,3%	85,7%	83,4%	84,5%
NR		0,1%	0,2%	0,1%
	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

2.5. Prácticas sexuales.

En el plano de las prácticas sexuales, los hombres y mujeres pertenecientes al NSE alto presentan diferencias respecto de los otros NSE, sin embargo, lo hacen de un modo inverso: las mujeres presentan una menor apropiación del repertorio amplio variado (que implica la práctica del sexo

anal) que las otras mujeres; los hombres, por el contrario, presentan una más alta adopción del repertorio amplio variado que los otros hombres.

TABLA 13

CUALQUIER NIVEL DE PRACTICA SEXUAL CON ULTIMA PAREJA SEXUAL SEGUN NSE Y SEXO					
Sexo Encuestado		Status socioeconómico (carátula)			Total
		Alto (abc1)	Medio (c2c3)	Bajo (de)	
Mujer	RR	36,90%	37,50%	46,10%	40,70%
	RAN	50,30%	42,90%	30,80%	38,90%
	RAV	12,70%	19,60%	23,20%	20,40%
	Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Hombre	RR	17,90%	36,20%	34,90%	35,00%
	RAN	53,80%	41,40%	36,90%	40,20%
	RAV	28,40%	22,40%	28,20%	24,90%
	Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

2.6. Uso de formas preventivas en el marco de la última pareja sexual.

Observados los niveles de uso de medidas de protección en la primera relación sexual en contexto de la última pareja sexual principal, varían muy significativamente entre los NSE. El uso en la población aquí estudiada alcanza a 29.3%. El NSE alto presenta, no obstante, un nivel superior al poblacional: 56.28%, mientras el NSE medio alcanza al 33.5% y el NSE bajo sólo al 19.3%.

TABLA 14

NIVEL DE USO DE FORMAS PREVENTIVAS EN PRIMERA VEZ CON PAREJA ACTUAL PRINCIPAL SEGUN STATUS SOCIOECONÓMICO				
	Alto (abc1)	Medio (c2c3)	Bajo (de)	Total
Sí	56,2%	33,5%	19,3%	29,3%
No	43,6%	64,7%	79,3%	69,1%
NS		0,3%	0,6%	0,4%
Otra		0,1%		0,0%
NR	0,2%	1,4%	0,8%	1,1%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

2.7. Lugares de las prácticas sexuales juveniles.

Existe gran homogeneidad social en el uso de la casa propia o del/la partner en las generaciones jóvenes. Entre los hombres pertenecientes a los sectores populares se observa un leve desfase

respecto del uso de la casa, el cual es compensado por el uso de casas de familiares y conocidos. El motel, que presenta un muy bajo nivel de uso en general en la población estudiada, no parece expresar sólo una carencia disponibilidad de recursos económicos –dinero y movilización a la periferia de las ciudades¹⁰⁵-, sino también una lejanía con el circuito comercial que provee de espacios íntimos propiamente destinados al sexo .

GRAFICO 2

LUGARES DE LAS PRACTICAS SEXUALES DE POBLACION JOVEN (15 A 24 AÑOS) SEXUALMENTE ACTIVA SEGÚN NSE MUJERES

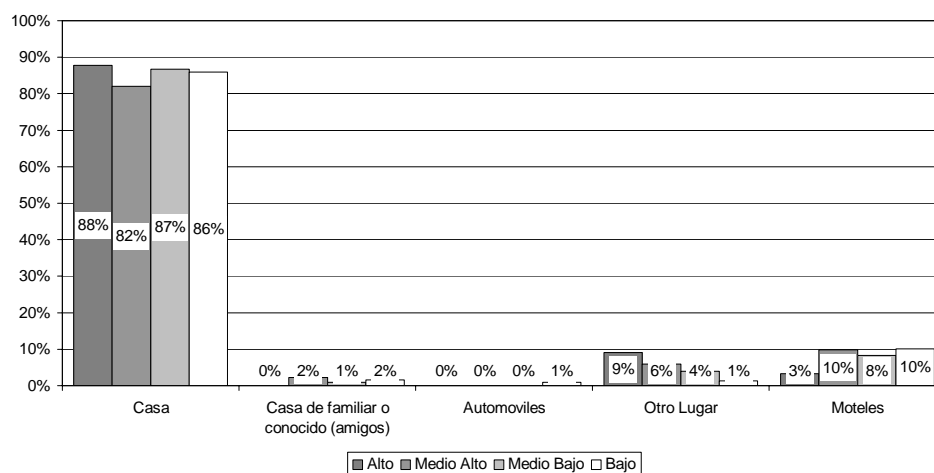
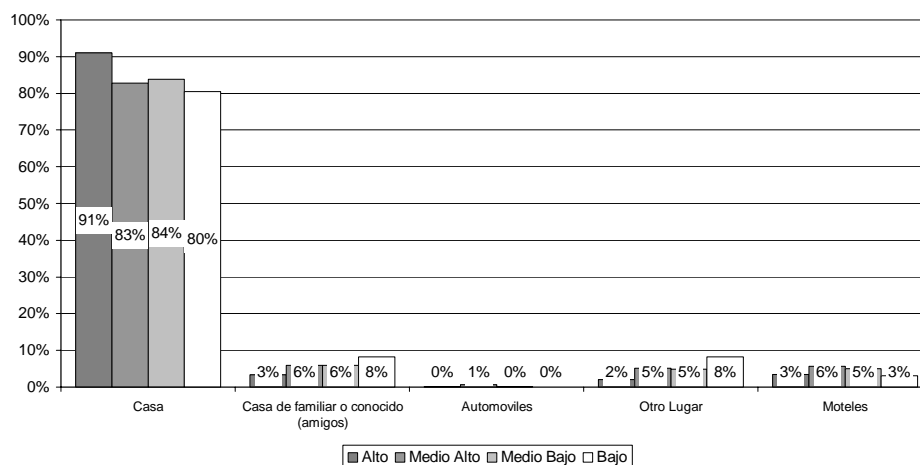


GRAFICO 3

LUGARES DE LAS PRACTICAS SEXUALES DE POBLACION JOVEN (15 A 24 AÑOS) SEXUALMENTE ACTIVA SEGÚN NSE HOMBRES



¹⁰⁵ Su costo promedio en el mercado se ubica en torno a los US\$ 60.

PARTE 5

CAPITULO XI

ORIENTACIONES NORMATIVAS SOBRE SEXUALIDAD EN LA SOCIEDAD CHILENA

1. Introducción.

En 1959, Alain Girard en su indagación de las orientaciones normativas prevalentes en la sociedad francesa preguntaba: “¿En su opinión es muy importante, importante o sin importancia que una mujer joven se guarde hasta el matrimonio?”¹⁰⁶ En la actualidad, cuando se la incluye, no se formula en ningún caso como él lo hacía y, en el futuro próximo perderá pertinencia tal indagación. Cuando alcanza altísimos niveles de aprobación en todos los segmentos poblacionales, la virginidad deja de constituir una distinción que establece diferencias en la sociedad.¹⁰⁷ Emergen, en la vida social, no obstante, otros fenómenos sobre los cuales se activan nuevas orientaciones normativas.

La Encuesta CONASIDA/ANRS considera un conjunto de 16 proposiciones, organizadas en ciertos casos según la variable de género, relativas, a nuestro juicio, a los siguientes ámbitos y fenómenos: hetero-normatividad/homosexualidad, infidelidad, vínculos, prácticas sexuales y sexo premarital. Las respuestas se orientan según posiciones en una escala Likert, compuesta de cuatro alternativas: “muy de acuerdo”, “algo de acuerdo”, “algo en desacuerdo”, “muy en desacuerdo”. El análisis de la información implica una reasignación de códigos, asignando códigos sucesivos entre 0 y 3 (siendo el valor mínimo la opción “muy en desacuerdo” y el valor máximo la opción “muy de

¹⁰⁶ Girard, en una interrogación sólo dirigida a indagar por las mujeres, encontró que un 72% de los entrevistados la consideró importante o muy importante (Bozon y Héran, 2006).

¹⁰⁷ En la sociedad chilena, se indaga aún como persistencia de patrones normativos tradicionales; sin embargo las formulaciones más recientes son afirmativas respecto del sexo premarital, del tipo: *Si una pareja de pololos se ama no hay nada malo en que mantengan relaciones sexuales.* (FLACSO, 2001), Esta formulación recuerda la tipología de Ira Reiss, usada por Bajos, Guillaume y Kontula (2003) en investigaciones en sociedades europeas, que sugieren la existencia en Europa de una tendencia normativa denominada *permissividad con afecto*, que sostiene que el sexo premarital es apropiado en relaciones estables y afectivas y el primer intercambio sexual, o cualquiera en el futuro, está al servicio de una construcción relacional que la engloba y la contiene (en todos los sentidos del término). Otra formulación es del tipo de la Fundación Futuro (2000) “¿Cree usted que las relaciones sexuales antes del matrimonio son...? Por su parte, la Encuesta CONASIDA/ANRS, en sentido contrario a la Encuesta FLACSO, formula la proposición a secas, prescindiendo de contexto relacional: “Que una mujer tenga relaciones antes del matrimonio”, “Que un hombre tenga relaciones antes del matrimonio”.

acuerdo”). Esta reasignación tiene como fin equiparar el valor mínimo posible a obtener con el cero.

Las proposiciones formuladas sirven, a nuestro juicio, para la indagación por las orientaciones normativas en un conjunto de ámbitos y fenómenos al mismo tiempo, específicos y relacionados, los cuales, de conjunto producen perspectivas normativas generales sobre en el campo de la sexualidad.

Primero, dos proposiciones indagan sobre la orientación normativa respecto de la virginidad, a saber, *Que una mujer tenga relaciones sexuales antes del matrimonio*, y *Que un hombre tenga relaciones sexuales antes del matrimonio*. Tales formulaciones buscan medir la importancia, así como los desfases en la aprobación normativa de la virginidad tanto respecto de los géneros, como por parte de los mismos.

Segundo, tres proposiciones exploran la orientación normativa que denominamos vínculo, y que refiere a una compleja interrogación cultural en el orden de la normatividad sexual. La proposición *Que una persona tenga RS con quien no ama* remite a una interrogación por la legitimidad de orientaciones íntimas no relacionales (tener sexo por motivaciones no amorosas), y puede colegirse de ello que interroga por los contextos en que resulta legítimo el sexo –la afirmación del *sexo con amor* remite al contexto de pareja. A su vez, la proposición *Que una persona tenga RS dejándose guiar por la pura pasión*, radicalmente jugada –“pura pasión”- en la formulación, introduce una inflexión respecto del lugar del amor en la legitimidad de los relacionamientos y las prácticas sexuales. Por su parte, la proposición *Que una persona tenga RS voluntariamente aun cuando no sienta placer* interroga complejamente los lugares del placer en la normatividad sexual y de la autonomía de los individuos (incluso para el sexo sin placer).

Tercero, dos proposiciones exploran la orientación normativa relativa al lugar del erotismo en la pareja. La proposición *Toda forma de placer sexual son aceptables (sic.) si la pareja está de acuerdo* formula, ya en el plano del *placer sexual*, como propósito una exigencia de autonomía y reciprocidad (el consentimiento sexual), sin embargo, de fondo, está formulado en una articulación en que el placer sigue al amor, en la medida que remite al contexto en que ello se produce (*la pareja*). Finalmente, las proposiciones *Que mujeres casadas o c/pareja estable tengan RS con otro hombre* y *Que hombres casados o c/pareja estable tenga RS con otra mujer* formula la interrogación por la exclusividad sexual –y la reciprocidad de los géneros- en las relaciones de pareja.

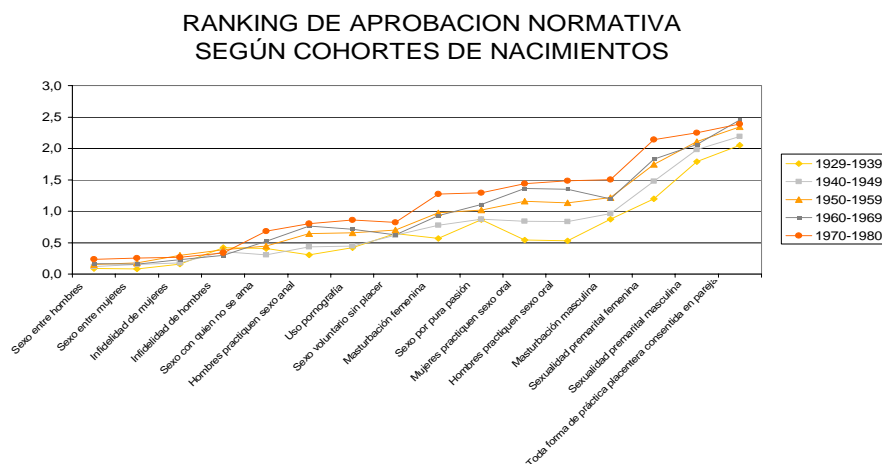
Cuarto, un conjunto de proposiciones explora la orientación normativa en el ámbito de las prácticas sexuales, respecto de su ampliación o restricción, y de la legitimidad de la exploración sexual relativa a las prácticas. Las prácticas sexuales consideradas incluyen el sexo oral y anal, las prácticas sexuales no físicas (pornografía) y las autoeróticas (masturbación).

Quinto, dos proposiciones exploran la orientación normativa prevalente en torno a lo que denominamos hetero-normatividad, en una referencia compleja al fenómeno homosexual y lésbico contemporáneo, a saber, *que un hombre tenga relaciones sexuales con otro hombre*” y *que una mujer tenga relaciones sexuales con otra mujer*”. Es presumible que la formulación de estas proposiciones apuntara a medir la normatividad relativa a la homosexualidad y al lesbianismo. Interrogaba, sin embargo, de una forma radical por la legitimidad de las prácticas sexuales con sujetos iguales, sin referencia a identidades sociales sexuadas (no interrogaba sobre la legitimidad del homosexual o la lesbiana para realizar sus prácticas), ni a la exclusividad de tales prácticas (sujetos que tienen relaciones sexuales sólo con sujetos de su mismo sexo). Por ello, no remitiría estrictamente a la legitimidad de la homosexualidad y del lesbianismo, situados en un marco binario de heterosexualidad/homosexualidad.

2. Orientaciones normativas y generaciones.

De manera general, observamos la existencia de una estructura normativa común en la sociedad chilena, respecto de la cual, las generaciones representan puntuaciones más altas o más bajas (mayor o menor desaprobación o aprobación) en un ordenamiento isomorfo de las categorías normativas (una categoría tenderá a estar sistemáticamente más próxima a un polo normativo).

GRAFICO 1



Así, las generaciones resultan, al mismo tiempo, parecidas en sus propios ordenamientos de los tópicos y diferentes en sus gradaciones de aprobación/desaprobación respecto de los mismos, tendiendo en general a situarse las más antiguas más cerca de la desaprobación normativa y las más jóvenes, inversamente, más cerca de la aprobación normativa.

Observadas las diversas cohortes etarias, las más jóvenes presentan niveles moderados, aun cuando más altos de aprobación normativa que las mayores. La cohorte nacida entre 1970 y 1980, se sitúa por sobre 1.5 en cuatro de las 16 proposiciones formuladas, y en otras cuatro se ubica sobre 1.0. Las generaciones nacidas entre 1950 y 1969, en tanto, presentan un nivel intermedio de aprobación y son muy similares: en tres se ubican sobre 1.5 y en tres o cuatro, sobre 1.0. Las generaciones más antiguas, nacidas entre 1929 y 1949, presentan los niveles más bajos de aprobación y son similares: en dos proposiciones se ubican sobre 1.5 y en una, sobre 1.0; para estas generaciones la inmensa mayoría de los tópicos se ubican más próximos al polo de la desaprobación normativa.

Las mayores convergencias intergeneracionales se producen en torno a una desaprobación compartida: las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo, hombres o mujeres en semejante grado, la infidelidad por parte de cualquiera de los sexos, las relaciones sexuales no placenteras, aunque voluntarias. Por su parte, las mayores divergencias generacionales entre las más jóvenes hasta las más antiguas se producen en torno a las prácticas sexuales y la sexualidad premarital femenina.

Respecto de las proposiciones relativas a la sexualidad premarital, los niveles de aprobación son elevados, y disímiles entre las diversas generaciones: la cohorte más antigua se ubica en rangos de 1,2 para la sexualidad premarital femenina y de 1,8 para la masculina; la cohorte más nueva, por su parte, se ubica en rangos muy similares y altos de aprobación respecto de la sexualidad femenina y masculina 2,1 y 2,2, respectivamente).

Por su parte, en las proposiciones relativas a lo que llamamos vínculo, los niveles de aprobación se ubican en los rangos siguientes, que expresan justamente a la cohorte más antigua y a la más nueva: sexo desvinculado del sentimiento amoroso (entre 0,40 y 0,7)¹⁰⁸, sexo voluntario no placentero (entre 0,6 y 0,8), y sexo por pasión (entre 0,7 y 1,3. Puede reconocerse una estructura normativa específica respecto de vínculo:

¹⁰⁸ En la escala de 0 a 3, en que el primero expresa la máxima desaprobación, y el último, la máxima aprobación.

- i. una afirmación del sexo con y por amor, que deviene en una articulación de sexo con/por amor y sexo con placer: no sexo sin amor, tampoco sexo sin placer. El sexo se formula como no posible sin amor (*Que una persona tenga RS con quien no ama,*), tampoco sin placer (*Que una persona tenga RS voluntariamente aun cuando no sienta placer*).
- ii. la pasión introduce una inflexión sobre el sexo con/por amor: lo pasional logra reducir, al menos entre las generaciones más jóvenes, la exigencia amorosa y, con ello, rescata al sexo del contexto puramente relacional.

En relación con la orientación normativa relativa al lugar del erotismo en la pareja, la proposición toda práctica sexual consentida en pareja presenta un elevado nivel de aprobación (entre 2,1 y 2,4), y la infidelidad presenta niveles de desaprobación radicalmente bajos (entre 0,02 y 0,04). Puede reconocerse aquí una estructura normativa específica:

- i. una normatividad de la pareja, en el cual la reciprocidad deviene exclusividad: la fidelidad se desplaza marcadamente desde el plano de las instituciones al plano de las relaciones entre sujetos.¹⁰⁹
- ii. la sexualidad se sitúa en la pareja al servicio de su construcción, y la reciprocidad y consentimiento fijan los criterios de la operación del placer en la misma.

En el ámbito de las prácticas sexuales, primero examinamos las prácticas sexuales -repertorios que incluyen sexo oral y anal, hasta las prácticas sexuales no físicas (pornografía) y las autoeróticas (masturbación)- en sus niveles de aprobación; luego volvemos a la cuestión de la legitimidad de la experimentación sexual, que hace a las prácticas.

Como puede observarse más abajo, las prácticas más desaprobadas son el sexo anal y el uso de la pornografía. Respecto las otras, el sexo oral y la masturbación se distancian las generaciones en su desaprobación: las generaciones más jóvenes tienen sistemáticamente a una mayor aprobación –y más homogéneamente respecto de los géneros- que las generaciones más antiguas: las prácticas sexuales anales (entre 0,3 y 0,8), las prácticas sexuales orales masculinas (entre 0,5 y 1,5), las prácticas sexuales orales femeninas (entre 0,5 y 1,4), la práctica masturbatoria femenina

¹⁰⁹ Podría sugerirse que el hecho que no difiera significativamente la desaprobación en materia de género indicaría que la infidelidad en la actualidad refiere menos a una norma institucional y más a la instauración discursiva de una *regla de juego* de las relaciones de pareja contemporáneas (sea más propiamente un atentado al vínculo –que mantiene y da sentido a la existencia misma de una pareja- que una falta a la norma matrimonial).

(entre 0,6 y 1,3), la práctica masturbatoria masculina (entre 0,9 y 1,5), uso de pornografía (entre 0,4 y 0,8). Respecto de la estructura normativa de las prácticas puede observarse:

- i. una normalización normativa de las prácticas sexuales orales y la masturbación en las cohortes más jóvenes,
- ii. una elaboración común de una lógica exploratoria del sexo que produce una ampliación de las prácticas revestida por el vínculo (amor y pareja) y la reciprocidad (consentimiento y mutualidad del placer).
- iii. tal construcción que muestra toda su apertura en la proposición respecto de lo posible en la relación bajo la condición de consentimiento mutuo (*toda forma de placer sexual es aceptable si la pareja está de acuerdo*, con valores entre 2.10 y 2.50), no obstante, no logra producir la normalización de todas las prácticas (deja fuera sexo anal y pornografía).

Respecto de las proposiciones exploran la orientación normativa prevalente en torno a lo que denominamos hetero-normatividad, los niveles de desaprobación son radicales; se ubican en los rangos cercanos a cero: la cohorte más antigua presenta un nivel de aprobación de 0,01 respecto de ellas, y la cohorte más nueva presenta un 0,02.

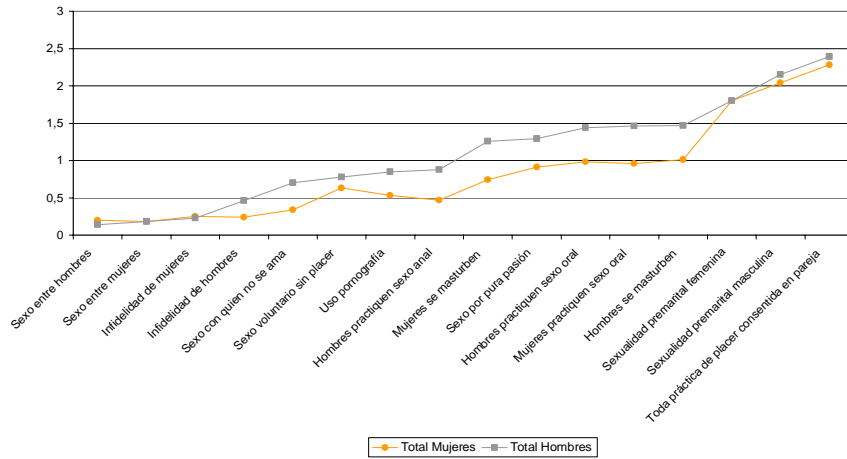
3. Orientaciones normativas y géneros.

De forma general, los hombres alcanzan niveles más elevados de aprobación que las mujeres en un conjunto importante de proposiciones; en algunas, las menos, coinciden en sus juicios. Respecto de las primeras, puede observarse diferencias fundamentalmente en los grados de aprobación normativa en el plano de las prácticas sexuales, en que las mujeres se ubican más próximas que los hombres al polo de la desaprobación.

Respecto de las proposiciones cuyos juicios son compartidos, remiten de forma general a las que se presentaron precedentemente en relación con las generaciones, a saber, la desaprobación del sexo entre personas del mismo sexo, de la infidelidad y las relaciones sexuales no placenteras, aunque voluntarias, así como la aprobación del sexo premarital y las prácticas sexuales consentidas en el contexto de la pareja.

GRAFICO 2

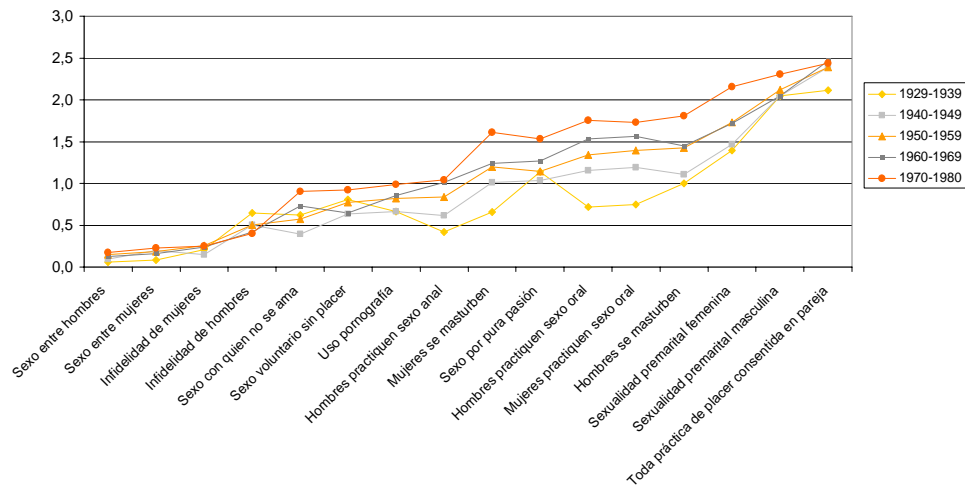
RANKING DE APROBACION NORMATIVA
SEGUN SEXO



Como puede observarse en el Gráfico 3, los hombres según cohortes etarias, se encuentra una heterogeneidad generacional importante en el ámbito de las prácticas, situándose las cohortes más jóvenes más próximas al polo de la aprobación, y de la aprobación de la sexualidad premarital, especialmente la femenina, respecto de la cual las cohortes mayores se ubican más cerca del polo de la desaprobación.

GRAFICO 3

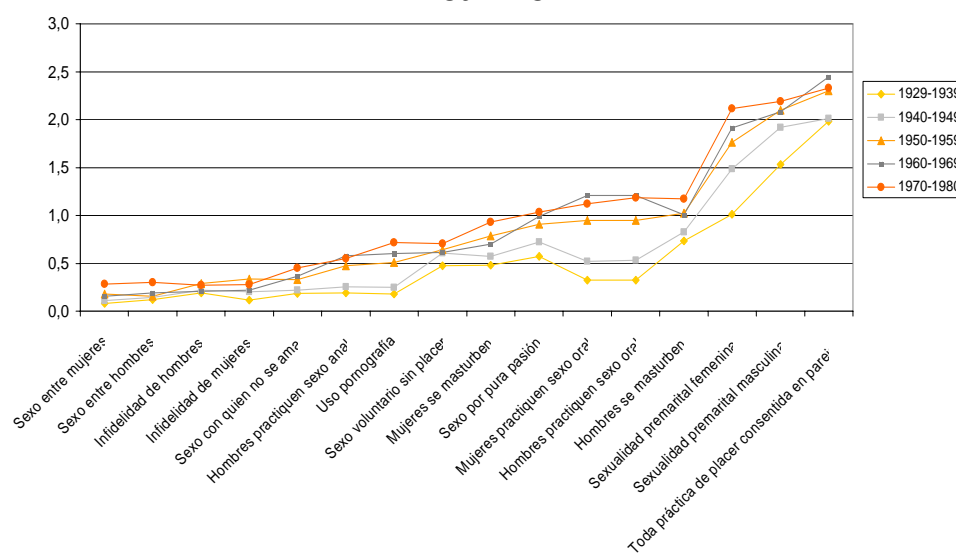
RANKING DE APROBACION NORMATIVA
SEGUN COHORTES DE NACIMIENTOS
HOMBRES



De modo parecido, observadas las mujeres según cohortes etarias, se encuentran diferencias generacionales importantes en el ámbito de las prácticas, situándose las cohortes más jóvenes más alejadas del polo de la desaprobación en relación con el sexo oral, la masturbación y la pornografía; y de la aprobación de la sexualidad premarital, especialmente la femenina, respecto de la cual las cohortes mayores se ubican más cerca del polo de la desaprobación (Véase Gráfico 4)

GRAFICO 4

RANKING DE APROBACION NORMATIVA
SEGÚN COHORTES DE NACIMIENTOS
MUJERES



4. Orientaciones normativas y religiones.

4.1. Adscripciones religiosas.

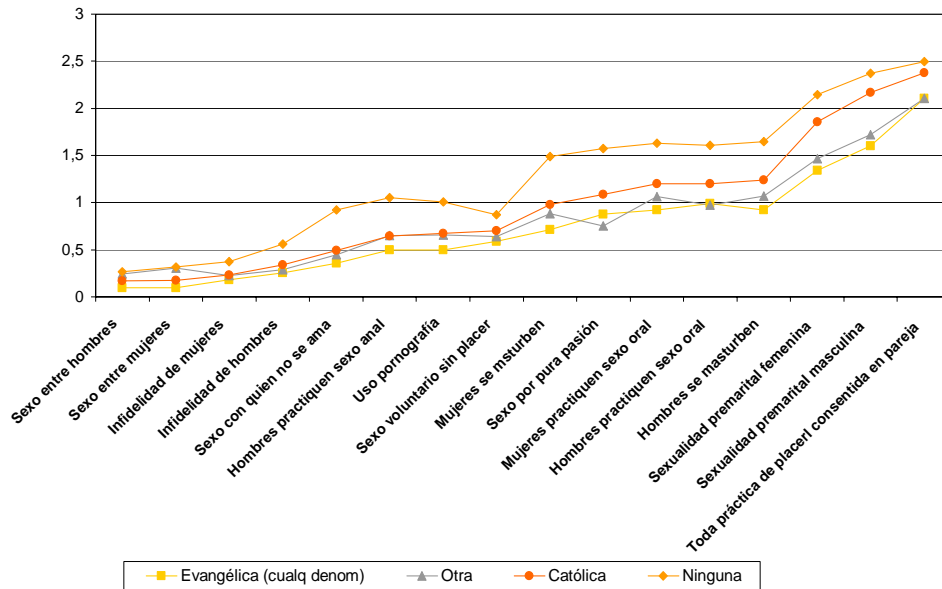
De manera general, las adscripciones religiosas resultan isomorfas en sus ordenamientos. Existen diferencias importantes entre la población que se declara “sin religión” y la otra que reconoce alguna adscripción religiosa; diferencias que sitúan tendencialmente a la primera más próxima al polo de la aprobación normativa.

Por otra parte, las diferencias entre adscripciones religiosas, permiten sugerir la existencia de tres niveles normativos en el cual la adscripción católica se sitúa en gran proximidad al promedio

poblacional, y las otras adscripciones -incluyendo la sin religión o no adscripción- se separan en mayor proximidad a los polos de aprobación y desaprobación (Gráfico 5).

GRAFICO 5

RANKING DE APROBACION NORMATIVA
SEGÚN ADSCRIPCION RELIGIOSA



- i. La ausencia de adscripción religiosa: los individuos que declaran no tener ninguna religión presentan un mayor nivel de aprobación normativa. Esta condición se ubica normativamente respecto de la mayoría de fenómenos sometidos a consideración más lejos del polo de la desaprobación. De las 16 sentencias formuladas, en 8 se ubica sobre 1.5 y en 10 se ubica sobre 1.
- ii. La adscripción católica se ubica más próxima al polo de la desaprobación normativa (sólo 3 sobre 1.5 y 8 sobre 1). Esta condición de católico se ubica normativamente respecto de la mayoría de fenómenos sometidos a consideración más entre las otras condiciones religiosas y laica, en proximidad al promedio poblacional. De las 16 sentencias formuladas, en 3 se ubica sobre 1.5 y en 8 se ubica sobre 1. Esto la sitúa entre la secularidad y las adscripciones religiosas no católicas, aunque en mayor cercanía a estas últimas.
- iii. La condición de adscripciones a iglesias evangélicas y otras religiones se ubican más cercanamente entre sí, y de conjunto más próximas aún al polo de la desaprobación normativa (sólo 3 sobre 1.5 y 6 sobre 1). Las condiciones de evangélico y otras religiones

se ubican normativamente respecto de la mayoría de fenómenos sometidos a consideración más cerca del polo de la desaprobación. De las 16 sentencias formuladas, en 2 se ubican sobre 1.5 y en 1 los evangélicos y en 3 los otros se ubican sobre 1.

Como se observa en la Tabla 1, lo anterior se organiza, por otra parte, como la existencia de ámbitos que establecen continuidades y discontinuidades entre las distintas religiones y entre éstas y los laicos.

TABLA 1

RANKING DE APROBACION NORMATIVA SEGUN ADSCRIPCION RELIGIOSA					
Niveles	0-3	0-3	0-3	0-3	0-3
Opiniones/Adscripciones	Evangélica	Otra	Católica	Ninguna	Total
Sexo con quien no se ama	0,36	0,45	0,49	0,92	0,51
Hombres practiquen sexo anal	0,50	0,65	0,65	1,05	0,67
Uso pornografía	0,50	0,66	0,67	1,00	0,68
Mujeres se masturben	0,71	0,88	0,98	1,49	0,99
Sexo por pura pasión	0,88	0,75	1,09	1,57	1,09
Hombres practiquen sexo oral	0,99	0,98	1,20	1,61	1,20
Mujeres practiquen sexo oral	0,92	1,06	1,20	1,63	1,20
Hombres se masturben	0,92	1,07	1,24	1,65	1,23
Sexualidad premarital femenina	1,34	1,47	1,86	2,14	1,80
Sexualidad premarital masculina	1,60	1,72	2,17	2,37	2,09
Toda práctica de placer consentida en pareja	2,10	2,10	2,38	2,50	2,34
Sexo entre hombres	0,09	0,25	0,17	0,27	0,17
Sexo entre mujeres	0,10	0,31	0,18	0,32	0,18
Infidelidad de mujeres	0,18	0,23	0,23	0,37	0,24
Infidelidad de hombres	0,25	0,29	0,34	0,56	0,35
Sexo voluntario sin placer	0,59	0,64	0,70	0,87	0,70

Existe un conjunto de orientaciones normativas compartidas, a saber: el rechazo a relaciones sexuales entre personas del mismo sexo, hombres o mujeres en semejante grado (entre 0,09 y 0,32), la desaprobación de la infidelidad por parte de cualquiera de los sexos (entre 0,18 y 0,56), la desaprobación del sentido no placentero, aunque voluntario, de las prácticas sexuales (entre 0,59 y 0,87), así como la alta aprobación de las prácticas sexuales consentidas en contexto de la pareja (entre 2,1 y 2,5).

Por otra parte, un conjunto de elementos distingue a los sujetos con adscripciones religiosas respecto de los que no la tienen. La secularidad introduce una inflexión en la aprobación normativa en el ámbito de las prácticas sexuales y de los vínculos: mayor aprobación de las prácticas

sexuales anales y orales, menor desaprobación del recurso a la pornografía, mayor aprobación de la práctica masturbatoria, mayor aprobación de sexo por pasión, y menor desaprobación del sexo sin amor y del sexo voluntario sin placer. Finalmente, el rechazo o la aprobación de las relaciones sexuales premaritales diferencian a los sujetos con adscripciones religiosas diversas. De forma general, las adscripciones religiosas y sin religión muestran un desfase en favor del hombre en esta materia. Los niveles de aprobación más bajos diferencian a evangélicos y otras religiones de católicos, situados en el promedio.

Observados los hombres y mujeres según su adscripción religiosa, los individuos pertenecientes a la categoría *otra religión* presentan más similitudes entre sí (10 semejantes de 16), le siguen los evangélicos (9 de 16), después los católicos (6 de 16) y sin religión con mayores diferencias entre los sexos, los (4 de 16).

TABLA 2

RANKING DE APROBACION NORMATIVA SEGUN ADSCRIPCION RELIGIOSA Y SEXO								
	Otra Mujeres	Otra Hombres	Evangél. Mujeres	Evangél. Hombres	Católica Mujeres	Católica Hombres	Ninguna Mujeres	Ninguna Hombres
Sexo entre hombres	0,26	0,23	0,08	0,11	0,22	0,11	0,31	0,24
Sexo entre mujeres	0,31	0,30	0,09	0,11	0,19	0,16	0,28	0,34
Infidelidad de mujeres	0,14	0,34	0,21	0,14	0,26	0,21	0,32	0,40
Infidelidad de hombres	0,17	0,43	0,21	0,32	0,25	0,45	0,35	0,68
Sexo con quien no se ama	0,30	0,63	0,30	0,44	0,33	0,67	0,61	1,09
Sexo sin placer	0,48	0,84	0,54	0,66	0,66	0,75	0,61	1,01
Pornografía	0,60	0,72	0,40	0,63	0,54	0,83	0,65	1,19
Hombres hagan sexo anal	0,60	0,72	0,32	0,73	0,47	0,84	0,73	1,22
Sexo por pura pasión	0,69	0,83	0,72	1,09	0,94	1,25	1,20	1,78
Masturbación femenina	0,77	1,03	0,50	1,00	0,77	1,23	1,05	1,74
Hombres hagan sexo oral	0,97	0,98	0,73	1,33	1,01	1,41	1,28	1,78
Mujeres hagan sexo oral	1,00	1,13	0,71	1,19	0,99	1,44	1,24	1,85
Masturbación masculina	1,01	1,14	0,77	1,13	1,05	1,46	1,16	1,90
Sexualidad premarital femenina	1,45	1,48	1,35	1,34	1,89	1,83	2,08	2,18
Sexualidad premarital masculina	1,82	1,59	1,61	1,58	2,12	2,22	2,28	2,42
Práctica sexual consentida en pareja	2,16	2,03	2,16	2,03	2,32	2,44	2,31	2,59

Las mujeres y los hombres presentan ordenamientos con similitudes en sus formas, aunque no en sus magnitudes. Se ordenan progresivamente desde las adscripciones evangélica a laica, pasando por las adscripciones a otras religiones y católica: los puntajes de laicas/os son más altos, los puntajes de evangélicos son los más bajos. La mayor desaprobación relativa respecto de la sexualidad premarital separa a las mujeres evangélicas de las otras adscripciones; sin embargo, al mismo tiempo, las une, porque es una de las escasas proposiciones en que tienen puntajes más

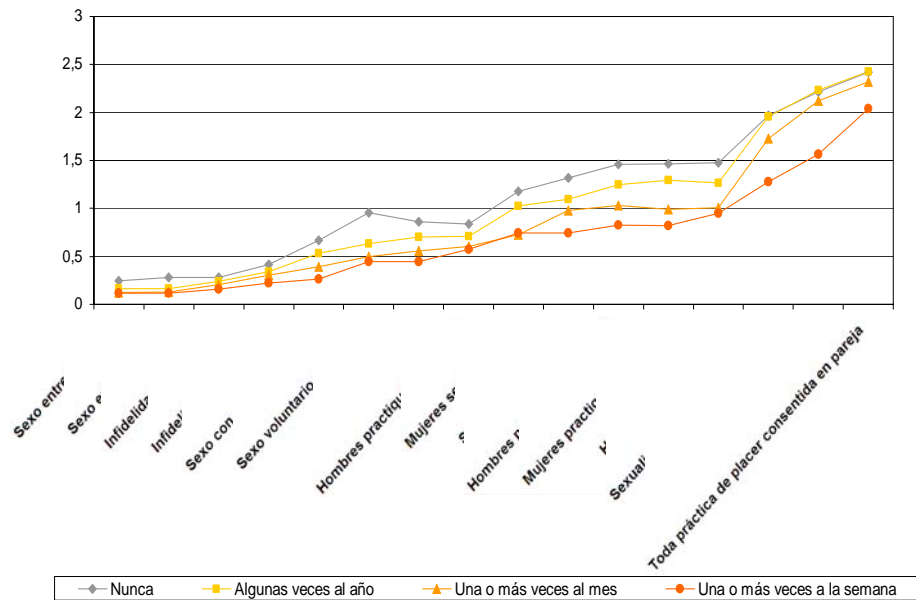
elevados, y con ello, se constituye en la zona donde muestran apertura a orientación al cambio en materia de normatividad sexual. La mayor aprobación relativa respecto de las prácticas sexuales desprovistas de amor y basadas en la pasión sugiere una inflexión entre las mujeres sin religión y las de las otras adscripciones. La mayor desaprobación relativa respecto de algunas de las prácticas sexuales separa a los hombres sin religión de los de las otras adscripciones. También entre los hombres, la mayor aprobación relativa respecto de las prácticas sexuales no basadas en el amor y basadas en la pasión separa a los hombres sin religión de los de las otras adscripciones.

4.2. Observancia religiosa.

Como se observa en el Gráfico 6, la habitualidad de la asistencia a servicios o actividades religiosas presente diferencias importantes en el plano de las orientaciones normativas respecto de la inasistencia a los mismos.

GRAFICO 6

RANKING DE APROBACION NORMATIVA
SEGÚN OBSERVANCIA RELIGIOSA



De este modo, se observa una gradiente desde la inasistencia radical a servicios religiosos (*nunca*) hasta la habitualidad (*una o más veces a la semana*), desde niveles más altos de aprobación a niveles más próximos a la desaprobación normativa. Ello se observa tanto en las mujeres como en los hombres, sólo que los niveles presentados por las primeras en las categorías de menor asistencia (*nunca* y *algunas veces en el año*) son más bajos que los de los últimos.

Incluimos, con objeto de establecer una comparación, la categoría de sin religión, sabiendo que no constituye adscripción religiosa propiamente. Sirve, no obstante, para observar más intensamente la condición de los sujetos con inasistencia radical a servicios religiosos (*nunca*). Las mujeres sin religión y las que *nunca* asisten a servicios religiosos, en condiciones en que adscriben a algunas de las religiones existentes, muestran niveles similares en todas las proposiciones, con puntajes más elevados. Por el contrario, las mujeres de asistencia semanal a servicios religiosos presentan los puntajes, por cierto, más bajos (Tabla 3).

TABLA 3

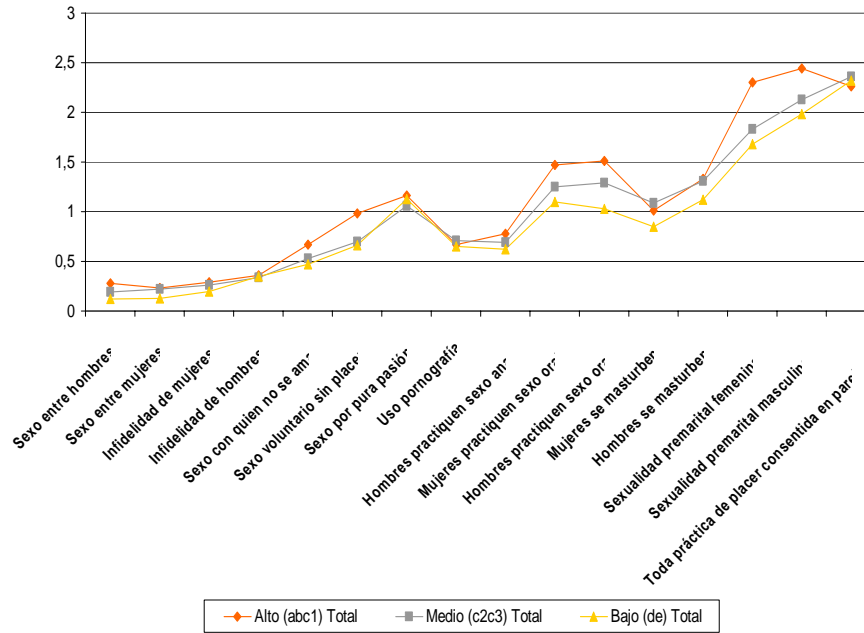
RANKING DE APROBACION NORMATIVA SEGUN SEXO Y NIVEL ASISTENCIA SERVICIO RELIGIOSO										
	Mujeres					Hombres				
	No aplicable	Nunca	Algunas veces al año	Una o más veces al mes	Una o más veces semana	No aplicable	Nunca	Algunas veces al año	Una o más veces al mes	Una o más veces semana
Sexo entre mujeres	0,28	0,35	0,19	0,12	0,12	0,34	0,23	0,14	0,14	0,11
Sexo entre hombres	0,31	0,36	0,22	0,12	0,13	0,24	0,16	0,11	0,12	0,08
Infidelidad de hombres	0,34	0,32	0,26	0,19	0,18	0,69	0,48	0,42	0,47	0,31
Infidelidad de mujeres	0,32	0,36	0,28	0,18	0,16	0,42	0,22	0,20	0,24	0,15
Sexo con quien no se ama	0,62	0,44	0,40	0,24	0,22	1,10	0,83	0,67	0,60	0,34
Uso Pornografía	0,65	0,69	0,60	0,44	0,39	1,19	0,99	0,81	0,72	0,55
Hombres practiquen sexo anal	0,62	0,79	0,63	0,65	0,54	1,02	0,87	0,79	0,54	0,65
Sexo voluntario sin placer	0,75	0,78	0,44	0,32	0,40	1,21	1,09	0,83	0,74	0,53
Mujeres se masturben	1,04	0,92	0,77	0,55	0,67	1,74	1,37	1,30	0,97	0,89
Sexo por pura pasión	1,20	1,16	0,95	0,87	0,69	1,78	1,44	1,25	1,13	0,86
Hombres practiquen sexo oral	1,25	1,26	1,00	0,85	0,78	1,86	1,60	1,51	1,28	0,91
Mujeres practiquen sexo oral	1,29	1,28	1,03	0,83	0,82	1,79	1,60	1,56	1,20	0,82
Hombres se masturben	1,16	1,24	1,07	0,85	0,89	1,90	1,64	1,46	1,22	1,07
Sexualidad premarital femenina	2,08	2,06	1,97	1,73	1,40	2,18	1,90	1,95	1,72	1,03
Sexualidad premarital masculina	2,28	2,12	2,21	2,06	1,68	2,42	2,28	2,26	2,20	1,33
Toda práctica de placer consentida en pareja	2,31	2,34	2,40	2,29	2,09	2,59	2,48	2,45	2,37	1,94

5 Orientaciones normativas y niveles socioeconómicos.

De manera general, las pertenencias niveles socioeconómicos resultan isomorfas en sus ordenamientos. Existen diferencias entre el NSE alto respecto de los otros, particularmente manifiesta respecto de los hombres pertenecientes al primer NSE, diferencias que los sitúan sistemáticamente más próximos al polo de la aprobación normativa.

GRAFICO 7

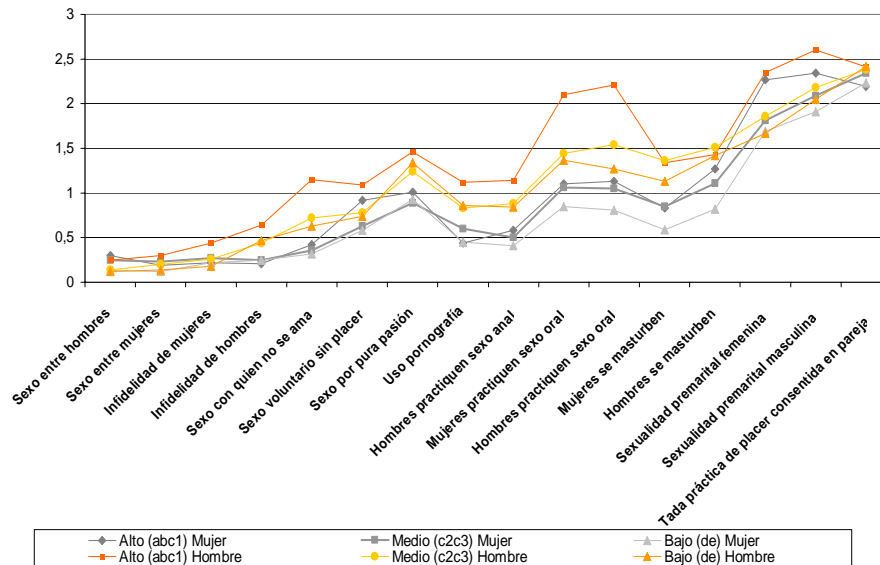
RANKING DE APROBACION NORMATIVA SEGUN NIVEL SOCIOECONOMICO



De forma general, los diversos NSE presentan similitudes importantes en el ordenamiento de sus orientaciones normativas. No obstante, si se introduce la variable género, se produce una diferenciación más manifiesta:

GRAFICO 8

RANKING DE ORIENTACIONES NORMATIVAS SEGUN NSE Y SEXO



Un conjunto de elementos en materia de orientaciones normativas distingue a los hombres pertenecientes al NSE alto respecto de los otros hombres y mujeres y de los otros NSE. Se trata de una mayor aprobación normativa en ámbito de las prácticas y en lo que hemos denominado vínculos: la mayor aprobación de las prácticas sexuales anales y orales; la mayor aprobación del recurso a la pornografía; la aprobación de la práctica masturbatoria femenina; la aprobación a sentidos –y motivaciones- pasional, no amoroso o no placentero de las prácticas sexuales o la no afirmación del sexo relacional. Por otra parte, un elemento distingue al NSE, a sus hombres y mujeres, respecto de los otros NSE: la mayor aprobación de las relaciones sexuales premaritales femeninas y masculinas. Se trata de una diferencia en una orientación fundante de los cambios en materia de sexualidades contemporáneas.

TABLA 4

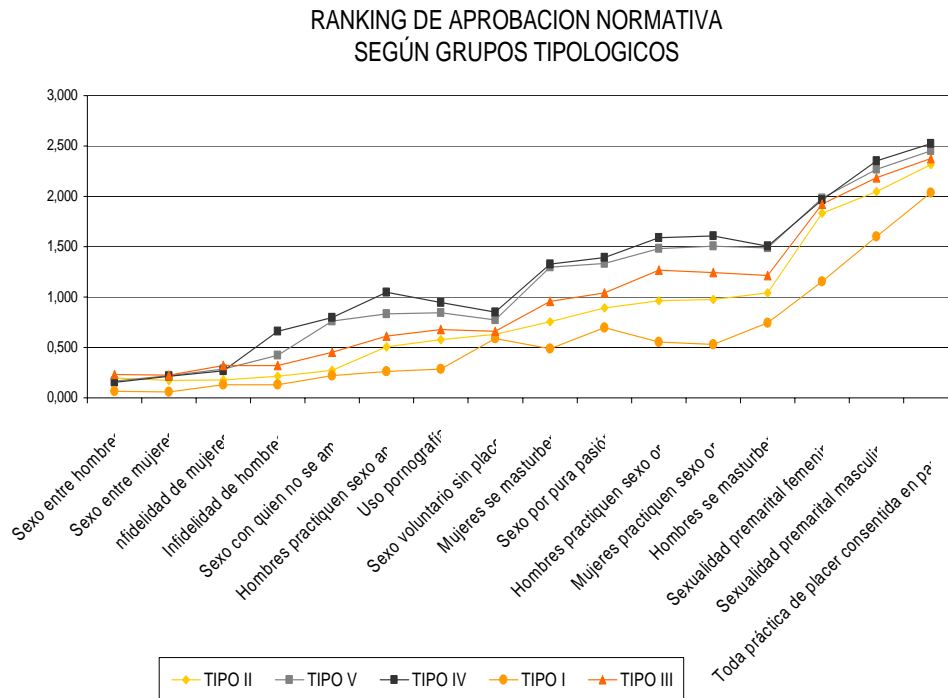
RANKING DE APROBACION NORMATIVA SEGUN NIVEL SOCIOECONOMICO									
Status socioeconómico (carátula)	Alto (abc1)	Medio (c2c3)	Bajo (de)	Alto (abc1)	Medio (c2c3)	Bajo (de)	Alto (abc1)	Medio (c2c3)	Bajo (de)
Sexo Encuestado	Mujer	Mujer	Mujer	Hombre	Hombre	Hombre	Total		
Sexo entre hombres	0,30	0,25	0,13	0,25	0,14	0,12	0,28	0,19	0,12
Sexo entre mujeres	0,19	0,23	0,12	0,30	0,20	0,14	0,23	0,22	0,13
Infidelidad de mujeres	0,22	0,27	0,22	0,44	0,26	0,18	0,29	0,26	0,20
Infidelidad de hombres	0,21	0,25	0,25	0,64	0,44	0,47	0,36	0,34	0,35
Sexo con quien no se ama	0,42	0,36	0,32	1,15	0,72	0,63	0,67	0,53	0,47
Sexo voluntario sin placer	0,92	0,63	0,58	1,09	0,78	0,74	0,78	0,69	0,62
Sexo por pura pasión	1,01	0,89	0,93	1,46	1,24	1,34	0,67	0,71	0,65
Uso pornografía	0,44	0,60	0,45	1,12	0,83	0,86	0,98	0,70	0,66
Hombres practiquen sexo anal	0,58	0,50	0,41	1,14	0,88	0,84	1,01	1,09	0,85
Mujeres practiquen sexo oral	1,10	1,06	0,85	2,10	1,44	1,37	1,16	1,06	1,13
Hombres practiquen sexo oral	1,13	1,05	0,81	2,21	1,54	1,27	1,51	1,29	1,03
Mujeres se masturben	0,83	0,85	0,59	1,34	1,36	1,13	1,47	1,25	1,10
Hombres se masturben	1,27	1,11	0,82	1,43	1,51	1,42	1,33	1,31	1,12
Sexualidad premarital femenina	2,27	1,81	1,69	2,35	1,86	1,67	2,30	1,83	1,68
Sexualidad premarital masculina	2,34	2,09	1,91	2,60	2,18	2,05	2,44	2,13	1,98
Toda práctica de placer consentida en pareja	2,19	2,34	2,23	2,41	2,38	2,42	2,26	2,36	2,32

6. Orientaciones normativas de los grupos tipológicos.

De igual forma que sucede respecto de las generaciones, los diversos tipos presentan similitudes en el ordenamiento de sus orientaciones normativas. Presentan diferencias manifiestas entre sí,

unos más que otros. Tienden a situarse más próximos al polo de la desaprobación al de la aprobación en un ordenamiento desde el tipo I, II, III, al IV y V, que son muy similares.

GRAFICO 9



En primer lugar, el Tipo I, Sexualidad institucional, se ubica normativamente respecto de la mayoría de fenómenos sometidos a consideración más cerca del polo de la desaprobación: de las 16 proposiciones formuladas, en 13 de ellas se ubica por debajo del nivel 1 (entre 0 y 3). Este tipo se muestra desfavorable y ambivalente respecto de la sexualidad premarital, toda vez que presenta un desfase manifiesto en aprobación normativa en la aceptación de las relaciones sexuales premaritales de hombres y de mujeres en perjuicio de las últimas. Del mismo modo, presenta una desaprobación manifiesta en relación a la ampliación de las prácticas. Con ello, se distancia respecto de los otros tipos.

En segundo lugar, el Tipo II, Sexualidad relacional, normativamente se ubica respecto de la mayoría de fenómenos sometidos a consideración más cerca del polo de la desaprobación: de las 16 sentencias formuladas, en 10 se ubica por debajo del nivel 1. Presenta una mayor aprobación relativa respecto de la ampliación de las prácticas sexuales. También se muestra más próximo al

polo de la aprobación respecto de la sexualidad premarital, Con ello, se distancia respecto del tipo I y tiende a la cercanía normativas con los otros tipos.

En tercer lugar, el *Tipo III, Sexualidad multi-relacional*, se ubica normativamente respecto de la mayoría de fenómenos sometidos a consideración menos cerca del polo de la desaprobación: de las 16 sentencias formuladas, en 9 de ellas se ubica por debajo del nivel 1. Presenta una mayor aprobación relativa aún respecto de la ampliación de las prácticas sexuales. También se muestra más próximo al polo de la aprobación respecto de la sexualidad premarital. Tiende a situarse intermedio entre los tipos I y II y los tipos III y IV.

En cuarto lugar, el *Tipo IV: Sexualidad multi-pareja*, es el que se ubica normativamente respecto de la mayoría de fenómenos sometidos a consideración más próximo, entre todos los tipos, del polo de la aprobación: de las 16 sentencias formuladas, en 7 de ellas se ubica por debajo del nivel 1 (entre 0 y 3). Presenta la mayor aprobación relativa respecto de la ampliación de las prácticas sexuales (incluye, incluso, el sexo anal), así como una menor desaprobación relativa de la infidelidad masculina.

En quinto lugar, el *Tipo V: Sexualidad de la sociabilidad*, se ubica normativamente respecto de la mayoría de fenómenos sometidos a consideración más cerca del polo de la aprobación: de las 16 sentencias formuladas, en 8 de ellas se ubica por debajo del nivel 1. Del mismo modo que el tipo IV, presenta una alta aprobación relativa respecto de la ampliación de las prácticas sexuales, sin embargo, en relación a la infidelidad y algunas de las prácticas sexuales, se distancia.

PARTE 6

CAPITULO XII

CLAVES GENERALES DE LECTURA DE DISCURSOS SOBRE SEXUALIDAD

1. Introducción.

En la presente sección se presentan los materiales cualitativos, obtenidos mediante técnicas de grupo de discusión, que se utilizan para el estudio de las imágenes sociales y los sentidos comunes que distintos grupos de la sociedad construyen respecto de la sexualidad. La investigación social mediante el uso de grupos de discusión se orienta a capturar los discursos que circulan entre los sujetos ubicados en una comunidad de habla y que expresan y organizan los sentidos comunes y las imágenes sociales que orientan los significados que los sujetos asignan a sus experiencias y a sus prácticas, en la comunicación cotidiana. Tales sentidos comunes también modelan las prácticas sexuales de los sujetos en tanto permiten definir lo que es real o no discutible, lo que es verosímil o discutible, y lo que es absurdo o está fuera de los límites de lo posible o aceptable. En esta perspectiva, los sentidos comunes que se analizan en esta sección permiten aproximarse a lo que cada generación ha construido y definido socialmente como lo decible y lo practicable respecto de la sexualidad, al mismo tiempo que indica aquello que queda excluido del habla y de las prácticas.

No obstante, también los sentidos comunes que circulan en los discursos acerca de la sexualidad se distancian de las prácticas, restringen o condicionan su comunicación o delimitan el campo de lo decible al punto de que entre el decir y el hacer, entre el habla y las prácticas, se instala la censura del habla o, expresado de manera más descriptiva, los discursos de los sujetos se acoplan a los discursos de las instituciones y recitan sus prescripciones o proscipciones. Desde la perspectiva del análisis de discurso, las instituciones pueden ser observadas como discursos iterativos, recursivos, cristalizados; por ello mismo, en constante tensión con la subjetividad y las prácticas de los sujetos.

Una clave básica de lectura de los discursos acerca de la sexualidad radica precisamente en cómo éstos se hacen cargo de la relación entre discurso y práctica o entre el decir y el hacer. La consideración que subyace a los análisis de discurso que se presentan más abajo remite a los modos cómo distintas generaciones construyen esta articulación. De manera general, se asume que el cambio en la sexualidad y en los discursos acerca de ella se manifiesta, discursivamente, en

esta conexión entre decir y hacer; ello se manifiesta tanto en las tramas discursivas como en las estructuras lingüísticas en que sedimentan los sentidos comunes acerca de la sexualidad: antes se hacía pero no se decía. Complementariamente, la sexualidad ahora se dice y se muestra; la apertura del habla se presenta co-extensiva con la irrupción de las comunicaciones (sociedad de la comunicación): el habla se hace imagen.

Es este cambio de registro perceptivo, de lo auditivo a lo visual, lo que otorga su fuerza discursiva a la sexualidad; lo que antes no se veía, lo que nunca se había visto. Por ello, el cambio en la sexualidad tiene uno de sus íconos en la televisión; ésta irrumpe en la intimidad, en los espacios domiciliarios, como un espectáculo, activando también una trama nueva entre discursos y prácticas o entre el decir y el hacer: primero se observa como audiencia muda, luego se comienza a hablar de lo observado, luego quedan flotando las imágenes sociales de lo nuevo, lo distinto, lo que interpela, lo nuevo posible. La modernidad vuelve imagen a la palabra, la imagen activa el deseo y la imaginación y proyectividad del sujeto; la modernidad propone otros horizontes, visualmente abiertos, para la sexualidad. Por ello también, la posibilidad de múltiples elecciones, la posibilidad de tomar un mal camino, de extraviarse; también la posibilidad y el riesgo de la soledad y del sinsentido.

Las sexualidades y los discursos acerca de la sexualidad analizados en esta investigación de tesis comprenden a tres generaciones que presentan también tres versiones de los cambios en la sexualidad ocurridos en la sociedad chilena. Las dos generaciones adultas construyen discursos que, en general, versan sobre unos mismos tópicos –el orden social, las instituciones, las normas, los valores, las prácticas- en que las percepciones del cambio se construyen en referencia a las generaciones más jóvenes, como diferencia, como pérdida, como imaginario de la apertura de la sociedad a la modernidad. En este sentido, las diferencias entre los discursos de las generaciones adultas mayores y las generaciones adultas parecen remitir más bien a grados mayores o menores de movilidad o autonomía respecto de las estructuras y las instituciones sociales.

La generación más joven tiende a construir sus discursos desde perspectivas distintas, con referencias también distintas. Los tópicos centrales ya no son las instituciones ni las normas sino los efectos biográficos que las elecciones y las acciones en la sexualidad pueden activar. En este sentido, se trata propiamente de una tensión entre individualización e individuación; están disponibles los espacios de libertad, están las oportunidades, está la presión a hacerse cargo de sí mismos y a evaluar los diversos cursos disponibles. Sin embargo, también está presente la diferenciación social, el acceso diferencial a la educación, a la cultura, a la información, a las redes de socialización juvenil. El riesgo se despliega en el horizonte de cada decisión personal, las

decisiones tomadas tienen también la fuerza de cursos biográficos que se abren o que se cierran, incluyendo el curso de la propia implosión subjetiva, identitaria, física.

2. Claves de lectura discursos hombres y mujeres adultos mayores (65 a 79 años).

Los discursos de los hombres adultos mayores, de entre 65 y 79 años de edad, acerca de la sexualidad, indican los inicios, el lugar de dónde se proviene, las trayectorias biográficas, los caminos recorridos y las percepciones respecto de la sexualidad actual. Sobre todo, indican una forma de hacer sentido del cambio, más allá de la propia experiencia personal. Por ello, no se trata de haber hecho un recorrido en la biología sino, fundamentalmente, en la cultura. La mirada sobre la sexualidad se presenta, de fondo, como una mirada que intenta construir un puente entre dos culturas o entre dos mundos.

En este sentido, los discursos exploran los modos en que se tematiza la sexualidad ahora, abierta al habla y abierta a la mirada; ahora se habla de sexualidad, se la muestra en los medios de comunicación, se hace imagen. Por ello, lo que aparece primariamente a los sentidos comunes es la apertura de la sexualidad. Tal vez la sexualidad sea la misma de antes, tal vez ha cambiado; el sentido común subyacente a la mirada entre dos culturas o dos mundos es el de la visualización: lo que estaba oculto, lo que era discreto, lo que se insinuaba pero nunca se mostraba aparece ahora de manera visible; sobre todo, aparece en el habla y la imagen o en el habla de la imagen.

Para esta generación, hablar de sexualidad es centralmente hablar del orden social, de las regulaciones y prescripciones morales, valóricas, estéticas. Por ello, el mundo aparece, en más de un sentido, como trastocado; antes había orden, respeto, disciplina; ahora cada quien hace lo que le place. No obstante, no necesariamente el hecho de que ahora cada quien haga lo que le plazca indica desorden o caos; más bien, indica diferencia. El juicio respecto de antes y ahora no es preciso sino ambiguo, signado más bien por la imagen cromática del claroscuro. Es difícil separar claramente lo mejor y lo peor de antes o de ahora; las cosas tenían un sentido en un contexto y estaban marcadas por características deseables y no deseables: por ejemplo, la valoración del orden y la autoridad de los padres necesariamente tiene que hacerse cargo de la posibilidad, real e inmediata, del castigo físico o de la minorización constante (ser tratado como niño o como menor). En este sentido, se aprecia la mayor libertad de las generaciones jóvenes, a la vez que se advierten los riesgos y peligros asociados a una sexualidad activa más temprana y más abierta.

Sobre todo, se advierte que la situación de la mujer ha cambiado en la sociedad. Sin embargo, la situación de la mujer ha cambiado para las generaciones jóvenes. Las mujeres de antes, es decir,

las mismas que ahora producen un discurso acerca de la sexualidad, se ven a sí mismas como parte del mundo más tradicional; no obstante, sus vínculos con las generaciones jóvenes les hablan del cambio, les inducen a valorarlo, a mirar la disponibilidad de mayor libertad como un cambio positivo. En este sentido, las referencias al antes aparecen asociadas a imágenes de ingenuidad, de restricción, de sumisión; las mujeres de ahora representan algo que se hubiese deseado para sí.

También la mirada de los hombres respecto de las mujeres se hace cargo del cambio. La propia pareja es de 'antes'; sin embargo, las hijas o nietas son de ahora, viven en un mundo distinto, tienen más oportunidades. Sin embargo, la evaluación global del cambio se construye desde la propia experiencia; en tal sentido, el cambio en la sexualidad, y particularmente en la situación de la mujer, tiende a ser observado en cuanto les hace más o menos vulnerable a los imperativos y prescripciones del orden social, en cuanto les permite o no la posibilidad de realizar trayectorias biográficas dotadas de sentido, en cuanto produce individualización. Por ello, las percepciones del cambio tienen también una marcada connotación social y cultural.

La elaboración del cambio identifica, con matices diversos, dos grandes momentos del cambio: la década de los sesenta y la década de los noventa. La primera remite más bien a un cambio que tiene que ver con la cultura y con la política, con la música, con el baile, con la socialización intensiva con los pares generacionales, con el surgimiento de los movimientos políticos masivos. La segunda remite a un cambio que tiene que ver con la política y con la tecnología, el término de la dictadura y la transición a la democracia, con la irrupción masiva de los medios de comunicación electrónicos (televisión, Internet) y el efecto de globalización que ello produce (influencia de otras sociedades, de otras culturas, de otros estilos de vida).

Este último aspecto aparece como una característica dominante del cambio en la sexualidad: su creciente visibilización, su publicitación, su irrupción en la intimidad familiar a través de los medios de comunicación, su capacidad para inducir comportamientos más allá de la capacidad socializadora de los padres. En más de un sentido, el cambio en la sexualidad se presenta también como cambio en la cultura y ésta como cambio en la tecnología.

2.1. Los discursos de los hombres mayores populares.

Los discursos de los hombres populares hablan de un origen rural, de la socialización en una estructura familiar y social marcada por la autoridad fuerte de los padres y, en general, de los adultos, de la migración a la ciudad como necesidad para autonomizarse, de la incorporación temprana al mundo del trabajo, de la conciencia de tener que ganarse la vida, de la formación de una familia, de los hijos e hijas, del paso por muchos oficios y muchos trabajos diversos, casi siempre en condiciones de precariedad socioeconómica.

Los discursos hablan también de una temprana adscripción religiosa que es parte de la herencia familiar y que se encarna en la comunidad local. El orden social aparece representado por las redes familiares extendidas y, en general, por los adultos; cualquiera persona adulta mayor podía tener autoridad para imponer o reforzar los comportamientos prescritos en los diversos ámbitos de la vida, y particularmente en la sexualidad. Por ello, prácticamente no se menciona a la Iglesia Católica sino a la eficacia del catolicismo encarnado en la familia y la comunidad.

Aunque el discurso acerca de la sexualidad no lo haga explícito, igualmente remite a trayectorias biográficas marcadas por la vulnerabilidad y la precariedad sociocultural. Sus trabajos les han dejado marcas o han marcado sus vidas. La inserción laboral en condiciones de baja escolaridad sólo les ha permitido acceder a oficios en los cuales han tenido que luchar duramente para ganarse la vida.

La mujer ha sido fundamental en este proceso de construcción de factibilidad para la propia vida; ella organiza el mundo del domicilio mientras el hombre se afana en el mundo del trabajo. Por ello, la imagen de la mujer trabajadora, hacendosa y honrada es parte del imaginario de esposa; también forman parte de este imaginario los hijos e hijas y, en sus años de adultez, los nietos y nietas. Por ello también, en las sombras se dibuja la imagen del riesgo de la pérdida de la compañera, del darse cuenta de que ella es importante, de que las transgresiones de la conyugalidad ponen en riesgo la continuidad de la relación y, con ello, de la factibilidad de la vida. Del mismo modo, sobre tal imaginario se juega la percepción de injusticia y de agravio de la infidelidad del hombre y, con ello, la imagen de la dedicación exclusiva a la mujer esposa. En el extremo, la decisión de no volver a casarse al enviudar para que ninguna otra mujer ocupe en el hogar el lugar de la mujer que fue su dueña.

A lo largo de la trayectoria biográfica, la sexualidad se presenta asociada casi exclusivamente a la esposa, aunque no haya sido la única o la primera y a pesar de la infidelidad; ella marca su

vivencia y su experiencia de la sexualidad, a ella remiten, en general, las propias imágenes y las propias construcciones discursivas. Hablar de la propia sexualidad, en gran medida, es hablar de la esposa.

El cambio en la sexualidad se les hace manifiesto como contraste entre el tiempo de antes y el tiempo de ahora; sobre todo, se les hace manifiesto en su relación con las generaciones jóvenes. Es un cambio paradójico, se ha perdido el respeto de antes y se ha ganado la libertad de ahora; no obstante, en el medio se presenta la necesidad de la comunicación con las generaciones jóvenes, de la construcción de vínculos afectivos, de la aceptación de sus propias formas de vivir y hablar de la sexualidad. El riesgo de no abrirse al cambio es también un riesgo de incomunicación y de exclusión social: que les consideren 'viejos anticuados' o 'chapados a la antigua'. Desde esta misma perspectiva perciben a los jóvenes actuales: se mandan solos, hacen lo que quieren, tienen sexo cuando quieren; por ello, en esta construcción discursiva, las generaciones jóvenes aparecen individualizadas o al menos individuadas en el ámbito de la sexualidad.

2.2. Los discursos de los hombres mayores de estratos sociales medios.

Los discursos de los hombres de estratos sociales medios hablan de una vida urbana, de la socialización en una estructura familiar y social que permitía la comunicación con los padres, de la incorporación a la escuela y el liceo o la universidad como preparación para la incorporación tardía al mundo del trabajo, de la conciencia de disponer de un lugar social en el cual realizar trayectorias biográficas orientadas al logro social y económico. También hablan de pololeo, de iniciación sexual con mujeres distintas de sus esposas, de la conformación de una familia, de la mujer fiel que siempre les ha acompañado, de aventuras extraconyugales masculinas, de que el sexo válido es el sexo en el matrimonio, de una familia ejemplar.

Los discursos hablan también de una adscripción religiosa católica heredada de la tradición familiar y fuertemente encarnada en la estructura familiar, en las redes sociales de pertenencia y en la sociedad en general. Aún cuando los discursos no lo hagan explícito, la religión juega un rol social importante y más que la relación con la trascendencia, define las condiciones para la pertenencia y la identificación social y comunitaria; el sentido de asistir a misa o la celebración de los sacramentos se asocian más a un acontecimiento social que a un sentido propiamente religioso. Por ello, la capacidad normativa católica se juega fundamentalmente en la pertenencia y la identificación social, de la clase social, del grupo social. Por cierto, a la vez una institucionalidad normativa que opera distinto para hombres y mujeres; los hombres pueden transgredir la norma de manera discreta, las mujeres no tienen posibilidad de discreción y, por tanto, de transgresión.

Los discursos hablan de pololeo con las mujeres que llegarían a ser sus esposas, de su iniciación sexual con otras mujeres, de inferior estatus social, a las cuales se podía tocar y con las cuales se podía tener sexo (se podía transgredir la norma sexual pero no transgredir la norma social propia del estatus social). También hablan abiertamente de infidelidades y experiencias sexuales extraconyugales masculinas; es parte de la construcción social masculina: cuando se presenta la oportunidad, cuando una mujer 'da la pasada'. No obstante, la mujer esposa siempre ha sido fiel, abnegada y leal a su marido y a sus hijos e hijas; no es imaginable la posibilidad de la infidelidad de la esposa; la propia esposa nunca podría haber hecho tal cosa pues se le conoce profundamente y no es parte de su naturaleza hacer tal cosa; sí lo es la dedicación al hogar y a la familia.

Sus trayectorias biográficas remiten a una función socialmente asignada de proveedores; su pertenencia familiar y social les ha provisto de redes sociales en las cuales han realizado múltiples proyectos, desde ser profesionales a ser pequeños o medianos empresarios o ser empleados con estabilidad y seguridad en sus trabajos y en sus ingresos. Las mujeres permanecen en el hogar, a cargo del cuidado de los hijos, cumpliendo una función percibida como fundamental para el orden social; parte importante de los problemas sociales actuales con las generaciones jóvenes son percibidos como directamente derivados de la salida de la mujer al mundo del trabajo y el debilitamiento de la función socializadora de la mujer en la familia.

El cambio en la sexualidad es percibido primariamente como cambio en la situación de la mujer y, sobre todo, como salida de la mujer al mundo del trabajo. Es esta salida de la mujer del mundo del hogar lo que representa un cierto sentido de pérdida y de riesgo en el cambio; si la mujer sale al mundo del trabajo se acrecienta la posibilidad de la infidelidad femenina y el riesgo de la disolución familiar y de la precaria formación y socialización de los hijos. Desde la perspectiva de los hombres mayores de estratos sociales medios, el cambio en la sexualidad afecta fundamentalmente a la institución familiar, institución desde la cual construyen y organizan su comprensión y su significación de la sexualidad.

Esta última referencia a la familia, no obstante, supone la formación de las generaciones jóvenes para la individualización, para que se hagan cargo de sí mismos en condiciones de mayor resiliencia y de mayores recursos subjetivos. Desde su perspectiva, los hombres adultos mayores de estratos sociales medios ubican a la familia cómo la estructura o la institución social que provee una mejor individualización.

2.3. Los discursos de las mujeres mayores populares.

Los discursos de las mujeres populares mayores hablan de un origen rural o en la periferia de la ciudad, de escasa escolaridad, de la incorporación temprana al mundo del trabajo, del autoritarismo de los padres, del abandono o del alcoholismo del padre, de la temprana lucha por la vida, del matrimonio o de la maternidad en soltería, de la percepción constante de vulnerabilidad y precariedad social, de la violencia de sus parejas, de los hijos e hijas.

Su socialización temprana se ha realizado en un contexto de una estructura familiar más bien precaria, con padres autoritarios, ausentes o lejanos, con el trabajo intensivo de la madre fuera del hogar o del trabajo en el hogar para generar ingresos, con la presencia de abuelos o adultos mayores cercanos que impusieron imágenes de disciplina, de autoridad o de respeto. También los patrones forman parte de esta estructura de disciplina y autoridad.

La experiencia familiar del orden social aparece más bien compleja y se presenta ante todo como aprendizaje de la prohibición y como aprendizaje de la vulnerabilidad; ser mujer implica también ser menor y obedecer, al mismo tiempo que implica ayudar a los padres en las estrategias de sobrevivencia, aprender a ganarse la vida, aprender a luchar, aprender a sobrevivir; sobre todo, implica aprender a posicionarse frente a los hombres desde la precariedad.

Las trayectorias biográficas remiten a imágenes de permanente trabajo, desde temprano, desde siempre (“era la vida puro trabajar”) para reducir la precariedad y la vulnerabilidad social, cultural, psicológica; apenas asistieron a la escuela y desertaron temprano de ella para incorporarse al trabajo, contra sus deseos, a pesar de que les iba bien. Las trayectorias biográficas remiten también a embarazos múltiples, a la maternidad en soltería que se prolonga hasta el presente, a matrimonios disueltos para poner fin a la violencia de los maridos. También remiten a decisiones tomadas por los padres y que les marcaron; casamientos sin polleo, decididos por los padres (“a una la obligaban a casarse cuando era joven, le buscaban el marido”) con maridos que luego les fallaron (“salió mujeriego, salió de todo”).

Los discursos asignan un sentido a las trayectorias biográficas de las mujeres populares mayores: criar a los hijos e hijas, sacarlos adelante. Las memorias de la propia infancia operan como una referencia para hacer una diferencia, que los hijos e hijas dispongan de mejores oportunidades. Más que los maridos, sus trayectorias biográficas parecen estar marcados por los hijos e hijas (“no tengo que avergonzarme de ellos”; yo crié a mi hijo, lo eduqué, me di el lujo de criarlo bien y tengo un hijo excelente); los primeros parecen un detalle menor: porque fue ‘mal marido’, porque se

separaron a causa de la violencia y nunca volvió a construir otra pareja, porque enviudó temprano y no se volvió a casar, porque es madre soltera; los segundos aparecen como el presente que siempre les ha acompañado, que es propio de ellas, que les pertenece.

El cambio en la sexualidad aparece fundamentalmente como un cambio en la situación de la mujer (“antes éramos muy tontas”), como una adquisición, como un crecimiento, como una superación de la minoridad. La mujer ha crecido, está menos vulnerable, con ella los hombres ya no hacen ‘lo que quieren’, al menos no en la forma en que se hacía antes. Desde esta perspectiva observan la posibilidad de la individualización de las generaciones jóvenes, particularmente de las mujeres, pero también el riesgo de la individuación, de la dureza de hacerse cargo de sí mismas en condiciones de precariedad y de vulnerabilidad.

2.4. Los discursos de las mujeres de estratos sociales medios.

Los discursos de las mujeres de estratos sociales medios hablan de los orígenes en una familia de clase media de profesionales, comerciantes o dueños de industrias, de la escolaridad, del liceo o de la universidad, de la incorporación al mundo del trabajo como profesional o como secretaria o como empleada calificada, de la autoridad del padre o de la madre, del matrimonio, de los hijos e hijas, de los nietos y nietas. Sobre todo, hablan de una experiencia social en que la mujer se subordinaba a la autoridad masculina (“yo creo que en esa época todas las mujeres eran unas sometidas”).

Este último rasgo aparece fundamental en la socialización y en la normatividad social y sexual. Sus propias madres no ejercían trabajo fuera del hogar y operaban como dueñas de casa y como administradoras de los recursos del hogar; en esta última función, sin embargo, aparece una disputa entre esposo y esposa por la autoridad en el hogar o en la gestión de la economía familiar (la mujer que ‘mandoneaba’ al marido: “ella ejercía (la mamá), dirigía la casa pero el que roncaba en todo sentido era mi papá”). No obstante, también aparece la violencia contra la mujer, oculta, solapada, apenas visible pero igualmente observable por los hijos e hijas; un matrimonio que se mantenía unido para conservar las apariencias (“celebraron en forma muy ostentosa los 40 años de matrimonio y fueron 40 años de peleas”). La socialización tiene también un fuerte sentido de género; a las hijas se les controla todo, no se les permite espacios de libertad personal (salir solas, quedar a solas con el pololo). El pololeo autorizado sólo es posible como paso previo al noviazgo o el matrimonio y los padres ejercen una fuerte regulación sobre el mismo (“mandaban al hermano chico a cuidarnos”).

Las trayectorias biográficas remiten al hogar, al trabajo y, sobre todo, a la condición de esposas y madres. El trabajo fuera del hogar es observado primariamente en cuanto ha permitido consolidar una situación económica y social, disponer de una vivienda en un barrio deseable, tener las relaciones sociales apropiadas, hacer la vida social propia de su sector social; por ello, el trabajo es menos valorado como realización personal o como afirmación de la autonomía e individualización.

En los discursos de las mujeres mayores de clase media, en su adolescencia o juventud la sexualidad era un tema tabú (“No, si ni se hablaba, era un tabú, el sexo era tabú”). No se tenía relaciones con el pololo o con el novio, aunque se sabía de algunas mujeres jóvenes que sí lo habían hecho. La presión social era intensa, particularmente frente a un embarazo fuera del matrimonio (la familia trataba de ocultar el embarazo y el bebé era presentado como de la nana o de otra persona). En la época de su juventud los hombres eran percibidos como orientados a tener la exclusividad sexual sobre sus parejas, a ser los primeros; si la mujer tenía sexo era vista como ‘deshonrada’. Por ello, había que ser honrada para poder tener aceptación social.

Los discursos elaboran el cambio en la sexualidad de manera ambivalente. Por un lado, se valora que la mujer ahora esté menos sometida al hombre, al hogar, a las instituciones sociales; que las generaciones jóvenes tomen la sexualidad con naturalidad, que haya comunicación entre padres e hijos; en este sentido, se percibe y se valora la individualización de las generaciones jóvenes. Por otro lado, se observa una degradación de la sexualidad, que habría comenzado en los sesenta, con los hippies y se habría exacerbado desde la década de los noventa; el condón sería como el ícono ‘horroroso’ de este cambio en la sexualidad, que deja fuera el amor y trivializa el sexo.

3. Claves de lectura de hombres y mujeres adultos (55 a 60 años)

Los discursos de los hombres y las mujeres adultas de esta generación se organizan en torno a una imagen del cambio en la sexualidad que ocurre en su propio tiempo, simultáneamente con sus trayectorias biográficas, del mismo modo que ha cambiado la sociedad. Su propio tiempo se construye en referencia a otros tiempos: el mundo y el tiempo de sus padres y el mundo y el tiempo de sus hijos e hijas y nietas y nietos. Desde dicha perspectiva, observan el cambio más bien desde sus bordes, como si estuvieran fuera de él o reticentes al mismo, sin asumirlo plenamente como propio; a pesar de ello, observan que ha sucedido a lo largo de sus vidas, han asistido a él, se sienten parte del mismo. Vienen de una adolescencia o juventud ya signada por el cambio (Woodstock, los hippies, la revolución sexual, el rock, la píldora, la radicalización política); asistieron a la conflictividad y la violencia política, vivieron ya de adultos jóvenes la clausura de las libertades personales durante la dictadura, enfrentaron en la adultez la transición a la democracia.

Sin embargo, la elaboración del cambio en el país y en la sexualidad se realiza desde lugares socialmente distintos; más precisamente, desde ubicaciones sociales que les han conectado diferencialmente con la modernidad, con la individualización o con la individuación, con el acceso o no a la tecnología, a las comunicaciones, a la cultura. La educación juega un rol fundamental en estas ubicaciones sociales, no sólo como escolarización sino también como socialización en redes sociales que les conectan al mundo del trabajo, de los grupos de referencia, del sector residencial, de la ciudad; la escolaridad parece marcar la línea entre individualización e individuación, entre autonomía y dependencia o subordinación.

En los discursos aparece intensamente la figura del pololeo como etapa previa al matrimonio y como una posibilidad para la sexualidad; sobre todo, aparece la figura de los afectos como legitimación de las relaciones sexuales. Más que una decisión de los padres, la pareja comienza a ser una decisión de la propia persona. No obstante, persiste la figura de la iniciación sexual con la pareja que es o será el cónyuge, particularmente en el caso de la mujer.

El cambio en la sexualidad es elaborado de manera ambivalente. Se ha ganado en transparencia, en libertad de elegir la pareja, en posibilidad de hablar de sexualidad; se ha perdido en cuanto se ha incrementado el riesgo, ya no sólo de embarazo sino también de ETS y vih-sida; sobre todo, se ha perdido algo que no se termina de constituir, cuya forma más cercana podría ser la de inocencia o la ingenuidad. El desgarró viene del exceso de habla que activa el riesgo de los excesos en los comportamientos y en las prácticas sexuales; el habla acerca de la sexualidad se ubica, entonces, en los bordes de la incitación. En este sentido, para esta generación, el hablar de sexo pareciera cercano o equivalente, en algún plano, a la publicidad comercial: el medio es el mensaje, lo que el medio muestra se transforma en mensaje. Su problema es cómo hablar de sexualidad sin romper el orden normativo, sin perder el control sobre la socialización de las generaciones jóvenes, sin exponerse a lo que los sentidos comunes recogen como 'libertinaje' (lo que habría pasado en otras sociedades, lo que habría pasado en España con el 'destape').

3.1. Los discursos de hombres populares.

Los discursos de los hombres adultos populares hablan de orígenes campesinos o urbanos hijos de padres que migraron del campo a la ciudad; muchos de ellos emigraron a la ciudad siendo jóvenes adultos en busca de mejores condiciones de vida, con bajos niveles de escolaridad, para desempeñarse como trabajadores asalariados, en oficios independientes o en servicios varios. También hablan de la formación de parejas, del matrimonio, de los hijos e hijas, de los nietos y

nietas; algunos han enviudado y otros se han separado y vuelto casar o a emparejarse. Proviene de familias en que los padres ejercían una fuerte disciplina y autoridad, particularmente en su versión rural. Sus propias memorias las construyen sobre imágenes de humildad, respeto, obediencia respecto de los padres y respecto de los adultos, en general.

Sus trayectorias biográficas se han desplegado a lo largo de la lucha por la sobrevivencia, por sacar adelante a la familia, por ganarse el sustento; han vivido de allegados o han logrado tener sus propias viviendas. Han sido parte de la historia urbana del país, han habitado las áreas pobres de la ciudad y en más de un caso las condiciones de habitabilidad les han complicado la sexualidad (allegados de la suegra). Sus experiencias de pareja son diversas, desde el matrimonio que se ha prolongado por décadas, a la separación temprana, la convivencia con otras parejas o la viudez y la vuelta a casarse. En este sentido, los discursos construyen también versiones heterogéneas respecto del matrimonio; éste aparece como deseable pero no siempre posible: el machismo, el autoritarismo, las malas juntas, la precariedad del trabajo y el ingreso, la posibilidad de la caída en el alcohol, etc., constituyen también obstáculos para los afectos, para los vínculos, para la sexualidad (la posibilidad y la realidad de que la propia mujer se ‘vaya con otro’ o ‘lo deje a uno’). Por ello, la sexualidad aparece, de pronto, como la sexualidad posible, más que la sexualidad deseable.

Desde esta perspectiva se observa también el cambio en la sexualidad. Las mujeres disponen ahora de mayor libertad, soportan menos, están menos dispuestas a la sumisión, demandan más de la relación. Sobre todo, el cambio en la sexualidad se presenta complejo. No es que la sexualidad haya cambiado sino el contexto en que se realiza; ahora se muestra más, se hace pública, aparece cotidianamente en los medios de comunicación, invade e incita (“si los chiquillos de seis años ven el programa ese de desnudos, en la noche”). Sobre todo, el cambio es observado desde una situación de minoridad, desde los márgenes. Esta parece ser una reminiscencia de la infancia y adolescencia campesina, caracterizada por la timidez, la vergüenza y la dificultad para socializar con extraños (“era tímido”; “uno miraba por las rendijas cuando llegaban visitas”). En este sentido, la mirada sobre el cambio en la sexualidad tiene mucho de mirada a la modernidad; lo que ha cambiado es el contexto social, es “la mentalidad de la gente” o las comunicaciones humanas: “la tecnología, la televisión, la Internet”.

3.2. Los discursos de hombres sectores medios.

Los discursos de los hombres de estratos sociales medios remiten a orígenes urbanos, a la pertenencia a estructuras familiares marcadas por jerarquías rígidas y por la distancia y el

autoritarismo de los padres, al pololeo con las mujeres que luego serían sus esposas, a su iniciación sexual con mujeres de otros estratos sociales, a la formación de una pareja y una familia, a los hijos e hijas, a los nietos y nietas. Sobre todo, remiten a una época de conciencia generacional marcada por la música, por los estilos culturales, por la actividad política; la percepción de cambio en la sociedad está por todos lados y se traduce también en la construcción de una experiencia propiamente juvenil.

Los discursos reconstruyen las trayectorias biográficas en medio de un tiempo intenso; desde la apertura comunicacional del cine, de la música y el baile con un sello generacional, a la escuela y el mundo del trabajo. Sus esposas permanecieron en el hogar o entraron también al mundo del trabajo; ha sido la compañera leal, han fracasado en sus relaciones de pareja y se han separado, se han vuelto a emparejar, han criado a sus hijos y les han visto formarse como profesionales o como empresarios en el comercio o en la industria. Han tenido aventuras extraconyugales y suponen que sus mujeres no las han tenido.

El cambio en la sexualidad identifica un tiempo pretérito de escasa comunicación familiar respecto del sexo; la sexualidad se presenta como un tema tabú en la comunicación con los padres y como una cuestión eminentemente de pares, propia de la conversación con otros hombres, entre hombres. Tampoco es posible la conversación sobre la sexualidad con las instituciones, con la escuela o la iglesia, especialmente si estudiaban en colegios religiosos. No obstante, la experiencia social les pone generacionalmente en contacto con la sexualidad en la transformación cultural de la sociedad y en la emergencia de la sexualidad femenina (la figura de las 'minas que se pegaban al cuerpo en el baile' porque 'también estaban califas'). Iniciarse en la sexualidad activa constituye parte de la construcción de la masculinidad y el ingreso a un mundo de pares, aún si implica la transgresión de normas morales familiares o institucionales.

Los medios de comunicación juegan un rol importante en la socialización de la sexualidad, particularmente el cine (ir a ver a la Brigitte Bardot: "se te abrían las pepas"; "íbamos a los cines populares a agarrarnos una mujercita..."); no obstante, se trata básicamente de mirar lo que supuestamente ocurre en otras sociedades, más desarrolladas, más liberales, aún lejanas. Sin embargo, se trata también de una apertura al sexo ocasional, sin compromisos afectivos, sin proyección de emparejamiento. La transformación que se insinúa en la cultura y en la sexualidad les sugiere que ya no es posible tener una 'querida', como el padre o el abuelo; aparece ahora el recurso a la ocasionalidad, a la transgresión que no pone en riesgo la estabilidad del matrimonio y que no activa la posibilidad de una respuesta autonomizante de la mujer.

Es que un elemento que subyace a los discursos masculinos adultos respecto del cambio en la sexualidad es la transformación que ello ha significado en la situación de la mujer; ésta ha cambiado notablemente, es más demandante de reciprocidad y de simetría en la relación, menos dispuesta a ser sometida; también más dispuesta a vivir su sexualidad.

3.3. Los discursos de mujeres populares.

Los discursos de las mujeres populares remiten a orígenes rurales o urbanos, a la pertenencia a estructuras familiares marcadas por jerarquías rígidas y autoritarismo de los padres, al pololeo con quienes luego serían sus maridos, a la formación de una familia, a los hijos e hijas, a los nietos y nietas. Sobre todo, remiten a una época en que el cambio en la sociedad y en la sexualidad comienza a hacerse visible, lentamente, progresivamente; a diferencia de la generación anterior, aparece la imagen del pololeo como etapa previa al noviazgo y el matrimonio. Ahora es posible imaginar la figura del sexo antes del matrimonio, del sexo como condición para el matrimonio (“embarazarse para que a una la dejaran casarse”). También aparece la figura de los afectos como condición y legitimación de la sexualidad activa; por amor es posible ir más allá de las proscipciones; no obstante, tener actividad sexual con una pareja también implica el matrimonio con ella.

Las trayectorias biográficas muestran las dificultades para la convivencia con sus cónyuges, como si hubiesen tenido que soportar a los hombres a lo largo de parte importante de sus vidas, en la convivencia, en la sexualidad, en la supervivencia cotidiana. Muchas de ellas ya no viven con sus parejas iniciales, porque se han separado, porque han enviudado, porque ya no les interesa; sus afectos y sus vínculos más intensos aparecen asociados a sus hijos e hijas o sus nietos y nietas. En elemento que otorga sentido y valor a sus trayectorias biográficas es precisamente la ‘buena’ crianza de los hijos, a pesar de todo, teniendo que luchar a brazo partido. De fondo, la vida para ellas se ha presentado como una lucha por disponer de los medios para sacar adelante a su familia, a sus hijos e hijas.

Los discursos también construyen a los hombres como portadores de privilegios que se les niegan a ellas y cuyos actos son evaluados y sancionados de manera distinta por la sociedad; se sugiere la ocurrencia del doble estándar, uno para las mujeres y otros para los hombres (si una mujer tiene más de una pareja es ‘trabajadora sexual’; si el hombre tiene más parejas es ‘macho’). Ello aparece asociado a distintos modos de significar y de practicar la sexualidad; de todos modos, están sometidas a los hombres, tienen que tener sexo cuando sus parejas lo desean y si no lo hacen se exponen al riesgo de la sanción, directa o indirecta.

Los discursos de las mujeres populares sugieren un sentido para el cambio en la sexualidad: de lo silenciado y ocultado a decible y lo mostrable; para ellas no fue posible hablar de sexualidad con los padres, ni con los profesores, ni con los adultos en general; se ven a sí mismas como ingenuas, inocentes o ignorantes respecto de la sexualidad, como demasiado sujetas a sus padres, a la familia o a las personas mayores. Ahora la sexualidad está en el habla de la vida cotidiana y en los medios de comunicación, sobre todo en la televisión: se nombra y se muestra; sobre todo se muestra. Por ello también, las percepciones del cambio indican que las personas disponen de mayor libertad personal, más individualizadas, más autónomas de los padres y de las instituciones normativas de la sociedad.

3.4. Los discursos de mujeres sectores medios.

Los discursos de mujeres de sectores medios hablan de orígenes urbanos, de escolaridad básica y secundaria y en algunos casos de educación superior, a la vez que hablan de pololeo, de matrimonio, de separaciones, de nuevos emparejamientos. Sobre todo hablan de una transición o de un tiempo que se ubica entre el tiempo y los usos de los padres y los tiempos y usos de los hijos e hijas; entre ambos tiempos se ubica el tiempo propio, tiempo de cambios sociales, políticos, culturales. De fondo, un tiempo en que el cambio se ha hecho manifiesto en muchos ámbitos de la vida, a veces traumático, a veces lejano, a veces cercano. El cambio en la sexualidad es parte de un cambio más amplio, más societal.

Los discursos muestran una percepción de pertenencia a una estructura familiar y social fuertemente jerarquizada, en que las normas que regulan las relaciones entre padres e hijos e hijas incluyen a la sexualidad; la autoridad de los padres se imponía sobre las hijas como prescripción y proscripción del hacer y del decir. Se debía sujeción a la autoridad paterna, so riesgo de castigo, rechazo y abandono; se debía sujeción a la autoridad, sin negociación alguna de autonomía de los sujetos jóvenes, sin noción alguna de derecho individual o generacional.

A su vez, las normas que regulan la sexualidad de hombres y mujeres se basan en una noción de orden de género marcadamente asimétrico: un mismo comportamiento, actitud o valor es indicado para un sexo, mientras es radicalmente prohibido para el otro; y los significados de tales prescripciones remiten a una jerarquía y dominio en las relaciones de género. No se tenía sexo porque no se quisiera sino porque la conciencia del riesgo y del costo del embarazo y de la sanción familiar y social era muy intensa; el autocontrol era también autoprotección del riesgo de expulsión social. Esta noción de riesgo se refuerza con la cercanía con la religión católica, especialmente si

se estudiaba en un colegio católico; la norma se refuerza desde la familia, desde los grupos de referencia social y, sobre todo, desde el colegio.

Los discursos acerca de las trayectorias biográficas remiten a la entrada en la sexualidad en la década de los sesenta y comienzos de los setenta, en un momento de intensas transformaciones políticas, sociales y culturales; desde la experiencia cotidiana, las transformaciones se viven como cambios generacionales, con una intensa conciencia de ser joven, como protagonismo de las generaciones jóvenes en el quehacer de la sociedad (en la política, en la música, en el arte, en las comunicaciones). Sobre esta conciencia generacional asoma también la individualización y la necesidad de hacerse cargo de sí mismas, de estudiar, de incorporarse al mundo del trabajo, de construir autonomía. La disponibilidad de medios para la anticoncepción, la planificación familiar, la movilidad social, permite orientarse a la realización de proyectos de vida, proyectar la vida en pareja, proyectar la familia.

Los discursos elaboran el cambio en la sexualidad sobre este trasfondo; el cambio nuevas oportunidades, nuevos derechos, mayor libertad personal, relaciones más equitativas entre géneros, mayor autonomía de las mujeres, más individualización. El cambio también implica una disolución progresiva del matrimonio por amor en la pareja por amor, una disponibilidad para el sexo en la pareja, aunque ésta no sea matrimonial. Para estas generaciones de mujeres aparece la posibilidad de la elección de la primera pareja sexual vinculada a la figura de la pareja afectiva, por convención o expectativa; la primera pareja no se sitúa siempre, real o imaginariamente, en el horizonte del matrimonio; y la sexualidad participa de la consolidación -no de la construcción inicial- de la relación, y expresa la madurez de la misma.

4. Claves de lectura hombres y mujeres jóvenes (15 a 24 años).

Los discursos acerca de la sexualidad que se construyen entre los jóvenes, hombres y mujeres, incluidos en la muestra indican los caminos posibles, los dilemas, las tensiones y las salidas que se abren en sus orientaciones y comportamientos. Sobre todo, indican una disposición de la subjetividad para abrirse a formas nuevas de significar y de experimentar la sexualidad y las relaciones de pareja. En este sentido, los discursos exploran las fronteras de la sexualidad, lo que se insinúa, lo latente: hablan de límites más que de apropiaciones y de prácticas.

Los imaginarios disponibles versan sobre modificaciones importantes en los modos de significar la sexualidad. Esta ya no se ubica en el campo de las tensiones entre proscripción y ruptura normativa: en general, no se discute si las relaciones sexuales están en el dominio de lo permitido

o lo prohibido; simplemente están accesibles y se accede a ellas. Por ello, los discursos acerca de la sexualidad se inscriben en una perspectiva de liberalización normativa: ya no se discute su ocurrencia sino su impacto en la subjetividad de sus actores. Por ello también, los discursos juveniles acerca de la sexualidad aparecen des-centrados o, lo que es lo mismo, se orientan a construir un nuevo centro o un nuevo núcleo sobre el cual construirse.

Puesta en esta perspectiva, la subjetividad se interroga a sí misma respecto de las condiciones de relación interpersonal en que la sexualidad despliega sus significaciones con mayor capacidad para constituir biografías o caminos de vida.

El emparejamiento se presenta como la relación modal que organiza los sentidos comunes de una proyectividad planeable: pensarse biográficamente en una relación de pareja y, con ello, en una sexualidad que se despliega como construcción de vínculo, como construcción de intimidad, como construcción de cotidianidad y como apertura al tiempo, aún si los propios sentidos comunes asumen la posibilidad de la ruptura de la relación.

A su vez, la ocasionalidad se presenta como una relación modal que organiza los sentidos comunes de una proyectividad no planeable: pensarse biográficamente como apertura, como disponibilidad para jugar apuestas y para asumir la contingencia. Por ello, la ocasionalidad queda también como una apertura de la subjetividad, como una posibilidad de salida de la cotidianidad: los discursos la elaboran y la retienen siempre como una posibilidad, como una latencia.

De fondo, los discursos juveniles sobre la sexualidad hablan de la ocasionalidad. Sin embargo, se trata de una posibilidad a la mano: algunos sujetos la experimentan realmente; más aún, se adelantan en ella como exclusividad: la ocasionalidad asume entonces su propia sistematicidad y su consistencia. Para muchos otros quedará como pura posibilidad: una posibilidad que puede darse junto al emparejamiento, que no le es extraño, que juega a su articulación.

No obstante, los discursos juveniles sobre la sexualidad hablan también sobre el riesgo. Su horizonte se escinde entre el emparejamiento y la ocasionalidad: la primera elabora el riesgo en función de la biología (el embarazo), la segunda en función del otro u otra en tanto sujeto en movimiento, en cuanto trayectoria biográfica o sexual. Discernir al otro u otra, entrar en sus códigos, disponer de códigos compartidos. La prevención del riesgo se juega en la elaboración y sofisticación de los códigos que se pueden activar en el discernimiento del otro.

Por ello, la disposición al riesgo se juega en una apuesta: la relación de ocasionalidad, en tanto apertura a la no planeabilidad, se centra en el sujeto, en sus disposiciones y en sus recursos, en su individualización. Prevenir para sí mismo, para desplegar un proyecto biográfico, para proyectarse biográficamente. Por ello, la no prevención en la sexualidad pone en juego no un momento sino una biografía. Por ello también, la prevención se define en relación a la disposición o la capacidad proyectiva del sujeto, a la individualización o a la individuación: si hay proyecto hay prevención, se previene en vistas a un proyecto.

En esta proyectividad se activa la reflexividad del sujeto: lo que está en juego es la resignificación de la sexualidad ocasional como algo a interpretar no desde una perspectiva moral (por ejemplo, como ahora, aceptándolo como buen sexo, o negándolo desde la tradición que vincula al sexo con la institucionalidad o al menos con el amor y el romance), sino desde una perspectiva ética, es decir, desde la pregunta por sus consecuencias biográficas y sociales. La pregunta moral se plantea en términos de '¿cómo tengo sexo ocasional?', mientras la pregunta ética se plantea en términos de '¿cómo no me cuido?'

En este contexto se ubica el imaginario y la práctica del carrete duro. Este se presenta como liberalización y como riesgo: el lugar de la libertad en la sexualidad. Imaginariamente, es asumir lo libertino. Discursivamente, es elaborar la ambivalencia: los sentidos comunes desde los cuales se construye el carrete en los jóvenes son aquellos provistos por el orden. Ir más allá del orden, explorar los límites, ampliar el campo de lo imaginable, ampliar la imaginación de lo posible. Por ello, el carrete duro se ubica cerca del registro de la individuación, de la imposibilidad de la individualización.

En un límite, el escenario de máxima apertura para la sexualidad ocasional está dado en la intersubjetividad del 'carrete duro', versión del carrete centrado en la ingesta alcohólica intensiva o en la droga. En otro límite, el escenario autorregulado por una orientación o una ética personal de 'autocuidado'. Entre uno y otro planea la individualización o la individuación.

Por ello, la lógica preventiva se opone enteramente a la lógica de la sexualidad de carrete duro, como dos lógicas irreconciliables, pues se oponen las direcciones: en una el sujeto se abandona (se disuelve), en la otra, el sujeto se reconoce (se dirige).

Entre ambas lógicas se ubica el espacio de la sexualidad del emparejamiento y la ocasionalidad. Ambas demandan reflexividad. En este sentido, la sexualidad se presenta menos construida desde los vínculos y más centrada en el enriquecimiento personal. No se trata simplemente de una

sexualidad que excede sino de una sexualidad abierta a la posibilidad de constituir modelos nuevos, que la expresen más fluidamente.

El emparejamiento y la ocasionalidad se presentan como modalidades de relación que organizan los sentidos comunes acerca de una proyectividad que aparece, para el sujeto, como planeable o no planeable. En el primer caso, la sexualidad se presenta proyectada en una relación de pareja que se despliega como construcción de vínculo, como construcción de intimidad, como construcción de cotidianidad y como apertura al tiempo. En el segundo caso, la sexualidad se presenta proyectada en una o unas relaciones expuestas a la contingencia, a la extra cotidianidad. Los discursos la elaboran y la retienen siempre como una posibilidad, como una latencia.

En los discursos juveniles, hablar de emparejamiento es hablar de sexualidad adulta, de los modelos conocidos, de los caminos del orden afiatado; hablar de ocasionalidad es hablar propiamente de sexualidad juvenil. En el mundo de los adultos, hablar de ocasionalidad implica, para el sentido común, no haber asentado cabeza, no haberse inscrito en los caminos del orden.

El discurso sobre el emparejamiento se organiza sobre una noción de vínculo enunciado como afecto, como respeto, como amistad. En tanto vínculo, la relación supone una percepción del otro u otra (la pareja), una representación de sí mismo o sí misma y una emoción que asocia percepción y representación. El otro u otra es percibido como cercano o cercana, confiable y disponible; el sujeto, hombre o mujer, se representa a sí mismo en imágenes equivalentes.

El vínculo puede ser enunciado de múltiples formas. No obstante, la referencia general es el amor, en particular, o a los afectos, en general. De todos modos, la percepción del otro u otra y la representación de sí mismo o sí misma aparecen asociados a las imágenes ya señaladas, es decir, cercanía, confiabilidad, disponibilidad. A su vez, estas imágenes forman parte de la construcción de intimidad, es decir, de un cierre de la relación respecto de otros u otras o, más general, respecto del mundo, y de una apertura de cada participante hacia la relación de pareja. Cierre exterior y apertura interior.

En este sentido, el emparejamiento opera primariamente como una disponibilidad para la construcción de intimidad. Por cierto, se trata de una construcción propiamente social, en que las modalidades de intimidad son aprendidas y modeladas socialmente: los padres, los medios de comunicación, los pares. Sobre todo, la construcción de la intimidad es un proceso de construcción de un vínculo de pareja con la otra persona; por ello, tiene una dimensión de encuentro de

trayectorias biográficas, de construcción de un relato o narrativa inclusiva que reduce la extrañeza, de generación de una propuesta de tiempo (futuro).

No obstante, se trata de un tiempo abierto, expuesto a la conciencia de la contingencia: el emparejamiento puede conducir o no a una relación estable o permanente. Ni la estabilidad ni la permanencia constituyen fines a los cuales dirigirse ni tampoco constituyen condiciones para la relación: la perspectiva del matrimonio, de la familia o de la constitución de patrimonio común no se presentan como determinantes para la realización de la sexualidad o para la construcción de intimidad.

De todos modos, es un tiempo proyectivo. La conciencia de la apertura del tiempo no anula la percepción y la importancia del mismo. Por el contrario, las nociones de fidelidad, de responsabilidad o de correspondencia indican precisamente este rasgo temporal primario de la relación de emparejamiento. Sobre este factor temporal operan las imágenes de confiabilidad y de disponibilidad. El sentido común expresa estas imágenes en la noción de 'conocimiento': conocer a la otra persona, conocerse a sí mismo o sí misma, confiar, confiarse, estar disponible.

En este sentido, el emparejamiento aparece co-extensivo con las nociones de fidelidad, de responsabilidad y correspondencia. Estas nociones aparecen más intensas en las relaciones en formación, cuando el vínculo está en construcción, particularmente en su fase de establecimiento de relaciones de confianza y de articulación de compromisos de acción. La transgresión de la fidelidad, la infidelidad, opera como una amenaza radical a la construcción del vínculo en tanto pone en cuestión la confianza y, con ello, la proyectividad y la planeabilidad de la relación. Por ello, la infidelidad pone también en cuestión a la propia subjetividad del sujeto: lo que está en juego es su propia capacidad para construir compromisos o, más precisamente, su responsabilidad y su correspondencia. El sujeto se falla a sí mismo al fallarle al otro u otra.

Sin embargo, también está presente la posibilidad de que el sujeto asuma la ocasionalidad y, por tanto, la fidelidad no se juegue en función del vínculo sino en función de su propia proyectividad, de su biografía. La fidelidad se presenta entonces como dirigida hacia su propio proyecto de vida y a las condiciones en que éste se preserva y se protege. Puede entonces traducirse en disposiciones y comportamientos de autocuidado, de protección, de preservación.

El discurso de la ocasionalidad se construye sobre el discurso del carrete. Este constituye el acontecimiento social paradigmático, aunque no exclusivo, en que la ocasionalidad se hace propiamente social, adquiere factibilidad: provee los escenarios (lugares, ambientes, consumo) y

los vínculos primarios (relaciones) en que la disponibilidad para la ocasionalidad puede hacerse efectiva.

La ocasionalidad se organiza sobre una noción de vínculo precario: el otro u otra es percibido como desconocido o desconocida, la representación de sí mismo o sí misma es construida como explorador/a, aventurero/a o conquistador/a. Imaginariamente, la pareja ocasional constituye una intimidad a ser penetrada, una posibilidad de realización del placer, una subjetividad a ser capturada en un tiempo fugaz. La ocasionalidad requiere, por ello, de una disposición activa del sujeto: tomar o generar la ocasión. En el límite, producir o forzar la situación de modo que se genere la oportunidad: crear la ocasión.

La subjetividad se descubre en su urgencia: conquista y penetración constituyen una misma experiencia; el sujeto se representa a sí mismo o sí misma como pareja sólo en la medida en que el otro u otra acepte el juego y entre en la aventura; pareja de juego o pareja de aventura, equivalentes en la misma búsqueda o en la misma disponibilidad. Por ello, la subjetividad también se descubre en su disponibilidad a entrar en el juego: si no hay aceptación no hay vínculo posible. En el límite, sólo queda el recurso a la violencia, a la violación. Sin embargo, esto último queda fuera del juego, fuera de la ocasionalidad.

Por ello, la subjetividad de la ocasionalidad requiere de escenarios, depende de ellos, se constituye en ellos. Los escenarios (los lugares del carrete o del encuentro: discotecas, pubs, parques, etc.; y los lugares del aislamiento y la privacidad: el hogar, el despoblado) le aportan el metalenguaje que hace inteligible la disponibilidad y la búsqueda. De fondo, los escenarios representan la disponibilidad pues es lo que está disponible, son los lugares donde focalizar la búsqueda, proveen aquello que le falta a la comunicación interpersonal, representan la comunicación, comunican disponibilidad. En este sentido, los escenarios representan el lenguaje o la intersubjetividad en que la ocasionalidad es posible: parte importante de la comunicación ya está dada, ha sido socialmente construida.

Sin embargo, la ocasionalidad requiere también de un principio o criterio de discriminación y selección del otro u otra. Ello implica la construcción del otro u otra como sujeto de accesibilidad y de riesgo. Aparece entonces la paradoja: a mayor accesibilidad también se presenta una mayor percepción de riesgo. La figura del hombre 'carreteado' o de la mujer 'carreteada' representa esta presencia simultánea de accesibilidad y riesgo.

Los discursos juveniles sobre la sexualidad hablan también sobre el riesgo. Su horizonte se escinde entre el emparejamiento y la ocasionalidad: la primera elabora el riesgo en función de la biología (el embarazo), la segunda en función del otro u otra en tanto sujeto en movimiento en una trayectoria biográfica o sexual.

La disposición al riesgo se juega en una apuesta, en un esquema de relación no planeable: discursivamente, los sentidos comunes y las imágenes sociales que están tras la percepción de riesgo es siempre la ocasionalidad (los discursos juveniles acerca de la sexualidad versan propiamente sobre la ocasionalidad).

La ocasionalidad, en tanto apertura a la no planeabilidad, se centra en el sujeto, en sus disposiciones y en sus recursos. Prevenir para sí mismo, para desplegar un proyecto biográfico, para proyectarse biográficamente. Por ello, la no prevención en la sexualidad pone en juego no un momento sino una biografía. Por ello también, la prevención se define en relación a la disposición o la capacidad proyectiva del sujeto: si hay proyecto hay prevención, se previene en vistas a un proyecto.

Por ello, la disposición al riesgo se juega también en una disposición de la subjetividad: disponerse a prevenir o disponerse a la apuesta. La reducción sistemática del riesgo se juega en conductas sistemáticas de prevención. La gestión aleatoria del riesgo se juega en la apuesta: entrar en un sistema complejo de relaciones no previsibles o no planeables supone disponer de criterios para discernir el riesgo. La ausencia de tales criterios implica abandonarse completamente al azar y la estocástica. Como veremos más adelante, esta última alternativa se juega efectivamente en el carrete duro.

Discernir al otro u otra implica entrar en sus códigos, disponer de códigos compartidos. La prevención del riesgo en la apuesta se juega en la elaboración y sofisticación de los códigos que se pueden activar en el discernimiento del otro. Supone, por tanto, una construcción de la relación, una comunicación tentativa que se oriente a hacer sentido del otro u otra, de sus trayectorias sexuales, de sus cursos biográficos.

Por ello, conocer a la pareja, 'conocerse' (mutuamente, al otro u otra y a sí mismo), implica que se reduce significativamente el campo de percepción de riesgos. Contrariamente, no conocer, o encontrar casualmente a una pareja, implica la ampliación del campo de percepción de riesgos.

En el caso de la relación de emparejamiento, la adopción de conductas de prevención tiene como referencia discursiva del riesgo al embarazo. Este riesgo se presenta como un riesgo propio o derivado de la naturaleza y su evaluación no depende o no refiere a las conductas (previas o actuales) de la pareja; por ello, la evaluación del riesgo no compromete un juicio respecto de la pareja que pueda poner en cuestión el vínculo, es decir, no amenaza con la ruptura de las imágenes de cercanía, de confiabilidad o disponibilidad.

No obstante, el riesgo de embarazo se presenta, de fondo, asociado a imágenes de ocasionalidad y, por tanto, también está expuesto a la no planeabilidad: se presenta la ocasión de tener sexo y se adoptan o no conductas de prevención. La adopción de una u otra conducta aparece, discursivamente, asociada a las imágenes de proyectividad que cada uno de los participantes en la relación construye respecto del vínculo. En tal sentido, en los discursos planea también (todavía) una marcada distinción de género: se espera que la mujer resuelva el riesgo dado que ella es también quien expone más intensamente su proyección biográfica.

Las ETS o el VIH-SIDA están fuera del campo de riesgo; si estas últimas son asumidas como factor de riesgo, se pone también en riesgo a la relación de pareja: el vínculo puede romperse (la percepción del otro u otra y la representación de sí mismo o sí misma pierden sus atributos de cercanía, de confiabilidad y de disponibilidad).

No obstante, la percepción de riesgo centrado en el embarazo conlleva la posibilidad de la conversación que construye un sentido para el intercambio sexual y que, a su vez, abre la posibilidad de la coordinación de acciones para la prevención; sin embargo, abre también a la posibilidad de la reducción de la percepción de riesgo y, con ello, a la no adopción de conductas de prevención.

En el discurso de la ocasionalidad, todas las formas de riesgo quedan dentro del campo de lo posible inmediato. Tanto el embarazo como las ETS o el VIH-SIDA se presentan dentro del campo percibido de riesgo.

La adopción de conductas de prevención tiene como referencia del riesgo al otro u otra, percibido como un sujeto de riesgo o, en otros términos, como una subjetividad de riesgo: las disposiciones, las trayectorias biográficas y las conductas del otro u otra son percibidos como portadores de riesgo. También la propia subjetividad es representada como una subjetividad de riesgo: el sujeto se representa a sí mismo, a sus disposiciones, a sus trayectorias y a sus conductas, como portador o portadora de riesgo.

Por ello, la disposición o la conducta de protegerse o no tiene una referencia directa con las percepciones del otro u otra y con las representaciones de sí mismo o sí misma: el sujeto sólo se hace cargo de sí mismo, la pareja ocasional tiene que hacerse cargo de su propia subjetividad, de sus riesgos y de sus consecuencias.

Surge entonces la posibilidad de reflexividad y, con ello, de la autoprotección o del autocuidado. El sujeto que se orienta sistemáticamente hacia la sexualidad ocasional está confrontado a la necesidad de la reflexividad. No obstante, también está expuesto a su pérdida o su negación: figurativamente, esta posibilidad aparece asociada a las imágenes del “carrete ebrio”.

La reflexividad del riesgo plantea una de las tensiones de la sexualidad juvenil actual: los modos en que cada sujeto genera sus propios códigos y sus propios mecanismos de discernimiento del otro u otra. En un extremo quedan los “más carreteados”, genéricamente percibidos como los más habituados a relaciones con múltiples parejas y, con ello, más expuestos a riesgos de ETS y SIDA. En el otro extremo quedan los hombres y mujeres definidos como “tranquilos” y “normales”.

La conquista y abordaje sigue siendo un asunto de hombres, fundamentalmente. Las mujeres que abordan y conquistan son aquellas “carreteadas”. Los hombres orientan su elección hacia las mujeres “menos carreteadas”.

No obstante, el carrete tiene la amenaza de la ingesta excesiva de alcohol (copete) y de la droga. Aparece entonces la posibilidad del encuentro no discernido, del sexo no conversado, de volverse y actuar como “carreteado” o “carreteada”, de abandonarse al sexo como puro acontecimiento, sin biografía y sin expectativa, incluso como olvido de sí mismo (apenas se retienen imágenes que luego no permiten reconstruir la memoria), sin otro y sin huella.

El discurso juvenil busca hacer sentido de la experiencia de la sexualidad que está atada al tedio de la cotidianidad y expuesta al riesgo del acontecimiento festivo y carretero del fin de semana.

Las modalidades de ‘emparejamiento’ y de ‘ocasionalidad’ señaladas antes se presentan como orientaciones o como prácticas que pueden ser sistemáticas y exclusivas, o pueden combinarse entre sí: uno o ambos miembros de la pareja ‘emparejada’ pueden eventualmente orientarse y actuar como ‘ocasional’. Del mismo modo, la orientación y la práctica ocasional puede ser realizada sistemáticamente o puede ser realizada como pura eventualidad, es decir, como práctica eventual. Por ello, la ocasionalidad se presenta también como disponibilidad, como latencia, como apertura

de la subjetividad a la intersubjetividad de los escenarios en que se realizan los encuentros sexuales.

Por ello también el carrete se presenta como liberalización y como riesgo: el lugar de la libertad en la sexualidad. Imaginariamente, es asumir lo libertino. Discursivamente, es elaborar la ambivalencia: los sentidos comunes desde los cuales se construye el carrete en los jóvenes son aquellos provistos por el orden. Ir más allá del orden, explorar los límites, ampliar el campo de lo imaginable, ampliar la imaginación de lo posible.

En un límite, el escenario de máxima apertura para la sexualidad ocasional está dado en la intersubjetividad del 'carrete duro', versión del carrete centrado en la ingesta alcohólica intensiva o en la droga. En otro límite, el escenario autorregulado por una orientación o una ética personal de 'autocuidado'.

En los discursos juveniles, la sexualidad del 'carrete duro' nombra una lógica social de la sexualidad en que ésta es soporte de procesos "extra-culturales", "nocturnos", o salidas del orden y sus caminos. El carrete es precisamente otro camino, esta vez a ninguna parte, si no un "lugar" y un "tiempo" de vivirlo (un rito). Al mismo tiempo, el carrete duro puede adquirir la figura que nombra el camino como perdido, que trae el límite al sentido desde su posibilidad de transgredirlo, de desbordarlo (un mito). Eventualmente, en tanto forma propia de la fiesta o del carnaval, el carrete duro pudiera desarrollarse como una dimensión comunitaria o de producción cultural; esto es, constituirse en algo así como el lugar del libertinaje, con sus usos, sus formas y sus propias convenciones. No obstante, el carrete duro también puede entenderse en su dimensión esencialmente "transgresora" o de "fuga" del orden; la festividad, como una suspensión autorizada de la ley, presenta esa ambivalencia.

En esta cara, la sexualidad lleva a uno de sus límites la crisis normativa. La dimensión orgiástica, propia de las culturas donde la norma ha sido ya transgredida, se hace compatible con el ambiente del descontrol o la "no responsabilidad" moral ni ética. La sexualidad se primariza o renaturaliza, pero en un contexto que la significa y la expande como lado oscuro de la vida; el sujeto está expuesto al derrumbe por incapacidad de auto regularse: actualmente, la figura del 'reviente' o, antiguamente, de la 'caída'.

La "sexualidad – reviente" puede ser vivida sin restricción, como sexualidad anónima y sin memoria, ebria y extraviada, borrada. En otras palabras, como una sexualidad en que la

subjetividad se orienta a negarse a sí misma, a suspenderse, a cancelar cualquiera proyección de sí misma, cualquiera figuración del otro u otra (la figura de la borrachera).

El discurso juvenil denuncia la 'sexualidad – reviente' no en su moralidad sino en su riesgo: los sujetos que caen en ella lo hacen por 'ceguera', por 'ebriedad', por 'inconciencia', por 'borrados', por 'borrachos'.

Las conversaciones grupales juveniles construyen también un segundo discurso de la sexualidad, a partir de una noción de prevención, es decir, la sexualidad es subjetivada, más allá de las comprensiones morales, en una ética de la prevención.

La sexualidad del carrete es enjuiciada desde una perspectiva extra-moral, pero no fuera de consideraciones éticas. En su sentido básico, el sexo del carrete representa, cuando se habla de él, el lugar del riesgo y de la responsabilidad, y no así el lugar del delito o la trasgresión. No es un juicio moral, sino uno práctico o ético.

En este discurso, la sexualidad es reinterpretada como una libertad que debe ser gobernada por el sujeto, en relación sobre todo a los riesgos implicados en la nueva práctica. Por ello, se establece una distinción de lo bueno y lo malo en términos de la responsabilidad personal jugada en el evento. Si en el sexo de carrete duro de lo que se trataba era de no ser sujeto, en la sexualidad preventiva se trata, sobre todo, de serlo. Y el regreso del sujeto es por los caminos de la ética, que le lleva a reflexionarse en sus acciones preguntando por las consecuencias de los actos.

En ese ámbito, cabe entender la emergencia y desarrollo de la cultura preventiva en esta generación, acaso como uno de sus rasgos más propios. Puede entenderse el buen sentido de la reciente convocatoria al autocuidado bajo la forma de la pregunta "¿Como no me cuido?": la pregunta es por la ética.

El desarrollo de una cultura de autocuidado no es sino una emergencia, todavía en curso. Entretanto, debe desarrollarse en la adversidad de tradiciones y circunstancias que la dificultan. Desde la permanencia del machismo y su incidencia en la posibilidad del uso del condón, hasta las restricciones en el ámbito de la educación sexual y los servicios públicos.

Por ello, la nueva lógica preventiva se opone enteramente a la lógica de la sexualidad de carrete duro, como dos lógicas irreconciliables, pues se oponen las direcciones: en una el sujeto se abandona (se disuelve), en la otra, el sujeto se reconoce (se dirige).

Entre ambas lógicas se ubica el espacio de la sexualidad del emparejamiento y la ocasionalidad. Ambas demandan reflexividad. En este sentido, la sexualidad se presenta menos construida desde los vínculos y más centrada en el enriquecimiento personal. No se trata simplemente de una sexualidad que excede sino de una sexualidad abierta a la posibilidad de constituir modelos nuevos, que la expresen más fluidamente.

Por ello, tanto el emparejamiento como la ocasionalidad pueden ser entendidas en cualquiera de las dos lógicas anteriores. Y lo que está en juego, precisamente, es la resignificación de la sexualidad ocasional como algo a interpretar no desde una perspectiva moral (por ejemplo, como ahora, aceptándolo como buen sexo, o negándolo desde la tradición que vincula al sexo con la institucionalidad o al menos con el amor y el romance), sino desde una perspectiva ética. La pregunta moral se plantea en términos de '¿cómo tengo sexo ocasional?', mientras la pregunta ética se plantea en términos de '¿cómo no me cuido?'

CAPITULO XIII

DISCURSOS DE HOMBRES Y MUJERES PERTENECIENTES A GENERACIONES MAYORES, NACIDAS ENTRE 1925 y 1935

1. Hombres mayores pertenecientes a nivel socioeconómico medio-alto.

El proceso de entrada en la sexualidad activa considera una fase de aproximación y familiaridad que precede a la aparición del sexo penetrativo, que puede, no obstante, precipitarlo, y acompañarlo alternativamente cuando éste se inicia (“los primeros digamos escarceos eran con sus primas o con sus vecinas y ahí era donde uno empezaba a tomar vuelo ya y después ya necesitaba tener una relación y de ahí se producía la ida a las putas...”). Se trata de una sexualidad masculina que puede asimilarse al concepto de sexualidad de flirt, que usamos aquí para indicar el hecho que alguna práctica íntima precede en las generaciones mayores de hombres al sexo penetrativo, y que la entrada no puede ser comprendida como un episodio único que condensa desde el beso y caricias hasta la penetración. Es cierto que no se trataría de una sexualidad organizada como tal como aprendizaje y espera/postergación del sexo como ocurriría con las generaciones jóvenes en la actualidad, pero se observa esta distinción que en la generación siguiente se organiza bajo la figura del atraque. De exploración que no alcanza el sexo penetrativo, queda en tocamientos, besos profundos, activar excitación pero no llegan los participantes al orgasmo en la interacción.

En esta generación no tiene nombre aún esta sexualidad que precede y acompaña al sexo penetrativo, que distingue a las mujeres en cuanto potenciales parejas sexuales en mujeres con las cuales se puede realizar dicha práctica y aquellas con las que se puede llegar a la última (“yo me acuerdo que las primeras acostadas con mujeres fueron con trabajadora sexuales, digamos uno tenía en su casa con una niña pero a esa niña uno no se atrevía a tocarla, entonces a uno más grande le decían “vamos donde las...” lo llevaban a putas a uno y la puta le enseñaba a uno, le enseñaba todas las posturas y todas las cosas.”). Las primeras pueden devenir en las últimas, pero no existe expectativa respecto de ello. se trata de vecinas, primas, y amigas de éstas (“Me pasó una experiencia con una prima hermana mía, yo era niño y ella era mayor y me acuerdo que yo viajaba al campo y cuando estábamos en el verano yo dormía en la pieza con ella y ella se iba a tocarse conmigo y después solita ella empezaba y me subía encima de ella y ahí empezaba.”). Las

últimas son trabajadora sexuales y mujeres unidas (casadas o convivientes) (“la primera vez yo creo que tenía 16 años y con una señora casada del frente de mi casa, yo salía temprano a estudiar, el marido era practicante, se iba al hospital y cuando salía me decía: “ven para acá a tomar el desayuno conmigo”, me estaba esperando, me decía “mi papito” y qué sé yo y después, chao.”).

Su entrada en la sexualidad activa se produce a distancia del contexto de pareja conyugal y premarital (la polola, la novia), más cerca del sexo en una sociabilidad -que gruesamente puede denominarse amistosa- del sexo con mujeres conocidas y de la ocasionalidad del sexo con trabajadora sexuales y desconocidas.

Se configura en el discurso grupal de hombres de sectores medios de esta generación la pareja premarital. Se trata de pololeos que asumen estructura de noviazgos, de relaciones formalizadas, de larga duración, conducentes al matrimonio. No hay sexualidad en el pololeo. La renuncia se organiza a partir del vínculo amoroso entre los miembros y de la conexión entre sexualidad y reproducción. Por una parte, el amor a la manera de un código deriva en respeto (“A ella la respeté siempre, estoy con ella todavía.”/ “como quería a mi señora entonces a ella traté de no tocarla, pero donde me salía por ahí la otra, al tiro, al tiro.”/ “En ese tiempo había que respetar a la novia, a la novia oficial digamos.”/ “Porque la respetaba, ocasión no me faltó pero yo la respetaba, en la puerta la dejaba.”). Por otra parte, la sexualidad no autonomizada aún de la reproducción - como ocurre en generaciones nacidas en décadas posteriores mediante la tecnología anticonceptiva- hace que el embarazo no deseado exista siempre como posibilidad involuntaria e incontrolable de los actos sexuales. Tal restricción propia de una sexualidad todavía vinculada a la reproducción, se produce en un escenario social y cultural en que, especialmente en los segmentos sociales medios y altos, la maternidad fuera del matrimonio es rechazada, y los sujetos discriminados y excluidos, incluso del mercado matrimonial (“A una niña embarazada ya no la miraba nadie, nadie, las niñas con plata iban a una parcela y las dejaban ahí, que nadie supiera que tenían la guagua, era cosa seria, no era una cosa fácil como ahora.”/ “que a uno le fuera a tocar pololear con una madre soltera era una tragedia en la familia, ¡una tragedia!, que no se fuera a casar con la cabra¹¹⁰ siendo mamá soltera”).

La relación de pareja premarital que no puede contener el deseo de sus integrantes. El sentido común, por ser tal, asume la existencia del deseo masculino como un imperativo obvio y natural, que se presenta como algo a encauzar (dar cauce); en tanto la existencia del deseo femenino es una sospecha respecto de sus parejas femeninas, mas no plenamente activado, por tanto no

¹¹⁰ Muchacha.

presenciado por los hombres, y se presenta como algo a ser contenido aún antes de su expresión —en un movimiento de auto-contención femenina (“Claro, claro, en ese tiempo ahí en Argomedo¹¹¹ teníamos amigas, amigos, como las mismas mujeres decían que se querían cuidar, que querían llegar vírgenes.”). Expresividad masculina e inhibición femenina parecen complementarias en la estructura de la pareja premarital (“yo pololeaba, pero siempre el ojo en ella, y pololeamos cuatro años y cuando pololeábamos, igual echaba unas canitas por afuera.”/ “era tanto que me excitaba ella, pero no llegaba a... y tampoco me dejaba, me frenaba, nunca me dio la pasada y no me la dio puh, así es que ahí yo para desquitar mis deseos me bajaba ahí en Argomedo me acuerdo.”)

Afectividad y sexualidad se organizan como dos dominios distintos y separados de los hombres de esta generación en el proceso de entrada en la sexualidad activa y en el mundo de las relaciones de pareja. No colisionan entre sí. El amor es justamente lo que niega la posibilidad del sexo en la pareja premarital. Del mismo modo, el amor exige al imperativo sexual masculino ser realizado en contextos ocasionales, estrictamente no amorosos. Los hombres elaboran una representación de sí mismos en términos sexuales como si la lógica íntima que orientara la masculinidad no correspondiera a modelos relacionales; por el contrario, correspondiera a una sexualidad que responde al deseo individual, de naturaleza instintiva que les acompañará a lo largo de sus biografías como parte de lo masculino (“...el vicio que tuve yo fueron las mujeres” /”Siempre me gustaron mucho las mujeres, hasta el día de hoy...” /”...y no puedo dejar de coquetearle a la mujer, no puedo, es una cosa que me nace. No podría ser fiel.” /” Yo siempre he sido tentado por la mujer. /”Calentura, calentura.” /”En mi caso es instinto.” /”Yo también instinto, como que el hombre siempre desea a otra mujer, por eso es que está eso de: no desear la mujer de tu prójimo, pero uno quiere probar cómo es...”).

Sin embargo, aunque organizada la sexualidad masculina de tal modo que les sea posible su realización y aprendizaje mediante los contextos de ocasionalidad, y que en ello no se expongan las mujeres con las cuales generarán contextos maritales, de cualquier modo les expone igualmente a la situación de embarazo de las mujeres, más las implicadas en los primeros, pero accidentalmente también las últimas. Respecto de las últimas, el curso disponible es el aborto (“Una niña¹¹² que según ella me dijo que la había dejado embarazada., yo la vi por ahí trabajando y le pasé plata pa’ que se hiciera raspaje con una matrona. Ella me dijo que qué iban a decir después y ahí me acuerdo que la ayudé para que se hiciera aborto. Respecto de las primeras, el

¹¹¹ Calle situada en zona centro de la ciudad de Santiago en que históricamente ha habido prostíbulos y hoteles llamados galantes de nivel socioeconómico medio.

¹¹² Niña aquí se usa en sentido de mujer joven.

matrimonio (“Ahora si era con la polola era re bueno porque se casaba al tiro, si era la oficial había que apechugar no más.”).

Esta generación puede dimensionar la importancia de la aparición de la píldora (“Para mi gusto la píldora fue la doceava maravilla del mundo, yo creo que es uno de los mejores inventos.”). El surgimiento de la tecnología anticonceptiva encuentra a esta generación ya en la adultez. Por tanto, puede dimensionar las condiciones anteriores y posteriores a su aparición en la sociedad. El miedo de las mujeres al embarazo no marital les limitaba drásticamente el acceso a éstas. Las mujeres tenían sexo con temor en el vientre. La píldora representa la superación del temor para esta generación.

El grupo repasa toda una farmacopea popular destinada a la prevención previa. Los precursores hormonales de la píldora (“Antes se ponía una inyección mensual, una al mes se llamaba, era engorroso.”), en la lógica de la tecnología de barrera y sus sustitutos domésticos (“me acuerdo yo en la farmacia en San Antonio vendían unos óvulos, y eso parece que anulaba el... o se echaba un pedacito de jabón, era más casero pero...”), el condón (“ Yo recuerdo que usé condón y no me gustó ni a mí ni a ella.”), el aborto (“El aborto era muy conocido y en todas partes lo hacían.”). Y concluye (“...y después la píldora ya nos salvó a todos, o la T de Cu. Todas esas cosas empezaron a balancear la cosa.”)

La separación fáctica entre sexualidad y reproducción que produce el surgimiento de la tecnología anticonceptiva activa en esta generación la idea de pérdida de control. El control antes fue por el miedo al embarazo que las mujeres hicieron operativo. De ahí en adelante, la sexualidad liberada de temor se despliega sin control (“No, y los estudiantes ahora pues. /Se toman unas pastillitas y chao. /Es demasiado como están los estudiantes ahora. /Después de las clases están tirando ahí.”)

Antes sexualidad y riesgo de embarazo se configuraban como limitaciones de las mujeres disponibles. Con las trabajadora sexuals se podía pero había riesgo de ETS (“A mí se me pegó un par de veces la gonorrea. /Pero uno no se preocupaba de esas cosas, era la mala suerte de uno no más, vamos a la penicilina rápidamente. /No había penicilina en ese tiempo. /En ese tiempo había. /Sí, tiene que haber habido.”). El temor se intensifica posteriormente en nombre de la otra mujer, la esposa (“no era llegar e irse a meter con una mujer porque el temor a una enfermedad venérea era muy grave, en el caso mío yo llegaba a mi casa y no iba a llegar a tener relaciones con mi mujer sabiendo que había tenido experiencias con otras mujeres, si tenía una enfermedad venérea, sea cual sea, la mujer no lo iba a aceptar.”). Pero también como riesgo de indecencia por ello una mala sexualidad. No por juicio moral, sino por una idea de sexualidad legítima, cómo

esconderla, cómo hacerla en la calle (“Claro y era incómodo, tenía que hacerlo ahí parado. /A la paraguaya. /A la paraguaya no más. /Yo traté de entrar a un hotel los 15 años con ella y me dijeron: “venga el domingo a las dos de la tarde”, a la una y media estaba en la puerta yo, pero era primera vez que iba a un hotel con una mujer.”)

Esta separación entre sexualidad y reproducción que se opera en la cultura y que se vuelve fáctica en generaciones posteriores, y que debió modificar disposiciones femeninas respecto del sexo premarital, y cuya disolución puede observarse en las generaciones de sus nietos, resulta ambivalente, especialmente respecto de las mujeres (“Me voy con este gallo dicen, y tiene 16 años./Andan metidas así en las piezas de ellas, cierran la puerta y se acabó. /Yo lo he visto no solo ahí sino en muchas partes. /Dicen “no, si yo hago lo que quiero con mi novio aunque esté mi papá, mi abuelo, mi abuela.”).

En los discursos relativos a sus cursos biográficos, la sexualidad que en la juventud se organizara como un dominio autonomizado, se vuelve problemática. El código del amor, que antes niega la posibilidad del sexo en la pareja premarital, exige al imperativo sexual masculino ser realizado en contextos estrictamente maritales. Los hombres mantiene, no obstante, una representación de sí mismos en términos sexuales como una lógica íntima propiamente masculina no reductible a contextos relacionales ni institucionales.

Los contextos en que se desarrolla la sexualidad resultan ser múltiples. Esposas, amigas, trabajadora sexuales. Contextos de pareja y contextos ocasionales se entrecruzan. El discurso relativo al contexto de la sexualidad ocasional introduce una diferencia con la generación anterior. La figura de la querida expresaría el modo en que sus padres organizaron la extramaritalidad, en tanto su generación lo hace bajo la noción de aventura. (“Aventuras, pero nunca queridas... Los padres de nosotros tenían una querida, nosotros aventuras, pero nunca como irme a vivir con otra, no.” /“mi papá es un ser muy bueno pero siempre tuvo una querida, /” Mi papá igual, yo me acuerdo que cuando yo era niño, él tenía...).

Se reconocen distintos entre unos y otros; ser tranquilo y ser picado de la araña son dos modos de significar la experiencia de la sexualidad en su frecuencia y en su amplitud vincular (“Yo creo que debo haber tenido unas treinta. /Yo unas diez./ Yo creo que debo haber tenido unas cinco mujeres. /Yo he sido muy tranquilo así es que.../Yo unas... treinta quizá. /Yo no, yo no he tenido tanto pero he tenido varias./Yo antes de casarme más o menos tuve cinco relaciones con mujeres y después tuve ocho niñas más./ Como unas trece yo. /Yo fui bien picado de la araña...”).

En su mayoría, no dicen cifras aproximadas (“más de...”, “menos de...”, “cerca de...”, “nunca más de...” o “nunca menos de...”). No obstante, las cifras conllevan también el riesgo de la fantasía (“Pero de repente uno se pasa las películas, yo viajé mucho porque era vendedor viajero, en el bus me iba pensando y acordando de las mujeres de mi vida y de ahí más o menos saco una relación, es la única contabilidad que uno puede tener, pero uno lo hace por deporte. /Claro, un número aproximado. /No es que sea tan taxativo, no. /Lo que uno puede recordar más o menos).

La píldora generó unas posibilidades nuevas para la sexualidad, las cuales se inscriben, a su vez, en otros procesos de cambio social y cultural. La sociedad empezaba en eso y vino el golpe. La sociedad tenía vida nocturna. Las ciudades tenían circuitos de consumo cultural que incluía la existencia de boites, bares, quintas de recreo, y prostíbulos. Tales circuitos estaban dirigidos. La dictadura es vista en estos efectos; por razones de seguridad se perdió la amplitud de la noche y el toque de queda es la forma oficial –de la Dictadura- de denominar a la norma que limita la circulación de los ciudadanos por las calles y espacios públicos en determinados momentos (“Antiguamente, antes del golpe, nosotros nos amanecíamos y llegábamos tranquilamente a nuestros hogares y no pasaba nada...”). En Chile durante los primeros años de ejercicio de gobierno dictatorial, hubo una restricción absoluta de la circulación nocturna por parte de la población en todo el territorio nacional. El toque de queda se constituye en un dispositivo de seguridad que desprovisto o no de interpretación política modifica la vida social. El discurso grupal lo significa como pérdida (“Era muy difícil por el toque de queda. /Claro, ahí se echó a perder. /Estábamos en las casas no más. /Se terminó todo eso.”). El riesgo /Si tú ibas a una fiesta tenías que quedarte hasta el otro día, sino te mataban. /No era pa tanto la cosa, no era para tanto. /No es política porque cuando estábamos en estado de sitio no se podía salir y se acabó no más, no es nada de política.

El toque de queda inicia una transformación profunda del funcionamiento de los circuitos de consumo cultural, recreacional y sexual; del mismo modo que modifica las espacialidades y las temporalidades cotidianas y extra-cotidianas de la vida social; por tanto las relaciones y sociabilidades privadas de los sujetos, y define nuevos modos de uso de los espacios públicos. Decae el prostíbulo, emerge la prostitución callejera y el sauna; decae la boite nocturna y surge el café topless diurno, el precario hotel galante deviene en prolífico motel parejero (“A un sauna no fui nunca, a los topless fui una vez pero a mirar. /Hotel, no motel, no habían moteles en ese tiempo. /Mire, en mi caso yo iba a uno que había en Matucana, tenía la entrada principal por Matucana, y por Portales tenía una entrada más disimulada y entrábamos por la cocina. Siempre esas cosas se hacía disimuladamente.”). Disimulo que no fue preservado por las nuevas generaciones.

Lo que la democracia produce en los imaginarios se organiza primeramente bajo una lógica de espectáculo; no es del orden de las instituciones, estas son desplazadas por la publicidad. Lo que hace la publicidad es el acto de mostrar, lo que desde el punto de vista del sujeto produce la doble ubicación de exhibición y voyeurismo. Mostrar y mirar son los verbos del cambio en los noventa: Ni un beso daba uno que lo estuvieran viendo a uno, no se besaba uno, en cambio ahora no pues, los cabros tranquilamente. /Hoy en día la mujer anda casi desnuda ahora pues. / Dicen “no, si yo hago lo que quiero con mi novio aunque esté mi papá, mi abuelo, mi abuela”.

Temporalidad, cambio en los ritmos, los flujos, más rápido, menos durable, menos estable, más efímero (“Como está la juventud (...) ahora es mucho más fácil, ahora es llegar tirar y abrazarse, antes había que trabajar seis meses a una chiquilla antes de... /Que no te viera nadie, tratar de que nadie se diera cuenta. /No era tan fácil así como que se iban a entregar las mujeres, no, costaba un poco, había que dorarles la perdiz como se decía y tratarlas bien y con cariño, llevarlas a servirse algo, distintas cosas, ahora no, porque ahora se conocen y luegoito... /”).

El cambio en la sexualidad aparece asociado a la tecnología; por un lado, como tecnología de las comunicaciones (“ahora prende la tele y le muestran cualquier cosa”; “es demasiado lo que muestran en la tele, es demasiado”), y como tecnología farmacéutica (“tenemos pastillas para no quedar embarazada, pastillas para que se le pare, pastillas para todo”). Esta mirada desde la tecnología, sin embargo, asocia cambio en la sociedad y en la sexualidad con el mercado, con la conexión con el consumo, con la tensión por sostener y ampliar la capacidad de consumir (“ahora todo es consumismo”) que demanda la intensificación de la jornada laboral o el ingreso de la mujer al mundo del trabajo, afectando con ello la socialización de los hijos (“los papás trabajan por ambos lados y los niños por su cuenta”).

El cambio se expresa en el desenfado de las generaciones jóvenes. Las mujeres han adquirido más libertad a través de su inserción al mundo del trabajo (“antes de cien trabajaban dos o tres”) y ya no se dedican a la casa y los hijos; ello resulta en que las mujeres de ahora son “menos sumisas” que las de antes (“mi mujer siempre de su casa, los chiquillos excelentes”). Esta mayor libertad y menor sumisión de la mujer está destruyendo a la familia y afectando la socialización de los hijos (“los niños son los más perjudicados”).

Precisamente, donde el cambio se hace más visible es en las generaciones jóvenes, más desenfadas, más abiertas (“mis nietos de quince años se sientan en el living a besuquearse”). Antes era todo más oculto, más reservado (“uno buscaba un lugar más escondido u oscuro para hacer sus cosas”).

2. **Hombres mayores pertenecientes a sectores populares.**

Se trata de hombres pertenecientes a sectores populares urbanos, que en la actualidad tienen entre 65 y 79 años de edad. Nacieron en los años 1926 y 1940. Alcanzaron bajos niveles de escolaridad. En su mayoría, migraron del campo a la ciudad en su juventud. Se ubicaron en la periferia de la ciudad e ingresaron al mundo del trabajo en condiciones de ausencia de especialización y de capacitación para el trabajo en la industria emergente en el país.

En general, se trata de individuos con filiación a estructuras familiares tradicionales para quienes la educación no constituye ni una interpelación ni un medio para la movilidad y el ascenso social. Se trata también de individuos que migraron a la ciudad como parte de procesos más biográficos que sociales (hacer el servicio militar, escaparle a la rigidez de la estructura familiar, buscar nuevos horizontes laborales, formar pareja). Sobre todo, se trata de individuos tempranamente incorporados al mundo del trabajo y sujetos a la normatividad y disciplina rigurosa de los adultos (padres).

Los hombres mayores populares hablan acerca del presente, de las generaciones actuales, de la sexualidad ahora. Para hacerlo requieren construir una perspectiva o un lugar que les permita observar y observarse: al observar la sociedad y la sexualidad actual están también observándose a sí mismos en relación a ella, construyendo las diferencias y las similitudes con ella. Por ello, no pueden dejar de establecer la diferencia temporal y generacional. Otro tiempo, otras relaciones sociales, otros significados y otros sentidos para la experiencia de la sexualidad (“distinto”, “con más respeto”, “más oculto”). Por ello también, una continuidad que pone en cuestión las diferencias: es lo mismo, sólo que ahora es más abierto, más visible, más evidente, más disponible al habla.

La mirada se presenta entonces ambivalente, sensible a la pérdida de la norma y a la ganancia de la libertad y la expresividad; el cambio es al mismo tiempo contradictorio e irreversible, como la edad, como la vida. Por ello también, la observación del cambio, el modo en que se ubiquen y se definan frente a éste, adquiere un sentido vital, biográfico: abrirse al cambio significa la posibilidad de construir una comunicación con las generaciones más jóvenes, de no resultar enteramente extraños, de construir algún tipo de comunidad, de pertenecer de alguna forma a un mismo mundo, de no caer en la categoría de “viejo anticuado”, o de “chapado a la antigua”. El riesgo de no incorporar el cambio es, por tanto, el de la exclusión vincular, de quedarse fuera del círculo familiar, de quedarse solo.

Hablan desde una generación que ha visto y ha vivido la experiencia del cambio en la sociedad y en la sexualidad en un periodo histórico que va desde la sociedad tradicional a una sociedad en proceso de modernización acelerada. Las referencias del cambio son, por un lado, la generación anterior a ellos mismos –sus padres- y, por otro lado, los nietos o sus equivalentes. Cuatro generaciones que aparecen ante la mirada comprendidas en una experiencia social realizada en un tiempo que se ha modificado dramáticamente. Desde el tiempo rural y ritual de comienzos de siglo veinte de los padres al tiempo urbano y secular de los nietos y bisnietos, a comienzos del siglo veintiuno.

El rasgo fundamental de este cambio se refiere a la visibilización, a hacer visible, a mostrar, a mostrarse (el cuerpo, la intimidad, lo oculto). Por ello, el dispositivo que se denuncia es la televisión: lo muestra todo y es equivalente al ícono del cambio sexual, constituye su instrumento. Por ello también la televisión rompe el tabú, que aparece ahora asociado al juego de ocultar / mostrar antes que a la virginidad femenina. Esta última ya no es un tema pertinente para la propia generación, del mismo modo que se observa que no lo es para las generaciones jóvenes actuales. Lo que es pertinente es cuánto se muestra.

La televisión trae el mundo al hogar, de manera cotidiana e indiscriminada. Se transfieren modos de vida provenientes de otras sociedades y otras culturas, imitación pura y simple, carente de hibridajes, de mezclas o de adaptaciones: intrusión e imitación.

La familia aparece como la institución socializadora y normatizadora y vigiladora por excelencia. No obstante, se trata de una institución familiar cuya capacidad normativa estaba fuertemente adosada a la capacidad socializadora y vigiladora de las solidaridades mecánicas imperantes en la comunidad local. Los individuos no estaban expuestos únicamente al control social de los padres sino también de la comunidad local, del mismo modo que estaban expuestos a la sanción colectiva en caso de transgresión.

Lo anterior se expresa intensamente en la imagen de ‘los mayores’ a quienes se debía respeto y ante quienes las generaciones más jóvenes debían ‘ocupar su lugar’ en una trama de subordinaciones explícitas o implícitas. En tal sentido, como veremos más abajo, ser jóvenes implicaba también, claramente, el ser ‘menores’ y, por tanto, sujetos a la autoridad y a la vigilancia de ‘los mayores’, a la vez que implicaba la incapacidad y la imposibilidad de desafiar o de cuestionar las normas sociales. Por ello, una de las expresiones recurrentes para expresar esta minoridad es la de ‘respeto’ a los mayores y la de guardar ‘silencio’ (no responder) ante la voz (y la autoridad) de éstos.

Por ello también, la ausencia de referencias específicas o particulares a la Iglesia Católica. La función normativa de ésta se realiza a través de la actuación socializadora y vigiladora de la familia y de la comunidad local. Expresado en otros términos, tanto la comunidad local como la familia operan en el dominio del texto teológico provisto por la Iglesia Católica, socializan a las generaciones jóvenes en él y vigilan su eficacia normativa. La religiosidad católica se presenta entonces como lo existente, lo dado, lo normal; no es necesario hablar de ello, no es necesario explicitarlo.

Lo anterior se expresa también en la extensión del sentido de lo sagrado en la vida cotidiana de las personas. El origen y la legitimidad de la autoridad de los padres remite directamente al texto teológico: los padres son sagrados. Por ello también, la transgresión de la normatividad o el desafío a la autoridad de los padres constituyen también un riesgo mayor de expulsión del hogar paterno y de 'caída' o ruptura biográfica indeseada: perder el camino, perderse en la vida, perder la vida.

Esta misma radicalidad está presente respecto de las condiciones de vida y de sobrevivencia; los alimentos, en general, y el pan, en particular, son sagrados porque su pérdida pone en riesgo la vida. En la medida en que la continuidad del pan está asociado a la continuidad de la pertenencia a la familia, en esa medida forma también parte de un universo incuestionable y cuya transgresión pone radicalmente en riesgo la continuidad de las condiciones de factibilidad de la vida.

En los discursos no está constituida una noción de juventud, en el sentido moderno o contemporáneo, es decir, como moratoria y preparación para la adultez. La inserción temprana en el mundo del trabajo, casi siempre en gran cercanía al padre, a su actividad y su oficio, conlleva también la demanda inmediata de sumisión y de obediencia ("trabajar como adulto y obedecer como niño").

En tal sentido, la transición entre la infancia y la adultez ocurre casi sin una etapa intermedia. La escasa cobertura del sistema escolar todavía no constituye a la escuela en un instrumento de preparación para la vida y a la educación en un medio para la movilidad social. Por ello mismo, la escuela no ocupa un lugar ni un tiempo significativo, específico, que concurra a otorgar a la adolescencia y juventud el sentido de un tiempo biográficamente importante y como una etapa de moratoria del trabajo y de preparación para la vida de adulto.

Una visión de la juventud en las épocas: sujeción versus autonomía de los jóvenes. Dependencia en esa época tiene un significado distinto al actual; buscarla, invocarla era radical: riesgo de

expulsión y desafío de padecer su consecuencia: hacerse hombres de la forma que se pudiera lejos del hogar: el mundo es ancho y ajeno. Migración a la ciudad, pobreza y desadaptación, individuación. Autonomía no es derecho a la manera actual, es más bien algo a conquistar en un momento de la vida, es un hecho, una ruptura, es hacerse cargo de sí mismo en toda su materialidad, es individualización. No es primariamente un fenómeno psicológico o una posición en una relación. Es primariamente una capacidad de agenciamiento material de la propia vida, es una competencia personal antes que un atributo social del individuo. Antes de lograr eso, se es enteramente dependiente de los padres que se configura como una identidad doblada: como sometido al orden familiar: se parece inocente, no erotizado; obediente, miedoso. En contrapartida, se transgrede cuando se puede y se para el costo de la transgresión como una cuestión obvia. Orden, transgresión y castigo resultan claros, obvios, normales (“Antes a nosotros a los 18 años nos pedían prestados para acompañar a señoritas y ni la mano le tocábamos y hoy día no, yo he visto a chicos de 10 años que van con una niña y a palmetazos por las caderas y por todos lados y van por la calle, a nosotros no porque a nosotros nos pillaban en una cosa así y la huasca no la sacaba nadie”).

La ausencia de la noción de juventud, en sentido social y cultural, conlleva también la ausencia de una etapa de pololeo juvenil; ello se traduce en que prácticamente no aparece la figura de una relación que implique una construcción progresiva de vínculo e intimidad. No obstante, tampoco hay prostitución, en el sentido de una relación sexual mediada por un equivalente monetario y disponible a la demanda de un individuo.

Si el pololeo no constituye un modo disponible de construcción de vínculo y de intimidad, y tampoco la prostitución constituye una posibilidad disponible y a la mano, ¿cómo entonces se produce la iniciación sexual en este grupo? Una figura que aparece con insistencia está dada por la ‘mujer mayor’ (“yo tenía doce y ella tenía por lo menos veinte”) que se presenta como una figura de gran importancia para la iniciación sexual de los hombres. Podría argumentarse que la norma sexual fuerte prohíbe a hombres y mujeres la relación sexual con los pares en tanto tales relaciones les hacen iguales a los padres (la norma prohíbe a los hombres comer del fruto pues les permite llegar a ser ‘iguales a los dioses’). Sin embargo, aparentemente la norma resulta débil o susceptible de transgredir respecto de las relaciones sexuales de las mujeres con los hombres menores, quienes no necesariamente o propiamente representan una posibilidad de transgresión normativa sino más bien una posibilidad de exploración, de acercamiento y de vivencia limitada o controlada de la sexualidad. Otra figura, aparentemente menos frecuente que la anterior, remite a las relaciones sexuales con mujeres de edad similar; en este caso, la iniciación sexual se presenta

asociada al inicio de alguna forma de emparejamiento: matrimonio, convivencia o amistad que incluye el ejercicio de la sexualidad.

Los hombres adultos mayores populares formaron pareja en una estructura de emparejamiento que no consideraba la pareja premarital. No se trata de matrimonios arreglados (por los padres o los mayores) ni tampoco de noviazgos. Se trata más bien de modalidades de emparejamiento adoptadas como una solución a algo: como liberación de la tutela de los padres (salida del hogar paterno), como respuesta a un embarazo imprevisto de una pareja sexual (“bueno, pasó lo que tenía que pasar, nos casamos y listo, ese fue todo el escándalo y nos casamos”), como parte de una estrategia para la sobrevivencia económica.

La experiencia de la sexualidad activa se presenta estrechamente asociada al matrimonio, como construcción acelerada de un vínculo que se da en el momento, con inmediatez, antes de que se pasara la oportunidad (“nos encontramos y nos casamos al tiro, antes de que se vuele el pájaro o se vuele la pájara, ya, al tiro”). En este sentido, pareciera que la formación de pareja matrimonial tuviera mucho de construcción de autonomía, de individualización, de salida del hogar paterno, de condición de factibilidad para un proyecto de vida que se sabe de responsabilidad propia; casarse deviene en equivalente de hacerse hombre, hacerse adulto, salir al mundo, organizar la propia estrategia de sobrevivencia a partir de sí mismo. La esposa no es sólo la compañera sexual sino, sobre todo, la compañera de la vida y de la sobrevivencia.

También se han permitido tener relaciones sexuales con otras mujeres, extraconyugales; sin embargo, están conscientes de que ello pone en riesgo la estabilidad de la relación de pareja. En este caso, depende de la mujer, de que no sea celosa (“Menos mal que mi señora no es celosa, si se pone celosa no sé dónde estaría, ahí estaría en la calle”). El riesgo es, entonces, quedar en la calle, perder la factibilidad cotidiana, quedar en soledad.

Los hombres adultos mayores populares se vuelven sensibles al discurso del Viagra, en lo que éste representa como posibilidad de extensión de la sexualidad activa. No obstante, la significación del viagra no tiene que ver inmediatamente con su uso sino con lo que tal producto dice respecto de la sexualidad en la adultez mayor: la interpelación a la sexualidad activa, la recuperación del placer, la extensión del placer. Por ello, la referencia al viagra expresa no sólo la tematización de la sexualidad para los hombres adultos mayores sino también su conexión con la sexualidad de las generaciones jóvenes, su conexión con la sexualidad actual. La prolongación de la propia vida sexual opera entonces como una posibilidad de incorporarse como hablante legítimo acerca de la sexualidad, como una posibilidad de operar como sujeto sexual.

3. **Mujeres mayores pertenecientes a sectores medios.**

Las mujeres de este grupo tienen alrededor de 70 años de edad, pertenecen a estratos sociales medios, han cursado al menos enseñanza secundaria (media) completa y algunas de ellas son profesionales. En general, han trabajado fuera del hogar y han tenido y continúan teniendo acceso al mundo de la cultura y del desarrollo personal (“Yendo a cursos, por lo menos por mi parte, de gimnasia, de filosofía me he metido por ahí, de tango, de Tai Chi”). Están casadas, viudas o separadas, con hijos e hijas y nietos y nietas. Aparentemente poseen una alta conciencia y valoración de su posición social y de las redes sociales de las cuales forman parte (“mi amiga es viuda de un general, es una señora estupenda, distinguida, regia...”). La conciencia del estatus social también se asocia a la educación; en su época era un privilegio estudiar, especialmente para las mujeres (“Entonces había gente que entraba a trabajar a los 16 años y las que teníamos educación completa éramos las menos”). En este sentido, la educación era percibida como un camino para un proyecto personal (“Yo empecé a trabajar a los 19 años y ahí ya me liberé un poco”).

Sus relaciones de pareja, con quienes llegarían a ser sus maridos, se iniciaron mientras estudiaban en la educación secundaria o universitaria (“Estudiábamos y pololeábamos”; “pololeos por ahí cuando estaba ya en sexto año humanidades, por ahí uno podía pololear”). Las imágenes respecto de los padres aparecen asociadas a autoritarismo y rigidez (“teníamos una mamá que era un sargento..."); los roles de género en esta estructura familiar, sin embargo, aparecen discutibles: por un lado, es la madre la dominante (“la mamá era la que roncaba, mi papá era muy quitado de bulla”) y, por otro lado, la madre es la sometida (“Lo contrario de mis papás porque la sometida era mi mamá”). Este mismo rol dominante en la pareja es atribuido a sí misma (“naturalmente que el sueldo de mi marido me lo entregaba todo a mí, él”).

Sin embargo, la percepción dominante de la situación de la mujer, en la época en que se era joven, era de sometimiento, al menos para la mayoría (“La mujer era sometida, yo creo que en esa época todas las mujeres eran unas sometidas”; “en esa época la mujer era la sometida, aunque fuera profesional, como en el caso de mi mamá”). No obstante, también está la posibilidad, discutible para el sentido común, de que esa situación de sometimiento les permitiera ser felices (“Pero eran felices”), aunque eso fuera sólo apariencia (“Celebraron en forma muy ostentosa los 40 años de matrimonio y fueron 40 años de peleas...”).

El pololeo aparece como una construcción de vínculo que se orienta al matrimonio; esta imagen del pololeo como casi exclusivamente asociado al matrimonio parece ser muy intensa en la propia

experiencia de las mujeres (“Se casó con la única persona con quien pololeó”; “pololeé poco antes de casarme no más”). El fuerte control social que los padres ejercen sobre el pololeo hace que el sentido común de las mujeres discuta si era matrimonio arreglado o si era propiamente pololeo (“si ves una niña que es decente y que podría ser una buena esposa para tu hijo, entonces entre los padres se hablan, no dicen “vengo a pedir a tu hija” sino que acaso se quieren conocer, que vaya para la casa como hijo o hija, ¿entiendes tú?, así es”). A su vez, el matrimonio constituía un acontecimiento social de gran importancia (“la iglesia estaba repleta-repleta... en el matrimonio mío habían como seiscientos en la casa, la que era de los padres de mi marido, era una casa muy grande en Macul”).

La estrecha conexión entre pololeo y matrimonio también implicaba la exclusividad sexual y afectiva con el marido. La iniciación sexual se hace con el marido y se ha continuado con él toda la vida (“Yo, no me quiero hacer la santa ni nada por el estilo, pero yo nunca estuve con una persona que me haya besado fuera de mi marido”). Sin embargo, ello no significa que no haya habido pretendientes (“La rondaban harto a uno pues, si no era de buenas a primera, hacían mérito”).

La socialización en la estructura familiar y social es intensa y rígida, distinta de lo que se observa ahora (“Nosotros teníamos que estar acostados a las doce de la noche, en serio, ahora, oye, cuando hacíamos los malones del colegio, tú no podías ir sola aunque fuera a la casa de una compañera, tenías que ir con alguno de tus hermanos, yo siempre iba con mi hermano mayor”; “mi papá mandaba a mi hermana chica para que me cuidara”). Esta socialización también incluía el juego de seducción y las relaciones entre género y entre hombres; las imágenes que se construyen son de respeto y de delicadeza, es decir, las imágenes apropiadas al estatus social de los sectores medios (“Pero de todas maneras uno lo pasaba estupendo y fíjate que la gente era delicada, tú estabas con tu pololo o lo que sea, entonces un muchacho, al entrar a la pieza de baile, le decía “¿me permite?”, le pedía permiso para sacar a bailar a la polola, ahora te sacan a bailar, te dejan en el medio”).

La sexualidad prematrimonial no era común (“no, de ninguna manera tener relaciones con el pololo”), aunque se sabía de mujeres jóvenes que sí tenían relaciones sexuales (“Pero se sabía que había, bajo cuerda en los colegios”; “yo también supe de compañeras”). Curiosamente, la sexualidad activa en las mujeres es atribuida a las clases sociales más altas, no al propio estrato social (“Pero fíjate que eso de tener sexo se daba más entre la gente de las clases altas, la gente así como uno que era de clase media, pololeaba y a las nueve de la noche pobre de que no estuvieras dentro de la casa porque te llegaban todas las penas del infierno, y también respetaban más a la gente pues”).

Sin embargo, surge también la sospecha de las apariencias o de que la sexualidad de la época era menos visibilizada que la actual: antes se tapaba todo (“Porque sucede que antes como que se tapaba tanto todo”), incluyendo el manejo social del embarazo fuera del matrimonio (“en mi familia se dio el caso, de personas, una niña de 15 años que pudiera quedar embarazada de fulanito de tal, simplemente la familia porque era de mucha situación, hacían todo de manera que no se notara la cosa, mandaban a la niñita a otro lado para que no se le notara al guatita, y después la guaguüita se la pasaban poco menos que a una de las empleadas, a una de la servidumbre que la hiciera pasar por su hija, y la niñita de la regia familia seguía regio como que no le había pasado nada, pero tenían relaciones y habían guaguas por medio, existía”). Observado en perspectiva, la sexualidad de antes aparece como extremadamente restrictiva, censurada y encubierta (“a mí me da escalofríos pensar que antiguamente tapaban mucho por el qué dirán, hacían todo tipo de cosas”).

Desde esta perspectiva se observa también el cambio en la sexualidad; las personas de las generaciones más jóvenes son también más francos, más abiertos (“Entonces yo no descalifico tanto a la juventud actual porque son más francos, más abiertos”). Sin embargo, el cambio en la sexualidad se presenta como algo discutible. Su primera identificación ocurre en la década de los setenta, con la irrupción de la maternidad en soltería (“Desde el año 70 adelante las madres solteras proliferaron porque hubo grandes cambios, la juventud se rebeló después de la reunión que tuvieron los hippies ahí, hubo un cambio muy grande en la juventud, entonces eso es distinto. En los colegios, llámese liceos o escuelas, ¿cuándo empezó a verse que las niñitas se quedaban esperando guaguas?”). Una primera observación del cambio lo asocia casi exclusivamente con el incremento del embarazo en soltería (“En el Universitario Inglés donde estudiaron mis nietas, del curso de mi nieta mayor todavía no habían entrado a la universidad y tres niñas ya estaban embarazadas”). Esta es la imagen del cambio, este es el riesgo del cambio (“Grandes cambios, grandes cambios”).

Es que el embarazo fuera del matrimonio compromete directamente el estatus social de la mujer; equivale a “perder la honra” y a “quedar deshonrada” frente a los padres, frente a los adultos, frente a los hombres, frente a los pares. De fondo, se advierte que los hombres no aceptan a una mujer que no sea virgen, que “haya sido de otro” (“Porque en esa época también los hombres no tenían la mentalidad que tienen ahora, ellos querían tener la exclusividad y ser ellos el primero, el machismo, cómo iban a meterse con una niña que hubiese sido de otro, estaban deshonradas”). Por ello, para las mujeres jóvenes era muy importante no perder el control y controlar a los hombres (“Aaah, haciéndole un paralé pues, hasta aquí no más poh. No pues lindo”). Sin embargo, ello no resultaba fácil, ni frente a sí misma ni frente a la pareja (“costaba mucho”: costaba

mantenerlo a la larga como se dice”). A su vez, los hombres se iniciaban sexualmente con la guía de su padre, con otras mujeres, de otros estratos sociales (“los papás contrataban empleadas y se las tenían a los niñitos para que se iniciaran en la vida sexual”), o profesionalmente dedicadas al trabajo sexual (“los papás llevaban a los niñitos a la casa de niñas malas”; “para que los niños se hicieran hombres”). La figura de la empleada (doméstica) parece jugar un rol importante en la sexualidad de los hijos y también en la de las hijas; además de la posibilidad de la iniciación sexual, las empleadas juegan potencialmente el rol de madres adoptivas en caso de embarazo de las hijas mujeres o niñas (“Y a esas mismas empleadas, si es que la niñita de la casa tenía una guagüita, se la enchufaban, le pagaban tanto y pa’fuera, y la guagüita ahí no más... es como la teleserie que están dando ahora, que el nietecito volaba a cargo de la empleada y la niña quedaba como intacta”).

Sin embargo, de ello no se hablaba ni tampoco se hablaba de sexualidad, en general (“Es que esos temas casi no se tocaban”; “No, si ni se hablaba, era un tabú, el sexo era tabú”; “Y hasta uno tenía tabú con la menstruación”). Ello también marca el sentido y la magnitud del cambio en la sexualidad y, en general, en la sociedad chilena; el cambio se hace visible en la observación de las generaciones más jóvenes, de los nietos (“Mi nieto que tiene 11 años, tenía 5 años o poquito más, cuando le explicaron lo que eran las relaciones sexuales en el colegio donde estaba, y llegó contando tranquilamente lo que le habían dicho, lo que se hacía entre los animales y lo que hacía el hombre con la mujer, y fue de lo más divertido porque yendo manejando mi yerno -me contó mi hija que iba al lado- le dijo “oye, papá dicen que así y asá se hace, pero, oye, tú no vai a hacer eso de montarte arriba de mi mamá puh”, mi yerno se quedó así con el volante de impresionado”).

No obstante, se trata de un cambio percibido como paradójico; junto a la mayor disposición de comunicación y conversación también se percibe la posibilidad de la incitación (“Yo creo que ahora las clases de educación sexual que le hacen a los niños a muy temprana edad, echa como a perder un poco la cosa...”). En ello los medios de comunicación juegan un rol central (“La televisión ha contribuido mucho a despertar sentimientos, sensaciones, nuevas emociones). Sobre todo, el cambio es observado en sus riesgos biográficos (“Pero cómo va a ser, tan natural lo toman que niñitos que tienen 15 años “estoy pololeando”, “y bueno, ¿tú no vas a estudiar?” “no puedo estudiar -me dijo uno en el verano en San Fernando, el que nos ayuda a llevar las cosas- porque tengo que ayudar a mi polola”, “bueno, ¿y por qué la vas a ayudar?”, “porque estamos esperando un hijo”).

Las mujeres no incorporaron los medios de contracepción que se instalaron en la sociedad en el curso de sus trayectorias biográficas (la píldora, los DIU); ello se elabora como no cuidarse (“Uno

no se cuidaba m'hijita para nada"; "la píldora me ponía de mal genio"), como exposición a lo que pasara ("a la buena de Dios"), como uso de métodos naturales ("el método Ongino") y, sobre todo, el amor o la disposición a tener los hijos que se tuviera ("estaba tan enamorada que no me cuidaba").

Ello remite al amor como el núcleo de la relación de pareja y de la sexualidad; en el contexto del matrimonio, la sexualidad tiene sentido en función de los afectos. Sin embargo, este enunciado del amor se despliega sobre el fondo de una imagen alternativa, incivilizada, animal ("No era hacerlo como una cosa animal, primaba el amor"). Para este grupo, esa es una diferencia importante con la sexualidad actual ("esa era la diferencia") porque en su tiempo, la sexualidad se vinculaba con los sentimientos ("Estábamos enamoradas"), situación que sería distinta en la actualidad ("En cambio ahora las chiquillas antes de casarse tienen cuatro o cinco..."). Sin embargo, esta fijación estrecha entre sexualidad, exclusividad sexual, matrimonio y hogar parece constituir un problema manifiesto, a la mano, visible y experimentado cotidianamente: la incapacidad para volver a formar una pareja ("nunca volví a tener una pareja"), para escapar a la tutela de los padres ("cuando me separé mi padre me dijo "tu único deber es educar y cuidar a tus hijos, nada más, y estarás en esta casa que es una especie de consulado donde nada te va a suceder") o para enfrentar ahora la soledad ("Es bien terrible el estar sola").

Esta tensión, entre la vida demasiado ordenada de antes (en el hogar paterno, en el matrimonio, en la vida social) y las oportunidades que ofrece el cambio en la sociedad y en la sexualidad a las mujeres de ahora, hace emerger también la posibilidad de hacer visible una pérdida y, con ello, la posibilidad de recuperación de la propia sexualidad, del tiempo perdido, de lo no intentado, de lo no vivido ("ahora me voy a poner vieja suelta"; "muy bien hecho, pues").

Esta apertura al cambio, a nuevas relaciones y nuevas oportunidades en la sexualidad se presenta también como un horizonte posible con sus propias parejas. En general, la sexualidad con éstas es menor que antes, espaciada, disminuida ("yo creo que mi marido c'est fini, o sea que..."); sin embargo, el viagra es una posibilidad ("los hombres usan viagra").

4. Mujeres mayores pertenecientes a sectores populares.

Las mujeres mayores populares tienen alrededor de 70 años de edad, nacieron en la década de 1930, en su mayoría de origen rural. Tienen bajos niveles de escolaridad y la mayoría no ha completado la educación primaria. Desde muy temprano debieron incorporarse al mundo del trabajo, ayudando a sus padres en labores de hogar o en trabajos fuera del mismo ("había que

ayudarle a la mamá, ella era madre soltera”; “yo a los 12 años me vine a trabajar a Santiago”; “yo empecé a trabajar a los 8 años”). La experiencia de la escuela aparece como desprovista de afectos, más bien hostil y escasamente posibilitadora de procesos de individualización (“la profesora cuando llegábamos atrasadas nos pegaba y a veces a nosotros nos tocaba caminar harto, las manos entumidas y nos daba unos reglazos en las manos, si no nos levantaba el vestido y nos pegaba”).

Los trabajos como feriantes, como andantes de la madre en el lavado de ropa para terceros, como empleadas domésticas, en el cuidado de los animales en el campo, etc., les introdujeron tempranamente al mundo del trabajo, de una vida dura y en condiciones extremas de precariedad y vulnerabilidad social (“nos prestaban para trabajar en casas particulares por una ración de harina, por una ración de papas”). Por ello, sus trayectorias biográficas aparecen saltando directamente desde la infancia al mundo del trabajo (“nosotros no tuvimos niñez ni tampoco hubo juventud, como ahora que una puede ir al colegio”). Ganarse la vida por sí mismas, hacerse cargo de sí mismas, hacer un camino propia en condiciones de individuación.

La disciplina familiar implicaba un intenso cuidado de las hijas mujeres por parte de los padres y de los adultos, en general, que tampoco posibilitaba el desarrollo personal y el aprendizaje de competencias para la autonomía y para las decisiones de pareja (“A mí me ponían mi hermano en mi pololeo para que me cuidara, y el que iba a ser mi marido le daba plata para que saliera a comprar dulces y él no se movía porque esa era lo orden de mi mamá”). Esta misma situación ocurría en el trabajo, en que las patronas cumplían la función de vigilancia y control de las mujeres jóvenes. También los hermanos hombres eran parte de esa función de vigilancia y control (“Ese respeto tan terrible hasta a los hermanos mayores”). Es precisamente esa imagen de ‘respeto terrible’ la que instila el orden social y fija la percepción de vigilancia y control omnipresente. Si llegaba a haber actividad sexual, el castigo y la represión era igualmente terrible (“a una la colgaban y le pegaban colgada hasta dejarla media muerta”).

Para algunas de ellas el paso a la vida adulta también pasa por el matrimonio (“a los 16 conocí a mi marido y me casé pensando que iba a ser mejor y fue para peor”) y por los hijos (“iba a cumplir 17 cuando tuve a mi hijo mayor, y me puse a criar guagüitas porque tuve dieciocho”) y por la violencia del marido (“me salió muy malo él, nacían antes de tiempo donde él me pegaba tanto”). Precisamente, lo que pudo ser una posibilidad de auto afirmación y desarrollo personal termina siendo una confirmación de la sumisión y el maltrato.

Otras se casaron más tarde. Sus relaciones de pareja comenzaron sin una etapa de pololeo (“el primero que conocí fue y pidió mi mano, así es que no supe lo que era pololeo”). La ausencia de

pololeo definitivamente responde a una imposición de los padres y no a una decisión de las propias mujeres jóvenes; no es una elección ni una apertura del sí mismo sino una clausura impuesta desde la estructura familiar (“A uno casi la obligaban a casarse cuando era joven, le buscaban el marido”). Aquellas mujeres que rompieron o quebrantaron el orden familiar y social y quedaron embarazadas siendo solteras nunca se casaron pues se dedicaron a la crianza de los hijos (“yo no soy casada, nunca me casé, tengo dos hijas pero nunca me casé”; “yo son soltera, pero tengo un hijo”).

La experiencia de la vida en pareja es vista de manera negativa, como una mala experiencia (“salió mujeriego, salió de todo”; “yo viví nada más que nueve años con mi esposo porque era muy malo, una se ponía a criar hijos y él no se preocupaba de nada, ni de darle las cosas a los niños”). Los sentidos comunes construyen la experiencia del matrimonio en un registro que confirma lo duro de la vida y lo azaroso de la pareja (“la experiencia mía fue mala”; “la mía también fue mala”; “la mía también, sí”). La violencia es uno de los factores que está tras esta mala experiencia (“Yo, a los 15 días de que me había casado me castigaron, me castigaba mi marido”; “el mío comenzó a tener relaciones con otras mujeres, después traía las mujeres a la casa; se acostaba con dos mujeres adelante y yo tenía que estar a los pies de la cama...”; “como decía usted, también mi marido me llevaba mujeres a dormir, yo ahí, la mujer acá y él al medio, y si yo no le aguantaba sexualidad al lado con la otra mujer, porque a mí me daba vergüenza, yo siempre fui vergonzosa, respeto porque con mis hijos dormíamos todos en el mismo dormitorio, a mí me pegaba, pero usted no me conocía al otro día con la cara inflamada donde me castigaba. Yo tenía que atender a la mujer, a veces la gente apunta con el dedo”; “El mío también trató una vez de violar a su propia hija”).

En este contexto, la sexualidad es mirada como una experiencia desagradable, indeseable, prescindible (“A mí me hacía trabajar la mente y tomarle odio, porque cuando llegaba un sábado o domingo tenía que hacerlo con él, yo no quería y claro, ahí me daba patadas por debajo y no lo hacía porque los niños estaban al ladito en el dormitorio”). La experiencia de la sexualidad se vuelve entonces experiencia de una relación, de un matrimonio que no cumple ni las expectativas ni permite vivir la experiencia de familia; la mujer tratando de no traspasar el daño a los hijos e hijas, de limitar el potencial de daño del hombre. Por ello, la posibilidad de una nueva pareja, sin violencia y con afectos, es vista como un regalo de Dios, como un milagro (“mi pareja de ahora me trata como si fuera su hija, me hace cariño, me hace reír, me alegra la vida; es un regalo de Dios por todo lo que sufrí antes”).

Sobre este trasfondo de maltrato, de infelicidad y de frustración en el matrimonio se construye también la tarea de sacar adelante a la familia, educar a los hijos e hijas, generar condiciones para

su autonomía, para que sus trayectorias biográficas sean distintas; ésta se ha convertido en un proyecto familiar y personal, que permite construir relaciones de auto afirmación del sí mismo (“Yo tengo dos hijas, las dos están casadas, pero son bien buenas mis hijas, me respetan, no son insolentes conmigo...”; (“no tengo que avergonzarme de ellos”; “tengo un yerno bueno, respetuoso”).

Desde la experiencia del maltrato y la infelicidad se observa y se evalúa también el cambio en la sexualidad, percibido como de mayor libertad para la mujer y mayor autonomía da mujer (“antes no había la libertad que hay ahora”). Por ello, también ahora las trayectorias biográficas encuentran mejores condiciones de autonomía y apertura de un camino propio (“ahora es más abierto”). La mirada se vuelve sobre sí mismas para juzgarse (“Lo que pasa que antes nosotras éramos muy tontas”), y para tomar conciencia del cambio en la situación de la mujer (“ahora una está más alentá”) y para evaluar la relación con el marido (“entonces creíamos que el marido era todo, que podía abusar de uno, todo, todo, no había esa libertad que hay ahora, que la mujer tiene la libertad hasta de llevarlo a la justicia, todo, antes no”). El cambio tiene entonces el sentido de derechos adquiridos, de crecimiento personal y de no dejarse abusar.

El cambio se construye como contraste entre antes y ahora; antes había silencio respecto de la sexualidad y de las relaciones de pareja (“Nadie hablaba, a uno nadie le decía, nadie le conversaba del sexo, nadie, al menos en mi casa jamás se conversaba de esas cosas, con decirle que yo tenía 11 años cuando recién me llegó mi menstruación, estaba arriba de una higuera, me asusté tanto que no quería decir nada porque tenía miedo que me fueran a pegar, porque nadie me había hablado a mí, y yo a los 11 años empecé a menstruar”; “Igual que yo, tenía como 16 años, estábamos jugando a la pelota pa’riba, cuando de repente... yo como me había caído pensé que me había rompido”).

La anticoncepción no era conocida (“Yo tuve tantos niños porque en esos años no había para cuidarse”; “Yo nunca tomé ninguna clase de pastillas, tratamientos, nada, sólo que Dios me dio dos hijos no más”. Sin embargo, a partir de la década de los setenta comienzan a estar disponibles (“Bueno, los anticonceptivos... a ver, yo tuve mi niño en el 67 y ahí ya estaban poniendo tratamiento porque yo me puse tratamiento, la T, y a mí no me lo querían poner”). No obstante, la experiencia con los servicios de salud y con las profesionales de la salud no favorecía la adopción de decisiones sobre la propia concepción (“Una vez yo le fui a pedir algo a la visitadora y la visitadora me echó pa’fuera y me dijo: “ándate luego porque si no te voy a mandar presa, porque tú si eres casada y tenís que tener tus hijos” y tuve que irme yo”).

Sin embargo, los discursos grupales también elaboran la disponibilidad de medios de contracepción en un registro crítico; las mujeres de ahora pueden tener relaciones sexuales con cualquier hombre debido a que pueden prevenir el embarazo (“No, a mí no me gusta porque la juventud se basa en eso y no tienen respeto porque se entregan con cualquier lolo no más y como está la pastillita ésta, la defensa, no se nota”).

Lo anterior parece puntuar una percepción del cambio en la sexualidad. La tecnología moderna pone a disposición de la mujer dispositivos que permiten controlar la sexualidad en uno de los efectos biográficos y sociales tradicionalmente asociada a ella, como lo es el embarazo; desde esta percepción, en que el embarazo era el gran riesgo, el hecho de que ahora pueda controlarse el riesgo hace que las mujeres mayores observen el cambio como entera libertad para el sexo (“para entregarse a cualquier lolo”). Es esta posibilidad de sexo sin embarazo la que organiza una visión del cambio en términos de riesgo ya no de embarazo sino de algo más, igualmente profundo, caracterizado como ‘respeto’. Esta pérdida del respeto, que puede interpretarse en diversos registros –respeto al orden y las instituciones, respeto a los adultos, respeto a los padres, respeto a sí misma- tiene también un soporte institucional en las instituciones seculares de la salud (“en el mismo consultorio le dan a las muchachas las pastillas para que no queden embarazadas”). En este sentido, las mujeres jóvenes no se respetan a si mismas (“A base de eso no se respetan tampoco”).

Por ello, el cambio parece otro mundo, un mundo en que la ciencia y la tecnología juegan un rol central en el cambio de los valores, las normas y los usos (“Ahora hay que ver que estamos en otro mundo, la ciencia hace todo, eso tenemos que ver también, cada año están descubriendo más, entonces nosotros alcanzamos a ver y quizá que van a ver los hijos que tenemos por delante”). Sin embargo, el cambio tiene también otra cara, la del desarrollo de las personas a través de la educación (“Es que ahora hay más estudio, entonces la gente está más preparada”), particularmente para las generaciones jóvenes, aunque ello conlleve también algún exceso (“La liberación de la juventud”).

La elaboración del cambio se juega en el contraste, en lo que se gana y en lo que se pierde. Antes los hombres eran machistas, tomaban la iniciativa y las mujeres eran pasivas. El embarazo exponía a las mujeres a la vergüenza, aún si eran casadas (“yo estaba casada y tenía seis meses de embarazo y no me atrevía a decirle a mi mamá”; “mi mamá me decía que escondiera la guata para no dar vergüenza”). La posibilidad de ser madre soltera equivalía a quedarse sola, a ser ‘solterona’ (“...todas las personas lo miraban mal a uno, era una tremenda cosa ser mamá soltera, sin casarse, daba vergüenza, era una vergüenza para la familia ¿no es cierto que era fresca?”). Sin

embargo, la imagen de la solterona también planeaba sobre las mujeres, en general, como renuncia o como imposibilidad (“Yo tuve tías solteronas que nunca se casaron ni pololearon”; “Yo tengo una hermana que es solterona pero solterona, solterona fanática digo yo”).

La percepción de cambio se juega también sobre la época histórica en que les ha tocado vivir. La política se asocia con la experiencia laboral, con un tiempo bueno que se echó a perder a causa de la misma (“Mire, yo le puedo decir que yo en esos años ya estaba trabajando aquí en Santiago y estaba trabajando en la industria, tenía una industria bastante grande que existió en Santiago que fue las confecciones Burger, yo ya estaba trabajando en Burger cuando se trabajó por la candidatura de Frei padre. En esos años se ganaba la plata que uno quería, se tenían regalías al máximo en las fábricas, porque yo trabajé en una fábrica donde éramos 1400 operarias y dos mil y tantos empleados, entonces se tenían regalías máximas, nosotros las teníamos todas las regalías ahí, y al término del período de Frei papá empezaron a haber mermas de trabajo, empezaron a haber problemas entre ellos entonces los trabajos empezaron a mermar”).

La experiencia de la política se mezcla también con la experiencia de los cambios culturales; se recuerda la imagen de los hippies, de los Beatles. Sin embargo, los cambios se observan desde lejos, desde fuera (“No, nosotros no llevábamos modas, no podíamos llevar modas”. El gobierno de la Unidad Popular es asociado a las imágenes de las colas, del desabastecimiento, de las marchas; se rescata la figura de Allende (“el no fue un mal presidente, lo que pasó es que no lo dejaron mandar”; “era una bellísima persona pues”). La radicalidad política aparece también asociada a un tiempo de exceso de libertad en lo sexual (“en ese tiempo no se respetaban ya”). La dictadura es recordada en tanto tuvieron trabajo en el PEM y POJH y en cuanto había abastecimiento en los almacenes. El regreso de la democracia es observado como un tiempo de gran cambio, particularmente en la sexualidad: junto con la democracia llegó el tiempo de la juventud y, con ello, un tiempo que es visto como ‘ahora’ (“ahora la gente joven anda atracando en plena calle”).

CAPITULO XIV

DISCURSOS DE HOMBRES Y MUJERES PERTENECIENTES A GENERACIONES ADULTAS NACIDAS ENTRE 1945 y 1955

1. **Mujeres adultas pertenecientes a sectores populares.**

Se trata de mujeres pertenecientes a sectores populares urbanos, que en la actualidad tienen entre 50 y 60 años de edad. Nacieron en los años 1945 y 1954. Son mujeres que en su mayoría tienen bajos niveles de escolaridad, con bajos niveles de participación en el mercado laboral

Discursivamente, en las mujeres de esta generación su aproximación a la sexualidad aparece dada por un horizonte de tiempo histórico -otra época, otros tiempos en el país y en el mundo-, generacional - la generación anterior, la propia y las jóvenes-, biográfico -trayectorias y caminos recorridos como individuos. Cualquiera de ellos se define por transformaciones profundas en los modos, usos, normas y valores. Los sentidos comunes recogen y expresan una percepción de tal horizonte en términos de las nociones de ocultamiento -lo silenciado y lo cerrado- y saber - ignorancia e inocencia. En ambos casos, la experiencia inmediata y a la mano se presenta como una transformación en la norma, como superación del tabú: más abierta, más consciente (“En esa época empezaba toda la cosa sexual, pero era mucho más oculta y no había comunicación con los padres. Ahora la información por todos lados: televisión ¿cierto?, por todos lados hay información. / antes no, los padres no hablaron nada. /Casi nada. /O casi nada digamos, no tanto como nada, pero...”).

La noción de ocultamiento es la metáfora de una construcción social específica de la sexualidad que la sitúa en la vida social y personal como una zona de tabú, densa, ambigua. Por una parte, aparece silenciada en las conversaciones intergeneracionales. No tematizada explícitamente como sexualidad propiamente, a diferencia de las nuevas generaciones; sin embargo, nunca fuera de las comunicaciones (“Las mamás eran muy cerradas, (...) decían: “de la misa a la casa y del colegio a la casa y nada más y si un hombre le habla a usted agáchese o no le conteste, no diga nada”: No decían “usted va a crecer, va a tener 15 años, cuídese porque le va a llegar la regla y puede quedar esperando, el hombre es para la mujer y la relación es una cosa es tan normal como todos los días”).

El término “cerrada” –madres cerradas- es una manera de nombrar un modo de estar en las comunicaciones en que el lugar del adulto significativo es el de quien hace una indicación performativa, para la prescripción y proscripción de comportamientos. Sin negociación alguna, el individuo queda sin autonomía alguna frente a la propia sexualidad. Por ello, la experiencia de la sexualidad también se le presenta cerrada, en una referencia sustancialmente distinta a la de sexualidad plástica formulada al modo de Anthony Giddens.

Por otra parte, las normas que regulaban las relaciones entre padres e hijos e hijas –o entre generaciones- incluían a la sexualidad en una noción de orden marcadamente asimétrico; la autoridad de los padres se imponía sobre los hijos como prescripción y proscripción del hacer y del decir. La sexualidad aparecía entonces en el orden de las proscripciones, de lo no hablado, de lo no conversable, como clausura de la intimidad.

Por ello, fuera de las conversaciones y de la información, se habla de sí mismas como provenientes de un estado de ‘ingenuidad’ o ‘inocencia’, de ‘desconocimiento’ o ‘ignorancia’ respecto de la sexualidad (Éramos más inocentes, no sé, yo pensaba que.../Yo encuentro que era bien tonta, como ingenua. /Me podía haber contado cualquier cuento y uno era tan ingenua.”). Sin embargo, y justamente, por lo anterior, la sexualidad se experimenta como un imperativo en conflicto con la indicación cultural: “pero uno igual hacía las cosas a escondidas.”

Por ello, se representa al mismo tiempo como una sola, estabilizada y permanente, y como cambiante y diversa. Lo que se constituye en los sentidos comunes como el núcleo de la diferencia entre su propia socialización y la de las nuevas generaciones es la superación -y pérdida- de un doblez de la cultura: entre lo que se oculta y se muestra, -en todos sus sentidos posibles, como apariencia, como reserva, como opacidad- (“...yo empecé a tener relaciones a los 15 años, tuve mi guagua antes de cumplir los 16, entonces también antes se hacía lo mismo que se hace ahora, pero ahora los niños con toda esta tecnología y todo esto son más liberales...” /“Claro, con razón, entonces ahí es donde se gestiona todo esto del miedo, de ocultar, pero para mí, de verdad le digo yo, ahora se hace lo mismo que se hacía antes pero antes era oculto.”

La sujeción según el respeto y el recato como indicación del escenario cultural prevalente. Su carácter privado remite primeramente a la familia, en su dimensión de institución modeladora de las sexualidades de sus miembros. Las otras, a través de ella: la iglesia, la escuela -relevadas en los discursos actuales, para demandarlas o desconocerlas-, si es que actúan, lo hacen a través de la familia, y por una conformidad compartida en materia de valores. Sin otros agentes institucionales que la difundan y la normativicen: la medicina, la ley o los medios de comunicación emergen

posteriormente, más recientemente en la sociedad chilena (“Más reservada era la Iglesia, si no se podía hablar. /El sexo era pecado. /La iglesia en ese tiempo era la que ayudaba a la gente humilde. /No, por eso te digo, no tocaban la sexualidad sino que a eso se dedicaba la iglesia. / Bueno, nacía de las familias que uno tenía que llegar virgen al matrimonio. / Si uno estudiaba en colegio de monjas, sí. /Era el tema de todos los días de las monjas, que había que cuidarse, que la virginidad, que uno tenía que llegara virgen al matrimonio, que no había que pololear. /Como que te daba miedo entrar a colegio de monjas.”).

La familia aparece como la institución socializadora, normatizadora y vigilante por excelencia. No obstante, se trata de una institución familiar cuya capacidad normativa estaba fuertemente adosada a la capacidad socializadora y vigiladora de las solidaridades mecánicas imperantes en la comunidad local. Los individuos no estaban expuestos únicamente al control social de los padres sino también de la comunidad local, del mismo modo que estaban expuestos a la sanción colectiva en caso de transgresión

Lo anterior se expresa intensamente en la imagen de ‘los mayores’ a quienes se debía respeto y ante quienes las generaciones más jóvenes debían ‘ocupar su lugar’ en una trama de subordinaciones explícitas o implícitas. En tal sentido, como veremos más abajo, ser jóvenes implicaba también, claramente, el ser ‘menores’ y, por tanto, sujetos a la autoridad y a la vigilancia de ‘los mayores’, a la vez que implicaba la incapacidad y la imposibilidad de desafiar o de cuestionar las normas sociales. Por ello, una de las expresiones recurrentes para expresar esta minoridad es la de ‘respeto’ a los mayores y la de guardar ‘silencio’ (no responder) ante la voz (y la autoridad) de éstos.

El respeto, no obstante, se construye con referencia a una figura particular, la del padre. Pero el padre no pudo ser siempre una figura real, presente en las vidas de las mujeres. Debió ser una forma de nombrar a la autoridad, en el plano de la familia, el orden en el cual se socializaba primariamente la sexualidad. El padre, una figura masculina, aparece como la figura ante la cual se preserva una imagen de si misma, una sobrevivencia material, la permanencia en la familia. El respeto al padre, se extiende al conjunto del ámbito familiar: como respeto al hogar, al nombre de la familia (“...súper autoritario, entonces no nos dejaba salir ni a la puerta, era muy estricto pero estricto-estricto, no le gustaba que me juntara con nadie en el barrio.” /”Yo, el año 65 me inicié, ya me pude desprender un poco porque antes me cuidaban de la casa a la esquina, de la esquina a la casa.”).

La indicación del escenario cultural resulta clara: la virginidad premarital para las mujeres y estímulo a la contención personal; la iniciación temprana para los hombres e incitación a los ensayos premaritales (“Pero en ese tiempo la virginidad sí prevalecía. /Sí, tenía que llegar virgen al altar uno. /Sí, sí, eso lo decían los papás.”).

La afirmación de la virginidad remite no sólo a un orden moral: ser culpable de una transgresión a una norma que impide el sexo en esas condiciones; sino a una caída biográfica del orden social a través del embarazo no marital; quedar fuera de los caminos biográficos indicados –aunque no previstos ni asegurados para las mujeres de estratos sociales populares- y expuestas a los costos en ello implicados: maternidad en soltería, matrimonio forzado, etc. Sexualmente iniciadas fuera de la legitimidad y de la mirada de los padres, son vistas sólo en sus cuerpos embarazados vergonzantes: “Pololeaban a escondidas y por ahí les llegaba el sexo, o hacían a escondidas y después aparecían esperando sus bebés no más, pero todo era más oculto por el respeto a los padres y el miedo, porque era más el miedo...y la vergüenza.” Culpa personal respecto de la familia y vergüenza familiar respecto de la comunidad: “Lo mismo que me dijeron a mí, que yo era la vergüenza de la familia, claro, porque quedé esperando antes de casarme, tenía 16 años entonces ahí me casaron, me casaron, mi mamá y mis suegros fueron al Civil, no fui yo, me casaron por poder.”

Participan de una estructura que distingue sexualidades apropiadas a los sexos. Una sexualidad femenina es una sexualidad en el marco del matrimonio; antes sólo cabe la preparación para las funciones de esposa, madre y dueña de casa, y el aprendizaje para la contención del deseo masculino con lo que tiene que lidiar.

Eso definía un modo de ser mujer joven condensado en la figura de la señorita, que recuerda otras figuras femeninas en la historia: dos requerimientos presenta la condición de tal. Por una parte, la señorita está situada en el espacio privado, es “mujer de su casa”, en oposición a la mujer que se sitúa en el espacio público y, con ello, arriesga ser catalogada de mujer pública. Por otra parte, es una mujer seria, que posee la aptitud para contenerse y contener los requerimientos eróticos y sexuales de los hombres que las pretendan y seduzcan.

La contención sexual vincula con una renuncia a las relaciones de pareja premaritales (“¿Qué se esperaba que pasara contigo? /Que no pololeara porque se suponía que pololear era tener actividad sexual, entonces él fue como tres veces a pedirme permiso a la casa y no, porque era muy chica.”).

En contrapartida, y como parte de un mismo escenario cultural, el discurso de estas generaciones de mujeres refiere a una construcción social de la iniciación prostibularia de los hombres (“En ese tiempo existían las casas de remoliendas puh. /Por lo que se escuchaba, bueno, yo como no tuve hermanos hombres así es que no tuve idea pero más o menos uno sabía, había una edad de ellos en que los llevaban. /Los llevaban, sí. /Uno escuchaba que el papá decía “vamos a conversar con el hijo mayor” y los llevaban a pasar a cualquier parte. /Es como la película esa “Julio Comienza en Julio”, como eso pasaba, cuando este joven, el Julio... ¿la vieron ustedes? /Es como de machos también llevar a sus hijos.”). Y, secundariamente, y más próximamente, para sus hermanos, parejas y amigos, recuperan la figura de la amiga: “El mío se inició en las casas de niñas fácil, él me contó...” /“Bueno, las conversaciones que uno de repente con los pololo, que siempre ellos habían tenido una amiga mayor que ellos...”

La entrada virginal de los hombres al matrimonio no es parte de los sentidos comunes de estas generaciones de mujeres: no resulta obvia ni normal (“Yo con mi marido conversaba, él dice que estaba virgen y yo, como estaba virgen... no tengo idea... /Mentiroso total. /“En la noche de bodas me dijo: “yo no tengo idea” (risas) como él había estado en un seminario pa curas, entonces.../Estaba virgen.”).

Esta doble indicación cultural es interpretado en la actualidad como en el origen de una desigualdad en las relaciones de género (“Más que seguro que ellos tuvieron relaciones por fuera, con otro tipo de niñas.”/“Para la mujer era antes eso, no pa los hombres.”/“Como que favorecía a ese hombre, mientras más mujeres tenían más hombre era.”/“Pero cuando viene el engaño, por ejemplo la mujer tiene una pareja y nos dicen que somos trabajadora sexuales y el hombre si tiene una pareja, es un desliz.”/“Es más macho, mientras más mujeres tiene más macho es.”/“Es una aventura para el hombre pero para nosotras no pues.”).

Deviene en una trayectoria femenina juzgada críticamente: “Era fome la vida de uno antes.” De fondo, alcanza a las responsabilidades y compromisos, y su anverso, la des-responsabilización, que tales indicaciones terminan produciendo en la sociedad respecto del conjunto de la vida, las relaciones de pareja y las relaciones parentales: “O cuando abandonan a los niños, igual pues, la mujer es súper mala, incluso por la propia familia es casi apuntada con el dedo, pero que un hombre abandone a su hijo es normal porque lo ha abandonado siempre, toda la vida.”).

Ello implicaba una estructuración social específica de las edades y de las motivaciones y sentidos de los primeros relacionamientos sexuales. Los sentidos comunes prevalentes en estas generaciones indican que los hombres y mujeres se inician con parejas de edades mayores, sin

embargo, ello adquiere significados distintos para unos y otras. En la estructuración clásica del matrimonio en la sociedad chilena, los hombres y las mujeres hacen elecciones cruzadas de sus parejas: los primeros se casan con mujeres más jóvenes, mientras las últimas lo hacen con hombres mayores.

Para estas generaciones de mujeres, la elección de la primera pareja sexual vincula a la figura de la pareja afectiva, por convención o expectativa; se sitúa, real o imaginariamente, en el horizonte del matrimonio; y participa de la construcción o afianzamiento de la relación. Para los hombres, en tanto, constituye un momento de ensayo y aprendizaje, a distancia de la pareja afectiva, y desprovista de horizonte futuro alguno. Todos, hombres y mujeres eligen a sujetos mayores, aunque por razones distintas (“En las conversaciones que uno de repente tenía con los pololo, siempre habían tenido una amiga mayor que ellos, lo típico de los jóvenes que les gustaba las mujeres mayores que ellos, al revés de uno, que siempre buscaba parejas que fueran un poquito mayor.”/“Sí, porque cuando uno se enamora, se supone que uno antes llevaba al casamiento al primer pololo.”).

Los sentidos comunes, al mismo tiempo, develan una transformación incipiente de los mismos en relación con la estructura más general de las edades, pero a partir de otro fenómeno que comienza a emerger en la sociedad chilena, a saber, una modificación del mercado sexual -y de pareja-, en orden a incorporar relacionamientos entre mujeres más adultas y hombres más jóvenes: “Eso es lo extraño que del mismo género de uno, que muchas de nosotras las mujeres nos acostumbramos a ver a los hombres, vemos natural que anden con una mujer joven, pero que las mujeres no; pero ahora eso se está estilando, que las mujeres andan con jóvenes y en ese tiempo no.”

El camino propio o la construcción de la pareja mediada por la maternidad. Los escenarios culturales no son completamente predictivos de la realización de las conductas efectivas. Ellos constituyen la materia prima simbólica de lo sexual, sin embargo, no funcionan sino haciéndose objeto de una interpretación por parte de los actores sociales, de un lado al nivel intrapsíquico y del otro al nivel interpersonal, al momento de la negociación de conductas. (Gagnon y Simon, 1986) Ellas pueden ajustar guiones.

Puede sugerirse que la entrada en la sexualidad activa entre las mujeres aquí analizadas se ubica como disyuntiva biográfica: esperar el largo camino del matrimonio, que las deja en un tiempo de inactividad, pasivas. Otra es hacer el camino propio: No se les permite el pololeo, el marido debía ser aprobado por los padres. El camino que se vislumbra es torcido, doble: pololear a escondidas y embarazarse y casarse (“...esa es mi experiencia, no me daban permiso pa pololear con él y al

quedar embarazada me iban a tener que dejar estar con él. /Por obligación. /Generalmente, para casarse con una persona tenía que quedar embarazada.”).

La estructura de relaciones familiares no se abre aún a la negociación intergeneracional de decisiones, derechos, deberes, etc. El grupo familiar posee un funcionamiento jerárquico. Lo que puedan hacer los individuos jóvenes o las mujeres en tal contexto se presenta habitualmente como desobediencia, nunca como autonomía (“...como no me daban permiso, ahí íbamos a los cerros, entonces esa es la rebeldía; ahora las niñas no, ahora las niñas a la primera,,,, como se dice, por eso le digo yo, yo le cuento eso a mis hijos, de lo que tenía que hacer.”).

Transgresión y castigo: cierra ahí la estructura de la culpa (“a mí me fueron a pedir permiso, entonces, no, que era muy chica, entonces eso a mí me hacía irme –porque yo soy de la costa- a los cerros y en los cerros los dos solos ¿qué íbamos a hacer? (risas) /“...no me siento orgullosa de lo que hacía, pero así es como uno tiene que entender a las generaciones, por ejemplo, yo para verme con mi pololo iba a misa a las nueve de la mañana, terminaba a las diez y si llegaba a las once me iban a pegar, entonces ¿qué hacía?, llegaba a las cinco de la tarde para que me pegaran (risas). /Como sabías que te iban a pegar. /Con razón.”)

La sexualidad entraba en una estructura que enlazaba y daba sentido a la iniciación sexual: era un modo de construir pareja. A diferencia de la prescripción, se estructura un sentido común –un guión interpersonal entre los pares que dice que debe hacerse así. Es arriesgado, pero se estructura como un camino alternativo, riesgoso para las mujeres. Así, la pérdida de la virginidad es sostenida sobre el vínculo y el horizonte próximo del matrimonio: “Se supone que al pololear y todo eso es porque nos vamos a casar, por algo fue a pedirme permiso y eso me respaldaba a mí, aunque fuese niña pero de atreverse él a irme a pedir permiso era que quería algo serio conmigo como se dice.”).

Sexualidad de mujer, amor y temor, imprevisión y consecuencia. Se trata de una entrada a la sexualidad que no se planifica, aunque se advierte su proximidad: pololear y tener sexo se entrelazan en las mentes de sus padres y de ellas por distintas razones. Sexo con temor al embarazo, mujer que asume el embarazo (“Antes, cuando uno quedaba esperando, los papás obligaban a que se casara uno. Yo empecé a tener relaciones a los 15 años, tuve mi guagua antes de cumplir los 16.”). En un sentido prevista en sus efectos, mas no regulada en su ejercicio. Observado este hecho desde la situación de expansión de las tecnologías anticonceptivas, esto requiere ser indagado:

¿Había condiciones para planificar la entrada en la sexualidad activa por parte de las mujeres en estas generaciones? En el país se inicia oficialmente la política de planificación familiar en el año 1965, dirigida, no obstante, preferentemente a las mujeres unidas y multíparas. Los procesos de entrada en la sexualidad activa de las mujeres, por ello permanecen hasta décadas muy posteriores fuera de condiciones efectivas de planeación del riesgo del embarazo no deseado. La noción de planeación sexual que se instala progresivamente en la sociedad chilena como parte de procesos de reflexividad, se vuelve contradictorio: la presencia de la tecnología hace en teoría evitable y programable el embarazo, no se presenta disponible culturalmente ni institucionalmente para las mujeres nuligestas.

Permanece en la memoria colectiva el DIU¹¹³, que es una tecnología destinada a las mujeres multíparas, usado en programas públicos de planificación familiar: “De la T, de eso era lo que más escuchaba que colocaban.”

Sin embargo, inician su vida sexual a distancia de la tecnología anticonceptiva: “Yo las pastillas no las conocía, no estaban como al alcance de uno tampoco. /Es que no había plata para comprar. /No había información. /Y no había televisión pues.” Sin dispositivo conversacional que activara la reflexividad y otorgara legitimidad: “Yo nunca me cuidé con nada porque ni siquiera sabía cuando me iba a llegar la regla, mi mamá lo único que me conversaba de la iglesia, tú vas a misa con tu hermano –mi hermano mayor- y de la misa a la casa y de la casa a la misa y nada más.”/”Nunca mi mamá me preguntó o “tienes que cuidarte”, de decirme algo ella nunca me dijo nada, pero yo claro, uno conversa con las amigas y yo estaba al tanto de todas las cosas, pero ella nunca, mis hermanos tampoco, nunca se habló del tema.”).

Finalmente, el discurso grupal vuelve con ambivalencia, distancia y con cierta ironía sobre un argumento clásico que remite a una noción de la sexualidad femenina, a su carácter relacional, para negar posibilidades a la planeación: “O sea que todas nos entregamos por amor (risas), a lo que fuera pues, pa qué nos íbamos a estar cuidando si queríamos estar al lado de la persona a la que nos estábamos entregando.”

La incorporación a una cultura preventiva y al sistema de planificación familiar vino efectivamente después. Después del primer hijo, sólo hijo el segundo y /o no el tercero (“Yo planifiqué los dos y eso me alegra porque hay tantos niños no deseados o que pueden ser después deseados, la gente

¹¹³ DIU: Dispositivo Intrauterino.

se embaraza –escucho tanto- y dicen: “ay, puchas, quedé embarazada y bueno, lo vamos a tener”, como diciéndolo con resignación.”).

Sea como uso de la tecnología preventiva moderna o mediante el uso de técnicas llamadas naturales, las mujeres de estas generaciones agencian la prevención (“Todo depende del hombre también. /Bien porque igual, los días que no se podía no pues, hoy día no, mañana sí. /Y esa es la lata porque... /Igual tienen que entenderla a uno. /Hay hombres que no están de acuerdo con eso. /La mayoría. /Cuando se entienden los dos, ya: hoy día podemos tener relaciones por esto y esto, por eso no vas a pelear con la otra persona ni mucho menos, es bueno cuando se entienden pero hay hombres que no entienden. /Claro, siempre ven a la mujer como el sexo no más.”)

2. Mujeres adultas pertenecientes a estratos sociales medios.

Se trata de mujeres pertenecientes a sectores medios urbanos, que en la actualidad tienen entre 50 y 60 años de edad. Nacieron en los años 1945 y 1954. De forma general, presentan un origen urbano. Son mujeres que estudiaron la enseñanza media, y en algunos casos, fueron a la Universidad. En la actualidad, están unidas bajo la forma matrimonial y hay separadas, y hay vueltas a emparejar.

De igual modo que entre las mujeres pertenecientes a sectores populares de su misma generación, discursivamente, en las mujeres de esta generación su aproximación a la sexualidad aparece dada por un horizonte de tiempo histórico: otra época, otros tiempos; las generaciones anteriores, la generación anterior. La noción de época o de un tiempo pretérito indefinido define unos modos, usos, normas y valores distintos de los modos, usos, normas y valores prevalentes en la sociedad chilena actual.

Los sentidos comunes recogen y expresan una percepción de tal horizonte histórico en términos de las nociones de ocultamiento –lo silenciado y lo cerrado en la cultura y en la cotidianeidad-, prohibición del sexo premarital –fruto de una norma dual para los sexos-, sujeción –a la autoridad paterna, control y sanción-, temor al embarazo –al ejercicio de una sexualidad no desvinculada de la reproducción- e ignorancia –desconocimiento e inocencia. En todos los casos, la experiencia inmediata y a la mano se presenta como una transformación de los modos, usos, normas y valores: más abierta, más informada, más libre, más liberal (hasta el “libertinaje”), más diversa, más autónoma, más permisiva, etc.

La noción de ocultamiento refiere a una construcción social específica de la sexualidad que la sitúa en la vida social y personal, por una parte, como experiencia propia de lo privado, en oposición y a distancia de lo público, y como una zona densa, ambigua, opaca, en este caso, silenciada (“Se ocultaba más.”/”Claro, no se comentaba.”/”Porque la sociedad en esa época era mucho más cerrada, no se comentaba.”).

Silenciada en las conversaciones intergeneracionales. No tematizada explícitamente como sexualidad propiamente, a diferencia de las nuevas generaciones (“Pero si no te dejaban participar en las conversaciones de adultos: “m`hijita váyase a su pieza que voy a conversar con la tía” y te echaban grande ya, te echaban no más.”). Sin embargo, nunca fuera de las comunicaciones. Como una comunicación por el rabo de la puerta, en medio de un tema denso para la cultura, puede escucharse las conversaciones adultas, femeninas, masculinas. (“Yo era copuchenta, si yo escuchaba. Las amigas de mi mamá ponte tú hablaban estos temas calladas para que yo no escuchara...”/” Yo nunca las escuché, mi mamá se encerraba con sus amigas bajo siete llaves a conversar y jamás me participaron.”/”Porque hablaban que la fulanita se metía con éste o este otro, ¡también pasaba antes!, y las tías y las abuelitas también habían tenido algo, no habían sido tan vírgenes como algunas tontas fuimos porque creímos.”/”Nos hicieron lesas.”).

El doblez de la cultura en materia de sexualidad también suele aprenderse de este modo: en el modo en que se imbrican sexualidades y conversaciones en una cultura específica. No tematizable como sexualidad propiamente tal, las prescripciones y proscipciones, sentidos y aprendizajes propios de los escenarios culturales, en términos de Gagnon y Simon, emergen de una impregnación de relatos que implican secuencias de eventos o de la interiorización de formas de funcionamiento de las instituciones.¹¹⁴

Por otra parte, puede sugerirse que la sociedad cerrada designe una distinción entre cerrado por oposición a plural –abierto-: y refiere, por un lado, a la representación de la socialización de la sexualidad como la imposición unívoca de un conjunto de normas y de valores sociales dominantes, por parte de un conjunto limitado de instituciones sociales, en este caso, la familia, la iglesia y la escuela.¹¹⁵ Por cerrada, deviene rígida: “ellos siempre trataron o me inculcaron de que

¹¹⁴ Recomendaciones y prohibiciones culturales no tienen nunca, sin embargo, la simplicidad aparente de las normas y reglas legales. Son normalmente incluidas en relatos que no tienen necesariamente la sexualidad por objeto, o en funcionamientos institucionales que no aíslan siempre el aspecto sexual. (Gagnon y Simon, 1986).

¹¹⁵ Weeks y Holland señalan que “Ya no es más posible, si alguna vez fue el caso, representarse nuestra sociedad como una forma hegemónica en donde todo lo que se aparte del centro sería desviación. Hoy día, de más en más, es necesario

no fuera así, que era dentro del matrimonio, ...de que tú no podías tener relaciones antes de estar casada, era cómo básico.” Por impuesta, deviene constrictiva: “Pero yo creo que a uno la dominaban más.”/Sí, te dominaba la familia”).

Las instituciones –la familia, en este caso- operan en la socialización no sólo en el orden de las proscipciones, de lo no hablado, de lo no conversable, como clausura de la intimidad. También producen una indicación performativa, prescriben ciertos comportamientos. No obstante, se trata de una institución familiar cuya capacidad normativa estaba fuertemente adosada a la capacidad socializadora y vigiladora de las solidaridades mecánicas imperantes en la comunidad local. Los individuos no estaban expuestos únicamente al control social de los padres sino también de la comunidad local, del mismo modo que estaban expuestos a la sanción colectiva en caso de transgresión

Lo anterior se expresa intensamente en la imagen de ‘los mayores’ a quienes se debía respeto y ante quienes las generaciones más jóvenes debían ‘ocupar su lugar’ en una trama de subordinaciones explícitas o implícitas. En tal sentido, ser jóvenes implicaba también, claramente, el ser ‘menores’ y, por tanto, sujetos a la autoridad y a la vigilancia de ‘los mayores’, a la vez que implicaba la incapacidad y la imposibilidad de desafiar o de cuestionar las normas sociales. Por ello, una de las expresiones recurrentes para expresar esta minoridad es la de ‘respeto’ a los mayores y la de guardar ‘silencio’ (no responder) ante la voz (y la autoridad) de éstos.

Las normas que regulan las relaciones entre padres e hijos e hijas incluyen a la sexualidad en una noción de orden de las generaciones marcadamente jerarquizado; la autoridad de los padres se imponía sobre los hijos como prescripción y proscipción del hacer y del decir. Se debía sujeción a la autoridad paterna, so riesgo de castigo, rechazo y abandono. Sujeción a la autoridad, sin negociación alguna de autonomía de los sujetos jóvenes)”Uno hacía lo que la mamá le decía, no tenías otra oportunidad, no tenías derecho a pensar ni a sentir.”)

Del mismo modo, las normas que regulan la sexualidad de hombres y mujeres se basan en una noción de orden de género marcadamente asimétrico: un mismo comportamiento, actitud o valor es indicado para un sexo, mientras es radicalmente prohibido para el otro; y los significados de tales prescripciones remiten a una jerarquía y dominio en las relaciones de género (“Que la mujer fuera virgen, ellos no.”/”En mi caso se dijo que los hombres tenían que tener desahogo, esa era la

reconocer que la sexualidad es tanto el efecto de la elaboración y de la invención de los actores como la resultante de regulaciones macrosociales” (Weeks y Holland, 1996, p.6).

palabra que usaban en mi casa, un desahogo, y la mujer no.”/”La mujer tenía que esperar.”/”Que alguien te dijera “cásate conmigo” y ahí ver qué pasaba pa’delante.”).

Junto a la sujeción a la autoridad, aparece el temor a la maternidad fuera del matrimonio. Sexualidad y reproducción se sitúan en una proximidad indisoluble todavía para estas mujeres. En ese sentido, las incursiones sexuales arriesgan devenir embarazos no deseados: “Pero qué pasaba que tú te ponías como media entusiasmada, si hubiera quedado embarazada, si hubiera tenido relaciones antes de.”(“¡Si era bien terrible!”/”Es que tener relaciones era embarazo inmediato.”

Por ello, fuera de las conversaciones y de la información, se habla de sí mismas como viniendo de una situación de ‘ingenuidad’ o ‘inocencia’, de ‘desconocimiento’ o ‘ignorancia’ respecto de la sexualidad (“Los papás en sí nunca te hablaron a ti.”/”Yo creo que nosotras éramos las atrasadas.”/”Yo más creo ¿ah?, por la educación que tuvimos.”/”Y el miedo, yo le echo la culpa al gran miedo que uno le tenía a la familia. “/”Es que nunca te explicaban nada.”/”Yo fui bien ignorante, incluso media nula.”/”Pero ahora no, ahora las chiquillas saben todo eso.”).

Preservación y sujeción según indicación del escenario cultural prevalente. El carácter privado remite primeramente a la familia, en su dimensión de institución modeladora de las sexualidades de sus miembros. Las otras, la iglesia, la escuela -relevadas en los discursos actuales, para demandarlas o desconocerlas-, actúan por una conformidad compartida en materia de valores. Lo religioso aquí aparece como una institución que actúa no sólo a través de la familia –como puede verse en el grupo de mujeres populares de esta generación-, también lo hace directamente y a través de la escuela católica¹¹⁶, y lo hace con un discurso sobre la sexualidad, no al modo de la educación sexual, sino a través de la educación de lo femenino y de la educación moral (“A mí me criaron como católica, mi mamá pensaba que ir a la iglesia nos libraba de todos los males del mundo, entonces nos hacía ir a confesarnos y esa parte era súper peluda.”/”Uno pensaba lo que iba a hacer para no tener que ir a confesárselo a un cura después.”/”Claro, entonces tenías un montón de tabúes en la casa, era algo así como la muerte misma.”/”Llegaba a dar susto quedarse a solas con un chiquillo, que no te fuera a proponer algo”).

¹¹⁶ En Chile, desde la colonia, el sistema privado de educación primaria y secundaria fue administrado por entidades religiosas católicas. En la actualidad, existen, además entidades laicas y de otras religiones. Pero continúa siendo mayoritaria la católica.

La indicación del escenario cultural resulta clara en materia de sexualidad: abstinencia premarital para las mujeres y estímulo a la contención personal; e iniciación temprana para los hombres e incitación a los ensayos premaritales. De la norma puede decirse que su preservación reside menos en el corazón de las mujeres, a la manera del amor a un ideal, y más en el vientre, tener sexo con el miedo en el vientre al embarazo (“El gran miedo era embarazarse, era el miedo a la familia, porque las mamás eran duras en esa época, no eran como ahora...”/”Te pegaban pues.”/”Si no, te echaban de la casa.”/”Ahora no te cachetean, te apoyan.”). La adopción involuntaria o la radicalidad del castigo mediante la negación de la maternidad: Si no, te llevaban afuera, te llevaban a tener la guagua a otro lado y te quitaban la guagua.”/”Muchas veces la daban en adopción.”/”Eso era muy común.”).

Participan de una estructura que distingue sexualidades apropiadas a los sexos. Una sexualidad femenina es una sexualidad marital, a diferencia de la masculina, que prescinde de tal estado para su ejercicio. Para ellas, antes cabe la contención y la aptitud para contener los requerimientos eróticos y sexuales de los hombres que las pretendan y seduzcan. Para los hombres, en tanto, constituye un momento de ensayo y aprendizaje, a distancia de la pareja, y desprovista de horizonte futuro alguno (“La mujer tenía que esperar.”/”Que alguien te dijera “cásate conmigo” y ahí ver qué pasaba pa’delante.”/”La mujer no, no tenía que tener desahogo, no lo necesitaba.”/”Que la mujer fuera virgen, ellos no.”).

Sin embargo, se trata de una estructura ya en proceso de fracturarse (“Yo siempre cuento, yo no me acosté con mi marido no porque no quisiera sino que yo creo que era por el susto de que me quedara embarazada e ir a decirle a mi mamá: “mamá, estoy embarazada” es que me iban a re-matar.”) La autonomía se comienza a constituir en demanda a partir de procesos sociales y culturales tendientes a la individualización. Dependientes de las familias, las mujeres de esta generación parecen, sin embargo, enfrentadas a procesos de individualización incipientes en la sociedad chilena. Se trata de mujeres de sectores medios que hacen su entrada en la sexualidad activa a fines de la década de 1960 y comienzos de la de 1970. Se trata, por tanto, de un momento de la sociedad chilena particular, marcado por transformaciones políticas, culturales y sociales intensas. Entre otros fenómenos, la sociedad chilena realiza procesos de movilidad social, los cuales conllevan fenómenos de individualización: la escolaridad se acrecienta, particularmente en la población femenina; se inician las políticas de planificación familiar, entre otros. Las mujeres de estas generaciones realizan estudios, algunas continúan estudios superiores y se integran al mundo laboral. Las trayectorias biográficas pueden seguir cursos distintos a los de las

generaciones precedentes; se vuelven crecientemente experimentadas como opciones individuales, y los eventos como elecciones personales.¹¹⁷

En los discursos de las mujeres, y en relación a los procesos de entrada en la sexualidad por parte de los hombres, se observa una fractura del escenario tradicional, heredado del siglo XIX, propio del contexto de la sociedad agraria chilena. Allí se prescribe una iniciación masculina temprana, en contexto de ocasionalidad, y bajo la institución del comercio sexual prostibulario; basado en un agenciamiento intergeneracional en una cultura masculina en que el padre es encargado de profundizar el aprendizaje y su apropiación por parte del hijo varón.

La prescripción sobre la iniciación sexual hacia los hombres es una y mantiene su vigencia en los años en que se inician las mujeres aquí estudiadas: tener relaciones sexuales con una mujer-nunca con hombres- tempranamente, después de la pubertad. Sin embargo, se modifican los escenarios en que ello sucede.

Permaneciendo en el contexto de la ocasionalidad, abandona, no obstante, el escenario público del comercio sexual. Sus primeras parejas sexuales son parte de una sociabilidad más próxima, aunque no por ello, sus interacciones sexuales corresponden menos a patrones de relaciones sociales jerarquizadas: se trata de mujeres populares, por tanto subordinadas por razones de género y de clase: "Sobre todo donde habían varios hijos varones siempre había una empleada que estaba dispuesta." "Claro, la empleada de la casa normalmente." ("Mujeres mayores." "Y trabajadora sexuals." "Es que acuérdate que iban a las casas de niñas." "No, y con otras que no fueran la que iba a ser su polola, por supuesto." "Las señoras eran las puras y castas." "Eran intocables." "Intocables, para eso existían otro tipo de niñas."

Un episodio relatado en la conversación grupal expresa muy bien la puesta en escena del agenciamiento intergeneracional: "Yo era muy copuchenta y escuché cuando mi papá se encerró con mis hermanos, yo lo escuché por la ventana, entonces ahí mi papá les preguntó acaso ellos habían tenido ya relaciones, bueno, mis dos hermanos le dijeron que no. Yo creo que igual tampoco se atrevían a decir que sí, entonces mi papá les ofreció que si ellos querían, él los podía llevar a un lugar, pero eso se los ofreció, no les dijo "los voy a llevar", mis hermanos le dijeron que no." Continúa el relato: "...y ahí empezaron las tallas entre ellos tres, porque mi otro hermano era más chico y empezaron las tallas del Julín Serra –decían- que se metían con la empleada

¹¹⁷ Sobre esto dice Bozon: "Hoy en día es imposible no percibir su vida como una elección activa, pues en cualquier situación nos vemos actuando de forma autónoma." (Bozon, 2004, Grefac p.4)

doméstica y bueno, empezaron a nombrar ciertas niñas que yo también las conocía que eran para eso –dijeron ellos así-

Alternativamente, y desechado el recurso del prostíbulo, los jóvenes hijos, en una socialización más propiamente de pares, refieren otros escenarios ya construidos culturalmente, y disponibles socialmente, que permanecen en el contexto de la ocasionalidad: la empleada doméstica y la amiga se presentan como las primeras parejas sexuales.

Tal escenario abre a dos cuestionamientos respecto de las relaciones entre hombres y mujeres, en que se encuentran género y clase social. Por una parte, la mención de la empleada doméstica, cuya preferencia por parte de los hombres es referida de un modo metafórico – Julín Serra nombra a una importante fábrica de delantales que confecciona, entre otros, los que usan mayoritariamente las empleadas domésticas hasta hoy- resulta en una relación menos libertina y más opresiva y subordinada para las mujeres implicadas. En los sentidos comunes prevalentes, ello queda situado en un tipo de mujer que, fruto de este tipo de relacionamientos sexuales entre hombres y mujeres de distintas clases y funciones sociales, termina situada socialmente en la marginalidad de una maternidad en soltería juvenil y popular: “Amigos míos tuvieron guagüitas con empleadas, o sea las empleadas tuvieron las guagüitas.”/”Y apechugaron.”/”Y las echaron puh, por supuesto, el niño era protegido, ...o sea, el papá de la guagua era protegido.”/”Por eso te digo, era una sociedad demasiado hipócrita.”

Por otra parte, la mayor proximidad social o territorial, etc. entre ellas y las amigas de los hombres jóvenes hace emerger una interrogación por la diferencia entre unas y otras: dudan sobre una aparente total disponibilidad de las últimas y ninguna disponibilidad de las primera, mediante una especialización entre ser o no ser para el sexo no marital (“Es que sabes que ya en la generación mía ya no iban a casas de cita, ya habían niñas para eso, que lo deben haber pasado chanco en todo caso, perdóname, si la gansa fue uno, ellas tuvieron una experiencia y ellas están ahí, están regiamente casadas. No puede ser que todos pasaron por ahí, a lo mejor eran niñas que tuvieron relaciones con alguien que no fue el marido no más y que después al gallo se le cayó, algo así tiene que haber sido, pero yo pienso que eso fue más de boca.”).

De fondo, el discurso grupal expresa una dislocación de los lugares y posiciones de las mujeres en los procesos de iniciación sexual, tal como se presentan. Si la percepción dominante es que os hombres ya no se inician en contextos de comercio sexual, y que incluyen entre sus parejas a la figura de la amiga -imprecisa para las mujeres-, ello produce un reblandecimiento de las barreras que separaban los procesos de iniciación sexual de los suyos propios: ellas mismas, como las

amigas y primeras parejas sexuales de los hombres, pueden confundirse unas y otras en las representaciones sociales, y en los relacionamientos, dependiendo del significado que le otorguen los actores: lo que puede ser la polola para sí misma, puede ser amiga para el otro ("Entonces nosotras éramos las niñas buenas, las niñas decentes... y para eso estaban ellas. La verdad es que yo no sé si estaban para eso o no, porque yo considero que los hombres son harto mariquitas para hablar, entonces yo realmente no lo sé... después me vine a dar cuenta que eso no podía ser, en esos momentos que uno no entiende nada porque no tiene ninguna información, claro, yo creía que sí.

Lo anterior también deviene en reconocimiento de una emergente disponibilidad de las mujeres. Por cierto, puede sugerirse que las transformaciones en los procesos de entrada masculina, son factibles porque emerge en la sociedad una nueva disponibilidad femenina para el sexo antes del matrimonio. En eso se basaría, también, la desaparición del comercio sexual de los procesos de entrada masculina en la sexualidad activa.

Emergen en esta generación, en el marco de una naciente sociabilidad juvenil del malón, una prácticas exploratorias del cuerpo y sus sensaciones, de la seducción y la intimidad, del aprendizaje de los guiones sexuales interpersonales.¹¹⁸ Las aproximaciones corporales masculinas -el punteo- y disposición femenina al beso profundo, así como interacciones corporales eróticas no coitales -el atraque- son signos de unas nuevas prácticas subjetivo-culturales en el ámbito de la sexualidad: "Yo me casé pero tenía sus agarrones con mi pololo que fue mi marido, bien efusivo (ríe)" "¿Te acuerdas que uno bailaba...?, bueno, no sé pues, yo bailaba así poniendo las manitos así... ah yo era harto mala galla (risas)" "¿Mala o fresca?" "Bueno, las dos cosas." "Ya, como dices mala, digamos lanzada." "Y los pololeos de nosotros, al menos a mí y a mis amigas también, era sin relaciones sexuales, eso por ningún motivo, pero sus toqueteas, eso sí. Como se dice atraques." "El atraque al menos en mi época era en la fiesta conocer un niño y besuquearte con él y chao.").

Sexualidad de mujer, entre la proscripción y la ruptura normativa. Emerge también, en el marco de una disolución progresiva del matrimonio por amor en la pareja por amor, una disponibilidad para el sexo en la pareja, aunque ésta no sea matrimonial. Para estas generaciones de mujeres, la elección de la primera pareja sexual vincula a la figura de la pareja afectiva, por convención o expectativa; no se sitúa siempre, real o imaginariamente, en el horizonte del matrimonio; y la

¹¹⁸ Esto recuerda lo que Hugues Lagrange llama el periodo de la *sexualidad de flirt*, que no es propiamente coital y que progresa desde el primer beso profundo hasta el sexo penetrativo.

sexualidad participa de la consolidación -no de la construcción inicial- de la relación, y expresa la madurez de la misma. A las prácticas sexuales se llega fruto de la relación; no se construye la última a partir de las primeras: “Uno tenía que pololear un montón de años antes de que el pololo le pusiera una mano encima, yo por lo menos fue con mi marido y con la única persona que he tenido... pasaron como cuatro años antes...” Por cierto, se observa una estructura de relaciones de pareja premaritales. Se configura en la organización de los relacionamientos conducentes al matrimonio como parte de la construcción social del matrimonio prevalente en décadas pasadas en la sociedad chilena. Se trata de la instalación más plena de la concepción del matrimonio por amor, basado en la elección por parte de los participantes. El pololeo y noviazgos constituyen relaciones afectivas juveniles, cuyo horizonte es el matrimonio, sean éstas exitosas o fracasen en su empeño (“Sí, terminaba casándose uno al final. Yo con todas las amigas que tenía terminaron casándose con el pololo.”).

Para esta generación de mujeres, la experiencia juvenil de la sexualidad se ubica en el campo de las tensiones entre proscripción y ruptura normativa: en general, se discute si las relaciones sexuales están en el dominio de lo permitido o lo prohibido; y la subjetividad se interroga a sí misma respecto de su ocurrencia, sobre las significaciones, las condiciones y los efectos de un despliegue de la sexualidad que se desvincula del matrimonio. La pregunta moral se plantea en términos de ¿tengo o no tengo sexo antes del matrimonio?, lo que está en juego es la resignificación de la sexualidad femenina como algo a interpretar desde una perspectiva moral (por ejemplo, como ahora, aceptándolo como buen sexo, o negándolo desde la tradición que vincula al sexo con la institucionalidad o al menos con el amor y el romance).

El discurso de las mujeres de esta generación revela una exigencia de alta selectividad en las elecciones femeninas. Si bien, existe el principio de la libertad de los miembros de la pareja para elegirse mutuamente, no basta el amor por sí solo para otorgar legitimidad a cualquier relacionamiento. La elección no conlleva ensayos y errores; por el contrario, se demanda de ellas una alta capacidad de acertar en las mismas. Un principio de clasificación de las mujeres prevalente en la cultura opera como inhibidor de la recurrencia del pololeo femenino (“Eran relaciones largas, uno empezaba en el colegio y terminaba después cuando el cabro trabajaba y se armaban por ahí pero no... difícil es que tuvieran varias experiencias.”/“No pues, era una suelta.”).

Las relaciones sexuales aparecen inextricablemente vinculadas al embarazo, como consecuencia inescapable, como si no mediara nada entre ellos, para hacer posible lo primero e inhibir lo último. Conocen y anticipan los efectos catastróficos de la sexualidad premarital como riesgos y daños propiamente de mujeres: “Es que tener relaciones era embarazo inmediato.” Ello daría sentido a no

tener sexo (“Yo creo que por eso no nos acostábamos también antes.”); sin embargo esta generación incrementa la iniciación premarital. Se trata de una generación de mujeres que hace su entrada en la sexualidad activa en un contexto histórico en el cual la sociedad chilena empieza a disponer de tecnología contraceptiva médica. Aunque no se haga efectivo su uso, empieza a aparecer la posibilidad de prevenir el embarazo. La sexualidad puede ahora volverse reflexiva: “Ya no te ibas a embarazar con la píldora, aunque igual se tiene que haber embarazado una montonera, pero ya no tenían ese miedo a que te sacaran la mugre, yo creo que el miedo a los golpes era terrible.”

Estas generaciones de mujeres inician su vida sexual a distancia de la tecnología anticonceptiva (“Es que uno no sabía.”/“Estás loca, ir a una farmacia a pedir anticonceptivos, qué vergüenza.”/“Ya daba vergüenza ir a comprar alguna otra cosa femenina.”/“¿En qué año apareció la píldora?”). Observado este hecho desde la situación de expansión de las tecnologías anticonceptivas, esto requiere ser indagado: ¿Había condiciones para planificar la entrada en la sexualidad activa por parte de las mujeres en estas generaciones? En el país se inicia oficialmente la política de planificación familiar en el año 1965, dirigida, no obstante, preferentemente a las mujeres unidas y múltiparas. Los procesos de entrada en la sexualidad activa de las mujeres, por ello permanecen hasta décadas muy posteriores fuera de condiciones efectivas de planeación del riesgo del embarazo no deseado. La noción de planeación sexual que se instala progresivamente en la sociedad chilena como parte de procesos de reflexividad, se vuelve contradictorio: la presencia de la tecnología hace en teoría evitable y programable el embarazo, no se presenta disponible culturalmente ni institucionalmente para las mujeres nuligestas.

La incorporación a una cultura preventiva y al sistema de planificación familiar vino efectivamente después. En otro contexto: en el de la pareja unida -matrimonio o convivencia-, y después del primer hijo. (“El año 68 ya estaba porque yo tuve mi hijo en el 67 y después me cuidaba con el óvulo, pero era bien como incierta, no era cien por ciento seguro, pero por último daba lo mismo si quedaba embarazada porque estaba casada, era la diferencia, y después en el 71 mi hija nació, y después de ahí yo empecé a tomar pastillas, como que antes no estaba...”/“No, te ponían dispositivo pero no habían pastillas, las pastillas aparecieron después del 70.”).

La tecnología anticonceptiva resulta crucial en las nuevas disposiciones de las mujeres respecto del sexo premarital, en tanto hace posible una prevención eficaz del embarazo no deseado. (“Yo creo que fue la píldora, en forma masiva se dio la píldora.”/“Claro, fue súper importante eso.”). Ello ha tenido un efecto mayor en la sexualidad, particularmente de las generaciones más jóvenes (“Ahora la juventud se ha liberado cualquier cantidad porque tú calladita vas, te compras tus

pastillas, te las tomas, tienes las relaciones con tu pololo, no quedas embarazada si te las tomas todos los días, como debe ser, entonces así te vas iniciando y sin ese susto de quedar embarazada”).

Cambio en la sexualidad, transformaciones en la sociedad. Sin embargo, ello no se comprende sino dentro de transformaciones sociales y culturales más amplias y en las cuales tales disposiciones subjetivas adquieren sentido. Transformaciones vinculadas a procesos de movilidad social, emergencia cultural de las nuevas generaciones, transformaciones de las estructuras familiares prevalentes, etc., se presentan como nuevas oportunidades para los sujetos, en particular para las mujeres y jóvenes.

De forma general, en el discurso, las referencias al cambio se sitúan en dos momentos históricos distintos, sin embargo conectados entre sí: una primera referencia es al periodo que antecede a la Dictadura Militar y la segunda es al periodo que sucede a ésta.

El primer momento corresponde a la segunda parte de la década de 1960 y comienzos de la siguiente; el último a la década de 1990. Se trata de cambios epocales que en términos biográficos les ubican en épocas de la juventud y de la madurez.

Fenómenos de movilidad social y expectativas de ascenso social, como un cambio en las mentalidades (“Yo creo que se amplió un poco más la visión de nosotros.”), en vistas a las nuevas generaciones –por los hijos- y realizado desde el género –las mujeres- emerge una disposición a la movilidad social (“Nosotros les dimos más oportunidades a nuestros hijos que la que los papás nuestros no nos pudieron dar, esa es la visión, no solamente de afuera, ¿por qué empezó a trabajar la mujer?, porque quería darle mejores condiciones a sus hijos para que salieran adelante.”/”Claro, darles profesión a todos.”/”Darles profesión, que no sean “lo que yo he sido”).

Fenómenos de apertura en las comunicaciones mediáticas; la introducción y masificación de la televisión conlleva una nueva conexión con las sociedades extranjeras, con la comunidad internacional en la cual el *mundo* puede ser observado desde la sociedad local, y con ello, ésta quedaría expuesta a su influencia, sin control interno alguno a sus mensajes (“Todo eso se trajo de afuera, o sea se empezaron a copiar modelos de afuera.”/”Fue creciendo el país yo creo.”/”Yo creo que las comunicaciones influyeron mucho, el hecho de que llegara la televisión y de Europa que viniera, o sea ya era más fácil, yo creo que empezó a abrir a la juventud a esos nuevos horizontes, antes aquí no se veía.”).

Cambios en la estructura de las familias: Cambios culturales que modifican el status de las generaciones al interior de la familia: “¿Cómo decirte?, empezó a nivelarse con la nueva juventud y posiblemente ¿entiendes tú? fueron los cambios que hubieron.” Por una parte, por un debilitamiento de la autoridad familiar, de su legitimidad e integridad. Por otra parte, por un cambio en la estructura conversacional en la familia: los niños y jóvenes como hablantes legítimos: “...porque tú ves que ahora los hijos son muy cuestionadores, son muy críticos, tú antes no criticabas a tu mamá ¿tú cuándo empezabas a criticar a tu mamá? cuando tú ya eras adulta y te dabas cuenta que mucho de lo que te dijo de tanta rectitud, o el papá, que por ahí el tío había tenido por ahí algo, o el otro tío o la tía, entonces tú ahí vas diciendo: “puchas, me estaban contando un cuento”.

Los jóvenes generan culturas propias, actorías sociales, circuitos culturales de consumo, estilos, etc. (“Cambió todo, cambió la música, hubo permisos.”/“Yo creo que lo de los hippies fue muy importante.”/“La misma música, el cambio de la música, nosotros bailábamos despacito.”).

En materia de sexualidad, erotismo y relaciones lo primero es parte de una corriente de cambios sociales y culturales en que no aparecen referencias institucionales ni actorales importantes. El movimiento hippie es referencia cultural juvenil externa, en un contexto en que todavía el fenómeno de globalización no se produce, y segmentado social y territorialmente. Otra referencia es SILO, pero marginal, desconocido, radical y temido. Está en la memoria colectiva. sin embargo, la fiesta que se realizara en el país y que emula Woodstock, “Piedra Roja –que le llaman-“ pero no identifica en su estética, y en una ética que invoca el amor al modo no clásico, que no ajusta con las posibilidades de esta generación de mujeres (“Los hippies era amor y sexo pues, era amor libre pues. Si porque acuérdate que se vivía en una casa y no era que todos con todos tampoco sino que cada uno tenía su pololo, su pareja, bueno, y si peleabas con él y pololeabas con otro y él con otra...”/“Se iban cambiando, vivían en grupo.”/“Claro, yo conocí eso, no lo viví, lo conocí y era el hippismo de... bueno, a mí me tocó justo cuando empezaron los hippies, justo-justo, yo tenía como 16 años cuando llegaron los hippies aquí, así es que yo lo viví, la revolución de las flores y toda la cuestión.”).

Tales cambios parecen situarse fuera de la política: política y sexualidad no se conectan. Corresponden a esferas separadas de la vida (“La política era política.”) Si la última es privada, lo es en extremo, no es tematizable en ningún lado: “La sexualidad estaba tan escondida en todos los aspectos de la vida.”. Los temas de la política eran otros (“En ese tiempo eran otros los temas, eran los temas de la justicia, de la educación, del trabajo.”). Estar en esfera de la política demandaba un tipo de sujeto político como estratega (“Porque ellos eran políticos, ellos no iban a

tocar nunca ni la pastilla, ni te iban a tocar el caso de los abortos, ellos se habrían quemado en esa época.””A lo mejor en sus reuniones interiores tocaban algunos puntos, pero dentro de los senadores o diputados eso era quemarse.).

De forma más general, no hace parte a los ordenamientos políticos: ser de derecha, centro o izquierda no dice relación con definiciones en esta esfera. La introducción de la política de planificación familiar en Chile en la década de 1960 no tuvo signo políticamente progresista ni feminista, su signo fue propiamente sanitario. de la época hacerse cargo de los temas de la sexualidad. Los discursos no reconocen en la época la presencia de progresismo en esta materia (“Los partidos no eran progresistas como son ahora; por ejemplo, no se habría podido tocar la ley de divorcio, no se habría tocado en caso de reconocer a los hijos ilegítimos...”). Tampoco existía en la sociedad chilena requerimiento: “No era un tema de importancia como es ahora.””Dicen que 50% de los niños que han nacido están fuera del matrimonio, eso es una brutalidad entonces hay que buscarle un acomodo, una solución; en nuestro tiempo eran contados con los dedos los que podían separarse o tener hijos fuera del matrimonio.””Ni siquiera habían tantas separaciones también.”).

Las transformaciones en la esfera de la sexualidad son principalmente fenómenos culturales; la política se presenta como el escenario de fondo que genera o inhibe condiciones normativas para que ello suceda: libertades públicas, pero ello ocurre décadas más tarde en la sociedad chilena.

Sin embargo, en los discursos de las mujeres de esta generación, aparece una dificultad de acoplamiento entre ellas, las mujeres de su generación, y tales oportunidades. En una época en que emergía una convocatoria cultural a la libertad y a la autonomía, justamente, esta última se revela contradictoria: se presenta como meta, sin embargo, también como condición. Para alcanzar mayor autonomía en ese contexto, se demandaba de los sujetos una autonomía interior, de la cual no disponían, aquí enunciada capacidad de lucha, fuerza o tenacidad porque había que romper resistencias familiares y barreras culturales (“Una época de la vida de un cambio fantástico, de un cambio que me costaba entender, o sea no fui tan audaz en ese sentido. Yo creo que a mí me faltó más fuerza, por ejemplo yo quise estudiar, yo quise ir a la universidad y mi papá se opuso porque todo lo que yo quería estudiar mi papá consideró que no era para mujer... Mi papá me preparó a mí para casarme y mi mamá estuvo de acuerdo, no sé si estuvo de acuerdo o se quedó callada.”). A la resistencia masculina paterna se suma la de la pareja: “O te casa o estudias.” es una manera de formular una disyuntiva vital para las mujeres de esa generación: profesión y matrimonio se elaboran como opciones y caminos divergentes, en los momentos en que empieza a estar disponible el acceso de las mujeres a la universidad (“...el que iba a ser mi marido también pues,

me dijo: “o te casas o estudias”, yo le dije que yo estudiaba ¿ves tú?, entonces hubo otra presión en la casa, entonces yo dije: “bueno, me voy para mi casa, como que me abandoné a eso, y fracasé pues.”/“No seguiste en la lucha como quien dice.”). Por su parte, la generación anterior de mujeres –las madres- no estuvo disponible para una alianza que redujera la resistencia masculina paterna (“Trabajar no, estudiar sí, terminar el colegio sí era importante pa ser señorita.”/“La mamá te llevaba a la cocina y te enseñaba a hacer comida... a mí mi mamá me preparó, me enseñó a coser, a cocinar.”/“Uno hacía lo que la mamá le decía, no tenías otra oportunidad, no tenías derecho a pensar ni a sentir.”).

El segundo momento, en el periodo post-dictatorial, aparece en el discurso como el de mayor dramatismo en las transformaciones en la sexualidad. Las décadas precedentes, de 1970 y de 1980, resultan inerciales en materia de sexualidad: se impone en la sociedad la continuidad de un cambio lento y progresivo, que ni siquiera la dictadura interrumpe, aunque se reconocen reversiones (penalización del aborto terapéutico), y detenciones (ley de divorcio). El periodo de post-dictadura remite en el imaginario social a otros procesos similares, y las consecuencias sociales y culturales del término de los autoritarismos políticos, así como de procesos de apertura que se presentan en las transiciones democráticas. El proceso español resulta dominante en el imaginario grupal: “Después del gobierno militar, yo insisto que influyeron mucho las comunicaciones porque cuando en España vino esto de la liberación...”/“Después de Franco, claro.”/“Después de Franco vino una apertura en España que ya fue de una opresión a una libertad absoluta...”/“De extremos.”).

El cambio en la sexualidad es elaborado, entonces, con referencia al cambio en la política; ambos son significados con imágenes de exceso, de extremo (“de extremos, claro, entonces cuando pasó lo del gobierno militar aquí y llegó la Concertación ocurrió algo parecido, entonces empezó esto como a liberarse en todos los sentidos pero no a liberarse con libertad sino con libertinaje, encuentro yo, que hasta el día de hoy hay demasiado libertinaje”). Sin embargo, no necesariamente las imágenes de extremo se activan para describir situaciones sino más bien para marcar el sentido del cambio y la (dis) posición del sujeto respecto del mismo; se exagera para discutir el sentido, no para evaluar efectos (“libertinaje en todo sentido, por ejemplo te lo muestran en televisión, antes en la televisión tú máximo veías un beso y te ponían películas para mayores de 18 años, ahora hay sexo explícito en televisión; en las universidades, en los shows estos que hacen de iniciación de cursos¹¹⁹, tienen relaciones abiertamente en grupos, o sea sin ningún

¹¹⁹ En realidad, el show de la procreación fue actuado por primera vez el año 1986, como parte de las festividades ‘mechonas’ organizadas por la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción.

respeto, o sea por respetar a la otra persona, ya no se respetan, ya no me respeto yo misma, o sea eso. En cuanto a todo porque en la economía suponte tú ya es una sinvergüenzura espantosa, el que no roba esto es un pobre piojo, hay que robar millones y millones pa que no te pase nada, o sea yo encuentro que en todo sentido, fijate encuentro que la sociedad ha ido en una decadencia absoluta de un tiempo a esta parte, aquí en Chile por lo menos”).

No obstante, se trata de un juicio que el sentido común no está dispuesto a incorporar de buenas a primeras (“Pero yo pienso que no es tan terrible lo que está pasando, yo no encuentro que sea tan desbordado”; “Yo tampoco fíjate”). Lo mismo ocurre respecto de la sexualidad (“Sí, yo creo que no, yo creo que la gente está viviendo como quiere vivir, te querís casar, vai y te casai, querís vivir con tu pareja, vivís con tu pareja y ves qué resulta, es más honesto que casarse con un tipo y aguantarse 20 años por los niños, por la mamá, por el papá, porque no tenía con qué mantener los cabros chicos ¿entendís?, entonces es más honesto, vivís cinco años con un tipo, ya, no resultó y hasta luego y no salen dañadas tantas personas”).

Es esta visión que rescata la transparencia y la libertad en la sexualidad, particularmente en las mujeres, la que parece instalada en los sentidos comunes de esta generación de mujeres (“Ahora sabe cómo es la parte sexual, nosotras a lo mejor podíamos haber sido frías y sencillamente no habríamos dado ni cuenta, habríamos seguido teniendo relaciones igual”; “claro pues, la mujer no era participativa, si participaba en el acto sexual era una trabajadora sexual porque tenías experiencia y eso era pecado...”

El discurso grupal acerca de la sexualidad parece indicar que estas mujeres están en cambio, su vida es distinta la las generaciones de mujeres que les preceden, y que están en un mundo en cambio, pero el cambio no alcanza a producirse en ellas, se acoplan tardíamente y quedan fuera de la corriente principal.

3. Hombres adultos pertenecientes a estratos sociales medios.

Se trata de hombres pertenecientes a sectores medios urbanos, que en la actualidad tienen entre 50 y 60 años de edad. Nacieron en los años 1945 y 1955. De forma general, presentan un origen urbano. Son hombres que estudiaron la enseñanza media, y en algunos casos, fueron a la Universidad; actualmente son profesionales, empleados públicos o privados, empresarios o comerciantes. Están casados, se ha separado y vuelto a emparejar o han enviudado y vuelto a casar. Discursivamente, la aproximación a la sexualidad de los hombres de esta generación

aparece dada por un horizonte de tiempo histórico -otra época, otros tiempos-, generacional -la generación de los padres, la propia, la de los hijos-, biográfico -las trayectorias individuales.

Los sentidos comunes recogen y expresan una percepción de tal horizonte en términos de las nociones de ocultamiento y represión -en la cultura y en la cotidianeidad, -prescripción del sexo temprano o la contención -indicaciones contradictorias en la socialización de la masculinidad-. En todos los casos, la experiencia inmediata y a la mano se presenta como una transformación de los modos, usos, normas y valores: más abierta, más informada, más libre, más liberal (hasta el "libertinaje"), más diversa, más autónoma, etc.

La noción de ocultamiento refiere a una construcción social específica de la sexualidad que la sitúa en la vida social y personal, por una parte, como experiencia propia de lo privado, en oposición y a distancia de lo público, y como una zona densa, ambigua, opaca, en este caso, silenciada en las comunicaciones cotidianas entre las generaciones. Esta generación de hombres pertenecientes a sectores medios usa el término tabú para dar cuenta de tal clausura en la tematización de la sexualidad ("¿Por qué a nosotros nos marcó la sexualidad? porque nuestros padres eran ignorantes en el tema, lo veían como un tabú, lo veían como algo feo, cochino...").

La sexualidad es silenciada en las conversaciones inter-generacionales y no es tematizada explícitamente como sexualidad propiamente, a diferencia de las nuevas generaciones ("En esa época el tema sexual era un tabú, yo lo sentía así, era verdaderamente tabú, tú no podías plantearte a los 15, 14 años, en el despertar sexual eso de conversar con el papá y la mamá,, estaban absolutamente lejanos a todos esos temas, como dicen los lolos¹²⁰ no te daban ni siquiera la pasada, entonces yo siento que cada uno se las arreglaba un poco como podía").

Sin embargo, disponen de conversaciones intra-generacionales en el marco de una sociabilidad masculina de pares, que producen el efecto de adentrarse en la sexualidad a través del morbo: "¿Pero tenías la curiosidad? /Más, más, más pues. /Eso era lo que a uno le daba más curiosidad, o sea más investigación"; o a través del doble discurso: "Pero si la historia de C. C. cuando se acostó con la secretaria pues ¿te acuerdas o no?, tenía su amorío con la secretaria, fue famoso, siempre se hablan las mismas cosas". Del escarnio y la violencia manifiesta a lo "abyecto"¹²¹: "¿Pero qué pasaba con nosotros con los colas cuando salían a la calle? Nosotros los agarrábamos a patadas

¹²⁰ *Lolo* es un término que se usa para denominar a sujetos jóvenes.

¹²¹ La noción de abyecto la usamos en el sentido en que la aplica la investigadora Norma Fuller en los estudios de masculinidad para la comprensión de lo homosexual en las construcciones identitarias asociadas a la masculinidad heterosexual.

desde que salían de su casa hasta que llegaban a... éramos malos en ese tiempo, no aceptábamos eso de los colas.” Marcada por la exageración: “... y conversábamos poniéndole más todavía... /Tú dijiste algo bien importante, que era típico de la época el tipo que se cachetoneaba ¿ah?, era típico: “me pesqué a tres”, era típico de la época. /Claro, porque era tabú.”

Del mismo modo que silenciada en las conversaciones inter-generacionales, la sexualidad se presenta como reprimida en la experiencia de los sujetos y en la relación entre éstos y las instituciones. Con ello, refiere el discurso no sólo a una limitación institucionales de prescripciones y proscipciones, sino también a una colisión, a un conflicto en el plano de la sexualidad entre sujeto y cultura (“Las minas se te pegaban al cuerpo, tú les sentías la mejilla la tenían ardiendo, las mujeres también estaban califas igual que uno no más, estaban reprimidas ellas por las monjas y nosotros por los curas.”).

Las instituciones se presentan en los discursos constrictivas. Sin embargo, a diferencia de las percepciones de las mujeres de esta misma generación, -como se ve más adelante- resultan contradictorias entre sí. Mientras la iglesia y la escuela católica colocan en las comunicaciones colectivas e individuales, en la misa, la confesión y la clase indicaciones, normas, juicios morales, en orden a promover la abstinencia y la contención sexuales (“Estuve toda mi preparatoria y parte de las humanidades en colegio de curas, entonces, era lo más parecido al pecado la relación sexual y no se podía hablar. / Los curas siempre limitando la cuestión, de portarse bien, de ser caballeros, de no agarrarle ni siquiera una pechuga a la polola porque eso era más o menos trágico. Esa era la limitación que uno tenía.”).

Otra de las instituciones de socialización, la familia, opera no sólo en el orden de las proscipciones, de lo no hablado, de lo no conversable, como clausura de la intimidad; también produce una indicación performativa, prescribe ciertos comportamientos. Pero, a diferencia de las mujeres, respecto de las que la familia asume un rol pro-activo en la indicación y vigilancia de la virginidad, a ellos les indica la iniciación como prueba y logro de la masculinidad heterosexual, menos por indicación intergeneracional paterna y más por medio de favorecer una salida hacia el mundo más temprana para entrar en culturas masculinas de pares, que les socializan en entradas tempranas a la sexualidad activa. En este sentido la sujeción a la autoridad paterna se expresa de forma un poco distinta a la sujeción de las mujeres. Tal apertura a la socialización por pares conlleva alguna autonomía de los sujetos jóvenes.

En medio de un escenario cultural contradictorio, entre visiones de la masculinidad que indicaba una iniciación temprana y la abstinencia a que convocaba la iglesia católica, los sujetos quedan

expuestos a una iniciación sexual que se mueve con códigos propios, entre lúdicos y exploratorios, fuera de los sentidos comunes socialmente aceptados (“¿quién de nosotros no estuvo con seis gallos agarrándose y mirándose todos la cuestión y echando competencias de quién tenía la cosa más grande, ahora uno no se imagina a la juventud así y, sin embargo, en la época de nosotros sí, uno iba a un paseo y era normal que se mostraran uno a otro y se compararan, era una cosa normal”).

Ensayo y preservación, de las instituciones a los vínculos: Sexualidades de hombres y mujeres. Los hombres participan de una estructura que distingue sexualidades apropiadas a los sexos. Una sexualidad femenina es una sexualidad marital, a diferencia de la masculina, que prescinde de tal estado para su ejercicio. Ellos pueden ser vistos como cazadores, sistemáticos o furtivos, del sexo ocasional. Ellas como unas presas a cazar, cuya competencia consiste en la contención y la elección. Ellas eligen a las parejas sexuales. “Ellos van a todas.”, “Ellas dan o no la pasada.” La socialización masculina se experimenta como un aprendizaje de la caza, aprendizaje del dominio en la intimidad -agarrar y manosear a una mujer sin conocerla- (“Bueno, la primera vez obviamente hay que ver qué pasa y si se la están dando, bueno, uno la toma no más.”/“Más que nada deseo, más que curiosidad fue un deseo no más, el deseo propio de un hombre a una edad que es potente así es que si se la están dando, bueno.”).

Se vuelve una estructura de complementariedad binaria, jerarquizada, especializada: Por una parte, activo/pasivo; búsqueda/receptividad; seducción/elección son términos de la cuestión sexual de los sexos (“Los fines de semanas o íbamos a los populares de los cines porque ahí te agarrabas una mujercita, te la agarrabas y te la manoseabas entera, en todos lados y tenías 14 o 15 años, más precoz que los que hay ahora porque ahora los cabros son más tontos.”/“Nosotros estábamos bailando a los 14 años y a los 14 años nos pegábamos a las mujeres en tono de conocerles sus partes, sus presas por todos lados.”/“Existía dentro de la psiquis de los gallos puntear y toda la cosa y si podía existir algo más iba a existir, dependía mucho de hasta donde te toleraban las mujeres porque también tenían algo de miedo...” Por otra parte, impulso/cálculo, desregulación/control: “Estamos hablando de antes de la píldora anticonceptiva, cuando estaban recién apareciendo los métodos entonces eso significaba que la mujer tenían sus tranças y que nos aguantaba a lo mejor el atraque, pero no te aguantaban más.” Se reconoce el deseo femenino como natural (las mujeres también estaban califas igual que uno no más), pero la mujer es la reguladora de las relaciones sexuales (dependía mucho de hasta donde te toleraban las mujeres). El hombre no se autorregula. Ella lo hace según norma institucional no según individuación (intereses, deseos, etc.) El hombre siempre quiere, y quiere siempre más.

Puede sugerirse que son arrojados a una sexualidad sin contención: “¿Sabes lo que pasa? que el gran problema que tenía gran parte de la juventud de la edad de nosotros era que a uno lo fueran a pillar haciendo el acto, entonces todo tenía que ser apurado, era muy de moda pescarse a las minas en la calle, en los cerros, en los cines, en todos lados, no existían los moteles como ahora y tampoco había plata, entonces tú tenías que hacer tu acto rápidamente y después ya cuando uno se casa el comportamiento cambia totalmente porque hay amor, tienes que dejar satisfecha a la mujer, etcétera, etcétera.”

De eso se escapa a través de la renuncia al sexo, la postergación: “Éramos muy activos, yo por lo menos me reconozco desde deportista, me gustaba la música, en el colegio participaba en la selección de fútbol, tenía grupos musicales, bueno, tenía que estudiar también. Entonces en ese sentido tuve un despertar tardío diría yo de la sexualidad, no era mi tema, mi obsesión de los primeros años, eso que tienen que ver con los ritmos de cada uno no más.”

Su entrada en la sexualidad activa se produce a distancia de los contextos relacionales de la pareja conyugal y del comercio sexual, más cerca del sexo en una sociabilidad -que gruesamente puede denominarse amistosa- del sexo con mujeres conocidas y de la ocasionalidad del sexo con desconocidas, e inaugura el sexo con la pareja afectiva no conyugal.

La mujer conocida es polimorfa como figura; es amiga, conocida, empleada o vecina. Se trata de una pareja sexual con la que se comparte una cierta proximidad territorial, el barrio, que era tan central en esas décadas en la estructuración de la sociabilidad.¹²² Se trata, por tanto de una mujer al mismo tiempo conocida -vive, trabaja o transita por el barrio-, que desconocida -no existe vínculo amoroso alguno con ella, no es la polola, novio o esposa-. Es una figura cercana a la ocasionalidad, sin embargo, no se reduce al episodio único, opera más bien como recursividad, intermitencia. Es una pareja sexual que no se constituye en el horizonte de la pareja afectiva. La amiga (sexual) no deviene polola o novia (“Fue una niña que tenía un negocio. /Se dio./Es que a mí me gustaba, físicamente me gustaba la niña./ Bueno, la primera vez obviamente hay que ver qué pasa y si se la están dando, bueno, uno la toma no más./Más que nada deseo, más que curiosidad fue un deseo no más, el deseo propio de un hombre a una edad que es potente así es que si se la están dando, bueno..”).

¹²² Los barrios funcionaban como tales, como circuitos en que la vida cotidiana se producía, los amigos de la escuela vivían cerca, se compraba la mercadería en almacenes de barrio, se iba a la iglesia del barrio, a las fiestas del barrio.

Entre ellas, la empleada doméstica¹²³ emerge prototípicamente como la figura socialmente disponible, en los imaginarios sociales, al modo que generaciones más antiguas tuvieron a la trabajadora sexual, sea que se iniciaran o no efectivamente con tal figura. Esta generación de hombres de sectores medios parece disponer de esta figura femenina vinculada a la iniciación, degradada, no obstante, por su misma disponibilidad, en sus representaciones sociales (“Era una empleadita, pero era una novedad, yo tenía un primo que era yunta conmigo y mi primo me dijo: “¡por la flauta, tú todavía no! “y me llevó una empleadita, pero fue una relación una o dos veces y nada más.”).

La ocasionalidad se organiza en torno a la figura informe de la recién conocida: “yo con chicas del barrio a los 16 años me iba a meter al Londres, en esas porquerías. Íbamos al cine con otro amigo, fuimos con dos hermanas y de repente dice: “ya puh, sígueme”, lo seguí y se metió a un hotel, y yo ni conocía a la hermana, metidos ahí, cada uno en una pieza, el despertar sexual: 15 años, 16 años...”

La figura de la trabajadora sexual, clásica en los imaginarios sociales de la entrada masculina en la sexualidad activa en contexto de ocasionalidad, aparece como una figura desplazada, accidental (“Cómo lo hacen recordar a uno, mi primera relación fue con una niña en la calle, la llevé, yo tenía una citroneta creo, y fue una mala experiencia./ ¿Para ti o para ella? /Para mí. Era trabajadora sexual, derechamente. / Sí, claro, por eso te estoy diciendo.”).

Una figura emergente es la polola, inaugura el desarrollo de un contexto de pareja, pero no conyugal. Inicia el contexto de pareja en los procesos de entrada en la sexualidad activa que se consolida como uno de los contextos en que se produce la iniciación sexual en las generaciones siguientes. Ahora bien, con la pareja es estabilidad, consolidación de la pareja, por tanto la sexualidad se incorpora avanzada la relación. No la inaugura ni la genera, la consolida y la proyecta. Desde la construcción del afecto y la intimidad se llega al sexo. El sexo anticipa y conduce al matrimonio Por ello, corresponde a un tipo de entrada tardía, que articula el sexo en proyecto biográfico y conyugal (“Recién yo trato de relacionar, o sea yo tenía 17, 18 años y tuve una polola con la que actualmente estoy casado, pololeé siete años con ella, tenía 14 años, así es que el primer encuentro sexual fue con la polola, yo fui virgen hasta mi primera polola.”). Se produce cuando todavía el embarazo conduce al matrimonio en esta clase y no está disponible la tecnología anticonceptiva moderna. El hombre comparte el miedo de la mujer. Reaccionaban

¹²³ La mujer que trabaja en servicio doméstico remunerado. En la actualidad se usa en la sociedad chilena la expresión *trabajadora de casa particular*, no obstante, continúa el uso de carácter peyorativo de *empleada doméstica*.

positivamente al temer al embarazo de las mujeres (“Cada uno ha tenido su realidad distinta pero yo tengo la percepción de que la mujer también –estoy tratando de recordar- tenía ciertas trancas con respecto al tema sexual en el sentido que veía muy en relación directa la relación sexual con el quedar embarazada. Estamos hablando de antes de la píldora anticonceptiva, cuando estaban recién apareciendo los métodos entonces eso significaba que la mujer tenían sus trancas y que nos aguantaba a lo mejor el atraque pero no te aguantaban más.”).

Se conoce algo de métodos naturales, pero no se tiene las competencias que su gestión requiere (“Había un sistema, el Biling... /El Ogino Knauss. /No me acuerdo cómo era el... entonces había que elegir el momento en que la mujer no estaba en su etapa más fértil, tú corrías mucho riesgo.”).

4. Hombres adultos pertenecientes a estratos sociales populares.

Se trata de hombres adultos de estratos sociales populares urbanos, nacidos entre los años 1945 y 1950, que emigraron del campo a la ciudad siendo jóvenes adultos o nacieron en ella. Tienen niveles bajos de escolaridad y se desempeñan como trabajadores asalariados o desempeñan oficios de servicios –obreros de la construcción, panaderos, choferes de locomoción colectiva, gasfiteros, porteros, etc.- y en su mayoría casados con hijos e hijas y nietos pequeños; algunos hombres son viudos y vueltos a casar y otros conviven con una segunda pareja, luego de una separación.

En general, vienen de familias en las cuales los padres ejercían una autoridad fuerte y la relación con los padres es caracterizada como de humildad, respeto y obediencia (“Antes había más humildad en la gente oiga, otra mentalidad de la gente”. La mirada a la época, a la familia, a la escuela y, en general, a la sociedad, aparece dominada por las imágenes de respeto y de disciplina; así se recuerda, así se imagina, así se construye discursivamente el mundo de los padres. Por ello, particularmente para los sectores populares, el cambio en la sociedad y en la sexualidad aparecerá asociado a la pérdida del respeto y de la disciplina; cada quien hace lo que quiere, sin respeto por nadie.

Los discursos refieren a la iniciación sexual tardía (“yo era bien quedao, hasta los veinte y tanto no le había visto el ojo a la...”; “yo hasta me casé no sabía lo que era mujer”). No obstante, también estaba la posibilidad de la iniciación sexual temprana. Aparece entonces la imagen de la ‘mujer mayor’ que introducía al hombre a algo suyo; el hombre no sabe lo que está sucediendo, de deja llevar, no sabe qué hacer y se representa a sí mismo como un menor frente a una mujer mayor, experimentada, que sabe lo que hace. Sin embargo, no se pregunta por la sexualidad de la mujer,

aunque supone (ahora) que sería por deseo, por juego, por disponer de sexo sin asumir compromisos afectivos o formales (sin tener como perspectiva el embarazo, el pololeo o el matrimonio).

La imagen de los padres juega un rol muy fuerte en la representación del orden social; éstos conforman un núcleo de autoridad, respeto y disciplina que se expande hasta los familiares más cercanos y, en general, los adultos. En tal sentido, la noción de respeto se presenta más bien como el lugar asignado a las generaciones jóvenes, a los menores y a la relación de estos con sus mayores, con los adultos; el respeto es el modo de nombrar al orden social en uno de sus aspectos formales, el otro modo de nombrarlo es el temor o el miedo. En tanto respeto, la normatividad está presente en toda la sociedad, en sus instituciones y en sus hábitos y costumbres. Este será también un lugar fundamental en la transformación de la sociedad y de la sexualidad, particularmente en las relaciones entre géneros y entre generaciones.

Los discursos sugieren que desde temprano se sabía lo que era la sexualidad, lo bueno y lo malo; sólo que las prescripciones sociales eran muy intensas (“Y qué iba a hacer porque con el miedo de que iban a acusar”; “Claro, le sacaban la mugre, era más temor lo que teníamos”). Esta situación de acatamiento al orden normativo familiar y social aparece asociado a una construcción social de la minoridad: los menores no tienen acceso ni pueden hacer lo que hacen los mayores.

Por ello, los discursos se construyen desde una mirada a sí mismos de minorización, de ser menores: mujeres mayores que ellos, situaciones de juego que abren a la sexualidad, prestarse al juego sexual de las mujeres mayores. Desde esta situación de minoridad, particularmente los hombres adultos populares observan su infancia y adolescencia desde una mirada campesina, caracterizada por la timidez, la vergüenza y la dificultad para socializar con extraños (“era tímido”; “uno miraba por las rendijas cuando llegaban visitas”) y, sobre todo, la ingenuidad (“Uno era tan ingenuo”; “demasiado ingenuo”).

Esta misma mirada se proyecta respecto de las relaciones con las mujeres de la misma edad; se construye la imagen del adolescente o del joven que está disponible para actuar como compañía no riesgosa de mujeres jóvenes (“oiga señora, por qué no le da permiso a su hijo pa’ que vaiga con mi hija al pueblo y la acompañe”).

Esta misma mirada de minoridad y ingenuidad se despliega en los discursos sobre la iniciación sexual; las imágenes de sí mismos como niños puestos (por los padres) en situación de intimidad con niñas o mujeres mayores (acostados hacia los pies de la cama) que les incitan (“cuando se

apagó la vela –porque no existía la luz todavía en el campo- empieza a lesearme, a correr mano por abajo”; “a nosotros las niñas mayores, de 20 ó 25 años nos pedían para que les calentáramos la cama y en la noche hacían lo que querían con nosotros, que teníamos no más de 10 ó 12”). Del mismo modo, se despliega en las imágenes de los juegos (las escondidas) en que los juegos sexuales eran posibles y predecibles (“todos sabíamos a lo que íbamos”). Sin embargo, los juegos sexuales no equivalen a relaciones sexuales con penetración; ésta se presenta más complicada. La mirada de ingenuidad se presenta entonces como una limitación personal (“yo era bien quedao, hasta los veinte y tanto no le había visto el ojo a la...”). En esta imagen, es la mujer mayor la que toma la iniciativa, la que más sabe (“no pues, no sabía no cómo era, ella me enseñó, chis, cuando la ví yo, si ella me llevó, me dijo: “vamos” y yo no me quería sacar la ropa (risas) “sácate la ropa – me dijo- cómo te vai a acostarte vestido”). Incluso la iniciación sexual temprana, si la hubo asume un sentido ingenuo y lúdico (“Porque estábamos jugando, lo hicimos más por jugarreta, por curiosidad y porque yo no tenía idea, no se me pasaba por la mente una cosa así y, bueno...”).

La socialización en la sexualidad se produce en la comunicación con los pares (“Bueno, yo la experiencia que tengo, yo aprendí más por primos que me contaban cómo era la mujer, porque ya eran primos casados...”). Las experiencias directas con mujeres más bien les producían miedo o inseguridad (“a mí me pasó un chasco con una mujer con quien me acosté, con una chiquilla del campo, o sea yo estaba acostado y ella se fue pa la cama a acostarse conmigo y me dijo: “mira tómame la mano” y le tomé la mano, y me toma la mano así pa que yo le pase la mano pa'bajo y yo me asusté porque yo sentía que tenía pelos abajo y le dije: “por qué tenís esto” (risas)... me dio miedo, le tenía miedo, temor”).

El recurso a la prostitución aparece mencionado reiteradamente como parte de la vida sexual previa al matrimonio. Por un lado, desde un registro más bien adulto, de hombre independiente y que ya se gana la vida por sí mismo (“Yo cuando tenía como sus 25 años, cuando fue las primeras veces trabajábamos pa'rriba pa'llá Las Condes y nos veníamos todos los fines de semana aquí a Santiago donde las niñas buenas, nos veníamos allá a Maipú con la Alameda, ahí pa'dentro habían hartos... y llegando ahí pedíamos su jarro de vino y ligerito las mismas minas lo pescaban a uno: “vamos a acostarnos, vamos a acostarnos”, ya está pues, le pagábamos nosotros así, pero por ahí fue las primeras veces”). Por otro lado, como aprendizaje previo al matrimonio (“fue bonito porque lo que yo todavía no aprendía me lo enseñaron ellas”; “si pues, ahí le enseñan a uno”; “son profesoras, profesoras, le enseñan todos los placeres”).

Para esta generación de hombres populares la prevención de riesgos no aparece como un tema relevante (“No, qué, uno no se cuidaba na”), aunque la conciencia del riesgo siempre estaba

("amigos a los que los pringaron"). Sin embargo, la disposición al riesgo también se afirma en la propia experiencia de que 'no pasa nada' ("a nosotros nunca nos pegaron ninguna enfermedad a todos los que estuvimos por ahí, nunca, nada").

Las trayectorias sexuales de los hombres adultos populares aparecen marcadas por dos caminos posibles, a la mano. De un lado, la exclusividad del matrimonio ("conocí a mi señora y ya con mi señora me casé a los 27 años y hasta el día de hoy"; "Llevo 30 años casado, de ahí no he tenido relaciones con nadie más"). Por otro lado, la experiencia del matrimonio y las relaciones extraconyugales reiteradas ("después entré a las micros y ahí ooooh, a la vuelta de la esquina tocaba la bocina y salía una, después con otra y otra... me cabrié ya cuando supe una cuestión, corté el hilo altiro").

En sus trayectorias biográficas declaran haber tenido varias parejas sexuales ("Unas cinco, cinco mujeres he tenido"; "Yo mucho más, yo creo que unas cincuenta"; "No más de cuatro"; "Yo, sin mentir he tenido unas quince mujeres, jóvenes y viejas"; "Como siete").

Sus trayectorias de pareja muestran caminos diversos, desde la pareja única y exclusiva ("llevo 30 años casado"), a la ruptura temprana ("me casé, duré un año casado porque mi suegra no nos dejaba hacer vida tranquilos"), a la convivencia ("de ahí estuve como un año solo, arrendaba una pieza y después tengo yo una conviviente no más") a un nuevo matrimonio ("con mi conviviente tengo dos niños hombres, ya casado uno y otro soltero, pero al final también nos casamos"), o al abandono por parte de la mujer ("entonces mi señora se aburrió puh. No supe cuando se echó el pollo, se fue pues, se aburrió conmigo porque yo nunca supe hacerle cariño, de amarla, yo era muy bruto") y finalmente a la vida en soledad ("No, yo vivo más de 30 años solo"). Sobre todo, sus trayectorias de pareja muestran un aprendizaje doloroso, la pérdida de la esposa por la posibilidad de una relación nueva "No es que se haya ganado una medalla, uno después cuando pierde a su señora ahí se pega el alcachofazo, yo perdí a mi mujer, me enamoré de una comadre, me la pintó bonita y después me mandó a la cresta, y uno se pone tonto en la casa, que se vaya la señora y después le pega las puñalás".

La propia vivencia de la sexualidad en la actualidad aparece marcada por juegos de lenguaje que contienen figuras propias de la vida cotidiana ("subirse arriba del carro"; "la da huasca no más"). El mismo lenguaje conecta la sexualidad con las vivencias cotidianas y con las situaciones de pobreza y precariedad social ("uno tiene que estar con menos problemas"; "estoy cansado, que tengo este problema, que tengo este gasto, este otro, que la luz, el agua, qué se yo"). Por ello, la

sexualidad que experimentan ahora es enunciada como más madura, más pausada, más centrada en la intensidad de la vivencia (“poca pero buena”; “más pausado resulta mejor”).

Las percepciones de la sociedad muestran un cambio profundo, particularmente en el ámbito de la política. Hasta antes del golpe de Estado la política implicaba también una apertura notable de las libertades personales y de la cultura (“Cuando estuvo el señor Frei –el primer Frei- putas el país tranquilo oiga, había libertad, había libertad total, ahí es cuando le digo que amanecíamos en las fuentes de soda...”; “y hasta antes del golpe también había...”; “...no pasaba nada, yo tengo experiencias, estaba hasta las tres o cuatro de la mañana en San Diego con Alameda y nadie nos cogoteaba”). No obstante, la dictadura provocó un cambio profundo (“se cortó el hilo de esa cuestión”), cuyos efectos todavía se mantienen (“ya no hay tantas amanecidas ya, tiene que llegar más temprano porque si se queda tarde lo cuelgan y está obligado a llegar más temprano no más”).

En los discursos, la sexualidad se presenta como algo que no ha cambiado, como algo que está inscrito en el sujeto, que le sucede al sujeto, que le viene desde otro lado, desde la biología, desde lo no controlable y no planeable. Por ello, lo que ha cambiado es el contexto social, es “la mentalidad de la gente” o las comunicaciones humanas: “la tecnología, la televisión, la Internet”. Antes, como ahora, la sexualidad activa se presenta como lo inevitable, lo que tiene que ocurrir (“pasó lo que tenía que pasar”), en determinadas circunstancias, en determinadas relaciones, en cierto contexto. Antes, en el tiempo de los padres, había estructuras personales y familiares que contenían la sexualidad, sancionándola, castigándola. Lo que ahora no existe o se ha debilitado son las estructuras y las instituciones normativas tradicionales; los sujetos disponen de mayor autonomía para hacer sus trayectorias biográficas, a la vez que enfrentan también mayores responsabilidades y mayores riesgos. Desde la perspectiva de los adultos, las generaciones jóvenes (de ahora) tienen mayores oportunidades de individualización o de individuación; en cualquiera de estos registros, la sexualidad ya no es la misma de antes, como tampoco lo es la familia, la escuela o la autoridad, en general.

Una de las expresiones de lo anterior lo constituye la visión del cambio en la sexualidad como ruptura del orden social, una de cuyas referencias son los padres y uno de cuyos efectos es la mayor libertad personal (“Lo otro es que antes los padres eran más estrictos, no teníamos tantas salidas...”). Otra referencia inmediata es la comunicación (“ahora en la mesa los hijos todos conversan, cuando se almorzaba en aquella época el único compadre que tenía derecho a hablar era el papá”). La libertad personal y la posibilidad de la comunicación tienen expresión mayor en los medios de comunicación, particularmente en la televisión; ésta aparece como el ícono del cambio, como el acceso a la visibilización y la comunicación respecto de la sexualidad (“Este

programa de desnudos de las mujeres, desnudas, desnudas, niños de cinco años pa'riba entretenidos mirando ahí, y hombre y mujer desnuditos como Dios los echó al mundo”).

Es que la sexualidad se ha vuelto más abierta (“antes era oculto, yo hasta los veinte y tantos años no sabía lo que era mujer”) y, con ello, también ha perdido su sentido tradicional, su lugar en una estructura normativa que le otorgaba significado en tanto la ocultaba. Los hombres llegaban al matrimonio para recién aprender ‘lo que era mujer’. La situación actual es percibida como muy distinta (“No como ahora que los cabros son más despiertos, ahora agarran altiro no más”: “ahora los cabros de 10 años...), mas abierta e incluso más descarada (“claro, más cara de palo, más cara de raja como dicen los cabros hoy en día. Hoy en día por ejemplo en las micros los cabros se agarran a calugazos y no les interesa...”

Esta apertura implica también una mayor individualización de las generaciones jóvenes (“hay más libertad pa la juventud ahora, menos vergüenza”), particularmente en el caso de la mujer (“La mujer también, la mujer ahora de 14 años, 12 años, anda pifiando hacia los cabros, la misma mujer le anda pifiando a los cabros, y más encima andan con los pantalones que ya los tienen hasta a las rodillas ya, andan mostrando toda la parte trasera”; “Pero si las mismas cabras dicen que la sexualidad es libre”).

Sin embargo, el cambio también les interpela, les hace imaginar cómo serían sus propias vidas si hubiesen tenido las posibilidades de las generaciones jóvenes (“pero yo le veo un lado positivo al menos en mi caso, que si en mi caso hubiese sido así tan abierta como ahora yo no habría cometido tantos errores como los que cometí porque uno descubrió viejo ya, ahora los cabros de jóvenes descubrieron ya y le sirve como terapia al joven, después ya no andan leseando con su única pareja yo cacho”.

CAPITULO XV

DISCURSOS DE HOMBRES Y MUJERES PERTENECIENTES A GENERACIONES JOVENES NACIDAS ENTRE 1980 Y 1990

1. Hombres y mujeres jóvenes, Región de Valparaíso.

La discusión grupal se abre con la reflexión acerca de la buena sexualidad. Una primera aproximación destaca un principio de discriminación y selección: no hacerlo con cualquiera. A su vez, ello implica conocer a la otra persona y, sobre todo, cuidarse. Cuidarse implica, a su vez, prevenir el embarazo y evitar cualquier forma de contagio y, para ello, un medio es el uso de preservativos.

Conocer a la pareja, conocerse a sí mismo/a: “Que no se hiciera con cualquier persona, que te conozcas, y cuidarse, usar preservativos, es sano como pa'l cuerpo, pa no contagiarse. /Para prevenir un embarazo.” Sin embargo, el preservativo tampoco aparece enteramente efectivo (“Pero no siempre son efectivas, igual que el preservativo tampoco es cien por ciento efectivo.”)

Usar preservativos “no es lo mismo”, “es muy plástico” y, sobre todo, sólo es utilizable cuando se trata de una pareja ocasional o no conocida. En este sentido, conocer resulta equivalente a descartar el uso de preservativo (“Pero no es lo mismo (risas). No es lo mismo, a pote pelao no más (risas), a capella, a capella. Sin duda no es lo mismo, es muy plástico... /Cuando lo hacís con gente que no conocís ahí si que es útil, pero cuando es con una pareja...”). Sin embargo, la amenaza de ETS y SIDA está presente (“Aunque igual es una protección igual si de repente tú no conocís a la persona hay SIDA y hay caleta de enfermedades, así.”).

El condón está disponible pero no se usa: “Yo creo que poco. /Absolutamente.” O sale fallado: “Yo siento que se da en el consultorio pero se ocupa poco, generalmente está el mito de que son malos, que salen fallados. “. Cuando se usa, se tiene en mente la anticoncepción (“Yo pienso que entre ocupar uno, si vas a dejar embarazada a tu pareja y no ocupar y va a quedar embarazada igual ¿cachai? esa es la cuestión. Ahora, yo creo que las mujeres afortunadamente han optado por ocupar las pastillas anticonceptivas”). Los hombres asumen que a las mujeres no les gusta tomar anticonceptivos. Sin embargo, las mujeres discuten esta afirmación (“No es que no nos guste, lo que pasa es que es una huevada que hay que hacerla todos los días y que no se te olvide.”).

Desde la perspectiva de los hombres, el condón es un objeto extraño: “Yo cacho que debe ser raro sentir un plástico en tu cuerpo.” Por ello, mejor asignar la responsabilidad a las mujeres: “Es que los métodos de las mujeres son más prácticos.” La posibilidad de contraer ETS y SIDA aparece muy lejana, asociada a la mala suerte o el destino (“El destino. /“Sí, las vemos como lejanas, que a mí no me va a pasar.”).

En los discursos juveniles, una sexualidad sana no pasa por una pareja única sino por la protección que cada persona considera efectiva. De este modo, la moral ya no se constituye en función de una proscripción de la sexualidad activa sino en función de una prescripción de una conducta de responsabilidad, es decir, de auto protección o auto cuidado (“una sexualidad sana no pasa por una pareja única, es un tema de maduración y de responsabilidad desde el sujeto, o sea si una persona quiere tener relaciones sexuales con varias personas para él, siempre y cuando tenga una protección que considere que es efectiva, es bueno.”). El carácter prescriptivo de la norma de una sexualidad sana tiene sentido por una cuestión generacional: la juventud es distinta del mundo de los adultos en cuanto tiene “ímpetu” y “se preocupa solamente del acto” (“Creo que en una sexualidad sana tiene que estar presente, el joven tiene un ímpetu bastante distinto al del adulto y se preocupa solamente del acto.”).

A su vez, la protección tiene que ver con la construcción del otro, es decir, con el modo en que se percibe al otro: como riesgo o como no riesgo. Una vez que se le conoce, la percepción en tanto riesgo se reduce o se anula. Es una cuestión de progreso en la relación (“es como un ciclo”). (“Hay que ir pasando por... el preservativo es como lo previo, después () y después las consecuencias, pero es como un ciclo.”).

En este ciclo, la conversación o comunicación entre las partes juega un rol fundamental. La falla en la comunicación es también la falla en la prevención (“Yo también creo que es importante, pero tiene que ver también con el tema de la comunicación, en realidad la comunicación es mucho más fácil obviamente cuando tú conoces a tu pareja en el tiempo y no sólo el carrete, si tú conoces a una persona en circunstancias de que no la has visto antes, la comunicación tiende a fallar un poco porque no se conocen.”).

Una posibilidad latente de ruptura o transgresión de la norma de auto protección está representada por el carrete y, en este, de la ingesta de alcohol o copete. Del copete a la cama hay sólo un paso; de ahí, la caída (o acto transgresor) (“Lo que pasa es que si estamos en un carrete y ahí conocemos a alguien y viene la conversación, a lo mejor se empieza por una conversación pero después se llega a la cama, el copete y a la cama y caes (risas)”).

Una posibilidad de gestión del riesgo implicado en la conexión entre copete, cama y caída estaría dada por la comunicación o conversación. Sin embargo, el carrete expone a la acción directa, no mediada por la conversación (“Puede ser, a todos nos ha pasado, de repente ni siquiera bla-bla, nos vamos al tiro, pasa caleta de veces, bien seguido, de repente uno se da cuenta...”). Sin embargo, también puede darse en situaciones distintas del carrete, donde la comunicación y conversación opera más bien como el medio para llegar a la cama, aún en el límite de la prostitución, en el caso de los hombres (“puedes hasta pagar, puh”) (“No siempre, o sea se puede dar la situación del carrete, ir conversando en una micro con una persona y ahí empiezas un pequeño romance, pero te puede salir en cualquier lado, no solamente la situación tendría que ser en un carrete para encontrar a alguien, puedes hasta pagar puh, suena feo pero es que es igual.”).

La iniciación sexual aparece como “un paso” que cierra una etapa y abre a otra: “se pierde la inocencia”. No obstante, se asume que la inocencia “es una cierta parte no más” del desarrollo de la persona (“Es como un paso, tener relaciones yo encuentro que es como un paso, por lo menos con mis amigas, yo lo veo más en mis amigas como lo hacen, después que se da ese paso ya como que terminaste con esa etapa.”, “¡Sí, se pierde la inocencia! (risas) es obvio). En ello se expresa un cambio respecto de las generaciones más jóvenes (que los y las participantes en el grupo: ahora simplemente “se tiran a la piscina” (“Entonces por ejemplo ahora veo una cabra chica y de repente se tiran solas, se tiran a la piscina, es otra infancia, otra etapa de la vida, otras opciones, una niña de 13 años inocente, entre comillas ¿cachai?, pero de repente no es tan así tampoco ¿cachai?”).

La distancia intergeneracional se ha acortado y las generaciones más jóvenes tratan de imitar a la generación inmediatamente mayor (“Es que los niños chicos tratan de imitar: “porque mi amiga más grande que yo ya tuvo relaciones “ah, yo también quiero experimentar eso. /Claro, el descubrir otras sensaciones.”). No obstante, la comunicación intergeneracional no se dirige a establecer un juicio moral sino a preguntarse acerca de las condiciones en que puede activar conductas de protección. La conversación personalizada aparece como una posibilidad, aunque limitada (“Ahora, lo que yo podría apuntar es que iniciar la actividad sexual a esa edad, más allá de condenar, lo que yo haría personalmente es conversar: estos son los riesgos, los anticonceptivos, esto es lo que tú puedes hacer.”).

Sin embargo, también está presente la sospecha de que la propia apertura de la conversación acerca de la sexualidad opera como estímulo para la iniciación temprana de la sexualidad. Aún en este caso, la sexualidad temprana es vista como un signo de maduración y no de ruptura de normas morales (“a lo mejor van madurando antes”) (“ahora empiezan con la educación sexual a

bien temprana edad por lo mismo, entonces a lo mejor van madurando antes o van cachando cómo es antes, y por eso se tiran antes a la piscina. Ahora, está bien porque se está más preparado ¿cachai?”).

La pérdida de la inocencia, la maduración sexual temprana, la educación sexual en la escuela remite a su propia experiencia del colegio. Para algunos era entretenida, para otros y otras fue “choqueante”. No obstante, la versión fuerte de la educación sexual aparece necesaria para “crear conciencia” (“Yo sí por lo menos, era entretenido, era así mismo y todos opinaban, hacían opinión de un aborto. /Tratan de crear la conciencia ¿cachai? /Yo quedé choqueado, yo quedé choqueado porque fue impresionante ver así. /Yo no creo que es para que quedes choqueado, es para crear conciencia en la gente.”).

El aprendizaje, el acto de “crear conciencia” aparece asociado a un colegio “abierto de mente”: inclusivo, divertido, diferente, tolerante. “nos incluían caleta y era como más divertida la educación, o sea igual era como diferente la educación (...) era abierto de mente el colegio, era como que por ejemplo había una niña embarazada y ella estaba embarazada e iba en octavo y seguía tranquilamente ¿cachai?”). También la familia ha operado como espacio de conversación y aprendizaje sexual (“A mí me habló mi familia, mi papá.”).

La sexualidad se presenta asociada a las nociones de placer y de afecto. No obstante, es un tópico debatible. Desde el placer a los afectos y a la identidad, el grupo debate y no logra un consenso a firme. Los afectos pueden ser condición necesaria para una relación proyectable en el tiempo y en el proyecto de vida pero no necesariamente indispensables para las relaciones aquí y ahora (“Es un acto de placer. /Encuentro que la sexualidad no es sólo el placer. Ahora, yo creo que la sexualidad es un tema de identidad de partida, la sexualidad tiene que ver con la biología, con una cuestión de género, yo creo que es mucho más profundo y mucho más allá del placer.”).

A su vez, el placer se presenta en conexión consigo mismo, como sensación, y en conexión con el otro u otra. Placer propio o placer de la pareja. Un tema debatible y respecto del cual no se manifiesta un consenso aparente. De fondo, una “cuestión de respeto” hacia el otro u otra (“Es una sensación. /Una sensación buena, de satisfacción. /Comodidad con la persona. /A mí personalmente me produciría una cuestión súper contradictoria, aunque yo vaya a tener relaciones sexuales, el que llegue al clímax, el que sienta placer y que mi pareja esté aterrada, de partida esa cuestión no, entonces para mí tiene que ver con una cuestión de respeto.”).

Sin embargo, el discurso juvenil advierte que hay algo urgente, algo que hace tensa la sexualidad actual. El cambio en la sexualidad le ha quitado el peso de las prohibiciones o del tabú pero le ha puesto la pesadez de la compulsión, de iniciarse demasiado temprano, de tener que hacerlo. Sería mejor si fuera “más relajada” (“En realidad ha habido un cambio que ha sido un proceso pero todavía va un poco lento, o sea yo pienso que si la sexualidad fuera más relajada, más sana... tendría que pasar eso para que la sexualidad fuera más sana”).

La percepción de urgencia de la sexualidad actual permite reelaborar la relación entre sexo y amor. Sexo es irse a la cama desde una fiesta. Amor es tener pareja, compartir caricias (“O sea igual como hablábamos denantes de una fiesta e irse a la cama, eso es sexo, pero tener tu pareja, amarte, acariciarte después de, antes de, igual eso es amor, entonces igual creo que...”). A la urgencia se le opone entonces el amor o la disposición a la experiencia profunda, subjetiva y que va más allá de la rutina y de lo rutinario: la magia (“Es magia, puro acto de magia, todas las sensaciones juntas, cuando invitai a la persona que te gusta, andai con la guata así, te da como fatiga, cuando hablai tartamudiai, te ponís nervioso ¿cachai?”).

De todos modos, se trata de una experiencia personal. El único criterio posible para vincular amor y sexo está, entonces, radicado en la persona. Los juicios generales pueden constituir una “aberración” o un exceso de la norma que deja fuera al sentido común (“Igual comparto que ahora es una aberración pensar que la sexualidad tiene que estar ligada solamente al amor (...) Tener relaciones sexuales sin amor o con amor depende de la persona.”). Por ello, se trata de una ecuación compleja, dolorosa (“El amor duele”).

2. Hombres y mujeres jóvenes, Región Metropolitana, Santiago.

Los discursos identifican distintos grupos al interior de la población juvenil. Una primera aproximación es marcadamente negativa, se identifica a los más lejanos y amenazantes: a los “flaites” (“Por lo menos donde yo vivo la gente es muy cerrá de mente, llevados de sus ideas, por ser los flaites”. “Ellos son llevados de su onda, quiénes son más taquilleros, quién se viste con las zapatillas más caras, son más choros, es como su cultura se podría decir. /Los flaites son los que andan robando, los que hablan mal”. “Chas tu mare, son como así”).

Desde la mayor lejanía se construye la diversidad de culturas juveniles: los góticos, los punkies, los halcos, los hiphoperos, etc. Esta diversidad, no obstante, no permite hablar propiamente de una cultura juvenil sino de agrupamientos desconectados entre sí (“Yo creo que entre los jóvenes no

hay como una ideología que todos sigamos en general sino que está como dividida en estos grupos, como góticos, hiphoperos...”).

Sin embargo, es posible la convivencia de muchos grupos y muchas pertenencias. La clave es la tolerancia (“No participo en ninguno, soy como bien tolerante, tengo amigos de todo y ahí uno aprende también, conversai de otras cosas, tengo un compañero que es neonazi ¿cachai?, se junta con un hippie y adelante se sientan los hiphoperos ponte tú ¿cachai? y es super variado.”). Esta percepción de diversidad se construye en ausencia de una interpelación común, como habría ocurrido en otros tiempos (“Claro, eso, porque en realidad yo nunca he sentido que a todos los nos impulse a manifestarnos, no sé, el pase escolar o otras cosas, como que todos rememos pa’l mismo lado como lo hacían en los 70s, la juventud, los universitarios. “).

Y también en el predominio de una cultura demasiado individualista, transmitida por el mundo de los adultos (“No. Yo creo aparte que todos somos como de una cultura tan individualista que todos rememos pa nuestro propio beneficio. /No sé pues, uno nota en los adultos que trabajan, todos son tan individualistas, asegurándose se ser siempre mejores que el resto sin importarles pisotear al que sea ¿cachai?, que uno también lo absorbe de alguna manera ¿cachai?, y entre los jóvenes también hay harto individualismo.

En la percepción juvenil, en las fiestas o lugares de encuentro juvenil, los elementos más agresivos o más impredecibles son los más jóvenes (“los cabros chicos”). Para éstos, ser el “más bacán” constituiría una marca de prestigio o de valoración social; aún el costo de las conductas transgresoras serían una marca de prestigio (“yo estuve preso”) (“A mí me gusta ir a fiestas de hip hop, me encanta, me gusta pasarla bien, pero uno va un fin de semana a alguna parte a una fiesta y está lleno de cabros chicos y siempre son los cabros chicos los que están dejando la cagada, agarrándose a puñaladas y todo, porque “yo soy el más choro, el más bacán, yo estuve preso”.

Ello sería un elemento de la cultura juvenil en su segmento más joven. El liderazgo se construye a partir de portar marcas distintivas que tengan un valor social reconocido en la cultura local (“Claro, lo que yo te decía ¿cachai?, como que se trata de lucirse más, él es más bacán, es más líder. /Creen que los que mejor pelean y los que roban son los más choros y son más bacanes cuando están presos.”).

El sentido común juvenil percibe que respecto de muchos temas relacionados con la sexualidad, la distancia con las generaciones mayores es enorme. Temas que ahora resultan aceptados o aceptables antes eran asumidos de manera distinta. El sentido común juvenil se asume a sí mismo

como "liberal" ("Yo creo que un viejo se hubiese muerto en su época teniendo un hijo homosexual. /Claro. En cambio ahora todos lo tomamos como, entre comillas, casi normal porque igual hay gente todavía que se abstiene de estar con ellos, pero igual somos mucho más liberales en ese aspecto, en la sexualidad también, antes se casaban y perdían su virginidad, ahora no, ahora mucho más chicos están teniendo relaciones.").

Los y las jóvenes asumen que la sexualidad ha cambiado y que ahora es necesario protegerse. Sin embargo, reconocen que el uso de medios de protección es ocasional ("Yo alguna vez he ocupado condón y ahora estoy tomando pastillas."). Por ello, la falta de protección es asociada a una conducta de irresponsabilidad. Se es "irresponsable" al no protegerse. De fondo, la norma respecto de la sexualidad, la que se transgrede en la irresponsabilidad es la de la protección o auto protección ("Yo la primera vez fui super irresponsable, porque como que fue todo así de ocasión, no fue como "preocupémonos de tal y tal cosa."). Sin embargo, también el condón puede fallar ("Sí, con condón. Como dos veces se ha roto el condón. /"No, pero la primera vez se rompió al tiro, lo usó y se le rompió al tiro así es que lo hicimos así no más...").

Tampoco agrada el uso del condón: "Una vez lo hice y no me gustó. /No, es atroz, y no tanto pa uno porque uno igual siente pero yo creo que pa'l hombre debe ser más... /Es cuático porque yo he tenido parejas que nunca han usado condón, yo les he dicho "ya, ponte el condón" y no sé qué, "¿quééééé?, no, no me voy a poner esa hueá" y no sé qué, y la mayoría me han dicho eso... /No, o sea hay diferencia, obvio, no es una cosa así terrible que uno no sienta nada, uno igual siente."

De todos modos, el condón permite protegerse. Sin embargo, su uso aparece asociado principalmente a la prevención del embarazo "De que no quede embarazada. /Como que uno nunca siente miedo a contraer el SIDA o esas enfermedades /"Que uno pololea, llevai un mes y en ese mes podís tener relaciones ¿cachai? y podís ocupar condón porque no te planificai como pa tomar pastillas, después de un tiempo, un par de meses empezai a comprarte pastillas. Por ello, el uso del condón aparece como una cuestión problemática, de difícil negociación ("De repente hay veces que los he dejado pasar y otras que les digo, les insisto. "No, qué te crees tú" y no sé qué. /Es como una ofensa decir..."). Sin embargo, el sentido común elabora el uso del condón como una necesidad de protección o de auto protección ("No creo que sea una ofensa, yo ahora como que estoy cachando más pero antes que uno es más chico piensa en no quedar embarazada no más, nunca piensa que puede tener una enfermedad, no solamente el SIDA, bueno, el SIDA es la primera enfermedad que te podís pegar pero también está el herpes, la sífilis, todas esas cosas.").

La posibilidad de la “irresponsabilidad” aparece asociada al carrete y a la ingesta de alcohol. Surge entonces la posibilidad de lo no planeado, de la conducta que luego no tiene explicación, excepto el estar “curado”¹²⁴ (“Es que de repente uno está curado en una casa, no sé, como que están todos atinando de repente, se da solo, no sé cómo explicarlo porque uno no planea de decir: ya, a tal hora y en tal momento...”).

El estar “curados” en un carrete también abre a ocasiones en que se va más allá de los propios límites de los repertorios sexuales personales. Entonces se “actúa” de un modo que no se había vivido o pensado previamente (“Por lo menos yo arriesgado no, pero lo único que he hecho y que nunca lo había hecho antes es una vez en un carrete estaba yo tirando con una gótica y había un loco que era punk, como de sus 17, no era muy mayor, y la mina tenía como 18. Nosotros estábamos curados escuchando música fuerte y estábamos en la pieza de ella y yo empecé a tirar con ella, después ella empezó a tirar con el punk, fue como un juego de tres, como que nadie decía na sino que todos actuábamos. Yo con el punky sí me di un beso pero fue como un beso así y eso, porque la mina era como la más... como que te pescaba la mano y la ponía aquí, como que ella era la más carbonera, no sé como decirlo.”).

La imagen del carrete también abre a la posibilidad de la infidelidad (“Claro, yo estaba en plena faena, y me decía: “no, pero es que ven” –y llorando- y yo “ya, si voy” y el otro huevón, “apúrate” y la huevá así. Me sentía tan mal.”). El carrete abre también a la posibilidad de la ingesta de drogas, combinada con el sexo. Entonces aparece la noción de insensibilidad, de no sentir, de ausencia de placer (“No, no te borra, o sea yo igual fumo periódicamente y he tenido sexo así voladita y es... no sé, una sensación extraña porque uno sabe lo que está haciendo pero no siente el placer físico ¿cachai?, como que no lo sentís igual como cuando estai sobria ¿cachai?, es difícil llegar a un orgasmo, yo cacho.”).

Aparece entonces la diferencia entre la droga (pito) y el alcohol: “te relajai” y estar “eufórico”. En ambos casos, el placer del sexo aparece lejano. Requiere de un intenso trabajo (“Cinco horas para acabar ¡chuchas!”) (“Pero es como todo lo contrario, con la hierba te relajai pero curá es como ¡ua ua ua!, eufórico ¿cachai?, es como cuando andai arriba de la pelota, hacís cosas que no las haríai sola. Uno tiene la confianza de decir: “oye ¿y? /Sí, pero después de mucho rato, estuve como cinco horas, demasiado. /¿Con qué?, ¿con copete o con marihuana? /Con las dos cosas. /Cinco horas para acabar ¡chuchas!”).

¹²⁴ Ebrio, borracho

3. Hombres y mujeres jóvenes, Región del Bío Bío, Concepción

La sexualidad se presenta como una actividad enteramente normal, parte del cuerpo y de la vida. El sexo es parte de la biología, es la vitalidad, es “lo que mueve” (“Bueno, pa mí es como un conjunto igual, parte desde tu cuerpo como hombre y cuerpo de mujer hasta el momento de que tenís el acto sexual, y todos los derivados que tiene, puede ser. /Es lo que nos mueve. /Igual es una necesidad biológica que tiene el ser humano igual.”).

No obstante, también la sexualidad es un modo de vida, una manera de comportarse (“Pero la sexualidad va más allá del acto sexual...la sexualidad es cómo yo vivo mi ser mujer y él su ser hombre, o sea la manera de comportarse.”). Por ello, el sentido común juvenil asume que la sexualidad activa se ha hecho parte de la vida cotidiana de los jóvenes. No obstante, le agrega un componente de exceso, de exageración de su importancia (“Pero es que eso pasa porque ahora la juventud lo único que le interesa es el sexo, o sea pa ellos una relación es puro sexo, sexo, sexo, es lo único que les importa yo creo, o sea es importante pero a la vez no es tan importante.”).

Sin embargo, es una percepción discutible y discutida al interior del sentido común juvenil. En una perspectiva de tiempo y de proyecto de vida (de familia y de hijos), el sexo es importante (“Es que igual si uno tiene una relación por harto tiempo, de pareja, el sexo igual es importante. Igual yo encuentro que los niños, los cabros chicos...”). También lo es en una relación ocasional, en una situación no planeada de conocer a alguien y de relación sexual (“Porque por ejemplo, ya, conocís una mina y te gustó y te gustó no porque la conocís, cómo piensa, cuáles son las opiniones respecto a los temas sino que te entró por la vista y te estimuló sexualmente, podís tener una relación...”).

Esta tensión entre sexo con pareja estable y sexo con pareja ocasional se presenta también como una forma de elaboración de los tipos de parejas que un hombre busca: un tipo para la casa y un tipo para la cama (“No, yo creo que es más que eso, yo creo que hay dos tipos de parejas, o dos tipos de...”). En su expresión más radical: hay mujeres para la casa y para la cama. La orientación masculina (machista) tradicional introduce una distinción discriminatoria entre hombres y mujeres (“Para los hombres hay dos mujeres, una para la casa y una para la cama.”).

Sin embargo, las mujeres contestan con una elaboración similar de sus parejas probables (masculinas). No se trata de replicar el sentido común masculino tradicional sino, más bien, de elaborar la separación entre afectos y sexualidad. No obstante, esta posibilidad aparece como una ruptura del sentido común o, más precisamente, ruptura de la experiencia cotidiana: el ‘de repente’

que sorprende y que activa la disponibilidad de las jóvenes para la vivencia del placer sin involucramiento afectivo (“Pero las mujeres piensan igual, puh. /Eso, que un hombre es para la cama y otro para la casa, es que de repente hay hombres que... o sea, tú conoces a alguien y te da porque quieres conocerlo, de repente conoces un tipo y no te interesa conocerlo pero lo encuentras bonito, está bien, ya, podría ser con él pero nada más, ni cariño ni amor, solamente... no sé, besos, abrazos, sexo, lo que se dé.”).

Desde la perspectiva de la mujer, esta elaboración establece una separación radical entre sexo y afecto: tener sexo sí, dar cariño no (“Es que no, es que igual, conozco, por ejemplo yo lo conozco a él y no sé, lo veo y digo “ah, bacán, me gustaría conocerlo”, ya, conocerlo, quizá podríamos entrar a una relación y cosas así por largo tiempo, pero lo conozco a él y digo “está bien, bacán, podría hacer algo con él pero ahí no más”, para besos, abrazos, sexo, y eso, pero de darle cariño, amor, no.”).

Para hombres y mujeres, ello implica “saber cómo es la otra persona” para evaluar hasta donde se puede llegar con ella o qué se puede conseguir de ella (“uno igual conoce a una persona y sabe cómo es a simple vista o al hablar con ella y como que mutuamente -tanto el hombre como la mujer- sabe diferenciar con quién estás hablando y qué puedes conseguir con esa persona y qué puedes conseguir con la otra.”).

La clasificación de hombres y mujeres en tipos ‘para la casa’ y ‘para la cama’ plantea radicalmente la relación entre sexo y amor o entre placer y afectividad. El sentido común se mueve en el plano de lo debatible. Un juicio que parecía exclusivo respecto de los hombres ahora se instala entre las mujeres. Por eso, se discute (“Para mí tienen que ir las dos cosas juntas.”). Sin embargo, ocurre (se da) (“Pero igual se da que uno tenga una pareja solamente para tener sexo, no para brindarle cariño y que tenga otra pareja para brindarle cariño. /No, pero es que si yo me voy a casar con alguien ese obvio que me voy a casar con alguien... Cuando estén las dos cosas juntas.”).

El debate se traslada al matrimonio: casarse o no casarse. La primera opción equivale a “amarrarse” y conlleva la posibilidad de la infidelidad (“le pongo los cuernos”). La segunda permite un espacio mayor de movimiento (“Lo que pasa es que hay hombres y mujeres que no se casan porque casarse es amarrarse, o sea, yo me caso, si me caso con una mujer me amarré a ella y si me enamoro de otra persona y quiero estar con ella le pongo los cuernos a mi esposa.”).

No casarse, vivir en libertad: una opción nueva para las mujeres. La imagen es de apertura de caminos, de trayectorias históricas de emancipación. Vivir sola y en forma libre. Una reivindicación

y una posibilidad abierta y a la mano (“Creo que ahora no tanto, la mujer ya se abrió el camino para poder vivir sola y en forma libre. /Yo igual creo eso, que se le han abierto más los espacios a las mujeres en la sociedad, tanto en el trabajo como persona.”). El cambio en la situación de la mujer se ha incorporado como cambio biográfico: del vestido blanco de novia al “no estar ni ahí” (“Ha cambiado, un par de años atrás yo soñaba con vestirme de blanco y ahora no estoy ni ahí con casarme, o sea no me interesa.”).

El carrete se presenta como la posibilidad radical de conexión entre sexo y placer: buscar sexo y pasarlo bien. Sin embargo, todavía se habla de otros jóvenes, de terceros (“Lo que pasa es que hay jóvenes... se hace una fiesta y los jóvenes van principalmente a eso, unos van solamente a buscar sexo y pasarlo bien.”).

Un elemento importante en el carrete es la cercanía o conocimiento del otro u otros y otras. El lugar donde se realice parece menos importante que el grado de cercanía. Conocidos y desconocidos (“Independiente de que sea en una casa parte porque si estamos hablando de una casa y te vai a juntar con un grupo de amigas y amigos, es diferente que si te vas a juntar con la amiga de ella o el amigo de él y son como desconocidos y te empiezas a conocer.”).

Sin embargo, el carrete mismo parece diseñado u organizado para borrar la distancia y hacer conocido al otro u otra. El carrete permite “conocerse” de manera rápida. (“No puh, si la cuestión es para que se junten o para que se conozca tal persona con tal, ahí, putas, si la cuestión está dispuesta para eso...”). El carrete “va de la mano de la sexualidad” y abre a la posibilidad de ingesta de alcohol y, con ello, a la vulnerabilidad. El sentido común advierte que, con trago, los hombres y las mujeres se vuelven “totalmente vulnerables” (“El punto es que, de todas maneras, el carrete va de la mano con la sexualidad, porque puchas, va de la mano, es cosa de ver por ejemplo, en el mismo caso de conocer a una mina, se puede dar la oportunidad, puchas, con unos tragos demás el hombre y la mujer son totalmente vulnerables.”). Salir de carrete implica una disposición (ir “con las pilas puestas”) por “si se da la mano” acceder a “uno de los máximos placeres” (el sexo). De fondo, el carrete implica una predisposición a “puro pasarlo bien” (“Es que igual uno va a un carrete y lo único que quiere, va con todas las pilas puestas, adrenalínico así “quiero pasarlo bien”, entonces si se da la mano para tener sexo, es uno de los mayores placeres, o sea uno quiere pasarlo bien y lo va a hacer puh porque uno va predispuesto a pasarlo bien a un carrete, no te vai a ir a sentar a mirar, no, uno va a puro pasarlo bien.”).

Sin embargo, es también un aspecto debatible del carrete. Se puede pasarlo bien sin tener sexo. De todos modos, es necesario predisponerse a pasarlo bien. Aparentemente, una tensión entre

individualización e individuación; la apertura del carrete demanda reflexividad del propio sujeto: disponerse y auto-regularse (“Pero puedes pasarlo bien sin tener sexo en un carrete. /Ah, obvio pero me refiero a que uno va predispuesta a pasarlo bien. /Es que te entendí que uno va predispuesta a tener sexo. /No, va predispuesta a pasarlo bien.”).

El carrete es un lugar de conquista. Sin embargo, también están los lugares de las relaciones y la experiencia cotidiana. El liceo o colegio es un lugar inmediato y a la mano para la conquista. Ahí se tiene la complicidad o la colaboración de los amigos y amigas (“de repente en el liceo estamos en el recreo, me acerco a un grupo de amigos y están hablando sobre minas, “ah, mira, esta mina es super rica, me la quiero pinchar”, ese es como un lugar, como para buscar pareja es el liceo.”). También la población o el barrio. Ahí la amistad se puede transformar en relación de pareja, especialmente cuando se asocia a la fiesta (“Otro puede ser la población, amigos que se mueven hace tiempo y se gustan entre ellos, o se da en las fiestas igual, son como los más comunes, según yo.”). Sin embargo, la conquista puede ocurrir en cualquier lugar (“Yo no creo que en general exista un lugar, puedes conocer a la persona en cualquier parte, no sé puh, haciendo una fila para pagar la cuenta del agua y te das el número para juntarte después.”).

La estrategia de conquista se articula sobre la generación de confianza y, para ello, el instrumento es la conversación (“Primero buscar conversa, buscar confianza, busco conversa, algo que tengamos en común y ahí va a nacer la confianza. /En una fiesta de repente voy a buscar una mina, bailo con ella, “¿cómo te llamai?, ¿cuántos años tenís? Y vamos a dar una vuelta.”). También la mediación de los amigos o amigas juega un rol importante. A falta de esta mediación, queda el recurso al “típico jote” (cargoseando) (“O si no, típico así “¿lo conocís?”, “sí es mi amigo”, y ahí tú le decís: “puchas, quiero conocerlo, preséntamelo” y toda la cuestión, así o si no el típico jote que empieza todo el rato cargoseando, cargoseando, cargoseando.”).

La fidelidad o la exclusividad de la pareja es un tema debatible. La infidelidad se da, ocurre. El asunto es cómo lo elaboran los hombres y las mujeres. El sentido común asume que ya no es un asunto de hombres sino también de mujeres. Ambos pueden ser infieles; como reacción a la infidelidad del otro o como iniciativa propia. La noción de equivalencia en las conductas parece instalada en el sentido común. No hay diferencias ni privilegios, en este campo, ni para hombres ni para mujeres (“Si la mina ve que tú le estás poniendo los cuernos ella va a querer desquitarse: “por favor, qué se cree”. / ¿Pero por qué uno lo va a hacer si el otro lo hace? /Para desquitarse, pa sacarle pica. /Se bota puh, o por último lo perdona, dándole su última oportunidad. /Ya, por último sí, perdonarlo pero cagarlo porque el otro te cagó, no, eso no. /Sí puh, los hombres engañan y las mujeres engañan mejor.”).

No obstante, la sexualidad activa conlleva riesgos. Ello implica acciones específicas para reducir o controlar los riesgos (“Protegerse, usar condones... /Pareja única. /...pareja única, si tiene una pareja por un tiempo más o menos largo que tomara pastillas, lo básico.”). Cuidarse implica a ambos miembros de la pareja o participantes en la relación sexual (“Es una conclusión, ambos tienen que cuidarse, no solamente una parte.”). Sin embargo, el riesgo parece reducirse al embarazo y quedar solo en manos de la mujer (“Sí pues, porque igual piensan, dicen: “no, la mujer tiene que cuidarse, tiene que tomar pastillas”, siempre dicen “no, la mujer tiene que cuidarse para no quedar embarazada”). No obstante, las propias mujeres desafían este sentido común (“Sí puh, siempre como que a la mujer, a la mujer, a la mujer, y no es tanto eso, por lo menos yo creo que tanto el hombre como la mujer si no quiere tener ningún problema tiene que cuidarse él como individuo por su salud.”):

Un factor importante en la percepción de riesgo es la infidelidad. Esta genera un efecto de distanciamiento o desconocimiento del otro u otra (“Son las infidelidades, puh”). Otro factor de riesgo es el alcohol, en un ambiente de fiesta. Es la posibilidad de curarse (“estar curao”) y exponerse al riesgo (“También en que cuando uno va a una fiesta y estai bien pasado al alcohol y de repente un ve a una mina y la encuentra rica, pincha con ella y se da, y después uno no sabe si la mina era... no sé puh, puede haber tenido SIDA, gonorrea, sífilis, lo que sea, y después: la culpa fue mía no más, o sea yo estaba curao, el riesgo me consumió.”). La posibilidad de reducción o control del riesgo a través del uso de preservativos aparece como una cuestión debatible, aún no integrada plenamente al sentido común y a las conductas sexuales (“Así por decirlo es como una garantía, “si querís tener sexo conmigo, ponte condón, si no hay condón...”).

Sin embargo, el condón es objeto de sospecha: se puede romper (“Es que igual es peligroso porque se pueden romper. /Hay que comprar de los buenos también.”). Sobre todo, es incómodo, difícil de incorporar a una situación sexual. Algo se rompe, algo se pierde (“Usar condón es incómodo porque una cosa es la libertad ¿cachai? /Es que estai en lo mejor y de repente “ya, puchas, espérame un poquito”. /Claro, igual se pierde como el clima. /El ritmo.”). El sentido común recoge además el riesgo del uso inexperto y, con ello, la posibilidad de quedar mal frente a la pareja (la “plancha”) (“le tengo recelo a usar condón, aparte de que es incómodo, una anécdota: un amigo igual lo hizo con condón y le quedó el condón adentro a la mina, y la media plancha, es fome puh..”). Por ello, no lo han utilizado o apenas lo han hecho (“Casi nunca. /Casi nunca.”).

La percepción de riesgo aparece contradictoriamente asociada a la percepción de disponer de información y, sin embargo, no adoptar conductas de prevención. Aquí el discurso se disocia del sí mismo para dirigirse a otros u otras jóvenes. La forma parece ser “tienen la información y sin

embargo no se protegen". Desde la perspectiva de los hombres, particularmente respecto del embarazo, cuidarse es una cuestión de mujeres. Sin embargo, este sentido común es discutible y discutido por las mujeres ("Es cosa de las niñas ya. /"No sólo de las niñas puh.>"). La disputa entre géneros termina por poner el tema en un ámbito intermedio: depende de la responsabilidad de cada uno. Cada individuo es responsable de los riesgos que asume y de las consecuencias de sus actos ("Yo creo que depende de uno más que nada. /De la responsabilidad que uno tenga no más. /"Yo por ejemplo me hago super responsable.>").

A su vez, esta responsabilidad se presente asociada al curso biográfico de cada persona, de su socialización primaria en su familia, el colegio, los grupos de pares ("Lo que pasa es que como uno va agarrando valores de la casa, valores del colegio, valores de amigos y se hace su propia visión, si no ha tenido antes un apoyo familiar...").

Si la responsabilidad es individual, la amenaza es propiamente una amenaza social. El SIDA no sólo se puede adquirir a través del intercambio sexual sino por muchos otros medios ("El riesgo va a ser el SIDA. /"El SIDA es un riesgo sexual tanto como... por ejemplo de SIDA se puede contagiar no tan sólo de sexo sino que hay personas por las drogas...")

La percepción del SIDA aparece lejana, como un "todavía no" de la sexualidad. La única posibilidad es usar condón ("andar encima con el condón"). "a muchos amigos igual, no les ha pasado eso todavía, eso de tener SIDA, pero igual nos apoyamos "puchas, cuídate", "¿andai con tu condón?"). El discurso juvenil muestra cierta familiaridad con las campañas de prevención realizadas por organismos estatales. Sin embargo, también perciben que el tema de la prevención no termina por instalarse en los discursos y en la subjetividad juvenil ("En el liceo, a comienzos de año se hizo una cuestión del SIDA que era de CONACE, mostraban unas fotitos que a través de estas jeringas, como bien pa cabros chicos, estas jeringas se la pasaba a otro, los cabros pifiaron, y lo único que hicieron, se levantaron y se fueron. "). Para que la campaña entre en los discursos y en la subjetividad juvenil es necesario que haya mensajes "que marquen" ("Después el encargado se acercó al centro de alumnos a conversar: oye, qué pasó, por qué reaccionaron así los niños, yo le dije: "oiga, pero putas, usted cree que van entender un par de dibujos, muéstrole algo que los marque. /Por último muéstrole un spot, algo así, que les llegue y que les duela. /Esas son campañas, cosas que te marquen, cosas que te lleguen a ti, tú sabís que te puede pasar. /¿Esa del espejo que dice "si no me cuido yo, quién.>"). El sentido común recoge la urgencia de hacer algo efectivo ("Si no ahora, ¿cuándo?"). Una posibilidad es instalar una acción que los y las jóvenes puedan tomar como suya propia ("Yo llegué al liceo y se la voy mostrando a todos y yo les decía "conciencia hermanos, conciencia, sexo libre pero con gorrito").

4. Hombres y mujeres jóvenes, Región de Tarapacá, Arica.

Quizás la partida de la sexualidad como conversación, no sea una forma de relacionarse, sino de responder al deseo (“Es que ahí como que se genera, sobre todo ahí, como que de ahí empieza en cierta forma porque carrete, copete, así se dan las cosas de partida. Quizá no es la forma de relacionarse con una persona sexualmente, pero igual se dan como emociones en esas cosas sobre todo cuando uno sale sola y pasan cosas así, en grupo, no fuiste con tu pololo (risas). No tiene que ser igual como definitivamente tener relaciones sexuales (...) que no pasa a mayores pero siempre se inician por ahí, porque cuando una está cuerda y sana y en todo su juicio y a plena luz del día nunca lo va a hacer.

Festividad que abre el pasaje a un territorio flanqueado entre la desinhibición y la conversión, la figura “transformer” como destino embriagado (“Cuando estás con copeteo uno se lanza. /¿A ti te ha pasado? /Sí, pero cuando ya me copeteo me pongo un poco cariñosa, así es que no. /El alcohol te desinhibe. /Y el hombre igual, busca a la mina más curada y se la lleva para afuera y se la lleva pues. /Yo trabajé un año y medio en un pub, y siempre se veía eso, era así, niñas que uno conocía y que eran súper piolas y todo y después del copete y todo eran como transformer...”). Sin embargo, la embriaguez no es una y misma cosa que suspender la ley. Más acá de la embriaguez, la ley puede encontrar sus excepciones en el deseo: el vitalismo, no estar muerta/o (“Y a veces uno dice: “no, estoy pololeando pero no estoy muerta” ¿cachai? (risas), porque uno igual lo dice...”). Lo que permite un regreso al límite, desde el interior del vitalismo se interroga por la relación entre sanidad y voluntad, como una insistencia en la pregunta por la ley (“Sí, yo pienso que el hombre es menos sano, porque si la mujer quiere lo va a hacer, pero siempre es él como el que se atreve a proponer. La mujeres de alguna forma igual son lanzadas, para qué andamos con leseras, cuando andan en grupo.”).

La extranjería de la sexualidad encuentra su imagen en la extranjería comunitaria, el deseo del que desconoce la ley, ni reconoce a otro equivalente, ni es reconocido como un miembro: el desquite (“Los minos son como más osados, sobre todo los que no son de la zona, los de afuera como que vienen a desquitarse acá, como nadie los conoce.”).

El prostíbulo, el lugar más antiguo en el que las generaciones comparten como si el desquite fuese inscrito en la ley (“y llegamos de campaña y nos dieron nuestro primeros francos, que es salida el fin de semana, y afuera del cuartel habían mujeres esperando a los soldados, ni siquiera las habíamos visto, conversaban y era “aquí estamos” y nos dijeron: esa es la tanto, esa es la tanto, esa es la tanto, y están hace ocho generaciones atendiendo a los soldados. /Les dicen tachos,

tachos, mujeres fáciles se puede decir, y han pasado por generaciones (...) nosotros ocupamos un tarro para tomar desayuno que se llama tacho, cuando no tenemos los pasamos entre todos.”)

Una primera figura del riesgo lo constituye la fuerza del impulso, a modo de un pie forzado de la festividad del “carrete” (“Esto también de salir en grupo, es como que el impulso como que bailar... /Yo creo que salir a carretear con la pareja igual es como... me imagino que fome porque si vai a carretear vai a buscar las emociones..., (...) no recuerdo haber salido con mi polola a carretear.”).

En el límite del impulso, aparece el desconocimiento, el anonimato como la abolición del cuidado ante el riesgo (“Igual se da mucho que se meten personas con otras que no se conocen, entonces ahí hay más riesgo porque a veces los niños están curados y lo único que hacen es estimular lo sexual con las niñas y se podría decir que ninguno de los dos está como para decir: cuidémonos, cuidémonos.”). Allí el riesgo acontece, pasa no más: ni se piensa, menos se recuerda (“No lo piensan sino que pasó no más. /Claro. /Y después, “si te he visto, no me acuerdo”.”).

La protección pareciera sufrir una metonimia: de la protección de la casa como compensación, al vencimiento de la protección en la oportunidad sorpresiva del carrete (“Yo creo que el condón en la casa es más efectivo que el condón en el carrete, me refiero a que uno pa’ un carrete no siempre tiene el condón ¿y dónde se guarda? en la billetera, y con la humedad, el calor, entonces hay más riesgo porque el condón ya está vencido, y si no tuvo precaución el fin de semana y tuvo el condón toda la semana en la billetera hasta que llegue el momento de hacerlo, y cuando llega el momento de usarlo ya está vencido, entonces es más riesgo.”).

Aunque vistas así las cosas, la variedad de situaciones con la que se presenta el riesgo, encuentra una invariante en la voluntad de auto-cuidado (“Es que hay distintas situaciones, si tú no querís cuidarte no lo usai...”).

La aventura es una de las figuras privilegiadas del riesgo, en toda su ambivalencia. Por su legitimidad como búsqueda, habría que pagar un precio: el riesgo (“Porque aparte de eso de tener relaciones a la luz pública es una aventura, no encaja el condón en la aventura, es una búsqueda. Igual el riesgo. /Pero si no encaja en la aventura como que no encajaría en el carrete tampoco? /No, porque es una aventura.”)

Una primera condición de la aventura queda definida por el conocimiento del acompañante en el encuentro sexual. Conocido-a/desconocido-a: Aventura sin riesgo, la pareja estable en la vía pública. Aventura con riesgo, el encuentro con desconocidos (“Yo lo veo así, de partida hay varios

tipos de aventuras, la aventura de una relación nueva o de algo ya pasado, una pareja estable, también es una aventura, que sea nueva en un auto a la luz pública o que sea una pareja estable. Ahí no veo el riesgo de no usar condón pero con la nueva sí.”). Una segunda variante de la aventura queda orientada por la jerarquía que adquiera respecto a la conciencia. Aventura con conciencia / conciencia de la aventura. La aventura con conciencia queda bajo la voluntad del cuidado, de la ley. La conciencia de la aventura, queda bajo de la voluntad del deseo, sin ley, el ideal salvaje (“En una discoteque es lo mismo, o sea, si yo voy a tener una aventura pero voy consciente que quiero cuidarme porque es una aventura, uso condón, si voy a tener una aventura y quiero la aventura y no me interesa el después, voy sin condón y a lo que venga, a capella como dicen. /Quedamos como los salvajes, yo creo que se puede. /Sí, y es lo ideal.”).

El riesgo es el precio de no poner el freno de la conciencia, de la ley, al deseo (“Es que si tú decís que el carrete, vai a un auto y copeteado y querís como todo rápido (el condón) no te aporta en nada porque no le estai poniendo conciencia a lo que estai haciendo, a eso me refiero. /¿Pero es como que frena el condón? /Claro, si es una aventura claro que frena, frena el entusiasmo como que uno va ahí desesperado...”). Más acá del ideal salvaje, incluso de convertirla en voluntad (“lo que tu querís”), está la imposibilidad de todo ideal, la excepcionalidad a la regla que implica una aventura (“Eso es lo que tú querís, yo creo que depende de la persona no podís estar viviendo puras aventuras.”).

Sin embargo, el riesgo posible de pagar por la voluntad de aventura, trae una figura amenazante que habita en el amplio territorio del riesgo, la promiscuidad (“Pero a mí me da la sensación que tú te cuidai, pero lo que tú veís a tu alrededor, como con conocimiento de la gente que te rodea a ti, ¿qué sabís tú de esta relación de la aventura y el cuidarse? /Porque en el carrete uno va a buscar la aventura y ahí va si uno se cuida o no se cuida y ahí entran también las mujeres promiscuas, los hombres promiscuos.

Como atributo: Fijada como un atributo de hombres y mujeres, la promiscuidad debiera ser posible de identificar, de calcular (“¿Cómo se calcula eso? Aaah” / “En varias cosas, porque una persona promiscua, primero va por una cosa del alcohol, después porque es muy caliente, una persona promiscua ya es terrible, pa mí es terrible”).

La calificación queda identificada con la embriaguez y el impulso sin ley (“Yo creo que con el alcohol () pero igual van a buscar eso... /Solamente que se atreven más.”). Atenuada la embriaguez como un facilitador, la figura promiscua aparece con lo terrible de la perversión de la ley, en su formulación como ley del deseo. La obligatoriedad del encuentro sexual (“No, aparte de

eso como que no puede salir y pasarla bien. /Tiene que tener sexo. /Claro, o es como que: tengo que salir y hoy día tengo que estar con alguien.”).

Como orgía (la casa sin padres): La promiscuidad puede adquirir, también, la figura del sexo colectivo. En cuyo caso la metáfora de “casa sin padres”, como suspensión de la ley, abre el imaginario orgiástico (“Pero no solamente esto del sexo está en carretes, porque también hay carretes pasivos que son en las casas, y esos son los carretes más terribles, cuando los papás salen... /Las orgías. /Claro, están las orgías. /De tres, cuatro.”)

Como ocasionalidad impenitente: Despejado el imaginario orgiástico, la promiscuidad sigue aquí. Su cálculo, como un saber de la amenaza, deja atrás la pregunta por la frecuencia de encuentros sexuales, a su calidad de ocasionalidad. La promiscuidad como impenitente provecho de la ocasión (“Pero y si fuera frecuencia, pongámosle que sea la promiscuidad una frecuencia. /Es que sería... no es como la frecuencia dos veces al mes o una semana o todas las semanas o todos los días, se da cuando está ocasión más que nada, es ocasional, porque no siempre hay carrete en casas, entonces son super ocasionales porque primero que nada no tiene que haber nadie en tu casa, tienen que estar solos, armar el cuento, entonces es como ocasional, si se da como que siempre aprovechan esos momentos, por eso es que es super ocasional.”).

El riesgo es conversado ahora incorporando la asimetría de género, atribuida a la exclusividad del embarazo como localización en el cuerpo de la mujer. De modo que un cuidado del riesgo del embarazo como anticoncepción femenina, no asegura el cuidado del riesgo de adquirir enfermedades, ETS (o como técnicamente se ha corregido, ITS: Infecciones de Transmisión Sexual). Está asimetría funda una ecuación de género/riesgo del tipo: mujer mayor riesgo = hombre mayor responsabilidad (“Igual la mujer tiene más riesgo que el hombre, de quedar embarazada./ De por sí una mujer... aparte de quedar embarazada, de por sí un hombre igual corre el riesgo que, puchas la mujer se haya metido con tantos niños y tenga SIDA.”)

Si la mujer corre mayor riesgo, debiera tener mayor responsabilidad (“Hablando eso de que siempre dicen que en uno recae el peso de la seguridad pero es la mujer la que tiene que tener más.. pero también es cierto, yo creo que ustedes son las más afectadas, ustedes son las que tienen que... no es pa hacerlas responsables pero...).

Lo que pareciera abrocharse en la consumación de la procreación, una vez acontecido el nacimiento la responsabilidad quedaría irredimiblemente en el lugar de la madre (“Es que siempre

(...) al hombre la responsabilidad porque quizá pueda ayudar y todo pero una es la responsable, es como ley, aquí y en la quebrá del ají.).

Regresando, en la actualidad del encuentro sexual sería posible restituir una simetría de responsabilidad. Las mujeres también podrían asegurarse la protección del riesgo identificado por el embarazo y las ITS (“...pero tú podrías comprar. Aparte, siempre la crítica es que la mujer () como dicen... suponte uno les dice “hagámoslo a capella, no compremos” /“Según las relaciones igual porque hay excepciones”).

De modo que, instalada esta posibilidad y sus excepciones, la cuestión se ubica precisamente, y una vez más, en el límite que permite distinguir “las excepciones” (“Cuando uno quiere usar condón (...) porque él quiere cuidarse, y la mujer no quiere cuidarse ¿qué estaría pasando ahí?/ “es que yo quería intentaba cuidarme con una mina y la mina no quería que yo usara condón, en ese momento yo no quise tener relaciones y quiero saber por qué la mina puede no haber querido que yo usara condón.”).

El buen sentido exige condiciones de contexto que permitiesen explorar la inteligibilidad de una experiencia de excepcionalidad. Y el equívoco emergente, revela el estatuto de lo que se entienda por “relación” (“¿Tenías una relación con ella?”/“La íbamos a tener.”/“No, pero tenían una relación de pareja.”/“Sí, íbamos a tener una relación.”).

De pareja o sexual, la relación queda entonces interrogada por su futuro, por las expectativas de cada partner sexual (“¿Tú crees que te iba a agarrar? / A los dos días la mina quería casarse conmigo y yo le dije que no. Yo tampoco quería porque era mayor que mí. / igual las cabras como son chicas igual se meten en el embarazo pa amarrarlo, si nunca lo amarraste, tenís cuarenta hijos y el hombre nunca va a estar amarrado.”).

Así la conversación vuelve sobre la incertidumbre, lo aleatorio como tópico. Es tan verosímil usar siempre condón, como preferir el encuentro sexual a pesar de no contar con uno (“O sea que uno no tiene relaciones si no... /No, yo tengo relaciones, igual (risas) /... si no usas preservativo /Yo no tengo /O sea ¿siempre usas preservativo? /Si yo no tengo en la casa, salgo a buscar o a comprar. /¿Si no, no tienes relaciones? /Si no, no tengo.”). Ya instalada en lo aleatorio, la conversación puede pasar por la incertidumbre constitutiva del riesgo, para la que el condón no alcanza del todo, como no lo alcanza ningún otro “método” (“Porque el condón igual no tiene su 100% seguro. /Es que si es por método ningún método es 100% seguro. /Claro.”).

Queda, así, el riesgo localizado en lo imprevisible del otro (“Yo tengo un caso muy cerca, un matrimonio de 30 años y el caballero portaba una enfermedad y recién ahora, tiene 54 años la señora y recién se desarrolló la enfermedad, la dejó sin caminar, la dejó sin movimiento, y es un virus de transmisión sexual, no es el SIDA, es parecido, y después de 30 años que el marido venga a pegar esa enfermedad (“obviamente aparte de ti si el tipo anda con uno y con otra es más riesgo todavía pero si uno es estable sexualmente es menor el riesgo.”).

Lo que hace regresar la conversación a la promiscuidad, ahora como un factor más de riesgo. Un factor más en la vasta incertidumbre de un riesgo nombrado como el otro imprevisible, el desarrollo de lo imprevisible como un virus (“Es uno de los factores igual pero a veces –como dijo ella- hay que tener un caso cercano como de ese matrimonio que estaban casados y se suponía que había una estabilidad emocional y sexual ahí. /“tenía dos señoras, y cuando estai muy enamorado ya la otra señora no estaba ni ahí con tener a otra señora en otra parte, al final el virus se desarrolla en él pero en ella no, hay varios virus que se desarrollan solamente en las mujeres pero no en el hombre, él es portador pero él no... Uno nunca sabe con qué se va a encontrar con la otra persona.”).

La actualidad: El interregno entre Ley y Deseo encuentra también sus ubicuidades históricas. El tiempo que se vive se habla a contraluz de algún otro tiempo vivido. El ahora como escenario, adquiere actualidad en la escena de algún antes (“...ahora como todos dicen: no, estamos en un país libre, democrático, la juventud sobre todo se subió por el chorro, como ya el papá te dice “puchas, si vai a hacer algo hácelo pero cuídate” ah, eso como que te da más alas todavía. Lo hago pero me tengo que cuidar.”).

La condición democrática, como la actualización de la pregunta por la ley para un sujeto cuya condición es propiamente tal pregunta, tanto abre oportunidades al deseo, como exigencias a la ley. Es lo que podría interpretarse como la pregunta ética (“Ahora, va mucho en la persona, en uno, porque antes... antes yo creo que la mentalidad de antes te sentías culpable, por lo menos mirabai con cara de pena, ahora, ¡qué ahora no estai ni ahí!. No, y lo más chistoso es que te ama y te quiere y después lo volvís a hacer, entonces como que eso no es... por eso va mucho en uno, va mucho en uno que quiera o no./ Aunque es cierto porque quizá, tampoco era. Pero antes no se daban las cosas de ahora, como que antes se daba más respeto. /Antes el hombre no se casaba porque no era virgen.”).

Así el “antes” es condición de posibilidad de una evaluación del “ahora” como apertura hasta lo increíble: el deseo en sus extravagancias (“y yo -como les comentaba- he visto dos casos a las

diez de la mañana teniendo relaciones en autos en lugares super públicos, entonces eso creo que...”). O en su precocidad, la frescura sorprendente del deseo (“Ahora hasta niñas de 13 años... /Eso es lo que más me llama la atención que hay cada adolescente embarazada. /Mi compañera tuvo una... quedó embarazada los 13 año. /En quinto básico andan pendientes ya. /Claro, claro, en quinto básico ya están pololeando. /Y no tienen una polola tienen como dos los frescos. /Sí, es verdad. /Los cabros chicos están más adelantados encuentro yo, eso van en que hay niños de menores edades que quedan embarazadas, es que están viviendo super acelerados.”).

Antídotos: la clave conversacional. Teniendo a la vista las transformaciones, su amortiguación en tanto trastornos encuentra una oportunidad en el tratamiento, el trato quizá en su anterioridad vincular (como con-trato), es lo que demanda esta conversación (“Eso, no es que no se trate el tema, es decir se muestra pero no se trata, ese es el problema.”).

La demanda se dirige a la institución juvenil por antonomasia: la escuela (“¿Cómo se maneja?, quizá haciendo esto mismo pero públicamente, abierto, enseñar, yendo a los colegios, empezando desde muy temprana edad.”). A la demanda dirigida a la institución típicamente juvenil, la escuela, habría que sostener las tentativas sugeridas en la institución socializadora por excelencia en la actualidad, los media (Sí, También había un programa en (...). Pero era bueno. /¿Qué era lo bueno? /El programa. /Hablaban las cosas claras. /Lo hablaba como un tema más, estaba informada y no tenía tabúes, no hablaba con las risitas. También el que me gusta como habla el tema de la sexualidad es el del 13 (). /No lo he escuchado.”). Y el humor ¿Por qué no? (“¿Y el Rumpi por ejemplo? /El chacotero. /El es como chistoso. /Uno dice “ah, es verdad” pero más te reís que dices es verdad. /Esa es la parte cómica del sexo, pero eso no es tratar el tema.”).

Una máxima corresponde a atender a la familia (“Encuentro que ese tipo de cosas pasa por casa.”). Aunque la inscripción de clase, como vector histórico, comanda las posibilidades de la institución familiar (“Es que igual influye harto los estratos sociales, ? Porque quizá la situación de las otras niñas de la A1 pudo haber sido más acomodada y los mismos papás las llevaban al ginecólogo o tenían más acceso a ese tipo de cosas y acá no, acá onda era: si la embarraste a apechugar. Así era.”).

Y sin embargo, como si fuese el último recodo de la trayectoria, el recurso supremo de la ética provendría de la responsabilidad, la capacidad de un sí mismo habilitado para responder al otro en el encuentro (“Primero quererte a ti misma y ser sincera y ver la posición en que uno se encuentra. En mi caso yo estoy estudiando y tengo que cuidarme, me tengo que querer porque el mino me

jura que me ama y me quiere, pero mañana terminan conmigo y yo... Considero que eso es ser responsable y saber bien con quien te estás metiendo y con quien no...”).

¿Con quién? Puede responderse evaluando desde la posibilidad de inscribirse en algún patrón de valor, es lo que permite seleccionar, reconocer la diferencia entre los que pasan por en frente, si de iniciar una vida sexual se trata (“Para mí personalmente la responsabilidad yo creo que... bueno, no tener relaciones como mala de la cabeza con el que se te pasó por enfrente, y obviamente igual cuidándote porque estas alturas un hijo no conviene para nada sobre todo cuando uno está estudiando. /Y aparte que si vai a iniciar una vida sexual tenís que hacerte responsable.”).

PARTE 7

CAPITULO XVI

ANTECEDENTES SOBRE TRANSFORMACIÓN EN LA FECUNDIDAD, UNIONES, HOGARES, EDUCACIÓN Y TRABAJO EN LA SOCIEDAD CHILENA

1. Introducción.

Las transformaciones en las prácticas y en los discursos sexuales en la sociedad chilena se realizan en el contexto de transformaciones importantes en los campos de la fecundidad, de las uniones, de los hogares, de la educación y del trabajo. Estas últimas han ocurrido en el proceso de transformación modernizante de la sociedad expresado en la economía, en la política, en las relaciones sociales, en la cultura. En ellas el Estado ha tenido un rol destacado, particularmente en el campo de la implementación de políticas de regulación de la fecundidad y en el campo de la educación. En general, puede asumirse que unas transformaciones conducen a otras o que éstas están estrechamente vinculadas entre sí; por ejemplo, modificaciones en la fecundidad y en las uniones pueden presentar una estrecha conexión con la constitución de los hogares, con el nivel de escolaridad y con el acceso al trabajo y el ingreso.

Tales transformaciones constituyen el telón de fondo sobre el cual se proyectan y se experimentan las transformaciones en la sexualidad. Aunque su evolución parece ocurrir lentamente, su acumulación en el tiempo termina por configurar una realidad social en constante transformación, más allá de si episódicamente alguno de estos ámbitos ha sido objeto de políticas estatales regresivas, es decir, orientadas a revertir algún efecto de políticas aplicadas con anterioridad (por ejemplo, en el campo del control de la fecundidad y la natalidad).

Su inclusión en esta investigación de tesis tiene el propósito de ofrecer un marco de referencia para comprender algunas de las principales transformaciones en la sexualidad que se presentan en las conclusiones de este trabajo, discernir su significación y establecer las conexiones que pueden resultar importantes para explorar sus proyecciones y sus impactos en la transformación social y sexual continua de la sociedad chilena.

2. Introducción de la tecnología anticonceptiva moderna y transformaciones de la fecundidad en la sociedad chilena.

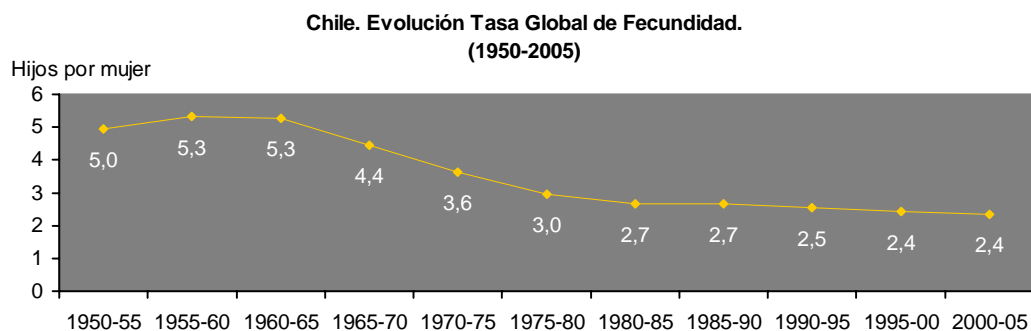
En la sociedad chilena, el Estado inicia una política promocional del uso de la recientemente desarrollada tecnología anticonceptiva médica desde mediados de la década de 1960. Su introducción hizo factible un notable y progresivo descenso del nivel de fecundidad de las mujeres en la sociedad chilena a partir de su adopción. En las últimas décadas la sociedad chilena ha asistido a una transformación sustantiva de los niveles de fecundidad de sus mujeres: éstas han transitado sucesivamente, generación a generación, desde un nivel superior a cinco hijos en la década de 1950 a un nivel de 1.9 hijos por mujer al término del periodo reproductivo, recientemente, en el año 2003.¹²⁵ También se han reconfigurado los contextos en los cuales se realiza la maternidad –y paternidad- de las nuevas generaciones de niños/as: se reducen los nacimientos bajo la forma del matrimonio y se incrementan los nacimientos de hijos/as nacidos de mujeres solteras y cohabitantes. Los calendarios reproductivos de las mujeres se han modificado en el curso de las generaciones: se desplazan y concentran en ciertas edades. Del mismo modo, recientemente se ha producido una convergencia de las mujeres en niveles de fecundidad, según estatus socioeconómico.

2.1. Descenso de la fecundidad en la sociedad chilena.

Inicia su descenso a partir de la década de 1960. En la década de 1950 se situaba por sobre cinco hijos -más precisamente, 5.0 y 5.3 para el primero y segundo quinquenio-. Desciende primero en un proceso de reducción acelerado hasta fines de los ochenta -descendió a 2.7-; le sigue un descenso moderado de la tasa global de fecundidad que en el año 2000, la sitúa en 2.4 hijos/as por mujer al final de la vida fértil.

¹²⁵ A partir de la segunda mitad del siglo XX, América Latina en su conjunto comienza a experimentar el proceso que se ha denominado de transición demográfica. Consiste básicamente en un cambio histórico de las tasas de natalidad y mortalidad de niveles elevados a bajos en una población. El descenso de los niveles de mortalidad precede al descenso de la fecundidad, originando un rápido crecimiento de la población en la fase de transición. En la Región comienza a producirse una baja de la mortalidad durante la primera mitad del siglo y, a partir de la década de 1960, comienzan a descender los altos niveles de fecundidad. Este proceso no se ha desarrollado de manera homogénea entre los países ni al interior de ellos, lo que tiene su origen en la acción de factores de tipo socioeconómico, sociocultural, político y ambiental. Así, la disminución de la mortalidad y especialmente de la fecundidad, comienzan en grupos residentes en áreas urbanas, de estratos socioeconómicos medios y altos y con mayor nivel educacional, para luego extenderse al conjunto de la sociedad. Esto ha implicado que la transición demográfica esté más avanzada en aquellos países de mayor nivel de desarrollo relativo y en los grupos de mejores condiciones de vida. (Agar, L. y Ferrer. M., 1998; Urzúa, R. et al., 2000).

GRAFICO 1



Fuente: INE/CELADE. "Estimaciones y proyecciones de población por sexo y edad. Total país: 1950-2050".

Proyecciones realizadas conjuntamente por CELADE e INE, indicaban que en el periodo 2000-2005 la tasa global de fecundidad sería de 2.4. Sin embargo, las estadísticas vitales señalan que la tasa en los últimos años es inferior a 2.0, por tanto, menor a la proyectada.

TABLA 1

TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD. 1990 - 2003 (NÚMERO MEDIO DE HIJOS POR MUJER)	
Año	Tasa Global de Fecundidad
1990	2,7
1991	2,6
1992	2,6
1993	2,5
1994	2,4
1995	2,4
1996	2,3
1997	2,3
1998	2,3
1999	2,2
2000	2,1
2001	2,0
2002	2,0
2003	1,9

Fuente: INE. Anuarios de Estadísticas Vitales.

2.2. Nuevos calendarios de la fecundidad de las mujeres.

Como puede observarse en la Tabla 2, el proceso de reducción de la fecundidad precedentemente señalada, afecta a las mujeres de todos los grupos de edad, a pesar de que su intensidad es variable; y modifica, a su vez, el aporte relativo a la tasa global de fecundidad de los mismos.

TABLA 2

ESTRUCTURA PORCENTUAL DE LA FECUNDIDAD EN CHILE 1950-2005							
	15-19	20-24	25-29	30-34	35-39	40-44	45-49
1950-55	8,1	21,7	24,8	21,2	14,7	7,6	2
1955-60	8	21,1	26,8	21,1	14,3	7	1,7
1960-65	8,1	22,7	24,7	22	14,9	6,3	1,2
1965-70	9,3	24,8	25,1	19,4	14,1	6,3	1,1
1970-75	11,6	27	25	18,9	11,2	5,3	1
1975-80	12,7	28	25,4	18,6	10,3	4,1	0,9
1980-85	12	28,3	27,3	18,5	10,1	3,4	0,5
1985-90	12,1	28,1	27,9	18,9	9,9	2,8	0,3
1990-95	11	29,4	29,2	18,8	9,2	2,4	0,2
1995-00	10	30,4	30,2	18,6	8,5	2	0,1
2000-05	9,3	31,3	31,1	18,5	8	1,7	0,1

Fuente: INE/CELADE. "Estimaciones y proyecciones de población por sexo y edad. Total país: 1950-2050".

TABLA 3

ESTRUCTURA PORCENTUAL DE LA FECUNDIDAD EN CHILE 2000-2003							
	15-19	20-24	25-29	30-34	35-39	40-44	45-49
2000	16	23	25	20	12	3	1
2001	16	22	25	20	12	3	2
2002	15	23	25	21	12	3	0,1
2003	15	23	24	22	13	3	0,2

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de INE. Anuarios de Estadísticas Vitales.

Del mismo modo, observada la evolución en términos de tasas de fecundidad por grupos de edades también existen diferencias indicativas de una transformación de las edades de la maternidad en la sociedad chilena.

TABLA 4

TASAS (1) ESPECÍFICAS DE FECUNDIDAD POR GRUPOS DE EDAD. 1950 - 2002							
Año	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 34 años	35 a 39 años	40 a 44 años	45 a 49 años
1950	73	195	198	161	131	56	17
1979	60	143	125	87	49	19	3
1988	61	142	138	97	52	14	2
1998	65,0	106,0	108	85	49	13	1
1999	63,0	100,0	106	84	49	13	1
2000	62,0	97,0	106	83	49	13	1
2001	60,0	94,0	103	84	50	14	1
2002	57,3	92,0	99,0	88,3	49	10,0	1
2003	54,7	94,0	100,6	88,6	51,7	14,9	0,8

Fuente: INE. Anuarios de Estadísticas Vitales. Años respectivos. (1) Tasa por mil mujeres

El segmento de mujeres mayores de cuarenta años inicia a partir de la década de 1970 un descenso muy importante y sostenido en su tasa específica de fecundidad: el grupo de 40-44 años desciende de 56 por mil en 1950 a 14.9 por mil en 2003; el grupo de 45-49 años desciende de 17 por mil en 1950 a 0.8 por mil en 2003.¹²⁶ El aporte específico a la tasa global de fecundidad disminuye notablemente entre los períodos 1970-1975 y 1990-1995. En la actualidad, hacen un aporte bajísimo a la fecundidad global en la sociedad chilena (3% cada uno en 2003).

Por su parte, el segmento de mujeres entre 20 y 29 años ha tenido históricamente las tasas más altas de fecundidad. Las ha reducido en las últimas décadas, no obstante, continúan siendo mayores. En 1950 la tasa específica del grupo de 20-24 años alcanzaba a 195 por mil, y la del grupo de 25-29 años alcanzaba a 198 por mil; en 2003, alcanzan a 94 por mil y a 100.4 por mil, respectivamente. También el segmento de mujeres entre 30 y 39 años ha reducido de forma importante en las últimas décadas, no obstante, los grupos etarios que lo componen han presentado intensidades y ritmos distintos en su evolución, lo que produce una divergencia manifiesta tanto en las tasas de fecundidad propias como en sus aportes relativos. Por una parte, las tasas específicas de los grupos de 30-34 años y 35-39 años alcanzaba a 195 por mil, y la del grupo de 25-29 años alcanzaba a 198 por mil; en 2003, alcanzan a 161 y 131 por mil, respectivamente; en 2003, alcanzan a 88.6 y 51.7 por mil, respectivamente. Es decir, el grupo mayor descendió de forma más importante, permaneciendo el más joven más próximo a los segmentos de 20-29 años, por tanto, situado entre los grupos de mayores tasas de fecundidad. Del mismo modo, el mayor aporte relativo a la tasa global de fecundidad se ha situado en los grupos que conciernen a mujeres entre 20 y 34 años. Con fluctuaciones en el tiempo, los grupos 20-24 años, 25-29 años y 30-34 años presentan en la actualidad niveles muy semejantes: 23%, 24% y 22%, respectivamente, en el año 2003. El grupo de 35-39 años ha tendido a la reducción de su aporte en el tiempo (13% en el año 2003).

Finalmente, el segmento adolescente -grupo de mujeres entre 15 y 19 años- inicia más tardíamente y en menor magnitud su descenso en su tasa específica de fecundidad. En 1950 la tasa alcanzaba a 73 por mil. Hasta 1975 la tasa de fecundidad adolescente se mantuvo bastante constante en torno a 80 por mil. A partir de 1975 comenzó a descender, aunque con fluctuaciones, hasta alcanzar una tasa en torno a 60 por mil hasta el año 2000; luego desciende más aceleradamente hasta la tasa actual -2003- de 54.7 por mil.¹²⁷ No obstante la reducción en la tasa de fecundidad adolescente, dado que los descensos entre las mujeres mayores han sido más

¹²⁶ Instituto Nacional de Estadísticas, INE. Anuario de Estadísticas Vitales. Año 2003.

¹²⁷ Instituto Nacional de Estadísticas, INE. Anuario de Estadísticas Vitales. Año 2003.

significativos, su aporte relativo a la tasa global de fecundidad muestra una tendencia, aunque fluctuante, al aumento en las últimas décadas. Entre 1950 y 1975 el aporte relativo de la fecundidad de las adolescentes muestra un ascenso desde el 8% hasta el 12%, aproximadamente, nivel que se mantiene relativamente estable hasta 1990. Según las proyecciones de población de INE/CELADE para los quinquenios 1995-2000 y 2000-2005, el aporte seguiría descendiendo, hasta algo menos de un 10%. No obstante, información basada en las estadísticas vitales señala que el aporte relativo en los últimos años es superior al proyectado; alcanza a 15% en el año 2003.¹²⁸ La información del período examinado permite observar que mientras la tasa global de fecundidad disminuyó en un 50%, el aporte del grupo de 15 a 19 años se incrementó en torno a 100%, constituyéndose en el grupo que aumentó de manera más significativa su importancia relativa.

2.4. Evolución de los contextos marital y no marital de los nacimientos en Chile.

El proceso de reducción de la fecundidad precedentemente señalado ha afectado fundamentalmente a las mujeres casadas, las que muestran una fuerte caída de la natalidad a lo largo del periodo, con una reducción de su tasa de natalidad desde 258,9 niños por 1.000 de ellas, en 1960, a 68,9 en el año 2000, con caídas muy importantes en las décadas de 1960 y de 1990.

TABLA 5

NACIDOS VIVOS POR CADA 1.000 MUJERES, MADRES CASADAS Y NO CASADAS, CHILE, 1960-2000							
Año	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 34 años	35 a 39 años	40 a 44 años	45 a 49 años
Casadas							
1960	680,0	493,6	362,4	280,2	180,6	78,0	258,0
1970	492,6	373,0	205,8	143,8	89,5	44,6	159,4
1980	346,2	287,5	163,8	98,2	51,8	20,1	115,6
1990	266,1	210,0	160,1	104,2	53,5	14,2	102,7
2000	212,9	181,1	138,8	93,7	47,9	12,0	68,9
No casadas							
1960	23,4	60,4	72,0	83,3	65,0	29,2	48,5
1970	24,3	57,9	88,9	80,7	68,6	37,7	49,0
1980	29,9	59,1	75,6	65,7	46,3	18,5	46,9
1990	43,6	85,7	87,4	78,8	54,5	16,3	60,8
2000	54,0	76,6	73,7	65,4	45,2	15,3	55,2

Fuente: Datos tomados de Larrañaga, 2006 (En: Valenzuela, Tironi y Scully, 2006)

¹²⁸ Instituto Nacional de Estadísticas, INE. Anuarios de Estadísticas Vitales. Años 2000, 2001, 2002 y 2003.

El nivel de nacimientos fuera del matrimonio aumentó de 15.9% en 1960 a 53.8% en el año 2003. Dicho incremento se explica, según Osvaldo Larrañaga (2006, en: Valenzuela, Tironi y Scully, 2006), por una caída en la tasa de natalidad de las mujeres casadas y, al mismo tiempo, una elevación en el porcentaje de mujeres no casadas en todos los tramos de edad a partir de 1990, ya que la tasa de natalidad de mujeres no casadas se ha mantenido relativamente estable en el periodo (sólo a partir de 1990 contribuye con las mujeres jóvenes).

TABLA 6

NIVELES DE NIÑOS/AS NACIDOS EN CONTEXTO NO MARITAL 1960-2003 (PORCENTAJES)										
Año	1960	1965	1970	1975	1980	1985	1990	1995	2000	2003
%	15.9	17.1	20.2	22.1	27.6	31.8	34.3	40.5	48.8	53.8

Fuente: Datos tomados de Larrañaga, 2006 (En: Valenzuela, Tironi y Scully, 2006)

El aumento de la tasa de nacimientos en contexto no marital varía en los diversos grupos de edad en este periodo. Las alzas son más importantes entre los grupos de mujeres más jóvenes, siguen las más adultas (de 40 o más años), y luego están las de edades intermedias con alzas más moderadas. Las mujeres entre 15 y 24 años son las que experimentan la mayor alza en los nacimientos en contexto no marital: el grupo de mujeres entre 15 y 19 años (las adolescentes), aumenta 60 puntos porcentuales entre 1960 y 2003; el de mujeres entre 20 y 24 años aumenta 51.5 puntos porcentuales. También las mujeres más adultas incrementan sus tasas: en el grupo de mujeres entre 40 y 44 años aumenta 45.7 puntos porcentuales, y en el de mujeres entre 45 y 49 años aumenta 37.9 puntos porcentuales. Las mujeres en edades comprendidas entre 25 y 39 años experimentan alzas más moderadas: en el grupo de mujeres entre 25 y 29 años aumenta 32.1 puntos porcentuales; en el de mujeres entre 35 y 39 años aumenta 25.2 puntos porcentuales, y en el de mujeres entre 30 y 34 años aumenta 23.6 puntos porcentuales.

TABLA 7

PORCENTAJE DE NACIMIENTOS EN CONTEXTO NO MARITAL SEGÚN EDADES DE LAS MADRES 1960-2003							
Año	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 34 años	35 a 39 años	40 a 44 años	45 a 49 años
1960	29,0	16,8	11,9	12,0	12,2	3,8	15,9
1970	31,3	19,7	15,6	16,0	17,3	17,2	20,2
1980	45,3	26,9	19,9	19,5	22,0	21,6	27,6
1990	60,5	37,3	25,0	26,3	29,8	31,5	34,3
2000	85,0	59,5	37,6	31,8	34,6	40,8	48,8
2003	89,9	68,3	44,0	35,6	37,4	49,5	53,8

Fuente: Datos tomados de Larrañaga, 2006 (En: Valenzuela, Tironi y Scully, 2006)

Los nacimientos fuera del contexto marital se producen en tres contextos distintos: la maternidad en soltería, la maternidad de mujeres separadas- y la parentalidad en convivencia. Recientemente, en 2003, un 22% de los nacimientos corresponde a madres que cohabitan, una proporción un poco menor corresponde a solteras (18,3%) y una proporción pequeña (5,2%), a separadas.

TABLA 8

MADRES SEGÚN ESTADO CIVIL Y EDAD							
Año	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 34 años	35 a 39 años	40 a 44 años	Total
1990							
casadas	45,8	66,2	77,1	81,0	81,3	78,8	74,5
solteras	36,8	19,0	9,6	5,9	5,3	4,2	11,5
convivientes	15,3	11,1	8,3	8,5	8,7	10,0	9,5
separadas	2,1	3,4	4,6	4,0	4,2	5,2	4,0
2003							
casadas	9,6	31,1	55,1	67,5	69,4	64,6	54,1
solteras	56,3	34,9	16,9	9,2	6,6	7,3	18,3
convivientes	33,5	29,8	22,8	16,9	17,0	19,0	22,0
separadas	0,7	3,1	5,1	5,9	6,3	7,7	5,2

Fuente: Datos tomados de Larrañaga, 2006 (En: Valenzuela, Tironi y Scully, 2006)

2.5. Convergencia en niveles de fecundidad según estatus socioeconómico.

Análisis realizados por Osvaldo Larrañaga (2006), basados en los últimos censos -en los cuales se aproxima el NSE a través de los años de escolaridad y se considera una cohorte de mujeres de 35-39 años para estimar el número de hijos al término del periodo reproductivo y se las clasifica en cuartiles que permiten considerar la evolución de la escolaridad en el tiempo-, muestran que ha habido una reducción diferenciada de la natalidad, mayor en las mujeres de menor NSE - correspondientes a los dos primeros cuartiles- y menor en las mujeres de mayor NSE - correspondientes a los dos últimos cuartiles-.

TABLA 9

NATALIDAD POR NSE EN CHILE, 1960-2002				
Año	NSE (Cuartil años de escolaridad)			
Cohorte 35-39 en año	I	II	III	IV
1960	5,72	4,83	3,94	3,01
1965	5,82	4,94	4,28	3,24
1970	5,72	4,82	3,68	3,14
1975	5,08	4,32	3,43	2,81
1980	4,48	3,85	3,03	2,53
1985	3,85	3,29	2,66	2,26
1990	3,54	3,18	2,60	2,20
1995	3,24	2,82	2,38	2,15
2000	2,88	2,61	2,24	1,91

Fuente: Tomado de Larrañaga, 2006, basado en censos de población 1992 y 2002. (En: Valenzuela, Tironi y Scully, 2006)

En el curso de los últimos cuarenta años, en la sociedad chilena se ha reducido la brecha entre unas y otras mujeres en el número de hijos, produciéndose crecientemente una relativa convergencia en el comportamiento reproductivo. Así, en 1960, mientras una mujer perteneciente al primer cuartil de escolaridad tenía 5,72 hijos al término del periodo reproductivo, la del cuarto cuartil tenía 3,01; en el año 2000, la primera sólo tiene 2,88 y la última sólo 1,91. Ambas mujeres tienen menos hijos en la actualidad, pero la primera redujo su fecundidad de forma más intensa, y al hacerlo, devienen más parecidas en sus procesos reproductivos.

2.6. Surgimiento de la Política de Planificación Familiar en Chile.

Entre 1964 y 1967 se produce la puesta en marcha en Chile por parte del Estado del Programa de Planificación Familiar. Tres objetivos de salud lo fundamentan, a saber: a) reducir mortalidad materna por aborto provocado (evitar embarazo no deseado); b) reducir mortalidad infantil asociada a la alta fecundidad; c) promover el bienestar familiar (Paternidad Responsable), definida esta última como la capacidad de ofrecer un ambiente a los hijos que permitiera su desarrollo en condiciones apropiadas de salud física y mental.¹²⁹

¹²⁹ En la sociedad chilena, en la década de 1950 se organiza la atención médica estatal, creándose el Servicio Nacional de Salud (SNS), en 1952, con una cobertura a nivel nacional de más del 80% de la población. Entre los principales problemas de salud de la época, el SNS asume los relacionados con el área materno-infantil. En este escenario, en 1962 el Servicio Nacional de Salud crea la Comisión Asesora en Política de Regulación de Fecundidad, a fin de perfeccionar la información existente en torno al desarrollo en el país de actividades de regulación de la fecundidad, como a la expansión de las mismas para un abordaje de la verdadera epidemia representada por el aborto. En 1965 se aprueba el informe técnico elaborado por dicha Comisión, base de la futura política nacional sobre la materia, el cual enfatiza la relación entre el crecimiento demográfico acelerado y la salud de los grupos biológicamente más vulnerables, las madres y los niños. Este informe recomendó la incorporación de las actividades de regulación de la fecundidad a los programas regulares de atención materno - infantil para la población beneficiaria del SNS. Ese mismo año, el Servicio decide incorporar las actividades de regulación de la natalidad a sus beneficiarias, dentro de los programas de asistencia materna e infantil, *"garantizando el respeto a la conciencia de las personas y a su dignidad"*. La Comisión después de aprobado su Informe, en 1966, da origen al Comité Chileno de Protección de la Familia, el cual posteriormente se convierte en la Asociación Chilena de Protección de la Familia (APROFA), una corporación privada sin fines de lucro. Posteriormente, se entregan a todo el país las normas básicas para llevar a la práctica un Plan de Regulación de la Natalidad. En 1967 se formula la Política de Población y de Salud Pública, la cual ha regulado las actividades de planificación familiar en el país desde entonces; al disponerse del presupuesto necesario se incorpora oficialmente a las actividades programáticas la política de regulación de fecundidad recomendada. En Diciembre 1968 se establece un convenio de colaboración entre el Servicio Nacional de Salud. y APROFA con el objeto de regularizar y establecer sobre bases legales un programa cooperativo de regulación de la natalidad en todo el territorio nacional. A través de este convenio, aún vigente, APROFA ha desempeñado un rol de intermediario en la donación de insumos anticonceptivos provenientes de la Agencia Internacional para el Desarrollo de los Estados Unidos (USAID), a través de la IPPF, hasta el año 1990 y como agente capacitador de los profesionales en la prescripción y control de los métodos que se entregan en el sistema público de salud. Apoyándose en la tradición centralizada del sistema de salud chileno y su exitosa historia sanitaria, el abordaje de estas materias y la implementación

El Programa tuvo una lógica fundamentalmente salubrista; la perspectiva adoptada por el gobierno chileno fue preventiva de riesgos reproductivos. Contribuyó a reducir la mortalidad materna debida a aborto provocado y, se estima, que en general redujo el aborto; al mismo tiempo, mediante la noción de planificación familiar expandió la planeación de la actividad sexual en el contexto de las mujeres unidas para la reducción de riesgos reproductivos.

La política de planificación familiar no tuvo un objetivo demográfico; sin embargo, en la época en que se inició tuvo la crítica política de sectores de la izquierda chilena, porque se la interpretaba fundamentalmente como una política de control de la natalidad de carácter imperialista, promovida por los Estados Unidos sobre Latinoamérica, con el propósito de mantener el control sobre el crecimiento poblacional de la Región.

En la sociedad chilena, dicha política no surge como una política de género; no responde a una reivindicación del derecho a la libertad de procreación de las mujeres. Encuentra al movimiento de mujeres en lo que Julieta Kirkwood (1990) denomina el periodo del *silencio feminista*, que sucede a la etapa de desintegración del movimiento feminista que se produce a fines de la década de 1940 – cuando se conquista el derecho al sufragio femenino, en 1949-, y que se extiende hasta la década de 1970, cuando en la década de 1970 se configura el movimiento en la lucha antidictatorial. Solamente, varias décadas más tarde conecta con avances –insuficientes todavía: basta recordar en el Chile toda forma de aborto inducido está penalizada- en la organización social, relativos a acrecentar la capacidad formal reconocida a las mujeres de controlar eficazmente las consecuencias reproductivas de las relaciones sexuales.

Tampoco fue una política destinada a expandir la ciudadanía. La política se legitimó en relación con los derechos de las parejas a tomar decisiones acerca del número y espaciamiento de los hijos, alejándose de interpretaciones que subrayaban la dimensión demográfica de la planificación familiar.¹³⁰ Ciertamente, se enfatiza la prescindencia del Estado en las decisiones reproductivas; corresponde a las parejas –no a los individuos como ocurres después de la Conferencia de Población, de la Organización de Naciones Unidas, realizada en 1994 en El Cairo- el derecho a decidir sobre el número y espaciamiento en el nacimiento de los/as hijos/as.

de las medidas se realizó a nivel nacional y con amplia cobertura, con el apoyo del sector no gubernamental (APROFA) en vinculación con instituciones extranjeras (IPPF).

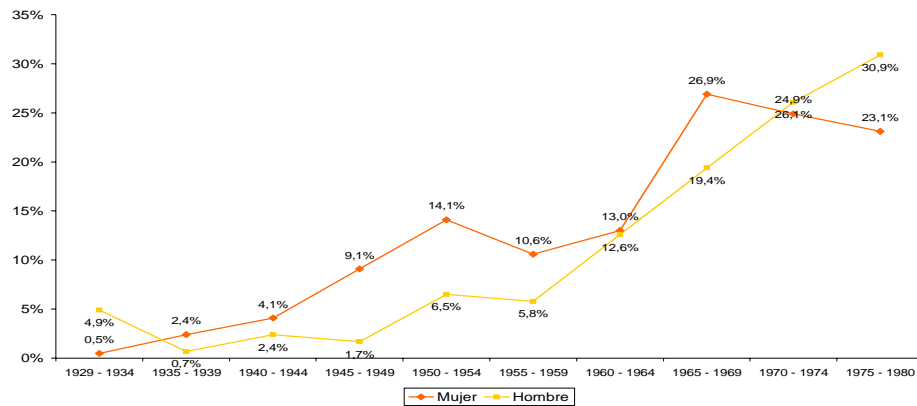
¹³⁰ En 1967 se realiza en Santiago de Chile, la Octava Conferencia Internacional de Planificación de la Familia, bajo el lema “Paternidad consciente: deber y derechos humanos”.

2.7. Evolución del uso de formas preventivas en procesos de iniciación sexual en las generaciones estudiadas.

En la Encuesta de CONASIDA/ANRS pueden distinguirse de forma general diversos momentos en la evolución del uso de formas preventivas en los procesos de entrada en la sexualidad activa: primero, las generaciones de hombres y mujeres nacidos antes la década de 1950 en Chile, homogéneamente no usaron –o, más precisamente, lo hicieron en niveles inferiores al 5%- forma preventiva alguna; segundo, la generación nacida en la década siguiente, es decir, de 1950, duplica los niveles anteriores, y lo hacen principalmente las mujeres; tercero, los sujetos nacidos en la década de 1960 elevan en más de diez puntos sus niveles en un ascenso compartido entre los sexos, aunque más importante en las mujeres; cuarto, los sujetos nacidos entre 1970 y 1980 –las más jóvenes en este estudio- continúa un incremento fundamentalmente en los hombres.

GRAFICO 2

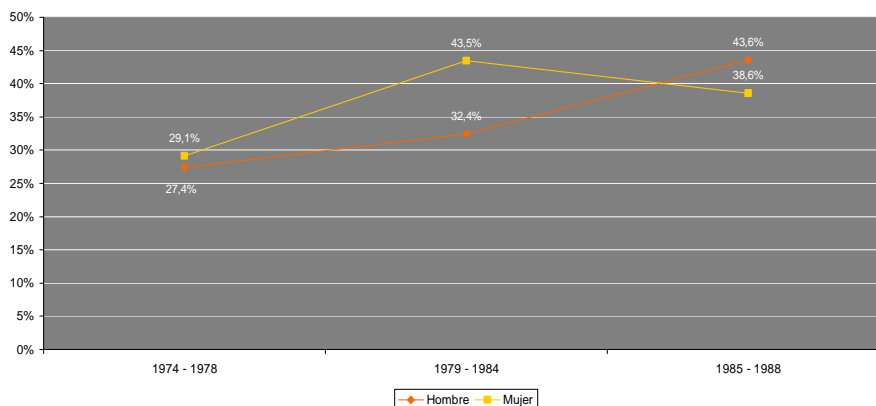
NIVEL DE USO DE FORMAS PREVENTIVAS EN INICIACION SEXUAL EN COHORTES NACIDAS ENTRE 1929 Y 1980, SEGÚN SEXO (PORCENTAJES)



Para observar dicha evolución en las generaciones más recientes usamos a continuación la *Cuarta Encuesta Nacional de Juventud*, realizada en 2003, que considera población nacida en entre 1974 y 1988. Los sujetos nacidos entre 1974 y 1978, que al momento de la encuesta tenía entre 25 y 29 años de edad, presentan niveles de uso muy similares a los que muestra la encuesta CONASIDA/ANRS precedentemente analizada. Los sujetos nacidos más tarde en este estudio, en la década de 1980, e iniciados a fines de la década de 1990 y comienzos de la actual, elevan sus niveles en aproximadamente quince puntos, los niveles más altos entre todas las generaciones aquí estudiadas.

GRAFICO 3

USO DE FORMAS PREVENTIVAS EN INICIACION SEXUAL
EN COHORTES NACIDAS ENTRE 1974 y 1988
(PORCENTAJES)



Lo anterior sugiere que en la sociedad chilena el proceso de incorporación de tecnología preventiva en los procesos de iniciación sexual es tardío en las generaciones nacidas en el siglo veinte. No usaron tecnología alguna las generaciones nacidas en la primera mitad del siglo; por cierto, la sociedad no disponía todavía en esa época de una tecnología eficiente para ello.

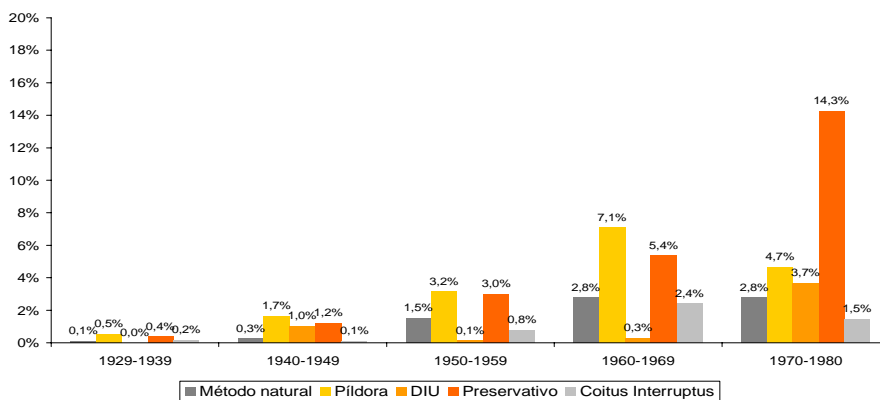
La sociedad chilena dispuso de tecnología anticonceptiva médica a partir de los últimos años de la década de 1960, sin embargo, su incorporación aparece débilmente asociada a la iniciación de las generaciones que hicieron su entrada en la sexualidad activa en ese periodo; surgió más asociada a procesos de sexualidad adulta, al establecimiento de uniones, y más específicamente a la regulación de la reproducción de las mujeres después de un primer hijo. La generación nacida entre 1950 y 1960 –que es la que se inicia a mediados de las décadas de 1960 y 1970- es expresiva de una primera apropiación de la píldora -crece especialmente el uso de tecnología entre las mujeres nacidas en ese periodo-. Aumenta el uso en las generaciones nacidas en las décadas siguientes, y conecta con el ingreso masculino a la gestión preventiva.

Las sociedades contemporáneas experimentaron desde comienzos de la década de 1980 el surgimiento de la epidemia del VIH/SIDA. El fenómeno del VIH introduce una inflexión a la lógica preventiva pre-existente: el ingreso del condón como medio preventivo privilegiado y la indicación del uso en los procesos de iniciación sexual, entre otros. Las generaciones nacidas desde 1970 en adelante lo hacen en presencia de la epidemia.

Ello es manifiesto en los niveles de apropiación de la tecnología anticonceptiva médica en las generaciones que hicieron su entrada en la sexualidad activa a partir de la segunda parte de la década de 1960. Sólo un 3.2% de sujetos de esa generación usa la píldora en su iniciación sexual.¹³¹ Los sujetos nacidos en la década siguiente, e iniciados entre 1975-85 elevan muy levemente su uso (7.1%), los nacidos en la década siguiente, e iniciados a partir de mediados de la década de 1980, reduce su uso a 4.7%. En esta última generación, que inaugura una disposición a la prevención en la iniciación sexual que continúan las generaciones más jóvenes, no es la píldora, sino el condón la tecnología que se usa (14.3%).

GRAFICO 4

USO DE DIVERSAS FORMAS PREVENTIVAS EN INICIACION SEXUAL
SEGUN COHORTES NACIDAS ENTRE 1929 Y 1980
(PORCENTAJES RELATIVOS A TOTAL DE INICIADOS SEXUALMENTE)



Por ello, es propiamente el fenómeno de emergencia del VIH/SIDA, no el surgimiento de la píldora, el elemento activador de la incorporación de tecnología preventiva en los procesos de entrada en la sexualidad activa en la sociedad chilena.

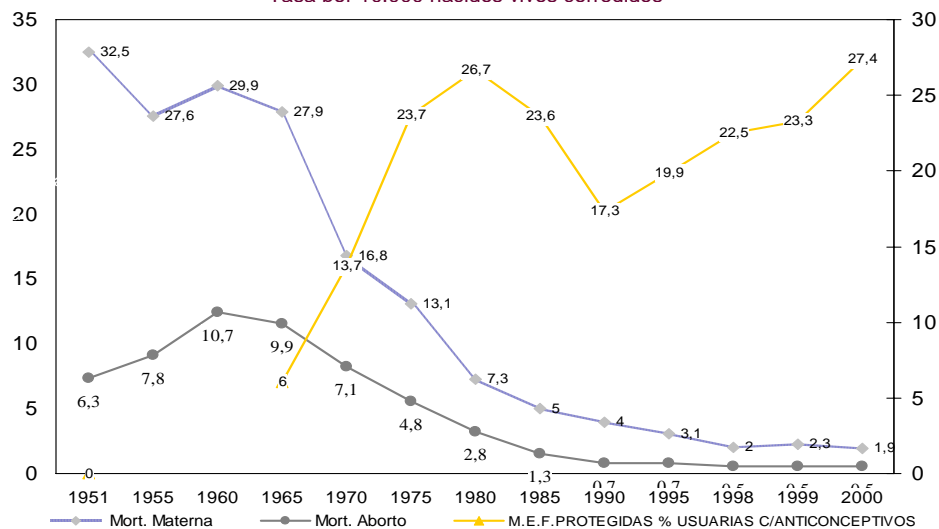
2.8. Evolución reciente del uso de tecnología preventiva en Chile.

Como puede observarse en el gráficos 5 y 6, en la década de 1980 se produce un descenso de los niveles de mujeres asistidas en materia de tecnología anticonceptiva por el Estado. En 1990 el sistema público de salud asistió a cerca de seiscientos mil mujeres, una década después alcanza a más de novecientas mil.

¹³¹ El Dispositivo Intrauterino (DIU) técnicamente no puede ser usado por las mujeres nuligestas. Su presencia en las declaraciones corresponde muy mayoritariamente a los hombres. Sin embargo, la declaración de uso por parte de mujeres que es muy mínima ha de corresponder a un error en la declaración o registro.

GRAFICO 5

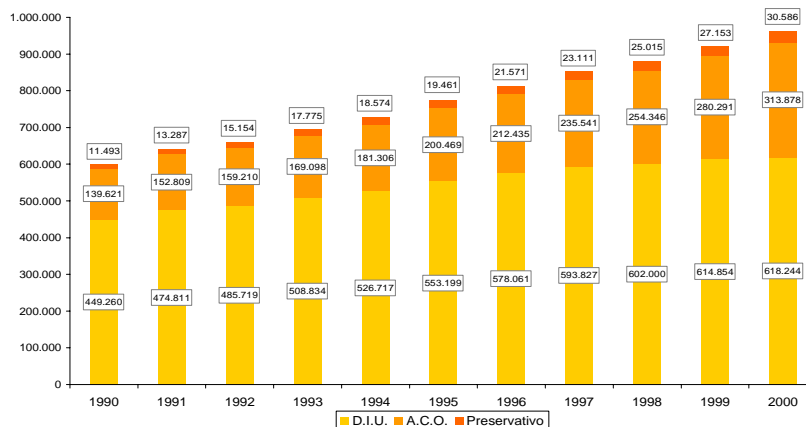
MUJERES EN EDAD FERTIL PROTEGIDAS
% USUARIAS DE ANTICONCEPTIVOS, MORTALIDAD
MATERNA, MORTALIDAD ABORTO, CHILE 1951 - 2000
Tasa por 10.000 nacidos vivos corregidos



Fuente : Anuarios Demográficos INE

GRAFICO 6

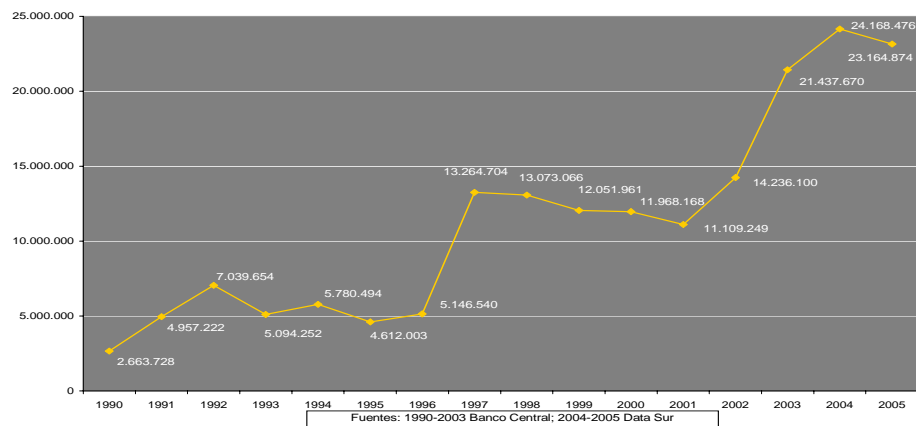
EVOLUCION DE LA POBLACION DE MUJERES USUARIAS DE
METODOS ANTICONCEPTIVOS ATENDIDAS EN SISTEMA PUBLICO
DE SALUD (SNSS) ENTRE 1990 y 2000, SEGÚN TECNOLOGIA USADA



Por su parte, en 1990, también, el Banco Central informa una importación de 2.663.728 condones; quince años más tarde Data Sur informa una importación de 23.164.874 para su distribución en el mercado nacional. Durante la última década, la sociedad chilena ha incrementado de forma muy notable, aun cuando todavía insuficiente, la disponibilidad de este recurso preventivo.

GRAFICO 7

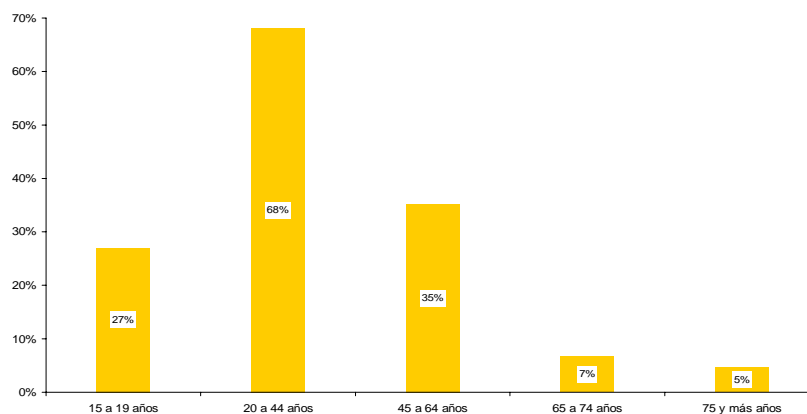
EVOLUCION DE LA IMPORTACION DE CONDONES EN CHILE
EN EL PERIODO 1990 Y 2005



La Primera Encuesta Nacional de Calidad de Vida (INE/MINSAL), realizada en 2001, muestra los niveles de uso de tecnología anticonceptiva en la población chilena general, es decir, mujeres y hombres sobre los quince años de edad. El nivel del grupo de sujetos que reúne las condiciones, al mismo tiempo, de constituir una población ya integrada a los intercambios sexuales y de estar en etapa reproductiva, el de 20 y 44 años, presenta un alto uso de formas preventivas (69%).

GRAFICO 8

NIVELES DE USO DE FORMAS PREVENTIVAS EN GRUPOS DE 15 Y
MAS AÑOS (ACTIVOS Y NO ACTIVOS SEXUALMENTE)
(PORCENTAJES)

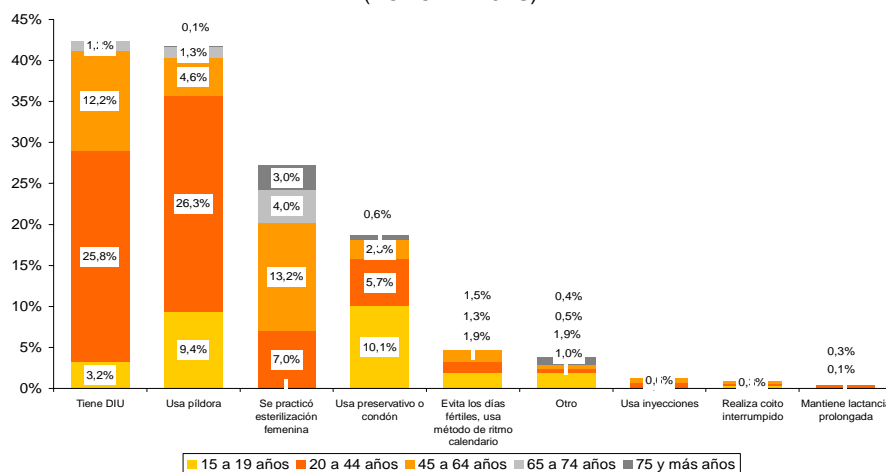


En este estudio, las formas preventivas de mayor uso son el dispositivo intrauterino, DIU, y la píldora (42.4% y 41.7%, respectivamente), les siguen la esterilización femenina (27.2%) y el

condón (18.7%). Son de uso mínimo los “métodos naturales” y (5.8% de coito interrumpido y ritmo o calendario), el diafragma (0.3%) y los anticonceptivos hormonales inyectables (1.3%).

GRAFICO 9

NIVELES DE USO DE DIVERSAS FORMAS PREVENTIVAS EN POBLACION CHILENA SEGUN GRUPOS DE EDADES (MUJERES Y HOMBRES ACTIVOS Y NO ACTIVOS SEXUALMENTE) (PORCENTAJES)



Para observar más focalizadamente a las generaciones más recientes usamos la *Cuarta Encuesta Nacional de Juventud*, realizada en 2003, que considera población nacida en entre 1974 y 1988.

GRAFICO 10

USO DE FORMAS PREVENTIVAS CON ULTIMA PAREJA SEXUAL JOVENES NACIDOS ENTRE 1974 Y 1988, SEGÚN SEXO (PORCENTAJES)

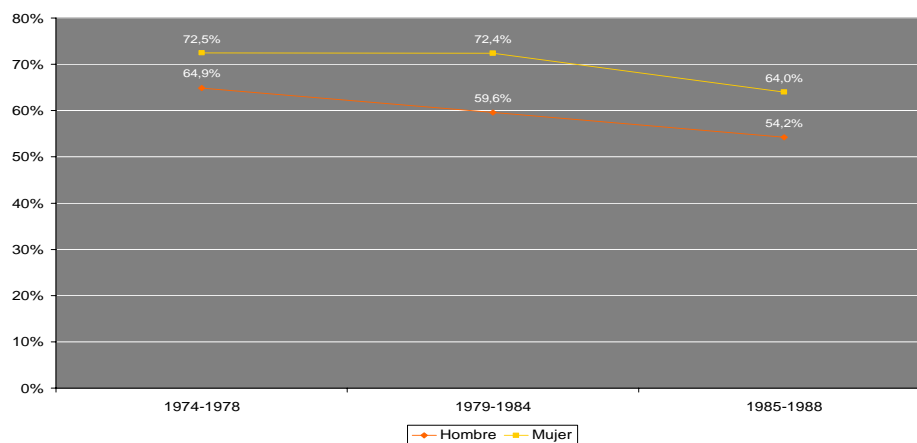
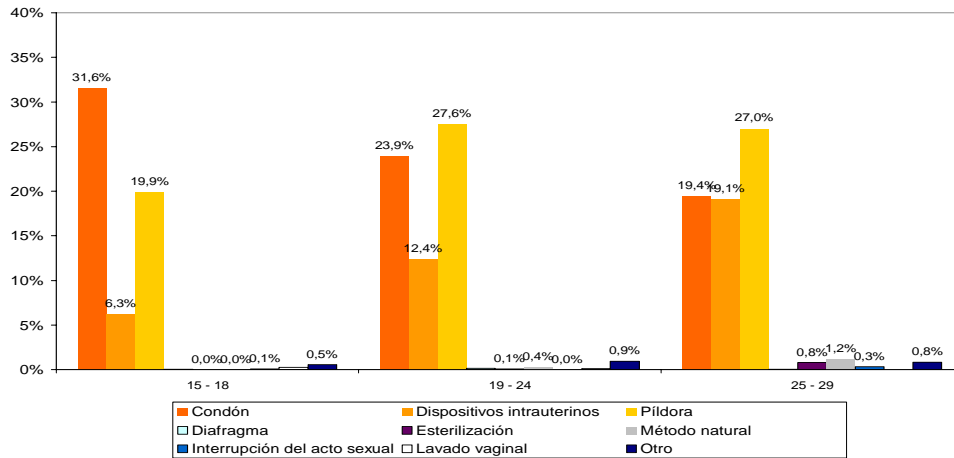


GRAFICO 11

NIVELES DE USO DE TIPOS DE TECNOLOGÍA PREVENTIVA EN PRIMERA RELACIÓN DE ÚLTIMA PAREJA SEXUAL SEGUN EDAD (PORCENTAJES CON RESPECTO AL TOTAL DE ACTIVOS SEXUALMENTE INJ)



3. Transformaciones en las uniones en la sociedad chilena.

La evolución de la tasa de nupcialidad durante el siglo XX en la sociedad chilena muestra un fenómeno notable: el intenso descenso producido en su última década. Hacia la tercera década se produjo una elevación de la tasa –desde seis en 1910 a 9.1 en 1930-, luego hubo una leve baja y posteriormente se estabilizó en torno a siete hasta la década de 1990, en la que se produjo una brusca caída a niveles inéditos.

TABLA 10

EVOLUCION DE LAS TASAS BRUTAS DE NUPCIALIDAD EN CHILE 1910 – 2000									
1910	1920	1930	1940	1950	1960	1970	1980	1990	2000
6.0	6.7	9.1	8.4	7.8	7.3	7.5	7.7	7.5	4.4

Fuente: Datos tomados de Valenzuela y Herrera, 2006 (En: Valenzuela, Tironi y Scully, 2006)

En el curso de la década de 1990 se produce un descenso progresivo que lleva la tasa de nupcialidad a un nivel sustantivamente inferior a comienzos de la actual década (3.6 en 2003).

TABLA 11

TASAS BRUTAS DE NUPCIALIDAD EN CHILE 1990 – 2003													
1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001	2002	2003
7.5	6.9	6.6	6.7	6.5	6.1	5.8	5.3	5.0	4.6	4.4	4.2	3.9	3.6

Fuente: INE, Anuarios de Estadísticas Vitales

Del mismo modo, se produce una reducción, aunque leve, de las uniones entre los censos de 1992 y 2002 -desde 57.5% a 55.1%. Al mismo tiempo que el matrimonio desciende en el periodo -de 51.8% a 46,2%- , se produce un ascenso importante de la convivencia –de 5.7% a 8.9%. Por ello, puede afirmarse la existencia, en la actualidad, de una recomposición interna de las uniones en la sociedad chilena. El descenso en los niveles de sujetos unidos, aparece también asociado a un incremento de la proporción de sujetos separados –que dejan la condición de unidos- y de solteros –que no ingresan a ella.

TABLA 12

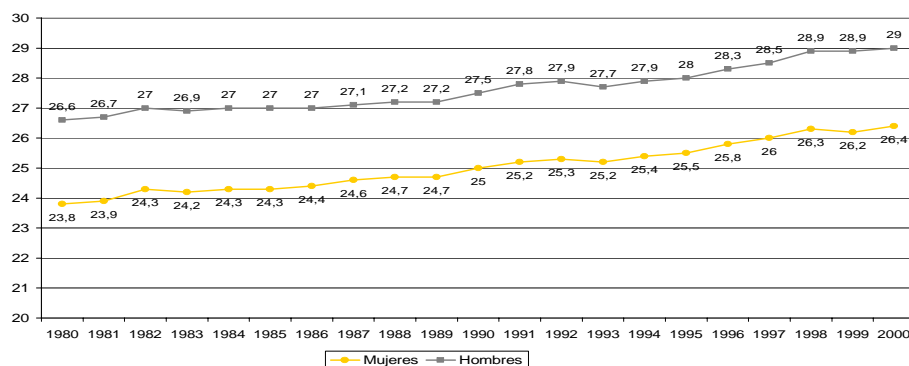
DISTRIBUCION DE LA POBLACIÓN POR ESTADO CIVIL SEGUN SEXO 1992-2002 (%)						
Estado Civil	1992			2002		
	Mujer	Hombre	Total	Mujer	Hombre	Total
Soltero	31.1	36.6	33.5	32.2	37.1	34.6
Casado	50.4	54.4	51.8	44.8	47.5	46.2
Conviviente	5.8	5.5	5.7	8.8	9.0	8.9
Separado	4.1	2.7	3.4	5.5	3.9	4.7
Anulado	0.5	0.2	0.3	0.6	0.3	0.4
Viudo	8.1	2.2	5.2	8.1	2.2	5.2
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: INE

Por otra parte, al mismo tiempo, se modifican las edades del matrimonio. Como puede observarse en el Gráfico 12, se ha producido un aumento de la edad promedio del matrimonio de aproximadamente tres años entre 1980 y 2000 para hombres y mujeres; no obstante, persiste una sistemática brecha etaria cercana a tres años entre los géneros.

GRAFICO 12

EVOLUCION DEL PROMEDIO DE EDAD DE MATRIMONIO (CUALQUIERA), SEGUN SEXO 1980 A 2000



Fuente: Datos tomados de Valenzuela y Herrera, 2006 (En: Valenzuela, Tironi y Scully, 2006)

En el contexto de variaciones en los niveles de uniones en la sociedad chilena en la última década nos preguntamos: ¿cómo se organizan las uniones en la actualidad?, ¿cómo se comportan hombres y mujeres respecto de las uniones?, ¿cuáles son las sincronizaciones de los sexos en relación a las uniones?

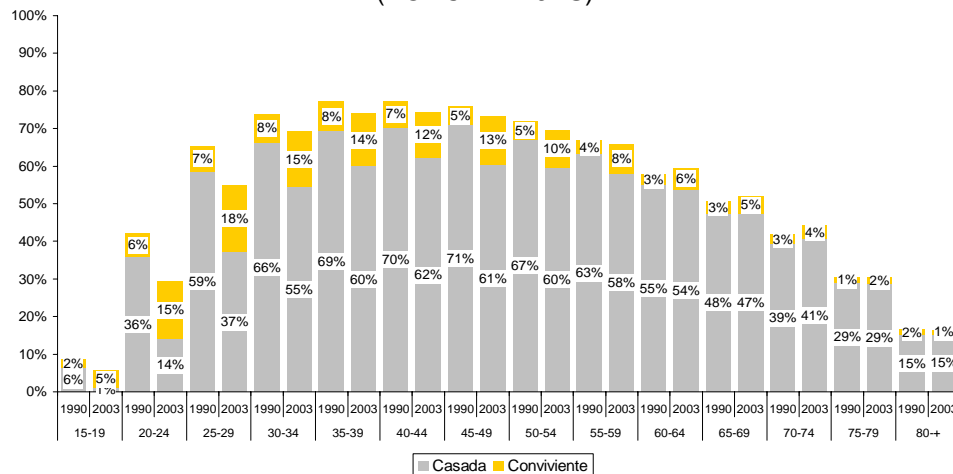
A continuación se presenta un análisis de las modificaciones de las uniones y estados civiles en la sociedad chilena en el periodo reciente, basado en las versiones de 1990 y 2003 de la Encuesta CASEN.

3.1. Descensos y desplazamientos de las uniones y del matrimonio: los estados civiles y sus variaciones en el curso de la década de 1990

De forma general, en Chile se ha producido en la última década un descenso de las uniones. Observado el fenómeno por cohortes etarias, no obstante, se presenta una reducción de las uniones en los segmentos más jóvenes y de edades medianas -la mayoría-, al mismo tiempo que un leve incremento en los segmentos de edades mayores –más minoritarios. En efecto, descienden entre los grupos de 15 a 49 años en las mujeres y entre los 15 y 59 años en los hombres, y después de esas edades, se estabilizan o aumentan las uniones.

GRAFICO 13

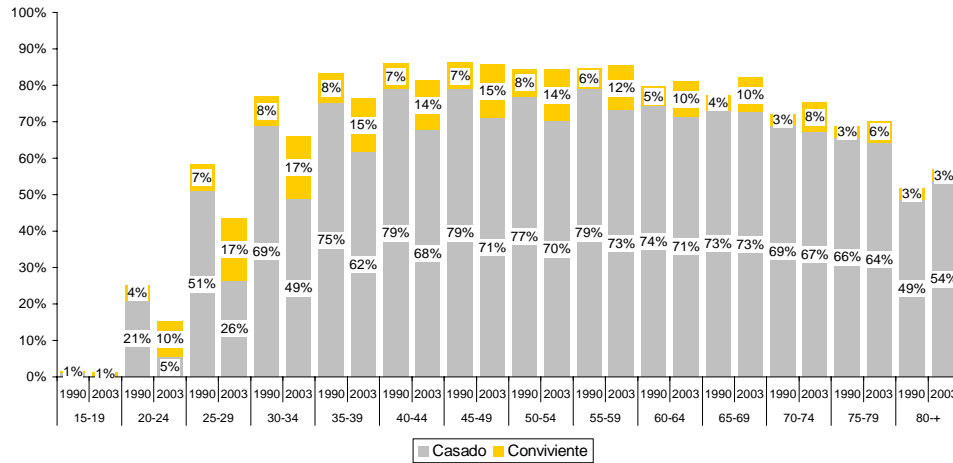
NIVELES DE MUJERES UNIDAS POR COHORTES DE EDAD
1990 Y 2003
(PORCENTAJES)



Fuente: Elaboración propia, a partir de datos de Encuestas CASEN 1990 y 2003

GRAFICO 14

NIVELES DE HOMBRES UNIDOS POR COHORTES DE EDAD 1990 Y 2003 (PORCENTAJES)

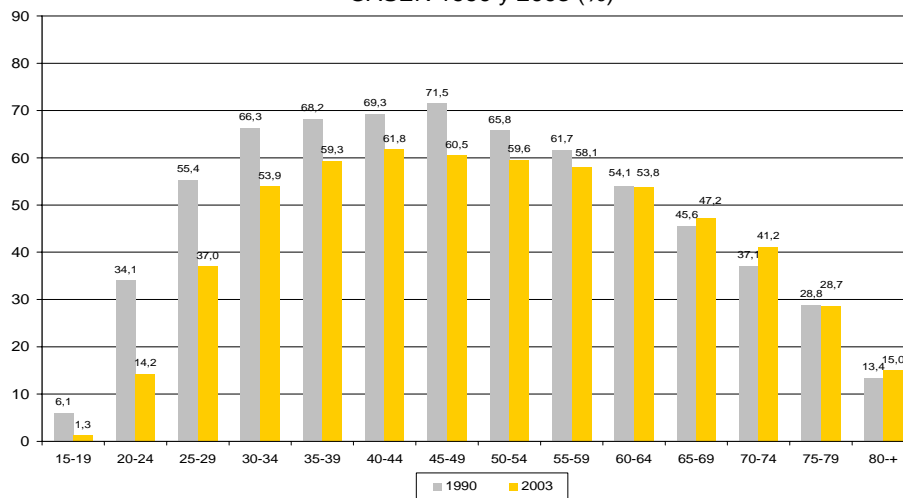


Fuente: Elaboración propia, a partir de datos de Encuestas CASEN 1990 y 2003

En el periodo 1990-2003 se observa de forma general un descenso notable del matrimonio en los diversos grupos de edad, con la sola excepción de los hombres mayores de 80 años y de las mujeres mayores de 65 años. Ello implica un desplazamiento de la edad del matrimonio hacia edades mayores. Pero, al mismo tiempo, implica un descenso de la condición conyugal en la población chilena.

GRAFICO 15

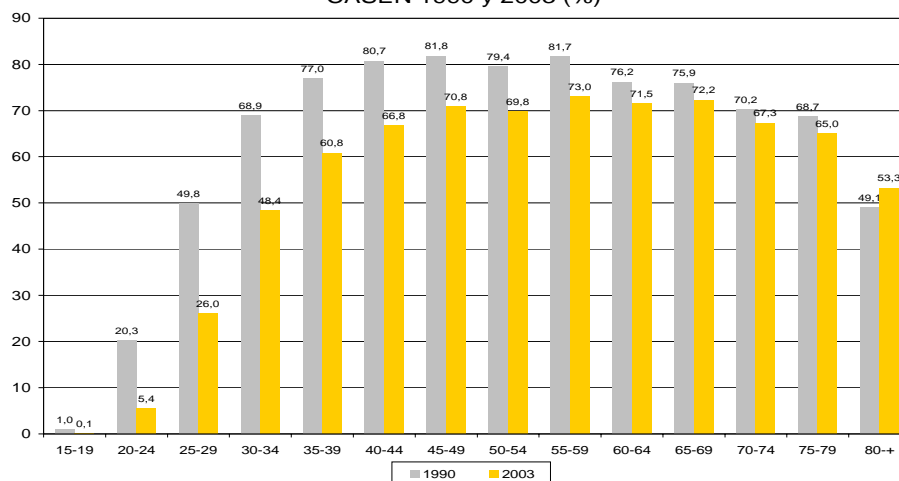
NIVELES DE MUJERES CASADAS POR COHORTES DE EDAD CASEN 1990 y 2003 (%)



Fuente: Elaboración propia, a partir de datos de Encuestas CASEN 1990 y 2003

GRAFICO 16

NIVELES DE HOMBRES CASADOS POR COHORTES DE EDAD
 CASEN 1990 y 2003 (%)



Fuente: Elaboración propia, a partir de datos de Encuestas CASEN 1990 y 2003

En este periodo los descensos del matrimonio son mayores entre los hombres que entre las mujeres, en un marco de niveles disímiles de conyugalidad, en el cual éstos presentan los mayores niveles. Por ello, puede sugerirse una reducción de la brecha conyugal entre los sexos. ¿Qué grupos etarios cambian más significativamente en relación al matrimonio? El matrimonio no desciende de igual forma en todas las cohortes etarias. Entre las mujeres, las cohortes en que más desciende el matrimonio son las situadas entre los 20 y 34 años de edad.¹³² Entre los hombres, las cohortes en que más desciende el matrimonio son las situadas entre los 20 y 44 años de edad.¹³³

Cuando el matrimonio disminuye en los grupos etarios aquí analizados, preferentemente entre los más jóvenes ¿qué le substituye? o ¿qué otros estados civiles absorben la diferencia? La cohabitación y la soltería son los dos estados que pueden asociarse a una substitución de la conyugalidad. Sus ascensos sincrónicos en tales grupos etarios así lo indican.

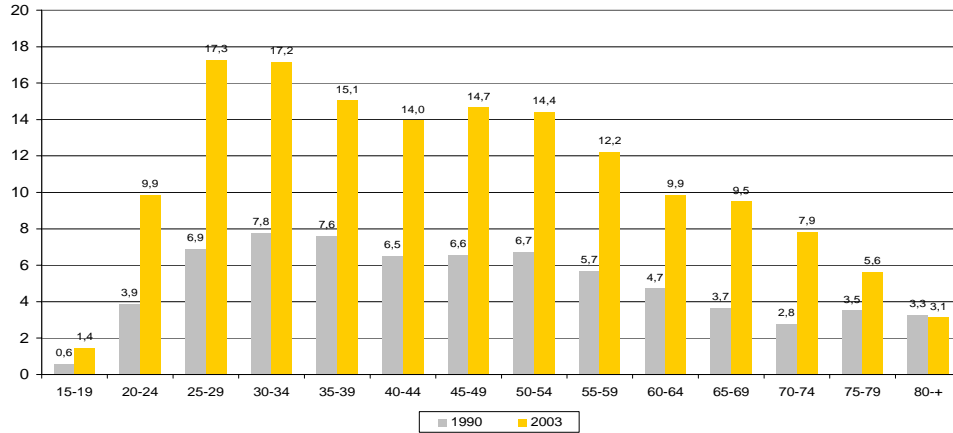
Por cierto, en el mismo periodo, se observa un aumento notable de la cohabitación en los diversos grupos de edad, con la sola excepción de los hombres y mujeres mayores de 80 años, en el marco de niveles generales relativamente reducidos. En 1990, ninguna cohorte supera el 7% en la población chilena; en 2003, varias cohortes se ubican en torno al 15%.

¹³² Disminuye un 20.1% entre 20-24 años, 18.6% entre 25-29 años, y 12.9% entre 30-34 años

¹³³ Disminuye un 14.9% entre 20-24 años, 23.3% entre 25-29 años, 20.5% entre 30-34 años, 16.7% entre 35-39 años y 14.4% entre 40-44 años.

GRAFICO 17

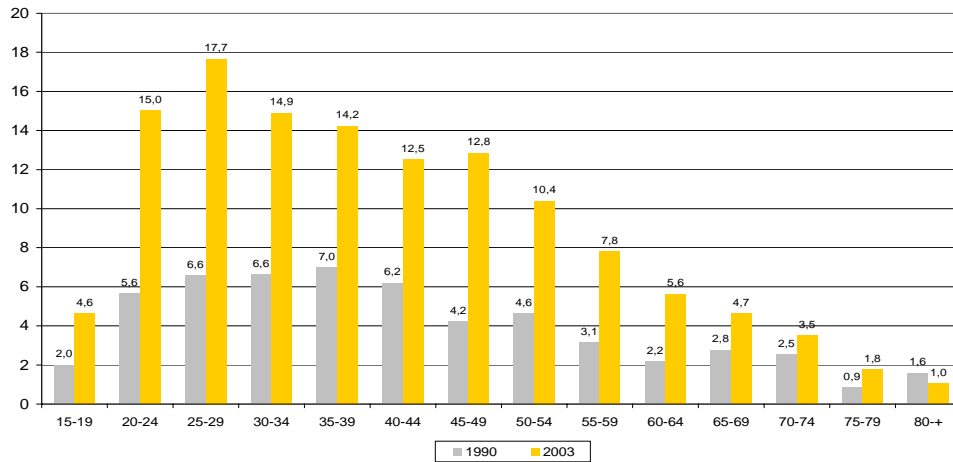
NIVELES DE HOMBRES CONVIVIENTES POR COHORTES DE EDAD
 CASEN 1990 y 2003 (%)



Fuente: Elaboración propia, a partir de datos de Encuestas CASEN 1990 y 2003

GRAFICO 18

NIVELES DE MUJERES CONVIVIENTES POR COHORTES DE EDAD
 CASEN 1990 y 2003 (%)

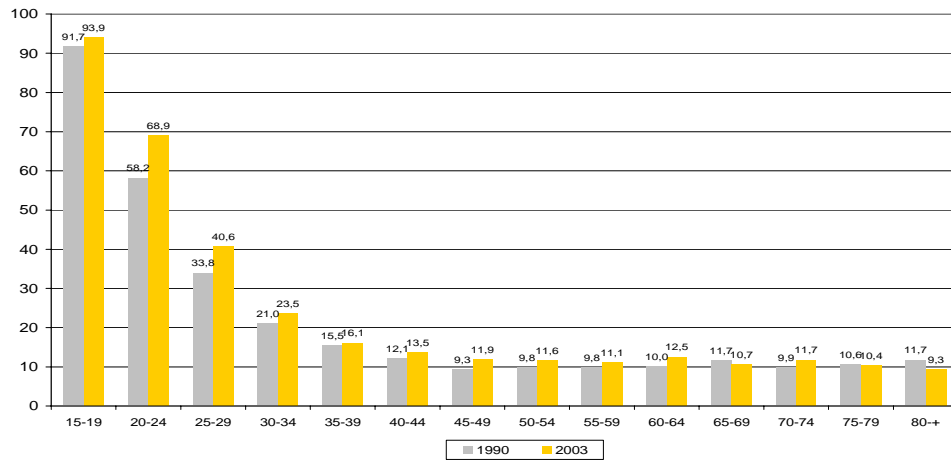


Fuente: Elaboración propia, a partir de datos de Encuestas CASEN 1990 y 2003

Del mismo modo, se observa un aumento de la soltería en los diversos grupos de edad, aunque desigual. La proporción de solteras/os aumenta 10 puntos porcentuales entre las mujeres del grupo 20-24 años; entre los hombres de 25-29 años, llega a 13 puntos porcentuales. Por cierto, ello se explica por un desplazamiento de la edad del matrimonio. No obstante, un incremento leve de la soltería en las cohortes mayores es expresivo de un leve descenso general de las uniones.

GRAFICO 19

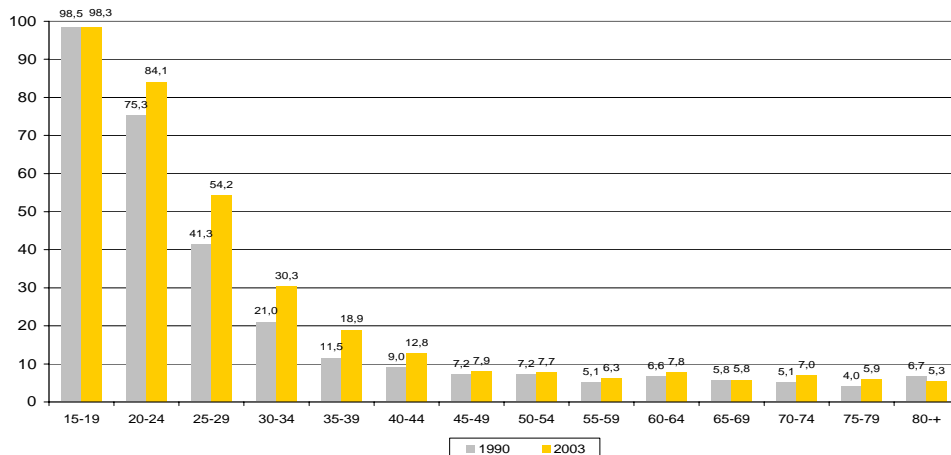
NIVELES DE MUJERES SOLTERAS POR COHORTES DE EDAD
CASEN 1990 y 2003 (%)



Fuente: Elaboración propia, a partir de datos de Encuestas CASEN 1990 y 2003

GRAFICO 20

NIVELES DE HOMBRES SOLTEROS POR COHORTES DE EDAD
CASEN 1990 y 2003 (%)

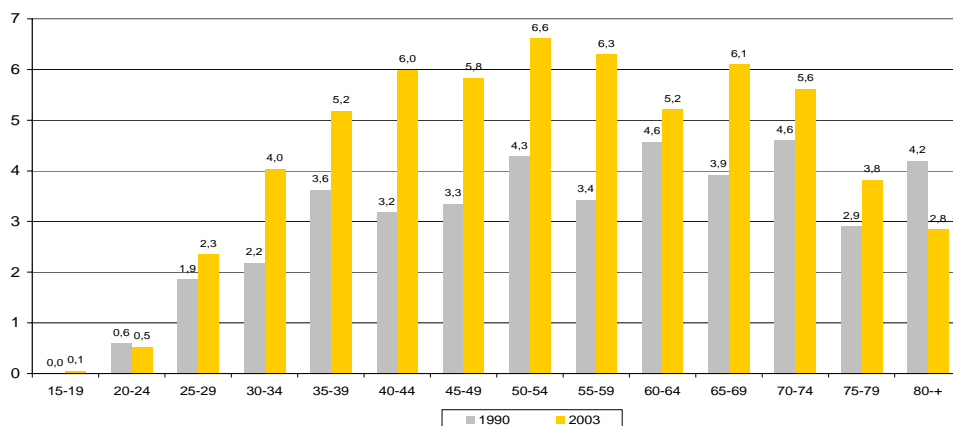


Fuente: Elaboración propia, a partir de datos de Encuestas CASEN 1990 y 2003

Por su parte, la separación se incrementa en el periodo; no obstante, aporta magnitudes menos importantes en la sustitución de la conyugalidad. En 1990 existían niveles disímiles de separación entre las mujeres y los hombres. Se incrementan en el periodo estudiado: en las mujeres preferentemente en las cohortes mayores (sobre 45 años) y en los hombres desde las cohortes de edad mediana (desde los 30 años).

GRAFICO 21

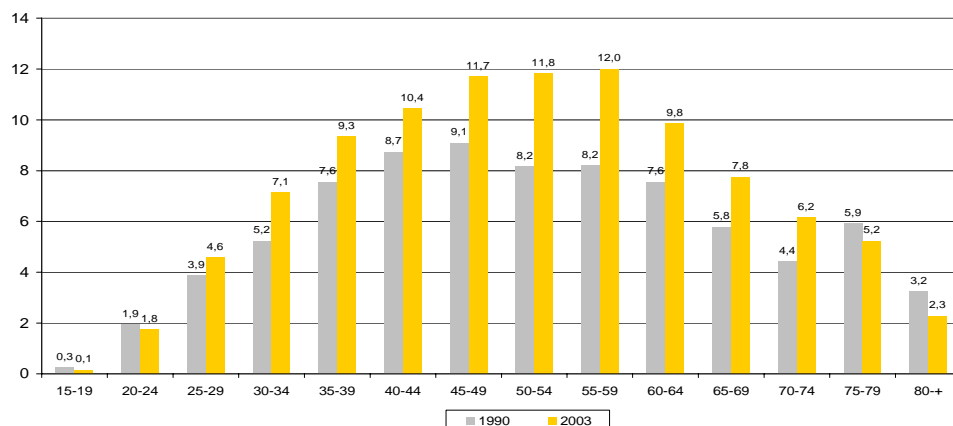
NIVELES DE HOMBRES SEPARADOS/ANULADOS
POR COHORTES DE EDAD
CASEN 1990 y 2003 (%)



Fuente: Elaboración propia, a partir de datos de Encuestas CASEN 1990 y 2003

GRAFICO 22

NIVELES DE MUJERES SEPARADAS/ANULADAS
POR COHORTES DE EDAD
CASEN 1990 y 2003 (%)



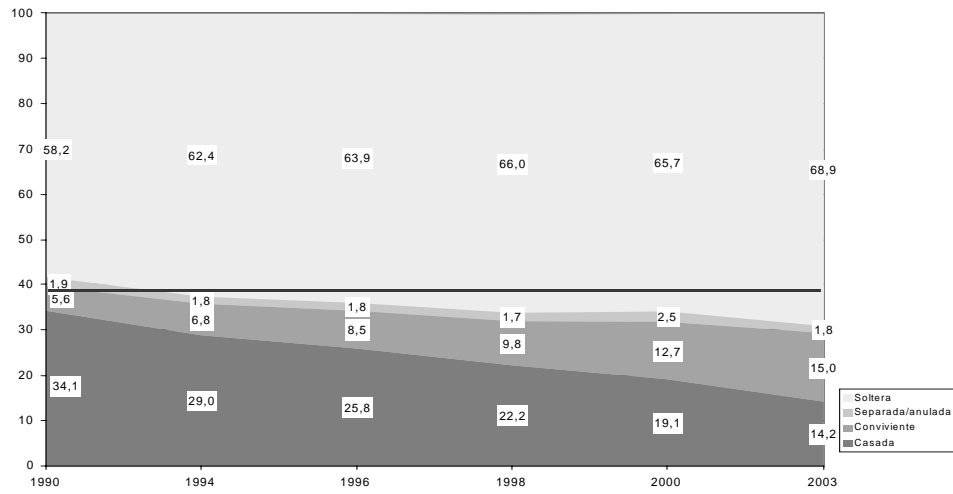
Fuente: Elaboración propia, a partir de datos de Encuestas CASEN 1990 y 2003

3.2. Asincronías de género en los calendarios y mutaciones de las uniones en etapa post-adolescente.

Entre 1990 y 2003 aumenta la proporción de sujetos en la condición de solteros en el grupo etario de 20-24 años y decrece la proporción sujetos unidos. En el contexto de las uniones, se incrementa la cohabitación y se reduce el matrimonio.

GRAFICO 23

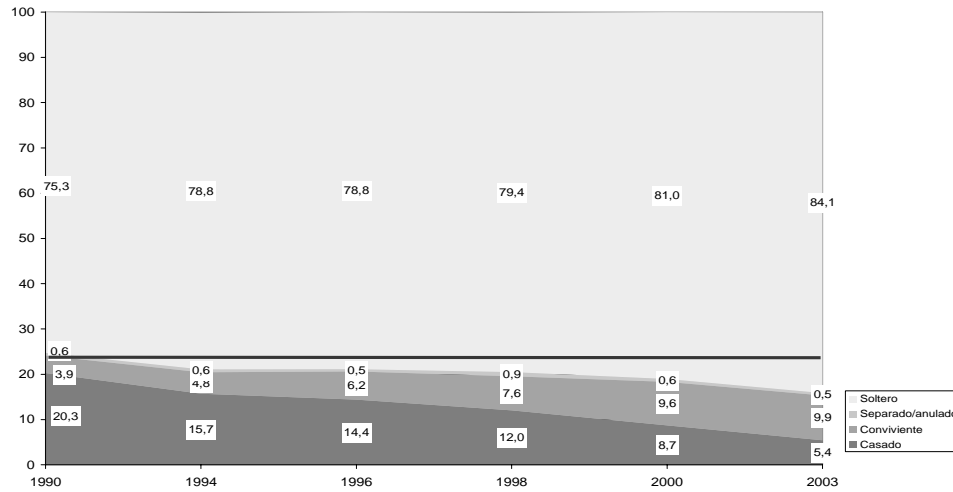
ESTADO CIVIL COHORTE 20-24 MUJERES



Fuente: Elaboración propia, a partir de datos de Encuestas CASEN 1990, 1994, 1996, 1998, 2000 y 2003

GRAFICO 24

ESTADO CIVIL COHORTE 20-24 AÑOS HOMBRES



Fuente: Elaboración propia, a partir de datos de Encuestas CASEN 1990, 1994, 1996, 1998, 2000 y 2003

En la etapa post adolescente (posterior a los 19 años de edad) se observa la persistencia en el periodo de asincronías entre hombres y mujeres en relación a su estado civil. En 1990, un 39.7% de mujeres y 24.2% de hombres entre 20 y 24 años estaban unidos -casado/as y convivientes-; en

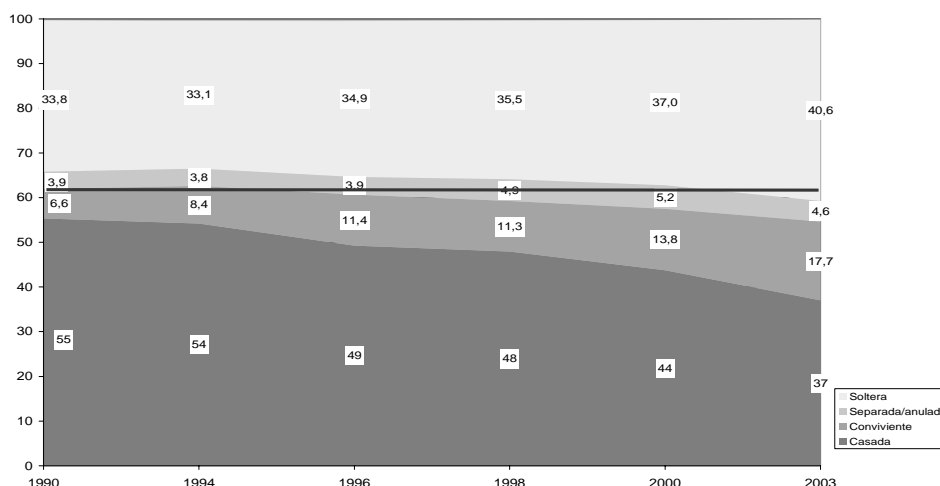
2003 las uniones se reducen a 29.2% y 15.3%, respectivamente. La reducción de las uniones alcanza aproximadamente 10 puntos porcentuales en cada sexo, y dado que las mujeres tienen un punto de partida más elevado en los inicios de la década, la brecha entre los sexos se incrementa. Sin embargo, el tipo de uniones en este grupo etario ha experimentado una mutación en el curso de la década de 1990. El matrimonio ha descendido de forma notable y ha aumentado la convivencia entre los unidos. En 1990 la relación era de predominio marital: 34.1% y 5.6%, respectivamente, en las mujeres, y 20.3% y 3.9%, en los hombres. En 2003 esta relación se encuentra invertida: 14.2% y 15% en las mujeres, 5.4% y 9.9% en los hombres.

3.4. Género, matrimonio en descenso y sustitución por soltería y convivencia en el tramo 25-29 años.

El grupo etario 25-29 años de edad ha experimentado una transformación sustantiva en la década de 1990: el matrimonio desciende aproximadamente 20 puntos porcentuales. La conyugalidad disminuye en el curso del periodo desde 55% en las mujeres y 49.8% en los hombres en 1990 a 37% y 26%, respectivamente, en 2003. ¿Qué lo sustituye? Se ha producido un aumento de la convivencia (de 6.6%, en 1990, a 17.7%, en 2003, entre las mujeres; y de 6.9%, en 1990, a 17.3%, en 2003, entre los hombres) y de la soltería (de 33.8%, en 1990, a 40.6%, en 2003, entre las mujeres; de 41.3%, en 1990, a 54.2%, en 2003, entre los hombres).

GRAFICO 25

ESTADO CIVIL COHORTE 25-29 AÑOS
MUJERES

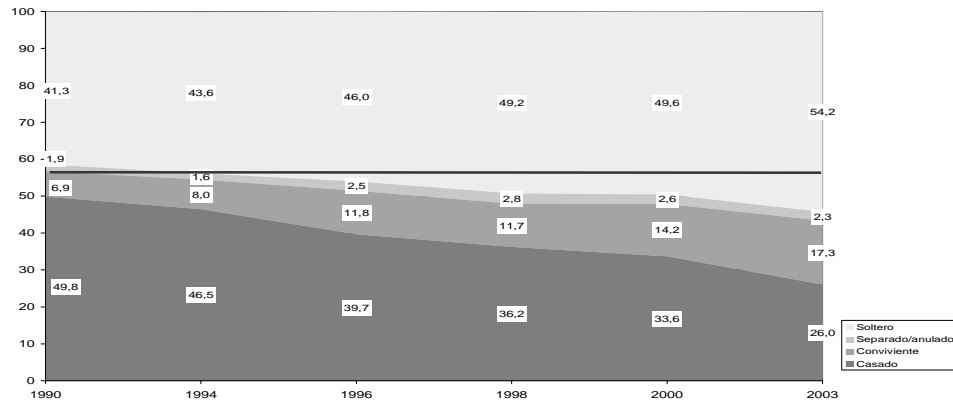


Fuente: Elaboración propia, a partir de datos de Encuestas CASEN 1990, 1994, 1996, 1998, 2000 y 2003

En el año 2003 en este segmento etario se observan asincronías entre hombres y mujeres en sus calendarios de parejas (Hay más mujeres unidas que hombres: 54.7% y 43.3%, respectivamente), a diferencia de 1990, en que en esos segmentos los sexos tendían a estabilizarse en sus niveles de uniones. En la actualidad, ello se desplaza hacia otras edades.

GRAFICO 26

ESTADO CIVIL COHORTE 25-29 AÑOS
HOMBRES



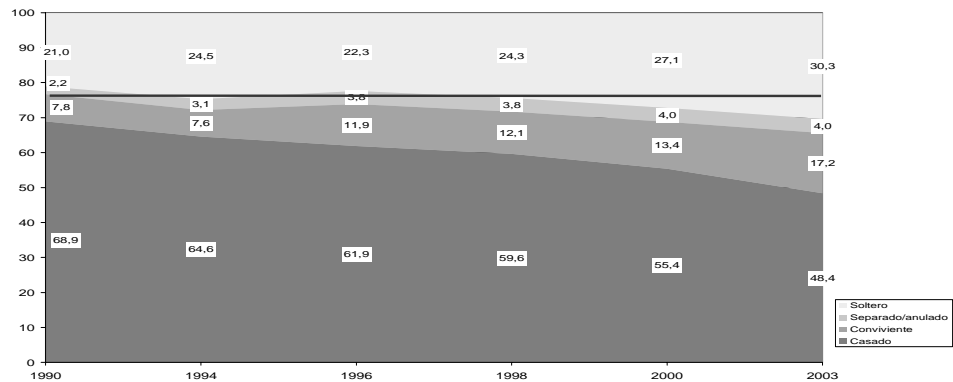
Fuente: Elaboración propia, a partir de datos de Encuestas CASEN 1990, 1994, 1996, 1998, 2000 y 2003

3.5. Estabilización y sincronización de los sexos.

Como puede observarse en el Gráfico 27, en el tramo etario 30-34 años se estabilizan hombres y mujeres: de forma general, tienden a equipararse los niveles de sujetos unidos.

GRAFICO 27

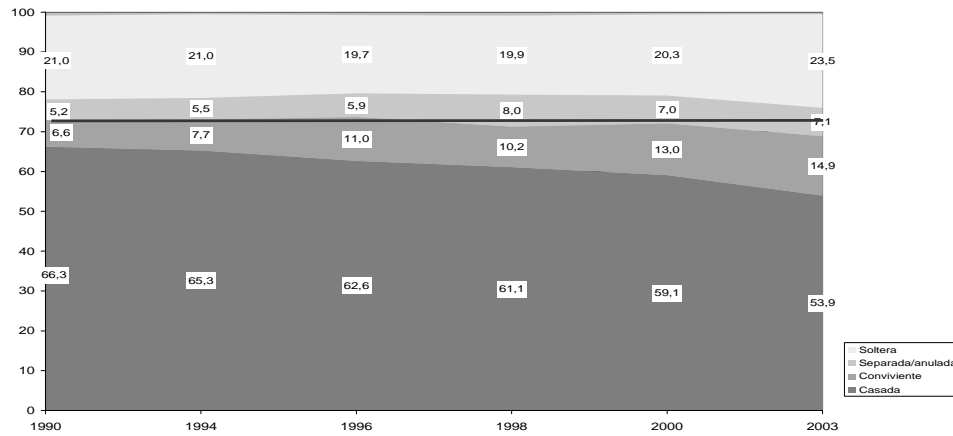
ESTADO CIVIL COHORTE 30-34 AÑOS
HOMBRES



Fuente: Elaboración propia, a partir de datos de Encuestas CASEN 1990, 1994, 1996, 1998, 2000 y 2003

GRAFICO 28

ESTADO CIVIL COHORTE 30 - 34 AÑOS
MUJERES



Fuente: Elaboración propia, a partir de datos de Encuestas CASEN 1990, 1994, 1996, 1998, 2000 y 2003

El matrimonio también disminuye en el curso del periodo desde 66.3% en las mujeres y 58.9% en los hombres en 1990 a 53.9 y 48.4%, respectivamente, en 2003. ¿Qué lo substituye? Se ha producido un aumento de la convivencia en ambos sexos (de 6.6%, en 1990, a 14.9%, en 2003, entre las mujeres; de 7.8%, en 1990, a 17.2%, en 2003, entre los hombres) y de la soltería masculina (de 21%, en 1990, a 30.3%, en 2003, entre los hombres; y sólo una leve elevación de 21%, en 1990, a 23.5%, en 2003, entre las mujeres).

En este tramo etario se produce un descenso más pronunciado entre los hombres en el nivel de sus uniones (76.7% unidos en 1990, 65.6% en 2003) que entre las mujeres (72.9% en 1990, 68.8% en 2003), lo que contribuye a una sincronización de los calendarios entre los sexos.

3.6. La ruptura conyugal, y el estatus socioeconómico.

En la sociedad chilena la separación conyugal y el nivel socioeconómico están relacionados. No obstante, dado que la Encuesta CASEN y los censos no consideran las trayectorias biográficas de los individuos, no puede conocerse el sentido de dicha relación.

TABLA 13

ESTADO CIVIL SEGÚN QUINTIL DE INGRESO Y SEXO, CASEN 2003								
Sexo	Quintil ingreso	Casado(a)	Conviviente	Separado(a) Anulado(a)	Viudo(a)	Soltero(a)	No contesta	Total
Hombre	1	18,90%	24,60%	13,90%	17,00%	15,30%	3,00%	18,70%
	2	20,90%	23,90%	15,00%	17,90%	18,10%	22,60%	20,40%
	3	20,20%	19,70%	19,80%	20,30%	21,50%	12,50%	20,40%
	4	20,30%	18,10%	24,20%	22,60%	22,20%	12,60%	20,60%
	5	19,70%	13,80%	27,00%	22,20%	22,90%	49,30%	19,90%
Mujer	1	18,80%	24,80%	23,30%	17,60%	19,00%	9,30%	19,80%
	2	20,90%	23,60%	22,30%	18,80%	19,40%	21,50%	20,80%
	3	20,20%	19,80%	19,60%	25,40%	21,40%	6,20%	20,80%
	4	20,40%	18,00%	19,70%	21,30%	20,70%	35,80%	20,20%
	5	19,70%	13,70%	15,10%	17,00%	19,40%	27,20%	18,30%

Fuente: Elaboración propia, a partir de datos de Encuestas CASEN 1990, 1994, 1996, 1998, 2000 y 2003

Como puede observarse en la Tabla 13, los hombres y mujeres casados se distribuyen de un modo similar con una relativa homogeneidad en los distintos quintiles; los hombres y mujeres convivientes, en tanto, se ubican de un modo similar, principalmente en quintiles primero y segundo, moderadamente en el tercero y cuarto, y más reducidamente en el quinto.

Respecto de los sujetos precedentemente analizados -casados y convivientes- como se encuentran unidos, hombres y mujeres tienden a compartir su estatus socioeconómico, sea para tener un NSE más alto, como entre los casados, o uno más bajo, como sucede entre los que conviven.

Por su parte, los hombres viudos se sitúan más próximos a quintiles más altos, en tanto, las mujeres viudas se ubican preferentemente en los quintiles tercero y cuarto; los hombres solteros se ubican principalmente en quintiles tercero, cuarto y quinto, moderadamente en el segundo, y más reducidamente en el primero, y las mujeres solteras se distribuyen con una relativa homogeneidad en los distintos quintiles; los hombres y mujeres separados presentan ubicaciones disímiles, inversas entre sí: las mujeres separadas principalmente en quintiles primero y segundo, moderadamente en el tercero y cuarto, y más reducidamente en el quinto, los hombres, en cambio, hombres separados se ubican principalmente en quintiles quinto y cuarto, moderadamente en el tercero, y más reducidamente en el primero y segundo.

Fuera de las uniones, el estatus socioeconómico diferencia a los hombres y las mujeres a favor de los primeros. Ello es especialmente importante entre los hombres y mujeres en la condición de

separados/anulados. Ello, no obstante, como veremos a continuación, se trata de mujeres con niveles educacionales no inferiores a las casadas y con una mayor integración al mercado laboral.

Como puede observarse en la Tabla 14, las mujeres separadas/anuladas presentan niveles educacionales relativamente altos; un poco más elevados que las casadas y similar a los hombres con igual status marital.

TABLA 14

NIVEL DE ESCOLARIDAD DE HOMBRES Y MUJERES SEGÚN ESTADO CIVIL						
	Hombre		Mujer		Total	
	Mean	Std.Deviation	Mean	Std.Deviation	Mean	Std.Deviation
Casado(a)	10,21	4,47	9,9	4,27	10,06	4,38
Conviviente	9,7	4,12	9,39	4,16	9,55	4,14
Separado(a)/Anulado(a)	10,02	4,53	10,02	4,33	10,02	4,4
Viudo(a)	6,33	4,5	6,24	4,46	6,26	4,47
Soltero(a)	10,6	4,8	10,75	4,74	10,67	4,77
No contesta	9,28	3,84	8,88	5,31	9,01	4,89
Total	10,09	4,54	9,63	4,53	9,85	4,54

Por otra parte, junto con las solteras, las mujeres separadas/anuladas presentan los niveles más elevados de participación laboral entre el conjunto de mujeres. 58,7%, las primeras, y 59,8%, las últimas. Las mujeres unidas -convivientes y casadas- tienen niveles más bajos y diferentes entre sí: las primeras llegan a 42,1% y las últimas, al 34,8%. Por su parte, las viudas presentan niveles muy bajos, debidos seguramente a la edad.

TABLA 15

PARTICIPACION EN MERCADO LABORAL SEGUN ESTADO CIVIL Y SEXO								
Sexo		Casado(a)	Conviviente	Separado(a) /Anulado(a)	Viudo(a)	Soltero(a)	No contesta	Total
Hombre	Sí	1991770	482456	150178	43563	543455	771	3212193
		79,40%	83,60%	72,30%	37,50%	69,80%	69,00%	76,70%
	No	518279	94854	57544	72738	234760	347	978522
		20,60%	16,40%	27,70%	62,50%	30,20%	31,00%	23,30%
		2510049	577310	207722	116301	778215	1118	4190715
	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
Mujer	Sí	855518	220415	243600	74666	477737	1778	1873714
		34,80%	42,10%	59,80%	15,60%	58,70%	73,50%	40,00%
	No	1601847	303475	163665	404095	336201	640	2809923
		65,20%	57,90%	40,20%	84,40%	41,30%	26,50%	60,00%
		2457365	523890	407265	478761	813938	2418	4683637
	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	

Fuente: Elaboración propia, a partir de datos de Encuestas CASEN 1990, 1994, 1996, 1998, 2000 y 2003

Como veremos más adelante, una proporción muy importante de las mujeres separadas/anuladas cumple funciones de jefatura en hogares monoparentales. Ello permitiría sugerir una conexión entre sus altos niveles educacionales y su mayor integración al mercado laboral con una pertenencia principalmente a los quintiles más pobres.

4. Diversificación de estructuras familiares en la última década en la sociedad chilena.

4.1. Introducción.

“Cada época conoce sus formas de familia”, dice Martine Segalen, y agrega: “sociedad y familia son el producto de fuerzas sociales, económicas y culturales comunes, sin que una sea el resultado de la otra.” (Citada en: Valenzuela, Tironi y Scully, 2006). El uso de una noción acrítica y ahistórica del concepto de familia, asume una particular configuración de familia como la forma de organización natural y universal de los seres humanos independientemente de sus contextos. Una matriz sexual hetero-normativa –y, puede ser, homo-fóbica- deja fuera otros ordenamientos familiares no hegemónicos, por ejemplo las mujeres que tienen familias homoparentales.

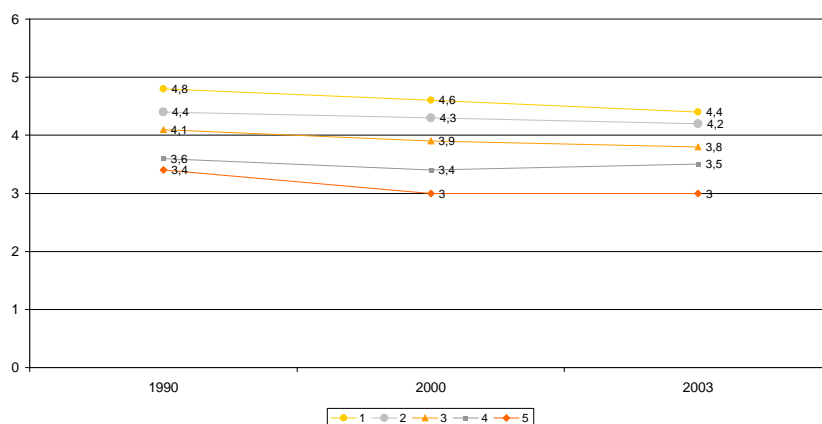
4.2. Evolución social hacia familias pequeñas.

Sin embargo, el tamaño medio de los hogares ha disminuido paulatinamente desde mediados de la década de 1960 hasta la actualidad, en el contexto de las transformaciones producidas en la fecundidad de las mujeres (en general, del proceso de transición demográfica que se inicia en ese periodo), en la estructuración de las uniones y organización de las relaciones de parejas en general. El tamaño medio del hogar ha evolucionado de 5.1 miembros en 1970, a 4.5, en 1982, a 3.9, en 1992, y a 3.6, en 2002.

En dicha evolución se ha ido produciendo una reducción de la brecha que diferenciaba el tamaño de los hogares entre los estratos socioeconómicos, desde un mayor tamaño en los estratos sociales populares a uno menor en los estratos altos. En los últimos años se mantiene estable el tamaño de los hogares en mejor posición relativa, en tanto continúa descendiendo en los otros. (Raczynski, D., en: Valenzuela, Tironi y Scully, 2006).

GRAFICO 29

TAMAÑO PROMEDIO DEL HOGAR, SEGUN QUINTIL DE INGRESO AUTONOMO



Fuente: Raczynski, 2006, basada en Encuestas CASEN 1990, 2000, 2003 (En: Valenzuela, Tironi y Scully, 2006)

4.3. Transformaciones en la forma de organización de los hogares.

Desde 1992 en adelante los censos usan una tipología de hogares que distingue siete tipos de hogares en la sociedad chilena contemporánea.¹³⁴ Los tipos de hogares están definidos por la forma que ellos se organizan de acuerdo a la presencia o ausencia de determinados miembros en el hogar.

Para tales efectos, los miembros del hogar, detallados en la pregunta censal correspondiente, se clasifican en: cónyuge (esposo/a y conviviente); hijo (hijo/a e hijastro/a); pariente (yerno/nuera; nieto/a; hermano/a; padres y suegro/a).

Esta tipología deja fuera, por ahora, al tipo de hogar sin el vínculo típico de conyugalidad (que asume la presencia de un hombre y una mujer); los hogares de cohabitación lésbica u homosexual y los hogares en que existe una parentalidad basada en una relación lésbica u homosexual del padre o la madre.¹³⁵ Su actual caracterización se presenta a continuación:

¹³⁴ SERNAM, Documento N° 44 Las familias de Chile según el último Censo de Población de 1992; SERNAM/INE. 2004. Mujeres Chilenas. Tendencias en la última década. Censos 1992- 2002.

¹³⁵ Se ha sugerido el uso de la noción de familias “posnucleares” (Requena, 1993, citado por Gonzalez, 2003), para conceptualizar las formas familiares originadas en uniones no matrimoniales, las parejas sin descendencia, las familias “combinadas”, con hijos procedentes de uniones anteriores, las familias monoparentales, las familias *homoparentales*,

CUADRO 1

TIPO DE FAMILIA	JEFE	CÓNYUGE	HIJOS	PARIENTES	NO PARIENTES
HOGARES FAMILIARES					
NUCLEAR MONOPARENTAL	■		■		
NUCLEAR BIPARENTAL	■	■	■ con o sin		
EXTENSO BIPARENTAL	■	■	■ con o sin	■	
EXTENSO MONOPARENTAL	■	■	■ con o sin		
COMPUESTO	■	■ con o sin	■ con o sin	■	■
HOGARES NIO FAMILIARES					
UNIPERSONAL	■				
SIN NÚCLEO					■

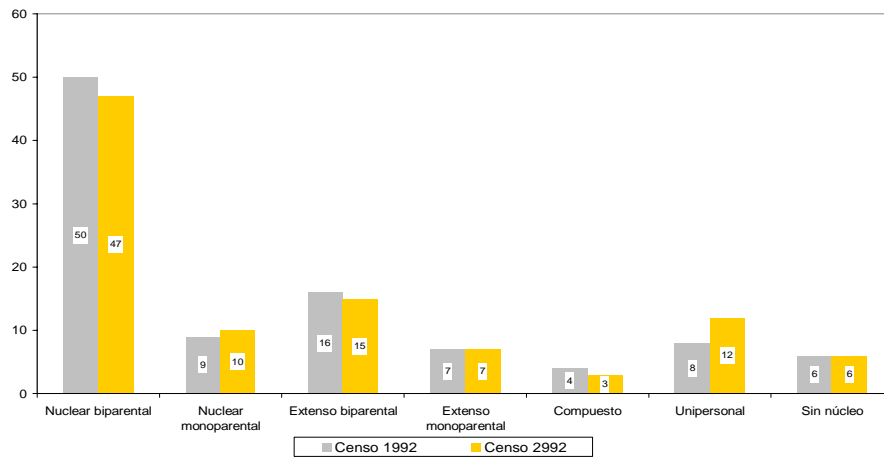
Fuente: SERNAM/INE, 2004

Durante la década de 1990 se produjeron transformaciones en la forma de organización de los hogares y especialmente en la jefatura por sexo de los mismos.

En primer lugar, el modelo de hogar nuclear con ambos miembros de la pareja ha disminuido levemente su presencia y, a pesar de ser la forma de organización mayoritaria, aumentan otras formas de organización de los hogares.

GRAFICO 30

DISTRIBUCION DE TIPOS DE HOGARES EN LA SOCIEDAD CHILENA
CENSOS 1992 Y 2002
(PORCENTAJES)



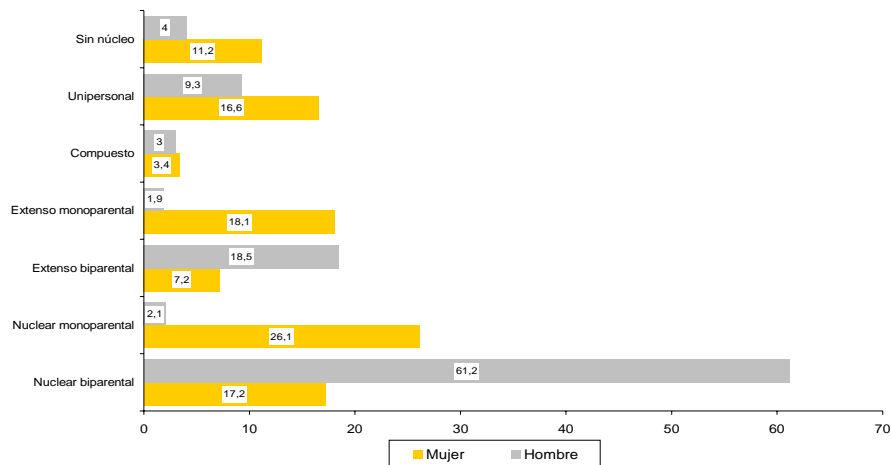
Pueden observarse las siguientes variaciones en el curso de estos diez años en la distribución por tipo de hogar:

- i. Los hogares nucleares biparentales mantienen su condición de principal forma de organización familiar, pero su importancia relativa disminuye en tres puntos porcentuales (50% a 47%) entre los censos de 1992 y 2002;
- ii. Aumenta de manera significativa la proporción de hogares unipersonales, desde un 8% a un 12% en dicho periodo;
- iii. Aumentan los hogares nucleares monoparentales su presencia de 9% a 10%;
- iv. En las restantes formas de organización de los hogares, se observa una disminución leve en la proporción de los hogares extensos con ambos miembros de la pareja.

En segundo lugar, en la década se produce un significativo aumento de la jefatura de hogar femenina¹³⁶ (de 25% a 32%), fundamentalmente en los hogares biparentales, ya sea nuclear o extenso.¹³⁷ Este fenómeno -el aumento de la jefatura femenina en hogares biparentales- expresa transformaciones de las relaciones de género en la pareja, ya que puede ser leído como el reconocimiento al aporte de la mujer al ingreso del hogar (SERNAM/INE, 2004).

GRAFICO 31

DISTRIBUCION DE HOGARES POR TIPO Y SEXO DE JEFATURA EN CENSO 2002 (PORCENTAJES)

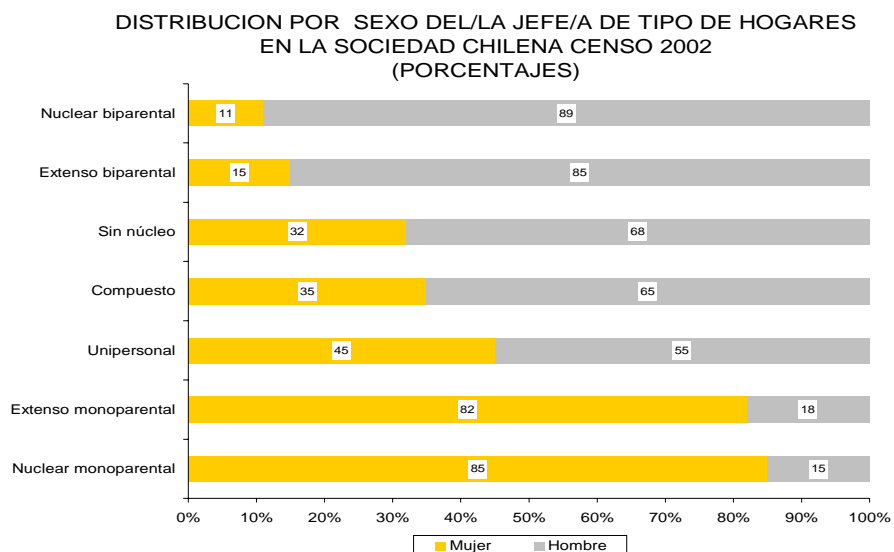


¹³⁶ Con frecuencia las pautas tradicionales de las relaciones de género condicionan la declaración de jefatura femenina a los hogares monoparentales, es decir, cuando no hay una pareja presente en el hogar.

¹³⁷ Es decir, en hogares donde el cónyuge está presente y dentro de éstos donde la mujer cónyuge es económicamente activa.

En tercer lugar, la jefatura femenina promedio (32%) es muy variable: en los hogares nucleares monoparentales alcanza al 85%, mientras en los hogares nucleares biparentales lo hace sólo al 11%. La distribución de los hogares monoparentales por sexo del jefe muestra a la vez que las mujeres, con mucha mayor frecuencia que los hombres, forman hogares donde viven sin pareja solas con sus hijos. El 2002, un total de 341 mil hogares estaban integrados por la mujer sola con sus hijos, de las cuales casi la mitad es menor de 40 años.

GRAFICO 32



5. Estructura de edades de la población chilena.

Chile se ubica entre los países que están en una etapa avanzada de transición demográfica con un crecimiento moderado de su población total, como resultado del descenso de la fecundidad, y un incremento sostenido de la población mayor como resultado del descenso de la mortalidad adulta. La sociedad chilena experimenta una reducción de la tasa de crecimiento de la población en el último período intercensal, que es parte de un proceso que ya se había iniciado en la década de 1970. La tasa anual de crecimiento intercensal registrada entre 1960 y 1970 de 2.36% desciende a 1.25% en el período 1992-2002.¹³⁸ A pesar del descenso de la tasa de crecimiento, en los últimos

¹³⁸ Por razones biológicas no explicadas, en todos los países del mundo nacen más niños que niñas, para luego la biología favorecer a las mujeres con mayores tasas de sobrevivencia, completando así un mayor volumen relativo de población.

cuarenta años la población chilena más que se duplica –desde 7.374.000 en 1960, se eleva a 15.116.000 en 2002.¹³⁹

Se ha producido una modificación de la estructura por edades de la población. La base de la pirámide, formada por los menores de 15 años, se estrecha debido al descenso de la fecundidad, y la parte media y superior se ensancha debido a una disminución de la mortalidad adulta y al paso a edades superiores de los nacidos en períodos anteriores de fecundidad más alta.

GRAFICO 33



La composición por sexo de la población muestra que en todos los años censales la población femenina supera a la población masculina. A medida que aumenta la edad de la población también aumenta la relación entre mujeres y hombres. En las edades más jóvenes, las mujeres son una menor cantidad, para luego a partir de los 35 años superar la cantidad de hombres en todos los grupos de edad hasta alcanzar su valor máximo en el grupo mayor de 80 años con 176 mujeres por cada 100 hombres. Entre 1992 y 2002 la población mayor de 64 años aumentó en 340 mil personas, equivalente a una tasa de crecimiento de 3.3%. El volumen total de la población de la tercera edad se eleva el 2002 a más de 1.2 millones de personas. Entre ellas, las mujeres tienen una mayor representación, la que a la vez es creciente con la edad. La feminización de la vejez, especialmente a partir de los ochenta años, es un fenómeno creciente en Chile. La reducción de la

¹³⁹ El tamaño, crecimiento y estructura por sexo y edad de la población son dimensiones sociodemográficas que están estrechamente relacionadas con el desarrollo de los países. Por una parte, definen la magnitud y crecimiento de la oferta de fuerza de trabajo y por otra, la demanda global de bienes y servicios, y en particular la demanda de servicios sociales de salud, educación, vivienda y seguridad entre otros.

mortalidad ha permitido un aumento en la esperanza de vida, que beneficia especialmente a las mujeres.

La sociedad chilena ha experimentado en las décadas pasadas un intenso proceso de urbanización. Entre 1992 y 2002, la proporción de población urbana aumentó de 84% a 87%. Como contrapartida, la disminución de la población rural hasta 13% definió una disminución absoluta de poco más de 180 mil personas. La distribución por sexo de la población urbana y rural no es homogénea: El índice de feminidad por áreas urbana y rural en los censos de 1992 y 2002 es de 108 y 106 para las mujeres urbanas y de 86 y 87 para las rurales. Ello refleja las características de género que acompañó al proceso de urbanización. En el caso de las mujeres, los factores de expulsión desde las áreas rurales operaron con mayor intensidad debido a su menor acceso a la propiedad de la tierra y a su explotación. Por otra parte, los factores de atracción hacia el área urbana estuvieron asociados a la migración de las mujeres, sin sus familias, para insertarse en el mercado de trabajo como trabajadoras domésticas.

Como resultado de este proceso y de otros determinantes demográficos, las mujeres mantienen una mayor representación en el área urbana y una menor representación en el área rural, aunque con una leve tendencia al cambio entre 1992 y 2002.

La población censada el 2002, que declaró pertenecer a un pueblo indígena es de 692 mil personas, que corresponde al 4.6% de la población nacional. El pueblo Mapuche tiene la mayor representación, con un 87% de la población total perteneciente a pueblos indígenas. Le sigue en importancia relativa el pueblo Aimara con el 7% de la población total indígena. Entre los restantes pueblos, el Atacameño concentra el 3%, el Quechua y Rapanui el 1% y los pueblos Colla, Alacalufe y Yámara con proporciones inferiores al 0.5%. La distribución por sexo de la población indígena por pueblos originarios es similar.

6. Evolución De La Educación En La Sociedad Chilena.

Cuando comienza el siglo XX, en la sociedad chilena la mitad de la población era analfabeta. Sólo en 1920 se promulga la *Ley de Instrucción Primaria Obligatoria* –que hizo obligatorios los primeros cuatro años de educación primaria. Desde ese momento, en que el analfabetismo alcanzaba a un 36,7%, el proceso de alfabetización fue extraordinariamente lento en el curso de las décadas siguientes, y uno de sus efectos más manifiestos fue el de reducción de la brecha entre los sexos.

TABLA 16

PROGRESION DEL ALFABETISMO EN CHILE DESDE 1920 A 2000 (PORCENTAJES)									
Año	1920	1930	1940	1952	1960	1970	1982	1992	2000
Mujeres			70,7	78,6	82,4	88,2	90,8	94,0	95,9
Hombres			75,2	82,0	84,8	89,8	91,5	94,6	96,1

Fuente: Años 1940, 1952, 1960 y 1970; Valenzuela, 2006 (en: Valenzuela, Tironi y Scully, 2006); años 1982, 1992: Censos; año 2000: CASEN

En la década de 1960 la obligatoriedad de la instrucción primaria se extiende hasta octavo básico. Tal como puede observarse en la Tabla 17, en la década de 1970 se alcanza la cobertura total de enseñanza básica en el país.

TABLA 17

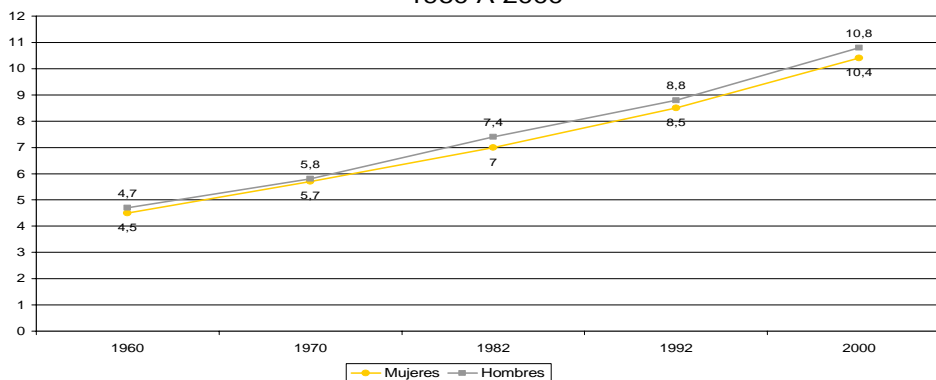
COBERTURA DE EDUCACION PRIMARIA ENTRE 1935 Y 1980 (PORCENTAJES)										
Año	1935	1940	1945	1950	1955	1960	1965	1970	1975	1980
% de matriculadas sobre total de niñas de 6 a 14 años	53,7	60,7	58,4	64,5	69,8	79,5	92,4	96,7	104,9	102,7
% de matriculados sobre total de niños de 6 a 14 años	59,7	60,5	61,0	67,5	72,3	80,2	93,9	96,3	105,6	104,2

Fuente: Valenzuela, 2006, (en: Valenzuela, Tironi y Scully, 2006).

El proceso de expansión y cobertura de la educación ha llevado prácticamente a erradicar el analfabetismo. La persistencia del problema afecta especialmente a la población que vive en zonas rurales y a la de mayor edad. Según el Censo de Población 2002, 481 mil personas de 15 años y más no sabían leer ni escribir, en su mayoría de la tercera edad, y de las cuales el 52% son mujeres. En las últimas décadas se produjo un aumento progresivo, el cual se intensifica en el periodo reciente, en los niveles educativos de la población en la sociedad chilena. Como puede observarse en el Gráfico 34, de un nivel de escolaridad cercano a cuatro años para hombres y mujeres mayores de 24 años en el año 1960, se llega, en el 2000, a un nivel cercano a diez años.

GRAFICO 34

MEDIANA DE AÑOS DE ESCOLARIDAD
MAYORES DE 24 AÑOS, SEGÚN SEXO
1960 A 2000

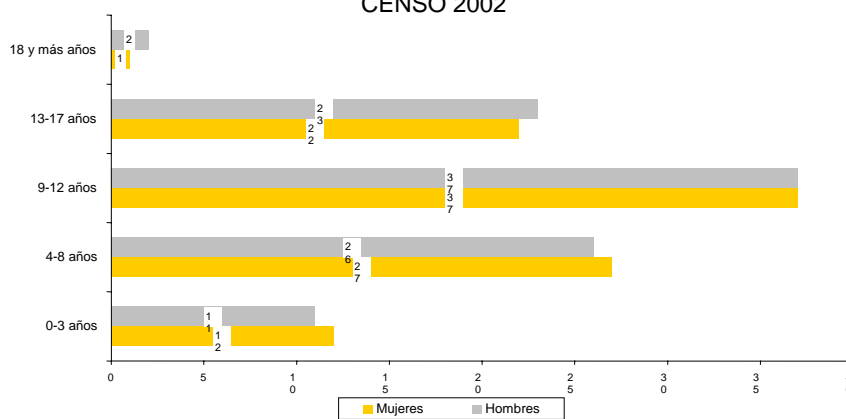


Fuente: Años 1960, 1970, 1982, 1992: Censos; año 2000: CASEN

En la última década se produjo un aumento notable en los niveles educativos de la población mayor de 19 años. En 1992, sólo el 43% se concentraba en los tramos superiores a 8 años de educación, proporción que en 2002 sube al 67%. El ascenso de la población a mayores niveles educativos tiene características diferentes según el sexo de las personas. Las mujeres en 1992 habían alcanzado niveles educativos superiores a los hombres, el 51% de ellas se concentraba en los tramos superiores a 9 años de estudio en circunstancias que sólo el 38% de los hombres se ubicaba en ese nivel. El mayor avance en la educación benefició especialmente a los hombres, al lograr el 2002 una estructura de su distribución por años de estudio muy similar a las mujeres.

GRAFICO 35

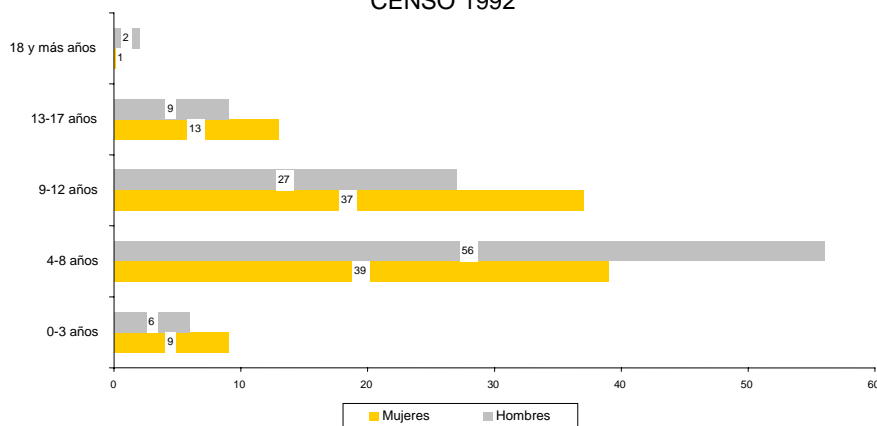
POBLACION MAYOR DE 19 AÑOS POR AÑOS DE ESTUDIO Y SEXO
CENSO 2002



Fuente: SERNAM/INE, 2004

GRAFICO 36

POBLACION MAYOR DE 19 AÑOS POR AÑOS DE ESTUDIO Y SEXO
CENSO 1992



Fuente: SERNAM/INE, 2004

En la actualidad, la sociedad chilena se caracteriza por la alta proporción de población con más de 13 años de estudio. Un 24,9% de los sujetos ha completado el 2002 entre 13 y 17 años, es decir educación universitaria o técnica, y un 2% más de 18 años. En el nivel más bajo, entre 0 y 3 años de estudio permanece una proporción relativamente baja de la población (10,8), en la cual se concentra la población de mayor edad.

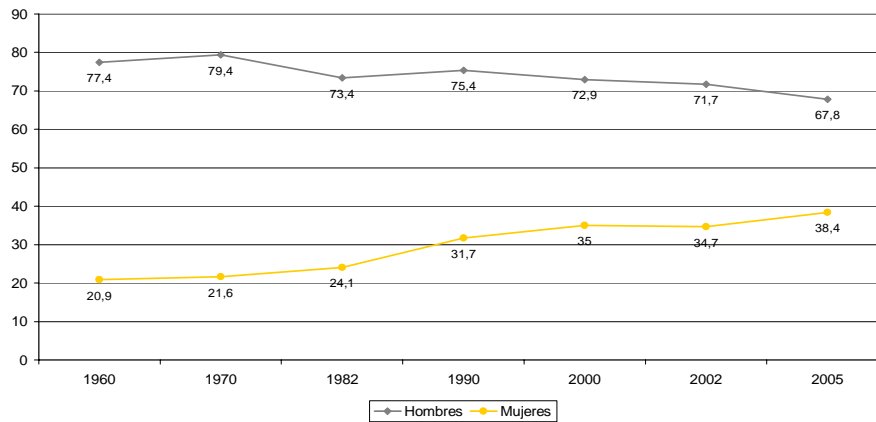
7. Evolución de la participación laboral de las mujeres.

7.1. Evolución temporal de la participación femenina.

En el curso del siglo XX la participación de las mujeres en el mercado de trabajo¹⁴⁰ se mantuvo en niveles persistentemente bajos y relativamente estables hasta las décadas de 1960 y 1970, y, a partir de la década siguiente, de 1980, se inicia un movimiento de ingreso de las mismas al mercado de trabajo, que continúa en el presente.

GRAFICO 37

TASAS GLOBALES DE PARTICIPACION LABORAL,
SEGUN SEXO AÑOS 1960 A 2005



Fuente: Díaz, X. (2005), Años 1960, 1970, 1982, Censos; Años 1990, 2000 y 2002: Encuesta Nacional de Empleo, trimestre octubre-diciembre, INE; Año 2005: INE trimestre junio-agosto 2005. (OPS, 2005)

El fenómeno de la elevación de las tasas de participación laboral de las mujeres que se ha producido en las dos últimas décadas en la sociedad chilena conecta, en la década de 1980, con

¹⁴⁰ La Tasa de Participación Laboral es el porcentaje de personas que trabajan remuneradamente o buscan ocupación, en relación con el total de población en edad de trabajar.

transformaciones en el plano de la economía, llevadas a cabo por el régimen militar, que impone reformas estructurales que modifican el patrón de desarrollo del país hacia una economía abierta al comercio exterior. Ximena Díaz (2005), sostiene que profundas transformaciones derivadas del tránsito del capitalismo industrial hacia formas cada vez más flexibles de producción y de organización de las relaciones laborales, la internacionalización de la economía y la profunda revolución informática y tecnológica de las últimas décadas del siglo pasado contribuyen en el proceso anterior en tanto se crea una demanda de nuevos empleos que requieren nuevas habilidades y aptitudes supuestamente más “femeninas”, y porque la reproducción doméstica no puede ser ya sostenida exclusivamente por el salario familiar del hombre.¹⁴¹

Esta misma autora explica este proceso como fruto de transformaciones, tanto en las relaciones de género como en la economía, producidas en la sociedad chilena. Sostiene que en el plano de la cultura se producen transformaciones en las imágenes de lo femenino, en una perspectiva que redefine y amplía los roles de las mujeres: desde el trabajo doméstico –propio de la esfera privada, familiar- al trabajo remunerado –la esfera pública.

La entrada de mujeres al mundo del trabajo -creciente y más permanente- se realiza en un contexto económico, social y cultural en el cual, por una parte, ingresan en un mercado de trabajo flexible y precarizado en el que se concentran en los puestos menos calificados, peor remunerados, de menor estatus social, aun cuando los niveles educativos de la fuerza de trabajo femenina superan a los de la fuerza de trabajo masculina; y, por otra parte, experimentan las tensiones derivadas de unas transformaciones que aunque han debilitado las representaciones tradicionales de las funciones adscritas a las mujeres abriéndoles nuevas opciones de desarrollo personal y de autonomía, no han alcanzado los patrones que norman las relaciones de género.

Así, las mujeres ingresan al mundo del trabajo ampliando su repertorio identitario, pero manteniendo las funciones de cuidado y de administración doméstica que les atribuía el modelo de familia que sostenía la sociedad capitalista industrial. No se produce una redistribución del tiempo social de trabajo entre los sexos lo que se traduce, por una parte, en una mayor carga de trabajo total para las mujeres, y por otra, en la exposición de las mujeres a factores de riesgo derivados del ejercicio de dos trabajos simultáneos pero diferentes: el trabajo productivo y el reproductivo.

¹⁴¹ Como consecuencia de las nuevas formas flexibles de producción se transforman significativamente los patrones de normalidad del trabajo dependiente, emerge una creciente heterogeneidad de formas de empleo, una diversidad de empleos dependientes, y adquiere importancia creciente un amplio espectro de formas atípicas de contrataciones que a menudo representan precariedad de las condiciones de empleo que asumen forma de flexibilidad laboral.

7.2. Evolución de las edades de la participación en el mercado laboral.

La encuesta CASEN reporta que dicha participación se incrementa aproximadamente 12 puntos porcentuales entre los años 1990 y 2003. No obstante, las edades han producido evoluciones específicas respecto de la participación en el mundo laboral. Las mujeres adolescentes han hecho un proceso de reducción de su tasa de participación en el mercado laboral a partir de mediados de la década de 1960 en adelante en el contexto de una prolongación creciente de los estudios en este período, que se sitúa en los últimos años en torno a 12 a 13%. El grupo de mujeres entre 20 y 24 años ha tendido a incrementar su tasa en la última década, no obstante, más levemente que entre los grupos de mujeres mayores, ya que en esta edad confluyen factores que inducen a la prolongación de los estudios y los que presionan a la mayor participación laboral. Por su parte, los grupos de mujeres con edades superiores a 25 años incrementan más sustantivamente su participación en la última década (hasta alcanzar un 50,7% de participación, en 2003, entre las mujeres de 40 a 60 años).

TABLA 18

PARTICIPACION LABORAL DE LAS MUJERES EN CHILE 1990 Y 2003 (PORCENTAJES DE PARTICIPACION SOBRE TOTAL DE POBLACION EN CADA TRAMO DE EDAD)					
Año	Tramos de edades				
	15-19	20-24	25-39	40-60	15-60
1990	12.9	41.0	43.6	35.1	35.9
1992	16.4	43.9	44.8	37.3	38.2
1994	15.4	44.1	45.7	40.5	40.0
1996	12.6	43.1	48.7	42.4	40.8
1998	12.8	44.1	49.8	41.5	40.9
2000	12.5	43.7	53.6	47.3	44.4
2003	13.5	47.1	50.1	50.7	47.6

Fuente: Tomado de Larrañaga, 2006, basado en CASEN. (En: Valenzuela, Tironi y Scully, 2006).

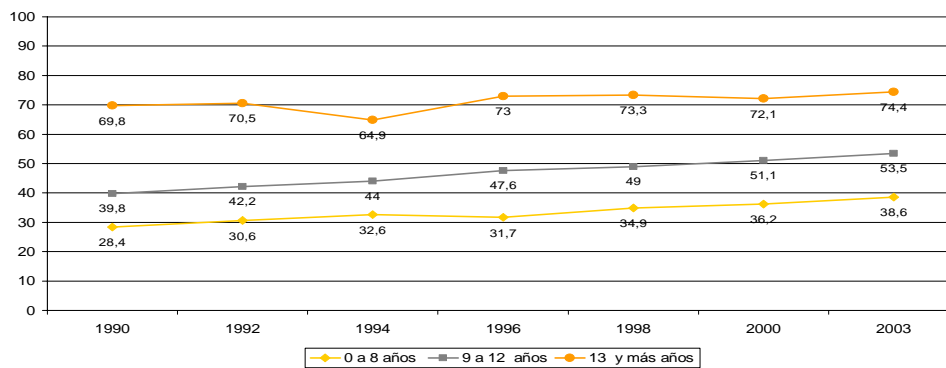
7.3. La mayor educación de las mujeres en la participación laboral.

En el fenómeno de la participación laboral femenina se produce una intensa relación positiva entre niveles de escolaridad y grados de inserción en el mundo laboral. Como puede observarse en el Gráfico xx, la más alta tasa de participación se presenta entre las mujeres que tienen los más altos niveles de escolaridad. Las mujeres con educación superior tienen una tasa cercana a 75%, en 2003, más alta que todas las otras mujeres, aunque más baja que la tasa de participación de los hombres. Las mujeres con educación secundaria tienen una tasa más baja que las anteriores, cercana a 55%. Por su parte, las mujeres con educación básica o sin educación tienen una tasa inferior a la mitad de las mujeres con niveles de educación superior. La evolución de las tasas en la

última década, no obstante, indican que los mayores incrementos más altos entre los dos últimos grupos de mujeres.

GRAFICO 38

PARTICIPACION LABORAL DE LAS MUJERES ENTRE 25 Y 60 AÑOS, SEGUN EDUCACION, 1990 A 2003 (PORCENTAJES)



Fuente: Datos tomados de Larrañaga, 2006, basado en CASEN. (En: Valenzuela, Tironi y Scully, 2006).

CAPITULO XVII

CONCLUSIONES

En este capítulo se exponen las principales conclusiones a que ha llegado esta investigación. Éstas están organizadas en cuatro conclusiones: en primer lugar, se presenta una síntesis de hallazgos respecto de la transformación de las prácticas y discursos sexuales; en segundo lugar, se presenta un análisis sobre la transformación de trayectorias y contextos sexuales en las nuevas generaciones; en tercer lugar, se analiza la transformación normativa en la sexualidad en la sociedad chilena, y en cuarto lugar, se presenta una interpretación posible sobre la transformación normativa de la sexualidad producida en la sociedad chilena en las últimas décadas.

1. Transformación de las prácticas y discursos sexuales.

1.1. La transformación en las prácticas sexuales en la sociedad chilena.

1.1.1. Procesos de entrada en la sexualidad activa.

Sincronización en los calendarios de entrada a la sexualidad activa de hombres y mujeres.

Las mujeres y hombres nacidos en las décadas recientes en la sociedad chilena tienen unos calendarios de entrada en la sexualidad activa más próximos entre sí que las mujeres y hombres nacidos en las primeras décadas del siglo XX. Se ha producido un descenso en las edades de entrada en la sexualidad activa, más intenso entre las mujeres, que tuvieron en las generaciones más antiguas desfases manifiestos respecto de los hombres. Las mujeres nacidas antes de 1950 presentan edades medianas de iniciación sexual en torno a los 20 años; en las dos décadas siguientes, se sitúan torno a los 19 años, para descender en la década de 1990 a 18 años. Por su parte, los hombres nacidos antes de 1960 presentan edades medianas de iniciación que oscilan en torno a los 16 y los 17 años; los nacidos entre 1960 y 1980 se estabilizan en edades medianas en torno a los 17 años.

Creciente concentración en la distribución de edades de iniciación sexual. De forma general, han desaparecido los umbrales de edad: se produce un alargamiento de la vida sexual a edades tempranas y, por sobre todo, a edades avanzadas. Podría, por tanto, colegirse de ello la instauración de una diversificación de la temporalidad de los procesos de entrada en la sexualidad

activa. No obstante, se observan elementos indicativos de una nueva normatividad de la entrada a la sexualidad activa, en este caso, del surgimiento de una norma temporal: desde una dispersión de las edades hemos transitado a una fuerte sincronización de las primeras experiencias sexuales: dos a tres años en torno a la mediana, en las generaciones nacidas desde 1970 en adelante.

Desfases en las edades de los actores –hombres y mujeres- en el proceso de iniciación sexual. Más globalmente, la estructuración de las relaciones de parejas en la sociedad chilena se caracteriza por un desfase etéreo que comienza tempranamente en los procesos de elección de parejas sexuales y afectivas. Las mujeres de todas las generaciones estudiadas reclutan a sus primeras parejas sexuales entre hombres 2.4 años mayores que ellas, mientras los hombres inician su actividad sexual con mujeres muy poco mayores que ellos (0.4 años mayores).

Tránsito femenino de una lógica institucional a una lógica relacional en la primera pareja sexual. Hasta los años 1950, la primera pareja sexual entre las mujeres se organizaba principalmente en torno a la pareja conyugal -el esposo- y secundariamente en torno al novio/pololo. Las generaciones de mujeres nacidas en la década de 1950 inician una tendencia divergente entre ambos tipos de relaciones: crece sostenidamente hasta las últimas décadas del siglo XX la presencia del *pololo o novio*, al tiempo que disminuye progresivamente la del *esposo*, produciendo en las últimas décadas una substitución casi plena del *esposo* por el *novio o pololo* (90% entre las nacidas entre 1975 y 1990). Por su parte, la primera relación sexual en los hombres nacidos antes de la década de 1950 se produce en dos contextos: uno mayoritario que articula ocasionalidad y sociabilidad en una incorporación de amiga, trabajadora sexual y recién conocida - un tipo de sociabilidad diversa, próxima a la ocasionalidad-; y otro de pareja afectiva, a distancia de la conyugalidad. A partir de los nacidos a mediados de la década de 1960, se estabiliza en dos tipos de parejas: una basada en la sociabilidad de la amistad, bajo la figura de la *amiga*, y otra basada en torno a la pareja afectiva no conyugal -la *novia o polola*. El comercio sexual tiene una presencia en la iniciación sexual masculina en el siglo XX, pero ésta es escasa y termina desapareciendo en las últimas generaciones. En las generaciones nacidas antes de 1960 se situaba en torno al 7%; entre 1960 y 1969 se situaba en torno a 3%, y en la generación nacida entre 1970 y 1980, y que hace su entrada en la sexualidad activa desde fines de los años noventa, la figura de la trabajadora sexual como iniciadora desaparece.

Emergencia del deseo en los procesos de entrada en la sexualidad activa de las mujeres. En el tiempo los motivos asociados a la primera relación sexual mutan, desaparecen, o se intensifican a través de las generaciones estudiadas. Las evoluciones reflejan organizaciones específicas de los “motivos” de los géneros en el tiempo. En los hombres de todas las generaciones, la *curiosidad*

y el *deseo* son preeminentes en la organización de las motivaciones, aunque mutadas la una por el otro, en el curso del tiempo. Respecto de las mujeres, el *casamiento*, que predomina durante las primeras generaciones, es substituido por el *amor*, y, en las nuevas generaciones, emerge el *deseo* y la *curiosidad* (un tercio de las mujeres nacidas en la segunda mitad de la década de 1970 basa en éstos su iniciación sexual).

Discrepancias en percepciones de iniciativa sexual femenina. En las diversas generaciones coexisten, con fluctuaciones, la *iniciativa masculina* y la *iniciativa compartida* en la iniciación sexual. En las declaraciones de las mujeres, la *iniciativa femenina*, es decir, la propia iniciativa, alcanza un nivel marginal. Los hombres expresan más transformaciones en materia de iniciativa sexual en las generaciones estudiadas. Entre los nacidos hasta la década de 1940 predominan las iniciativas *compartida* y *masculina*. Durante la década de 1950 decrece la masculina y aumenta equivalentemente la *iniciativa femenina*. A partir de los años 1960, la *iniciativa compartida* se vuelve predominante y las iniciativas *femenina* y *masculina* se mantienen relativamente similares. Del mismo modo, la observación de la evolución de la *iniciativa masculina* muestra una discrepancia por parte de hombres y mujeres: los hombres declaran niveles inferiores de iniciativa propia que los atribuidos a ellos por las mujeres. Por su parte, la observación de la evolución de la *iniciativa femenina* muestra una discrepancia similar por parte de hombres y mujeres: las mujeres declaran niveles inferiores de iniciativa propia que los atribuidos a ellas por los hombres.

1.1.2. Trayectorias sexuales declaradas por hombres y mujeres.

Reducción de la brecha en el número parejas sexuales entre los géneros según generaciones. De forma general, en la población masculina el número de parejas sexuales en la vida alcanza a 7.2, en tanto que en la femenina alcanza sólo a 1.8. En una población que se ha autodefinido heterosexual, el promedio y la suma del número de pareja entre hombres y mujeres debería ser similar, sin embargo, los valores son muy disímiles. Asistimos aquí a un fenómeno de reactividad. Técnicamente, las mujeres produjeron una *sub-declaración* y los hombres, una *sobre-declaración*. Para poner en perspectiva histórica tales reportes de hombres y mujeres, de modo de conocer su tendencia en el tiempo, formulamos a continuación un análisis que procura una aproximación generacional al fenómeno. Por cierto, las generaciones más jóvenes de mujeres superan a las más antiguas, a pesar que ellas se encuentran en trayectorias sexuales todavía inaugurales y las últimas ya se encuentran en proceso de clausura de sus vidas sexuales. Con toda certeza, las primeras habrán tenido más parejas sexuales que las últimas cuando tengan su misma edad. Decrece la cantidad de mujeres que declara una pareja sexual en la vida, desde 68% en 1929-1934, a 47% para la cohorte más reciente, y, al mismo tiempo, aumenta la cantidad de

mujeres que declara más de tres parejas sexuales desde 4% a 14%. En general, aunque leve, el incremento en el número de parejas sexuales entre las mujeres tiene por efecto una reducción de la brecha en el número de parejas sexuales entre los sexos. En efecto, mientras para el rango de edad 60-69 años la relación del número de parejas de hombres y mujeres es de 1: 8.4, en el rango de edad 40-49 años desciende a 1: 4.9, en el rango de edad de 30-39 años baja a 1: 3.7, en el rango de edad de 20-29 años desciende a 1: 2.9, y en el de 18-19 años es de 1: 3.6 parejas sexuales.

Aumento de parejas sexuales según trayectorias biográficas de las mujeres. Las mujeres solteras son las que, de forma general, declaran mayor cantidad de parejas sexuales a través del tiempo: van ampliando el número desde 1940 a dos parejas, para llegar en las generaciones más recientes a tres y cuatro parejas, es decir, a menor tiempo de ejercicio sexual, igualmente presentan más parejas sexuales. De igual modo, las mujeres divorciadas y separadas de hecho se ubican hasta 1960 en torno a dos, y después se estabilizan en tres parejas sexuales. Tales trayectorias sexuales, que implican más de una pareja sexual en el curso de la vida, se sitúan, a su vez, en el marco de transformaciones de las trayectorias de pareja producidas en la sociedad chilena en las últimas dos décadas, a saber, de las edades del matrimonio y de las formas de las uniones: aumenta la edad promedio del matrimonio, aumenta la soltería; declina el matrimonio y aumenta la convivencia; y se incrementa la separación conyugal. Ello implicará en el próximo tiempo una mayor presencia de mujeres solteras y separadas, por tanto, puede sugerir que se extenderá el período llamado de sexualidad juvenil entre las mujeres solteras implicando esto un aumento progresivo en el número de parejas sexuales, así como la existencia de un periodo post-conyugal que ha de resolver el ejercicio de la sexualidad en tal situación, en un contexto en que permanecen todavía fundamentalmente ellas al cuidado de sus hijos y asumen la jefatura del hogar.

Mayor exploración de vínculos y contextos sexuales en las generaciones jóvenes de mujeres. Aún cuando hombres y mujeres jóvenes se inician mayoritariamente en contextos de pareja, las mujeres parten más en pareja que los hombres -91% y 60%, respectivamente-, en el curso de la vida sexual se reduce la presencia de la pareja afectiva –lo cual es más significativo entre los hombres-, y se eleva la de amigos/as y sujetos recién conocidos en las trayectorias sexuales. Entre las mujeres se produce una substitución del tipo de vínculo entre la primera y segunda parejas sexuales, en que se reduce la pareja a 67%, dando lugar a la mayor presencia del amigo (25%) y del recién conocido (8%); entre la segunda y la tercera, la pareja se mantiene relativamente constante (62%), se eleva a 30% el amigo y se mantiene el recién conocido (7%); entre la tercera y la cuarta pareja se observa otro cambio relevante en cuanto el amigo tiende a

igualar su presencia a la de la pareja (afectiva) -41% y 44%, respectivamente-. Entre los hombres se produce un cambio aún más significativo entre la primera y segunda parejas sexuales en que la pareja (afectiva) reduce aproximadamente a la mitad su presencia (de 60% desciende a 46%), dando lugar a la mayor presencia del amigo (34%) y del recién conocido (19%); entre ésta y la siguiente, la pareja y el amigo se mantienen relativamente constantes (45% y 33%, respectivamente), y se eleva un poco el recién conocido (21%); entre la tercera y la cuarta pareja se observa otro cambio relevante en cuanto el amigo supera a la pareja (afectiva) -40% y 38%, respectivamente-. La equivalencia producida por una combinación de reducción de la pareja afectiva y por el incremento del amigo en torno a la cuarta pareja sexual, representa una inflexión para hombres y mujeres jóvenes: la sexualidad se abre a contextos que prescinden de las formalizaciones o afectos de los vínculos de pareja. La sexualidad tiende a situarse en contexto fuera de la pareja, de una sociabilidad sexual basada en la amistad. Las parejas sexuales se encadenan en una sucesión continua o discontinua, de exclusividad o superposición, de tipos de vínculos. Estas configuraciones constituyen las trayectorias de la sexualidad de los colectivos sociales pueden ser: Primero, una sucesión exclusiva de ejercicio de la sexualidad juvenil en el contexto de parejas afectivas: implica a 74.7% a mujeres y a 30.4% de hombres; segundo, una iniciación sexual en contexto de pareja y apertura posterior a sociabilidad de amigos y recién conocidos: 20.5% de mujeres y 35.9% de hombres; y tercero, una sociabilidad sexual masculina siempre a distancia de la noción de pareja: 23.9% de hombres no declara ninguna pareja afectiva respecto de las parejas sexuales; en las mujeres, esto es 4.5%

Prolongación de la sexualidad activa por las mujeres a condición de disponer de nuevos contextos de relacionamiento. La transformación más importante en las condiciones de ejercicio de la sexualidad en el transcurso de la segunda mitad del siglo XX es, sin duda, la expansión temporal de la sexualidad en los cursos biográficos de los sujetos y en las generaciones: una apertura más temprana en la vida y un cierre más dilatado después del término del periodo reproductivo. Progresivamente, se instauró un nuevo calendario de la vida sexual, común a hombres y mujeres; sin embargo, fue en las vidas de las mujeres que introdujo mayor transformación. Antes su vida sexual se identificaba con su vida reproductiva de mujer casada. Dicha conexión fue interrumpida de diversos modos. Como ya hemos indicado, se ha instaurado en las mujeres de las generaciones recientes un periodo de sexualidad juvenil, sin conexión con el matrimonio. Del mismo modo, las mujeres en la actualidad prolongan su vida sexual, si tienen disponibilidad de parejas, aunque no estén casadas. Los hombres presentan elevados niveles de actividad, cercanos a cien por ciento, hasta los 60 años, declinan levemente a partir del segmento de 60-65 años, y más aún en el de 65-69 años, cuando alcanza al 19.4% la inactividad sexual. Un nivel equivalente se encuentra en las mujeres diez años antes que los hombres; en el segmento de

50-55 años un 23.4% se encuentra inactiva. Declinan de forma muy importantes a partir del segmento de 60-65 años: a esas edades lo está el 51.4%, y más aún en el de 65-69 años, que alcanza al 61.3%. El hecho que el grupo etáreo en periodo post-reproductivo, el de 50-55 años, no reduzca radicalmente su actividad sexual indica que el periodo de climaterio no constituye un momento de interrupción de toda actividad sexual femenina. Nuestro análisis evidencia, más bien, una reducción de la disponibilidad de una pareja sexual para las mujeres de tales edades. Las mujeres sexualmente activas son muy mayoritariamente mujeres unidas; mientras las inactivas corresponden a las no unidas. Las mujeres en situaciones postmaritales -viudas, separadas y divorciadas – en su mayoría están inactivas. Puede sugerirse que ellas dejan de participar de los intercambios sexuales porque antes han salido del mercado de parejas. Los otros contextos posibles, de sexualidad en contextos de ocasionalidad y de amistad no se presentan todavía culturalmente disponibles para ellas.

Emergencia de nuevos contextos sexuales en procesos de ruptura conyugal femenina. La experiencia de la ruptura conyugal, sea después del matrimonio o de la cohabitación, se vuelve una experiencia crecientemente común en nuestra sociedad. La existencia de periodos en que los sujetos están sin pareja es creciente. Esta situación contribuye a transformar los contextos de la actividad sexual para las mujeres, en la perspectiva de legitimar una sexualidad de individuos, no inserta en la institución matrimonial ni en el marco de la pareja. En la sociedad chilena, en las situaciones de separación, la continuidad familiar se organiza frecuentemente a través de una división sexual del trabajo familiar post-conyugal: los hijos permanecen bajo el cuidado femenino. Las familias se configuran así como familias monoparentales con una jefatura femenina. En el último censo nacional de 2002, 341 mil hogares están integrados por la mujer sola con sus hijos, de las cuales casi la mitad es menor de 40 años. El 10% de los hogares en la sociedad chilena son nucleares monoparentales. La jefatura femenina en los hogares nucleares monoparentales alcanza al 85%. Los sujetos separados y divorciados presentan diferencias de género sustantivas en relación con la permanencia en la condición de activos sexualmente en la situación de ruptura: 45.8% de las mujeres no ha tenido sexo en los últimos doce meses, en tanto entre los hombres sólo alcanza al 17.4%. ¿En qué contextos se sitúa la sexualidad post-conyugal femenina? Las mujeres estructuran su sexualidad post-conyugal en torno a la pareja no conyugal (41.6%), a las ex-parejas (29.6%) y a la sociabilidad de amigos (27.8%). Por su parte, los hombres la estructuran en torno a la sociabilidad de amigos (38%), a la pareja no conyugal (27.2%), a las ex-parejas (25.8%) y a la ocasionalidad con recién conocidos (11.1%). La presencia de ex-parejas da cuenta de una organización de relacionamientos que es recursiva, especialmente en las mujeres, y que organiza contextos de sociabilidad cercana. Ellas exploran y varían entre lo conocido en secuencias más temporales que territoriales. Por otra parte, la mayor presencia de interacciones en

contexto de pareja entre las mujeres debe ser observado cuidadosamente porque exprese un desfase vinculado a la estructuración del mercado de parejas, por cuanto es altamente probable que mientras permanecen en relaciones de parejas no conyugales (pololean), muchos hombres que vivieron rupturas se encuentren ya en relaciones de pareja conyugales.

1.1.3. Transformación en los repertorios de prácticas sexuales.

Ampliación de repertorios de prácticas sexuales según generaciones. De conjunto, organizadas las prácticas sexuales como patrones de repertorios, predomina en la población chilena un patrón de repertorio amplio, que, en su versión normalizada (que junto al sexo vaginal incluye el sexo oral) alcanza al 40.1% de hombres y 39.0% de mujeres y que, en su versión variada (que incluye sexo anal) alcanza al 20.3% de mujeres y 24.9% de hombres -sumados alcanzan a 60.3% en mujeres y 63.9% en hombres-; más minoritariamente, un repertorio sexual restringido (sexo vaginal exclusivo) alcanza al 40.6% de mujeres y 35.1% de hombres. Existen diferencias importantes en las cohortes de mayor y menor edad en relación con los grados de apropiación de las prácticas orales y anales. Particularmente importante resulta la diferencia entre las cohortes nacidas en la década de 1940 respecto de las anteriores. Una diferencia de veinte puntos porcentuales separa a las cohortes anteriores en su predominio de prácticas vaginales exclusivas (repertorio restringido) y las cohortes posteriores en su presencia de las prácticas orales y anales (repertorio amplio). Ello sugiere una ruptura o discontinuidad entre esas generaciones: la generación nacida en la década de 1940 produce una incorporación más significativa del sexo oral. Del mismo modo, las cohortes nacidas a partir de la década de 1950 producen un incremento de la práctica de sexo anal. El sexo oral y anal que en el pasado fueron prácticas propias del contexto de sexo comercial y una práctica femenina de trabajadora sexuales, se expanden a otros contextos (la pareja, el matrimonio) y a todas las mujeres.

Ampliación de repertorios sexuales según trayectorias y contextos sexuales. Observadas las prácticas sexuales actuales según la consideración de un aspecto de las trayectorias sexuales de los individuos, a saber, el número de parejas sexuales, puede sugerirse que el incremento en el número de parejas opera de forma distinta en hombres y mujeres. En éstas, la progresión en el número de parejas sexuales parece operar en una lógica de ampliación de las prácticas sexuales, en el marco de una expansión de los contextos de relaciones de pareja en que éstas se realizan. En los hombres, en cambio, parece operarse una estabilización de sus repertorios después de las primeras parejas sexuales, en cualquiera de los tipos de repertorios. Del mismo modo, la consideración de las edades de entrada en la sexualidad activa, los momentos, más precoces o más tardíos respecto de su mismo segmento etario, conllevan diferencias en las apropiaciones de

repertorios sexuales amplios. En ambos sexos, una entrada tardía presenta una mayor presencia de repertorio restringido; a su vez, una entrada temprana presenta una mayor presencia de repertorio amplio, en particular del repertorio variado. También puede sugerirse la existencia de ordenamientos de las prácticas desplegadas en las interacciones sexuales conectados con los escenarios, espaciales y temporales, que definen los grados de proximidad y distancia, así como los guiones interpersonales en los cuales éstas se que interactúan sexualmente los sujetos. No se trata estrictamente de la distinción entre contextos de pareja y de ocasionalidad, usada habitualmente. Así, por ejemplo, una interacción sexual con un *recién conocido* y con un *ex-pololo*, puede en ambos casos situarse en contexto de ocasionalidad, pero en el caso del último, el escenario es más próximo y recursivo que en el primero, y los participantes pueden actuar unos guiones largamente consensuados, en tanto el otro escenario demanda una mayor improvisación de los participantes y puede dar lugar a la imposición de un guión intrapsíquico particular sobre el otro. Las prácticas femeninas y masculinas pueden ser observadas como un *continuum* entre restricción¹⁴² y licencia¹⁴³ en cuyos extremos se ubican interacciones propias de contextos de ocasionalidad, no obstante, diferenciadas en las configuraciones de sus escenarios. Sin embargo, los ordenamientos que presentan hombres y mujeres son inversos. Entre los hombres se observa una mayor restricción con *recién conocido* y *otro* (contextos de ocasionalidad en escenarios de baja proximidad), del mismo modo que una alta licencia con *ex-esposo o ex-conviviente, ex-pololo o ex-novio*. Entre las mujeres, en cambio, se observa una mayor licencia con *recién conocido* y *otro* (contextos de ocasionalidad en escenarios de baja proximidad) y una restricción con *ex-esposo o ex-conviviente, ex-pololo o ex-novio*.

1.1.4. Evolución del uso de formas preventivas en procesos de iniciación sexual.

Uso de formas preventivas en procesos de iniciación sexual emerge con la presencia del vih/sida mortal. Distinguiamos diversos momentos en la evolución del uso de formas preventivas en los procesos de entrada en la sexualidad activa. Las generaciones de hombres y mujeres nacidos antes la década de 1950 en Chile, homogéneamente no usaron –o, más precisamente, lo hicieron en niveles inferiores al 5%- forma preventiva alguna; la generación nacida en la década siguiente, es decir, de 1950, duplica los niveles anteriores, y lo hacen principalmente las mujeres; los sujetos nacidos en la década de 1960 elevan en más de diez puntos sus niveles, en un ascenso compartido entre los sexos, aunque más importante en las mujeres; los sujetos nacidos en la década de 1980, e iniciados a fines de la década de 1990 y comienzos de la actual, elevan sus

¹⁴² Mayor nivel de exclusividad vaginal.

¹⁴³ Mayor nivel de prácticas orales y anales.

niveles en aproximadamente quince puntos, los niveles más altos entre todas las generaciones aquí estudiadas. Lo anterior sugiere que en la sociedad chilena el proceso de incorporación de tecnología preventiva en los procesos de iniciación sexual es tardío en las generaciones nacidas en el siglo veinte. No usaron tecnología alguna las generaciones nacidas en la primera mitad del siglo; por cierto, la sociedad no disponía todavía en esa época de una tecnología eficiente para ello. La sociedad chilena dispuso de tecnología anticonceptiva médica a partir de los últimos años de la década de 1960, sin embargo, su incorporación aparece débilmente asociada a la iniciación de las generaciones que hicieron su entrada en la sexualidad activa en ese periodo; surgió más asociada a procesos de sexualidad adulta, al establecimiento de uniones, y más específicamente a la regulación de la reproducción de las mujeres después de un primer hijo. La generación nacida entre 1950 y 1960 –que es la que se inicia a mediados de las décadas de 1960 y 1970- es expresiva de una primera y débil apropiación de la píldora. Aumenta el uso en las generaciones nacidas en las décadas siguientes, y conecta con el ingreso masculino a la gestión preventiva. El fenómeno del VIH introduce una inflexión a la lógica preventiva pre-existente: el ingreso del condón como medio preventivo privilegiado y la indicación del uso en los procesos de iniciación sexual, entre otros. Las generaciones nacidas desde 1970 en adelante lo hacen en presencia de la epidemia. Por ello, es propiamente el fenómeno de emergencia del VIH/SIDA, no el surgimiento de la píldora, el elemento activador de la incorporación de tecnología preventiva en los procesos de entrada en la sexualidad activa en la sociedad chilena.

1.2. La transformación de los discursos sobre la sexualidad.

En los materiales discursivos analizados en esta investigación de tesis, los significados del cambio en la sexualidad se presentan propiamente como construcciones colectivas que tienen como referencia a las biografías y trayectorias sexuales individuales y familiares, a los sentidos comunes que se elaboran en los distintos estratos y grupos sociales, a las instituciones con capacidad para producir discursos públicos respecto de la sexualidad, incluyendo a la ciencia, a los medios de comunicación.

Por ello, los significados del cambio en la sexualidad se inscriben en el plano de lo debatible, de lo disputable; no existe un significado único ni un sentido manifiesto del cambio. Las categorías tradicionales de conservadurismo o progresismo ya no parecen tener capacidad ni para describir ni para interpretar o explicar los sentidos del cambio, pues sus referencias son, de todas maneras, las de una sociedad homogénea o que se orienta hacia su homogeneización. Las personas perciben y elaboran el cambio más en función de sus trayectorias personales que en función de referencias externas, normativas o institucionales: el cambio es evaluado y significado en tanto les facilita o les

inhibe la realización de algo que cada individuo considera deseable. Por ello también, el cambio puede ser evaluado de manera distinta en distintos momentos de la trayectoria biográfica.

En este sentido, como en la modernidad, en el plano colectivo el cambio es el sentido del cambio en la sexualidad, carente de signos que le definan valor; el cambio sólo asegura diferencia, no define valores en sí mismo.

Por ello, el sentido del cambio se ubica más bien en el plano de los sujetos, de sus trayectorias biográficas, de sus relaciones sociales, de sus proyectos de vida; también se ubica en el plano de los derechos individuales. Individualización y derechos constituyen una asociación que se refuerza mutuamente, que se requiere mutuamente: los individuos dotados de derechos amplían también los campos en que los ejercen. En muchos sentidos, el cambio es observado también como adquisición o ampliación de derechos de los individuos y ello, a su vez, como menor indefensión, como valoración y afirmación personal, como reconocimiento de un lugar propio y legítimo en la sociedad.

Unos sujetos elaboran el cambio como pérdida de algo, otros lo elaboran como ampliación de sus posibilidades de exploración y experimentación en la sexualidad, otros más lo elaboran como ambivalencia entre pérdidas y ganancias, etc. El sentido del cambio se despliega entonces en referencia a la diversificación, a la heterogeneización, a la pluralidad de opciones posibles, no sólo como diferencias entre individuos sino también como apertura de opciones en una misma trayectoria biográfica. Por ello también para las generaciones mayores el cambio es contradictorio; los discursos demandan coherencia y buscan construir las condiciones para la consistencia del cambio: resolver la libertad y el riesgo, la autonomía y los compromisos, la individualización y la socialización. Para las generaciones jóvenes el cambio simplemente es el cambio, sin intentar resolver sus constricciones, sin demandar coherencias ni consistencias externas; el sujeto está confrontado a hacer sentido de su propia vida, de su trayectoria biográfica, de su proyecto de vida. Las generaciones mayores aparecen como 'inmigrantes' en el cambio en la sexualidad, las generaciones jóvenes aparecen como 'nativos' del mismo.

1.2.1. La transformación de la sexualidad en los discursos de las generaciones mayores

Los discursos de las generaciones mayores elaboran el cambio en término de las diferencias entre generaciones, construidas en referencia al tiempo sociocultural particular de cada una de ellas. Ello se expresa en narrativas y discursos que conectan el antes y el ahora, que marcan las diferencias,

que distinguen las continuidades y discontinuidades y que buscan construir sentido para experiencia individual y social.

Las generaciones mayores construyen discursivamente el cambio en la sexualidad como una diferencia radical entre el tiempo sociocultural de los padres y el de sus descendientes, hijos e hijas y nietos o nietas, al mismo tiempo que hablan como si tuvieran que adoptar una perspectiva coherente con una toma de posición en el tiempo de los padres, como si desde ahí tuvieran que evaluar los comportamientos de las generaciones actuales. En este sentido, los discursos versan sobre el cambio, pero observan el cambio desde una perspectiva de externalidad, de estar fuera, de mirar y evaluar desde fuera; el lenguaje de la modernidad, en tanto una sociedad que se observa y se define a sí misma en términos de cambio, no está plenamente instalado en estas generaciones. Por ello, el cambio es todavía percibido y elaborado como una tentación a los individuos, como una opción que se les ofrece, como algo nuevo que podrían asimilar o rechazar, pero que de aceptar les expone a una desviación de un camino o a la pérdida de un conjunto de valores que debieran protegerse, cuidarse y preservarse. Por ello, las generaciones mayores toman posición en el mundo de los padres para mirar desde ahí el cambio; desde dicha posición, éste se les aparece como exceso, como pérdida de la capacidad de autorregulación, de la sobriedad, de los buenos modales.

Es que a pesar de los cambios en la sociedad, éstos todavía no se les han presentado como individualización propiamente tal; han participado de un orden social que conserva mucho de sus instituciones tradicionales, particularmente en el ámbito de la familia y en el de la sexualidad. Los dilemas, las tensiones y los conflictos continúan siendo similares a los enfrentados por sus mayores; sus discursos y sus actuaciones remiten a prescripciones y proscripciones, cuyo acatamiento asegura la participación en el orden social, o su regreso al mismo luego de su transgresión.

Los cambios en la sociedad y en la sexualidad ocurridos a partir de la década de los sesenta les han informado de mayores posibilidades y oportunidades en la sexualidad (desde la reducción de riesgos a la ruptura de vínculos) y en la experiencia social; sin embargo, también les han advertido de la posibilidad de transgresión del orden social. Entre la política, el cambio cultural y la sexualidad se establece una relación estrecha: todas conllevan un componente de cambio, todas tienen un potencial de ruptura del orden, todas están abiertas al exceso, todas están expuestas a la represión y el castigo. Por ello, para las generaciones mayores la observación del cambio tiene también un componente de auto-regulación, de auto-contención, de auto-represión. Es la generación que ha aprendido que los excesos son peligrosos o que conducen por caminos de alto

riesgo de sanción legal o moral. Sin embargo, a diferencia de sus padres o de sus mayores, las instituciones sociales tradicionales han perdido solidez y consistencia y ahora resultan sometidas al escrutinio y la duda, de modo que ya no tienen el respaldo sólido de la tradición ni de las costumbres; por ello, es también una generación que tiene que hacerse cargo del cambio, tiene que lidiar con él, convivir con él.

Los cambios en la sociedad y en la sexualidad ocurridos a partir de la década de los noventa les encuentran ya en la adultez, generacionalmente a la vez pretéritos y actuales. Pretéritos en cuanto su mundo de referencia es el orden tradicional; aún cuando hagan referencia a la democracia, ésta sigue siendo pensada y representada en función del pasado, de lo conocido alguna vez, de lo que se recuperó. Por ello, el cambio se observa más como recuperación de una tradición o de una manera de ser y organizarse de la sociedad que como una forma de construcción social en un horizonte abierto. Actuales, en cuanto tienen como referencia inmediata del cambio a las generaciones que les suceden y que incluyen a sus hijos e hijas o a sus nietas y nietos; ellos y ellas representan la apertura al futuro, a lo nuevo, a lo emergente.

Sin embargo, por esta referencia pretérita, los discursos están atravesados por la conciencia del riesgo a que se exponen las generaciones jóvenes, no sólo como apertura biográfica o individualización sino también como riesgo de que las instituciones y las orientaciones normativas tradicionales les sancionen, les señalen como transgresores, les estigmaticen. En este sentido, proyectan sobre las generaciones jóvenes sus propias imágenes y sus propios temores ante la transgresión y la ruptura del orden social, particularmente en el ámbito de la sexualidad: desde sus propias evaluaciones de riesgos, esperan que sus nietas y nietos no se expongan a los prejuicios, a las sanciones y penalizaciones sociales de las transgresiones en la sexualidad.

Por ello, los discursos de las generaciones mayores les constituyen en inmigrantes del cambio, en observadores que aunque estén inmersos en el cambio no pueden sentirse parte del mismo pues sus raíces están en otro lugar y en otro tiempo. Dichos discursos no parecen asumir que la sociedad ha cambiado y que también lo ha hecho la sexualidad, de un modo tal en que lo que ha cambiado ha sido, precisamente, el modo en que la sociedad define lo bueno y lo malo, lo permitido y lo prohibido, lo aceptable e inaceptable, lo sancionable y lo no sancionable. En otras palabras, ha cambiado el modo como la sociedad construye la moral sexual.

Los discursos acerca de la sexualidad de las generaciones mayores no logran organizarse sobre la base de que el eje de los riesgos en la sexualidad se ha desplazado desde la legitimidad del acto a

las consecuencias biográficas del mismo y, con ello, desde el plano de las instituciones al plano de los individuos.

1.2.2. **La transformación de la sexualidad en los discursos de las generaciones jóvenes.**

Las generaciones más jóvenes apenas refieren al tiempo y al orden de sus padres. En este sentido, aparecen más auto-referentes, con una mayor apropiación del lenguaje del cambio; están más abiertos al cambio, se asumen como cambio constante, constituyen una generación de 'nativos' en el cambio. Por ello mismo, sus discursos aparecen también más abiertamente confrontados a las posibilidades de la individualización o de la individuación. Las generaciones jóvenes perciben que están confrontadas a hacerse cargo de sí mismos, a forjar sus propias trayectorias de vida, a construir sus propios caminos biográficos. No obstante, también perciben que lo hacen desde posiciones estructurales diferenciales: algunos individuos disponen de condiciones para su individualización, otros carecen de ellas y enfrentan la vida desde la individuación.

Por ello, un tema subyacente a los discursos acerca de la sexualidad remite a una tensión entre inclusión y exclusión social. El orden social ya no se representa primariamente como un conjunto de prescripciones o proscipciones, cuyo acatamiento asegura la inclusión en estructuras e instituciones con capacidad para contener y socializar a los sujetos. Más bien, el orden social es observado en su capacidad o su incapacidad para reconocer a los individuos en su subjetividad, en su singularidad, en su capacidad para ser sujetos, en proveerles medios para hacer sus propias trayectorias biográficas y sus proyectos de vida; sobre todo, en su capacidad para activar imágenes y emociones de inclusión social (ser escuchados, ser tomados en cuenta, ser respetados en su singularidad).

Las referencias de los discursos no son las instituciones normativas propiamente tales; sin embargo, éstas no desaparecen completamente y más bien permanecen en la trastienda, en el trasfondo: no se lucha con ellas, no constituyen un campo de disputa sino un recurso más a activar en el proceso de construcción de trayectorias biográficas (como lo es, por ejemplo, la familia). Las referencias tienden a ser las propias trayectorias biográficas, los aprendizajes realizados, la propia reflexividad, la socialización en los grupos de pares; las referencias de los discursos son también plurales, variadas, heterogéneas, diferenciadas socialmente. Tras ellas no se expresa una única noción de juventud sino múltiples nociones, aunque vinculadas entre sí por imágenes y representaciones sociales que al mismo tiempo que sugieren una moratoria de la adultez indican

un tiempo y una disponibilidad de búsqueda, de ensayos, de aprendizajes, de fundación de trayectorias biográficas.

Los sujetos hablan desde la conciencia de sí mismos, de tener que hacerse cargo de sus vidas, desde los aprendizajes y los recursos subjetivos adquiridos y desarrollados en sus trayectorias biográficas. Sus experiencias sexuales, de pareja, de ocasionalidad, los escenarios que frecuentan, sus preferencias estéticas, sus grupos de referencia, sus redes sociales, son todos elementos que juegan un papel importante en sus percepciones de trayectorias biográficas. Sus trayectorias sexuales están íntimamente asociadas a sus trayectorias biográficas. Unas y otras están, no obstante, constantemente abiertas al cambio, a la innovación.

La sexualidad juega un rol fundamental en esta disponibilidad juvenil de búsqueda y de aprendizaje. Por un lado, como un elemento crucial en la formación de la propia identidad y de la singularidad individual; por otro lado, como un aprendizaje biográfico de la afectividad y la intimidad sexual. Cada individuo está llamado a hacerse cargo de sí mismo, a orientarse con arreglo a sí mismo, a individualizarse, a singularizarse. En el caso de los hombres, más que la afirmación de modelos masculinos tradicionales, lo que está en juego es la propia capacidad para afirmar la individualidad, aún entre los pares, especialmente entre los pares. En el caso de las mujeres, lo que está en juego es la propia capacidad para afirmar la individualidad frente a los hombres o frente a las propias pares. En este sentido, en los discursos juveniles la sexualidad se revela como un espacio de aprendizaje identitario y de auto-afirmación del yo.

Por ello, puede afirmarse que la tensión normativa o moral en los discursos no pasa por tener sexo o no tenerlo; simplemente se asume que hay que tenerlo o que es posible decidir no tenerlo por razones múltiples. Más bien, la tensión remite a las condiciones en que se tiene y a los efectos biográficos que puede producir o, expresado en otros términos, al modo en que compromete a las trayectorias biográficas.

No obstante, también los discursos juveniles expresan la tensión entre individualización e individuación. Las imágenes del 'carrete duro' expresan esta tensión y la conectan con los escenarios en que la inter-subjetividad confronta al sujeto a su propia impotencia, a su incapacidad para proyectarse en trayectorias biográficas posibles, para asumirse a sí mismo como proyecto de vida; de ahí la apertura a la implosión, al exceso, a la ingesta riesgosa y al sexo sin prevención, al sexo sin sentido biográfico. El carrete duro representa la posibilidad de la desubjetivación o de la des-individualización o de la auto-destrucción de la subjetividad.

De fondo, el orden social es observado en su capacidad o su incapacidad para generar condiciones para la individualización o, expresado en otros términos, para proveer identidades individuales y sociales factibles a través del acceso a la educación, a la cultura, al empleo, al ingreso, a la satisfacción de las necesidades básicas, a la protección social.

La imposibilidad de disponer de condiciones para imaginar y sentirse habilitados para realizar proyectos de vida y trayectorias biográficas, activa las percepciones de exclusión social o, más precisamente, de que sólo es posible sentirse incluidos en escenarios sociales y culturales parciales, específicos, segmentados: por sectores o estratos sociales, por grupos de pares, por preferencias estéticas, por orientaciones sexuales, etc. La sexualidad se presenta entonces como un lugar posible para sentirse incluido, para integrarse a un escenario, para incorporarse o permanecer en un grupo o una red de pares, para abrirse al encuentro con otros.

2. Plasticidad y la transformación de las trayectorias y los contextos sexuales.

Los procesos de individualización producen modificaciones en las relaciones entre individuos y en las relaciones entre individuos e instituciones. En este sentido, la individualización ha estado presente en la constitución de los movimientos feministas y de mujeres, que han puesto la dimensión de género en el centro del debate académico y de la acción política y cultural en la sociedad. Así puede interpretarse la reivindicación, en las décadas de 1960 y 1970, del derecho de las mujeres a disponer sobre el cuerpo (“Nuestro cuerpo nos pertenece”, era la consigna en la demanda de legalización del aborto). Por su parte, la formulación de la noción de empoderamiento, en la década de 1980, se dirige a favorecer una dimensión de poder en la autonomía personal de las mujeres para la ‘negociación’ en su relación con los hombres y con las instituciones. Más recientemente, en la década de 1990, emerge en la esfera pública internacional la formulación de la noción de derechos sexuales y reproductivos, que se formulan como derechos propiamente individuales; como autonomía de los individuos en materia de sexualidad y de reproducción. el sistema institucional que la soporta.

La individualización conlleva la diversificación de trayectorias biográficas y sexuales, de modo que las mujeres han diversificado las trayectorias personales. Lo que hace unas décadas fue formulado como ‘identidad femenina’, haciendo referencia a un principio homogeneizante de la experiencia social de ser mujer, ahora se ha vuelto plural; figurativamente, las mujeres abandonan a ‘la mujer’, singularizando con ello las identidades y trayectorias posibles. También la individualización de las trayectorias biográficas de las mujeres conlleva cambios en las relaciones de género y en las

relaciones generacionales, del mismo modo que conlleva cambios en la normatividad sexual y en el sistema institucional que la soporta.

La pluralización de las trayectorias sexuales y biográficas puede ser explorada en dos ámbitos complementarios, en que éstas muestran una transformación importante y que sugieren una creciente plasticidad en la sexualidad femenina: la tensión amor – placer y la tensión pareja – ocasionalidad. Ello presenta también un carácter generacional, dado que comienza aparecer en las generaciones más jóvenes y se expresa menos como un conflicto generacional y más como una diferencia entre los modos en que las generaciones resuelven respecto de la sexualidad.

El amor como motivación y legitimación de la sexualidad femenina se instaló en la sociedad junto con la posibilidad de elección y selectividad de la pareja; también se instaló como el sustrato intersubjetivo que cautivaba el significado de la sexualidad y lo ubicaba en el ámbito de la representación social del otro. En muchos sentidos, el amor representaba la posibilidad de ‘entrega de sí al otro’ en función de su placer o su deseo, renunciando al propio placer o secundariamente coincidiendo con éste. La individualización y la singularización de las trayectorias sexuales crecientemente instalan la posibilidad del placer como motivación y legitimación de la sexualidad femenina. En los materiales analizados en esta investigación de tesis, ello resulta particularmente manifiesto respecto de las generaciones más jóvenes de mujeres.

Del mismo modo, las generaciones de mujeres jóvenes crecientemente declaran una mayor disponibilidad para la ocasionalidad en las relaciones sexuales. El amor como motivación y legitimación de la sexualidad ha estado asociado a la presencia de una pareja, entendida como exclusividad sexual recíproca reiterada en una unidad de tiempo mutuamente reconocida. La emergencia de un contexto de ocasionalidad, para las mujeres, supone también una conexión con el placer como motivación y legitimación sexual. Sin embargo, se trata propiamente de una modalidad que opera de manera distinta a la ocasionalidad masculina; esta última no conlleva la construcción de un vínculo afectivo ni necesariamente tampoco la construcción de relaciones de proximidad (como por ejemplo, en el caso de una relación con una trabajadora sexual o con una recién conocida).

En este sentido, proponemos que se constituye un contexto de relacionamiento que puede ser definido como ‘sociabilidad sexual’, es decir, como construcción de un vínculo de proximidad emocional entre dos personas que puede dar lugar a la sexualidad de manera recursiva, no constante, pero tampoco episódica. Ya no se trata de la figura tradicional del o de la amante sino de una figura nueva en que la intimidad opera como una condición para la relación, es decir, como un orden emocional de las relaciones en que habría simpatía, confianza y equivalencia en los

sujetos. En los materiales analizados, este contexto se presenta principalmente en dos situaciones: amigos y ex-parejas. En ambos casos, no se configuran propiamente los contextos ni de pareja ni de ocasionalidad; en el primero porque la relación no se orienta hacia su reiteración exclusiva en una unidad de tiempo mutuamente acordada (pues entonces se constituiría en pareja), en el segundo caso, porque, a diferencia de la ocasionalidad masculina, sí se construye sobre un vínculo afectivo no amoroso, pero sobre todo, se basa en proximidad emocional.

Por ello, el 'contexto de sociabilidad sexual' representa una construcción social emergente de la sexualidad en la sociedad chilena, que se va instalando a medida que los procesos de individualización de las trayectorias sexuales de las mujeres les permiten pero también les presionan a resolver respecto de su sexualidad en la situación de no disponer de una pareja. Esta es una característica creciente de la sexualidad femenina en la sociedad chilena, particularmente de las generaciones más jóvenes.

Sin embargo, este contexto emergente requiere de una producción discursiva que lo legitime, particularmente para las mujeres. La individualización no representa necesariamente una ruptura con un orden jerárquico de relaciones sociales y puede coexistir con múltiples jerarquías en las relaciones de individuos y grupos; esto es, puede coexistir con patrones de relaciones en que los individuos, o alguno de ellos, aparecen dotados de menor autonomía y menor capacidad para negociar sus relaciones. Más bien, se presenta como un campo en que los actores asumen posiciones, son desafiados y desafían otras posiciones, negocian o conceden, pero siempre modifican sus relaciones. Lo que ha hecho la individualización, en este sentido, es haber introducido una demanda de simetría en las relaciones entre individuos y frente a las instituciones, que interpela al cambio y la transformación. En la sociedad chilena, la presencia de movimientos y organizaciones feministas ha acompañado la individualización de las mujeres, ha puesto nuevas referencias para las relaciones entre hombres y mujeres y ha presionado a las instituciones a que modifiquen sus relaciones con los individuos en el campo del género. Un ejemplo de ello es la legislación que penaliza la violencia contra la mujer.

De todos modos, diversos fenómenos de ocurrencia cotidiana son expresivos de una coexistencia compleja de autonomías y asimetrías en la experiencia de la sexualidad en la sociedad chilena. La sexualidad no constituye una esfera de la vida personal y social que pueda por sí sola producir desigualdades, o su anverso, equivalencias entre los sujetos; ella expresa lo que ocurre en general en las relaciones sociales y entre ellas, las de género. Por ejemplo, los procesos de divorcio expresan, por una parte, un ejercicio de autonomía por parte de las mujeres al tomar tal decisión pero, por otra, una sujeción posterior a una división sexual del trabajo postmarital (queda al

cuidado de los hijos), que puede dejarlas fuera de un mercado matrimonial que privilegia a las mujeres jóvenes y les inhibe todavía de acceder a hombres más jóvenes. Del mismo modo, la tarea de prevención de embarazo no deseado continúa siendo tarea femenina; las opciones más radicales de prevención, como la esterilización, es ejecutada en la sociedad chilena fundamentalmente por las mujeres (27% contra 0,1%). Parte de los hombres y parejas que usan condón al comienzo de una relación después se deriva a una tecnología de uso femenino. El comercio sexual continúa siendo un recurso sexual destinado a los hombres. En las nuevas generaciones, de igual modo que en las antiguas, se ha incrementado la presencia de hombres en la prestación de servicios, mas ello sirve muy mayoritariamente a una clientela no constituida por mujeres. En el fenómeno de la violencia de género, uno de los aspectos más duros de la convivencia entre mujeres y hombres, la inmensa mayoría corresponde a una agresión de los últimos contra las primeras.

Lo anterior remite a las relaciones jerarquizadas o de poder. En general, éstas pueden ser observadas como relaciones de subordinación y de coordinación que suponen modos de legitimación, de organización y de gestión de la diferenciación y la asimetría social. En este sentido, tanto las relaciones de género como las relaciones entre generaciones constituyen sistemas complejos que están sujetos a sus propias tensiones; la subordinación requiere de la coordinación como condición para su auto organización o auto reproducción como sistema de manejo de la diferenciación social¹⁴⁴. A la vez que una imposición, el orden social es también conflicto y negociación. Cada actor que participa en el sistema de relaciones dispone de alguna capacidad para influir en ella; no obstante, ello tiene una estrecha relación con el contexto de la relación o de la interacción o el ambiente social y cultural en que se realiza.

Este contexto o entorno social y cultural de las relaciones de poder, particularmente en el ámbito de las relaciones de género e inter-generacionales, aparece en transformación en la sociedad chilena. Los cambios en los discursos y en los sentidos comunes, así como también en las disposiciones legales que regulan las relaciones cotidianas, dan cuenta de este cambio. Cada vez resulta menos aceptable la violencia, la imposición o la subyugación. No obstante, los cambios tienen que con los ambientes socioculturales en que se realiza la individualización de las trayectorias biográficas y sexuales. Esta altera, fragmenta o modifica las relaciones entre ambientes socioculturales, de modo que para muchas personas su experiencia social conlleva la

¹⁴⁴ Este es un tema crecientemente estudiado y aplicado en diversas áreas del quehacer humano: académico, organizacional, interaccional, cultural, etc. (Flores, 1994; Méndez et al, 2000; Hall, 1996; Rodríguez, D. 2001; Robbins, 2002).

participación simultánea de los individuos en múltiples sistemas de relaciones de poder y, por tanto, en múltiples esquemas de subordinación y coordinación, cada uno de los cuales presenta su propia especificidad. Las personas participan en sistemas diversificados de relaciones de poder y, por tanto, aprenden también reflexivamente a negociar sus ubicaciones y sus posiciones en ellos, al mismo tiempo que aprenden a generalizar sus aprendizajes en diversos ámbitos de relaciones.

3. La transformación normativa en la sexualidad en la sociedad chilena.

Los procesos de individualización de las trayectorias sexuales y biográficas de los individuos conllevan también una transformación en los sistemas normativos asociados al ejercicio de la sexualidad en la sociedad chilena. Los materiales analizados permiten afirmar que al mismo tiempo que se modifican las normas, se modifica también el sistema institucional que soporta dichas normas o, expresado en otros términos, se modifican las relaciones entre los individuos y las instituciones normativas de la sexualidad. El sistema institucional y normativo de la sexualidad se ha pluralizado, se ha vuelto más heterogéneo y en muchos sentidos se ha tornado contradictorio y disputable.

Una manifestación inmediata de ello es la divergencia entre las normativas institucionales religiosas y los comportamientos reales de los individuos en diversos campos relacionados con la sexualidad. Una encuesta realizada por Adimark¹⁴⁵, en agosto de 2005, señala que del total de la población católica incluida en la muestra, un 59% aprueba que los sacerdotes puedan contraer matrimonio, un 60% afirma ser partidario que se permita a las mujeres ser ordenadas como sacerdotes y un 75% dice ser partidario de que los obispos fueran elegidos por los sacerdotes y fieles de las diócesis; también, un 74% aprueba que los divorciados vueltos a casar sean admitidos a la comunión; finalmente, un 95% aprueba el uso del condón como medio de prevenir el Sida y un 95% afirma que las parejas debieran ser libres de escoger el método de control de la natalidad que prefieran¹⁴⁶. Datos similares se observan en dicha encuesta respecto de la religión evangélica y otras religiones.

¹⁴⁵ Resultados de investigación: "Los católicos opinan". Adimark. Septiembre 2005

¹⁴⁶ Una encuesta El Mercurio - Opina, en el mes de marzo de 2006, arroja resultados similares. Esta indica que del total de la población católica incluida en la muestra, un 77% opina que la Iglesia Católica debiera permitir el uso de anticonceptivos; un 48% que debiera permitir a los sacerdotes el matrimonio; un 51% que debiera permitir el sacerdocio en las mujeres; y un 72% que debiera permitir el divorcio a los católicos.

Los materiales de estudio analizados en esta investigación de tesis (página 198) muestran también que un núcleo de aproximadamente un 20% del total de la población estudiada presenta un índice de alta observancia (con una frecuencia de participación de una o más veces por semana en actividades religiosas), que tiende a tener opiniones más cercanas a las opiniones y posiciones de sus instituciones religiosas. De manera inversa, ello indica que una mayoría sustantiva de población (incluyendo a la que profesa alguna religión) asume sus propias orientaciones en el plano normativo, sin que necesariamente ello implique una ruptura con su institución religiosa o que le impida participar en las actividades propias de la misma. En este sentido, podemos observar que el proceso de individualización se hace sentir en el ámbito de las adscripciones religiosas y de la legitimidad y autoridad reconocida a las instituciones religiosas en diversos ámbitos de la vida individual y colectiva.

3.1. Cambio en la norma y cambio en el sistema de soporte de la norma.

Para las generaciones anteriores la normatividad sexual se presentaba con un fuerte carácter restrictivo o proscriptivo, a la vez que se presentaba asociado a un sistema institucional unificado: las mismas instituciones que instituían el matrimonio hacían exigible la norma que regulaba una sexualidad unidimensional de procreación. Para las generaciones jóvenes, crecientemente la normatividad sexual se presenta con un fuerte carácter indicativo (las condiciones mínimas para tener sexo), asociado a un sistema institucional pluralizado: múltiples instituciones se refieren a una sexualidad multidimensional. Esta complejidad institucional se presenta asociada a la complejización de la sexualidad contemporánea; ninguna institución particular es susceptible de abarcarla y, por tanto, de ejercer respecto de ella su exclusividad normativa. La formulación normativa de una institución enfrenta una alta probabilidad de colisionar con las formulaciones normativas propuestas por otras instituciones.

Los materiales analizados sugieren que se trata propiamente de un doble proceso. Por un lado, que el sentido mismo de la institucionalidad que propone o que sostiene la norma se ha modificado; esto es, la presencia simultánea de múltiples instituciones dotadas de legitimidades particulares (religiosas, científicas, demográficas, culturales, etc.), pone en cuestión el reconocimiento de alguna de ellas como institución exclusiva con capacidad normativa, es decir, con capacidad para proponer la norma y demandar su realización. Por otro lado, que la pluralidad normativa se ofrece a los sujetos como un conjunto heterogéneo de normas que compiten o se excluyen entre sí, se complementan parcialmente o pueden operar con prescindencia unas de otras. En este contexto, los sujetos aparecen crecientemente interpelados a hacer sentido por sí mismos de sus decisiones, sus experiencias y sus aprendizajes en la sexualidad.

3.2. De la restricción a la indicación: el cambio en el sentido de la norma.

¿Desaparición, sustitución, proliferación en torno a la norma?, ¿cambió el sentido y función de la norma? Más que a desaparecer, las normas en materia de sexualidad tienden a proliferar; más que una emancipación o liberación de los sujetos, tienden a una individualización, una interiorización que produce un desplazamiento y una profundización de las exigencias y de los controles sociales. En este sentido, la transformación normativa en la sociedad chilena puede ser más propiamente observada como el paso de una sexualidad construida por controles y disciplinas externas a los individuos a una sexualidad organizada por disciplinas internas.

En este universo, los individuos aparecen crecientemente obligados a establecer ellos mismos la coherencia de sus experiencias íntimas; no obstante, continúan siendo sometidos a juicios sociales estrictos, diferentes según la edad y según el hecho de ser hombres o mujeres. Por ello, resulta cada vez menos posible representarse la socialización de la sexualidad como la imposición unilateral de un conjunto de normas y de valores sociales dominantes, del mismo modo que ya no es más posible, si alguna vez fue el caso, representarse la sociedad como una forma hegemónica en donde todo lo que se aparte del centro sería desviación.

En el ámbito de la sexualidad, las normas han perdido su carácter constrictivo, es decir, han dejado de producir sobre las conciencias una conexión entre transgresión y sentimiento de culpabilidad. Ello resulta manifiesto en las generaciones jóvenes. En el ámbito de la moral sexual y del contenido del acto sexual, crecientemente las normas describen más bien 'lo que se hace' y dicen la significación de los comportamientos para la relación. De este modo, por ejemplo, la idea de un 'amor sin deseo sexual recíproco' es considerada cada vez más como aceptable (en particular para las mujeres) a medida que la edad aumenta, lo que es coherente con la baja de la actividad sexual en la pareja. De manera similar, el nivel relativamente débil de aceptación de los relacionamientos extraconyugales y de la infidelidad más que señalar un control social que impediría la existencia de esos comportamientos o reduciría su frecuencia, recuerda a los contravinentes que tales comportamientos pueden tener consecuencias importantes en la relación. En cuanto a la aceptación relativamente baja de la homosexualidad, masculina o femenina, ésta no señala principalmente una intolerancia activa en relación a los homosexuales sino más verosímilmente un fuerte sentimiento de no identificación personal "para sí mismo o para los cercanos" con esta categoría sexual.

3.3. Autonomización y reflexividad: la norma como una construcción múltiple.

Los materiales analizados permiten afirmar que el sujeto aparece crecientemente llamado –y presionado- a hacer sentido del sistema normativo y a orientarse reflexivamente, es decir, a configurar su propio sistema de orientaciones normativas. En este sentido, la autonomización y la individualización sexual se traducen también en autonomización e individualización normativa. Sin embargo, la noción misma de norma expresa un fenómeno propiamente social; la norma opera como normalización de los comportamientos individuales. En este ámbito, la autonomización e individualización sexual conlleva también una transformación en los modos de operar de la normatividad: su carácter indicativo opera como apertura de nuevas posibilidades de significar y vivir la experiencia de la sexualidad, asegurando las condiciones mínimas en que tales posibilidades son integrables al conjunto social (por ejemplo, la norma de la protección o la norma que delimita la violencia).

En tal sentido, en la base de las orientaciones normativas y de los comportamientos de los sujetos se ubica, crecientemente, una exigencia de reflexividad: el sujeto tiene que hacer sentido de la multiplicidad de normas y orientarse en ellas; sobre todo, el sujeto está llamado a evaluar las consecuencias biográficas de sus decisiones y de sus actos. Las categorías para reflexionar sus decisiones y sus acciones incluyen radicalmente al sujeto, sus trayectorias biográficas, sus proyectos de vida, sus redes sociales, sus adscripciones familiares, etc. El sujeto es el centro de su propia reflexión, de su autocuidado, de su auto-proyección.

Sin embargo, se trata propiamente de una reflexividad social, en que la propia subjetividad se reconoce a sí misma en el encuentro con otras subjetividades y construye consensos respecto de cómo operar colectiva e individualmente. Aparece entonces el tema de la ética o de la moral en el ámbito de la sexualidad. Como se ha señalado, el problema ético o moral no se refiere primariamente a la ocurrencia o no de un acto (sexual) sino a las disposiciones con que el sujeto lo asume para sí y se ubica en relación a la otra persona (“¿cómo no me cuidó?; “¿represento un riesgo para ti?”). Ello supone hacerse cargo de las decisiones y de sus consecuencias.

En este sentido, la orientación ética o moral se presenta como una responsabilidad de las personas que se asumen como sujetos autónomos, que viven en un mundo subjetivo al cual tienen un acceso privilegiado y un mundo social al que pertenecen. Luego, la construcción ética y moral se presenta como una actividad comunicativa entre sujetos, que se ajusta a reglas y procedimientos que requieren aceptar una relación entre interlocutores que es simultáneamente hermenéutica y

ética, es decir, es entendimiento entre hablantes y es construcción de marcos comunes de acuerdo sobre la relación.

4. Una interpretación del cambio en las prácticas y en los discursos sexuales.

Las transformaciones en las prácticas sexuales y en los discursos acerca de la sexualidad parecen sintetizarse en lenguajes visuales; ahora la sexualidad se ve, se observa, se aprende, se constituye en espectáculo. No obstante, para verla ya no es necesario acceder a lugares especiales, retirados de la mirada pública; los medios de comunicación traen la sexualidad a la intimidad del domicilio, la conectan con la vida cotidiana, la sugieren, la proponen. Es que la transformación de la sexualidad también conlleva la transformación de los modos cómo se habla acerca de ella: desde el lenguaje prescriptivo y proscriptivo de las instituciones normativas tradicionales al lenguaje propositivo y sugerente de los medios de comunicación; los lenguajes visuales de la sexualidad conectan con la imaginación, con el deseo, con el consumo.

Por ello, la sexualidad se ha vuelto visible e inevitable. Puede no hablarse de ella, pero se la ve; tampoco resulta fácil hablar de ella, aunque se hable más que antes (por ejemplo, para las mujeres declarar el número de parejas sexuales o para los hombres las disfunciones sexuales). Sin embargo, el cambio tiene que ver con su apertura al habla; si algo pasa y pasará con el cambio será que se hable más de sexualidad (ahora más que antes, a futuro más que ahora). Ello se expresa en la figura de los niños y niñas menores hablando de sexualidad con gran naturalidad (independientemente de si ello ocurre o no en la actualidad).

De todos modos, las percepciones del cambio varían según las generaciones. ¿Cuándo sucedió o cuando se aceleró el cambio en la sexualidad en Chile? Los materiales analizados permiten ubicar dos puntos de inflexión: los sesenta y fines de los ochenta. Sin embargo, la propia definición de modernidad conlleva la idea de cambio constante, de modo que podría afirmarse que el cambio en la sexualidad ha estado ocurriendo a lo largo de varias generaciones. No obstante, los materiales estudiados muestran una versión de cambio fuerte, ocurrido a finales de la década del ochenta y principios del noventa, y que resulta más nítidamente construida como cambio.

4.1. La primera generación de cambios en la sexualidad.

En efecto, a partir de la década del sesenta comenzaron a hacerse visibles las manifestaciones de transformación social y cultural en la sociedad chilena, especialmente la generalización de las comunicaciones radiales, en el ámbito de la cultura, y con la irrupción de nuevos actores sociales –

pobladores, campesinos, estudiantes-, en el ámbito de la política; el cambio asumía un carácter social y cultural, a la vez que generacional.

Puede afirmarse que esta primera generación de cambios sociales y culturales instaló una distancia entre los sujetos y las estructuras e instituciones normativas; complementariamente, puede afirmarse que se trató de una construcción eminentemente discursiva: la fuerza del cambio estaba más en lo que insinuaba que en lo que efectivamente producía. Sin embargo, puede también sugerirse que la fuerza del cambio procedía de imágenes que proponían un punto de llegada, un sentido posible o deseable, pero que no necesariamente tenían la capacidad para modificar las relaciones sociales y las condiciones de vida inmediatas de las personas. En este sentido, el cambio tenía mucho de ascetismo, de ahorro y de esfuerzo en el presente para obtener una retribución en un futuro difuso. Por ello también, el cambio implicaba una gran responsabilidad social, a la vez que biográfica. A su vez, la responsabilidad era parte sustantiva de las respuestas de los sujetos al orden social; ser responsable implicaba, en muchos sentidos, responder afirmativamente a los requerimientos del orden.

Por ello, la primera generación de cambios más o menos generalizados en la sexualidad, ocurrida en la sociedad chilena en la década de los sesenta, puso a los sujetos frente a nuevas opciones y oportunidades, a la vez que les puso frente a la responsabilidad de hacerse cargo de sí mismos. En este sentido, las oportunidades de movilidad social operaban también como una demanda de orden sobre los sujetos, en términos de las estructuras familiares, de las instituciones normativas, de las respuestas individuales; comportarse, orientarse según las normas sociales familiares y sociales, llevar una vida provechosa, orientarse ascendentemente en los procesos de movilidad social.

En muchos sentidos, también la política operaba como una demanda de orden. Aún la orientación generacional hacia la ruptura y la innovación en el ámbito de la política, expresada en una radicalidad manifiesta de los movimientos y partidos con un alto componente juvenil a lo largo de la década de los sesenta, adquiere un carácter más episódico que permanente. Suprimida la radicalidad política por el golpe militar, la sociedad parece retomar rápidamente su ajuste al orden, al sacrificio, al ahorro, al trabajo. La dictadura militar comparte con la institucionalidad religiosa, principalmente católica, una intensa cercanía en temas valóricos, que se traduce en legislación que penaliza el aborto, en la legislación que regula la educación, en la oposición al divorcio, etc. Desde el poder se regulan aspectos fundamentales de la vida de los individuos.

Lo anterior puede ser formulado como la preeminencia de la política en la transformación de la sociedad chilena. En efecto, prácticamente todas las transformaciones sociales ocurridas en la sociedad chilena, desde sus orígenes, tuvieron en el Estado su generador o su regulador fundamental; en el curso del siglo veinte, desde la industrialización vía sustitución de importaciones hasta la reforma agraria y la instalación de las estrategias neoliberales de desarrollo impuestas por el gobierno militar. También la cultura estaba sujeta a la acción del Estado, de manera directa o indirecta, de modo que éste jugaba un rol estratégico en la modelación de la sociedad chilena, en las relaciones entre los individuos y en las relaciones entre éstos y las instituciones. La política organizaba de arriba hacia abajo las respuestas de los individuos al orden social, disciplinándolos u orientándolos en un sentido u otro. A través de la política, junto a ella, las instituciones sociales (las iglesias, la escuela, la familia) tenían la capacidad para homogeneizar y ordenar los comportamientos y los discursos sociales de los individuos.

4.2. La segunda generación de cambios en la sexualidad.

No obstante, las transformaciones económicas, políticas y sociales introducidas en la década de 1980 tuvieron el efecto de instalar en la sociedad una versión ‘tardía’ de la modernidad, estrechamente asociada a la generalización del mercado, a la introducción masiva de tecnología en la vida cotidiana y a la globalización comunicativa, financiera y tecnológica. No es menor el dato de que tales transformaciones fueron realizadas en dictadura y, por tanto, su legitimidad y su funcionalidad fueron objeto de desconfianza o desafecto para parte importante de la población nacional; no es menor tampoco el dato de la represión y el control real y simbólico impuesto por la dictadura sobre la sociedad, incluyendo a la sexualidad.

La transición democrática no sólo implica una transformación política sino también una transformación sociocultural. La democracia emergente enfrenta la tarea de construir una legitimidad distinta para la modernidad, fundada en imágenes de inclusión social y cultural, a la vez que recogerla en su dimensión de individualización y de singularidad de los sujetos; también enfrenta la tarea de conciliar la libertad individual con el funcionamiento de las instituciones, sin coerción ni represión. Sobre todo, enfrenta la tarea de operar con el mercado como regulador principal de los intercambios económicos en la sociedad.

Podría argumentarse que esta lógica de mercado activa una gran transformación en la sociedad y en la sexualidad. Por un lado, termina por des-regular las estructuras y los mecanismos tradicionales de intercambio de la sociedad y someterlos a la apertura de las relaciones mercantilizadas, incluyendo ámbitos importantes de la oferta de servicios públicos (educación,

salud, previsión, vivienda). Por otro lado, instala a la publicidad y a los medios de comunicación como los grandes operadores de la socialización en el consumo, a través de la activación del deseo. En este sentido, el mercado presenta su propia lógica y se orienta a expandirse constantemente, con mayor o menor prescindencia de las instituciones normativas tradicionales, o aún en franca conflictividad con ellas.

Esta tensión entre mercado e instituciones normativas erosiona fuertemente el orden social. Por un lado, presiona a la revisión constante de las normas desde una perspectiva de consumo y, por tanto, de satisfacción de deseos y preferencias individuales. Por otro lado, ubica las posiciones y decisiones fundamentales de los individuos en el ámbito de las relaciones mercantilizadas y, por tanto, sujetas a negociaciones personales de acuerdo a sus trayectorias biográficas. En este sentido, el mercado opera como un dispositivo de individualización intensiva, incluyendo la posibilidad de la individuación.

Por ello, puede afirmarse que las transformaciones modernizantes activadas en la sociedad chilena desde mediados de la década de los ochenta, ancladas en estrategias económicas neoliberales de mercado, tienen una fuerte incidencia en la transformación de las sexualidades en la medida que ubican al individuo como un decisor fundamental en función de sus deseos y preferencias. Ello implica también que se resignifica el sentido de las respuestas de los individuos al orden social; la responsabilidad ya no opera como un inhibidor de los potenciales de singularidad e individualización ni como postergación del placer sino más bien como su reforzamiento: ser responsable consigo mismo implica asumirse en la singularidad y en la particularidad de la propia existencia.

4.3. La instalación de la noción de derecho.

No obstante, también la década de los ochenta abre paso a las movilizaciones sociales y políticas contra la dictadura. Una de las representaciones sociales fundamentales de dichas movilizaciones la constituía la noción de derecho, expresada como derechos civiles y políticos (derechos humanos). Ello implicaba instalar en la sociedad una noción de derechos¹⁴⁷ que remitía directamente a los individuos, a su libertad personal, a su igualdad ante la ley, a su capacidad para

¹⁴⁷ A los derechos civiles y políticos (primera generación) y los derechos económicos, sociales y culturales (segunda generación) vinieron a sumarse un conjunto de derechos denominados de los pueblos o de la solidaridad, que incluyen el derecho a la autodeterminación, a la paz, al desarrollo, a la democracia, a la integración, a recibir y producir información equitativamente, al medio ambiente sano y ecológicamente equilibrado, a beneficiarse del patrimonio común de la humanidad.

asociarse con otros, a la que a derechos colectivos (democracia, integración, etc.). La noción de derechos individuales conlleva también imágenes y representaciones sociales de autonomía y de individualización: el individuo tiene derechos no sólo a la protección sino también a su propia autonomía, desarrollo, proyectividad.

En este contexto se instala la acción de los movimientos y las organizaciones feministas y de mujeres, proponiendo una perspectiva de género que a la vez que afirma la noción de derechos interroga respecto del acceso diferencial al derecho para hombres y mujeres y reclama la igualdad de derechos para ambos. En más de un sentido, la perspectiva de género contribuye al surgimiento de la singularidad, primero como visibilización de la mujer y luego como visibilización de la pluralidad de experiencias y de trayectorias biográficas propias del ser mujer. Al hacerlo, contribuye también a la individualización de la mujer, a su constitución en individuo, a su autonomía.

Desde esta doble referencia, de la generalización del mercado y de la instalación del derecho, las transformaciones iniciadas en la década de los ochenta operan como una segunda generación de cambios en la sexualidad. Ello resulta manifiesto en los discursos de las generaciones más jóvenes, nacidas o socializadas en el curso de esa década. También se presenta en los discursos de las generaciones anteriores: el cambio se ha radicalizado, se ha hecho más rápido, se ha hecho visible.

No obstante, se trata de transformaciones profundamente heterogéneas y fragmentadas. Si bien es cierto los procesos de transformación modernizante en la sociedad chilena apuntan en el sentido de la individualización y la singularidad, también despliegan un extenso efecto de individuación. El escaso acceso a la educación, a la cultura, a los servicios básicos, al trabajo y al ingreso severamente inhibe o restringe las posibilidades y oportunidades de decisión y el desarrollo de trayectorias biográficas o proyectos de vida para los individuos; la pobreza y la exclusión social se tornan en restricciones severas a la libertad y desarrollo individual.

Particularmente para las generaciones jóvenes, la imposibilidad de inclusión social se presenta también como una posibilidad de desafecto con el orden social. A su vez, ello puede traducirse en la socialización selectiva en agrupamientos de pares con capacidad nómica, es decir, con capacidad para instituir un orden normativo particular, cerrado, en lo que ha sido estudiado como 'tribus urbanas'. También puede traducirse en comportamientos contextualizados en escenarios en que es posible suspender el orden social y abandonarse a lo que se ha denominado 'carrete duro'.

4.4. Individualización e individuación en la sociedad chilena.

Ciertamente que puede discutirse la profundidad y la amplitud de la transformación modernizante en la sociedad chilena; sobre todo puede discutirse la generalización de los procesos de individualización. Podría argumentarse que lo que más se generaliza es la individuación, es decir, el des-anclaje de los individuos desde las relaciones sociales y las instituciones tradicionales para hacerse cargo de sus propias trayectorias biográficas y tener que orientarse con arreglo a sí mismos sin disponer de condiciones de factibilidad material y social para ello. Lo anterior puede ser efectivo. Sin embargo, al hablar de individualización se hace referencia a una experiencia propia de la modernidad que define una tendencia modal que no se orienta hacia la homogeneidad sino hacia la heterogeneidad, hacia la singularidad. En este sentido, la individuación constituye una posibilidad que acompaña a la individualización en la sociedad chilena.

También la individuación puede ser observada en términos de una limitación de la individualización que no necesariamente pone en cuestión la posibilidad de la autonomía y de la elección sino que más bien la restringe de manera más o menos severa. La individualización se instala en la sociedad como una orientación, como una interpelación, como un llamado; los individuos pueden lograrla en grados diversos, reinterpretarla, adaptarla a sus propios requerimientos y posibilidades. Como muchos otros fenómenos sociales, la individualización es también una experiencia social que se construye o se reconstruye en un contexto histórico, social y cultural particular y que incorpora múltiples versiones de sí misma, incluyendo a la posibilidad de la individuación.

En este sentido, la pobreza y la exclusión social, el desempleo y la cesantía juvenil, la deserción escolar y la dificultad de acceso a la educación técnica o profesional, la dificultad de acceso a servicios básicos y a los bienes culturales de la sociedad, constituyen propiamente condiciones de individuación que, sin embargo, están traspasadas por los mensajes y las interpelaciones de la modernidad. Ser pobre no significa necesariamente quedar fuera del mall o del supermercado, ni tampoco no usar jeans o zapatillas deportivas; significa más bien acceder a marcas de menor valor social, vivir en un sector residencial de menor valor socio-económico, disponer de niveles de calidad de vida inferiores. Sobre todo, ser pobre significa estar expuesto a una situación de gran vulnerabilidad y precariedad social, cultural y económica (desde que la policía detenga por simple sospecha a no disponer de vivienda propia o consumir la mayor parte del ingreso en necesidades básicas). Por ello, la pobreza y la exclusión social constituyen restricciones severas a la libertad individual y familiar y, con ello, a la individualización.

Lo que está de fondo es la transformación de la sociedad chilena en una sociedad de individuos, en el sentido de las biografías de las personas dejan de estar inscritas en un orden social que las pre-determina, para desplegarse como posibilidades, como apertura, como auto-construcción. No es que el orden social desaparezca ni que cese de constituir una parte fundamental de la experiencia social; más bien, se trata de que el orden social opere sobre la base de individuos autónomos, que resuelven con arreglo a sí mismos sobre múltiples asuntos de la vida individual.

En el sentido señalado precedentemente, la sociedad chilena ha experimentado una mutación notable, particularmente en el curso de las últimas dos décadas. Por un lado, la recuperación de la democracia ha implicado también un desplazamiento de la política desde un lugar de gran preeminencia en la vida pública y privada de las personas (equivocarse políticamente podía conllevar un riesgo vital, desde la pérdida de la vida a la pérdida de la libertad o del trabajo) a una situación de relativa irrelevancia cotidiana de la misma (nada fundamental se juega en una decisión en el ámbito de la política). Ello tiene una importancia fundamental para el surgimiento de una sociedad de individuos en tanto quita a la política su capacidad para modelar los discursos y los comportamientos sociales desde un principio de homogeneidad (la cadena que conecta principios, valores, discursos y actuaciones en muchos ámbitos distintos).

Por otro lado, la cultura se constituye y se muestra como el espacio en que la sociedad se permite elaborar la diversidad, la diferencia, la heterogeneidad y, por tanto, como el ámbito de la realidad social en que es posible sentirse parte de una misma comunidad a partir de la afirmación de la singularidad de cada individuo. Ello tiene una importancia fundamental para el surgimiento de una sociedad de individuos en tanto permite construir un campo en que no es necesaria ni es exigible la homogeneidad, la coherencia ni la consistencia discursiva o comportamental de los individuos respecto de una referencia externa a los mismos; más bien, es el propio individuo el que busca y construye sus propias referencias internas de coherencia y consistencia y quien las modifica constantemente. Las interpelaciones éticas o estéticas están ahí, igualmente valoradas y respetadas, y en múltiples sentidos constituyen orientaciones normativas que convocan a grandes agrupamientos de individuos; sin embargo, sólo retienen su carácter indicativo, de proposición o de sugerencia pues han perdido su capacidad normativa sobre el individuo y sólo resultan eficaces en tanto éste las hace suyas.

BIBLIOGRAFIA

Abarca, Humberto. 2000. Discontinuidades en el Modelo Hegemónico de Masculinidad. Red de Masculinidad. FLACSO. Santiago.

Acuña, María Elena y Rebolledo, Loreto. 1998. Identidades e Ideologías de Género. Resultado de Investigaciones de Tesis. Centro Interdisciplinario de Estudios de Género (CIEG). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Santiago.

ADIMARK, 2005. Encuesta de Opinión Pública Los católicos opinan. Septiembre 2005. Santiago.

Agar, Lorenzo y Ferrer, Marcela. 1998. "Demographie et contexte socio-economique en Amerique Latine et dans les Caraïbes". Ponencia presentada en las Terceras Jornadas Científicas de la Red de Demografía, organizado por la Université des Reseaux D'Expression Française (UREF).

Alvira, Franciso; Ibáñez, Jesús y García Ferrando, Manuel. 1986. El Análisis de la Realidad Social. Métodos y Técnicas de Investigación, Editorial Alianza. Madrid.

Amuchástegui, Ana. 1996. "El Significado de la Virginidad y la Iniciación Sexual: Un Relato de Investigación" en: Szasz, Ivonne y Susana Lerner (Eds.) Para Comprender la Subjetividad: Investigación Cualitativa en Salud Reproductiva y Sexualidad. El Colegio de México. México.

Araujo, Kathya. 2002. Retos para la Acción colectiva. Género y movimientos sociales en Chile. Programa Mujer y Democracia en el MERCOSUR. Fundación Instituto de la Mujer/ISIS Internacional/MEMCH. Santiago, Chile.

Araujo, Kathya et al. 2005. Discurso Estatal y Configuración de la Sexualidad en la Sociedad Chilena Actual. Informe Final Proyecto Fondecyt 1030193. Programa de Género y Sociedad, Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Santiago.

Ariés, Philippe. 1973. El Niño y la Vida Familiar en el Antiguo Régimen. Editorial Taurus. Madrid.

Ariés, Philippe; Béjin, André y Foucault, Michel. 1987. Sexualidades Occidentales. Ediciones Paidós. Barcelona

Arnold, Marcelo y Rodríguez, Darío. 1990. El Perspectivismo en la teoría sociológica. Revista Paraguaya de Sociología. Centro de Estudios Sociológicos. Año 27 - No 78.

Arnold, Marcelo. y Rodríguez, Darío. 1991. Sociedad y Teoría de Sistemas. Editorial Universitaria. Santiago.

Arredondo, Anabella et al. 2000. Estudio Nacional de Comportamiento Sexual. Primeros Análisis. CONASIDA/ANRS. Santiago.

Aymerich, Jaime; Vivanco, Manuel, Canales, Manuel; Estévez, Francisco; Cardemil, Patricia y Palma, Irma. 2000. Segunda Encuesta de Intolerancia y Discriminación en la Sociedad Chilena. Fundación IDEAS, Facultad de Ciencias Sociales, Ministerio Secretaría General de Gobierno, MIDEPLAN, SERNAM y Ministerio del Trabajo y Previsión Social. Santiago.

Badinter, Elisabeth. 1993. XY. La Identidad Masculina. Alianza Editorial. Madrid.

Bajos, Natalie; Guillaume, Agnés y Kontula, Osmo. 2003. "Reproductive Health Behaviour of Young Europeans". Population Studies Nº 42. Volume 1. Council of Europe Publishing. UK.

Bajos, Nathalie; Bozon, Michel; Giami, Alain; Doré, Véronique y Souteyrand, Yves. 1995. Sexualité et SIDA. Recherches en Sciences Sociales. Agence Nationale de Recherches sur le SIDA. Paris.

Bartell, Gilbert D. 1975. Sexualidad de Grupo en USA. El Swing y Play-boy: Dos Productos Típicos de la Cultura Americana. Tropos. Madrid.

Barthes, Roland. 1998. Fragmentos de un Discurso Amoroso. Siglo XXI Editores. México.

Barrera, Alberto. 2001. También el Corazón es un Descuido. Plaza & Janés. México.

Barrientos, Jaime. 2003. La Satisfacción Sexual en Chile desde una Perspectiva Psicosocial. Tesis Doctoral. Facultad de Psicología, Departamento de Psicología Social, Universitat de Barcelona. Barcelona.

Bataille, George. 1988. El Erotismo. Editorial Tusquets. Barcelona.

Baudrillard, Jean. 1993. Cultura y Simulacro. Kairos. Barcelona.

Bauman, Zygmunt. 2003. Modernidad Líquida. Fondo de Cultura Económica (FCE). Buenos Aires.

------. 2004. Amor Líquido. Acerca de la Fragilidad de los Vínculos Humanos. Fondo de Cultura Económica (FCE). México.

Beck, Ulrich. 2001. La sociedad del Riesgo: Hacia una nueva modernidad. Paidós Ibérica S.A.

Beck, Ulrich y Beck-Germshien, Elisabeth. 2003. La Individualización. Paidós. Barcelona

Bejín, André. 1987a. "Crepúsculo de los Psicoanalistas, Aurora de los Sexólogos" en: Ariés, Philippe ; Béjín, Albert y Foucault, Michel. Sexualidades Occidentales. Ediciones Paidós Barcelona.

----- . 1987b. "El Poder de los Sexólogos y la Democracia Sexual" en: Ariés, Philippe, Bejín, Albert y Foucault, Michel. Sexualidades Occidentales. Ediciones Paidós Barcelona.

----- . 1987c. "El Matrimonio Extraconyugal de Hoy" en: Sexualidades Occidentales. Paidós. Barcelona.

----- . 1993a . "Plaisirs Sexuels, Dysfonctions, Fantômes, Satisfaction" in: Spira, A; Bajos, N, et le Groupe ACSF, 1993, Les comportements sexuels en France. La Documentation Française.

----- . 1993b "La Masturbation Féminine en France: un exemple d'estimation et d'analyse de la sous-déclaration d'une pratique" in Sexualité et sciences sociales. (M Bozon et H. Leridon eds. Population 48.

Berger, Peter y Luckman, Thomas. 1968. La Construcción Social de la Realidad. Amorrortu. Buenos Aires.

Berman, Marshall. 1988. Todo lo Sólido se Desvanece en el Aire. Siglo XXI. México

Blancarte, Roberto. 1993. "Modernidad, Secularización y Religión. La Iglesia Católica, el Estado y la Sociedad Mexicana en el Umbral del Siglo XXI" en: Blanco, Joaquín y Woldenberg, José (Comps.) México a Fines de Siglo, Tomo II. México.

Bourdieu, Pierre. 1990. El sentido práctico. Madrid, Taurus.

----- 1994. Raisons Pratiques; sur la Théorie de l'Action. Editions du Seuil. Paris.

----- . 1998. La Dominación Masculina. Editorial Anagrama. Barcelona.

Bozon, Michel. 1988. "Amour, Désir, Durée. Cycle de la sexualité conjugale et rapports entre hommes et femme" in Bajos N., Bozon M., Ferrand A., Giami A., Spira A..La sexualité aux temps du SIDA. PUF. Paris

----- . 1990. "Les Femmes et l'ecart d'âge entre Conjoints. Une Domination Consentie". Revue Population, I et II. Population, 2, pp.327-360 et Population, 3, pp.565-602.

----- . 1991a "Le Choix du Conjoint" en: de Singly, François (Dir.) Famille : L'Etat des Savoirs. La Découverte. Paris.

----- . 1991b. "La Nouvelle Place de la Sexualité dans la Constitution du Couple". Sciences Sociales et Santé. N°4. Paris. pp. 69-88.

----- . 1993. "L'entrée dans la Sexualité Adulte. Le Premier Rapport et ses Suites". Revue Population N°5. Paris.

----- . 1995. Amor, Sexualidade e Relações Sociais de Sexo na França Contemporânea. Estudos Feministas (1),

----- . 1998. "La Sexualité a-t-elle changé?" en: Bajos, Natalie ; Bozon, Michel; Ferrand, Alexis; Giami, Alain; Spira, Alfred et le Groupe ACSF. La Sexualité aux Temps du SIDA. Sociologie d aujourd'hui. Presses Universitaires de France (PUF). Paris.

----- . 2001a. "Orientations Intimes et Constructions de soi. Pluralité et Divergences dans les Expressions de la Sexualité" en: Les Cadres Sociaux de la Sexualité. Sociétés Contemporaines. Paris.

----- . 2001b. "Sexualidade e Conjugalidade A Reformulação das Relações de Gênero na França Contemporânea" publicado em: Cadernos Pagu, Tradução: Plínio Dentzien. Tomado de: Bloss, Thierry (Org.) La Dialectique des Rapports Hommes-femmes. Presses Universitaires de France (PUF). Paris.

----- . 2002. Sociologie de la Sexualité. Nathan Editions. Paris. N° 128.

----- . 2003a. "A quel Age les femmes et les hommes commencent-ils leur vie sexuelle ? Comparisons mondiales et évolutions récents". Population et Sociétés. N° 391. Junho. Paris

----- . 2003b. Sexualidade e conjugalidades. A reformulacao das relacoes de genero na Franca Contemporanea. Cadernos Pagu. N° 20. Brasil.

----- . 2004. Individualizacao e Hierarquia. Conclusao do Seminario Relacoes Familiares, Sexualidade e Religao. Grefac-Clam. 4-6 Agosto. UERJ. Rio de Janeiro.

----- . 2005a. Les Femmes et l'individualisation de la sexualité. Overture de possibles, rigidité des roles. La Découverte. Paris

----- . 2005b. Novas Normas de Entrada na Vida Sexual na América Latina e Brasil. (Ined). France.

Bozon, Michel y Leridon, Henri (Dir). 1996 Sexuality and the Social Sciences. A French survey on sexual behaviour. Aldershot. Dartmouth.

Bozon, Michel and Kontula, Osmo. 1998. "Sexual Initiation and Gender in Europe: A Cross-cultural Analysis of Trends in the Twentieth Century" authored by (Bozon and Kontula, 1998).

Bozon, Michel et Hertrich, Véronique. 2002. "Sexualidad Préconyugal et Rapports de Genre en Afrique et en Amérique Latine. Une Comparaison à partir de 20 Enquêtes EDS" en: Brouard, Nicolas et Khlát, Myriam (Dir.) Rapport à la Direction de la Population et des Migrations pour la 35ème session de la Commission de la Population et du Développement des Nations Unies. Janvier. Paris.

Bozon, Michel et Héran, François. 2006. La Formation du Couple. Textes essentiels pour la sociologie de la famille. La Découverte. Paris.

Brito, Luis. 1991. El Imperio Contracultural: Del Rock a la Postmodernidad. Ediciones Nueva Sociedad. Caracas.

Bruckman, Amy. 1996. "Gender Swapping on the Internet" en: Vitanza, Víctor (Ed.) CyberReader. Allyn & Bacon. USA.

Bruner, Edward y Turner, Victor 1986. The Anthropology of Experience. Urbana and Chicago, University of Illinois Press. Illinois.

Brunner, José Joaquín. 1988. Ensayos sobre Cultura y Políticas Culturales Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales – FLACSO. Santiago.

Brunner, José Joaquín y Barrios, Alicia. 1987. Inquisición, Mercado y Filantropía Ciencias Sociales y Autoritarismo en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay. FLACSO. Santiago.

Brunner, José Joaquín; Barrios, Alicia. y Catalán, Carlos. 1989. Chile: Transformaciones Culturales y Modernidad. FLACSO-Chile. Santiago.

Burín, Mabel y Meler, Irene. 1998. Género y Familia. Poder Amor y Sexualidad en la Construcción de la subjetividad. Ediciones Paidós. Buenos Aires.

Burín, Mabel y Dio Bleichmar, Emilce (Comp). 1996. Género, Psicoanálisis, Subjetividad. Ediciones Paidós. Buenos Aires.

Canales, Manuel; Palma, Samuel y Villela, Hugo. 1990. En Tierra Extraña II. Para una Sociología de la Religiosidad Popular. Amerinda. Santiago.

Canales, Manuel; Rovira, Cristóbal y Jiménez, Juan. 2003. Acción y Poder: Estudio Exploratorio Cualitativo mediante Grupos de Discusión. Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Santiago.

Canales, Manuel. 1994. El Discurso sobre Sexualidad entre Estudiantes de Educación Superior, Clase Media-baja. Corporación de Salud y Políticas Sociales (CORSAPS). Santiago.

Canales, Manuel, Palma, Irma, Morales, Germán, Jiménez, Juan. 1997. JOCAS, Jornadas de Conversación en Afectividad y Sexualidad. Evaluación Cualitativa. (Ined. Versión resumida). Santiago.

Canales, Manuel. 1994. El Discurso Juvenil sobre Sexualidad. Organización Mundial de la Salud (OMS). Santiago.

Caplan, Pat. (Ed.) 1987. The Cultural Construction of Sexuality. Routledge. Londres.

Caro, Isaac y Guajardo, Gabriel. 1997. Homofobia Cultural en Santiago de Chile. Un Estudio Cualitativo. Nueva Serie FLACSO. Santiago de Chile.

Castells, Manuel. 2001. Internet y la Sociedad Red. Lección Inaugural del Programa de Doctorado sobre la Sociedad de la Información y el Conocimiento. Universitat Oberta de Catalun. Catalun.

Cheetham, Paul and Zanabria, Cristián. 2003. El Dispositivo del Chat como Medio de Interacción Social en la Conformación de Parejas Adultas en la Región Metropolitana. Tesis para optar al grado de Licenciado en Comunicación Social y Título Profesional de Publicista. Facultad de Ciencias de la Comunicación e Información, Escuela de Publicidad, Universidad Diego Portales. Santiago.

Collin, M y Godfrey, J. 2002. Estado Alterado. La Historia de la Cultura del Extasis y del Acid House. Alba Editorial. Barcelona.

Colodro, Max. 2005. Formas de la Eternidad. Ensayos sobre filosofía y Trascendental. Editorial Cuarto Propio.

Connell, Robert. 1997. "La Organización Social de la Masculinidad" en: Valdés, Teresa y Olavarría, José. (Eds.) Masculinidades: Poder y Crisis. Ediciones de las Mujeres N° 24. Isis-FLACSO. Santiago.

----- . 1998. "El imperialismo y el cuerpo en los hombres" en: Valdés, Teresa y Olavarría, José. (Eds.) Masculinidades y Equidad de Género en América Latina. FLACSO-UNFPA, Santiago, Chile.

Conway, Jill; Bourque, Susan y Scott, Joan. 1996. "El Concepto de Género" en: Lamas, Marta (Comp.) El Género, la Construcción Cultural de la Diferencia Sexual. Serie Ciencias Sociales, Estudios de Género, UNAM. México.

Corporación Chilena de Prevención del SIDA. 1997. De Amores y Sombras: Poblaciones y Culturas Homo y Bisexuales de Hombres en Santiago. Corporación Chilena de Prevención del SIDA. Santiago.

Cortina, Adela. 2000. Ética Mínima. Introducción a la Filosofía Práctica. Tecnos. Madrid.

Costa, Pere-Oriol et al. 1996. Tribus Urbanas. El Ansia de Identidad Juvenil: Entre el Culto a la Imagen y la Autoafirmación a través de la Violencia. Ediciones Paidós. Madrid.

Cottet, Pablo. 1998. La Investigación Social: Propuestas para el Debate. Editorial Universidad Diego Portales. Santiago.

Dayan-Herzbrun, Sonia. 1982, "Production du Sentiment Amoureux et Travail des Femmes". Cahiers Internationaux de Sociologie. Vol. LXXII. Paris.

De Barbieri, Teresita. 1992. "Sobre la Categoría de Género: Una Introducción Teórico Metodológica" en: Fin de Siglo y Cambio Civilizatorio. Ediciones de las Mujeres N° 17, Isis Internacional. Santiago.

De Singly, François. 1987. Fortune et Infortune de la Femme Mariée. Presses Universitaires de France (PUF) Paris.

-----, 1991. Famille. L'état des Savoirs. La Découverte. Paris.

-----, 1996. Famille. Le Soi, le Couple et la Famille. Nathan. Paris.

-----, 2000. Libres Ensemble: L'individualisme dans la vie commune. Nathan, Paris.

Delbès, Christine; Gaymu, Joëlle. 1997. "L'Automme de l'Amour: La Vie Sexuelle Après 50 Ans" Population 6. Paris.

Delgado, Juan Manuel y Gutierrez, Juan. 1994. Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales. Editorial Síntesis. Madrid.

Díaz, Ximena, Godoy, Lorena y Stecher, Antonio. 2005. Significados del trabajo, identidad y ciudadanía, La experiencia de hombres y mujeres en un mercado laboral flexible. Centro de Estudios de la Mujer Diciembre 2005 Santiago.

Diekman, Amanda, Eagly, Alice. y Mladnic, Antonio. 2005. "Dynamic stereotypes about women and men in Latin America and United State". Journal of Cross-cultural Psychology. Vol. 36. No. 2, March 2005.

Duncan, Simon y Smith, Darren. 2006. Individualisation versus Geography of New Families. London South Band University. London.

Durkheim, Emile. 1984. The Division of Labour in Society. The Free Press. New York.

Duverguer, Maurice. 1978. Métodos de las Ciencias Sociales, Editorial Ariel. Barcelona.

- Echeverría, Rafael. 1994. *Ontología del Lenguaje*. Dolmen Ediciones. Santiago.
- Elías, Norbert. 1991. *The Society of Individuals*. Basil Blackwell. Oxford, England.
- El Mercurio-Opina. 2006. *Encuesta de Opinión Pública, Marzo 2006*. Santiago, Chile
- Erikson, Erik H. 1971. *Identidad, Juventud y Crisis*. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- Feixá, Carles. 1998 "El Reloj de Arena. Culturas Juveniles en México" *Revista Causa Joven*. Colección Jóvenes N°4. México.
- Fernback, Jan. 1997. "The Individual within the Collective: Virtual Ideology and the Realization of Collective Principles" en: Steve Jones (Ed.) *Virtual Culture: Identity and Communication in Cybersociety*. Sage Publications. USA.
- Ferrand, Michelle. 2004. *Féminin-Masculin*. La Decouverte. Paris.
- . 2003. *Nous urons les jouissances que nous voulons. Le féminisme et la question de la sexualité dans le féminisme français contemporain*. In D. Welzer Lang (Dir.) *Genre et Sexualité*. L'Harmattan.
- FLACSO-CHILE. 2001. *Encuesta Nacional*. FLACSO-Chile. Santiago.
- Flores, Fernando. 1994. *Creando Organizaciones para el Futuro*. Editorial Dolmen. Santiago.
- Flores, Fernando; Dreyfus, Hubert y Espinosa, Charles. 2000. *Abrir Nuevos Mundos: Iniciativa Empresarial, Acción Democrática y Solidaridad*. Taurus. Santiago.
- Fontaine, Arturo. 1991. *Retrato del movimiento evangélico a la luz de las encuestas de opinión pública*. *Revista Estudios Públicos* No. 44 Santiago.
- FOSIS.2002. *La Construcción del Puente*. Documento de Trabajo FOSIS MIDEPLAN. Santiago.
- Foucault, Michel. 1990. *Historia de la Sexualidad I. La Voluntad de Saber*. Siglo XXI. Buenos Aires.
- Foucault, Michel. 1981. "El Sujeto y el Poder" en: Rabinow, Paul y Dreyfuss, Hubert. Michel Foucault. *Más allá del Estructuralismo y la Hermeneútica*. UNAM. México.
- Foucault, Michel. 1985. *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la Prisión*. Siglo XXI Editores. México.
- Foucault, Michel. 1988. *Historia de la Sexualidad II. El uso de los Placeres*. Siglo XXI Editores. México.

- Freud, Sigmund. 1983. *Ensayos sobre la Vida Sexual y la Teoría de las Neurosis*. Alianza Editorial. Madrid.
- Fundación Futuro. 2000. *Encuesta de Opinión Pública La Vida Sexual de los Chilenos*. Mayo. Santiago.
- Fuller, Norma. 2001. *Masculinidades. Cambios y Permanencias*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.
- Gagnon, John. 1980. *Sexualidad y Conducta Social*. Editorial Pax-México. México.
- , 1991. *The Explicit and Implicit Use of the Scripting Perspective in Sex Research*, en Gagnon, John, *An Interpretation of Desire: Essays in the Study of Sexuality*. Series: (WD-CSSGC) *Worlds of Desire: The Chicago Series on Sexuality, Gender, and Culture*
- Gagnon, John. y Simon, William. 1973. *Sexual Conduct, the Social Sources of Human Sexuality*. Chicago-Aldine. USA.
- , 1987. "A Sexual Scripts Approach" in: Geer, James; O'Donohue, William. *Theories of Human sexuality*. Plenum Press, New York.
- García Canclini, Néstor. 1990. *Culturas Híbridas. Estrategias para Entrar y Salir de la Modernidad*. Colección Los Noventa N° 50. Grijalbo/CNCA. México.
- Gergen, Kenneth J. 1985. "The Social Constructionist Movement in Modern Psychology" en *American Psychologist* 40. Washington. pp. 266-275.
- Giddens, Anthony. 1994. *Las Consecuencias de la Modernidad*. Alianza. España.
- , 1995. *La Transformación de la Intimidad. Sexualidad, Amor y Erotismo en las Sociedades Modernas*. Ediciones Catedra. Madrid.
- , 2000. *Modernidad e Identidad del Yo*. Ediciones Península. Barcelona.
- , 2001. *Un Mundo Desbocado. Los Efectos de la Globalización en Nuestras Vidas*. Taurus. Madrid.
- Gilmore, David. 1994. *Hacerse Hombre. Concepciones Culturales de la Masculinidad*. Paidós. Buenos Aires.
- Glaude, Michel et De Singly, François. 1986. *L'organisation Domestique: Pouvoir et Négociation*. *Economie et Statistique* 187. France.

Gogna, Mónica (Comp.) 2000. *Feminidades y Masculinidades: Estudios sobre Salud Reproductiva y Sexualidad en Argentina, Chile y Colombia*. Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES). Buenos Aires.

Gómez, Edgar. 2001. "Género y Sexualidad en las Comunidades Virtuales". Observatorio para la CIBERSOCIEDAD. Originalmente presentado en la III Bienal de Comunicación. Noviembre. México.

González, María del Mar. 2003. *Nuevos Modelos Familiares*. Ponencia presentada al 52 Congreso de la Asociación Española de Pediatría. Madrid, 19-21 de junio de 2003.

Graffigna, María Luisa. 2005. "Trayectorias y estrategias ocupacionales en contextos de pobreza: una tipología a partir de los casos." En: *Trabajo y sociedad. Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*. Nº 7, Vol. VI, junio-septiembre 2005. Argentina.

Grupo Iniciativa. 1999. "Encuesta Nacional Opinión y Actitudes de las Mujeres Chilenas sobre las Condiciones de Género". Grupo Iniciativa. Santiago.

Guajardo, Gabriel. 2001. "Lo Minoritario Sexual: Una Interpretación Crítica". *Revista Nomadías*. Centro de Estudios de Género y Cultura en América Latina. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile. Santiago.

Guillaume, Agnès. y Khlát, Myriam. 2002 *Santé et Droits de la Reproduction au Temps du SIDA. La Situation dans les Pays du Sud*. 35ème Session de la Commission de la Population et du Développement des Nations Unies.

Gysling, Jacqueline. 1995. *La Investigación Social en Salud Reproductiva en Chile: Panorama al Inicio de los Noventa*. FLACSO/PIEG. Santiago.

Haavio-Manila, Elina.; Kontula, Osmo. 1994. *Sexual Pleasures. Enhancement of Sex Life in Finland, 1971–1992*. Darmouth, Brookfield. USA.

Hall, R. 1996. *Organizaciones. Estructura, Procesos y Resultados*. Prentice Hall, México.

Haraway, Donna. (1996). *A Manifesto for Cyborgs: Science, Technology, and Socialist Feminism in the 1980s*. En: Vitanza, Victor (Ed.). *CyberReader*. Allyn & Bacon. USA.

Heilborn, María Luisa. 2004. *Familia e Sexualidade*. FGV Editora. Brasil.

Heilborn, María Luisa; Bozon, Michel ; Knauth, Daniela Riva ; Aquino, Estela M.L. (org.). 2006. *Aprendizado de Sexualidade : reprodução e trajetórias sociais de jovens brasileiros*. Editora Garamond. Brasil.

Herring, Susan. 1996. "Bringing Familiar Baggage to the New Frontier: Gender Differences in Computer Mediated Communication" en: Vitanza, Víctor (Ed.) CyberReader. Allyn & Bacon.

Hill, M. 1976. Sociología de la religión. Editorial Cristiandad. Madrid, España.

Hoffstadter, Douglas. 1977. Gödel, Escher, Bach. An Eternal Golden Braid. Penguin Books.

Hubert, B., Lahanier, D., Mou, Y., Ponia, D. et Vergeaud, H. 1999. Comportements Sexuels et Prévention du SIDA. Ministère de la Santé et de la Recherche. Direction de la Santé et Association Messenger Contre le Sida. Novembre. Paris.

Hyman, Herbert. 1955. Diseño y Análisis de las Encuestas Sociales. Amorrortu Editores. Buenos Aires.

Ibañez, Jesús. 1986a. Más Allá de la Sociología: El Grupo de Discusión. Teoría y Crítica. Siglo XXI, Madrid.

-----, 1986b. "Perspectivas de la Investigación Social: El Diseño en las Tres Perspectivas" en: Alvira, Francisco; Ibañez, Jesús. y García Ferrando, Manuel. El Análisis de la Realidad Social. Métodos y Técnicas de Investigación. Editorial Alianza. Madrid.

-----, 1991 El Regreso del Sujeto, Editorial Amerinda. Santiago.

INJUV. 1999. "Familia y Vida Privada de los Jóvenes. Segunda Encuesta Nacional de Juventud". Cuadernillo Temático Nº 4. Instituto Nacional de la Juventud (INJUV) Santiago.

INE/CELADE. 1989. La Transición de la Fecundidad en Chile: Un Análisis por Grupos Socioeconómicos y Áreas Geográficas. 1950-1985. Instituto Nacional de la Juventud (INJUV) - Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE). Santiago.

Jiles Ximena y Rojas, Claudia. 1992. De la Miel a los Implantes: Historia de las Políticas de Regulación de la Fecundidad en Chile. Corporación de Salud y Políticas Sociales (CORSAPS). Santiago.

Jocelyn-Holt, Alfredo. 1998. Chile País Perplejo: Del Avanzar sin Tranzar al Tranzar sin Parar. Planeta Ariel. Santiago.

Katchadourian, Herant (Comp). 1992. La Sexualidad Humana. Un Estudio Comparativo de su Evolución. Fondo de Cultura Económica. México.

Kaufmann, Jean Claude. 1992. La Trame Conyugale. Analyse du Couple para son Linge. Editions Nathan. France.

----- . 1993. Sociologie du Couple. Presses Universitaires de France (PUF). Paris.

Kelly-Gadol, Joan. 1983. "The Social Relation of the Sexes: Methodological Implications for Womens History" Abel, Elizabeth and Abel, Emiliy (Eds.). The Signs Readers: Women, Gender and Scholarship. University of Chicago Press. Chicago.

Kember, Sarah. 1998. "Feminismo, Tecnología y Representación" en: Curran, James; Morley, David y Walkerdine, Vaerie (Comps.) Estudios Culturales y Comunicación. Editorial Paidós. Barcelona.

Kiecolt, Jill. y Nathan, Laura. 1985. Secondary Analisis of Survey Data. on Quantitative Applications in The Social Sciences, N°53, Beverly Hills: Sage Publications. USA.

Kimmel, Michael. 1992. "La producción teórica sobre la masculinidad. Nuevos aportes", Isis Internacional, Ed. de las Mujeres N° 17, Santiago.

Kinsey, Alfred et al. 1948. Sexual Behaviour in the Human Male. Saunders. Filadelfia.

----- . 1953. Sexual Behaviour in the Human Female. Saunders. Filadelfia.

Kirkwood, Julieta. 1990. Ser política en Chile. Los nudos de la sabiduría feminista. Editorial Cuarto Propio. Santiago.

Kontula, Osmo and Haavio-Manila, Elina. 1994. Sexual Behavior Changes in Finland During the Last 20 years. Nordisk Sexologi.

Kuhn, Thomas. 1971. La Estructura de la Revoluciones Científicas. Editorial Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires.

Lacqueur, Thomas. 1994. La Construcción del Sexo. Cuerpo y Género desde los Griegos hasta Freud. Ediciones Cátedra. Madrid.

Lagarde, Marcela. 1990. Cautiverios de las Mujeres: Madresposas, Monjas, Putas, Presas y Locas. Coordinación General de Estudios de Posgrado, Facultad de Filosofía y Letras, Centro de Estudios sobre la Universidad, UNAM. México.

Lagrange, Hugues et Lhomond, Brigitte. 1997. L'entrée dans la Sexualité. Le Comportement des Jeunes dans le Contexte du Sida. Editions La Découverte. Paris.

Lalive, Christian. 1968. El Refugio de las Masas. Editorial Pacífico. Santiago.

Lamas, Marta. 1998. "Sexualidad y Género: La Voluntad de Saber Feminista" en: Szasz, Ivonne y Lerner, Susana (Comps). Sexualidades en México. Algunas Aproximaciones desde las Ciencias Sociales. El Colegio de México. México.

----- (Comp). 1996. El Género y la Construcción Cultural de la Diferencia Sexual, Universidad Nacional Autónoma de México. Programa Universitario de Estudios de Género. México.

Lamas, Marta y Saal, Frida. (ed.) 1991. La Bella Indiferencia. Madrid: Siglo XXI Editores.

Laumann, Edward; Gagnon, John; Michael, Robert and Michaels, Stuart. 1994. The Social Organization of Sexuality. Sexual Practices in the United States. The University of Chicago Press. Chicago.

Leal, Antonio. 1996. El Crepúsculo de la Política. LOM Editores. Santiago.

Lechner, Norbert. 2002. Las sombras del Mañana. Lom Ediciones. Santiago.

Lechner, Norbert., Guzmán, Virginia y Dombois, Rainer. 2002. Cambios del trabajo: condiciones para el trabajo sustentable. CEM. Santiago.

Le Goff, Jacques. 1991. El Orden de la Memoria. El Tiempo como Imaginario. Ediciones Paidós. Barcelona.

Lerner, Susana (Ed.) 1998. Varones, Sexualidad y Reproducción. El Colegio de México. México.

Levi-Strauss, Claude. 1968. Antropología Estructural. Fondo de Cultura Económica. México.

Loyola, María Andrea (Org.) 1998. A Sexualidade nas Ciências Humanas. Editora da Universidade do Estado de Río de Janeiro. Río de Janeiro.

Luhmann, Niklas. 1991. Sistemas Sociales. Lineamientos para una Teoría General. Universidad Iberoamericana/Alianza. México.

----- 1985. El Amor como Pasión. Ediciones Península. Barcelona.

----- 1995. Poder. Universidad Iberoamericana. Barcelona.

Maduro, Otto. 1978. Religión y Conflicto Social. Centro de Estudios Ecuménicos. México.

Marcuse, Herbert. 1972. El Hombre Unidimensional. Seix Barral. Barcelona.

Margulis, Mario et al. 2003. Juventud, Cultura, Sexualidad. La Dimensión Cultural en la Afectividad y la Sexualidad de los Jóvenes de Buenos Aires. Editorial Biblos. Buenos Aires.

Marqués Joseph-Vincent. 1997. "Varón y Patriarcado" en: Valdés, Teresa y Olavaria, José (Eds.) Masculinidad/es, Poder y Crisis. Ediciones de las Mujeres, No.24 FLACSO-Chile. Santiago.

Masters, William, Johnson, Virginia y Kolodny, Robert. 1987. La Sexualidad Humana. Tomos 1, 2 y 3. Ediciones Grijalbo SA. Barcelona.

Matus, Christian. 2002 "Carrete Juvenil y Tiempo de Ocio, inventando espacios (para ejercer el derecho a ser jóvenes)". Revista Patrimonio Cultural. Biblioteca Nacional. Noviembre. Santiago.

Matus, Christian; Facuse, Daniela et al. 2001 "Noche Viva: Dichas y Dichos del Carrete Juvenil." Cuadernos de Reflexión N°2. Asociación Chilena Pro-Naciones Unidas. Santiago.

Melucci, Alberto. 2001 Vivencia y Convivencia. Trotta. Madrid.

Méndez et al. 2000. Sociología de las organizaciones. Mc Graw Hill, México

Money, John. 1986. "Género: Historia, Teoría y Uso del Término en Sexología y su Relación con los Conceptos de Naturaleza y Crianza". Revista Latinoamericana de Sexología. Vol. 1. N° 2. Sociedad Colombiana de Sexología. Cali.

----- . 1988. "Mapas de Amor dentro de las Parafilias, Víctimas de Patologías y Víctimas de éstas Víctimas". En: IV Congreso Latinoamericano de Sexología y Educación Sexual. Buenos Aires. Tomo II

----- . 1992. "Mapas del Género y Mapas del Amor". Revista Latinoamericana de Sexología. Vol. 7. N° 3. Sociedad Colombiana de Sexología. Cali.

Monick, Eugene. 1994. Phallos. Imagen Sagrada de lo Masculino. Editorial Cuatro Vientos. Santiago.

Montecino, Sonia 1998. Juego de Identidades y Diferencias: Representaciones de lo Masculino en Tres Relatos de Vida de Hombre Chileno. Centro Integrado de Estudios de Género (CIEG). Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Chile. Santiago.

Montecino, Sonia y Rebolledo, Loreto 1996. Conceptos de Género y Desarrollo. Programa Interdisciplinario de Estudios de Género (PIEG), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Santiago.

Moscovici, Serge. 1981. Psicología de las minorías activas. Editorial Morata, Madrid

Oficina Internacional del Trabajo Chile. 2005 Informe de Empleo. Primer semestre de 2005. Preparado por Gerhard Reinecke y Jacobo Velasco. Septiembre. Santiago.

Olavarría, José; Benavente, Cristina; Mellado, Patricio. 1998. Masculinidades Populares. Varones Adultos Jóvenes de Santiago. FLACSO-Chile. Santiago.

Olavarría, José (Ed.) 2003. Varones Adolescentes: Género, Identidades, Sexualidades en América Latina. UNFPA; FLACSO; Masculinidad/es Chile. Santiago.

Olavarría, José, Moletto, Enrique (Eds.) 2002. Tercer Encuentro de Estudios de Masculinidad/es y Sexualidad/es: Hombres, Identidades y Sexualidades. Red Masculinidad/es Chile; FLACSO, Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Santiago.

OPS/OMS. 1988. "Fecundidad en la Adolescencia. Causas, Riesgos y Opciones". Cuaderno Técnico N° 12. Organización Panamericana de la Salud (OPS). Organización Mundial de la Salud (OMS). Washington.

Ortí, Alfonso. 1994. "La Confrontación de Modelos y Niveles Epistemológicos en la Genésise Historia de la Investigación Social", en Delgado, J.M. y Gutierrez, J. Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales. Editorial Síntesis. Madrid.

Oyarzún, Kemy. 2000. "La Familia como Ideologema. Género, Globalización y Cultura, Chile 1989-1997". Revista Chilena de Humanidades. N° 20. Santiago.

------. 2001. "Sexualidad y Cultura: Identidades Disidentes. Una Mirada desde la Teoría Crítica Latinoamericana" en: Aceituno, Roberto (Ed.), Identidades. Intervenciones y Conferencias Coloquio Chileno-Francés de Psicoanálisis y Disciplinas Afines. Universidad Diego Portales. Santiago. pp. 203-215.

Palacios, P. 2003. Territorios Discursivos del Amor Poder y Sensibilidad entre Jóvenes Hombres Y Mujeres de Sectores Populares Urbanos. Tesis de Título de Antropólogo Social. Centro Integrado de Estudios de Género (CIEG) - Dpto. Antropología. Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Chile. Santiago.

Palma, Irma; Quilodrán, Cecilia; Palma, Samuel y Villela, Hugo. 1993. "Discursos sobre Sexualidad y Salud Reproductiva en Adultos Jóvenes: Factores Facilitadores e Inhibitorios en la Prevención de Riesgos". Investigación Cualitativa. (Ined.) Special Programme of Research, Development Research Training in Human Reproduction de la Organización Mundial de la Salud. Proyecto 90129 BSDA. Santiago.

Palma, Irma et. al. 1991. "El Futuro de la Educación Sexual en Chile" en: Ortega, Ximena; Gaete, Jorge (Eds.) Educación Sexual. Experiencias y Desafíos. Ediciones PAESMI. Santiago.

Palma, Irma y Canales, Manuel. 1999. Demandas y Necesidades sobre Sexualidad y Afectividad de los/las Adolescentes no Insertos en el Sistema Educativo Formal. Documento de Trabajo N° 73. Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM). Santiago.

Palma, Irma. 2002. "Salud y Derechos Sexuales y Reproductivos de Adolescentes y Jóvenes en el Contexto de la Reforma de Salud en Chile" en: OPS/OMS, Oficina de Representación en Chile. Género, Equidad y Reforma de la Salud en Chile. Voces y Propuestas desde la Sociedad Civil. OPS/OMS. Vol. 5. Santiago.

Palma, Irma; Quilodrán, Cecilia. 1997. "Opções Maculinas: JÓvenes Diante da Gravidez" en: De Oliveira Costa, Albertina (Org.) Directos Tardios. Saúde, Sexualidade e Reprodução na América Latina. Fundação Carlos Chagas. Sao Paulo.

Palma, Irma, Matus, Christian, Astorga, Marcelo, Morales, Jorge, Palma, Samuel y Canales, Manuel. 2004-2005. Estudio de caracterización de los factores de riesgo y vulnerabilidad frente al VIH/SIDA en jóvenes, realizada por la Universidad de Chile para la Comisión Nacional del SIDA.

Palma, Samuel. 1996. "Chilean Pentecostalism from de Perspectiva of its Specific Organisational and Experiential Features: A Study of the Group Process among the Poor". Ph D Thesis. University of London. London.

Parker, Richard. 1996 "Estado de la Investigación en Sexualidad: Avances y Desafíos" en: Shepard, Bonnie, Valdés, Teresa y Hernández, Isabel (Coords.). Primer Seminario-Taller Sudamericano Investigación Socio-cultural en Sexualidad: Prioridades y Desafíos. EAT-UNFPA. Santiago.

----- . 1998. "Hacia una Economía Política del Cuerpo, Construcción de la Masculinidad y la Homosexualidad Masculina en el Brasil" en: Valdés, Teresa. y Olavarria. José (Eds). Masculinidades y Equidad de Género en América Latina. FLACSO. Santiago.

Parker, Richard; Herdt, Gilbert y Carballo, Manuel. 1995. "Cultura Sexual, Transmissao do HIV e Pesquisas sobre AIDS" en: Czeresnia, Dina; Monteiro, Simone; Simões Barbosa, Regina e Santos, Elizabeth Moreira (Orgs.). AIDS: Pesquisa Social e Educação. Ed. Hucitec/ Abrasco. São Paulo/Rio de Janeiro.

Parker, Richard y Gagnon, John. (Eds). 1995. Conceiving Sexuality: Approaches to Sex Research in a Postmodern World. Routledge. Great Britain.

Parker, Richard. y Gagnon, John (Eds). 1995. Conceiving Sexuality: Approaches to Sex Research in a Postmodern World. Routledge. Great Britain.

Paz, Octavio. 1993. La Llama Doble. Amor y Erotismo. Editorial Seix Barral. Barcelona.

Plant, Sadie. 1996. "On the Matrix: Cyberfeminist Simulations" en: Shields, Rob (Ed.). Cultures of Internet : Virtual Spaces, Real Histories, Living Bodies. Sage. USA.

Plummer, Ken. 1991. "La Diversidad Sexual: Una Perspectiva Sociológica" en: Nieto, José Antonio (Comp). La Sexualidad en la Sociedad Contemporánea. Lecturas Antropológicas. Fundación Universidad Empresa. Madrid.

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo. 1998. Informe Desarrollo Humano en Chile. 1998. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Santiago.

------. 2000. Desarrollo humano en Chile, Más sociedad para gobernar el futuro. PNUD. Santiago.

------. 2002. Desarrollo humano en Chile, Nosotros los chilenos, un desafío cultural. PNUD. Santiago.

Puleo, Alicia. 1994. Conceptualizaciones de la Sexualidad e Identidad Femenina: Voces de Mujeres en la Comunidad Autónoma de Madrid. Instituto de Investigaciones Feministas. Universidad Complutense de Madrid. Madrid.

------. 2001. "Mujer, Sexualidad y Mal en la Filosofía Contemporánea" Revista Nomadías N° 5 Año 5. CEGECAL. Universidad de Chile. Santiago.

Reich, Wilhelm. 1991. La Función del Orgasmo. Paidós. México.

Robbins, Stephen. 2002. Comportamiento organizacional. Prentice Hall Hispanoamérica S.A. México.

Robles, Fernando. 2000. El Desaliento Inesperado de la Modernidad. Molestias, Irritaciones y Frutos Amargos de la Sociedad del Riesgo. Universidad de Concepción. Ed. Sociedad Hoy. Concepción.

Robles, Víctor Hugo. 2000. Historia Política del Movimiento Homosexual Chileno. Tesis para optar al Título de Periodista y al grado de Licenciatura en Comunicación Social. Universidad ARCIS. Santiago.

Rodríguez, Andrés. 2001. Introducción a la Psicología del Trabajo y de las Organizaciones. Editorial Pirámide, Madrid.

Rodríguez, Darío. 2001. Gestión Organizacional: Elementos para su Estudio. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago.

Rodríguez, Jorge. 2005. Unión y Cohabitación en América Latina: ¿Modernidad, Exclusión, Diversidad? Proyecto Regional de Población Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) / División de Población de la CEPAL / Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA). Serie Población y Desarrollo N° 57. Santiago.

Rosaldo, Renato. 1991. Cultura y Verdad. Nueva Propuesta de Análisis Social. Grijalbo/CNCA, Col. Los Noventa, N° 77. México.

Rubín, Gayle. 1996. "El Tráfico de Mujeres: Notas sobre la 'Economía Política' del Sexo" en: Lamas, Marta. El Género: La Construcción Cultural de la Diferencia Sexual. PUEG/UNAM. México.

Salem, Tania. 2004. "Homen... já viu, né?": Representações sobre Sexualidade e Gênero entre Homens de Classe Popular" en: Heilborn, María Luiza. Família e Sexualidade. FGV Editora. Brasil.

Scott, Joan. 1990. "El género: una Categoría Util para el Análisis Histórico" en James S. Amelang y Mary Nash, eds. Historia y género. Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim.

----- . 1996. "El Género: Una Categoría Util para el Análisis Histórico" en: Lamas, Marta (Comp.) El Género: La Construcción Cultural de la Diferencia Sexual. PUEG. México.

Shina and Stone, A. 1995. "Computers and Communications" en: John Downing, Ali Mohammadi y Annabelle Sreberny-Mohammadi (Eds.) Questioning the Media. Sage Publications. USA.

SERNAM. 1997. Análisis de las Conductas Sexuales de las y los Adolescentes. Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM). Santiago.

Sharim, Dariela, Silva, Uca, Rodo, Andrea y Rivera, Diana. 1996. Los Discursos Contradictorios de la Sexualidad. Colección Estudios Sociales. Ediciones Sur. Santiago.

Stelling, Maryclen. 2000. La Píldora desde una Perspectiva Sociológica. Artículo escrito para el Centro Latinoamericano Salud y Mujer. Caracas.

Stone, Allucquère Rosanne. 1992. "Will the Real Body Please Stand up?: Boundary Stories about Virtual Cultures" en: Benedickt, Michael (Ed.) Cyberspace: First Steps. MIT Press. USA.

Szasz, Ivonne. 2004. "El Discurso de las Ciencias Sociales sobre las Sexualidades" en: Cáceres, Carlos; Frasca; Timothy; Pecheny, Mario y Terto, Veriano (Eds.) Ciudadanía Sexual en América Latina: Abriendo el Debate. Universidad Peruana Cayetano Heredia. Lima.

Tiefer, L. (1987), "Social Constructionism and the Study of Human Sexuality" en: Sex and Gender. Newbury Park, Sage. California.

Tironi, Eugenio y Cavallo, Ascanio. 2004. Comunicación Estratégica. Taurus. Santiago.

Tuirán, Rodolfo (s/f) Transición demográfica, curso de vida y pobreza en México. Consejo Nacional de Población.

Turkle, Sherry. 1995. Life on the Screen: Identity in the Age of the internet. Touchstone. USA.

Urzúa, Raúl., Agar, Lorenzo, Fuentes, A., Ferrer, Marcela, Gutiérrez, C., Leyton, E., Palma, Irma, Pérez, J.C. y Verdugo, A. 2000."Diagnóstico y lineamientos de política pública para la prevención del embarazo no deseado en adolescentes." Centro de Análisis de Políticas Públicas, Universidad de Chile, Octubre. Santiago

Valdés, Teresa.; Gysling, Jacqueline.; Benavente, María Cristina. 1999. El Poder en la Pareja, la Sexualidad y la Reproducción. Mujeres de Santiago. FLACSO-Chile. Santiago.

Valdés, Teresa y Olavaria, José (Eds). 1997. Masculinidad/es, Poder y Crisis. ISIS Internacional. Santiago.

Valenzuela, Samuel, Tironi, Eugenio y Scully, Thomas. 2006. El Eslabón Perdido. Editorial Taurus. Santiago.

Varela, Francisco. 1975 "A Calculus for Self-reference" en: International Journal of General Systems Nº 2, Taylor & Francis. Oxfordshire.

Vattimo, Gianni. 1994. "Post Modernidad: ¿Una Sociedad Transparente?" en: Vattimo Gianni. (Ed.) En Torno a la Post Modernidad. Anthropos. Barcelona.

Vattimo, Gianni et. al. 1994. En Torno a la Post Modernidad. Anthropos. Bogotá

Villeneuve-Gokalp. 1999. "Après la Séparation: Conséquences de la Rupture et Avenir Conjugal" En: Leridon, H et Villeneuve.Gokalp, C. Constance et Inconstances de la Familla. (INED) PUF. Paris.

Watzlawick, Paul y Krieg, Peter (Comps). 1995. El Ojo del Observador: Contribuciones al Constructivismo. Editorial Gedisa. Barcelona.

Weeks, Jeffrey. 1985. Sexuality and its Discontents: Meaning, Myths and Modern Sexualities. Routledges & Kegan Paul. London.

----- . 1998a. Sexualidad. Universidad Nacional Autónoma de México - Programa Universitario de Estudios de Género. Editorial Paidós. México.

------. 1998b. "La Construcción Cultural de las Sexualidades ¿Qué Queremos Decir cuando Hablamos de Cuerpo y Sexualidad?" en: Szasz, Ivonne y Lerner, Susana (Comps.) Sexualidades en México. Algunas Aproximaciones desde la Perspectiva de las Ciencias Sociales. El Colegio de México. México.

------. 1998c. "La Construcción de las Identidades Genéricas y Sexuales. La Naturaleza Problemática de las Identidades" en: Szasz, Ivonne y Lerner, Susana (Comps). Sexualidades en México. Algunas Aproximaciones desde la Perspectiva de las Ciencias Sociales. El Colegio de México. México.

Weeks, Jeffrey and Holland, Janet. 1996. Sexual Cultures: Communities, Values and Intimacy. Macmillan.

Welzer-Lang, Daniel. 2002. L'échangisme: une multisexualité commerciale à forte domination masculine. Sociétés Contemporaines, N°41-42, p.111-131.

West, Candance y Zimmerman, Dona. 1999. "Haciendo Género" en: Navarro, Marysa y Stimpson, Catharine (Comps.) Sexualidad Género y Roles Sexuales. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.